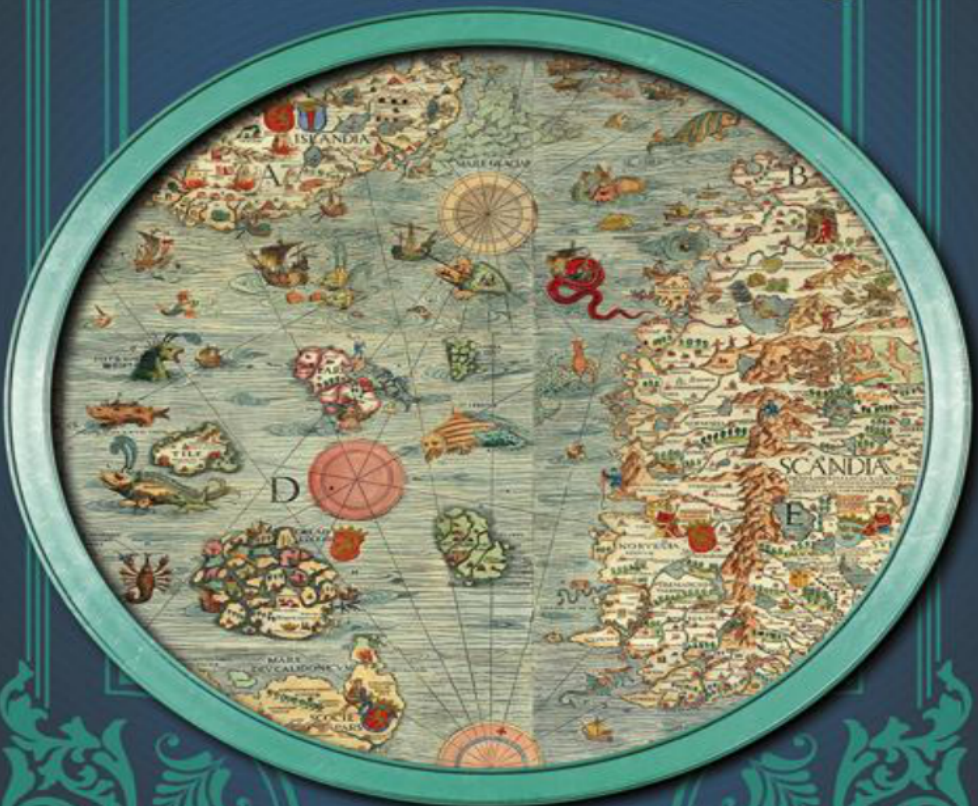
ELISA BENI

THULE

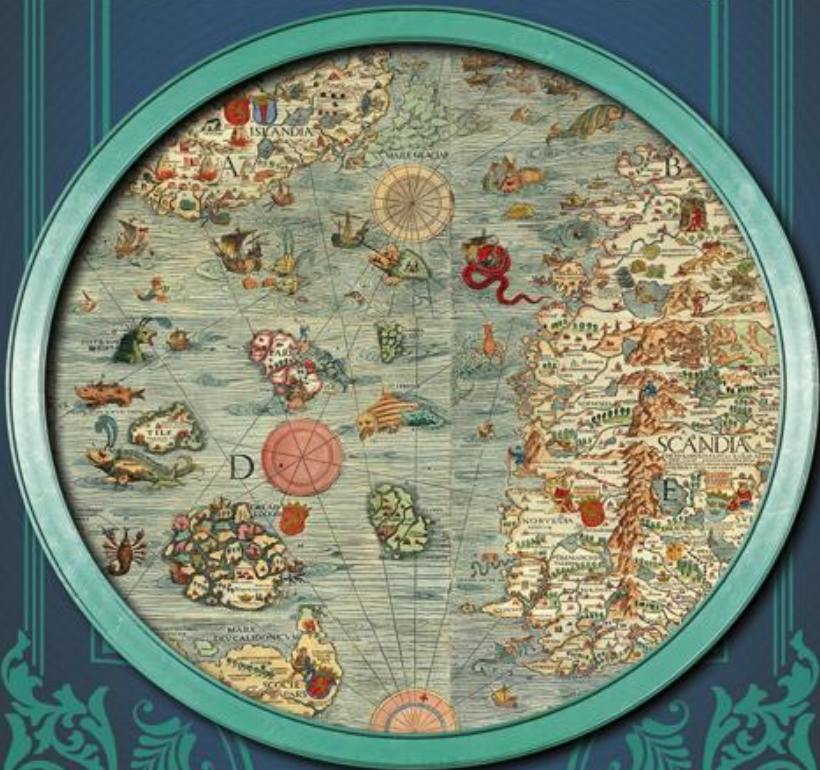
EL SUEÑO DEL NORTE



ELISA BENI

THULE

EL SUEÑO DEL NORTE



Thule.
El sueño del norte

Elisa Beni

Rocaeditorial

THULE. EL SUEÑO DEL NORTE

Elisa Beni

En 1937 ya es posible avanzar que un conflicto mundial es inevitable. Armand Rolzou de Saint-Gelais, diplomático en la Sociedad de Naciones, así lo entiende y se niega a participar en la inevitable carnicería. Junto con su mujer española, Constanza, decide emprender una nueva vida en una extraña isla, desaparecida de las cartas marítimas, en pleno Atlántico Norte. Allí dará inicio su apuesta por la paz en su mansión a la que llamarán Thule, como la mítica isla de Piteas, la última tierra del norte.

¿Pueden los hombres sustraer su destino al definido por sus gobernantes?

¿Es posible escapar de la historia o esta te alcanza inexorablemente?

Una novela de aventuras, en una isla imaginaria, la Inexpugnable, que convive sin embargo con los embates más duros de la historia en pleno siglo xx. Un mundo nuevo, recreado en sus más mínimos detalles, una novela en la que no hacen falta crímenes ni odios ni traumas ni dolor para acceder a la experiencia perfectamente humana de sobrevivir y convivir en una naturaleza primigenia.

ACERCA DE LA AUTORA

Elisa Beni (Logroño, 1964) es periodista y escritora. Ha trabajado en medios como *Diario 16*, la Cadena SER y es colaboradora habitual en varios programas radiofónicos como Julia en la onda, o bien televisivos como Las mañanas de Cuatro, *Al Rojo Vivo*, *Más vale tarde*, *La Sexta Noche* o *Tot es mou*, en TV3. Es autora del ensayo *La soledad del juzgador* y de las novelas *Peaje de libertad*, *Pisa mi corazón* y *Una mujer no muere jamás*, esta última publicada en este sello editorial.

@elisabeni

Índice

Portadilla

Acerca de la obra

Dedicatoria

Epígrafes

Mapa

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

Créditos

A la imaginación, alma de la novela.
A todos los que la poseen
y no se ven así obligados a
refugiarse en la realidad.

Soñar islas, con angustia o alegría, es soñar que uno se separa, lejos de los continentes, que uno está solo y perdido, que uno empieza de cero.

GILLES DELEUZE

Cuando los hombres miran al cielo, inventan dioses; cuando miran al mar, islas.

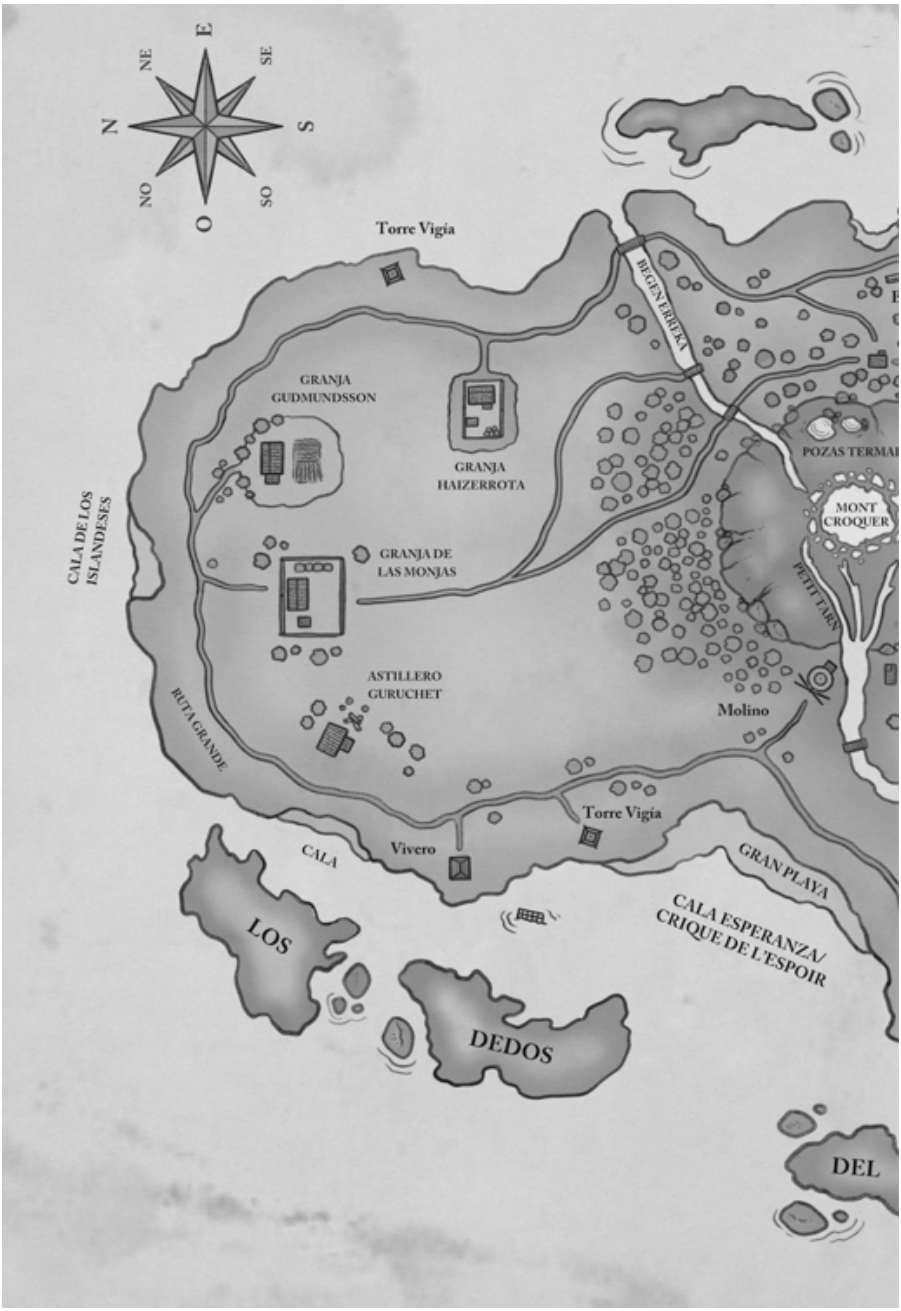
MALACHY TALLACK

Debaxo del Polo Ártico, está la isla que se tiene por última en el mundo, a lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, a quien Virgilio llamó Thule.

MIGUEL DE CERVANTES

Nec sit terris ultima Thule.

SÉNECA


E
NE
SE
N
S
NO
SO
O
Torre Vigia
BLUEN ERREKA
GRANJA
GUDMUNDSSON
GRANJA
HAIZERROTA
POZAS TERMAL
MONT
CROQUER
CALA DE LOS
ISLANDESES
GRANJA DE
LAS MONJAS
PETIT TARN
ASTILLERO
GURUCHET
RUTA GRANDE
Molino
Torre Vigia
CALA
Vivero
GRAN PLAYA
CALA ESPERANZA/
CRIQUE DE L'ESPOIR
LOS
DEDOS
DEL

LA GRANDE FALAISE
Torre Vigía
ACANTILADO DE LAS VIUDAS
Banco
LA GUARIDA
THULE
RUTA GRANDE
LAGO URDINA
Torre Vigía
LES
URJAUZIA
IRAYA
Central Eléctrica
BLACKGROSS MANOR
SAN PEDRO DE LA BONANZA/ ST PIERRE-LE-CALME
Central Eléctrica
Torre Vigía
CASA DE GOBERNACIÓN
RIO ODUS
AU CON-VENT
PUERTO
TROLL

1

I

La carta le quemaba en el bolsillo interior de la chaqueta cuando a las 17:30 salió dando tumbos del Palacio de las Naciones. Iba huyendo. Iba enloquecido por la verdad. Armand no estaba en sus cabales mientras volaba por la escalinata de mármol.

Ciertamente, era la guerra.

La voz atronadora de aquel hombre feo y enérgico no había hecho sino avivar en el alma del joven francés una certeza que su espíritu de diplomático se empecinaba en acallar. Era la guerra y aún podía pelear por dejarla atrás. La realidad se había abierto paso a través del galimatías de intereses nacionales hasta clavarse en su mente como un dardo.

Trastocado, creyó ir dando trompicones. No era así. Su profunda conmoción, sin embargo, no parecía apreciable para sus colegas de diversas nacionalidades, los ministros plenipotenciarios, los ilustrados que acudían como oyentes a las sesiones de la Sociedad de Naciones, a los que iba devolviendo el saludo despistado, ido, casi enajenado en su determinación. La carta le pesaba en el bolsillo mientras atravesaba los corredores, las salas, los salones del palacio Wilson, y cuando llegó al exterior, cuando ante sus ojos se mostró la inocente tarde ginebrina, el bien cuidado césped y la certeza del lago al fondo, no se dejó apaciguar por un paisaje engañoso que era solo un decorado para ocultar el sufrimiento de un mundo a punto de saltar por los aires.

Caminó hacia el perfil de las montañas que se cincelaba en el horizonte. Necesitaba estar solo. Necesitaba pensar. El agua siempre le había servido para calmar su agitada mente. Alcanzó uno de los bancos de madera que amenizaban la orilla del Lemán y se derrumbó sobre él. El español llevaba razón: la guerra ya había comenzado, aunque todos se empeñaran en negarlo. Los más avisados de entre los literatos y filósofos a los que Armand trataba se avenían a considerarla en lontananza, una posibilidad que era mejor vigilar y no un hecho incontestable que iba a voltear todas sus perspectivas de futuro, todas

sus vidas y hasta todas sus muertes.

Armand apretaba perceptiblemente la bien marcada mandíbula, de rabia y de impotencia, aunque nadie hubiera podido percibir su naufragio interior al ver a este hombre joven, con su inconfundible cabellera —indómita, dorada, rizada y de una longitud poco conveniente—, sentado y sin otra ocupación aparente que no fuera contemplar el gran surtidor de agua a la luz morosa del atardecer.

Negrín, a la sazón presidente de la República española, llevaba tres días intentando convencer a quienes no querían ser convencidos de que los campos ensangrentados de su patria eran ya el campo de batalla de esa Europa que tendría que enfrentarse a los fascismos si no quería perecer. Negrín hablaba en vano y lo sabía tan bien como Armand, que conocía los mentideros diplomáticos de Ginebra. El apoyo necesario, el que le era debido a España en aplicación de las cláusulas del Pacto Fundacional de la Sociedad de Naciones, nunca llegaría.

Armand había consumido centenares de horas en los cafés de moda de Lausana, en las reuniones de los antiguos alumnos de la Escuela Normal en Pontigny y en veladas elegantes, intentando deducir lo que unos y otros podrían llegar a hacer o no hacer o decir que harían. Estéril empeño cuando la historia se embala. Tocó la carta que llevaba en el bolsillo mientras se dejaba llevar por el golpeteo ahora casi siniestro de esas falsas olas con que intentaba adormecerle el gran lago. Tal vez se había obrado en su cerebro alguna conexión con las majestuosas masas saladas que poblaban la correspondencia oculta en su chaqueta.

Armand apenas acababa de pasar el ecuador de su veintena. La guerra en su cabeza solo podía significar la movilización, el frente, la lucha y, acechando sobre ese fondo, la muerte. No quería morir aún. Llevaba pocos años al servicio de Francia pero ya sabía que la patria era un mecanismo engrasado por hombres que no iban a pensar en él, ni en tantos millones como él, a la hora de tomar decisiones. Armand Rolzou sentía un temor intenso crecer en su corazón. Armand Rolzou de Saint-Gelais no creía que tuviera derecho a abonar el miedo pero sí a escuchar su voz. Probablemente lo hubiera paralizado antes de recibir la misiva, pero esta había llegado y ahora podía permitirse conjurar sus temores y poner a salvo su vida y la de Constanza, sus vidas y la que dependía de ellos.

«Constanza», pronunció en un suspiro. Lo estaría esperando en la terraza del café junto al puente del Mont Blanc. Tendría que exponerle con cuidado sus proyectos, sin asustarla. El desastre solo los acecharía si se quedaban esperando a que la fatalidad de Europa los alcanzara a ellos también.

Estaba tan seguro de que su mujer no iba a oponerse a sus planes

que, según bajaba por el Quai Wilson, cualquiera hubiera jurado que iba silbando algo entre dientes, algo demasiado alegre para los sombríos pensamientos que le aquejaban, pero es que monsieur Rolzou era un optimista inveterado y sin haber dado sino unos pasos, caminaba ya más allá de todas las dificultades que presentaría su proyecto y de cualquier objeción que ella pudiera plantearle. Todo sería barrido por su juvenil empeño en ponerse a salvo. Cualquier reticencia, anulada ante su firme voluntad de no dejar de ser feliz. Desde el Quai Mont Blanc veía los estandartes suizos y ginebrinos que flameaban en el puente como si saludaran su plan, aplaudiendo con sus restallidos acompasados la decisión que acababa de tomar.

Vio desde lejos a Constanza sentada frente a un cóctel y ojeando una revista. La brisa no era molesta y aun así llevaba un echarpe sobre el vestido de un turquesa acerado. Constanza, la bella. Así solía decírselo en su español de origen, porque sonaba más denso, más auténtico, cuando cogía su mata de negro cabello y jugueteaba con ella entre los dedos. Cuando llegó a la terraza, agarró la silla vacía frente a ella por el respaldo.

—¡Armand, me has asustado! No puedes llegar sigiloso como un gato para darme estos sobresaltos —le dijo risueña.

La besó con la mirada y se acomodó en la silla, olvidada toda precaución. No era raro que se extasiaran un poquito cada vez que volvían a encontrarse, aunque solo hubieran pasado unas horas desde su última separación.

—Desearía no tener que darte otros.

—¡Pues no me los des!

—No siempre decidimos con qué vamos a alarmar a quienes queremos. Vengo de una sesión muy desazonante, Constanza. Los acontecimientos se precipitan y hay que estar muy ciego para no verlo.

—Me encanta que seas capaz de imbuirte de las preocupaciones de todas las naciones del mundo. Es muy loable que te impliques tanto en los asuntos de la Sociedad aunque no me gustaría que eso te perturbara más de la cuenta. ¿Quién hablaba hoy? —preguntó despreocupada.

—Quien me ha impresionado tanto ha sido Juan Negrín.

—¿Otra vez? —preguntó ella con gesto adusto—. ¿Ha pasado algo terrible de nuevo?, ¿dónde?

Constanza no podía dejar de pensar en su familia. A veces hacía como si no estuvieran en un país en guerra, como si su residencia en Suiza extendiera hasta ellos la seguridad de la neutralidad. Sus padres estaban en una zona bajo el control de los sublevados; al principio de la guerra, su terruño se entregó a los franquistas sin batalla. Quería pensar que no corrían demasiado riesgo, al menos eso le decían ellos.

Era el dolor por su patria, el que quería amortiguar día tras día, el que Armand acababa de reavivar.

—Negrín ha venido para volver a solicitar el amparo del Pacto frente a lo que no puede ser considerado de ninguna manera como un conflicto interno. Las acciones de los Ejércitos alemán e italiano desmienten esa falacia que los británicos quieren hacer creer a toda la Asamblea. Esta tarde ha relatado otra vez el bombardeo de la ciudad de Almería desde el mar. En este caso, Constanza, como en el de Guernica, no hay disfraz alguno que los representantes del resto de las naciones puedan usar. Han sido acciones directamente ordenadas por Hitler al Ejército alemán para destruir ciudades españolas. Si eso no basta para activar las seguridades contenidas en el Pacto, la Sociedad de Naciones está muerta porque nada lo hará.

—Lo sé.

—Negrín ha estado contenido pero descarnado, y desoír su mensaje es una temeridad. Ese hombre con aspecto de lo que es, un académico que abomina de toda violencia, ha sido capaz de encogernos el alma, y aun así se va a ir con las manos vacías.

—¿Qué ha dicho?

—Que la guerra mundial ya ha empezado, que España no es sino el prólogo de una contienda que nos va a alcanzar. Y lleva razón: hoy, en pleno septiembre de 1937, no hay otra forma para un europeo de plantearse el futuro que asumiendo la certeza de que vamos a vernos envueltos de nuevo en una gran conflagración. La única duda es de cuánto tiempo disponemos aún, ¿un año?, ¿dos? Quizá incluso menos, pero es seguro, Constanza, Europa entrará en guerra pronto.

—Eres muy influenciable, querido. He estado contigo en decenas de reuniones en las que se ha barajado esa posibilidad y todos creen que ese fantasma puede ser conjurado. ¿A qué volvernos locos pensando en otra guerra cuando los míos siguen envueltos en una bien real?

Él le cogió la mano y la miró con aquel rostro que, sin sus fuertes formas angulosas en el mentón y la mandíbula, habría resultado tan bello y tan delicado como el de una mujer.

—No quiero morir aún —susurró.

—¿De qué hablas? Es tu espíritu sensible y fabulador el que te lleva a decir esas cosas. No vas a morir, mi vida, eres muy joven y tenemos toda la vida por delante. Irene es aún casi un bebé. Ni lo menciones, ¿me has oído?

—Precisamente por Irene, por ella y por nosotros, no quiero morir, no quiero hacer frente a ese inmenso sufrimiento. Si eso es cobardía o pacifismo, no lo sé, pero sé que no quiero eso para nosotros —dijo sereno.

—Vivimos en Suiza, Armand. No tenemos nada que temer, aun

cuando lo que ha dicho Negrín se cumpliera y, la verdad, no diría yo que el Gobierno republicano haya acertado mucho últimamente en sus previsiones.

—Constanza, soy francés y trabajo para el Estado francés. ¿Crees que no me movilizarían? Y si eso pasara, ¿qué haría?, ¿dejarte a ti y a la niña solas aquí? ¿Enviaros a un país en el que mande Franco, con tu familia, mientras yo lucho en el otro bando?

Decidió frenar su ímpetu. Ir más allá tan pronto podía abortar sus planes. Antes quería consultar con el Maestro, en Villeneuve. A fin de cuentas, él se exilió en Suiza para defender su inquebrantable pacifismo ante el absurdo inicio de la Gran Guerra: no solo para combatir intelectualmente, sino para no participar en ella. Lo entendería, aunque su decisión lo hubiera convertido en un egregio apestado al que ni recibir el Nobel había rescatado del ostracismo. Armand deseaba eludir la guerra y a la par no sufrir el rechazo de toda la intelectualidad francesa que el Maestro había soportado. Sí, definitivamente lo mejor que podía hacer era llevarse a Constanza a cenar y esperar el nuevo día para coger el coche y plantarse ante Rolland con su propuesta. Con ese argumento de autoridad, le sería mucho más fácil reconducirla hacia la decisión que él ya había tomado.

Terminó de servirse el poco té que quedaba en la tetera de fina porcelana de Dresde y se sumergió en la placidez del momento. Ella también se había desentendido del drama y miraba el lago, soñadora, evitando pensar en la inoportuna e infantil zozobra de su marido. Llevaban cuatro años casados y sabía cuánto le duraban sus ímpetus. Al día siguiente estaría más calmado y abrazaría otro proyecto igual de urgente. Le encantaba esa capacidad de Armand para volcarse en las emociones que lo embargaban. Así debía sucederles a todos los artistas; aunque él cubriera las apariencias y los riesgos con su trabajo ante la Sociedad de Naciones, era el escritor el que dominaba sus reacciones. Eso le recordó el sobre abultado que habían entregado por la mañana.

—Por cierto, *chéri,* ha llegado un sobre de la Synops, ¿habrán vendido los derechos de alguna de tus obras para el cine? No sabes lo que me gustaría una película basada en *Sangre sin memoria.* Están ciegos si no lo ven.

—¡Oh, no creo! ¡Eres muy optimista! —exclamó aferrándose al cambio de tercio—. Le escribí a Batcheff-Tual porque está a punto de vencer el contrato de representación, sabes que era por un año de prueba. Mi intención es renovarlo pero, como aún no ha habido resultados, no sé cuál será su postura. Algo dirá en su carta.

Entonces se dio cuenta de que, si finalmente llevaban a cabo su plan, tendría que dejar arreglados sus asuntos editoriales tanto en

Ginebra como en París.

—Seguramente tendré que hacer un viaje relámpago a París para renovar lo de Synops y para negociar las próximas publicaciones *chez Fayard.* Tal vez te apetezca venir conmigo y hacer unas compras mientras yo me esfuerzo en conseguir algo más de porcentaje. Son verdaderos negreros, los editores.

—*Bien sûr!* Sabes que para eso siempre estoy dispuesta y, es cierto, deberían pagarte más. Tus novelas cada vez se venden mejor. Si aquí tienen tan buena acogida, en Francia por fuerza debe ser mucho mejor. Ni siquiera estoy segura de que las cifras de ventas que os dan sean reales —suspiró.

Armand la miró con todo el amor que lo empujaba a hacer lo que iba a hacer y la ayudó a levantarse de la silla. Tratarían de encontrar sitio en La Perle du Lac, aunque no había tenido la precaución de reservar. Durante el resto de la noche se dejó llevar por el funcionario diplomático que era ante el público y no volvió a mencionar ni una sola palabra del asunto que lo acongojaba.

II

La mañana, que suele lavar las preocupaciones hasta desteñirlas, no le trajo ni una pizca más de paz. Desde su coqueta villa en la escarpadura que se volcaba sobre el lago ginebrino, no atinaba a ver la quietud sino como un manto que ocultaba la temible realidad. Descolgó el teléfono justo tras el desayuno para avisar al Maestro de su visita. No hacía falta, en realidad. Él casi nunca faltaba de casa y jamás había habido una puerta cerrada en Villa Olga para sus discípulos. La voz que le llegó al otro lado fue la de Macha, siempre atenta, siempre volcada con la misión de su hombre, que lo invitó a almorzar con ellos. Cualquier distracción era bien recibida en aquella jaula de cristal.

Así que se vistió cómodamente, con un jersey y pantalones *sport* para poder pasear con Romain por los alrededores, como sabía que querría hacer después de comer, y mandó sacar el Hispano-Suiza del garaje. Esperó en la puerta mientras el chófer acercaba esa belleza que Armand se preguntó si podría llevarse de allí. Se sentó en el pulido cuero del asiento trasero pensando que bajo ningún concepto lo dejaría atrás. Una leve caricia sobre el reposabrazos lo confirmó.

—Vamos a casa de Romain Rolland, Antoine.

—Muy bien, señor. ¿Prefiere ir por la orilla suiza o por la francesa?

—Vamos hoy por la suiza, aunque sea algo más largo resulta siempre más rápido.

—Muy bien, señor, vamos por Lausana en ese caso.

El sonido majestuoso del motor de seis cilindros era música en los oídos de Armand. ¡Amaba aquel coche! Casi una tonelada de metal con la misma clase que una bailarina clásica. Podrían embalarlo, pensaba, a fin de cuentas aquella cigüeña en vuelo que coronaba el radiador era parte de una migración como la que él pensaba hacer, contara con la bendición que iba a buscar o no. Pasó la hora larga de trayecto mirando el paisaje a las orillas del Lemán —destellos de luz entre los árboles, con las montañas vigilantes al fondo— y pensando en cómo le iba a explicar todo eso a Romain.

Villeneuve era un remanso irénico rodeado por un lado de las viñas aposentadas en sus laderas, en un equilibrio que semejaba mágico, y al sur por las montañas de la Saboya y la ribera francesa del Lemán. Antonio condujo con cuidado por las pequeñas calles del pueblecito hasta llegar a la que, sin salida a ningún sitio habitado, cobijaba bajo su arbolado la entrada de Villa Olga. Esa reja ornamentada que había sido abierta para dejar paso a Tagore y a Gandhi se rindió esta vez ante la llegada del joven y atribulado diplomático francés, al que la literatura y el pensamiento habían ligado decisivamente a su propietario. Armand llegaba a esa casa como a la suya propia y sentía a ese hombre como un padre, ya que había paliado el dolor del que no tuvo porque una guerra estúpida y sangrienta se lo había robado.

Acudió a recibirlo Macha. Romain estaba en su despacho trabajando y había dado instrucciones de que lo condujeran allí en cuanto llegara. Lo encontró frente a su secreter plagado de cajones y de huecos que no daban abasto para cobijar tantas notas, tantas cartas, tantos artículos. En cuanto oyó la puerta, el Maestro levantó su mirada clara, por el color de sus iris y por la honestidad de su vida, imposible de olvidar una vez que la habías enfrentado. Si para Romain la inteligencia del corazón, la de las verdades vivas, era un motor, toda la que él había atesorado con tanta disciplina y con tanto dolor estaba presente en sus ojos.

Charlaron animadamente de esto y de aquello. Armand esperaba sin azorarse a que el Maestro le preguntara por el motivo de su visita. Sabía siempre cuándo había un motivo perentorio y era hábil en preparar la atmósfera para que, cuando se desvelara, todo estuviera presto para atenderlo. Ese día, sin embargo, parecía más interesado en hablarle sobre el *Robespierre* que estaba terminando de escribir.

—Romain, he venido a verle porque ayer habló de nuevo Negrín ante la Asamblea —lo interrumpió cuando no fue capaz de contenerse más.

—Era algo sabido, Armand, tanto como lo que dijo. No deberé su siempre grata visita a traerme noticias que ya he leído en la prensa durante el desayuno, ¿no?

Rolland tenía una sonrisita entre condescendiente y malévola bajo el bigote aún claramente rubio. «Si tanta prisa tiene por contármelo, no se ande por las ramas», parecía decir.

—Entonces tendrá claro que lleva razón. Es la guerra, de nuevo.

—Desgraciadamente, así es y no sé si tendré fuerzas esta vez.

—Yo no voy a participar, Romain, no lo soportaría. Creo que usted ha sido el único bastión intelectual contra la locura del 14 y es la única persona que puede entenderme. Ese es el motivo de mi visita. Ni siquiera sé si es cobardía. Simplemente no puedo soportar la idea de matar ni tampoco la de morir. Es anacrónica, es absurda. No entiendo muy bien cómo Constanza es capaz de convivir en su interior con la certeza de que sus compatriotas se desangran, que se matan unos a otros, en los campos, en las cunetas, que unos tratan de defender las libertades conquistadas y que otros tratan de imponer su orden. Yo no podría. No puedo, no quiero.

—Sabe usted, Armand, que si algo me ha caracterizado estos años es haber sido perseverante en mis convicciones pacíficas y pacifistas. Nunca he pertenecido a ningún ejército que no sea el del espíritu, y mal papel sería que me tocara animarle a que usted entrara en uno. Tuve la voluntad de mantener el alma libre y volveré a hacerlo si es preciso, aunque no creo tener fuerzas para volver a ser testigo del destrozo de nuestra civilización. Negrín lleva razón, la guerra está ahí, respirando en nuestras fronteras, y la de España no es sino su primer episodio. ¿Qué tiene pensado hacer? ¿Quedarse en Suiza? Si esa es su decisión, no seré yo quien le juzgue y mucho menos quien le condene.

—No, no me quedaré en Suiza. Sé demasiado bien lo que usted ha pasado y sé que, estando en la carrera diplomática, me resultaría imposible sustraerme a la movilización. He recibido una carta que contiene una propuesta, un proyecto, que se me presenta ahora como la mejor opción, y es de eso de lo que he venido a hablarle. No es que necesite su bendición, pero me gustaría tenerla, y sí, necesito su consejo —respondió sacando un grueso sobre de la cartera que había dejado a los pies del sillón.

Armand dejó por vez primera que otros ojos recorrieran la carta que le había enviado Nathaniel Buss, y las cejas de Rolland, que hacían por asilvestrarse, se enarcaron ante la lectura del encabezamiento. Aun así, el Maestro no mostró su sorpresa y siguió leyendo con la atención que acompañaba cada gesto de su vida. Una hoja, otra, otra más. Armand se sintió ansioso. Con parsimonia, el Maestro volcó sobre su caótico escritorio el sobre para extraer las fotografías que acompañaban a la misiva. Las cogió una por una y las miró minuciosamente. Al terminar, levantó su mirada clara y la clavó en la de Armand. Exhaló un suspiro.

—¡Nunca hubiera imaginado que era esto lo que quería contarme!

—Y su sorpresa no podía ser sino genuina, como la carta lo había sido para él mismo.

La Inexpugnable, junio de 1937

Mi muy admirado señor Rolzou de Saint-Gelais:

Comprendo que resulta de un atrevimiento difícil de disculpar que se dirija a usted alguien de quien no conoce ni la existencia, pero, créame, no me he puesto a ello sin consultar antes a buenos amigos comunes, ni sin leer sus obras y artículos, de los que desde aquí me declaro admirador. Dígnese pues a concederme un poco de su tiempo y a no tirar estos papeles hasta haberlos leído. No le pesará.

Mis reparos por saltarme de tal forma las reglas de la cortesía se han vencido dada la importancia de la inédita proposición que tengo que hacerle y por la seguridad de que, si yo no habitara cerca de nada y lejos de todo, si yo viviera en sociedad, habríamos tenido el placer de cruzarnos y de haber sido presentados.

Esta carta le llega tras un ímprobo viaje desde el corazón más desconocido del Atlántico Norte, fuera de las rutas, fuera casi de los mapas. La Inexpugnable es una isla reservada para personas como usted o como yo, capaces de comprender la belleza y de asimilar las ventajas de trabajar fuera de la decadencia que invade nuestras sociedades. Es seguro que usted nunca oyó hablar de este remoto paraje y ese es precisamente el encanto del negocio que paso a proponerle.

Es esta una tierra no muy grande, mas inmensa en su hermosura y en su paz. Apenas un centenar de personas tenemos la fortuna de vivir en ella, el privilegio de contemplar el poderoso mar desde sus acantilados, de disfrutar de su tibio verano y de la languidez nórdica de sus inviernos. Este es nuestro refugio y nuestro paraíso.

Hace tiempo que tengo aquí una hacienda llamada Blackgross, en la que habito junto a mi esposa y mis hijos, en una placidez y una comunión con la naturaleza que jamás hubiera podido imaginar cuando residía en Londres. Mi entusiasmo por este tipo de vida, por la riqueza natural y biológica de la isla, por sus langostas y sus ballenas, por su bosque, su lago y las poderosas rocas que la protegen —de ahí su nombre—, llevaron a uno de mis grandes amigos, mister Conder, a construirse con gran esfuerzo una magnífica casa en los terrenos colindantes a mi propiedad.

Levantó una hermosa mansión, con vistas sobre el pequeño lago, diseñada por un prestigioso arquitecto inglés, y acarreó hasta aquí materiales impensables, decoraciones y muebles de la mayor calidad y gusto, y todo lo necesario para convertirla en una morada apropiada para un caballero centrado en el estudio. Iba a ser su hogar y el de su familia, después de tantos años de gastos y de denodado entusiasmo. No pudo ser. Un infausto accidente, fruto de la más malhadada jugarreta del destino, truncó la vida de su amada esposa, precisamente durante un paseo por los acantilados de La Inexpugnable. No necesito explicarle que tal dolor lo ha inhabilitado para vivir en este lugar y en esa casa que ambos soñaron juntos y que no llegaron ni a ocupar.

Me comprometí, por amistad y por lealtad, a ayudarlo a encontrar un

comprador merecedor de tanta dedicación y cuidado; trato de dejar su espíritu tranquilo y de aliviar sus economías, ahora que ha de residir en Inglaterra. Me he volcado en encontrar a alguien de elevado espíritu y miras y eso lo hice pensando también en mí mismo y en lo necesario que resulta contar con la compañía adecuada para disfrutar del aislamiento en este paraíso. Le remito fotografías de la construcción y de la isla para que pueda apreciar todo lo que mis palabras no son capaces de describir, si bien tampoco estas toscas imágenes les hacen total justicia.

La Inexpugnable o L'Imprenable, ambos nombres le son propios, es una pequeña isla situada a no menos de mil millas náuticas de cualquier lugar habitado y que, por el Tratado de los Pirineos (año 1659), se constituyó en un condominio de Francia y España. Así que le escribo desde territorio español, dado que lo hago en junio, pero cuando usted lea esta carta la isla se habrá transformado en L'Imprenable y estará bajo jurisdicción francesa. Poco importa, en realidad. Ambos países han debido de olvidarse hace tiempo de nuestra existencia. Usted, que es diplomático, sabe que probablemente sea así. Le rogaría que no hiciera demasiadas gestiones oficiales en el Quai d'Orsay que pudieran recordársela. Seguro que la borraron como al resto de las islas fantasma recogidas por Mercator. Solo los pescadores vascos del golfo de Vizcaya, de uno y otro país, siguen utilizando la isla como descanso o refugio cuando van y vienen de los bancos de Terranova. Por ese conducto le hago llegar esta carta y por ese conducto me será entregada su respuesta, si tiene a bien redactarla.

En documento aparte le envío también los planos, el precio y el inventario de la vivienda, que no tiene aún nombre y que espera a que su definitivo propietario se lo asigne. Verá que hay también instrucciones legales para realizar la compraventa, coordenadas de ubicación de la isla y las fórmulas habilitadas tanto para hacernos llegar correspondencia como para viajar hasta aquí si finalmente se decidiera.

Quedo suyo a la espera de tener gran fortuna de contar con usted y su familia en este dichoso lugar. Cualquier duda urgente podrá resolvérsela el propio mister Conder, que se encuentra asentado en Londres.

Con afecto,

NATHANIEL BUSS

Ambos se miraron en silencio durante unos minutos. El Maestro acabó por levantarse y comenzó a recorrer su despacho a la par que hablaba. Para él, de vuelta ya de todos los caminos, tras haber consumido la soledad, el señalamiento y el supremo triunfo de haber recibido el Premio Nobel de Literatura sin que nadie lo leyera después, pues su obra había sido maldecida como la de un antipatriota, la vida era ya un sendero en el que muchas cosas podían deshacerse pero cada vez menos quedaban por hacer. Aún había un ímpetu juvenil en su forma de afrontar los hechos y así se mostró en esa ocasión.

—El primer planteamiento es el de no participar en la guerra y eso, querido Armand, podría usted conseguirlo incluso quedándose aquí y haciendo lo posible por no ser considerado apto para el Ejército o

logrando un empleo propio de su condición en la retaguardia. A ninguno nos es ajeno el mundo y sabemos que la familia de su padre podría conseguirle eso y muchas cosas más. ¡Pare, pare, déjeme acabar! —le dijo mientras hacía con la mano el gesto de detener el intento de Armand de defenderse de lo que consideraba una bajeza—. Estoy exponiendo y no juzgando. La segunda cuestión es si es preciso abandonar esta Europa que agoniza y, en caso de tomar tal decisión, el mejor sitio al que ir.

—Es una forma de plantearlo.

—No es ni siquiera una forma original. Usted sabe que Zweig es un hombre muy querido para mí. Hará tiempo que no lo ve por esta casa, en la que Stefan era como uno más de la familia, y no sé si sabe que está en Londres desde hace casi tres años. Cuando conoció que en las piras de libros que los nazis hacían arder en Alemania estaban sus obras, decidió que tenía que partir. No solo por su condición de judío austriaco, sino porque no soporta la idea del suicidio de Europa. Stefan, como Negrín, como usted y como yo, sabe que es cuestión de tiempo que Hitler tome Viena o cualquier otra capital y desate la guerra. Hace poco recibí una de sus esperadas cartas en las que me explicaba que Londres no era la solución al dolor que sentía. Londres es aún esa Europa que está amenazada de muerte y él lo nota en sus poros. Desde esa experiencia puedo decirle que es difícil encontrar acomodo y que quizá no sea tan descabellado buscarlo allí donde la civilización que se derrumba no es sino una lejana postal, como parece suceder en esa inexplicable isla.

—Es inexpugnable —lo corrigió Armand.

—No ha sido un error, querido amigo, es que me resulta del todo inexplicable que exista un pequeño territorio, en el que habiten personas ilustradas, que dependa de dos potencias europeas y del que nadie con cultura haya oído hablar. Por eso es un milagro y por eso puede ser una bendición que hayan pensado en usted. Yo no lanzaría las campanas al vuelo sin haber consultado la localización, clima, riqueza y otras cuestiones básicas pero, aparte de eso, y suponiendo que todo sea tal y como le cuenta ese tal Buss, cuyo apellido ciertamente he oído en algún lado, ¿cómo haría usted para afrontar ese cambio radical?, ¿de qué viviría?, ¿cómo haría llegar sus obras a Europa, o tal vez dejaría de publicar? Y, por encima de todo, ¿cree que la hermosa Constanza, tiene usted una mujer deliciosa, si me permite decirlo, estará dispuesta a enterrarse en vida aunque el sepulcro sea un oasis natural?

Armand tenía respuesta para todas sus preguntas pero, oídas de otros labios, se percató de que no serían tan sencillas de aceptar como él imaginaba a fuerza de desearlo. Las comprobaciones resultarían fáciles de hacer. Rolland no había reparado en que en uno de los

anexos figuraba una frecuencia de onda corta, el único medio de comunicación que tenía la isla, de modo que podría contactar directamente con Buss si tenía consultas importantes que hacerle. Decidió que verbalizar las soluciones era una forma de imponerse las leyes de la acción.

—He pensado que podría vender alguna propiedad para hacer frente a la compra de la hacienda, que como habrá visto es magnífica y con toda la lógica mucho más barata de lo que sería esa misma construcción y sus hectáreas en pleno corazón de Europa. Tendría que decidir si vender la residencia de Ginebra o si conservarla y vender en cambio algo en Francia. No veo mayor problema en esa operación. Tampoco en asegurarme de seguir publicando y recibiendo el producto de mi trabajo. El canal de envío y reenvío está claro, usted lo ha leído, y una vez que los manuscritos estén en Francia solo es cuestión de arbitrar una forma de pago. Lo más complicado, desde luego, es Constanza, pero creo que podré vencer sus reticencias. Es como ir a colonizar un mundo nuevo que podremos moldear a nuestra manera, una tentación muy potente incluso para ella.

La conversación prosiguió durante la comida, una vez que Macha se encargó de comunicarles que estaba dispuesta. Cuando la hubieron puesto al corriente afloraron con naturalidad las dificultades que, desde otro punto de vista, suponía la decisión. Marie Romain Rolland había ordenado disponer una mesa informal en la terraza que, bajo el aún benévolo final del verano, ofrecía una temperatura perfecta a esa hora del mediodía. Apenas una brisa agradable, provocada por la confluencia del lago y del Ródano, levantaba los bordes del inmaculado mantel bordado sobre el que habían depositado unas bandejas de barquitas a la moscovita y de huevos a la Clémence para que pudieran servirse ellos mismos y charlar de forma más íntima. Era una costumbre en Villa Olga saltarse un poco la rigidez de las normas cuando los discípulos de Romain acudían a hablar con él. La vista desde la terraza era perfecta, desde allí había contemplado muchas veces una magnífica puesta de sol sobre el Jura, y Armand, aun así, se empeñó en compararla con la que la fuerza del océano daría a sus próximas ventanas. La esposa del Maestro no mostró sorpresa por la propuesta, aunque exteriorizó su opinión de forma pragmática y muy pronto les hizo poner los pies en la tierra. Preguntó por los criados, por la educación de la pequeña Irene, por los servicios religiosos, por la posibilidad de proveerse de vestuario o siquiera de productos de alimentación adecuados.

—¿O pretende usted que una mujer tan refinada como Constanza viva como una salvaje?

Esa frase tan gráfica quedó flotando en el ambiente y también en el espíritu de Armand. Cuando salió por la puerta de Villa Olga con

Romain, a dar el paseo que este justificaba con el muy español dicho «para bajar la comida», era muy consciente de que atraer a su mujer a un exilio como el que le iba a plantear no resultaría nada sencillo. Tendría que llegar con todas las respuestas si quería tener alguna posibilidad.

Romain no estaba para cuestiones prácticas, de hecho nunca lo había estado, y solo con la llegada de Macha a su vida había conocido cierto reposo hogareño en el que casi ni reparaba. Romain estaba enganchado a la voluntad de dos de los más queridos miembros de su círculo de no solo rechazar la guerra, cuando llegara, sino de huir de ella y del escenario en que se iba a desarrollar. En el caso de Stefan no tenía ninguna duda de que acabaría por dejar Londres para partir hacia algún lugar que le aliviara el dolor de Europa, pero ¿y su pequeño Armand?

—¿Y qué si fuera cobardía? —le dijo a Armand—. ¿Qué tipo de virtud es el valor o, más ajustadamente, por qué sería más valiente seguir al rebaño a la carnicería que apartarse de él? Es imposible, no hay islas inaccesibles para todos, pero es obvio que millones de personas eligen siempre no participar en la locura y, si me permite, no veo el inconveniente de que seamos hombres los que tomemos esa decisión. Si todos los hombres de todos los países se negaran a tomar las armas, la guerra sería imposible.

—Pero si la lucha es entre nuestra civilización y la barbarie, no deja de ser inane bajar los brazos y esperar a ver de qué lado cae la moneda. Sé que estoy haciendo de abogado del diablo de mí mismo, pero es algo que, en cierto modo, me atormenta.

—Hijo, permítame que le llame así, me siento un poco su padre espiritual, y no tengo modo de evitarlo. Su caso, como les sucederá a tantos en su posición, tiene connotaciones que no hay que despreciar. Fue la guerra la que le arrebató la posibilidad de un padre. No ha habido ni un día de su infancia o de su juventud en que no haya sido consciente de esa pérdida. En el fondo creo que en su actitud se refleja en parte el deseo íntimo de que hubiera sido él quien le ahorrara esa soledad, quien hace más de veinte años hubiera decidido negarse a participar en una locura sin sentido. Lo he notado desde que llegó. Que yo fuera la única voz que clamaba en el 14, de forma abierta y para muchos suicida, por evitar una confrontación absurda, le ha unido a mí más que a ningún otro profesor o colega que hubiera podido tener, porque si mi intento hubiera triunfado, usted habría tenido un padre a su lado.

—¡Pobre Europa y pobres de nosotros, Romain! Gracias. Necesitaba verbalizar lo que dentro de mí es un sentimiento borboteante y a cuya fuerza no me puedo sustraer. Me iré. Me los llevaré. Convenceré a Constanza porque, además, no tiene por qué ser

una decisión irreversible. Lo único que sería irreversible sería no volver, dejarlas solas —musitó.

Más tarde, de vuelta en el Hispano-Suiza, con el atardecer acechando a sus espaldas, había dejado de sentir culpabilidad alguna. En su mente se amontonaba lo que iba a precisar: a qué empleados habría que convencer para que los siguieran y toda una panoplia de cuestiones prácticas que suponían actividad, y la actividad era lo único que podía matar sus dudas y sus remordimientos. Serían imprescindibles algunas gestiones discretas para comprobar lo que afirmaba el tal Buss. Contactaría con el propietario en Londres. Vendería la casa de París y conservarían la de Ginebra con unos inquilinos de calidad que no serían difíciles de encontrar. Localizaría al capitán mercante que le indicaba la carta. Al llegar, se explicaría con Constanza. La prisa lo inundó y no dejó sitio para nada más.

III

Constanza estaba segura de que había algo que su marido no terminaba de decidirse a contar. Lo percibía solo con verlo chacharear sobre esto y aquello, como una polilla dándose golpes con las paredes cuando su único interés era acercarse a la luz. Lo miró con ternura para darle coraje. Solo cuando la percibiera relajada y receptiva, soltaría prenda. Así que se limitó a seguir comiendo tarta de grosellas mientras aguardaba a que él dejara caer la bomba que le estaba estallando dentro del pecho. No le importaba esperar, sobre todo si era mirándolo. Era uno de esos días en los que, cuando se arreglaba para cenar, su marido se soltaba el pelo y lo dejaba fluir, con sus rizos brillantes y sus reflejos de llama, mientras se lo apartaba de la cara de vez en cuando con un gesto que nunca la dejaba indiferente. Esa mata de pelo salvaje y ese rostro anguloso lo convertían en un objeto de deseo tan evidente que Constanza agradecía que ella fuera la única destinataria de tan leonino despliegue. Era un hombre bello, sensible y amante, ¿qué más daba que hubiera que saber llevarlo con un poco de mano izquierda?

Cuando la doncella se hubo retirado tras dejarles el café, la cabeza de Armand partió a lomos de una lengua que ya no podía refrenar. Volvió a retomar la cantinela del día anterior: Negrín, la guerra inminente, el miedo a verse envuelto en ella y morir, como su padre, dejándolas a las dos tan solas como habían estado su madre y él. Constanza no lo interrumpió. Le pareció extraño que la preocupación le hubiera durado tanto tiempo en la cabeza sin ser soslayada por alguna otra pasión que precisara de atención inminente, así que empezó a plantearse que su marido estaba angustiado en serio y por

algo concreto y persistente. Fue entonces cuando saltó el tema de la carta. Constanza la leyó con un interés creciente y, una vez acabada, se quedó con ella sobre el regazo y con una mirada llena de asombro y de la que procuró alejar la indignación.

—¿Es de un loco?

—No lo creo, más bien me parece una propuesta providencial —murmuró él.

—¿De verdad me estás diciendo que quieres que nos vayamos a una isla desconocida, que a saber si existe, y que invirtamos en ella parte de nuestra fortuna y salgamos del mundo, como quien abandona un escenario? ¿Es eso lo que me estás diciendo, Armand?

Él suspiró como si se aprestara a una conversación que ya había tenido tantas veces en su cabeza que le resultara aburrido reproducir. En lugar de contestar, sacó del bolsillo las fotos de la isla y de la mansión que le había enviado Buss y las puso sobre la mesa, junto al platillo que soportaba la taza de su mujer. Ella respetó el cambio de registro de su charla, de la oratoria a las pruebas, y las cogió no sin interés. Su cara fue mudando de una expresión curiosa al principio, asombrada más tarde, dulcificada después.

—¡La casa es magnífica! —dijo—. Ese extraño color bermejo de los ladrillos, esas vistas al lago, esos acantilados… Aún sé reconocer la belleza, amor, pero es una belleza que está muy lejos y que exige muchos sacrificios, demasiados, ¿no crees?

—Está muy lejos de la guerra que se avecina, eso es lo importante. Si el sacrificio que exige es el de no sacrificarnos, entonces llevas razón. Escúchame, Constanza, mira lo que está sucediendo en tu país. Tus padres han salido, de momento, razonablemente bien parados porque los rebeldes han tomado muy pronto su zona, casi sin resistencia, y no ha habido ni muchos daños materiales ni demasiada sangre derramada, aunque el resto del país es un matadero, un caos, una total destrucción. Por eso es un espejismo lo que ves. Lo que venga será muy duro. Conservar su patrimonio les va a costar callar y aceptar, y por mucho que tu familia sea conservadora, créeme, si ganan los franquistas, el futuro no será tampoco para ellos un jardín de las delicias. Tu padre, tan cosmopolita, y tu madre, tan refinada, no tienen nada que ver con un régimen de militarotes provincianos y de cortas miras. Sobrevivir, en su caso mantener los privilegios y sostener la propiedad y la que será tu herencia, va a pasar por sucumbir y rendir pleitesía a gentes a las que desprecian. No es ninguna bicoca. Constanza, nosotros nunca podríamos sobrevivir en un país fascista. No es eso lo que quiero para nuestra hija. Asume primero que ese es el único horizonte real y, después, cuando no te quede ninguna duda de que la muerte y la destrucción van a irrumpir en nuestras vidas inexorablemente, entonces vuelve a mirar esas fotografías y dime qué

quieres hacer.

—La Inexpugnable…, al menos suena seguro —murmuró.

—Es seguro, es hermoso, es un lugar perfecto para criar a nuestros hijos y para aguardar un futuro mejor. Incluso puede ser un refugio para tu familia, si llega a necesitarlo. ¡Dime que lo vas a pensar, por favor, amor mío!

Lo vio tan angustiado, tan urgido, que no pudo sino asentir. Además, de un modo subrepticio pero tozudo, la posibilidad de una isla, de un refugio, había entrado en ella y ya no pudo sustraerse a su poderoso influjo. La Inexpugnable estaba poseyéndola sin ser más que una idea aún.

La noche no fue sencilla. Los pensamientos se formaban a su capricho, sin conjurarlos, sin consentir que ella los alejara para caer en el sueño. Le traían los miedos a dejar todo lo que amaba, a un viaje incierto y peligroso por un océano semidesierto, a no encajar en aquel nuevo lugar, a no saber qué hacer con él, a no tener nada que hacer en él, a perderse algo, a perderlo todo. Era joven. Tenía derecho a vivir ese momento en todo su esplendor. No podía imaginar una guerra real entrando en su vida.

Hasta le parecía a veces que lo que sucedía en su país era un mal sueño. Al rato su mente le traía de nuevo la carita sumida en el sopor de Irene, tal y como la había dejado cuando fue a besarla antes de meterse en la cama, y se inquietaba viéndola en medio de un bombardeo, del que tendría que salvarla entre el frío y la miseria y el miedo. Ellas dos solas en medio de la nada, sin Armand, intentando llegar hasta sus padres, extenuadas, famélicas, hostigadas por soldados y desposeídos. Sin Armand. Ella no quería vivir sin él, no podía imaginar una vida sin él. Sabía que iba a seguirlo, al fin del mundo si hiciera falta, y se dio cuenta de que todo lo demás no le importaba.

Por muy independiente que se reclamara, su cuerpo se tensaba imaginando el vacío que dejaría Armand, la inutilidad de una vida sin él. Ese miedo era muy superior a cualquier batalla que conjurara, una mera entelequia, un futuro que tal vez no llegaría, pero renunciar a él, eso sabía que no iba a hacerlo.

Si Armand quería irse a una isla mientras durara el peligro, irían. Construirían su futuro en cualquier parte, siempre y cuando estuvieran juntos. Esta certeza le trajo la calma y pudo al fin descansar y dormir cuando ya frisaba el alba, cuando las tinieblas se estaban disolviendo dentro y fuera.

El nuevo día no trajo el sol, sino unas brumas hostiles que no se despegaban del lago y que parecían encajadas bajo sus ventanas, como un mar de invierno. ¿Cómo sería un invierno en medio del océano? Descubrió que estaba sola y que Armand se había deslizado fuera de la cama sigilosamente tras el amanecer. Tocó el timbre y esperó entre las

sábanas a que apareciera Carmen con el café. Estaba allí, con la indómita melena negra y rizada suelta sobre los almohadones, la bella del Señor, la que lo seguiría por amor, sin miedo a ser destruida en el empeño.

Con el desayuno terminado, acariciando con los talones la tersura de las sábanas frescas de algodón de cientos de hilos, gozando con su contacto y deseando no perderlo nunca, descolgó el teléfono que tenía en la mesilla y pidió a la operadora una conferencia internacional con España. La señorita no se lo puso fácil. Primero le advirtió de que, debido a la guerra, había líneas cortadas. Cuando Constanza le respondió que esa funcionaba, aún la telefonista insistió en recordarle que las demoras en la comunicación podían ser muy largas. Constanza alegó que no le importaba. Le dejó dos números diferentes, el de la casa y el de las bodegas, y le rogó con toda humildad que intentara contactar con uno de ellos pues necesitaba hablar con sus padres. Una brizna de compasión pasó por la voz de la operadora cuando le aseguró que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano, porque ella tampoco podría soportar estar sin noticias de los suyos y menos sabiéndolos en medio de una guerra.

Mientras esperaba la conferencia, se levantó, se puso una bata de raso violeta que le daba reflejos inéditos a sus ojos y le pidió a Carmen que fuera peinándola. El cepillo de mango de plata pasaba con una precisión implacable por cada mechón y la sabia mano de la doncella lo iba colocando aquí y allí, con maestría, mientras ella le sujetaba las horquillas, en un alarde de colaboración que consideraba una forma de reconocer la necesaria intimidad que unía a ambas mujeres. Pensó en Carmen, en algo tan cotidiano como los cuidados de Carmen, ¿iba a tener que renunciar a ellos o iba a ser capaz de convencerla de que la siguiera a esa isla del fin del mundo? A lo mejor en aquel lugar recóndito, expuesto a los vientos, no iba a necesitar peinarse con tanto esmero, o sí, porque estaría Armand y para él era todo trabajo y todo esfuerzo. Tendría que hablar con su doncella. Tendría que hablar con la *nanny* de Irene, tendría que…, y de pronto comprendió que en su mente se había instalado ya la partida.

Cuando casi habían terminado, el teléfono sonó trayendo la conferencia pedida. Al descolgar, la señorita le informó de que en la casa no había respuesta pero que tenía al aparato las oficinas. Fue la voz de su padre la que Constanza escuchó, lejana y débil, al otro lado de una línea que chisporroteaba a intervalos caprichosos.

—¡Buenos días, padre! ¿Seguís todos bien? No he podido localizar a mamá en casa y por eso he dado el número de las bodegas…

—¡Hola, hija!, sí, todo bien o al menos todo lo bien que podemos esperar. Tu madre habrá salido a atender cualquiera de las tareas que una buena española debe acometer ahora. Casi prefiero que vaya a

hacer socorros con el cura a que traiga al cura a casa para socorrernos —dijo.

—¡Atención, padre, que te pierdes! Bueno, en todo caso revisa la línea porque no es que ella no estuviera, sino que no se podía contactar con ese número. Tal vez una incidencia os ha dejado aislados.

—Lo miraré, hija, claro. ¿Te valgo yo o es con tu madre querida con la que necesitas hablar?

—Me vales, de momento —bromeó—. Necesito consejo, papá. Es complicado de contar por teléfono, pero Armand, bueno, no voy a explicártelo por aquí porque es largo y la conferencia muy cara. —Constanza no olvidaba la censura ni las escuchas que a buen seguro hacían incluso las operadoras—. El caso es que cree que, en fin, que deberíamos irnos por si acaso, ya sabes, en Europa…

El padre de Constanza sabía a ciencia cierta en qué punto estaban.

—Puede que no ande descaminado, hija. A veces me planteo si, al terminar, cuando termine, no estaremos empezando de nuevo. Pero ¿adónde?, ¿cuándo?, ¿no es muy repentino?

—Él dice que no queda mucho tiempo, papá.

—Pero Suiza…

—Pero él está en edad, papá.

—Cierto, eso no podemos soslayarlo…

—¡Cómo me gustaría contártelo todo y saber tu opinión!

La línea quedó un momento vacía de palabras, solo con el ruido de grillos de una comunicación imperfecta y, tal vez, solo tal vez, con el sonido de una respiración lejana.

—Creo, hija, que pronto tendremos que enviar un pedido grande a Biarritz, ahora tenemos mucho predicamento en esa zona. ¿No tienes pensado un pequeño viaje? Mira, estoy ocupado ahora, pero te escribimos, ¿vale? Tal vez podamos darte un abrazo muy pronto, cariño.

Constanza lo entendió todo rápidamente.

—¡Qué alegría, padre, que vayan tan bien los negocios! Me encantaría besar a mamá, ¡díselo, por favor!

—De tu parte, hija, de tu parte. Le gustará saber de ti y ayudarte en lo que pueda. Te dejo, que la llamada te va a costar una pequeña fortuna. ¡Te quiero mucho, hijita!

—Yo a vosotros también. Espero vuestras cartas. Un beso.

Solo le respondería a Armand después de hablar con sus padres. En todo caso, él también tendría que ir a despedirse de su madre en Saint-Émilion, ¿por qué no bajar un poco más por la costa, justo hasta la frontera? Estaba segura de que había captado la idea de su padre y era exactamente lo que pensaba hacer.

IV

Siempre que la veía sentada frente a su coqueta se sentía como hipnotizado. Miraba cómo atendía a cada detalle con una concentración que a él le parecía incoherente con la tarea, aunque era obvio que a ella no. Unas hebras de cabello, un toque más negro en la pestaña, justo en un extremo de sus ojos, o el lento barrido de una brocha empolvada sobre rincones de su rostro casi inaccesibles para una mirada. Parecía absurdo lo que hacía, pero era perfecta mientras lo ejecutaba. El tiempo apremiaba si querían llegar a la cena que daba Benedetti, el director de la sección de Información de la Secretaría de la Sociedad de Naciones. A las ocho en punto, él y la hermosa espalda de Constanza, esplendorosa con su vestido de seda roja, deberían estar sentados a su mesa, y en un susurro se lo recordó a su bella mientras se llevaba parte de los polvos en un casto beso.

La decisión de dejarlo todo atrás, que en su interior ya estaba tomada, le permitía alejarse espiritualmente de ese juego de ascenso y caída que durante tanto tiempo lo había obligado a buscar el grupo correcto, la conversación adecuada, y a obviar a los cadáveres sociales cuya mera proximidad podía mandar al fondo su carrera. Benedetti había invitado a sus colaboradores, uno de los cuales era Armand Rolzou, y a valores seguros como lord Rutterford o el consejero especial Pettresco, y al inefable, poderoso y bello Solal. Un par de influyentes periodistas estadounidenses revoloteaban durante el cóctel alrededor de un compatriota, mister Budd, un *playboy* cuya invitación solo podía achacarse al dinero de su padre. Tan solo unos minutos antes de la cena hizo acto de presencia Sir John Cheney, el todopoderoso secretario general. La llegada de Su Excelencia cambió todos los flujos de las ansias allí congregadas mientras que Armand solo pudo ver en él a un cadáver exquisito de un mundo que estaba a punto de ser sepultado.

Fue durante los cafés, que sirvieron en un salón anexo cuyas ventanas sobre el Lemán habían sido abiertas en previsión de acaloramientos que solo la educación apaciguaría, cuando basculó hasta un grupo que se había formado en torno al mimado estadounidense. En esa conversación el niño de papá, que resultó no ocupar su tiempo exclusivamente en serlo, relataba a una audiencia boquiabierta sus arriesgadas incursiones en España para comprar obras de arte que la nobleza deseaba salvar de la destrucción de la guerra. Eso y procurarse francos suficientes para seguir viviendo en la Riviera, aunque esto, el perfecto mundano tuvo cuidado de no decirlo dado que no era necesario, todos lo sabían. El tal Budd estaba contando el despliegue de fuerzas italianas en Sevilla, para apoyar al

bando rebelde encabezado por Franco, y su constancia de que Goering estaba probando en España la efectividad de una aviación que debería darle la superioridad en la guerra que sin duda iba a comenzar en Europa. Cuando el joven estadounidense afincado en Francia comenzó a reprochar a esos señores de la Sociedad de Naciones que siguieran permitiendo tales violaciones del tratado, y cuando su diatriba subió de tono, dentro de lo socialmente admitido, para reprochar las sesenta reuniones del Comité de No Intervención en Londres, en las que Alemania e Italia mentían descaradamente, muchos de los que lo rodeaban comenzaron a proferir leves carraspeos o a abandonar sigilosamente el círculo. Apenas le quedaba público cuando dijo:

—Ustedes saben que Franco solo no podría, que es esa política de no intervención la que va a darle la victoria al fascismo al otro lado de la frontera de Francia.

—Mi mujer es española —le dijo Armand cuando se quedaron solos.

—¿Y usted trabaja en la Sociedad de Naciones, señor…?

—Rolzou —dijo tendiéndole la mano, que Budd estrechó con fuerza.

—La Sociedad de Naciones está muerta y usted debe saberlo.

—Lo sé. Es cuestión de tiempo que la guerra estalle y la haga saltar por los aires.

—Su ineficiencia es tan palmaria que es ya solo un paripé. Primero fue Manchuria y pasó desapercibido, pudieron hacer la vista gorda, pero la invasión italiana de Abisinia y la no asistencia al Gobierno legítimo de España dejan el paso franco a cualquier avance de Hitler. Yo aún intento mostrarles la realidad, pero lo cierto es que las grandes naciones no quieren verla y sus grandes industriales tampoco, ya me entiende. Acabar con los bolcheviques es un objetivo tan primordial para mantener su modo de vida, para que nada cambie, que todo medio les parece bien empleado, nazis y fascistas incluidos.

—No tengo un reproche que hacerle a su diagnóstico. Lo único que no sabemos es cuánto tiempo nos queda…

—Solo hasta que los nazis estén preparados y, créame, yo he viajado a Alemania en varias ocasiones y cada vez es más evidente que ese momento está más cerca de lo que todos creen. No le doy más de dos años —dijo Budd levantándose del sillón en el que saboreaba un whisky con soda para despedirse.

Fue entonces cuando Armand reparó en que Constanza llevaba un rato parada tras el sofá que él ocupaba y que en su mirada flotaban las palabras de alerta de ese *playboy* como una matinal niebla fría enganchada a la superficie del lago.

Cuando más tarde volvían a casa, Constanza evitó la colorida charla con la que normalmente desmenuzaba los entresijos de esas

reuniones de sociedad, en las que siempre había unos amantes que se descubrían en una mirada, o unas pérdidas de juego disimuladas o cualquier otro jugoso y frívolo cotilleo. Esta vez la conversación que le había tocado el alma era otra.

—Entonces, querido, ¿la Sociedad de Naciones va a desaparecer?

—Nació para evitar lo que sin duda va a suceder. Cuando la guerra empiece, su fracaso no tendrá paliativos y todo aquello que la sustenta reventará. Sí, Constanza, va a desaparecer.

—Eso significa que ni siquiera tu habilitación para seguir en Suiza se mantendría y que tendríamos que volver a Francia, donde…

—Donde sería reclutado, sin lugar a dudas. Nuestra situación en Suiza se convertirá en insostenible, al menos la mía.

—Tu situación es nuestra situación, la mía y la de nuestra hija. Lo has dicho perfectamente, amor. Eso no puede sucedernos. He hablado esta mañana con mi padre. Ya sabes, medias palabras por teléfono, pero las suficientes para hacerle saber que me gustaría consultar algo con ellos. Creo que tengo tomada ya la decisión de aceptar tus planes, pero si no te importa, me gustaría tener su consejo, a fin de cuentas son mis padres y están viviendo de lleno lo que otros solo han visto en su imaginación.

—Me parece perfecto, *chérie,* solo quiero que nos aventuremos en ese futuro si tú estás tan plenamente convencida como yo mismo lo estoy.

Clavó la vista en la carretera e intentó que la oleada de entusiasmo que subía por su pecho no se manifestara abiertamente. Había decidido plantear el éxodo a La Inexpugnable como una decisión que podían tomar libremente los dos y en la que la opinión de Constanza pesaba tanto como la suya, pero no era cierto. Armand ya tenía una determinación que no iba a abandonar. Era su muerte la que rondaba con el sonido acompasado de un péndulo suizo. En caso de que Constanza se empecinara en quedarse en Ginebra, o incluso en volver a España con su familia, él embarcaría en La Rochelle en el mercante que se indicaba en la carta y desaparecería de las costas europeas hasta que los jinetes de la locura y la muerte dejaran de cabalgar sus caminos.

Comenzó a hacer planes con ella a la mañana siguiente. Tendrían que viajar a París para arreglar sus contratos con los editores y para establecer de qué forma y bajo qué condiciones podría hacerles llegar los originales desde un lugar que no pensaba revelar. También debería pactar cómo serían remitidas las remesas de dinero. Al terminar, bajarían hasta Saint-Émilion, donde ya habría acabado la vendimia, para exponerle a su madre sus planes e intentar recabar de ella alguna ayuda financiera. A continuación, llevaría a Biarritz a Constanza, a una cita con sus padres que debería estar perfectamente sincronizada.

Él se ocuparía entretanto de verse en el puerto de La Rochelle con el capitán del Petit Ruritanie, uno de los pocos que, según las instrucciones de Buss, sabía y quería aventurarse a navegar hasta L'Imprenable. La suerte estaba echada y Armand solo podía sentir un inmenso alivio, una excitante sed de aventura y ningún remordimiento por no ir a participar en una carnicería que otros habían dejado fraguarse sin su concurso.

V

Viajar siempre era excitante para Constanza. No tardó ni un día en conseguir adecuar su equipaje a las dimensiones del maletero del Hispano-Suiza, y eso que era una tarea para la que precisaba de un entusiasmo militante. Una vez determinado con dolor todo lo que no podría llevarse, dejó que su doncella se ocupara de empacar debidamente el resto. Carmen viajaría en tren hasta la capital francesa y allí se reuniría con su señora. Ni Constanza ni Armand querían privarse de la intimidad y la libertad de viajar solos, y menos en su actual tesitura. La pequeña Irene se quedaría con su *nanny* en Ginebra, como solía suceder siempre que sus padres se lanzaban al mundo para disfrutar sin remordimientos de ser tan libres, tan guapos y tan ricos.

Con ambas iba a tener que negociar la bella Constanza porque no se podía imaginar una vida de colona —así se había fijado el futuro que barajaban en su mente— sin contar con la ayuda imprescindible para una dama. De momento, se limitaba a tirarle pequeños dardos a su fiel doncella para sondearla. Carmen era una joven de Salinillas de Buradón a la que de niña sus padres llevaron a la casa solariega de los Pérez de Albeniz, en cuyas bodegas habían encontrado trabajo. Allí fue adiestrada para ser una doncella adecuada para Constanza, a la que llevaba cuatro años, y cuando esta fue enviada a estudiar a Suiza y luego a París la acompañó en la aventura. Ahora era una mujer a punto de entrar en la treintena, regordeta y jacarandosa, experta en los afeites que una dama de mundo necesitaba, y leal a Constanza por encima de cualquier otra consideración. Ese había sido el efecto que la familia alavesa había buscado al destinarla en exclusiva al servicio personal de su hija mayor, que vagaba por el peligroso pero sin duda excitante mundo europeo. Así que cuando su señora dejaba caer que a lo mejor tenían que mudarse para un periodo largo o mencionaba la posibilidad de retirarse a un lugar más tranquilo y natural, la alegre Carmen asentía y barajaba las ventajas de las que ambas disfrutarían en un entorno menos sofisticado pero más auténtico. Era pronto para decirle que iban a autoexiliarse a una isla casi ignota, que tendrían que navegar por un océano no siempre amistoso y que no dispondrían

de muchas de las comodidades que formaban parte de su entorno. Y justo cuando sus pensamientos iban por ese camino, Constanza se acordaba de que ni siquiera ella sabía qué tipo de comunicaciones, de combustible, de iluminación o de enseres habría en aquel lugar perdido de la mano de Dios pero, sin duda, perdido también de la del demonio que amenazaba con volver a regar de sangre las tierras de Europa.

Llegada la mañana de la partida hacia París, ambos estaban exultantes. Meterse en el cubículo de su magnífico coche color vainilla, con sus sinuosos guardabarros negros, y mirar hacia delante, siempre hacia delante, viendo la parte trasera de la cigüeña en vuelo que coronaba el radiador, a más de cien kilómetros por hora, con toda confortabilidad, les hacía vibrar con esa sensación de avanzar juntos sobre el mundo y hacia el mundo, juntos en una dirección común, a un ritmo común y ajeno al de todos aquellos con los que se cruzaban o a los que rebasaban.

Esa querida cigüeña también tenía que ver con una guerra, pensó Armand, porque todo en Europa se relacionaba con una de ellas de alguna manera. La cigüeña era un homenaje a Georges Guynemer, el gran héroe de la aviación francesa muerto en combate en la Gran Guerra; un recuerdo a la cigüeña que llevaban pintada en la carcasa los aviones de su escuadrón equipados con motores Hispano-Suiza. Armand pensó en aquel hombre, en tantos hombres que él no aspiraba a ser. No quería trocar su vida por el homenaje de una marca de automóviles de lujo, ni por legiones de honor; no quería la gloria de la patria, y eso le impulsaba pero también le remordía la conciencia ya que no en vano a todos nos condiciona estar educados para responder adecuadamente llegado el momento. Él estaba decidido a no hacerlo.

Circularon en silencio durante kilómetros, cada uno volcado en sus pensamientos, instalados en el cómodo silencio que solo el amor y la intimidad procuran, cuando no hay nada que rellenar, ningún embarazo que disimular, y dos seres habitan esa proximidad que es tan confortable como unas chinelas caseras. Francia dejaba huir a través de sus ventanillas la naturaleza ordenada, limpia y segura de la que estaba tan satisfecha, olvidada ya del fuego y la sangre que hacía tan poco había mancillado sus campos.

Cuando Constanza decidió decir algo coincidió con su marido en el empeño. Ambos se echaron a reír porque era una vieja historia entre ellos, como si tuvieran telepatía; en innumerables ocasiones tras permanecer callados un buen rato, los dos rompían a hablar a la vez.

—No, venga, tú primero —dijo caballeroso Armand.

—No me importa esperar, en serio, es solo que, déjame que lo recalque, sin haber tomado aún ninguna decisión, mi cabeza se escapa sola a preguntarse por los detalles, a imaginar cómo sería vivir en La

Inexpugnable, y entonces se me atropellan las dudas, Armand, y no sé ni siquiera si tú tienes las respuestas o si, como eres un soñador, te has embarcado en este loco proyecto sin abordar ni una sola vez los problemas domésticos, todo lo que no es romántico, sino práctico.

—No tanto como tú, pero no tan poco como crees. Prueba a preguntar…

—¡Pero si la carta apenas aportaba datos! Las fotos son muy prometedoras, cierto, pero ¿has pensado en el clima?, ¿en la disponibilidad de combustible?, ¿qué comunicación hay con el exterior?, ¿hay teléfono, correo, escuelas? Armand, una mansión en medio de la nada puede llegar a ser tan inhóspita como una jaima en el desierto. No te han dado ninguna indicación sobre todo eso que me acongoja.

—A la carta y a las fotos las acompañaba un dosier bastante completo de instrucciones y un teléfono de Londres y de unos abogados de París a los que es posible consultar.

—No me lo habías dicho, ni me lo has dejado ver. Eso no forma parte de nuestro pacto.

—No tenía mucho sentido entrar en detalles antes de que tú vieras la necesidad de analizar la oferta. Ahora que siento que has entrado siquiera mínimamente a considerar el proyecto, estoy preparado para contestar a ese montón de inquietudes que sé que has de tener, aunque también te advierto que no a todas. Pregunta, Constanza, y veamos si hay respuestas.

—¿Qué comunicación con el mundo tiene la isla? ¿Se puede ir y volver? ¿Hay correo? ¿Podremos conseguir cosas de la civilización? No sé, sin todo eso es difícil imaginar el tipo de vida que tendremos que llevar allí.

—Hasta donde yo sé, la isla está fuera de las rutas marítimas habituales y eso es lo que la hace tan apropiada. Fue descubierta y habitada por pescadores del golfo de Vizcaya que desde el siglo XVI se arriesgaban en las pesquerías del bacalao. Y ellos siguen siendo su enlace con el mundo. Van y vienen, y la isla está casi a medio camino entre Terranova y el golfo de Vizcaya, así que hacen escala para que atiendan allí a enfermos y heridos, o para realizar pequeñas reparaciones, y en ese trasiego siempre hay forma de hacer llegar correo a la costa española o francesa o de recibir envíos de ciertos productos. Para los cargamentos más grandes hay que recurrir a pequeños mercantes que cuentan con un calado apropiado para entrar en la rada de la isla y cuyos capitanes saben realizar la difícil maniobra. No olvides que la isla no se llama La Inexpugnable por nada y tampoco que es esa característica la que la hace tan deseable ante los tiempos que se avecinan.

—Eso no parece insalvable. ¿Y el clima, Armand? ¿Hará mucho

más frío que en Ginebra? No olvides nunca que soy española —dijo con una sonrisa coqueta.

—¡Cómo olvidarlo, morena mía! —le dijo posando con intención una mano sobre su muslo terso—. Sobre eso no puedo ser muy taxativo porque, a pesar de la latitud indicada, los informes que envía este hacendado dicen que la corriente del Golfo dulcifica bastante las temperaturas, así que yo esperaría un invierno duro, como el alpino, y un verano corto y de temperaturas primaverales. Nada muy español, desde luego, pero podrías interpretar allí muy bien a una heroína rusa del señor Tolstói.

—Tendré que comprar más pieles.

—Tendrás que comprar, amor, siempre tienes que hacerlo. —Rio con ganas el amante esposo que se estaba saliendo con la suya a coste cero.

Una vez que dejaron atrás Dijon, Armand le pidió que lo ayudara con el mapa para no perder el desvío a casa de los Chalon, a la que habían sido invitados a comer. La hermandad de las familias del vino se convertía en una ruta de hospitalidad para sus miembros y en esa zona de la Borgoña, que debían atravesar en su ruta a París, el Château de Chailly constituía una parada perfecta a medio camino, entre gentes amables, bastante preferible a una fonda de carretera. Los Chalon conocían a los Rolzou de Saint-Gelais, la familia bordelesa de Armand, desde el siglo XIX. Eran los señores del vino, *les grandes familles de vignerons,* y estaban y se consideraban a años luz de los de Constanza, que no dejaban de ser para ellos unos modestos bodegueros de la agreste España. Aun así, la joven esposa de Armand, con su salvaje belleza y su simpatía, había conseguido ser adoptada como una más de la alegre tropa del *haut monde* francés. Ningún lugar menos indicado que aquel para revelar su intención de abandonar la patria y el continente ante una hecatombe como la que se avecinaba.

El otoño se enseñoreaba de la propiedad de los Chalon. Los plátanos de sombra que enmarcaban la carretera de acceso, a pesar de su potente envergadura, comenzaban a cansarse de sus hojas y se aprestaban a rendirlas. El asfalto estaba cuajado de bolas pinchudas arrojadas al mundo con una vana esperanza reproductiva. Constanza sintió cómo una enorme melancolía se apoderaba de ella. No podía evitar que sus estados de ánimo cambiaran de pronto, zarandeados por motivos a veces banales, aunque le hubiera gustado tener soberanía sobre sus propios sentimientos. La tristeza se cernía sobre los hermosos campos de Francia, como cada año al terminar el verano, pero para ella ahora escenificaba esa pesadumbre que en poco tiempo los iba a aplastar bajo la violencia y la muerte. Lo dijera o no, la idea de lo que vendría había anidado definitivamente en su interior.

Nada mejoró durante la comida que se había querido informal, ya

que los Rolzou iban vestidos de viaje, pero que no podía dejar de ser un cuadro vivo del pensamiento de la alta sociedad francesa y sus grandes familias sobre lo que según ellos no estaba sucediendo ante sus narices, por más que fuera de buen tono comentar la situación europea y los graves acontecimientos como parte del menú social. Los Chalon eran una pareja con edad suficiente para ser los padres tanto de Armand como de Constanza y nunca se salían un ápice de lo que se esperaba de ellos, así que tras el breve periodo de los entrantes, que debía ser utilizado para comentar el viaje de los Rolzou, su pretendido cansancio y la belleza del campo en otoño, entraron en materia general al llegar los platos principales.

—Y qué, monsieur Rolzou, ¿cómo se ve desde los círculos diplomáticos la cuestión de España? Uno no puede dejar de desear que el general Franco pueda terminar cuanto antes lo que empezó y que no se derrame más sangre, aunque como francés no dejo de congratularme de que nos haya hecho el trabajo sucio si consigue acabar con la amenaza de los bolcheviques en nuestra frontera sur. Hemos logrado además descabalgar al señor Blum y esa peligrosa patochada del Frente Popular. Hay motivos para el optimismo, ¿no cree? —afirmó el anfitrión sin sentirse desconsiderado pues solo acababa de repetir el discurso comúnmente aceptado por los de su clase.

Armand fue consciente del peligro, como lo había sido desde que la puerta de la mansión se había abierto para ellos. No era amigo de mentir, no más allá de lo que un diplomático puede hacer sin faltar a la verdad. Así que respondió con prudencia y con *nonchalance,* exactamente como si la cosa no fuera con él.

—Bueno, monsieur Chalon, como usted sabe, Ginebra es un hervidero de países y de posiciones. Sí, parece que todo apunta a que el Gobierno legítimo español tiene ya pocas oportunidades de triunfo, aunque esto no se ha producido sin graves vulneraciones del Pacto de la Sociedad de Naciones, y esto tampoco traerá buenas cosas, ¿no cree? Alemania e Italia están saltando por encima de las premisas del Comité de No Intervención y el resto de las naciones se lo están consintiendo. Por otro lado, el rearme de Hitler es un hecho que cualquier observador que regrese de Alemania puede constatar. Tiempos revueltos, señor, tiempos revueltos —terminó.

—Sí, sin duda, Rolzou, lo son. Ahora solo se trata de asegurarse de que terminen en un resultado conveniente para las partes adecuadas, y que estas sean las nuestras. —Rio desacomplejado el mal chiste—. Hitler no nos dará problemas, nos hará también el trabajo sucio con los bolcheviques y, como mucho, querrá recuperar algún territorio de los que perdió en Versalles, y eso a nosotros y al negocio no nos afecta.

Armand no dijo nada y podía haber dicho mucho. Armand no insistió en las noticias sobre purgas y desapariciones de judíos y disidentes, no habló sobre las torturas y las confiscaciones indiscriminadas que estaban ya lanzando a una oleada de alemanes fuera de su país. No le recordó lo que el autoproclamado Führer había escrito en su nefando librito sobre Francia y los franceses. No tenía sentido.

—Pero, ¡Albert!, no seas grosero hablando así del país de la señora Rolzou. Una guerra es siempre un desastre, querido. Sus padres siguen en España, ¿no es así, Constanza? —intervino la señora de Chailly.

Constanza sonrió con tristeza. Todo conspiraba para hundir su ánimo ese día.

—¡Oh, sí!, mis padres y mi hermana siguen allí. Tienen todos los viñedos y la producción que cuidar, ¡qué les voy a explicar! El vino es un dios que exige muchos sacrificios. Están bien. La zona está pacificada desde el inicio del conflicto y no tenemos hombres en edad militar, ya que mi padre ha sido considerado inútil para el servicio por sus leves problemas cardiacos. Aun así, es duro ver cómo en tu país las gentes se matan entre ellas. No le deseo tal cosa a nadie… —terminó casi en un susurro.

La intervención de Constanza, demasiado sentida, fue decisiva para que los anfitriones cambiaran de tercio con la llegada de los postres. Los últimos estrenos parisinos, los restaurantes a los que había que ir, todo aquello de lo que los Rolzou podrían disfrutar en cuanto culminaran su viaje sirvió para olvidar cosas tan inconvenientes como el sufrimiento, la violencia o la muerte.

Cuando el joven matrimonio volvió a estar a salvo en su coche y en ruta a París, aún transcurrió un tiempo antes de que hicieran ningún comentario sobre el almuerzo. Ambos se sentían hastiados. El brillante sonido del Hispano-Suiza les proporcionaba una especie de masaje emocional, un presagio de la huida. Explotaron en risas cuando, como era habitual, ambos decidieron romper el silencio a la vez, en una perfecta comunión que solo una pareja bien avenida posee.

—Es que… —empezó Constanza.

—No saben… —se superpuso Armand.

La risa les devolvió las ganas de deshacerse del peso de sus silencios volcándolo sobre el otro.

—Tú, tú primero, amor —cedió Armand.

—Es increíble hasta qué punto viven encerrados exclusivamente en sus propios deseos, que no son sino su propia conveniencia, como si la vida y la historia estuvieran obligadas a rendirse a sus intereses. ¡Qué locos! Lo que mucho me temo, Armand, es que tu madre y tu hermano estén en la misma posición. Sería raro que tuvieran otro punto de vista

y te será difícil que acepten lo que hemos decidido.

—Has dicho «hemos decidido» y eso es música para mis oídos, después de esa tortura de conversación en la que me he tenido que controlar y morderme la lengua una vez tras otra. ¿De verdad estás decidida? ¿No querías recabar la opinión de tus padres? Eso me dijiste antes de salir…

—Sí, eso he dicho. Me estoy dando cuenta de que los que tienen algún poder en Europa no van a atender a los hechos. He leído también ese librito que me dejaste bajo la almohada y eso ha destruido cualquier esperanza.

—*El libro pardo.* Todo lo que recoge ha sucedido en Alemania. No sé cómo pueden hacer que lo ignoran —respondió Armand.

—Es horrible y no hay otra forma de interpretarlo que la que tú dices. Ha sido una buena idea que paráramos en casa de los Chalon. Lo he visto tan claro que ya no tengo ninguna duda. ¡Que se queden aquí con sus intereses particulares, con su tolerancia al odio y a la tortura y a la muerte! ¡Vayámonos a un lugar ajeno a tanta locura, amor!, ¡vayámonos a donde no nos puedan alcanzar!

—¿Y si tu padre también es uno de ellos? A fin de cuentas, tiene sus propios intereses que conservar, que son de alguna forma los tuyos, y ya ha aceptado vivir sometido a los fascistas españoles.

—¡Y a los italianos! No te olvides de que el Ejército de Mussolini está acampado a pocos kilómetros de la Heredad Pérez de Albeniz y les están vendiendo gran parte de la producción a los oficiales de unos y de otros. Es seguro que mi padre va a considerar que la idea de largarse es propia de dementes, pero, si te digo la verdad, no me importa lo más mínimo. Él ha escogido su camino, o se lo han escogido, pero no tiene derecho a elegir el mío. ¡Vámonos, Armand! Dejemos que Irene tenga una infancia feliz, la que tú no pudiste tener. —Constanza terminó casi con un sollozo, lo que indicaba que ya había visualizado en su mente todo el horror y el desgarro, el hambre, la miseria, el miedo, las privaciones de las que quería apartarse.

—No te acongojes, *ma petite.* Yo te amo con locura y voy a librarte de todo eso. Cuidaré de vosotras. Descubriremos un mundo nuevo en el que solo la naturaleza nos podrá perturbar. Pronto estaremos allí. Te lo prometo.

—Yo también te amo, Armand. Nunca he pensado en seguir mi vida lejos de ti. No podría. Confío en ti y juntos seguiremos, con la pequeña Irene, los tres. Donde nosotros estemos juntos, estará la patria y el hogar.

—Así es. Además, en puridad, recuerda, no nos vamos de la patria ni tú ni yo. Simplemente nos recogemos en el más recóndito y olvidado de sus rincones.

Constanza se aproximó con cuidado, porque él conducía, y besó el

cuello delgado y flexible del amado. El pacto estaba hecho. Todo lo que quedaba por delante era mera intendencia.

VI

Un barrendero se afanaba para que las hojas caídas en los bulevares no perturbaran las idas y venidas de un París frenético al que los Rolzou llegaron en un intervalo entre dos chubascos. No iban a abrir la casa de la Rue Jacob para unos días, así que se instalaron en el Crillon. Carmen aún no había llegado y Constanza se apañó sola para retocar el maquillaje, ajado por el viaje, y cambiarse antes de salir. Su primera cena en París desde hacía una eternidad.

¿Qué iba a ser de ella cuando París no fuera sino un punto de referencia en un mapa a más de mil millas de su vida? Y lo que era peor, a días de navegación y de olas y de temporales y peligros. Se sintió absurda por ser más capaz de reproducir y anticipar la angustia por la pérdida de aquel brillo externo que de evocar el negro fragor de una lucha exterminadora. Sabía que era una frivolidad, y también que la habían educado para ella. Así que reconoció lo fútil de ese danzar en torno a la fulgurante sociedad como polillas empavesadas y aun así terminó de peinarse como pudo para no tener a Armand esperando.

Los Rolzou de Saint-Gelais eran un espectáculo que esa noche brilló muy a su pesar. Hubieran querido encerrarse en un capullo luminoso para hablar de lo que los ocupaba en cuerpo y alma. Tanto a su entrada como a su salida del afamado restaurante de la Rue Royale, los murmullos de aprobación eran casi audibles. Hacía mucho que faltaban de la capital y que nadie se los había cruzado en ningún hotelito o fiesta, recepción, ópera o inauguración. En el más femenino de los entornos parisinos, entre onduladas hojas de lis y tamarindos que tamizaban la luz, allí donde la línea recta había sido abolida, la cimbreante silueta española de Constanza encajaba como la de una diosa. A su lado, Armand, desplegado en toda la longitud de su impecable delgadez, con un esmoquin que permitía intuir su musculatura longilínea y solo insinuada, su vientre casi cóncavo y la perfección masculina de sus rasgos; esa que no hubo mujer de la sala que no pensara que se resaltaba por el contraste con la media melena rizada y trigueña que nadie, nadie más que Armand, se atrevía a pasear por los círculos de la alta sociedad.

A la vuelta al Crillon, Carmen ya había llegado de la estación con los bultos y pudo ayudar a su señora a desnudarse y prepararse para descansar. La cabeza de esta andaba muy lejos. A las preguntas corteses que la doncella española le planteaba, sobre el viaje, sobre la cena, apenas contestó con monosílabos. Cuando Constanza se decidía

a hacer algo, era imparable. Podía costarle, podía ser refractaria al cambio, pero una vez que saltaba a la orilla de la acción, todo lo que no fuera su objetivo le molestaba. No tenía pensado hacerlo esa noche y, aun así, lo hizo.

—Carmen, hay algo importante que tengo que decirte.

—¿Señora?

—El señor y yo, junto con la pequeña, nos vamos a mudar muy pronto, dentro de unos meses.

—¿Volveremos a París, señora? Ginebra no está mal, pero esto es sin duda mejor para los señores.

—No, Carmen, nos vamos a ir fuera del continente. Quiero que pienses si vas a acompañarme o si prefieres quedarte aquí o volver a España. Ya sabes que la Heredad está fuera de las líneas de frente y que tú no tendrías problemas para seguir trabajando allí.

—Señora, ¿su padre no le habló de lo que ha sucedido?

—No sé a qué te refieres, Carmen. No, no me ha dicho nada relativo a ti.

—Mis padres, señora, ya no están en las bodegas. Mi padre siempre fue republicano y cuando la zona cayó en manos nacionales se pasó a luchar con los suyos. Mi madre, mi madre la pobre, se quedó en la casa, pero no sin problemas. Todos sabían que su marido estaba en las líneas enemigas. Hace tiempo que no sé de ella, puede que se haya pasado a zona republicana también o que haya… No me gustaría decirlo en voz alta, señora, pero no estoy segura de que el Señor Todopoderoso no los haya llamado a los dos a su vera.

—¡Pues hay que preguntarles a mis padres, que deben saber! No puedes seguir en esa incertidumbre. La de tu padre, pase. Él ha optado por sus ideales y la guerra es como es, pero ¡tu madre! Déjame que mañana mismo pregunte a la mía por carta y, de todos modos, una de las cosas que quería decirte es que bajaremos a Biriatou para verlos.

—¿Verlos, señora?

—Sí, Carmen, creo que han encontrado la forma de pasar a Francia unas horas y volver. Al menos, eso me dijo mi padre en una conferencia el otro día. Pero no era de eso de lo que te quería hablar, o a lo mejor sí, porque todo está muy relacionado. Nos mudamos fuera del continente porque el señor está convencido, como otros muchos incluida yo misma, de que la guerra en Europa es inminente y no queremos vernos envueltos en un conflicto.

—¿Guerra, señora? Después de toda esta angustia, ¿nos va a alcanzar al final? —Un sollozo se le escapó a la doncella, que se quedó desolada ante una noticia que para ella era una absoluta novedad.

—Sí, Carmen, es casi seguro que dentro de un par de años toda Europa estará en guerra de nuevo.

—Si el señor y sus amigos lo creen, así será. Yo, pobre de mí, no

tengo mucho pesquis para esas cosas, pero si el señor lo dice…

—Lo dice, Carmen, y no solo lo dice, sino que nos va a poner a salvo.

—¡Oh, señora, por favor, lléveme con usted!

—Vamos a una isla preciosa con muy pocos habitantes, Carmen.

—¿Al Caribe, señora? ¡Ay! ¿A Cuba?

—No, Carmen, no. No te equivoques, vamos a una pequeña isla en el océano, al norte, más cerca del hielo que de los trópicos. Siento que no responde a tus sueños…, y por eso te lo debes pensar.

—¡Quite, señora! Lo dije por decir porque… es la única isla que me vino a la mente. Mi tío estuvo en la guerra de Cuba, ya sabe. Me da igual, ¿sabe *usté*? Me da igual. España quedó muy lejos y ni siquiera sé si tengo familia allí a la que honrar. No pienso volver y, ya puestos, no quiero vivir ahora el horror del que me salvé al estar con la señora. No, cuente conmigo, vaya donde vaya.

—¡Qué bien, Carmen! Yo tampoco estaba segura de desenvolverme sin ti en un sitio nuevo. Mañana nos pondremos mano a mano a planearlo todo. Hay muchas cosas que organizar y que comprar antes de partir la primavera próxima. ¡Qué alegría me has dado!

—Perdone la señora si soy demasiado preguntona, ¿iré yo sola? O sea, *nanny* y los demás ¿se quedan?

—Aún no puedo darte detalles, Carmen. Es algo que en gran parte depende del señor, pero no temas, llevarás compañía, y sobre todo trataré de convencer a *nanny* porque Irene la necesita aún. Sería un desastre tener que buscar a una persona nueva.

—*Nanny* irá, señora, se lo aseguro.

—¿Tanto la conoces, Carmen, para saber lo que va a hacer de su vida?

—Lo suficiente para estar segura de que, si sabe lo que le conviene, se alejará de este podrido continente a la primera oportunidad que tenga. ¡Pero ya estoy hablando más de la cuenta! Deje que ella se lo diga, señora, pero ya le adelanto que no tendrá mucho problema en convencerla.

—¡Dios te oiga, Carmen! Y ahora, déjame que vaya a acostarme. Sabes que el señor odia tener que estar con la luz encendida horas mientras me arreglas.

—Está lista. Hasta mañana, señora, y gracias por su confianza. Como sabe, si me disculpa, ustedes son desde hace tiempo mi única familia, dicho sea sin afán de molestarla, señora.

—Eres un encanto, Carmen. ¡Claro que lo somos! Hasta mañana.

Constanza salió deslizándose de la salita junto al vestidor y se dirigió al dormitorio principal, lista para él, preparada para navegar a su lado las aguas más saladas, turbulentas y tibias de la pasión.

2

I

—*V*oy a ir, te pongas como te pongas.

Constanza había replegado las velas de sus dudas y se había llenado de entusiasmo con la preparación del traslado, pues no estaba dispuesta a quedarse al margen de los planes ni del arduo proceso que los pondría a ambos rumbo a La Inexpugnable al cabo de aproximadamente medio año. Medio año es un suspiro para mover tantas vidas y, sin una mujer activa al frente, no había ninguna seguridad de que las más básicas disposiciones fueran tomadas convenientemente.

Eso es lo que se decía a sí misma, aunque lo cierto era que su madre le había inculcado desde muy pequeña la necesidad de no regatear esfuerzos a la hora de velar por sus intereses, y ni la belleza del marido ni su incondicional amor eran capaces de cerrar el paso a esa enseñanza. No, no es que no se fiara de Armand; hubiera puesto su misma vida en sus manos. Se trataba más bien de no comportarse como una niña que abandonaba sus asuntos en manos ajenas, como si la vida y sus tribulaciones no fueran con ella. La incapacidad legal no tenía por qué ser incapacidad real, así se lo había recalcado siempre la tenaz Blanca Ortuzar. Una mujer tiene que saber cómo hacerse valer ante su esposo. Constanza iba a acompañar a Armand al gabinete del abogado que gestionaba los intereses del desconocido vendedor británico. Si su instinto no quedaba amansado con sus explicaciones, propondría viajar a Londres para acabar con tanto misterio.

—Está bien, *ma chérie,* no vamos a discutir por eso. Solo temo que tu presencia obligue a Maître Niboyet a mostrarse delicado y florido cuando yo lo que quiero es ir directamente al grano, a calzón quitado, como decís los españoles, y plantearle todas las dudas que la operación aún me despierta.

—No creas que yo me guardaré las mías en el bolsillo. Es mucho mejor que vaya contigo y me quede totalmente convencida, ¿no te

parece?

—Me parece que aunque no lo creyera no iba a servir de nada. Así que hagamos de la necesidad virtud y convengamos que los dos juntos llevaremos a cabo esta diligencia mucho mejor, ¿te parece, Constancette? —dijo riendo, lo que marcaba sus pómulos y hacía más visible el hoyuelo de su barbilla.

El bufete de Maître Niboyet ocupaba toda la entreplanta del 140 del Boulevard Haussmann. Irreprochable, pensaron ambos. Apenas habían llamado a la señorial puerta de madera cuando esta se abrió y un educado joven los condujo a una sala tan confortable que podía haber estado situada en su propia casa. Según pasaban los minutos, marcados por un reloj de excelente factura suiza, Constanza se fue tranquilizando. Un hombre así nunca se hubiera hecho cargo de ningún asunto turbio. La casa respiraba respetabilidad y, si bien esto podía sonar aburrido en otra tesitura, a la hora de comprar un inmueble en una isla desconocida a la que era prácticamente imposible acceder significaba ni más ni menos que el salto entre la duda y la certeza.

Finalmente fueron conducidos por el mismo joven, de porte agradable, un pasante sin duda, hasta el despacho del abogado principal. Niboyet estaba sentado tras su gran escritorio de caoba maciza, desaparecida tras solo Dios sabía cuántos legajos, y leía con detenimiento un documento, el último vestigio del anterior cliente, con el que los Rolzou ni se habían cruzado. Una nota más de saber hacer y de privacidad que ambos apreciaron en su fuero interno. El abogado había pasado el examen preliminar de la pareja y, sin ser demasiado consciente de ello, se levantaba ahora para estrecharle la mano a Armand y besársela a Constanza, con un brillo risueño en sus ojos vivos y acerados tras las gafas de concha redondas. Pasó con ellos a una mesa de reuniones ovalada y lustrosa, sobre la que ya había sido depositada la documentación que atañía a sus anhelos.

Con maneras suaves, procedió a explicarles cómo había accedido a representar al señor Clive Conder para la venta de su propiedad en L'Imprenable, siempre que se realizara de acuerdo con el derecho francés durante el periodo de soberanía de esta nación. No, Niboyet no había estado nunca en el territorio. No, Niboyet no había hablado con nadie sobre la isla excepto con su cliente, que le había pedido la más estricta reserva y que solo comunicara las condiciones a las personas que fueran designadas por el señor Buss. Sí, Niboyet tenía toda la información jurídica y material que pudieran necesitar: planos, inventarios, precio y bienes accesorios unidos a la finca. Sí, el pago se realizaría en libras o en título bancario suficiente expresado en la misma moneda y en su mismo despacho. No, Niboyet no tenía inconveniente en que si el negocio jurídico prosperaba, el abogado de

los Rolzou se encargara de comprobar todos los extremos, es más, lo recomendaba vivamente. No, Niboyet no podía darles datos personales del señor Conder, pero podía asegurarles su total respetabilidad y que todas las comprobaciones legales se habían realizado. No, la propiedad no figuraba en el registro de la propiedad de París, sino en el de la propia isla, aunque afianzarían la titularidad inscribiéndola mediante escritura pública en el registro de territorios de ultramar.

Constanza empezó a cansarse de tanta cháchara legal. Ahora que sus suspicacias habían sido vencidas, ardía en deseos de ver todo lo que pudiera sobre el que ya estaba segura iba a ser su nuevo hogar. Sin darse cuenta, empezó a toquetear los bordes de los álbumes de fotos y de los dosieres que estaban sobre la mesa. El abogado reparó en ello, la miró divertido, y en su respetuosa sonrisa podía leerse también el habitual tributo callado a la belleza de Constanza, que jamás dejaba a hombre alguno indiferente.

—*Madame* está impaciente por ver la documentación, *n'est-ce pas*? —dijo mientras procedía a abrir las carpetas.

Constanza sonrió como premio a su diligencia, pero no respondió y lo dejó hacer.

—Aquí tienen, en primer lugar, los planos de la hacienda. Al este, tiene su fin en La Grande Falaise, los grandes acantilados sobre el océano que han contribuido a dar nombre a la isla por imposibilitar todo acceso. Incluye en su zona sur al menos la mitad de la ribera del lago Urdina, la otra mitad forma parte de Blackgross Manor, la finca de mister Buss. Al norte, como verán, linda con terrenos comunales y de pequeños propietarios. De las seiscientas hectáreas de terreno que la conforman, una parte está constituida por la lámina de agua mencionada y otra por el monte y bosque que puebla las laderas del antiguo volcán. Un arroyo desciende por esa vertiente y en él se instaló una pequeña central hidráulica de agua fluyente que basta para surtir de electricidad a ambas propiedades. Además de la mansión principal, de la que ahora les muestro más datos, existe en la propiedad un chalecito de montaña, construido en madera, que fue el utilizado por mister Conder y su malograda esposa mientras duraron los trabajos de construcción de la casa principal. Además…

Constanza se detuvo enamorada de esa vivienda, que bastaba para acoger con dignidad a toda una familia. Se vio con Armand en aquella bonita cabaña, que le sorprendió porque tenía toda una pradera de verde césped a modo de techo…

—Es aislante del frío y del calor y mejora la habitabilidad —le explicó Maître Niboyet al ver su gesto.

—Es bellísimo y eso me basta —susurró Constanza imaginando ya a sus padres de visita o a su hermana cuando pudieran salir de la Península—. ¿Puedo bautizarla, Armand? ¿Puedo darle un nombre?

—¡Pero si aún no es nuestra! Aunque va a serlo, así que sí, puedes llamarla como desees, siempre que no impidas luego que sea yo quien nombre la casa principal. ¿Te parece bien el pacto?

En esos instantes Niboyet se había difuminado para ellos.

—La Guarida. Ese es su nombre.

—No voy a preguntarte por qué. Lo entiendo perfectamente. Perdone, monsieur Niboyet, pero comprenda que el entusiasmo personal es parte muy relevante de un negocio jurídico-inmobiliario.

Niboyet estaba acostumbrado a casi todo. A los caprichos de los ricos y a las incertidumbres de los pobres. Ni siquiera la cabellera indómita de su interlocutor, que este había olvidado recoger, lo había perturbado lo más mínimo. Los miró y pensó que sí, que ambos tenían la belleza de los animales salvajes, hipnótica e inaprensible. La Guarida era un nombre perfecto para un lugar en el que se refugiaran juntos.

—Me parece perfecto —dijo al fin—, incluso podemos introducir los nombres en las escrituras de propiedad para que queden legalmente establecidos, si es que finalmente realizan la adquisición, quiero decir.

—Sabe que vamos a hacerlo —dijo Armand—. Un hombre con tanta experiencia no ha podido dejar de ver que somos unos clientes convencidos.

—Es cierto, lo vi desde que llegaron —respondió el letrado divertido.

—Va a llamarse Thule. ¿Te gusta, mi amor? Llevo ya semanas con el nombre en la cabeza.

—¿Thule? ¿De dónde has sacado tal cosa? Suena bien…

—Thule, la isla del norte lejano. Esa casa será nuestra isla dentro de otra en un norte que ni siquiera podemos imaginar. Piteas de Masalia ubicaba la mitológica isla Thule a seis días al norte de Gran Bretaña, y aproximadamente ese trayecto tendremos que hacer. La Inexpugnable bien puede ser nuestra Thule, y esta casa, la capital de nuestro reino.

El abogado Niboyet vio que se le escapaba de las manos. Ellos dos volaban tan alto que iba a tener problemas para devolverlos a la firma de unos documentos y al depósito de un justo precio. Carraspeó. Fue efectivo. A partir de aquel momento Armand se transformó en un concienzudo hombre de negocios y punto por punto fue abordando todas las cuestiones pendientes. Así llegó a saber que con la casa estaba comprando además un importante paquete de la L´Homard Imprenable SARL y que este era el negocio más rentable de la isla, en el que participaban todos sus habitantes. Quisiera o no, serían responsables de una empresa al llegar y eso le añadía cierta motivación que alejaba su expatriación de un mero subterfugio de

gentes desocupadas. Constanza pensó que el tal Conder le daba mucha pena, y no solo por haberse quedado viudo de una forma tan sorpresiva, sino sobre todo porque esa pérdida lo había obligado a desprenderse de muchas cosas que ella estaba empezando a comprender que eran insustituibles y que ellos habían tenido la extraña suerte de encontrar sin buscarlas. ¿Por qué ellos? ¿Por qué justo entonces?

Finalmente quedó fijado el día para proceder al pago y salieron del bufete con un maletín lleno de documentación y de instrucciones. El plazo de abono era suficiente para que ellos pudieran convertir en efectivo parte de su patrimonio y, además, establecía la completa reserva de la propiedad a su favor. Niboyet se encargaría de todos los trámites con mister Conder, aunque les sugirió que le hicieran saber por carta o por radio a mister Buss que aceptaban su invitación y que pronto serían sus vecinos más próximos junto a los abruptos acantilados de La Inexpugnable.

Antes de despedirse, el concienzudo abogado se acercó a una de las estanterías de su biblioteca y tomó con cuidado un libro.

—Si me permite, madame Rolzou, me gustaría hacerle un obsequio que creo que será de su agrado. Lo escribió mi abuela Eugénie, a la que, vaya a saber usted por qué, me ha recordado usted nada más entrar en mi despacho —le dijo a la par que le entregaba un volumen muy bien conservado de una obra titulada *Le vrai livre des femmes*—. Llévelo con usted, *madame,* es del siglo pasado, pero hay mujeres cuya esencia trasciende las épocas, como usted ya debe saber.

Constanza lo cogió con una sonrisa. Era consciente de que todos los libros iban a ser pocos para el futuro que se avecinaba.

Tras la visita ninguno de los dos albergaba dudas pero, aun así, Armand se pasó al día siguiente por la Bibliothèque Nationale de France y comprobó que La Inexpugnable figuraba recogida en el *Islario general de todas las islas del mundo* que Alonso de Santa Cruz redactó a petición de Felipe II de España en 1560 y del que en Versalles poseían una copia. Toda precaución es poca cuando uno es amigo de soñar.

II

Carmen estaba aturullada. Tenía ante sí los planos de una enorme casa, fotografías de las habitaciones, medidas de los armarios y el encargo más o menos formulado de hacer un listado de lo que era preciso llevarse para subsistir al menos un año. Pero ese no era su trabajo. Ella era una magnífica doncella y podía hacer las maletas necesarias para *madame* y encargar cualquier producto que fuera a necesitar para su arreglo, pero todo lo demás le correspondía a una

gobernanta o a un *maître d'hôtel,* como llamaban los franceses a los mayordomos, y no había más que decir. Ella no sabía ni por dónde empezar.

Menaje de cocina, pero ¿quién iba a cocinar para decidir qué necesitaría? La ropa de cama, los muebles y utensilios que se iban a usar en un lugar que ni siquiera sabía cómo era. Frío, era un lugar frío, pero no podía imaginar cuánto. «¡Madre del Señor, Carmen! ¿Cómo te las vas a arreglar?», se dolió. Una lágrima cayó sobre una de las fotografías y la doncella corrió a secarla con el antebrazo. En ese preciso momento sonó el teléfono para reclamarla en la *suite* de los Rolzou y acudió aún con los ojos enrojecidos, algo que no le pasó desapercibido a Constanza.

—¿Qué tienes, Carmen? No habrá malas noticias de tu familia…

—¡No, no, señora! Sigo sin saber nada de mis padres. No se preocupe por eso. No, señora, es que me dijo el señor que hiciera listas de las cosas que serán necesarias para la mudanza y, disculpe, señora, no creo que yo esté preparada para organizar toda una gran casa desde el principio. Yo, usted lo sabe bien, me preocupo por estar al día de mi trabajo, pero esto es demasiado complejo para mí.

Constanza reparó en su falta. No iba a poder descargarse del trabajo sin más. Era muy típico de Armand. Esa parte no tenía regusto de aventura ni una pizca de épica, sino que era trabajo sin más, probablemente el más necesario para que la vida fuera confortable en su nuevo hogar, y él lo consideraba fuera de su órbita, así que se le había ocurrido largarle el muerto a Carmen. La miró con ternura. ¡Pues claro que estaba agobiada! Ella misma no sabía por dónde empezar y se daba cuenta de que, si no se ocupaba, no llegarían a buen puerto.

—Tranquila, Carmen, llevas toda la razón. Ya sabes cómo es el señor. Lógicamente, es un trabajo pesado y complicado que no es de tu competencia estricta y que una persona sola no puede llevar a cabo.

—Me alegro de que lo vea así, señora.

Madame estaba sumida en sus propios pensamientos. También la asfixiaba la idea de tener que levantar de la nada sus vidas, en un lugar desconocido, al que tendrían que llevar todo lo necesario o esperar después una eternidad para tenerlo. Era imprescindible equivocarse lo menos posible, pero era imposible no hacerlo. ¿Por dónde empezar? Maldijo la soltura con la que Armand se desentendía de las cuestiones de intendencia. Hubiera sido más fácil sentarse los dos a planificar con calma cómo poner en marcha una maquinaria tal; él no iba a hacerlo y, si lo intentaba, no sería de ninguna utilidad. Para su marido, lo interesante era ver si conseguían una emisora de onda corta o si se llevaban un gramófono o si el Hispano-Suiza podría viajar en el barco y circular por la isla. Las toallas, las sábanas y las

cacerolas, las botellas de licores a la hora del postre aparecerían como por ensalmo cuando fueran necesarias sin que un hombre como él tuviera la más mínima idea de cómo habían llegado hasta allí.

—¿Cómo no iba a verlo así, Carmen, si a mí misma me da vértigo este traslado? —dijo reparando de nuevo en lo alocada e inverosímil que una mudanza así parecería a cualquier persona juiciosa a la que se lo contase. Y eso porque a lo mejor lo que Armand pretendía no tenía ningún buen sentido, ni era sensato, ni iba a salir bien—. Tal y como lo veo yo, creo que lo más práctico sería dilucidar primero quién va a componer el personal que va a atender Thule.

—¿Thule, señora?

—Sí, Carmen, la nueva casa se llama así —contestó suspirando.

Cuando Constanza se quedaba sola, sin el ímpetu arrasador de Armand, sin sus ojos fijos en ella, sin su belleza arrastrándola a cualquier locura, todo aquello le parecía más bien irreal.

—Obviamente —continuó—, hará falta al menos un mayordomo o ama de llaves, una cocinera y tal vez un chófer-mecánico capaz de ocuparse de los vehículos y las reparaciones, además de la niñera, claro. Estoy pensando en los empleados de más cualificación, porque supongo que allí será posible contratar al resto según las necesidades. Es algo que también tengo que preguntar. Lo más práctico es hablar con todo el personal de la casa de Ginebra, ¿no crees? Ver quién no está dispuesto a viajar y ocuparnos de cubrir ese puesto o de averiguar si puede ser ocupado por isleños a los que podamos formar. Creo que el señor va a tener que contactar con mister Conder o con mister Buss para obtener información fidedigna sobre estos extremos, y si no lo haré yo —dijo bravía.

—¿Esos ingleses viven allí, señora?

—Los Buss, sí. Conder es el actual propietario de la casa y conoce bien La Inexpugnable. Diga lo que diga el abogado, una conversación para obtener respuesta a todas estas preguntas va a ser absolutamente necesaria.

—¿De cuánto tiempo disponemos, señora?

—El señor no quiere retrasarlo más de medio año. La próxima primavera deberíamos estar embarcando…

—Definitivamente.

—Sí, Carmen, todo lo definitivas que son las cosas en este mundo, pero así es. Una vez que estemos asentados, los suministros tendrán que llegar en los barcos de pesca que recalan en la isla o en la visita en los meses de buen tiempo de alguno de los pequeños cargueros que conocen la zona. No podremos ir a última hora a comprar a Globus o las galerías Lafayette si hemos olvidado algo. Entiendo que eso suene angustioso, lo es, pero habrá que acostumbrarse.

A la par que organizaban las maletas para salir hacia la costa

oeste, los sentimientos de Constanza eran un hervidero de dudas y de incertidumbres. Se reconoció que tenía miedo a un cambio de tal magnitud, pero que el miedo a vivir sin Armand era de una naturaleza superior. El amor y la soledad y el rechazo a verse obligada a regresar con su padre, todo entraba en un torbellino que la hacía sentirse desgraciada. En el fondo de su ser, no era capaz de poner en la balanza el riesgo que Armand pretendía evitar. La guerra era una realidad en el caso de su país, y aun así ella se había mantenido al margen, pero esa teórica guerra general que no les permitiría obviar el sufrimiento ni en Suiza solo cobraba vida cuando él la miraba y le transmitía sus angustias, porque después volvía a quedarse sola y todo le parecía ilusorio. Y luego estaba la renuncia. Si hubiera logrado convencer a su corazón de que renunciaba a todo para salvar la vida del hombre que amaba, se hubiera visto a sí misma como una heroína y una pionera, pero al no lograr hacerlo, cada vez que daba un paso hacia aquella fantasmagórica isla, se veía diciendo adiós a los viajes, a las diversiones, a las fiestas, a las compras y a la admiración rendida que cosechaba y que era como un combustible para la salud de su ego.

Armand abrió la puerta mientras ellas aún se afanaban con los baúles y las maletas. Llegaba tarde y venía mohíno de su reunión en la editorial. No porque sus pretensiones económicas o las posibilidades de enviar los originales desde La Inexpugnable y de recibir los pagos no se hubieran podido solucionar. No era tan complicado, y sus editores estaban dispuestos a cualquier esfuerzo si podían mantener la exclusiva de unas obras que les reportaban buenos beneficios. Si a cambio solo tenían que arbitrar un canal de comunicación diferente, no se mostraban renuentes a satisfacer los caprichos de un autor. Lo que le había perturbado había sido la conversación con Dillon, su editor, porque este no le había ahorrado ninguna de las dudas morales que de su actitud podían derivarse. Armand lo sabía, sabía que había todo un proceso interior que no había realizado, y que Dillon se lo dijera a la cara lo había dejado dolorido y maltrecho.

«Lo que no sé es cómo no ves que tu posición no se parece en nada a la de tu mentor. Romain Rolland decidió no participar en la carnicería de la Gran Guerra, pero siempre tuvo claro su deber moral y su deber como intelectual. Rolland no combatía solo la guerra, sino lo que él llamaba la ideología de la guerra. Él sabía que se iba a situar entre las dos líneas de frente para proclamar la locura de ambos bandos y que esa posición era la más peligrosa, pero ¿y tú, Armand? Tú lo que vas a hacer es huir de ese eventual conflicto, ponerte a salvo, pero no veo que hayas establecido esa postura valiente que debe esperarse de un escritor», le había dicho sin ningún paño caliente.

Armand dudaba mucho que ningún esfuerzo intelectual fuera a

detener a Hitler y así se lo hizo saber. Dillon había continuado como un martillo pilón:

«Pero ¿tú te has planteado siquiera una posición de compromiso intelectual? Habla de nuevo con Romain. Dile que te cuente lo que sintió cuando la violencia de los ataques que recibió fue subiendo de tono. Cuando primero vinieron de Alemania, diciendo que su obra era una afrenta francesa contra el espíritu germano, y después le llegaron de la propia Francia y con la misma intensidad. Ese momento en el que no había un periódico francés que osara publicar un artículo suyo. La campaña sistemática contra él en publicaciones y hasta en libros. Ese dosier fabricado por la policía en el que lo acusaban de las peores bajezas. Un boicot reglado contra él y su pensamiento. Un profesor de la Sorbona llegó a declarar: "A este autor no se le lee más en Francia". Eso, Armand, es asumir una posición pacifista por convicción y aceptando las consecuencias, pero eso no es lo que tú vas a hacer, y, si no te lo ha dicho el propio Romain, te lo tengo que decir yo. ¿Vas a asumir lo que te suceda si llevas razón? Si tu predicción es cierta y llega la guerra, ¿podrás algún día volver a Francia como un cobarde y un desertor?».

Aunque habían rematado la conversación amigablemente, el efecto que el editor había buscado se había producido y Armand era consciente de que su determinación iba a ser calificada de cobardía en muchos círculos. ¿Estaba obligado a ser valiente? Él no sentía esa vocación de sacrificio por un ideal que había animado toda la vida de su mentor. Él lo admiraba, pero no era su igual. ¿Tenía que ser valiente o patriota cuando eran otros los que no estaban poniendo los medios para evitar un segundo error de la humanidad de proporciones mayúsculas? ¿Le habían preguntado a él antes de establecer las humillantes condiciones de Versalles o cuando fueron dejando que el ridículo cabo austriaco cobrara fuerza? ¿Tenía él la culpa de la ineficacia de la organización que habían creado para evitar más guerras, por mucho que trabajara en ella?

La determinación lo salvó de nuevo. Hacer y seguir adelante. Los muertos no tienen problemas de conciencia, y él prefería tenerlos estando a salvo, o al menos eso se decía a sí mismo. Tenía la íntima convicción de que en no demasiado tiempo todo lo que estaba emprendiendo cobraría un sentido claro, y entonces no cabrían más dudas y Constanza y su hija se lo agradecerían. Algún día.

Así que entró y se dirigió a su mujer, a la que besó con pasión, sin importarle que la doncella estuviera delante. Hasta Constanza se mostró sorprendida porque también se hallaba sumida en reflexiones que no tenía pensado exteriorizar y que se disolvieron como por ensalmo. Sus besos… Le acarició el pelo y volvió a embarcarse en la emoción de huir a su lado.

III

Bajó la ventanilla del Hispano-Suiza y dejó que el aire le enmarañara el pelo aprovechando que estaban dejando de lado las rutas principales y rodaban más despacio. Habían hecho noche en Poitiers, en un delicioso hotelito, y era aún temprano cuando se hallaban ya muy cerca del dominio de la familia de Armand. No obstante, pensó Constanza, le daba la sensación de que se habían confundido en algún desvío. Esa zona de carretera le resultaba desconocida y le parecía haber visto a lo lejos la mole de Burdeos, sin que fuera necesario llegar hasta la gran ciudad de la Gironda para acceder al Château Rolzou, que se encontraba a medio camino entre Libourne y Saint-Émilion. Se pensó unos instantes si hacérselo ver al conductor —¡Dios, qué rematadamente guapo estaba al volante!— porque odiaba las discusiones en ruta e, indefectiblemente, los consejos, advertencias o dudas que le planteara a su marido en tal situación iban a acabar en una trifulca. Aun así, estaba segura de que se habían desviado. Finalmente, no pudo más y se lanzó:

—¿Estás seguro de que no te has pasado el ramal de Libourne? Juraría que esta carretera no me suena en absoluto —dijo como quien no quiere la cosa.

—Estaba contando el tiempo que tardabas en darte cuenta. No he cogido el desvío. Quiero llevarte a otro lugar antes de ir a casa de mis padres. ¡Sorpresa, *madame*!

Lo dijo risueño y juguetón. Constanza aceptó la diversión. Era una muestra de cómo había sido su vida hasta entonces, llena de quiebros y de sorpresas y de imprevistos que siempre regocijaban a Armand y en los que ella era el copiloto perfecto. Hasta la concepción de su hija Irene había tenido algo de esa improvisación gozosa a la que solía arrastrarla sin que ella tuviera fuerzas, ni las buscara, para decirle que no. Así que ni siquiera preguntó dónde. No le importaba. Lo importante era el camino y hacerlo a su lado. Poco tiempo después vio que estaban atravesando un parque natural y que avanzaban en dirección a la costa. El Hispano-Suiza cogió un desvío a la derecha y se encaminó hacia una zona boscosa que se divisaba al frente. Constanza podía intuir el mar al otro lado.

El coche se detuvo y él la miró con los ojos entrecerrados por la luminosidad y con un mechón del rizado pelo rubio ceniza casi metido en ellos. Sopló para apartarlo. Sin mediar palabra, se bajó del coche y le hizo un gesto con la mano a Constanza para que hiciera lo propio.

—Vamos a tener que caminar un poco, no quiero arriesgarme a que las ruedas se queden atrapadas en la arena —le dijo echando a andar.

Se internaron bajo los árboles. Empezó a embriagarla el olor a pino, como si las enormes coníferas se estuvieran vertiendo sobre ella. Y así era de alguna manera, pues pronto reparó en las heridas abiertas que muchas tenían, bajo las que habían colocado estratégicamente un recipiente en el que se derramaban las resinas que luego servirían para la fabricación de mil productos diferentes. Cuando se detuvo a observar de cerca el proceso de sangrado de los árboles, notó cómo Armand la abrazaba desde atrás. Sintió su nervudo y tenso cuerpo, percibió el calor que emanaba de él. Oyó su voz profunda susurrándole en el oído:

—Confía en mí, *ma petite*.

Siguieron andando juntos por una zona en la que la tierra había comenzado a tornarse en finísima arena dorada.

—¡Descalcémonos! —Fue una orden y un reto.

Frente a ellos se encontraba una enorme mole arenosa, un muro en forma de duna por la que, según comprobó Constanza, Armand tenía la intención de trepar. Abandonaron los zapatos y comenzaron a escalar por la arena, que se deslizaba allí donde ponían los pies, hasta el punto de que al poco rato ella acabó casi gateando para continuar la subida. Resopló, agotada pero enervada por las sensaciones, la arena bajo sus miembros, mientras el inmenso bosque que llegaba a juntarse con las landas iba quedando a sus pies, igual a un mar de verdor sobre el que flotaba un aire que olía ya a océano. Culminaron la ascensión y Constanza quedó paralizada por la belleza que contempló. Allí abajo estaba el mar, inmenso, cubierto de retales de espuma, y el viento les enmarañaba los cabellos mientras se dejaban caer, exhaustos, sobre la arena tenuemente caldeada, y respiraban el olor de la libertad y se ahogaban por la belleza de la duna sumida en el gran abrazo simultáneo del bosque y del océano.

—¡Oh, amor! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Qué feliz me siento aquí! Casi no recuerdo cuándo tuve por última vez una sensación así. Quizá de niña. ¿Cómo no me habías traído nunca?

—Porque lo estaba reservando para cuando tuviera que mostrarte la ruta por la que iba a llevarte a casa. Es el océano, nuestro océano. Ahora gozas de él aquí y muy pronto lo harás desde tus propios acantilados. Te abrazará cada mañana y te dará un beso calmado o arisco, tal vez tempestuoso o lleno de peligro. ¿No ves como volver a tener los pies sobre arena, el pelo al viento y los ojos llenos de horizonte nos sienta bien?

—Hablas tan bien como escribes, *chéri,* no hacía falta que me trajeras aquí para convencerme, aunque te lo agradezco infinitamente.

Estaba tumbada con la cabeza sobre las rodillas de él. Solo con girarla podía ver ora el bosque, ora el cielo, ora el océano omnipresente en su fragor. Se sintió viva. Reparó en lo poco que le

importaban la sociedad, las cenas, las fiestas, los espectáculos, solo echaba de menos a su hijita para hacerla partícipe de la maravilla. Y entonces se dio cuenta de que esos prodigios iban a ser suyos cada nuevo día y de por qué Armand había querido que lo experimentara como una avanzadilla de lo que estaba por venir.

Bajaron dejándose resbalar por la ladera de la duna. Constanza saltaba como una cría, segura de caer hundida hasta la pantorrilla en la arena, sin riesgo de caerse. Rieron cuando eso estuvo a punto de suceder. Se besaron con un regusto de granos duros y salados entre los labios, y a ambos se les saltaron un poco las lágrimas al ser conscientes de lo que se querían y de lo felices que eran juntos.

Hicieron el trayecto hasta el *terroir* de la familia Rolzou con los restos del espíritu alegre que les había dejado su breve incursión en el futuro. En el fondo, ni Armand quería afrontar las preguntas de su madre, ni a Constanza le entusiasmaba entrar en los dominios de su suegra, viticultora tenaz y jefa de familia inconmovible. Siempre se había sentido un poco pequeña en sus visitas al *château.* Esto eran los grandes vinos de Burdeos, el altar de los *grands crus,* y ella procedía de una familia señera de bodegueros de la Rioja Alavesa, lo que para estas gentes era como descender de unos pisaúvas que habían ido un día a comprarles barricas para intentar adecentar sus torpes mostos. Tal vez Renée Rolzou de Saint-Gelais no lo pensara así exactamente, había que concedérselo, era una gran dama, pero resultaba evidente que para ella el otro lado de los Pirineos era solo una sombra incivilizada. La *châtelaine* era amable y hasta le preguntaba a su nuera cómo habían sido las cosechas *là-dessous* sin lograr ocultar del todo la displicencia que sentía por el negocio de sus padres. Renée era una mujer forjada en el dolor que había sabido afrontar su viudez y sacar adelante no solo a sus hijos, sino el negocio familiar y el prestigio de sus caldos. Constanza no podía sino admirarla por ello. No obstante, no lograba hallarle relación con su hijo. Armand era la viva imagen de su malogrado padre. No era una suegra al uso, sino la jefa de una tribu en la que no estaba claro que Constanza hubiera logrado ingresar. En algunos momentos la percibía más como una rival que como a una madre, porque Renée adoraba a su hijo mayor con una intensidad que traía indudablemente reminiscencias del truncado amor por un marido muerto *pour la France.*

El edificio se recortaba entre las líneas de esbeltas vides. En su primera visita, la española se había sorprendido mucho al ver cómo los franceses alteraban la forma natural de las cepas, de por sí achaparradas, para orientar sus brotes hacia arriba, sujetándolos a unos alambres de guía, de modo que parecieran estilizadas mozas en vez de viejas vides retorcidas, como pasaba en su tierra. Era sin duda una morada señorial, como nunca sería la Heredad Pérez de Albeniz,

que no pasaba de casa grande. Los tejados rojos en mansarda, con las chimeneas de varios pisos, tan parecidas a un juego de cubos, y las ventanas rectangulares adornadas con piedras rojas sobre el fondo gris del edificio le daban un porte que solo Francia produce.

Los estaban esperando los dos. El hermano de Armand, el hijo que nunca le pudo decir una palabra a su padre, y Renée Rolzou de Saint-Gelais, de soltera Queinnec, aunque ella ya ni lo recordaba. Lo Rolzou te absorbía. La comida fue un alegre sanedrín en el que hablaron de las cosechas, de la bodega, de los corazones que iba rompiendo el más pequeño. El matrimonio contó los avances de la nietecita que se había quedado en Ginebra. Sin ser dicho, quedó claro que a la suegra no le parecía de recibo que Constanza anduviera de aquí para allá dejando a su hijita, que aún no había cumplido los cuatro años, a cargo de una desconocida por muy bien formada en la escuela suiza de niñeras que estuviera. También quedó flotando en el ambiente que había llegado la hora de pensar en darle un hermanito. La española oía como quien oye llover. Su primer embarazo había sido decidido y provocado por la prisa de Armand por experimentar la paternidad —cualquier cosa nueva era un reto que tenía que superar cuanto antes—, pero no habría otra segunda ocupación de su cuerpo que no fuera el resultado de su propio deseo. Los dejó hablar. Era joven pero, por la relación algo tormentosa con su padre, había aprendido que no hay peor opción que caer en la trampa del que te quiere hacer reaccionar. No reaccionar a la provocación. No reaccionar a la insinuación ni a la irritación. Estoicismo. Al final, las palabras se diluían, las manipulaciones se agotaban y solo quedaba emprender lo que verdaderamente deseabas. Reparó en que la isla era un lugar del que toda presión sería alejada. Suspiró.

Al terminar *le déjeuner* en el comedor de ventanales rectangulares y acuartelados desde los que se divisaba el sempiterno mar de viñas, la madre le pidió al hijo pródigo que fuera con ella a su despacho. Constanza se quedó en el salón de estar con Philippe, mientras Armand pasaba el trago, no por esperado, más fácil de superar.

Renée no se sentó tras su mesa de nogal, sino que eligió los sillones confidentes de cretona rayada, a listas rojas y vainilla, situados en el pequeño mirador de la estancia. Entró en materia sin espera.

—Ahora, hijo, tú y yo frente a frente, explícame qué es eso de que vas a dejar Ginebra y tu puesto en la Sociedad de Naciones.

Sus ojos casi transparentes se volvían acerados en un instante. Armand le contó los motivos por los que creía que una guerra europea era inminente y su rechazo a verse involucrado en ella. Su madre era la persona que más fácil tenía comprenderlo, ella que todavía llevaba su corazón lleno de la amargura y de la injusticia de la guerra. No se esperaba su reacción:

—O sea, que te quitas de en medio. Sin entrar en que lleves razón o no en tus predicciones, hijo, porque personas con más sabiduría que tú están completamente alejadas de tu análisis, vamos a concretar lo que planteas: un Rolzou que cree que Francia está en peligro y ante ello decide huir.

—¡Pero, madre, tú eres la primera que conoces el dolor de que una persona pacífica, no implicada en los intereses mercantiles o políticos que llevaron a unos líderes enloquecidos a destrozar Europa y millones de vidas, sea obligada a coger las armas! ¡Yo no quiero eso para Constanza e Irene! ¡Yo no quiero que tú vuelvas a sufrir esa pérdida!

—Tú no quieres el dolor ni el sufrimiento ni ningún sacrificio o responsabilidad que no sea tu propio arte. Tú no quieres morir, hijo. Ten la decencia de no venirme a mí exhibiendo tu sacrificio por los demás. Eres tú el que quieres alejar de ti un cáliz que se te ha metido en la cabeza que vendrá. ¿Y qué crees que va a pasar? Crees que Francia tendrá que entrar en guerra, ¿y tu hermano?, ¿te lo vas a llevar también?, ¿me quedo sola aquí, una mujer, a salvaguardar el patrimonio de la familia como pueda? ¿Vas a hacer como con tus suegros, obviar que están inmersos en una violencia cruel y luchando por sobrevivir?

—Llegado el caso, siempre tendríais mi casa como lugar de refugio —murmuró el hijo, abochornado.

—No seréis ni tú ni la guerra los que me mováis de aquí. Aquí me dejó tu padre y aquí seguiré. Estoy muy orgullosa de que él no le diera la espalda a su obligación. Creo que no has entendido nunca la naturaleza de mi duelo. Hubiera sido imposible soportar después las consecuencias de la cobardía. Hubo quien lo intentó en el 14, no pienses que no, hombres que como tú probaron a dar la espalda a la realidad, a su patria y a sus obligaciones. Créeme que al terminar tuvieron un tormento que no fue menor que el de las trincheras. Una nación sufriente que intenta renacer de sus cenizas no puede perdonar a los que la negaron, y eso es lo que ahora pretende hacer mi hijo.

—Es una forma de verlo, pero al final ellos seguían aquí para decidir qué hacer con sus vidas. Papá no.

—¿Qué es lo que temes? ¿Quién es ese hombre que te ha trastocado la cabeza? ¿Por qué te ha ofrecido esa locura a ti y no a otro? ¿No te has planteado eso? Un desconocido te busca a ti, Armand Rolzou de Saint-Gelais, para proponerte un negocio en una isla perdida y que desertes de tu vida, tu familia y tus deberes. ¿Por qué? Nada se hace sin razones…

—Él dice que supo de mí por un familiar que es diplomático, que existe, eso lo he comprobado, y que busca a un hombre de letras para compartir su retiro… ¡La mansión es fantástica! ¿Quieres verla, *mère*?

Tengo fotografías y planos…, y la isla es de una belleza natural impresionante.

—Tú verás. A mí tal historia no me satisfaría, pero no es un tema en el que me vaya a demorar. Creo que tu trabajo en la Sociedad de Naciones te deja indiferente, que estás convencido de que ya no es esa gran causa en la que te querías implicar. De acuerdo, no tienes por qué seguir allí. Además, Ginebra, me vas a perdonar, no deja de ser un remedo provinciano de tu propio país. Si lo que necesitas es cambiar, empezar una nueva vida… He estado pensando muy seriamente lo que te voy a decir. Yo aún tengo fuerzas de sobra para manejar el *château,* pero tampoco tengo inconveniente en dar un paso al lado y dejar que mi heredero coja las riendas. Puedes venir y hacerte cargo de la producción y las bodegas, con tu hermano como mano derecha. Si es por mansiones, y para que no perdáis vuestra libertad, podemos hacer construir una segunda residencia en los terrenos de la colina, junto al bosquecillo, a vuestro gusto… Todo tiene remedio siempre, hijo.

—Mamá, en cuanto estalle la guerra me movilizarán, como harán con Philippe. Yo no quiero dejar Suiza por afán de cambio. Yo estoy seguro de lo que va a suceder y no quiero participar. Seré una avanzadilla. Estoy convencido de que, cuando todo salte por los aires, a lo mejor envías a mi hermano a mi lado, antes de que te lo arrebaten. Tú estarás bien, eres muy fuerte, *maman,* ya lo has demostrado.

—No va a haber guerra, Armand. Alemania va a intentar recuperar algunas franjas que perdió en Versalles y que, la verdad sea dicha, fue un error que le quitaran. ¿Qué nos debe preocupar que Hitler quiera rescatar a la población alemana de la Alta Silesia?

—Tú no has leído ese librito infame que escribió, *Mi lucha*…

—¡Desde luego que no!

—Si hubieras leído lo que dice de los franceses y de Francia, no estarías tan segura de que todo vaya a ser como dices, pero no discutamos, porque yo ya he tomado una decisión y partiré del puerto de La Rochelle el próximo mayo hacia L'Imprenable, donde siempre tendrás tu casa.

—Eres testarudo como tu padre… —Y tras una pausa dijo con un tono más suave—: Y tan bello y encantador como lo era él. Eso me basta para deducir que Constanza está dispuesta a seguirte sin plantearse nada más.

—Se plantea cosas, pero me seguirá. No intentes entrar por esa brecha. Solo conseguirías hacerla sufrir. Tú y yo sabemos que podrá dudar hasta la angustia, pero al final seguirá a mi lado. No hay necesidad de hacérselo más difícil.

—No lo haré. Esta es la única conversación que voy a mantener sobre este asunto. Cuando cambies de opinión, Château Rolzou

seguirá estando donde siempre estuvo, hijo. Una cosa te voy a pedir, no vendas la casa de Ginebra ni la de París. Puedo darte el dinero de la herencia de tu padre. Guarda tu patrimonio para cuando vuelvas, porque lo harás. Déjame al menos el alivio de saber que puedes revertir este despropósito en cualquier momento.

—No eran esos mis planes, pero no voy a discutir contigo por eso. Alquilaré la villa del Lemán y la casa de París. Todo por no verte enojada, al menos no de forma irremediable.

Se levantó y la rodeó con sus brazos porque sabía que, ante esa arma, no tenía ella defensa. Para Renée, su abrazo era una mezcla del amor merecido por una madre y un destello del que le habían robado. ¡Eran tan parecidos y tan hermosos ambos! Zafándose del abrazo, se levantó y abrió la puertaventana de una de las terrazas. Desde esa atalaya dejó su vista perderse por la inacabable extensión de cepas de la que cada otoño volvería a brotar el elixir de los dioses. Suspiró. Estaba atada por esos pámpanos como si fueran sogas. Nunca abandonaría sus pagos. Pasara lo que pasara.

IV

La lluvia arreciaba cuando entraron con el coche en La Rochelle. Las hojas muertas se dejaban arrastrar desesperadas por los riachuelos formados en las cunetas que las llevaban irremisiblemente hasta la prisión de la alcantarilla. La humedad los asaltó cuando aparcaron el Hispano-Suiza a la entrada del puerto. De fondo, el rumor sordo del viento, solo agujerado por los gritos agudos de un enjambre de poleas al tensarse y destensarse los cabos con el alterado movimiento de las aguas. Los barcos amenazaban con precipitarse sobre los adoquines de los muelles, nacían de ellos, elevados por las hinchadas aguas de la pleamar.

Recorrieron el Quai Vallin protegidos por las cornisas de los edificios. Constanza se había cubierto con una gabardina la elegante ropa. Un paraguas no hubiera soportado los embates del viento. La travesía hasta el café les pareció una odisea porque aún no sabían nada del mar. Las gaviotas, que sí sabían, anunciaban a gritos su protesta por un otoño tan infame. La taberna que buscaban estaba situada junto al inmueble de las oficinas de Camboulives, cuatro generaciones de armadores al servicio de la mar océana, para los que trabajaba el capitán Dachary, con el que se habían citado. En una de las mesas, marinos ociosos jugaban al belote.

—*Souvent, pour s'amuser, les hommes d'équipage…* —murmuró Armand.

De esa mesa se levantó un hombre de estatura media pero macizo,

con un grog en la mano y una pipa apagada en la otra que, a todas luces, por la gorra de plato que llevaba bajo el brazo, era el que estaban buscando. Dachary se dirigió hacia ellos, tiró la gorra sobre su mesa sin mediar palabra, la colonizó con su grog y, solamente tras haber marcado de esa forma el territorio, preguntó:

—¿Señores de Rolzou?

Ambos asintieron con la cabeza y Armand, con un gesto, lo invitó a tomar asiento haciendo caso omiso de la invasión que se había producido incluso antes de las presentaciones. Un olor a paño de lana húmedo alcanzó la nariz de Constanza, un olor que llegaba a su vida para quedarse.

—¿Y bien? Tengo entendido que quieren embarcarse en el Petit Ruritanie para instalarse en L'Imprenable, ¿no es eso?

—¡Oh, capitán, mi capitán!, sí, se trata de eso. —Armand no podía evitar ese tipo de exhibición que su interlocutor seguro que no iba a comprender.

—Yo solo soy capitán de mis hombres, monsieur Rolzou, aunque estaré encantado de embarcarles si llegamos a un acuerdo satisfactorio.

Dachary mantenía la cabeza sobre la taza que contenía el cálido brebaje y los miraba con los ojos hacia arriba, justo desde debajo de un lacio pelo pajizo que caía sobre su frente sin ningún control. Como si de pronto hubiera cobrado constancia de ello, soltó el asa de la taza y se atusó el escurridizo flequillo. Constanza entró sin llamar en la conversación, no estaba dispuesta a perder la oportunidad, ni a tomarla como un mero trámite de sus deseos, como seguro haría Armand.

—Capitán Dachary, antes de entrar en los detalles prácticos de la contratación, me gustaría hacerle una pregunta para satisfacer mi natural curiosidad femenina. ¿Usted conoce la isla? Además de navegar hasta allí, ¿la ha visitado? Es solo, ya sabe, por tener sus impresiones de primera mano…

Constanza miró a su marido y le envió con ese simple contacto visual un mensaje apremiante: «Calla, déjalo hablar, necesito seguridades».

—Claro, *madame,* no tengo inconveniente. Llevo muchos años fondeando en la rada de L'Imprenable. Para la tripulación es una especie de paréntesis en la travesía, como tomar aire antes de volver a sumergirte. Todos hemos bajado a tierra en la isla una vez u otra. Yo, como capitán del buque, he disfrutado de la hospitalidad de los gobernadores y también de la familia Buss en varias ocasiones. Mis hombres se contentan con bajar a tierra y pasarse por el Au Convent, la posada que está cerca del puerto, donde sirven un guiso de langosta muy apreciable. ¿Qué quiere saber, *madame*?

—¿Au Convent? Qué nombre tan curioso, supongo que será porque tal convento alberga la sempiterna cofradía de marineros, pescadores y hombres de mar…

—No, no. Au Convent, como tantas cosas en la isla, juega con las dos lenguas que se usan allí. Usted que las maneja ambas lo verá fácil: con-viento o *avec-vent,* ha pasado a ser una mezcla de palabras: *convent,* el convento. ¡Ja, ja, ja, una ocurrencia buena, porque viento es lo que sobra a veces en esa parte de la isla! —Rio el marino mercante.

—¿Ve? Cosas como esas, prácticas. ¿Es una isla muy ventosa? Eso será muy incómodo, ¿no?

—*Madame,* si usted piensa que va de vacaciones soleadas a L'Imprenable, está equivocando el rumbo. El viento del oeste, *madame,* es el señor del Atlántico Norte, llegará a conocerlo. La orientación de la isla y su forma hacen que la única rada posible, en la que se encuentra el pequeño puerto y el pueblo, esté situada al oeste, por eso es tan difícil la maniobra de aproximación a la isla y somos pocos los navegantes con experiencia para hacerla. No lo entenderá aún, pero además de tener que atravesar un estrecho paso entre los Dedos del Troll, cuatro grandes rocas que guardan el puerto, ha de hacerse con el oleaje de popa, algo complejo para el gobierno de la nave. Usted misma lo comprobará si deciden hacer el viaje. Pero no tema, si sus terrenos están junto a los del inglés, están en el lado opuesto de la isla, orientados al este y, por tanto, protegidos por el antiguo volcán situado en el centro.

—Son exactamente esas cosas las que necesito saber, señor Dachary. He visto fotografías de la isla, que me parece bellísima, pero una imagen es un instante detenido sin temperatura, sin olores, sin vida…

—Yo solo he fondeado en la isla en primavera y en verano porque es prácticamente imposible en otro tiempo. Los pescadores, con sus embarcaciones más pequeñas, sí se arriesgan a veces a hacerlo con mala mar, para reparar alguna avería o para dejar a algún tripulante al cargo del doctor Aramendi y seguir su singladura a Terranova.

—Entonces, ¡hay un doctor! —exclamó confortada Constanza.

—¡Oh, sí, *madame*! Hay muchas cosas en la isla, las necesarias, diría yo. No obstante, prepárese para un invierno duro y para una vida marcada por el ritmo de las estaciones y los elementos, como la que hacemos los hombres de mar. No le tenga miedo a la naturaleza, aceptar sus imposiciones es una forma de humildad que engrandece. Más allá de eso, conozco a marineros y tripulantes que se han quedado definitivamente allí, por motivos varios, y ninguno ha echado en falta lo que tenía en sus puertos de origen. Los humanos somos más flexibles de lo que parece, y hay demasiadas cosas de las que podemos

prescindir.

Constanza hizo amago de continuar hasta agotar toda su curiosidad, pero Armand la frenó con la mano y con la palabra. Esa cita no era un encuentro social para charlar, sino una ocasión importante para dejar contratado el barco y conocer de primera mano qué tonelaje podrían llevarse y qué era posible transportar y qué no. Por supuesto, él no dejaba de pensar en su querido Hispano-Suiza, aunque retrasó mencionarlo para no parecer un crío ante su mujer, un crío centrado en llevarse de viaje su juguete más preciado.

Dachary lo miraba guasón. Tenía experiencia con señoritos, señoritingos y lobos de tierra adentro. No es que los despreciara, aunque podría parecerlo. No obstante, estos dos le producían una mezcla de ternura y de algo parecido al respeto. Los veía como lo que eran: una pareja de jóvenes hermosos y ricos que estaban dispuestos a dejar atrás todos sus privilegios para comenzar de nuevo en un sitio como L'Imprenable. No quiso preguntar las razones, pero sabía que las tendrían. En la isla había una interminable mezcolanza de motivos. Había prófugos de la moral burguesa y huidores de las deudas. Había mujeres cuya vida nunca había sido alegre, porque los hombres se la habían amargado; pescadores que habían sufrido lesiones que los inhabilitaban para seguir el ritmo de los barcos; licenciados que no habían dado con la tecla para adaptarse a los moldes de su gremio; personas que tal vez se escondían hasta de sí mismas, y había también seres misteriosos de los que nadie había terminado de averiguar los porqués. El capitán intentó encajar a los Rolzou en alguno de los grupos pero no logró sacarlos del último. Algún día sabría.

—Puedo reservarles la capacidad completa del Petit Ruritanie, mi armador contratará el viaje hasta Canadá o Estados Unidos para recoger carga y el fletamento de ida podría correr exclusivamente de su cuenta. Si no necesitaran tanto volumen de bodega, pueden dejar apalabrado un espacio suficientemente amplio para que no se contraten cargas que impidan acoplar sus enseres. Respecto al pasaje, dispongo de cámaras de reserva situadas en la zona de oficiales y, si fuera necesaria alguna más, podría recolocar a alguno de ellos durante ese tramo de la travesía. El resto de su personal tendrá que alojarse debajo del castillo de proa, en los camarotes destinados a oficiales subalternos y marineros, pero según el número tendré que hacer algunos arreglos. ¿Cuándo podrían saber cuántos pasajes precisarán? —dijo Dachary yendo al grano mientras levantaba la jarra para que el mozo viera que estaba vacía y la rellenara.

—Prometo enviarle un telegrama muy pronto con todos los datos.

—No tarde, o envíelo a nombre de Camboulives hijo, porque yo tengo un viaje a Túnez dentro de una semana. Monsieur Camboulives hijo se encargará también del contrato entre usted como fletador y

ellos como armadores.

—Correcto. Le pediré que me lo envíe con cierto tiempo para que puedan revisarlo mis abogados. Entenderá que no tengo costumbre de realizar este tipo de negocios y lo desconozco todo sobre el derecho marítimo.

—Parece muy atinado —suspiró el marino—. Yo, sobre términos legales, tampoco puedo decirle gran cosa, me limitaré a dejarles a ustedes y a sus empleados junto con sus enseres sanos y salvos en L'Imprenable, lo cual ya es suficiente tarea, no crean.

—¡No me asuste! —se le escapó a Constanza.

La sirena de un arrastrero de vapor, que avisaba de su intención de transitar a mar abierto por el estrecho canal flanqueado por las dos viejas torres del puerto, respondió en la lejanía. Entusiasmados coros de gaviotas reidoras lo acompañaron dándole permiso para osar la travesía o tal vez burlándose de que la intentara.

—Conmigo y con mis hombres estará segura, *madame* —respondió no sin un dejo de sorna.

Sus hombres, u otros hombres que permanecían en sus mesas fumando, bebiendo y echando las cartas con energía sobre el tablero, no habían dejado de observar con insistencia a Constanza. Ella lo percibía y, a pesar de la costumbre, se notaba en cierta forma intimidada, aunque se sabía segura. Eran demasiados hombres y demasiado diferentes a los que estaba acostumbrada a tratar. Los sentía respirar y transpirar a su alrededor y no quería imaginar siquiera lo que su mera presencia en ese antro de marineros suscitaba en sus mentes básicas de hombres dedicados a trabajos primarios, tal vez en rima con sus instintos.

—Me gustaría también transportar algunos animales —dijo de pronto Armand, como si enlazara los conceptos ocultos de una mente a la que no tenía acceso.

Su mujer dejó de pensar en los rudos marineros y lo miró con sorpresa.

—Es buena idea, señor. Aunque allí el islandés le intentará vender alguno de los caballos que cría… ¡Siempre lo hace! ¡Hasta a mí intentó colocarme un caballito, precioso, pero que ya me dirá, *monsieur*, qué utilidad tiene en un barco! Ja, ja, ja.

—Me gustaría montar una granja básica en mis terrenos. En principio, para autoabastecernos.

—No soy hombre de granja, pero en la isla será necesaria. Eso sí, consulte con expertos sobre el tipo de animal que mejor pueda aclimatarse a esos inviernos y dígame también cuántos serían para adecuar la bodega a su transporte. La alimentación y el cuidado de las bestias dependerán de sus propios trabajadores durante la travesía, ¿está de acuerdo? Y recuerde añadir a la carga la cantidad suficiente

de forraje o pienso para ellos.

Constanza sentía leves escalofríos cuando recibía según qué informaciones sobre la que sería su nueva vida. No pensaba convertirse en una Marie-Antoinette jugando en el Petit Trianon. No se veía de granjera. No le gustaba tampoco descender a los detalles más básicos de la aventura a la que un poco irreflexivamente se había prestado, porque entonces reparaba en las pruebas que la esperaban y oía a la madre de Armand ofreciéndoles una nueva casa en la propiedad —él se lo había contado como de pasada—, y pensaba en su coqueto hotelito a orillas del lago o en la enorme casa de París y sospechaba que se había vuelto loca, que la belleza del marido la había obnubilado, y sentía una suerte de pánico, amortiguado por la convicción profunda de que no iba a hacer nada para evitarlo.

Al salir de la taberna, destellos de luz saltaban ya de los charcos. La lluvia había cesado, aunque parecía que respiraran justo bajo la superficie del mar, sumergidos tras las quillas de los barcos, que se mecían inquietos en aguas contagiadas de la inquietud que durante la tarde había cobrado el océano. Armand la enlazó por la cintura y la besó ante el ventanal formado de vidrios cuadrados por el que se intuía el murmullo marinero que habían dejado atrás. El gesto tal vez no fuera del todo inocente, pero fue sentido.

—¿Un paseo hasta la torre?

—Ha mejorado mucho la noche. ¿A cuál de ellas?

—La de la Cadena, esa que según menciona Rabelais cerraba el puerto y debía ser abierta para permitir la entrada y salida de los barcos. En el fondo, como ves, estas torres medievales convierten nuestro puerto de salida en una especie de laberinto, igual que las rocas que llaman Del Troll lo harán con nuestra entrada… Aunque puede que nuestro carguero no parta de aquí, del Puerto Viejo, sino del nuevo.

Comenzaron a caminar enlazados y Constanza intentó evitar que sus inquietudes se vieran atropelladas por la erudición del marido.

—¿Por qué no te quedas un par de días en el hotel, miras ese contrato con unos juristas especializados, mientras yo bajo a Biriatou a la cita con mis padres?

—¿No quieres que vaya contigo, *ma petite*? No me hace mucha ilusión que te acerques tanto y sola a un territorio en guerra…

—*Mais, Armand…!* Tú sabes que da igual cuánto te acerques a la frontera si no la cruzas. A un centímetro de la aduana está la paz y unos centímetros después empieza la guerra. Tranquilo, no se me ocurriría pasar…

—¿Ni aunque tus padres no llegaran?

—Ni aunque no llegaran, te lo juro. ¿Es que crees que no podrán asistir a la cita? Me han asegurado que tienen los pases en regla.

—No confío en la estabilidad de nada en tu país, tampoco de una promesa, un papel o un pase. Preferiría acompañarte, me quedaría más tranquilo. No me gustaría que alguien te engatusara diciéndote, yo qué sé, que han tenido una avería a unos metros de la frontera, y que te hiciera entrar en España. No sé si podría volver a recuperarte. Entiendes mi temor, ¿no?

—Solo si piensas que estoy loca o soy una niña tonta. No, Armand, sé que mi país está en guerra. Sé lo que está sucediendo. Leo los periódicos, aunque tú creas que no y yo haga como que no estoy interesada. Mi dolor, mi pesar y mi miedo van conmigo, pero no tienen por qué derramarse sobre ti o sobre nuestra hija. No, no pasaría jamás, Armand. Sé muy bien que al otro lado de la frontera la mayor certeza tiene el nombre del dolor, de la humillación o de la muerte.

Armand la hizo girar hacia él con el brazo que tenía en su cintura y la miró con los ojos humedecidos. Acababa de darse cuenta de que ese desinterés frívolo por el conflicto que él había decidido que habitaba en la española que amaba no era real. Acababa de reparar en que ella llevaba sufriendo más de un año sin decir una palabra, sin una queja, sin consentir que su vida se sumiera en el drama que llevaba vivo en el corazón. La amó más, si es que eso era posible, y se dio cuenta de que probablemente era mucho más consciente y cauta, mucho más valiente, de lo que él había sido hasta el momento o sería nunca. *«Ma brave petite espagnole!»,* pensó.

—Está bien, mi amor, perdona. No quería parecer absurdamente protector, y es obvio que tú conoces incluso mejor que yo los riesgos que correrías. ¿Quieres utilizar el coche? Puedes dejarme en el *château* y seguir tú… —dijo, y su voz sonó marcada por el sacrificio.

Su mujer no se dio por aludida y cogió al vuelo el ofrecimiento. No se había empeñado en su día en aprender a conducir para ir siempre de acompañante. Constanza se vio deslizándose sola por la carretera de la costa, con la ventanilla bajada para oler el océano, y con el aliciente cierto de ir a reencontrarse con su familia. ¡Volver a ver a su madre! A su padre también, pero no todo iba a ser perfecto. Tras tanto tiempo, esa sensación de reencontrarte con los tuyos era sentirte unida a algo profundo y natural, si bien podía llegar a ser poco tranquilo, como siempre lo había sido su relación con un padre sobrado de rectitud y de terquedad y falto de ese aprendizaje tan básico de los afectos que permite asumirlos como algo natural.

V

Armand se había quedado en el cruce y Renée había salido a recogerlo. Movió la mano izquierda por la ventanilla para despedirlos,

como un peaje, a sabiendas de que estaba rabiando por quedarse sola ante el volante. Puede que fuera adicta a lanzarle pullas a su marido por su indisimulado amor al Hispano-Suiza, pero eso no significaba que no fuera capaz de disfrutar del rugido del motor y de ese deslizarse sobre la carretera, sobre todo cuando era ella la que estaba al mando. Acarició el volante con la mano de dedos elegantes enfundados en unos suaves guantes de conducción de color camello. La carretera era suya por unas horas. Solo rogaba por que al coche no le diera por pinchar en ese corto trayecto, porque moriría antes de reconocerlo pero no tenía ni la más mínima idea de cómo solventar tamaña incidencia. No iba a pasar. Todo estaba recién revisado, o eso esperaba.

Había optado por ponerse para conducir un traje pantalón de *tweed,* de los propugnados por Mademoiselle Coco, con un sencillo jersey negro debajo y unos zapatos Oxford. Una pequeña *beret* ladeada sobre su rizada cabellera le ponía el punto final. Su padre iba a entrar en efervescencia y no menos lo haría su madre, aunque esta callaría por prudencia y por amor. Le daba igual. Así era ella ahora. Así eran las mujeres modernas, al menos las francesas. La mirada inquisitiva de su padre solo era una anécdota sin consecuencias, y esa certeza la hacía sentir aún más feliz.

Meter una nueva marcha al ritmo de la música que salía del aparato de radio, ¿cuánto le quedaría de una sensación así? Pensar en un futuro de muchas privaciones la abatía un poco.

Las landas y su olor. Pasaban los inmensos árboles huyendo de ella. Entraba su murmullo por la ventanilla entreabierta mientras Constanza no dejaba de leer los letreros de madera que indicaban las granjas que tenían venta directa de *foie* de oca, de *terrine de campagne,* de huevos y de conejos, de *volailles,* de todo aquello por lo que la zona era afamada. Nada recordaba la posibilidad de una guerra, pero ciertamente la había a unos centenares de kilómetros. Pensaba Constanza a un ritmo sereno mientras conducía, pensaba en lo que iba a explicarles a sus padres, en cómo lo recibirían, y pensaba en cómo ya no importaba mucho.

Cuando empezó a sentir hambre, se dejó llevar por sus deseos y se desvió a la derecha por un caminito que llevaba a una de las granjas, llamada La Closerie. Una fina cinta de asfalto precario se deslizaba entre los árboles hasta llegar al edificio de piedra y pizarra en el que una pequeña puerta, señalada con una gran flecha, marcaba el lugar en el que se podían comprar los deliciosos productos directamente al *fermier*. Logró que la paisana que estaba al cargo le vendiera unas gruesas lonjas de *pâté campagnard* y unos hermosos *cornichons* que meter en un buen trozo de hogaza que ella misma le cortó. Compró también una jarra pequeña de vino de la zona y se alejó hasta unas

mesitas de piedra que los dueños habían sido lo suficientemente astutos de colocar entre los enormes árboles. ¡Qué paz! ¡Qué deliciosa sensación la de escapar de la presión de la sociedad, incluso de la de mostrarse perfecta y elegante para Armand! Ella en soledad, con el viento frío que agitaba la copa de los pinos marítimos, y el sonido de sus pensamientos. ¿Qué la atemorizaba pues del plan de La Inexpugnable? Si algo parecía claro, era que iba a poder disfrutar de muchos momentos así, impensables en Ginebra o en París. Tendría esta sensación de libertad y a Armand para ella sola, un padre que su hija podría disfrutar mientras crecía. Tal vez, y solo tal vez, sería el momento de darle un hermanito, de criarlos fuera de la codicia y la frivolidad, de darles un bagaje de autenticidad que los acompañara en su vuelta al mundo. A fin de cuentas, ella lo había tenido. Su infancia había sido así. Constanza recordaba sus paseos por los hayedos del Gorbea, cuando se tiraba para resbalarse como en tobogán por las hojas rojizas caídas en montones por las laderas, mientras su madre le gritaba a lo lejos sufriendo por su abrigo y por su vestido y por sus medias.

Se limpió las migas que habían caído sobre la bufanda de cachemira y la americana y se encaminó al Hispano-Suiza. Tenía que aligerar si no quería llegar tarde a la cita fijada en la carta por sus padres.

Conducir la hacía sentir adulta y libre. No es que no lo fuera realmente o que no lo apreciara así en el resto de sus actividades, sino que era cuando podía coger un vehículo ella sola, sin hombres protectores, sin doncellas, sin ningún apoyo, y tenía delante esa cinta sinuosa que era la carretera, cuando percibía que el mundo entero estaba a su alcance con solo continuar y continuar y no parar hasta cualquier improbable lugar que pudiera imaginar. Cierto era que al cabo de pocos meses llegaría a uno realmente insospechado y que no lo haría a bordo de un coche. Ignoraba qué sensación tendría cuando viera que tras su paso no quedaban sino estelas en la mar.

El Hôtel Restaurant Hendayais era muy fácil de encontrar con su gran letrero en la Rue de la Fontaine. Pudo aparcar el coche casi en la puerta y preguntó al mozo si, a pesar del viento frescachón, precursor del invierno, podía sentarse en una de las mesas del exterior para ver llegar a sus padres. Sacó una manta de viaje del Hispano-Suiza y se la colocó sobre las piernas mientras le ponían sobre la mesa una copa del fresco vino blanco del país. Había llegado tan solo con un cuarto de hora de adelanto. Pidió también el diario para la espera. Curiosamente apenas encontró en las páginas de *La Petite Gironde* grandes referencias a la guerra de España. Apenas unos breves, a pesar de que la noticia era casi local, vista desde Hendaya. Para cuando terminó de escudriñar la prensa, el reloj había avanzado más de media hora y sus

padres seguían sin llegar. Era normal. Cualquier inspección o control en la frontera podía haberles llevado más tiempo del previsto. Pidió otro petit manseng blanc, aunque con cierta mala conciencia, pues tendría que conducir de vuelta poco tiempo después.

La segunda copa de vino se terminó. Nadie había llegado.

¿Tal vez había entendido mal las instrucciones sobre el lugar? ¿Habría algún otro establecimiento que tuviera el topónimo de Hendaya en el nombre? Preguntó al *garçon.* No, señora, no había ningún otro hotel o restaurante que se pudiera confundir con ellos, los más antiguos de la villa. Eran bien conocidos, no había pérdida. Constanza empezó a inquietarse. Una hora de retraso. Pensó en entrar al bar y telefonear a Armand. Se reprimió. ¿Qué sentido tenía querer hacer las gestiones sola para pedir sopitas a la primera de cambio?

Hora y media. Algo tenía que haber ido mal. ¿Y llamar a las bodegas por si no habían podido salir o alguien estaba enfermo o…? No quiso seguir haciendo suposiciones. Justo cuando el miedo le estaba empezando a secar la boca, vio llegar desde el sur de la calle un pequeño camión que parecía conducido por alguien un poco bebido y que vino a frenar, no sin un ligero derrape, justo frente a ella. «Bodegas Heredad Pérez de Albeniz», llevaba escrito en los flancos. El corazón le dio un brinco mientras veía a su madre, en carne y hueso, brincar del estribo del vehículo y caer sobre los dos pies, con cara atemorizada. ¿Su madre conducía? No cuando ella se fue a estudiar a París, pero una guerra lo cambia todo, hasta el rostro que más amaba en el mundo. ¿Más que a Armand? Dejó sin contestar su propia y peligrosa pregunta.

—¡Oh, *ama,* qué ganas tenía de abrazarte! ¡Qué ganas, Dios mío!

Se fundieron en un abrazo y a Constanza no le costó dejar en libertad las lágrimas que llevaba conteniendo tantos meses. Solo cuando se habían estrechado y besado y mirado con ojos llenos de ternura, la francesita se dio cuenta de que su padre no aparecía por ninguna parte.

—¿Y papá? —preguntó.

—¡Ay, hija, déjame que me siente y pídeme un vino o un coñac o cualquier cosa que me reanime! No sabes lo que nos ha pasado en la frontera, aún estoy temblando.

Constanza no le dijo que algo había notado en la forma de conducir la camioneta, ni tampoco que temía que si la tonificaba con algo de alcohol fuera un riesgo aún mayor que volviera a cogerla. Pidió con un gesto otras dos copas de vino.

—Tranquila, madre, siéntate aquí, que estamos a salvo, y cuéntame lo que ha pasado. Está bien padre, ¿no? O sea, no…

—Estaba bien cuando nos hemos separado, pero, hija mía, he aprendido a no dar nada por sentado y a dejar de creer que lo que te

dicen se cumple y que no hay riesgo aunque te lo juren.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—Verás, hemos hecho todo el trayecto sin problema, aunque nos han parado un par de veces para ver los papeles. Ahora es así. En cualquier momento gente armada te da el alto para ver de dónde vienes y adónde vas. En principio, no sabes si son personas que tienen autoridad para ello o si son del bando contrario; como te apuntan, te paras. Todo iba bien hasta que hemos llegado a la frontera. Allí tu padre ha sacado la carta de exportación y los papeles del gobernador civil de Álava autorizando un pase de ocho horas a Francia para entregar el vino. El guardia no lo ha visto claro y ha avisado a sus jefes. Han metido a tu padre en una oficina y yo me he quedado sola en el camión. La espera ha sido muy angustiosa, hija, todos los días te cuentan historias de personas que entran en un sitio oficial y no salen.

—Pero ha vuelto a salir, ¿no?

—Sí y no. Verás…

—¡Madre! ¿Me puedes contar sencillamente cuál es la situación? ¡Me estás angustiando mucho! ¡Y todo por mi culpa! ¡No tenía que haber aceptado que intentarais venir!

—Ha salido con el comisario, o con lo que fuera aquel hombre, pero no ha llegado a aproximarse a mí. Ha sido ese individuo el que ha venido hasta el camión y me ha dicho que no hacía falta que pasáramos dos personas para hacer una entrega, que tu padre se quedaba allí «en prenda», así lo ha dicho, para asegurarse de que tanto el camión como yo volviéramos. «De todos modos, si alguien se fuga, prefiero que sea una mujercita muerta de miedo que un hombre que puede ser útil a la patria, lo entiende, ¿no? Pero es mucho mejor que no tenga tentación de hacerlo porque no sabría decirle qué le pasaría entonces a su maridito, aunque se queda en buena compañía», me ha dicho.

—¡Qué horror! Deberías haberle dicho que no sabías conducir y haberos dado media vuelta, mamá, porque entiendo lo angustiada que debes de estar ahora y la ansiedad que debes de tener por volver y encontrarlo sano y salvo.

La cara de Blanca Ortuzar de Pérez de Albeniz era todo un poema.

—Es que, hija, no podía hacer eso porque… tenía que venir. Hubiera sido peor echarme atrás, al hombre le podía haber parecido sospechoso y haberse decidido a registrar con más ahínco la carga.

—Bueno, porque ese cerdo se hubiera quedado un par de cajas para darse el gusto no habría pasado nada.

—No llevo solo cajas con vino embotellado. Traigo también algunas barricas.

—Aunque se hubiera quedado una, mamá, ¡qué más da!

La alavesa espiró fuerte, volvió a tomar aire y se lanzó a la

explicación definitiva que llevaba posponiendo toda la conversación:

—¡Ven conmigo al camión, Constanza!

No podía negarse a tono tan perentorio. Había algo que le había metido a su madre el miedo en el cuerpo y su hija tenía claro que no había sido solo que un hombre, que podía hacer unas cuantas llamadas a prebostes del ejército rebelde en Vitoria, se hubiera tenido que quedar en la frontera. Se levantó y le hizo un gesto al mozo para que no pensara que se iban sin pagar. Solo tenía que dar unos pasos para alcanzar la parte trasera, a la que se encaramaron las dos, su madre con la falda como pudo y ella muy contenta de haberse puesto el pantalón para andar haciendo esas cabriolas. Cuando estuvo arriba, su madre le tendió una barra de hierro que estaba junto a las cubas.

—¡Abre la del fondo, Constanza, a ver si podemos solas!

—¿A qué viene esto? ¡Se va a derramar todo el vino!

Y entonces de golpe comprendió. Había algo que no era vino en la carga y la angustia de su madre era doble, por su padre y por lo que sea que pasara de contrabando.

—¿Qué es lo que traes ahí, mamá? ¿Dinero?

—¡Ábrela! ¡Cuanto antes mejor!

Constanza estaba intentando hacer palanca, pero no se daba mucha maña para ese tipo de trabajos.

—¡Con cuidado! ¡No dejes que la barra entre!

Se hartó. Volvió al borde del camión, levantó la lona y saltó. Se dirigió al mozo y le pidió por favor que la ayudara. A fin de cuentas, si era dinero lo que su madre había metido en la barrica, con darle una propina bastaba y nadie allí se iba a escandalizar de que los españoles trataran de salvar efectivo, obras de arte o cualquier otro objeto de valor.

—*Faites-le soigneusement!* —le advirtió dándole el hierro.

El chaval se desenvolvió con rapidez y seguridad. Era obvio que no era la primera vez que manipulaba herramientas similares. Cuando forzó la testa y levantó el fondo, miró primero dentro y luego a las mujeres, hizo una mueca y saltó del camión, dejando claro así que él no quería líos. Del círculo hueco dejado al quitar el témpano, sin estropear ni una duela, asomó la cabeza de un hombre con ojos atemorizados. Poco a poco terminó de incorporarse y realizó unos movimientos para desentumecerse. Las miró callado.

—¿Quién es, mamá? ¿Quién es usted? ¿Por qué lo escondes? ¿Por qué os habéis arriesgado así por él?

No eran preguntas, sino toda una regañina a ambos. Cuando terminó el chaparrón, fue su madre la que habló de nuevo:

—No te precipites. No lo conoces en persona, pero sí de referencias. Celso es el padre de Carmen…

—¿De mi doncella? —preguntó por preguntar, mientras asimilaba.

—Sí, de Carmen tu doncella. Lo buscan para matarlo. Ha estado escondido durante meses en diferentes sitios en las bodegas. Hicimos correr que había logrado pasar las líneas para unirse a su bando, que estaba con los rojos, pero no cejaron. Llegamos a esconder a su mujer también, para hacer creer que se había ido en su busca, por eso Carmen lleva meses sin saber nada de ellos. Pero, hija, cada vez es más difícil y más peligroso, así que se nos ocurrió sacarlo del país así.

—Y usted, Celso, ¿cómo ha consentido que mis padres se la jueguen para salvarle a usted? ¡Hable! ¡No sea cobarde, aunque de eso anda usted sobrado!

Constanza no pensó que tan libre era de querer huir de la guerra y de la muerte ese pobre hombre que le daba vueltas a la boina entre las manos como su amado Armand.

—¡Perdone, señorita, lleva *usté* toda la razón! No ha sido cosa mía, téngalo por cierto, pero también que les estaré agradecidos de por vida a sus señores padres, que se han portado conmigo como si de la familia fuera.

—Bien, Celso, ya hablaremos. Ahora baje de ahí y tómese un vino del país, que no será tan bueno como el nuestro, pero sí algo mejor que el que traía esta última barrica.

Sentados los tres ante el velador del bar, los planes quedaron claros. Se trataba de que Constanza se hiciera cargo de Celso hasta que este encontrara trabajo y aprendiera un poco de francés.

—Lo mismo sirve para un roto que para un descosido. Lo puedes emplear de jardinero, de mozo, de chófer o de guardés. Cualquier cosa la hará con lealtad, eso no hace falta que te lo diga —insistía su madre, aunque Constanza estaba ya pensando en otra opción.

Ese hombre podía ser la respuesta a sus plegarias porque podía quedarse en La Rochelle e irse encargando de almacenar y recoger todo lo que ellos fueran enviando para embarcar y luego…, luego se lo llevaría a La Inexpugnable junto con su hija Carmen. En Thule iban a hacer falta manos y nadie lo buscaría en una isla perdida en el océano. Eso la devolvía al origen, a lo que había provocado la cita con sus padres, que era contarles sus planes de abandonar el continente.

Mientras Celso ayudaba a los compradores a bajar la carga, ambas dieron un breve paseo bajo un sirimiri casi inapreciable, del que se refugiaban bajo los aleros cuando pasaba a lluvia o cuando el paraguas de su madre se volvía inútil al arreciar el viento. Constanza fue desgranando en su relato todo el recorrido que sus planes habían hecho hasta llegar a La Inexpugnable. Contra lo que esperaba, su madre no la interrumpió ni se mostró en absoluto sorprendida. Ella miró de reojo el rostro ovalado, con su antaño recta nariz doblada ahora en caballete, como tantas otras en su tierra de origen, y no paró hasta haberle dado toda la información de que disponía. Al terminar,

esperó veredicto. Estaba en paz, con esa impresión de que todo va a arreglarse que solo se obtiene al confesarse con una madre y que uno busca después incesantemente por la vida, sin poder recuperarla. La niña Constanza había descargado su conciencia en el halda materna y estaba por siempre protegida de todo mal.

—Marchaos, hija. No hay otra cosa que te pueda recomendar. Si Armand está seguro de que va a estallar una guerra en Europa, ¡Dios nos proteja!, marchad lejos. No tengas prejuicios. No hay patria ni bandera, ni valentía ni compromiso, que compense la masacre que es una guerra. Y no solo para los combatientes. Es el miedo, Constanza, el miedo constante y la miseria, las privaciones, la sobra de todos los pecados humanos. La ira te mira a los ojos en cada rostro, pero también la envidia y el rencor. Los amigos se delatan y se entregan unos a otros a la muerte, y luego se roban las propiedades y se benefician a las viudas. No puedes fiarte de nadie ni de nada. Cada crueldad que se rumorea resulta ser cierta y aún mayor de lo que el comadreo ha divulgado. La sangre, hija mía, no abona las tierras, sino que las deja yermas de lo mejor que hay en un país, que son sus gentes. No te quedes a ver qué sucede; luego, en un instante, es tan tarde que no hay remedio. Supongo que pensabas que te iba a intentar retener, y hace dos años lo hubiera hecho, pero ahora solo te digo: ¡vete y llévate a mi nieta contigo!

—¿Y padre? Porque padre tiene siempre otra forma de ver las cosas…

—No estas. No ahora, hija. Cuando te animo a ponerte a salvo, estoy segura de hablar por los dos y hasta por tu hermana, la pobre, que gracias a Dios no se entera más que de refilón del horror que nos rodea, o eso es lo que llevamos intentando desde que esta locura empezó. Es más, si ahora retrocediéramos al inicio del verano del año pasado, sabiendo lo que ahora sé, puede que hubiera mandado las bodegas al guano y te hubiera pedido refugio en Ginebra. Ya ves qué fuerza moral tengo para ponerles trabas a tus planes.

—Estaré lejos, más lejos aún, madre.

—Estarás a salvo y eso me vale. Además, como me has contado, solo tendríamos que convencer a un patrón de Bermeo o de Hondarribia para que nos llevara hasta ti, ¿no es cierto? Eso no es lejos, mi vida, y mucho menos llevándote como te llevo siempre en mi corazón. Estás muy guapa, Constanza, estás muy bien. Eres exactamente la chica que yo soñé ser y no pude. La vida te sonreirá vayas donde vayas, y más si llevas a tu lado al hombre que amas. No dejes que cambie. Presérvalo. Los hombres, Constanza, a veces dan malos virajes, pero no creo que Armand sea uno de esos. Cuídalo y cuídate. ¡Y aprovecha la calma y el largo invierno para darme un nietecito! ¡A tu padre le encantaría un varoncito para variar!

No cabían más excusas si ni siquiera sus padres iban a intentar retenerla. Mientras hablaban, habían llegado otra vez hasta donde la descarga del vino estaba terminando. Constanza se empleó en ayudar a su madre con el idioma para que se firmaran los recibos y se realizara el pago acordado. La vio encogerse ante la idea de volver a conducir hasta la frontera, así que encomendó a Celso que llevara el camión hasta unos kilómetros antes de la aldea de Biriatou, donde se cambiarían de vehículo. Sentó a su madre a su lado en el Hispano-Suiza, le cubrió las rodillas con la manta y se dispuso a guiar al camión a una velocidad que este pudiera seguir. Las lágrimas bailaban dentro de sus ojos, luchando por quedarse allí, y no dejaba de pensar en que esta era la última vez que iba a poder coger esa querida mano en mucho tiempo.

VI

La puerta del Travellers Club apenas era distinguible desde la acera contraria de Pall Mall. A Constanza le pareció una broma que aquella fachada de inspiración tan claramente meridional, tan florentina, estuviera emboscada a perpetuidad tras una cortina de humedad ajena a su esencia. Esperó dentro del *cab* mientras el taxímetro corría. No oía los pasos del contador. Solo tenía sentidos para aguzarlos sobre la puerta, para ver si su hombre entraba o salía.

Le había costado Dios y ayuda que Maître Niboyet le proporcionara alguna referencia. Niboyet era un perfecto caballero, además de un gran profesional. Ceder con un cliente sobre la reserva debida a otro solo podía servir para abrir las compuertas y que este último también desconfiara de él. Ella había entendido desde el principio ese dilema y, por eso, había utilizado con delicadeza y mesura su poder, el que sabía que tenía desde que era una adolescente, el que bien racionado permitía obtener resultados sin dar a cambio nada más que su rutilante presencia. Durante su primera visita al bufete, se había percatado de que el letrado no era inmune a ese influjo y cuando fue necesario lo usó sin remordimientos.

No consiguió que Niboyet cayera en un abismo moral y pusiera a sus pies la prohibida información sobre el domicilio o los movimientos o la forma concreta de localizar a mister Conder, pero sí logró que mediante medias palabras le diera una pista sobre cuál era el club de caballeros del que era miembro y que visitaba con regularidad desde su regreso a Londres, para paliar la soledad de la viudez y para mantener un mínimo interés por una sociedad de la que hacía mucho tiempo que se había desgajado. Podía haberlo deducido ella misma, pensó luego, porque con toda evidencia, si existía un antiguo y

prestigioso club privado al que pudiera pertenecer un hombre como Conder, era el Travellers Club. Un selecto reducto que exigía a su membresía haber viajado al menos a quinientos kilómetros en línea recta de Londres, o acreditar el paso por cuatro países extranjeros diferentes, era por definición el sanctasanctórum de un hombre que había decidido asentarse en una recóndita isla extranjera a más del doble de la distancia exigida por las férreas normas del club.

El conductor del taxi miró subrepticiamente por el retrovisor, dado que la elegante mujer no dejaba de dar golpecitos con el tacón del zapato y con la cantonera del paraguas sobre el piso de su respetado vehículo. Constanza captó la mirada de refilón y se percató de que iba a tener que tomar una decisión más pronto que tarde. El viaje le había costado ya una bronca con Armand —ellos que casi nunca tenían un pleito y mucho menos se levantaban la voz—, que había insistido primero en que era absurdo ese desplazamiento justo antes de Navidad y, después, en acompañarla. No era el caso. Intuía que tenía que ir sola. Era a ella a la que reconcomía la pregunta sin respuesta.

Saber qué había pasado en la isla para que aquella mujer muriera y para que un hombre que había hecho tan hercúleos esfuerzos para crear allí la casa de su vida saliera despavorido y lo abandonara todo era primordial para calmar sus dudas. Había además una segunda inquietud que le causaba desazón y de la que era probable que Conder conociera la respuesta: ¿por qué ellos? A su marido eso no parecía ni sorprenderlo ni incomodarlo, pero lo cierto era que no había sido suya la iniciativa, sino que alguien los había elegido, por algún motivo, y les había ofrecido la compra de la propiedad. ¿Quién y cómo había decidido que ellos debían ser los potenciales compradores? No había sido un anuncio ni una información que corre entre amigos y conocidos. La madre de Armand llevaba razón. No saber por qué era tanto como tener que sospechar que tras ese enigma podía haber algo oscuro o, incluso, peligroso. Ella quería enfrentarse a Clive Conder y, mirándolo a los ojos, preguntárselo. Y si era eso lo que quería hacer, estaba tardando en ponerse a ello. Se apeó del coche y pasó a la acción.

—Voy a entrar a buscar a una persona. No se vaya. Espéreme para devolverme a mi hotel. No se preocupe por el taxímetro.

El taxista asintió brevemente y no pronunció ni una palabra. No dijo: «No la van a dejar entrar, *milady,* es un club de caballeros». Sabía por experiencia que los extranjeros eran intratables y los meridionales más. Buscó en la guantera un periódico para hacer el crucigrama y dejó funcionando los limpiaparabrisas a media marcha.

Constanza cruzó como pudo la avenida anegada. Pensando en no llegar con los zapatos destrozados a la entrada de un club elegante casi se dejó arrollar por un par de coches que bajaban despendolados.

Finalmente cruzó la puerta y se enfrentó al mutismo del conserje o como se llamara a esos cancerberos en los sitios de *gentlemen.* El tipo la miró estupefacto, como si nunca hubiera visto a una mujer algo mojada por la lluvia en un sitio como Londres.

—Perdone, *madame,* pero acaba usted de entrar en un lugar privado en el que la entrada de señoras no está permitida. Me permito informarle de ello dado que a todas luces es usted extranjera y puede que no conozca el Travellers.

—¡Oh, buenas tardes, sí lo soy, pero conozco las normas! En todo caso, no quiero entrar, sino que le hagan saber al señor Clive Conder que alguien quiere hablar con él.

Había decidido conducirse como si estuviera segura de que su presa se encontraba en el interior, aunque no tenía la más mínima idea siquiera de si estaba en la ciudad.

—Desearía que lo avisara si está en el club. Es más, si no ha venido, desearía que le hiciera llegar el mensaje de que hay una señora esperándolo en la entrada que no piensa moverse de aquí hasta que pueda hablar con él o hasta que se la lleve la policía, lo cual no denotaría muy buenas maneras de tan eximios viajeros.

El conserje se removió incómodo tras leer en su mirada que no era un órdago, que verdaderamente esa mujer —«bellísima mujer», pensó de pasada— se iba a hacer fuerte en los sillones de su vestíbulo con la consiguiente rumorología de todo socio que entrara o saliera del selecto lugar.

—¡Pero, señora, usted no puede…! Quiero decir, no es apropiado, es una situación insólita y molesta, permítame que le diga.

—He venido desde Francia para hablar con Conder. Dígale, de la manera que estime más adecuada, que Constanza María Irene Pérez de Albeniz de Rolzou de Saint-Gelais se ha hecho fuerte en el *hall* del Travellers y que no piensa abandonar su posición hasta que no pueda hablar con él. No tema, él reconocerá el nombre.

Dicho y hecho. Constanza se dio media vuelta y se dirigió al *chester* que decoraba una de las paredes del vestíbulo. Muy digna se sentó y desafió con la mirada al celoso portero. Solo entonces, cuando el reto estaba en marcha y era demasiado tarde, se percató de que tenía un taxi en la calle con el contador en marcha. Una gota de sudor le perló la parte superior del labio, pero supo que nada podía hacer sino rogar por que su determinación hubiera vencido y que Conder estuviera pronto frente a ella.

No faltaba un péndulo que marcara desde la pared el paso de los minutos. Constanza los iba convirtiendo en peniques y chelines, aunque permanecía impasible. El hombre de atusado bigote se había retirado a un cubículo interior y deseó que estuviera consultando o llamando por teléfono a Conder. Los socios que entraban miraban

entre curiosos y admirados a la mujer que había acampado en el sofá de cuero.

Por suerte, antes de que la fortuna de los Rolzou pasara a manos de un conductor de *cab* londinense sucedieron dos cosas: la primera, bien esperable, fue que un empapado hombrecillo con uniforme de taxista empujó la puerta, inquieto por cobrarse la, a todas luces, excesiva espera; la segunda, que mientras Constanza, aliviada, le pagaba la carrera, un caballero apareció a su vez en el umbral cerrando y depositando su paraguas en el ornamentado recipiente dispuesto para tal uso junto a la puerta. El caballero observó la escena y, de pronto, palideció. Su color se dio a la fuga con tanta rapidez que parecía que iba a perder el conocimiento. Sin embargo, se mantuvo en pie y dirigiéndose hacia Constanza y apuntándola con el índice balbució:

—¿Quién, pero quién demonios…?

Parecía atemorizado. Constanza lo miró a los ojos y después miró al portero, que le hizo gestos indicativos con el dedo y muecas con la cara suficientes para que comprendiera que ese individuo que parecía haber visto un espectro era Clive Conder en persona.

Constanza le tendió la mano para que se la besara, a la par que con todo su aplomo le informó:

—Soy Constanza Rolzou de Saint-Gelais, de soltera Pérez de Albeniz, y voy a comprarle una casa. Un *gentleman* debería haberse presentado primero, ¿no cree?

En el intervalo en el que se dobló como una perfecta escarpia para acercarse a un centímetro de su mano y volvió a enderezarse, Conder se rehízo. Se disculpó, aunque no explicó el motivo de su anterior desasosiego, e informó al conserje de que deseaba una mesa en el restaurante de invitados para atender a la señora. Dejando aparte otras consideraciones, era una compradora y él no deseaba nada con mayor intensidad que vender su propiedad en L'Imprenable y borrar para siempre aquellos años de su memoria. Todo olvidado, todo menos ella. El recuerdo de la malograda Eliza se mezcló en su mente con la exultante vida que emanaba de Constanza.

A la española le chocó que las mesas colocadas en el comedor bajo inmensas lámparas de cristales que bajaban cortesanas desde la bóveda no tuvieran puesto un honesto mantel blanco y almidonado, sino apenas unos manteles individuales. La modernidad lo amenazaba todo y no estaba claro qué iba a darles a cambio.

Allí, bajo la luz, Constanza era una visión, una escultura, un cuadro del Prado. Conder seguía magnéticamente acongojado, subyugado, como bajo el influjo de una visión.

Ella comenzó con aplomo a hablarle del cierre del negocio a través de Maître Niboyet y de los preparativos que estaban haciendo para

contratar capacidad de carga en un navío mercante. Decidió sobre la marcha que era hora de relajar un poco el ambiente, que guardaba un poso melodramático tras su órdago y la teatral entrada del inglés en el Travellers, y lo fue haciendo con suavidad, con ternura, con una dosis justa de coquetería, hasta hacerle perder toda suspicacia y reconducir la conversación a unos términos en los que fuera posible recabar de él alguna información. Lo consiguió parcialmente. Conder se fue dejando llevar, aunque en ningún momento una mirada mezcla de delectación y espanto terminara de abandonarle del todo.

—¿Ha venido sola, *madame*? ¿No la ha acompañado monsieur Rolzou?

—Sí, he viajado sola. Él se limitó a acompañarme a Le Bourget para coger un vuelo. ¿Le extraña que una mujer pueda manejarse por ella misma?

Un *maître* más estirado que un lord les dejó sendas cartas y aguardó impertérrito a que dejaran de charlar para hacerles las sugerencias previstas. Consiguió su objetivo porque, como ambos sabían bien, sin pagar ese peaje no había forma de conseguir un reducto de intimidad para el resto de la cena.

—¿Le ha gustado la casa, *madame*? ¡Hay tanto esfuerzo, tanta ilusión en cada ladrillo! Hasta que no llegue a L'Imprenable no se dará cuenta de lo milagroso que tiene su mera existencia allí. A Eliza —su voz se entrecortó—, en fin, a ella le apasionó siempre el proyecto y lo vivió como algo personal, y ella no pudo ni siquiera… —Su congoja era evidente—. La cuestión es que no pudimos habitar nuestro sueño y ahora solo me resta desear que una pareja feliz pueda al fin disfrutarlo, aunque creo que hubiera sido mejor para usted tomarlo como le era dado y no intentar bucear en un dolor que no tiene por qué rozarla siquiera. ¿Qué es lo que quiere saber?

Sirvieron los entrantes y esperaron a que el mozo concluyera antes de continuar.

—¿Qué es lo que necesita saber? ¿Por qué vendo la casa? Creo que Buss se lo explicó. Yo amaba a Eliza más que a mi vida, la amo aún. No podía soportar la idea de quedarme solo en la casa que construí para ella. No hay nada oculto. Me desnudo ante usted, una actitud tan poco británica por otra parte, pero yo soy un viajero, un expatriado hasta de mí mismo, así que no me siento concernido por la falta de emotividad de mi pueblo. Simplemente, disfrútela. Sabe como yo que los fantasmas no existen, ni las casas embrujadas, y, créame, de estar encantada por Eliza yo hubiera sido el primero en quedarme allí hasta mi propia muerte. Desgraciadamente, no es así. Los muertos se van y solo nos dejan nuestro propio vacío. Nada más.

El silencio les sirvió de amortiguador para tanta intensidad de sentimiento. Conder era un hombre de mediana edad, con los cabellos

y el bigote salpimentados, egregio a su manera y con una apostura que le facilitaría, sin duda alguna, no llevar una vida solitaria si no era la que deseaba.

—Perdone que sea curioso, señora Rolzou, pero ¿han pensado qué nombre ponerle? Eliza no había terminado de decidirse… Los lugares no se fijan hasta que no son nombrados, y me gustaría que en mi maltrecha cabeza la casa roja que levanté con amor tuviera un nombre ajeno, para ayudarme a pensarla de otros.

—Mi marido ha pensado llamarla Thule.

—¡Ah, Thule, el sueño del norte, «la más lejana de todas las tierras»! El trampantojo de Piteas. Aunque este escribió unos trescientos años antes de Cristo sobre su visión de la última isla en el norte, Estrabón años más tarde atacó de forma inmisericorde su relato. Lo llamó falsificador. También Polibio lo acusó de haber llevado a engaño a muchos al describir Thule. En realidad, no hay ningún lugar que encaje del todo con los datos que él da. Ninguno. Pero hay unos versos en los que la describe…, recito de memoria y puede que no exacta: «No hay tierra ni mar ni aire puros / sino una especie de mezcla de los tres; la tierra y el mar y todas las cosas flotan suspendidas…». En parte, en esas frases sí está L'Imprenable o La Inexpugnable, como la llamará usted. Llévese esos versos consigo para cuando aviste la isla… y se acordará entonces de Piteas y puede que también un poco de mí.

Constanza terminó de llevarse la copa de chablis a la boca —sus gustos no podían sustraerse al origen de las fortunas familiares— y, mientras cerraba los ojos para aspirar mejor su afrutado aroma, se dio cuenta de que el inglés —así llamaba en su interior a mister Buss— había perdido a un compañero sensible y culto en su exilio, por lo que no era de extrañar que Armand Rolzou le hubiera parecido un sustituto comparable. Parte del misterio se iba resolviendo.

—¡Qué extraño y qué hermoso! —murmuró.

—A usted lo hermoso no tiene motivos para resultarle extraño, pero aún no ha formulado su pregunta. Esa que le ha traído hasta aquí con la intención de invadir mi club y el de estos caballeros —dijo haciendo un gesto que envolvía el comedor.

—¿Por qué nosotros? ¿Cómo nos eligieron para hacer la oferta de compra? Es tan extraño que me impide ver otra cosa, y eso me retrae de aceptar de pleno grado y con toda la entrega que su malograda mujer sí tuvo el reto de trasladarme a la isla.

Conder se removió inquieto en la silla, pero no esquivó la respuesta.

—Me temo que a eso no voy a poder responderle, señora Rolzou. Buss se ofreció a ayudarme a encontrar compradores, era lo menos que podía hacer, pero sobre todo era la única forma de controlar que

no llegaran unos vecinos que él no deseara. Verá allí que las dos fincas son muy amplias, pero al haberse construido las dos mansiones en el mejor lugar posible, junto al lago y próximas al bosque que desciende por la ladera del antiguo volcán, puede irse caminando de una a otra casa en menos de media hora, y la vecindad es bastante estrecha. Además, la vida en la isla exige colaboración. Los habitantes de las urbes, las gentes cosmopolitas, han perdido en gran medida la humana necesidad de cooperar para sobrevivir, pero eso no es posible en L'Imprenable. Allí volverá a ver el genuino instinto de colaboración de la especie, y para que eso no se rompa es preciso vigilar que no se cuelen indeseables. Así que Buss actuó en mi ayuda y en su beneficio. Nada más humano tampoco.

—¿Y cómo nos eligió él?

Constanza no pensaba contentarse con cualquier cosa. Constanza quería la verdad.

—No lo sé. Nunca me lo dijo. Buss es un hombre reservado para sus cosas y yo solo quería vender cuanto antes. No tengo la menor idea, señora Rolzou, pero teniéndola a usted delante creo que no se ha equivocado en absoluto.

Constanza sonrió y dio por recibido el halago que para nada era lo que ella había ido a buscar.

—Él no conocía a Armand, mi marido, ni tenemos amigos comunes. ¿Cómo pudo decidir que nos quería por vecinos? ¿Cómo intuyó que un hombre como él estaría dispuesto a dejarlo todo para irse a una isla que yo he llegado a dudar que existiera?

Conversador avezado, Conder se aferró al último sintagma para no remontarse al nacimiento de la pregunta.

—¡Es tan lógico plantearse la imposibilidad de una isla! La historia de los océanos y de los descubrimientos está llena de islas avistadas que nunca volvieron a aparecer. Desde islas míticas a islas fraudulentas, tenga en cuenta la fama que podía reportarle a un capitán de navío el descubrimiento de nuevas tierras y el dinero que podía obtener para nuevas singladuras con su mera promesa. Los mapas son la imagen del mundo que cada época tuvo. L'Imprenable existe, no lo dude. Allí reposa mi Eliza, cuide su memoria cuando recorra La Grande Falaise, será buena compañera para una mujer tan bella como usted. Ella también lo era. Eliza era hermosa y ya nunca dejará de serlo… Ni los ángeles del cielo ni los demonios del mar separarán jamás mi alma del alma de Eliza Conder.

Constanza escuchó con respeto y reconoció en la cita un espíritu tan similar al de Armand que casi se levantó a aplaudir el tino con el que Buss había sustituido a uno por el otro. Aun así, subsistía la pregunta lógica, la que había hecho su suegra, la que a ella la asaltaba a cada instante: ¿cómo y por qué Armand? Pero Conder no había

terminado:

—Perdone la digresión sentimental, no es que pretenda no contestarle. Nunca me dijo cómo había pensado en Rolzou, pero sí puedo aclararle que sigue su obra desde hace tiempo y que en su biblioteca están alineados casi todos los títulos que su precoz marido ha publicado. Supongo que luego simplemente buscó la forma de llegar a él o de enterarse de si era susceptible de ser tentado.

—¿Sabía lo de la guerra? —preguntó.

—Buss procede de una familia de diplomáticos y es un hombre muy bien informado. Pasa muchas noches ante la emisora de onda corta que instaló y desde allí habla con corresponsales en toda Europa y América. No dude de que sabe lo que está pasando en Alemania; eso que en esta otra gran isla, la mía, no se quiere ver. Sí, coincido con él y con su marido: la guerra en Europa está muy próxima porque es el objetivo de ese hombre ensoberbecido al que otros soberbios se empeñan en ningunear.

Constanza empezaba a estar satisfecha. A fin de cuentas, la inminencia de la guerra parecía no ser un arcano que hubiese asaltado a Armand y a Romain insospechadamente. Resultaba evidente que muchas más personas con conocimientos y perspectiva hacían el mismo pronóstico. No tenía que haber sido difícil para un hombre como Buss conocer cuál era la predicción de Armand sobre el futuro, dado que hasta había escrito algún artículo al respecto. «Misterio resuelto», se dijo.

—La radio parece importante —pensó en voz alta.

—Sí, llévense un equipo de veinte metros, será su único contacto con el mundo y así no dependerán de nadie. Siempre es buena la autonomía, ¿no cree?

Habló como quien no quiere la cosa porque, mientras, había sacado una libreta del bolsillo interior de su americana de *sport* y estaba haciendo un dibujo que Constanza no alcanzaba a ver. El camarero sirvió las infusiones y se retiró sin que ella hubiera podido atisbar qué trazos eran esos.

Finalmente, Conder arrancó la hoja y con un ademán teatral se la tendió a Constanza.

—Un regalo —murmuró.

Sobre la hojita había trazado un curioso escudo en el que se inscribían tres motivos claramente nórdicos, vikingos hubiera jurado: un hacha, un barco y una antorcha. Bajo el gallardete lucía un lema en latín: *Dispecta est Thule,* que la educación clásica de Constanza le permitió entender inmediatamente: «Thule ha sido avistada».

Plegó y guardó con mimo el diseño. Tal vez lo reprodujeran en alguna vidriera de la casa.

Esta vez se aprestó a salir del Travellers Club transformada en una

invitada y no como una invasora. Cuando se hallaban ambos en la puerta, no pudo evitar una última pregunta:

—¿Qué le ha pasado al llegar? ¿Tanto le ha incomodado verme?

—No la vi a usted en realidad —contestó Conder, y ni una palabra salió ya de su boca.

Mientras, el portero de calle del club paraba un taxi bajo la inacabable lluvia para que ella pudiera partir.

3

I

El grito de Armand llenó de espanto la casa.

Era domingo y la niebla convertía el doméstico lago suizo en una insondable extensión de agua apenas visible entre los jirones de vapor que parecían querer asfixiarlo. Constanza estaba remoloneando, aún en salto de cama junto a la ventana de su dormitorio, mirando al inhóspito exterior e imaginando qué sería de ella si nunca volviera a poder ver el sol. La lluvia y la niebla la volvían melancólica, casi triste, tan triste como lucía ahora Ginebra oculta en un sudario pegajoso y húmedo.

Tras el grito desgarrado de Armand, llegó la carrera por la escalera, remontando los escalones de dos en dos, sin que eso pareciera afectar a su capacidad pulmonar dado que seguía gritando su nombre mientras subía.

—¡Constanzaaa! ¡Constanzaaaa!

Ella sabía que la niña estaba bien. Acababa de asomarse a la *nursery* y había escuchado su respiración tranquila en la penumbra. Por eso el grito no la inquietó demasiado. Su amado marido gritaba, luego estaba perfectamente, y su pequeña dormía hasta que las voces de su padre la habían despertado. Esperó tranquilamente a que el vociferante esposo llegara a su lado. Lo conocía demasiado bien para asustarse. No así el resto de los moradores de la casa, puesto que a la par pudo escuchar las preguntas ansiosas que se repetían por los pasillos y las cocinas: «¿Qué pasa?», «¿necesita ayuda, señor?».

La puerta se abrió con violencia y entró en tromba el joven con el pelo suelto y revuelto, la respiración agitada, un ligero rubor en las mejillas debido al esfuerzo y blandiendo un periódico en la mano. Constanza se forzó a no sonreír. ¡Lo conocía tan bien! En todo caso, parecía seriamente alarmado y una sonrisa, ni siquiera una tierna, hubiera estado totalmente fuera de lugar. Ella se mantuvo impertérrita hasta que él la cogió del brazo y la hizo sentarse a su lado en el sofá

de raso gris con minúsculas flores rosas que se encontraba en el mirador de cara al Lemán. El periódico dejó de agitarse y aterrizó en el regazo de la joven.

—¡Mira! ¡Mira, Constance! —Solo usaba su nombre en francés cuando estaba muy conturbado—. ¡Ha pasado, Constance, ha pasado! ¡Mira, mira esto! ¡Todo acaba de empezar! ¡Estoy seguro! Por mucho que los pazguatos de los británicos sigan diciendo que no. ¡Tú mira!

La Tribune era la que gritaba desde su portada: «Hitler invade Austria».

Constanza sintió un escalofrío. Recorrió con sus negros ojos la información que relataba cómo las tropas nazis habían irrumpido en Austria el día anterior, justo antes de que tuviera lugar el referéndum convocado por el canciller austriaco para preguntar al pueblo si quería la anexión con Alemania. Hitler ya estaba en Viena.

—¿Qué va a pasar? Ha roto con los mandatos de Versalles. ¿Qué va a hacer la Sociedad de Naciones? ¿Y Francia?

—Yo te lo digo, amor. No va a pasar nada. Al menos de momento. Según he leído en las páginas interiores, el Consejo Fascista italiano se ha mostrado de acuerdo con la anexión, con el Anschluss como lo llaman ellos, y los británicos no van a hacer más que algún aspaviento porque piensan que, en el fondo, esto es lo único que quiere Hitler y que dejándole que haga su voluntad se quedará quieto. Nada más lejos. En *Mi lucha* ya avanzaba esta intención, pero también otras muchas. No, este es el principio. Habrá más invasiones y en algún momento todo estallará porque el equilibrio de Versalles era muy débil y esto termina de rematarlo.

Constanza siguió leyendo el discurso que Goebbels había pronunciado:

> Desde esta mañana los soldados del Ejército alemán atraviesan todas las fronteras de la Austria alemana. Los destacamentos blindados, las divisiones de infantería y las secciones de seguridad de las SS en tierra y la aviación en el cielo azul garantizarán que el pueblo austriaco tenga en sí la posibilidad de pronunciarse, en un plazo muy breve, en un verdadero plebiscito sobre su destino y decidir él mismo su suerte.

En su mente solo se demoraban algunas palabras. Blindados. Aviación. Infantería. Divisiones.

—¿Nos dará tiempo? ¿Va a aguantar aún? —dijo al fin con voz angustiada.

—Nos vamos dentro de dos meses. Sí, nos dará tiempo. Tranquilízate. No era mi intención angustiarte sino reafirmarte. Lo que vamos a hacer es absolutamente necesario. ¿Lo ves ahora, no, mi amor?

—Lo veo tan claro que me está doliendo. Tengo muy adelantada la

parte de la que me encargué. He contratado la mudanza y seleccionado lo que nos llevamos y lo que no. Carmen ha ido remitiendo a su padre a La Rochelle lo que vamos comprando para que lo almacene y lo ordene, y creo que tanto ella como la *nanny* y la cocinera están deseando que se acabe la espera y conocer su nuevo destino. ¡Menos mal que te hice caso!

—Yo también he avanzado según lo previsto. Llegaremos a tiempo, descuida. Nos meteremos en ese carguero y dejaremos atrás esta locura.

La besó. La belleza y el miedo hicieron su juego y se enredaron en algo que era impropio de esas horas de la mañana, con los criados en pie y la puerta a merced de que cualquiera pudiera llamar. Armand deslizó el abrazo hasta su proximidad y pasó el pestillo. Solo era un instante para saciarse. Goces y certezas fluyeron entonces desde el marido para calmarla.

Y el teléfono sonó.

Ella descolgó el ñoño y mínimo adminículo de color marfil y dorado que se había empeñado en comprar en París. Exquisito para un *boudoir* femenino, le había dicho la vendedora. Incomodísimo, se repetía ella cada vez que se lo llevaba a la oreja. *Allô?* Casi inmediatamente le pasó el auricular a Armand:

—Es Romain, también ha leído el diario.

Los dos hombres hablaron con pasión durante un largo rato. Cuando Armand colgó, había obtenido la ratificación de su diagnóstico, un nuevo refrendo a su decisión y los mejores deseos de la persona que más respetaba intelectualmente. Era un bagaje que no ocuparía sitio en la carga y que lo reconfortaba más que cualquier otra cosa.

II

No pudo evitar un estremecimiento cada vez que la grúa o esos hombres, recios pero sin duda bastos, elevaban, cogían, manejaban o empujaban alguna de sus preciadas pertenencias. El sol de mayo había venido a acompañar la escena en la que se empacaba su futuro. Armand la mantenía cogida por la cintura, aunque profiriera un grito cada vez que una instrucción le parecía imprescindible. La Pallice bullía con el gozo de una próxima partida. El nuevo puerto de La Rochelle era rotundamente opuesto al encanto oscuro de las torres que custodiaban el viejo. Aquí el cemento armado y los amplios muelles mandaban sobre una salida franca y abierta al océano. El Puerto Viejo era un útero, un refugio que hablaba de travesías controlables a la medida del hombre, mientras que el nuevo tenía la firme voluntad de

lanzar sus barcos y a sus tripulaciones hacia el nuevo mundo, al otro lado del Atlántico, más allá, siempre más allá.

Constanza sentía una mezcla de expectación, plasmada en un encogimiento de la boca del estómago, y de ganas de aferrarse a cualquier objeto anclado al suelo para no tener que dar el paso definitivo. Armand, por contra, hacía aspavientos, gritaba, impartía órdenes, contestaba preguntas y coordinaba los esfuerzos del personal que viajaría con ellos hacia una nueva vida. Los animales balaban, mugían, chillaban, cacareaban, titaban, ladraban o relinchaban como en una nueva arca bíblica, como si ellos también supieran que iban a dejar atrás un futuro oscuro y sangriento.

Celso, el padre de la doncella, se había tomado muy a pecho agradecer su rescate y había ido convenciendo al patrón de la necesidad de añadir unas parejas de tal o cual animal que vendrían bien para la supervivencia de los nuevos colonos de La Inexpugnable. Ante los inconvenientes racionales —el frío, la alimentación, el cuidado—, había ido pergeñando planes, proyectos de edificios de resguardo, cuadras y apriscos, lo que hiciera falta, y había acumulado todo el saber que traía de su pueblo alavés y el que había podido rascar de los paisanos franceses de la Aquitania para asegurar que las parejas no solo sobrevivirían sino que, bajo su control, se reproducirían convenientemente. Los bichos parecían impacientes a la espera de ser embarcados en último lugar, mientras la pequeña Irene, en brazos de su padre, iba señalándolos e intentando, con diversa fortuna, darles nombre para recibir el aplauso de sus progenitores. La niña parecía tan excitada como las bonitas bestias que tanto llamaban su atención.

Armand, el artista despistado e indolente, se había tomado el proyecto muy en serio. Tanto que se había dejado convencer para guardar el Hispano-Suiza en el garaje del Château Rolzou. La imagen de unas vías muy primitivas, sin asfaltar, le había hecho doloroso pensar en la dirección y en los bajos de su preciado juguete. Lo llevaría más tarde, cuando hubiera logrado mejorar las carreteras de la isla, porque su afán no era solo llegar y poseer, sino también modificar, alterar, cambiar para perfeccionar todo aquello que fuera posible. La joya de la corona se quedaba en Francia de momento, pero eso no le había impedido ser práctico y adquirir una camioneta apropiada para la carga, una moto con sidecar y bicicletas para que nadie de su cuerpo expedicionario se quedara sin medio de transporte. Todo se lo iba tragando la bodega del Petit Ruritanie, sin que fuera posible divisar desde el muelle la figura cuadrada y sólida del capitán Dachary, que, sin duda, era el director arrebatado de esa gran partitura marítima.

Los brazos de las grúas, como extremidades de algún monstruo

mitológico, seguían elevando sus pertenencias, sus sueños, sus animales, y los iban haciendo desaparecer bajo la cubierta, en alguna de las cuatro bodegas de carga del buque. A la par, por popa, el carbón caía a chorros en las grandes sentinas en las que se almacenaría hasta que fuera paleado en las fauces de la máquina que lograba mover esa bestia de 121 metros de eslora. El estrépito era horroroso para Constanza. El ruido del choque del carbón contra el ya almacenado y los gritos de alerta y las órdenes gritadas a la marinería, que confluían con el ruido de los cables vibrando bajo el viento y los grititos de emoción de Irene y los murmullos de expectación del público, le hacían reventar la cabeza. Porque había público, y su número se fue incrementando según se acercaba la hora de la partida hasta convertirse en una verdadera marejada de curiosos, de familiares de los marineros, de amigos del capitán Dachary y del propio armador, con el capitán del puerto, los administradores y todos aquellos que podían dejar sus trabajos para acudir a la despedida y que se iban convirtiendo en una marea de gentes que ocupaba el muelle y alguno de los espigones desde los que podrían ver la maniobra de desatraque. La madre de Armand no había acudido a despedirlos. Los padres de Constanza no hubieran podido de ninguna manera.

Cuando todo estuvo en su sitio, la carga y los admiradores y amigos de Dachary y de la tripulación, la pasarela del pequeño mercante vagabundo —así llaman a los que no tienen ruta fija— se ofreció expedita para que los fletadores de la expedición comenzaran a subir a bordo. Armand hizo subir primero a Celso con su hija Carmen y a Antoine, el chófer, y a la cocinera y a la *nanny* de Irene para después, de una forma un poco teatral, dar la mano a su esposa y, con su hija en brazos, los tres juntos, atravesar la escalera de embarque y plantar por primera vez sus pies sobre el carguero que los pondría a salvo de la locura que se avecinaba. El capitán Dachary estaba allí para darles la bienvenida a bordo y a continuación las órdenes necesarias para largar amarras sin ninguna dilación. El propio ajetreo de la maniobra distrajo a Constanza y solo volvió a ser consciente de lo irremisible de su partida cuando la amura de estribor del Petit Ruritanie se despegó definitivamente del muelle y el barco empezó a enfilar la bocana de La Pallice, el puerto que solo Dios sabía cuándo volvería a ver.

Entonces se presentó el mayordomo de a bordo y se ofreció a mostrarles sus camarotes, en los que ya habían dejado el equipaje de mano y de primera necesidad. Constanza y Armand fueron así conducidos a un receptáculo del castillo de popa con dos ojos de buey vigilando sobre un horizonte ahora despejado. Para ser un alojamiento en un mercante, era mejor de lo que habían esperado. Estaba

decorado con esmero con muebles de madera dura bruñida y los mamparos bien barnizados. Era lógicamente sobrio y solo contaba con una cama no demasiado grande, con sus cajones debajo, un ropero, un estante para libros, una mesa de escritorio, un lavabo y un sofá. Una puerta de madera barnizada se abría sobre un cuarto de baño en el que a duras penas cabía una bañera de hierro fundido esmaltada, con los bordes redondeados y sus patas de garra, y un retrete de porcelana de doble válvula con las tapas de la misma madera bruñida que el resto del conjunto.

Sus maletas estaban alineadas junto a uno de los pañoles, esperándolos.

—Este es el suyo, señores. Es el que llamamos camarote del armador, aunque ninguno de los señores Camboulives lo ha usado nunca, claro está. Es idéntico al del capitán y se usa siempre como cámara de reserva para el pasaje. Espero que logren estar cómodos en él, aunque es difícil para aquellos que nunca han navegado —terminó no sin cierta sorna.

—¡Oh, es perfecto! —exclamó Constanza.

—Sí, estará bien sobre todo porque será a lo sumo una semana —murmuró Armand.

—Justo enfrente tienen el camarote del capitán Dachary. No se extrañen si oyen ruidos o carreras por la noche. A veces es preciso venir a informarle o consultarle, aunque esté descansando.

—¿Y mi niñita? —preguntó Constanza en un repentino arrebato de preocupación maternal.

—Su hija y la niñera están en el camarote contiguo al suyo, uno de los destinados a los oficiales, que han sido desplazados a otro alojamiento hasta que ustedes lleguen a destino. Tiene una puerta también sobre el cuarto de baño que pueden abrir si desean para el aseo de su hija, mientras que la cuidadora puede utilizar el común a los oficiales, que ahora servirá también a su doncella, que ha sido acomodada junto a la cocinera. Espero que la disposición les resulte adecuada, aunque tampoco puedo hacer nada si no es así. Son órdenes del capitán.

—Seguro que está bien —intervino Armand—, pero ¿y mis hombres?

—Tanto el mecánico como el otro han sido destinados a pernoctar en uno de los camarotes de los oficiales subalternos, en la zona media del barco, desde la que tendrán fácil acceso a la bodega en la que viajan los animales para atenderlos. En esta zona noble no queda lugar y tampoco sería lo apropiado. El comedor de oficiales está en este mismo pasillo, así como el salón, que también podrán utilizar. Respecto a su servicio de sexo femenino, debería acudir a tomar sus comidas con los subalternos, pero hemos pensado que, dado que todos

son hombres, y solo por esta circunstancia, tal vez sea mejor que coman también con ustedes y el capitán. Esto sí que me encargó consultárselo. Es cuestión suya si quieren enviar a las tres mujeres a comer a ese otro lugar junto con los hombres. Deben comunicarme lo que decidan para tomar las disposiciones oportunas al respecto.

—No creo que Carmen y la cocinera se encuentren cómodas en la mesa del capitán —pensó en voz alta Constanza—. Cosa distinta es *nanny,* que está acostumbrada a comer con nosotros para atender a la pequeña. Por otra parte, uno de los hombres que nos acompañan, Celso, es el padre de Carmen, y no creo que vaya a consentir el menor desmán por parte de sus suboficiales, así que es mejor que ellas acudan allí. ¿Te parece, Armand?

—Sí, perfecto, creo que será el mejor arreglo para todos y el que menos perturbará la vida del barco.

—Así se hará, señores. En el castillo de proa se encuentra la zona destinada a la marinería y a los maquinistas y fogoneros. No creo que ninguno de ustedes ni sus sirvientas tenga nada que hacer allí, y supongo que entienden la indicación —terminó el mayordomo.

—¡Claro, no se preocupe! Ellas saben estar, son decentes, y distinguen cuál no es su sitio. No tiene que temer que incursionen en las habitaciones de sus marineros, si es eso lo que teme.

—Yo no temo nada, *madame,* yo solo aporto información y aprovecho para retirarme y desearles una buena travesía.

Dio media vuelta como si fuera un torno bien engrasado y salió dejándolos solos en el que sería su dormitorio durante la próxima y emocionante semana.

Ambos se pusieron de rodillas sobre el colchón, cada uno en un ojo de buey, para explorar la perspectiva que desde ellos se avistaba. Solo los límites del puerto, el rastro de la barca del práctico que los sacaba a mar abierta, nada extraordinario. Lo concluyeron a la vez y se giraron para besarse. ¡La aventura empezaba!

El horizonte de la aventura tiene la cualidad de borrar, al menos momentáneamente, el de la realidad. Todo quedaba al margen ante la expectativa del viaje nunca realizado y de la vida en un barco que se les antojaba como un mundo extraño y sugerente que los llevaría hasta un futuro aún más desconocido. Ninguno de los dos había ido a Estados Unidos. Nunca habían estado embarcados en ninguno de los grandes buques de pasajeros que surcaban el Atlántico, así que el Petit Ruritanie era todo un universo por explorar, y a ello se pusieron. Constanza se echó un pañuelo a la cabeza para preservar su peinado, llamó a Carmen y le encargó que deshiciera el equipaje, y ordenó a la *nanny* que saliera con ellos para que Irene pudiera ver el mar, pero con toda prudencia y sin apartarse de la toldilla.

Al salir a cubierta, notó la brisa apretarse contra su cara. Hizo más

fuerte el nudo del pañuelo bajo la barbilla, pero no dejaba de notarlo aletear contra su cuello, casi como una vela demasiado amollada. Con un ojo precavido, vigiló que la niñera se hubiera quedado al resguardo. Vio que alguien le había acercado una hamaca en la que se había sentado con la pequeña, que dejaba con despreocupación infantil que ese aire, nunca soñado en tierra, porque era envolvente y parecía tener vida propia, le aventara los rizos y los hiciera girar hasta prometer lloros futuros a la hora de volver a domeñarlos.

Mas no había tiempo que dedicar a detalles tan prosaicos. Ya verían. Había hombres atareados por todas partes. El sol había iniciado su descenso hacia el oeste, el rumbo que ellos llevaban. Se sentía ligera, con las narices abiertas apropiándose del aroma del mar. Se hubiera dejado llevar por la brisa para navegar con su cuerpo ligero, ya sin barco ni atadura alguna. Se sentía libre. Libre en un barco libre con sus hombres libres en la mar. Un barco con sus hombres llenos de fuerza. Ella también era fuerte, lo sentía.

Dachary estaba en la cubierta de intemperie mirando en lontananza. Un capitán y su horizonte. Daba la impresión de estar experimentando un sentimiento muy profundo, algo que nunca podría compartir con nadie más. El orgullo de su barco, el de un rumbo que formaba parte de su cuerpo, que latía con su sangre. No hubiera osado molestarlo, pero Armand estaba hecho de otra pasta. En un trote se había plantado junto a él y le estaba planteando todas esas preguntas que su marido llevaba siempre colgando de la curiosidad. No daba la sensación de que el capitán se hubiera molestado por esa interrupción de un momento que a Constanza le había parecido tan íntimo. Vio cómo le hacían gestos para que se acercara a ellos. Intentó mantenerse firme en el paso y no tropezar ni pisar nada inadecuado. Consiguió llegar hasta su altura.

—¡Bienvenida a bordo, madame Rolzou! ¿Qué?, ¿qué le parece mi pequeño Ruritanie? ¿Ha encontrado cómoda su cámara?

Dachary parecía un hombre totalmente distinto al que ella había conocido en tierra, en aquel garito del puerto. Estaba exultante, extrovertido, en su elemento.

—¿Qué velocidad llevamos? Aún no es la máxima, ¿no? Debe ser un trabajo del infierno alimentar las calderas para mover este monstruo —interrumpió Armand a lo suyo.

Tampoco el capitán esperó la respuesta de Constanza. A fin de cuentas, le estaban preguntando por su barco. Su barco. No había otro tema de conversación que pudiera captar más su atención.

—Hacemos ahora nueve nudos y estamos en alta mar, pero sin haber dejado la plataforma continental. Estamos aún encima de Europa, señores. La dejaremos cuando oigan a mis hombres de fondos gritar los doscientos. Entonces estaremos en el verdadero Atlántico.

—¿Y dentro de siete días nos toparemos con la isla? —preguntó tímidamente Constanza, que aún no había podido decir que el camarote le había parecido muy acogedor.

El capitán rio con risa franca y que no pretendía ofender.

—¡Será un poco más complicado que eso, pero nada para mi tripulación! He ordenado ya rumbo para coger la ruta de los bacaladeros que recalan en los bancos de Terranova. A fin de cuentas, vamos a Canadá, ¿no? —les dijo con un guiño—, así que alcanzaremos esa ruta y navegaremos oeste-noroeste, rumbo 268 grados, hasta que llegue el momento de virar hacia su isla. El océano es inmenso, como ya se irán dando cuenta, y encontrar un trocito de tierra de veintitantos kilómetros cuadrados a veces es como buscar una aguja en un pajar, sobre todo si no sabes dónde buscar —dijo con otra fuerte risotada—. Tengan en cuenta que L'Imprenable está a más de ochocientas millas náuticas de casi todos los lugares, más de mil kilómetros para que me entiendan. Está lejos de todo la jodida isla, ya les digo…

Una campana rompió el aire con júbilo. No podía anunciar nada malo.

—*Aux rations! Aux rations!*

El grito fue repetido por todas las bocas, de estribor a babor y de proa a popa. El propio Dachary mostró su satisfacción porque, como a todos, volver a su elemento natural le daba hambre. Eso no le impidió ser hospitalario con sus nuevos pasajeros. Caía la noche y las últimas siluetas de los pesqueros de bajura iban quedando muy atrás.

El capitán los dirigió hacia el castillo de popa y al entrar les señaló la puerta de una estancia forrada de madera de pino con paneles de madera bruñida en algunas paredes y una gran mesa rectangular rodeada de sillas giratorias de las que colgaban unos cables que a Constanza le parecieron muy curiosos. «Son las retenidas, para evitar desplazamientos», le indicaron. Las soperas y las bandejas se agrupaban en un gran aparador. Dachary se sentó en la cabecera y les señaló los dos lugares a su lado a los Rolzou. Estos deploraron no haber ido a cambiarse de ropa para la cena y así se lo manifestaron.

—No se duelan por eso, *monsieur-dame,* no será la mayor de las transgresiones que vayan a hacer estos días ni los que les quedan —les dijo riendo el primer oficial.

No comprendieron entonces lo que les quería decir y tampoco preguntaron puesto que el mayordomo les estaba ofreciendo la sopera para que se sirvieran.

En la mesa reinaba el buen humor. Habían superado ya el trauma de la despedida, cuando la familia se va haciendo pequeña en el muelle y llega la partida. Ahora para todos ellos no existía nada más que el océano y las rutas y el manejo de su barco y los senderos por

nadie trazados sobre olas y bajo el sol y las tormentas. Estaban encantados con el interés que Armand mostraba por todo ello. Apenas reparaban en los esfuerzos de la *nanny* por calmar a Irene, para lograr que la cuchara entrara en su boca sin derramar el excelente líquido caliente que tanto reconfortaba. «Gamba, gamba», repetía la niña en español. Su madre sonreía al ver que era su lengua preferida de las tres que chapurreaba ya. Tras la sopa llegó el pescado en salsa y más tarde un filete y huevos con *bacon* y las dos piezas de fruta reglamentarias.

—La frugal alimentación del marino mercante, *monsieur-dame,* no hay otra cosa a bordo —se disculpó falsamente el tercer oficial, porque sabía que estaba deliciosa y porque en muchas cocinas de tierra firme no se oficiaba de forma tan honesta ni se honraba la materia prima como en aquella sometida al capricho de los mares y el retumbar de las calderas.

A Constanza le pareció una barbaridad de comida, pero ellos eran hombres curtidos con un trabajo exigente.

—Disculpen que yo no les espere —dijo Valland, el primer oficial —, pero empiezo mi cuarto dentro de media hora.

Armand encontró un nuevo tema de conversación.

—¿Se refiere a que tiene usted guardia nocturna?

—De ocho a doce, por eso la cena me pilla a punto del relevo. A medianoche me relevará el segundo y a este el tercero a las cuatro de la madrugada. Yo volveré de las ocho de la mañana a mediodía y vuelta a empezar… Pueden venir a visitarme luego si quieren ver la luna rielar desde el puente de mando, pero ahora, si me disculpan, tengo que irme. ¡Con su permiso, capitán!

Dachary hizo un gesto amplio concediéndoselo. Se le notaba como una clueca, mostrándoles a los visitantes una puesta de la que estaba especialmente orgulloso. El Petit Ruritanie se deslizaba sobre un mar en calma aparente hacia las costas norteamericanas.

—Capitán, me ha dicho antes uno de sus oficiales que hemos sido incluidos en el rol con destino a Canadá, como si nuestro destino real fuera secreto…

—De alguna forma lo es, monsieur Rolzou —respondió Dachary—. Por resumir, los habitantes de L'Imprenable viven muy tranquilos en la conciencia de que casi todo el mundo se ha olvidado de ellos. Les basta con que aquellos que les son precisos lo sepan. ¿Qué le importa a ningún prefecto recordar que tiene medio año sí y medio año no una isla pequeña a la que nunca irá? Ni los habitantes de la isla ni nosotros mismos queremos que nadie meta las narices allí. A nosotros nos basta con monopolizar los portes, y a los pescadores, con conocer dónde pueden hacer escala, ser atendidos o dejar a sus heridos mientras van y vienen de los lejanos bancos de Terranova o Labrador a sus puertos.

No, a nadie le importa dónde van ustedes. Ya me darán la razón cuando lleven un tiempo allí.

—¡También es mejor para Armand!

Este le dio a su mujer una leve patadita por debajo de la mesa. ¡No iría ahora a contarle su vida al tal Dachary! No es que estuviera haciendo nada malo, pero no tenía por qué pregonar a los cuatro vientos, nunca mejor dicho, los motivos que lo llevaban a trasladarse a la isla. Tras oír a su madre, era muy consciente de que mucha gente no iba a entender su posición y de que la palabra que nadie quiere oír rondaría sus mentes. Seguro que un capitán de la mercante, un lobo de mar, incluso la diría en voz alta: cobarde. No le cabía duda de que Dachary y muchos como él correrían a ponerse a disposición de Francia cuando bien pronto llegara el momento. Constanza entendió y arregló el desliz:

—Un escritor no puede intentar aislarse del mundo para mejorar su trabajo y decirle a todo el mundo dónde está, capitán.

—No sé, pero podría imaginar —respondió impenetrable mientras seguía pelando su manzana.

—Hace calor —dijo Constanza—, Miss Flanner, ¿le importaría ir ya a acostar a la pequeña? Ha sido un día de grandes emociones y debe de estar muerta de cansancio.

No pudo haber mejor viraje de la conversación. Irene, pizpireta y melosa, se acercó a dar un beso de buenas noches a sus padres y, de forma espontánea y sorpresiva, se intentó encaramar a las piernas del capitán para colocarle otro. La expresión de Dachary transparentó esa orfandad de una verdadera familia que debe sentir un marino.

Al salir todos a cubierta de nuevo, el sondista se acercó corriendo a Dachary.

—145, señor.

—Avise al segundo al pasar los doscientos metros. Estamos ahora mismo en los bordes del mar Céltico, señores, la pendiente hacia el verdadero Atlántico está próxima. Puede parecerles poco importante, pero no lo es para los animales. Ahora, ahí debajo, debe haber erizos violetas y estrellas de mar sobre un fondo aún con claridad, pero el fin de la plataforma continental es una verdadera frontera infranqueable para muchos seres marinos. Las bestias oceánicas no soportan las variaciones de su ambiente. Por eso todo cambia ahí abajo cuando se llega a los doscientos metros de profundidad…

Armand podría haberse quedado charlando sobre ello, pero no quería perder la oportunidad de ver dónde estaban alojados sus hombres y sus animales antes de acostarse. Recabado el permiso de la máxima autoridad, se decidió a explorar parte de la nave.

—¡Lleve cuidado! Una cubierta de noche está plagada de trampas para el que no sabe poner el pie.

—Descuide, capitán, tengo una linterna —dijo sacándola del bolsillo—. Constanza, acuéstate, vuelvo enseguida. No quiero que nuestra gente crea que nos hemos desentendido de ellos.

No lo iban a pensar aunque no fuera, pero su mujer no lo corrigió. Sabía la inquietud por lo desconocido que bullía dentro de él. No podía esperar ni a que alumbrara un nuevo día para darse una vuelta de inspección y era un ansia inofensiva. Constanza se quedó a solas con Dachary, que la condujo hasta la borda del buque, para hacerla mirar el mar, oscuro como una pesadilla. Un golpe de viento al asomarse se llevó el pañuelo que cubría su melena, que quedó colgando del cuello, mientras sus rizos se mecían al son de una brisa menos amable que la de la salida de puerto. Dachary la miró compasivo, casi con ternura.

—Es usted una mujer muy hermosa y, perdóneme si le parezco atrevido, lo digo sin ninguna doble intención. Pero va a tener que asumir que París ha quedado muy atrás… ¿Se da maña su doncella como peluquera?

Constanza se lo quedó mirando de hito en hito.

—Me explico, y le reitero mis disculpas por mi osadía. Mañana su pelo va a parecer un nido de pájaros. El viento cargado de salitre es así. Su marido ha estado alerta y se lo ha recogido, pero me temo que usted va a soltar alguna lágrima que otra. Si es buena peluquera, dígale a su doncella que se lo trence o que busque alguna solución. Esto de hoy no va a ser la tónica. Va a soplar más recio. Y no solo es por mi barco, en la isla le pasará lo mismo. El viento va a ser a partir de ahora parte de su familia, ¿sabe?

—¡Oh, no se preocupe! No me molesta que me den consejos. Es verdad que ya me adelantó que la isla era ventosa. ¿Hay siempre viento en La Inexpugnable, capitán? Dicen en mi país que el viento puede volver loca a la gente…

—No creo que sea para tanto. Al menos, que yo sepa, no se ha dado ningún caso de locura eólica en la isla —soltó una carcajada—, pero soplar, claro que sopla. El viento del oeste es muy común en esas latitudes y cuando es fuerte hace descender la temperatura. Su nuevo hogar es muy distinto a lo que deja atrás, ya se lo he dicho. Haría bien en dejar a un lado esos trajes de chaqueta, por mucho que los ingleses los vean campestres, y buscarse unos buenos pantalones. ¿Tiene pantalones, *madame*? Pues póngaselos. Es posible que el tiempo nos empiece a cambiar dentro de uno o dos días, nunca se sabe. Recuerde que no solo vamos hacia el oeste, sino que también vamos hacia el norte, y el norte, señora mía, impone siempre sus normas.

—Es que a Armand no le gusta mucho que me ponga pantalones, excepto que vaya a la montaña o a esquiar, tal vez a montar…

Dachary no dijo nada. Solo la miró con sorna.

—Aunque no crea que controla mi vestimenta. Es solo que… le parece que es más…

—Hágame caso. Póngase mañana un pantalón y yo le buscaré un *ciré* y unas botas si es preciso. Y sujétese esa magnífica mata de pelo español…

—Lo haré, capitán. Entiendo lo que me quiere decir. Le dejo ya. Es hora de pasar a ver si Irene está ya dormida y de reposar un día tan cargado de emociones.

—Deje abierto el ojo de buey, se mareará menos. La acompaño hasta la puerta y luego voy a echar una última mirada al puente.

Constanza se acordó del capitán tan solo unos minutos después de haber llegado a su camarote, cuando Carmen llegó para cepillarle el pelo antes de dormir. Le dejó claro que por la mañana quería un recogido a prueba de viento, el pantalón lo buscaría en las maletas al levantarse.

III

Un gemido contenido despertó a Carmen. Aguzó el oído, por si era la niña en el otro camarote. Ningún ruido venía de la otra parte del mamparo. Volvió a asir la almohada para intentar dormir en la exigua litera. El gemido regresó. Sin duda, era Pauline, la cocinera. Daba la sensación de que estaba mascullando sus penas bajo las sábanas. Como no decía nada, la doncella saltó de su litera para ver qué sucedía en la de debajo. Al levantar la ropa de cama, vio a Pauline encogida y de una tonalidad casi verde. No necesitó ni preguntarle para darse cuenta de que el vómito estaba muy próximo, así que salió hacia el baño común y cogió del suelo un cubo que acercarle a la doliente. Llegó casi al límite. Carmen no era demasiado sensible al olor de las vomitonas. Aguantó estoica sujetándole la frente a su compañera de fatigas. Solo al terminar se aproximó al lavabo para mojar una toalla y limpiarle la boca. Nadie las había advertido sobre las bondades de mantener abierta la claraboya si el tiempo lo permitía.

—Pauline, tranquila, es solo un mal de mar. Vamos a salir con cuidado de no despertar a los señores. El aire te hará sentir mejor. Ya lo verás…

La cocinera no tenía fuerzas ni para protestar. Se puso un abrigo sobre el camisón y se calzó sus zapatos de diario. No había tiempo para buscar coherencia en la vestimenta. Además, nadie las iba a ver, o no debería. Carmen hizo lo propio y como dos fantasmas se deslizaron hasta la cubierta, pasando por delante de los camarotes de los señores y del capitán. Pero nadie las oyó, o eso pensaron. Dachary

tenía el sueño ligero del que tiene bajo su responsabilidad un barco y tantas vidas. No le dio importancia. Pensó que era el marquesito —así lo llamaba para sus adentros—, que volvía de sus exploraciones a refugiarse en los brazos de su magnífica mujer. Paró su imaginación y volvió a dormirse.

Carmen sentó a Pauline en la hamaca que habían sacado por la tarde para la *nanny* al socaire de la zona noble del barco. El viento era fresco y tenía más fuerza que cuando se fueron a acostar. Era una noche sin estrellas, en la que la negrura del cielo y la del mar se convertían en un túnel sin inicio ni final. La cocinera fue espabilándose poco a poco. Hasta levantó la cabeza que tenía vencida sobre el pecho y se atrevió a respirar a pleno pulmón.

—¿A que estás mejor?

—Gracias, Carmen, me encuentro mucho mejor. Aún siento un gato por el estómago, aunque ahora estoy segura de que no voy a devolver otra vez.

—¡Lo sabía! Un pretendiente que tuve, mientras la señora terminaba sus estudios, era marino de guerra y me explicó que el aire fresco y mirar al horizonte ayudan mucho. No hay horizonte que mirar, esto está más oscuro que la boca del lobo, pero aire, ¡aire hay para dar y tomar, mujer!

—*Ça c'est vrai, Carmen!* —dijo sonriendo por primera vez.

Siguieron allí un rato, cada una perdida en sus propios pensamientos, lo cual significaba para una preguntarse cuántos días de tortura y de mareos le quedarían por delante, y para la otra, plantearse lo que nunca se atrevería a decir en alto: ¿dónde iban? y, sobre todo, ¿cómo iba a ser su vida allí?

De pronto algo las hizo volver con rapidez al lugar y la hora en que estaban. Un instinto de vigilancia que cualquier empleado debía tener siempre a punto si no quería meterse en problemas. Había ruidos y movimiento en la parte central del barco, allí donde habían ido a cenar y donde dormían los hombres de la expedición. No se atrevieron a moverse al principio. Solo abrieron bien las orejas y contuvieron un poco la respiración. Seguramente no era buena idea que se dieran cuenta de que estaban allí. Ambas les tenían cierto miedo a los hombres de la tripulación, que parecían saber tan bien dónde estaban y que las miraban todo el rato convencidos de que ellas iban a meter la pata en el instante siguiente.

Un oficial llegó apresurado desde el puente de mando. Era el tercer oficial, Puissant, así que no había duda de que pasaban de las cuatro de la madrugada. Era su cuarto. Carmen se había fijado bien durante la cena, cuando los subalternos comentaron esos pormenores. No presagiaba nada bueno. Este pensamiento se hizo aún más palpable cuando Carmen distinguió, en medio del jaleo apenas amortiguado, la

voz de su padre, que intentaba hacerse entender en español. Discutían.

—Escucha, Pauline, voy a tener que ir a ver qué les pasa. Hay tangana, de eso no hay duda, y mi padre está mezclado. Ya sabes que aún no ha logrado hacerse entender muy bien, así que tengo que ir a traducirle y a ver si cualquier entuerto que haya liado se puede enderezar. ¡No te muevas de aquí!

—No temas, ahora mismo no me movería ni aunque el señor me diera un bufido…

—¡Nunca da bufidos!

—Por eso resalto que aunque me lo diera. Estoy tan débil y me ha dado tantas vueltas el estómago que solo aspiro a seguir en la misma posición y que nada se mueva. ¡Ve, anda!

El ruido de la discusión cada vez era más evidente. Había también carreras por unas escaleras que Carmen supuso que bajaban a las bodegas, porque se hundían por debajo de la cubierta en la que estaban los hombres. No le costó mucho llegar pero, antes de mostrarse, se quedó escuchando tras la enorme chimenea antes de meterse en harina.

—Usted tenía que saberlo, no ha podido ser de otra manera —le insistían en francés a su padre—. Ellos están en muy mala posición, pero usted también va a tener que darle explicaciones al capitán, ¡y hasta a sus patronos si es necesario! Esto en la mar es muy grave.

Era evidente que tenía que acudir en su rescate.

Carmen bordeó la chimenea y se hizo visible. Gritó en francés y luego en español:

—¡Un momento, señores, vamos a aclarar lo que sea que suceda cuanto antes! ¡No atosiguen a mi padre, que no puede entenderles bien!

Ocho pares de ojos se volvieron hacia ella. Los de su padre, casi implorantes. Había tres de personas con las que ella había compartido la cena, pero quedaban otros cuatro desconocidos en la escena de la controversia. Dos podrían ser marineros de los que vivían en el castillo de proa, allí donde les habían apercibido a los señores para que no fueran; los otros dos estaban sentados en el suelo, con cara de pánico, y parecían ser el motivo de la disputa en la que se había visto envuelto su padre.

Tras la sorpresa todos se volcaron en un revuelo de explicaciones simultáneas en ambos idiomas. La doncella logró hacerse con retazos de casi todas ellas, hasta que comprendió que esos dos hombres estaban escondidos en la bodega, junto a la carga de los Rolzou, y que habían pillado a su padre bajándoles comida. Había pues dos polizones en el barco y acusaban a su padre de haberlos introducido o, por lo menos, de estar en connivencia con ellos. Carmen fue perfectamente consciente de que su querido Celso estaba metido en un

lío morrocotudo.

—Entonces, resumiendo, han encontrado dos polizones.

—¡Somos marinos mercantes españoles, oiga! —replicaron a la vez.

—¡Ahora son polizones según las leyes de la mar, y si son ustedes marinería, lo saben sin que nosotros se lo digamos! —respondieron a gritos los marineros del Petit Ruritanie que los rodeaban.

—Papá, ¿tú conoces a estas personas?

Celso bajó la cabeza y dio vueltas con las manos a la gorra que se había quitado.

—Hombre, hija, conocerlos conocerlos, pues sí, de vista.

—¿Eso qué significa? ¿Los has metido en el barco? Es eso lo que esta gente te pregunta una y otra vez.

—No, Carmencita, yo te juro por tu madre que no los he metido.

Carmen tradujo esa taxativa afirmación.

—Dicen que si los conoces y no los has metido tú, ¿no es demasiada casualidad que se hayan colado con nuestra carga? Vamos, que no se lo tragan, padre.

—No, mujer, no. No líe a su padre. No nos ha metido él en el barco, nos hemos metido solitos. Necesitamos irnos lejos. Hemos pasado por una serie de tragos *mu* malos, ¿sabe? Y no podemos volver a España porque estamos huyendo de los alemanes, aunque es cierto que ellos primero nos secuestraron…

—Calma, calma. Luego cuentan su historia. Vamos primero a aclararles a estos tripulantes cómo han llegado a la bodega, porque yo tampoco soy tonta, padre, si no los has metido tú, ¿cómo sabías que estaban y por qué les estabas llevando víveres?

—Bueno, yo los sentí antes y, claro, ahora…, por humanidad, ¿sabes?

Carmen tradujo al francés todo aquello esperando calmar los ánimos de los marineros, pero consiguió el efecto contrario.

—*On ne vas pas nous mener en bateau à tous!* —gritó un subalterno.

—No sé por qué cree que lo están engañando. ¿Es posible, no? Mi padre los oye cuando baja a ver cómo están los animales por la tarde y luego, movido por sus buenos sentimientos, ha esperado a la noche para llevarles algo de comida y de bebida.

—*C'est une histoire à dormir debout! C'est son père qui porte le chapeau dans tous ça!*

—Padre, no es que no te crean, es que te culpan a ti directamente y casi se han olvidado de estos dos desgraciados, que son los responsables de todo.

—Desgraciados sí que somos, ahí ha dado en la diana —se lamentó uno de los polizones.

—No va a quedar más remedio que avisar al señor, padre. Esto se

está poniendo muy feo para ti y, de paso, para todos los demás.

—No hace falta que despierte a nadie más —rugió tras ella el capitán Dachary.

Parecía haberse ocultado también detrás de la chimenea, porque daba muestras de estar al tanto de todo. El respeto en forma de miedo recorrió la mirada de todos los hombres como si fueran chiquillos y no tipos con el culo pelado, como gustaba decir Celso.

—¡Ustedes, lleven a los dos polizones a mi camarote para que los interrogue! ¡Quédese uno para asegurarnos de que no hacen ninguna tontería y amárrenles las manos! ¡Usted, Celso, vuélvase a su litera! ¡Hablaremos mañana, cuando yo tenga la situación controlada! Y, usted, sí, usted, la doncella, ¿se puede saber qué hace en cubierta a estas horas y qué hace esa otra mujer sentada en una hamaca como si fuera hora de tomar el fresco? ¡Esto es un carguero, no un buque de placer!

—Yo, esto, perdone, señor capitán, es que Pauline se mareó y…

—¡Lárguense las dos a su cámara y abran bien la escotilla! ¡Mañana hablaré también con sus señores sobre su comportamiento!

Los polizones tendieron las manos rápidamente para que se las ataran. Parecían hasta felices del cariz que habían tomado los acontecimientos. Iban a poder hablar con el capitán en persona y tal cuestión no solo no parecía infundirles ningún temor sino que semblaba ser su objetivo real. Avanzaron con premura hacia el castillo de popa, según les indicaban, y hacía falta ser muy corto de entendederas para no darse cuenta de que tenían prisa por explicarse. Pero ellos solo chapurreaban el francés, así que, antes de entrar en la cámara del capitán pidieron: *Traducteur, traducteur!* Dachary, que marchaba detrás, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, llevan razón, será más fácil con un traductor, pero no quiero que sea la hija del hombre con el que podrían estar conchabados. Llévenlos a la guardia y vamos a esperar para hablar con ellos a que, después del desayuno, el señor Rolzou nos haga los honores para entender su relato.

Amaneció con un endurecimiento de la mar que hacía cabecear al barco más de lo que ninguno de los pasajeros hubiera deseado. Antes de acudir al comedor para desayunar, Armand y Constanza pasaron un buen rato intentando asearse y mantener la dignidad mientras eran zarandeados de un lado a otro, y no se escaparon de algún golpe contra los mamparos al perder equilibrio. Afortunadamente ninguno de los dos se había mareado y, por contra, habían dormido como leños. Nada de lo sucedido había perturbado su descanso.

El cielo cubierto y las nubes espesas eran perceptibles desde los ojos de buey. El barco avanzaba pesadamente contra el viento cuando se sentaron ante las cafeteras de aluminio humeantes y los trozos de

pan recién hechos por el ayudante de cocina, que se había levantado a las tres de la mañana para amasarlo. La vida del barco había seguido su curso. Dachary mantuvo su calma imperturbable durante toda la colación. Incluso rio cuando la pequeña Irene logró meter toda la manita en el cuenco de mermelada sin que su niñera se percatara hasta no tener el pelo lleno de sustancia pegajosa.

Solo cuando los oficiales —que sabían de la calma antes de la tempestad, y sospechaban que eso no afectaba solo al navío sino también a su superior— se retiraron, Dachary le dijo sin darle más importancia a Rolzou:

—*Monsieur,* voy a necesitarle un momento en mi cámara, ¿podría acompañarme?

Sabía que no habría preguntas y así fue. Armand se aprestó a seguirlo sin más mientras Constanza se retiraba con su niñita y la *nanny*. El capitán sonrió levemente al ver cómo se alejaba aquella belleza con el pelo recogido en una trenza alta y embutida en unos pantalones *fuseau* que le sentaban como un guante.

El camarote del capitán era un poco más amplio que el suyo, pudo constatar Armand, a pesar de que el mayordomo les hubiera dicho que eran exactamente iguales. Tenía añadida una mesa de trabajo lo suficientemente grande como para estudiar cartas náuticas y acoger otros materiales precisos para la navegación. Dachary acomodó a su lado a Armand y este vio cómo enfrente habían colocado dos sillas que parecían esperar a alguien. Un golpe en la puerta dejó el acceso franco a los dos polizones que seguían con las muñecas ligadas. Armand empezó a darse cuenta de que no había sido requerido para una plácida charla informativa. Dachary lo confirmó inmediatamente:

—Aquí tenemos a los dos polizones que fueron hallados anoche entre sus pertenencias mientras su hombre para todo, el tal Celso, les llevaba vituallas. El polizonaje es una grave falta, con caracteres delictivos, dentro del derecho del mar. Un capitán debe tomar medidas cuando localiza a polizones en su navío. No tan drásticas como antes, hemos progresado mucho, pero tendré que ponerlos a disposición del juez cuando llegue a tierra. Son españoles, y le he requerido para que me asista de forma neutral en la traducción. ¿Está dispuesto?

—Podría hacerlo mi mujer, dado que es su lengua materna…

—Como máxima autoridad de este buque y por motivos que me atañen, se lo estoy pidiendo a usted, Rolzou.

—En ese caso, capitán, no puedo sino plegarme a sus deseos e intentar ayudarle lo mejor posible —dijo sin demasiado entusiasmo.

Los dos polizones desviaban sus miradas de uno a otro sin entender sino palabras sueltas. No se les veía nerviosos, tal vez ansiosos. Dachary se preparó a realizar el interrogatorio mientras el primer

oficial levantaba acta. Como preámbulo, Armand tuvo que traducir una referencia larga y prolija a las leyes vigentes que los marineros escucharon asintiendo con la cabeza, dado que les era perfectamente conocida. Uno de ellos rompió a hablar sin esperar a que le preguntaran nada:

—Señor capitán, entendemos y asumimos lo que hemos hecho. Ambos somos marineros profesionales y formábamos parte de la tripulación del mercante Artamendi, de pabellón español. Entramos en su barco como polizones y aceptamos las normas de la mar al respecto, pero, por favor, déjennos explicar nuestras desventuras para que entiendan mejor nuestra acción.

Armand tradujo rápidamente.

Dachary se quedó pensativo un instante, al parecer para decidir que estaban en alta mar y no perdía nada por escuchar la historia. Los relatos de marinos siempre eran interesantes.

—Dígales que los escucho, pero que no se pierdan en divagaciones —le pidió a Armad que no tenía menos curiosidad que él.

—Me llamo Manuel Zarraga, capitán, y aquí mi compañero es Antonio Cabrera. Ambos éramos tripulantes del mercante Artamendi, propiedad de la Compañía Española de Navegación Sota y Aznar. Al menos, esa era nuestra condición cuando partimos de Rochefort el 31 de octubre del 36 con destino a Bilbao.

Armand le hizo un gesto para que le dejara traducir de forma parcial.

—Salimos de puerto sin novedad y, tras haber navegado apenas quince millas, se nos acercó un buque de guerra que nos hizo señales primero y envió después cinco chalupas armadas que nos rodearon. La oficialidad pudo ver que se trataba del acorazado España, luciendo pabellón de los insurrectos, y ante tal coacción aceptaron poner rumbo al puerto de Pasajes.

Armand cumplió de nuevo con su labor y una ceja levantada en el rostro de Dachary dejó ver su intenso interés.

—Dígale que continúe, por favor —masculló.

—Tras atracar, los veintiséis tripulantes fuimos encarcelados en Ondarreta. Estuvimos allí durante casi cuarenta días sin que nadie nos asistiera, ni nos explicara nada, ni mucho menos nos dejaran ver a ninguna autoridad.

—¿Se escaparon? —intervino Dachary para hacer que Armand los incitara a dar respuestas.

—No, no, capitán. No es la fuga, sea esta de una prisión injusta, un nuevo delito que se nos pueda cargar. Simplemente vinieron, nos sacaron y nos ordenaron volver a Pasajes, a nuestro barco. Eso hicimos. Era nuestra obligación, ¿no es cierto?

Tras la traducción, Dachary contestó:

—Sí, lo era. Debían reintegrarse a su barco y ponerse a las órdenes de su capitán.

—¡Pero no fue eso lo que pasó! Los rebeldes habían formado una nueva tripulación con requetés y falangistas que no tenían ni la menor idea de las cosas de la mar. Así que, para paliar semejante desaguisado, eligieron a cuatro de nosotros y nos enrolaron a la fuerza. Partimos hacia Vigo con esa mierda de compañía…

Armand iba a decirle que moderara su lengua, pero ¿a qué hacerlo?, solo él los entendía y no iba a reprocharles una expresión que era hasta suave para lo que estaban relatando.

—Era el día de Nuestra Señora de Loreto cuando recibimos orden de desatracar y poner rumbo a Portugal, pero la Virgen quiso que no acabaran allí nuestras penalidades. Cerca del cabo San Vicente fuimos abordados de nuevo por otro buque de guerra…

Desde sus propios temores, Armand pensó: «¡pobres gentes!».

—Era el Könisgberg, que nos conminó a seguir rumbo a Melilla, más bien hacia el puerto vecino de Nador. Allí llegamos, perdónenme si digo que milagrosamente con aquella recua de acémilas por tripulantes, y comenzamos a cargar 4000 toneladas de hierro destinadas a Alemania. La travesía de vuelta, escoltados por el buque de guerra, no tuvo incidentes apreciables y arribamos a Hamburgo, donde se produjo la descarga.

Los esfuerzos de los nazis preparándose para la guerra eran tan evidentes que a Armand le enfadó de nuevo que los políticos no quisieran reparar en ellos.

—¿Qué pasó allí? ¿Se fugaron? —inquirió un Dachary muerto de curiosidad.

—¡Espere, espere, capitán, aún no acabaron allí nuestras desventuras! —dijo Cabrera, que había permanecido silente y cogía así el hilo del relato—. Los alemanes decidieron licenciar allí mismo a la tripulación española del Artamendi, aquel montón de fascistas que habían sido enrolados en Pasajes. Se quedaron solo con nueve tripulantes. Los que suscriben eran parte de ese nuevo rol, en el que había cinco republicanos más y dos falangistas, a los que dieron el encargo de vigilarnos, incluso con las armas amartilladas, ¡que no se andaban con chiquitas!

—¡Ahí llegó la mejor! Los nazis pintaron de nuevo todo el buque incluyendo dos grandes cruces gamadas en las amuras. Fue emboscado y se convirtió en el vapor Ellen, de la compañía alemana Sloman —intervino de nuevo Zarraga—. ¡Han visto ustedes forma igual de robar una nave! Para esas alturas claro que habíamos hecho juramento de fugarnos en cuanto fuera posible escapar de la vigilancia de nazis y falangistas.

—Y lo lograron, según queda visto —dijo Armand.

—No lo conseguimos hasta llegar a Róterdam en una nueva singladura. Una vez en tierra en los Países Bajos fuimos dando tumbos, pidiendo auxilio en las granjas, no sin dificultad, porque no son los holandeses gentes dadas al socorro, sino más bien suspicaces y llenos de sospechas —dijo Cabrera—, y aun así logramos llegar a París hace más o menos un año. Desde entonces hemos vagado por Francia sin tener muy claro qué hacer. Entrar en el País Vasco, ahora que es zona controlada por los rebeldes, no nos resultaba nada apetecible. A saber cómo se tomarían nuestra huida de los falangistas y los alemanes…

—Así que decidieron colarse en mi barco.

—Sí, así sucedió. Sabíamos que no tenía como destino ni España ni Holanda, ni mucho menos Alemania, y eso nos bastó —zanjó el marinero español.

—Dígales que creo su historia pero que me extraña que, habida cuenta el número de buques que parten de La Rochelle y de otros puertos, eligieran el mío al azar. Eso es lo que tenemos que dilucidar ahora.

Armand se lo trasladó en español y una luz se empezó a abrir paso en su cerebro, incluso antes de que los marineros contestaran nada. Por eso añadió de su cosecha una parte de la pregunta:

—¿Pretenden que el capitán crea que eligieron este barco al azar sin saber cuál era su destino real? ¿Conocen ustedes el destino de esa carga en la que se habían escondido?

—Canadá, señor, nos dijeron en puerto que la carga iba a Canadá —afirmó Cabrera con la rotundidad del que no dice la verdad.

—¿Dónde conocieron a un hombre alavés que está a mi servicio y que se llama Celso? —preguntó también por su cuenta.

—¡No se lo diga al capitán, por favor! ¡Eso sería meter a Celso en un lío que no merece! Lo conocimos en Au harpon cassé, señor, en el puerto… Llevaba ya unos cuantos blancos y presumía de ir a viajar pronto a una isla imposible de encontrar y de asaltar. Nos pareció una idea prometedora y acabamos haciendo amistad con él.

¡Los bocazas, siempre los bocazas! Armand estaba que echaba chispas. Ese miserable, al que habían recogido para que no le dieran alcance y muerte, no había dudado en poner en riesgo su proyecto para salvarse. ¿A cuánta gente más le había contado en su necia embriaguez lo que iban a hacer?

—*Monsieur le capitaine!* —dijo de pronto—. Voy a resumirle la cuestión: estos hombres han pasado un calvario, pero fue el botarate del padre de la doncella de mi mujer quien les explicó que partiríamos hacia una isla tan apartada que dejarían atrás todo ese embrollo de falangistas, republicanos y nazis en el que han estado a punto de perecer. Así que son culpables de polizonaje, y Celso de haberlos

ayudado a ello, tanto con información como supongo que con hechos, dado que les estaba alimentando él mismo.

Dachary asintió con la cabeza y se quedó pensativo. Ordenó al primer oficial que le entregara el acta de manifestaciones y que pidiera que se llevaran a los marineros españoles y los pusieran a buen recaudo. Ambos se fueron suplicando la compasión de los compañeros de la mar.

Dachary y Armand Rolzou se quedaron solos y en silencio en la cámara del capitán. Cada uno sopesaba lo que podía hacer y lo que le interesaba en realidad. Ni el capitán se animaba mucho a desembarcar en Canadá a dos acusados de polizonaje para que contaran que habían hecho escala en una isla que no figuraba en la hoja de ruta, ni Armand quería a un par de marineros despechados hablando de L'Imprenable por las tascas de todos los puertos del Nuevo Continente. Ambos, en su silencio, coincidían en que había que solucionar ese entuerto antes de soltarle cuatro frescas al idiota de Celso.

Casi se atropellan empezando a hablar a la par.

—¡Bonita situación! Las leyes de la mar me obligan a desembarcarlos en el primer puerto en el que recalemos y mantenerlos bajo mi custodia hasta que los entregue a las autoridades en tierra…, eso los obligaría a cantar toda nuestra historia en el primer interrogatorio canadiense y me traería problemas, a mí y al armador y también a los habitantes de la isla.

—Podría usted considerar que el primer puerto es L'Imprenable y entregarlos allí —intentó proponer Armand para evitar un desenlace que él tampoco quería.

—Tampoco es la mejor opción. Ya verá usted cuando viva allí que la determinación de autoridad y de justicia que existe es un poco peculiar.

—Pues no puedo dejar de pensar que es eso precisamente lo que buscaban al colarse en su barco: llegar a la isla. No necesito preguntarle a Celso para saber que este se la vendió como la respuesta a sus plegarias para quitarse de en medio.

—Podría ser, no se lo niego. Si fuera así…

—Si fuera así, aún podríamos hacer otra cosa que solventaría mejor la situación —alegó Armand.

—¿Está pensando en…?

—Estoy pensando, Dachary, en contratarlos yo. Si estos hombres fueran parte de mi servicio, no serían polizones, ¿no? Si no son polizones, ya no habría ningún problema que solucionar…, y además yo me aseguraría de que nadie anda por los puertos contando nuestra historia.

Dachary se quedó pasmado mirando al marquesito y dio un solemne puñetazo sobre la mesa.

—¡Magistral! Y, créame, no se llevará dos malos trabajadores. Dos marineros curtidos están acostumbrados a hacer un poco de todo y le serán de gran utilidad allí. Después, con romper esta acta y dar una explicación que se sostenga, nadie de mi tripulación va a insistir en hacer preguntas. ¡Y mientras, si no le importa, podemos ponerlos a trabajar un poco a bordo para que no se anquilosen!

—¡Por supuesto! Puede usted cobrarles así el pasaje que yo no le he abonado.

Ambos hombres se levantaron y se estrecharon la mano, conscientes de que acababan de poner remedio a una situación endiablada que podía haber derivado en problemas para todos. Al hacerlo, Armand tuvo que agarrarse a la mesa. Fue entonces cuando fue consciente de que seguían navegando y de que la climatología no se detenía a escuchar sus cuitas.

IV

—¡Atención, iceberg en latitud 50º 10', una masa grande sobre el meridiano 51! ¡Atención, barcos navegando por la zona! ¡Aquí, el Clairvoyant! ¡Atención, icebergs! ¡Un segundo avistado algo más al norte! Repito: iceberg en 54º 25' de latitud, sobre el mismo meridiano 51. ¡Dos grandes icebergs avistados! Repito el aviso para barcos en la zona.

En la cabina del radiotelegrafista del Petit Ruritanie se amontonaban las informaciones. El joven que se aplicaba con los auriculares tomó nota de la advertencia. Las masas de hielo se encontraban en una latitud próxima a la de La Inexpugnable, aunque a unos cientos de millas más al oeste. No obstante, cursó la información para que el capitán la tuviera en cuenta, puesto que era imposible predecir la deriva que llevaban los peligrosos bloques helados. ¡Al menos, el Clairvoyant parecía haberlos encontrado con buena visibilidad, pero si la niebla se echaba…! Eran las señales del norte y, aun con el peligro, el pelirrojo radiofonista amaba estos viajes hacia el confín de una tierra congelada por siempre. Para su trabajo era muy entretenido. Estaban lejos de las rutas comerciales convencionales, pero el cruce de informaciones de los pesqueros franceses, noruegos y españoles producía una mezcolanza grata de escuchar. Unos trataban de hacer llegar los datos sobre los grandes bancos de bacalao a los pesqueros de su mismo armador o puerto, pero a la vez sin animar a los competidores de otras nacionalidades a acudir allí. Otros intentaban captar información para decidir mejor qué bancos elegir. Podía imaginar a sus colegas de profesión, agazapados sobre sus aparatos, al acecho de cualquier ventaja que comunicar a su patrón.

Cuando aún estaban a tiempo de poner rumbo a Terranova o a Labrador, incluso a Groenlandia, un buen soplo por radio podía definir el destino. En ocasiones las charlas eran más lúdicas. Apostaban. Juraban. Presumían. Era la llamada del norte, la que los aunaba a todos, y el joven pelirrojo la había oído también en su corazón.

Fuera pintaba feo.

Constanza había reunido a las mujeres en su camarote aterrorizada. Al percibir el aumento de la escora del barco se había vuelto hacia el ojo de buey para mirar y solo había divisado una enorme ola que cubría no solo el horizonte sino el cielo entero. Pronto llegó, los aupó y los dejó despeñarse hasta el seno de la siguiente. El estómago se le subió a la garganta, por la caída y por el miedo. Prefería tener reunida a su gente, aunque no parecía haber salvación alguna ni fuera del barco ni dentro. El mar jugaba con él como con un cascarón.

«C'est la houle!», iba gritando alguien que golpeaba a la vez las puertas. La de su cámara fue entreabierta y el marinero dijo en voz demasiado alta:

—¡Señoras, ordena el capitán que, si creen que no van a poder mantener el equilibrio, se tumben en sus literas! ¡Procuren no andar por ahí, es peligroso!

Esa fue la señal para que Constanza decidiera salir a cubierta. Acomodó a la *nanny* y a la niña en su litera y ordenó a Carmen y a Pauline que hicieran lo propio. Pauline puso cara de mártir por el encierro y el movimiento y la necesidad indudable de cerrar las escotillas para que aquella agua furiosa no se colara en el interior.

Ella, sin embargo, se abrigó y se calzó las botas y el traje de agua que le había ofrecido el capitán e intentó avanzar por el pasillo apoyándose en los mamparos, ora en uno, ora en el otro, para evitar salir despedida.

¡La marejada! Un viento duro la recibió al salir. Un viento duro y una rociada de agua de mar que la hubiera calado de no haber sido por el pertrecho prestado por Dachary. El cielo sin embargo estaba despejado. El agua relumbraba en mil destellos. Las enormes masas verdes, bellas y amenazantes, jugaban con el buque. El Petit Ruritanie avanzaba contra el viento y las remontaba a duras penas; a veces las partía con la proa y ellas se vengaban con una violenta barrida que recorría toda la cubierta. Habían perdido velocidad de forma apreciable en esa lucha contra las majestuosas olas que al romperse traían arcoíris efímeros ante sus ojos. La luz del sol solo alcanzaba a iluminar las crestas, pero no llegaba a profundizar hasta su seno, que parecía así aún más oscuro y amenazador.

—¡Métete dentro, Constance! —oyó que le gritaba Armand, que,

por supuesto, hacía tiempo que había subido a empaparse.

Ella no se movió. Era consciente de que se habían alterado las escalas, de que el barco ya no era ese ingenio que el día anterior rompía el agua en espumas que quedaban a sus pies. Se había hecho tan pequeño que no dominaba las olas, sino que se incorporaba a ellas, trepaba por sus pendientes esforzadamente y, al intentar llegar a la cima, la proa resonaba bajo las avalanchas de agua, recibía golpes, se bamboleaba. Constanza permanecía clavada en el umbral de la portilla, agarrada con tanta fuerza a un asidero de latón que había dejado de sentir su mano. En ese momento rezó como le habían enseñado las monjas, con la humildad que impone la naturaleza.

¡Eran tan insignificantes! Sus pequeños problemas y sus pequeños miedos no tenían cabida ante esa naturaleza triunfante que nunca podrían dominar. Pensó en lo absurdo que resultaría haber metido sus vidas y sus posesiones en un barco para huir de la muerte en una guerra probable, provocada por la locura de los hombres, si finalmente lo perdían todo allí mismo, aniquilados por la fuerza de la obra de Dios. Cada sima parecía la última. ¿Podía partirse el casco? ¿Podía voltearse como la barquita de un niño dejada a merced de las olas de la orilla? ¿Era posible que el oleaje los sepultara y los enviara al fondo?

El viento aullaba. Mar arbolada. Era solo una forma hermosa de llamar al infierno. Notó cómo el buque se ponía casi vertical para remontar una de esas montañas y la invadió el pánico. Se hubiera quedado paralizada si un hombre que llegaba con una soga aferrada a la cintura por el costado del castillo no la hubiera empujado hacia dentro.

—¡No sea idiota!

Cerraron la puerta a duras penas porque el agua ya sumergía la cubierta y la barría de proa a popa. La belleza del horror la había cautivado tanto que había estado a punto de ser arrastrada por ella. Era Celso quien la había forzado a entrar y afianzar la puerta metálica de acceso al pasillo de camarotes. Durante un segundo no se dijeron nada. En los ojos de Constanza había una mezcla de pánico y de reconocimiento a su salvador.

—¿Y el señor, Celso? ¿El señor está ahí fuera?

—¡Coño, señora, no! ¡Dachary no lo hubiera permitido nunca! Está en el puente con él y con los oficiales. Estaba usted cometiendo una imprudencia terrible. ¿No se ha dado cuenta? ¿No ha visto que no había nadie sobre cubierta?

—Pero yo vi al subir a mi marido…

—Que fue puesto en seco hace un rato ya.

—¿Y usted? ¿De dónde venía entonces?

—Yo me he acercado un momento a ver cómo estaba el ganado y a

comprobar que los marineros habían hecho bien el estibado y afianzado el anclaje de la carga. Me enseñaron cómo amarrarme para hacer esos pocos metros y, aun así, podía no haberlo contado.

Reparando en la locura que acababa de hacer, preguntó con voz mimosa:

—¿Saldremos de esta, Celso?

—Siempre estamos en manos del Señor, pero al decir de los marineros el Petit Ruritanie se comporta muy bien con mala mar y, además, tenemos a Dachary. Dicen que la mar es implacable con los barcos inhábiles y los marinos pusilánimes, y ¡por mis muertos que este no lo es!

Prácticamente estaban abrazados, tan difícil era mantenerse en pie en esas circunstancias. Constanza reaccionó pronto a una proximidad con el padre de su doncella que la turbaba. Había logrado quitarse el traje de agua y fue entonces, viendo el enorme charco que brillaba en el suelo, cuando se dio cuenta de que su impericia podría haber provocado que las olas penetraran en el sanctasanctórum en el que se cobijaba su hija. ¡Irene! Solo en ese momento se percató de que, en el peligro, un niño únicamente halla consuelo en el abrazo de su madre. Pasaron por su espíritu imágenes de una infancia feliz, cuyas escasas tinieblas siempre habían encontrado el refugio del regazo materno. «Mala madre», se dijo, pero el pensamiento se deshizo en jirones mientras abría la puerta del camarote en el que la *nanny* y la niña permanecían refugiadas. En el rostro de la pequeña, minúsculos rastros de mugre testimoniaban un llanto acallado por el cansancio. Dando tumbos, llegó a su lado y la abrazó con una urgencia que asustó a la niña, que casi se había acostumbrado a la ausencia materna en ese trance.

—Mamá, nena *tene* miedo.

«De nuevo el español», pensó.

—No te preocupes, pequeñita, que mamá ya está aquí y no va a pasarte nada. No llores, mi niña, que mamá te cuida.

—¡Agua, mala!

—Sí, el agua se está portando muy mal, y mamá, papá y el capitán la van a castigar.

Siguió acariciándole el pelo y estrechándola contra su pecho. La niña se calmó y dejó de sorber desconsolada por la naricita perfecta que su padre gustaba mordisquear en broma. Esa sensación de intimidad y el poder pacificador de su mero abrazo le hicieron pensar a Constanza en todo lo que perdemos. La vida es esa perpetua añoranza de algo que te vuelva a hacer sentir protegido y a salvo, como ahora se sentía la pequeña Irene.

El barco seguía dando pantocazos y dentro del exiguo camarote de ambiente cargado parecían aún más temibles que en el exterior, donde

había podido retar con su cerebro a la fuerza desatada que los provocaba. Eso estarían haciendo ahora el capitán y sus hombres, midiendo sus fuerzas con el temporal. Todo permanecería hibernado mientras ese duelo no se resolviera. La campana no había llamado para la comida. Constanza le hizo un gesto a la niñera y le pidió que sacara del armarito una caja de hojalata. A duras penas esta le alcanzó la lata con las galletas y así pudo la madre darle a su niña una con que quitar el hambre y coger ella otra con la que entretener el miedo.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio a Armand, que las contemplaba absorto. Hasta el peor de los males acaba por sucumbir ante la fatiga, y hacía ya rato que el barco había mejorado su navegación cuando su marido las despertó para que fueran al comedor. Las miraba como si nunca las hubiera visto, con un amor que se derramaba sobre ellas como un abrigo suplementario. Lo besó. Sabía lo que estaba pensando. Había asistido al combate y sabía que hubieran podido perderlo. Era feliz por poder volver a serlo junto a ellas.

La mar seguía aborregada, pero lo peor del temporal había remitido. Constanza no perdió mucho tiempo en borrar de su rostro las huellas del mal rato pasado. Avisó a sus sirvientas para que fueran a su comedor. Las encontró juntas y en silencio. A Pauline el miedo no le había dejado ni marearse.

—Ya terminó. Abríguense y vayan a tomar algo. Queda muy poco, no teman. Enseguida estaremos en tierra, en nuestra nueva tierra.

Las jóvenes asintieron con la cabeza sin muchas muestras de convicción.

V

—Al amanecer veremos al fin la isla —dijo Dachary.

Estaban acodados en la regala, el capitán y el fletador del viaje. Armand estaba como transido por la negrura en el horizonte, rota sobre él por la inmensidad polvorienta y glauca de la Vía Láctea. El marino le había estado nombrando estrellas y constelaciones, sus compañeras, y una suerte de camaradería se había instalado entre ellos. Por eso la pregunta sonó aún más brutal:

—¿Va a poder vivir con ello?

No le preguntó a qué se refería. Llevaba toda la singladura sintiendo que no iba a poder obviar una conversación como la que acababa de empezar Dachary.

—Lo que no podría es morir por ello —dijo con franqueza—. ¿Se imagina que usted tampoco pudiera, ni aquel ni el otro? ¿Se imagina que nadie consintiera? La guerra la ordenan los políticos sobre la carne de sus pueblos. Esos pueblos deberían estar en condiciones de

negarse a seguirlos al matadero. Yo he tomado una decisión individual, pero debería ser más amplia y colectiva. Todos los pueblos del mundo deberían negarse a empuñar las armas.

—Eso tiene un nombre. Desertar no es propio de caballeros, y usted lo es.

—Uno deserta cuando está militarizado o cuando es llamado a filas, pero, como verá, yo sigo siendo un civil que ha pedido y obtenido excedencia en el cuerpo diplomático y un escritor dispuesto a volcarse en su trabajo. Me adelanto a una locura que podrían haber detenido.

—No me envuelva en palabras. No soy hombre de palabras sino de acción. Me contengo para no juzgarle, prefiero pensar que está en un error y que su huida será para nada.

—¿Y usted qué piensa hacer? —contratacó Armand.

—Deseo y espero no tener que hacer nada más que navegar para mi armador, pero si Francia me llama, estaré donde me requiera.

—¿Usted, capitán, no postula la resolución pacífica de los problemas entre las naciones? Soy diplomático, recuerde.

—Sí, siempre que te dejen. Hitler no parece que vaya a hacerlo. Es como la mar, la prefiero en calma, pero si se desata, como sucedió el otro día, no hay forma de huir, solo queda hacerle frente. Hitler está soplando para levantar la tempestad.

—Yo, sin embargo, creo que debemos ser firmes en nuestras convicciones. ¿De qué sirve ser pacifista si en cuanto te retan o te aprietan estás dispuesto a colgar tus principios para coger un arma? Mi padre la cogió hace no tantos años. Mi padre acudió a la llamada de Francia y nos dejó, a la patria y a su familia, junto con otros doscientos mil franceses en el barro del Somme. He crecido sin él por la llamada de una patria que no ha sabido enmendar el rumbo para no tener que volver a sacrificar a sus hijos y a sus huérfanos.

Dachary lo miró con un respeto en los ojos que no existía unos minutos antes.

—¿Y cree de verdad que podrá escapar de todo ello en L'Imprenable? A fin de cuentas, la isla está bajo soberanía de un país que ahora mismo está en guerra y de otro que usted cree que va a estarlo muy pronto…

—¿Qué participación en la guerra que ensangrienta el país de mi mujer ha tenido la población de la isla hasta ahora? —insistió sonriendo.

—Que yo sepa, ninguna —reconoció Dachary.

—Eso mismo sucederá cuando reviente Europa. Créame, en Francia nadie se acuerda de ella y en España, ya lo ha visto…, tampoco. No obstante, supongo que nos veremos en el transcurso de los siguientes años y usted mismo, capitán, podrá comprobarlo.

—Espero que así sea. Ahora deberíamos acostarnos, señor Rolzou, avistaremos la isla muy pronto, hacia las seis. Si las condiciones del mar se mantienen, intentaré la entrada a la rada en cuanto el sol esté algo más alto. Tengo ordenado que avisen por radio para que estén preparados para el desembarco.

—Buss prometió ocuparse de todo.

—Están muy bien coordinados para desestibar las mercancías que les llegan. Mucha gente de la isla colabora. Verá muy pronto que está llegando a otro mundo. No crea que yo no le envidio un poco. Mi destino está unido a la mar, pero si algún día tuviera que dejar el puente, L'Imprenable estaría en mi mente. Eso lo sabemos bien las estrellas y yo porque hay noches que fantaseamos con ello…

—*Alors, on y va?*

—*Allons-y!*

No se movieron.

Solo al cabo de un instante, sin mediar palabra, cada uno se encaminó a su camarote para descansar las pocas horas que restaban hasta la arribada.

La excitación no dejó dormir a Armand y tampoco a Constanza. Cuando la acariciante luz del alba entró y se posó sobre ellos, ya habían terminado de amarse. Estaban esperando su señal para saltar de la cama y vestirse apresuradamente con la intención compartida de no perderse la primera visión de su tierra prometida.

Hacía frío en cubierta y aun así no eran los únicos que miraban al horizonte expectantes. En la zona de proa, tras unos amasijos de cabo, Celso y los polizones hacían lo propio. Solo las sirvientas y la niña seguían durmiendo plácidamente mientras se aproximaban a su futuro.

VI

—¡Ante todo, no estorben! —les gritó un oficial nada más verlos en cubierta—, ¡la maniobra es muy complicada!

No tenían intención de dificultar lo que ansiaban pero sí de contemplarlo lo antes posible. Asidos, la mano de Constanza en la de Armand, la de Armand en la de Constanza, fueron avanzando con mucha precaución para no cruzarse en el camino de nadie. Tenían un fin claro, llegar lo más cerca de la proa que pudieran o les permitieran. Casi de puntillas, para que no repararan en ellos y los hicieran volver, intentando ser invisibles, accedieron a una parte en la que les pareció que no entorpecerían la maniobra de anclado. La cantidad y el grosor de la cadena amarrada les produjo una suerte de vértigo porque hablaba de profundidades y de fuerza y de resistencia

de lo humano frente a la mar.

Los contornos de la isla se iban afinando. Acantilados inaccesibles cortados a pico en una roca que se dulcificaba en la cumbre con el refulgir del verde que comenzaba a estallar bajo el tímido sol. Se les apareció su hogar aún envuelto en los fragmentos de un sudario que se hubiera ido desgajando por efecto de la luz y hubiera dejado jirones prendidos a lo alto de un pico, junto al pueblo o caprichosamente aquí y allá. Él le apretó la mano con más fuerza y ella le devolvió el mensaje. Estaba orgullosa de haberlo seguido hasta allí y, en ese instante, no veía ni peligros, ni incertidumbres, ni problemas. Solo esa tierra nueva y su amor que lo podía todo.

El buque había ralentizado su marcha hasta parecer casi detenido. Dachary lo había convertido en un viejo hombre marchando cauteloso sobre unas zapatillas de fieltro mientras rodeaban el inexplicable trozo de tierra buscando su cara más oeste. Eso o había decidido hacerles una ruta turística para que aprendieran a amar esa belleza antes de poseerla, exhibiéndola ante sus ojos pero sin ofrecérsela aún, manteniendo la tensión y aplazando el momento en el que al fin la alcanzarían.

Todas las islas son bellas en la arribada y tristes en su inmutabilidad frente a la partida. Ella oyó cómo el marido murmuraba: «La tierra y el mar y todas las demás cosas flotan suspendidas, formando un vínculo que conecta con el todo», y comprendió que hay lugares que siguen impresionando igual aunque discurran los años por miles.

—¿Y si Piteas no mentía? —preguntó él sin esperar respuesta.

Pronto vieron frente a ellos lo que el capitán buscaba, un objetivo que parecía imposible. La abrupta costa semejaba en ese punto descompuesta y rota. Cuatro rocas inmensas, como una mano monstruosa levantada para pararlos desde el fondo del océano, se erguían majestuosas y terribles guardando la entrada de la isla.

—¿Es por ahí? —preguntó ella.

—No parece que pueda ser por otra parte —respondió él.

Contuvieron el aliento porque solo en ese instante comprendieron hasta qué punto era invulnerable La Inexpugnable.

La tripulación se distribuyó rápida y estratégicamente en sus puestos. Casi como un ballet, tantas veces parecían haberlo hecho. Sus semblantes parecían preocupados pero con un punto alegre en la forma de concentrarse, como si conocieran el peligro pero les divirtiera soslayarlo de nuevo. El barco viró para apuntar el estrecho paso con la proa en la que ellos seguían maravillados. Sintieron cómo se alteraba el movimiento de la nave al llegarle las olas desde popa, lo que hacía que el alavante azul se hincara primero para levantarse luego a la salida de las aguas dejándoles la delantera. En este baile a

contrapelo, a veces creían distinguir un ruido sordo y nuevo, provocado por los vacíos en los que las grandes hélices quedaban en parte fuera del agua.

—Tiene doble dificultad —oyeron decir a sus espaldas—, el capitán debe aproar bien la nave a la única zona del paso en la que hay suficiente calado y además conseguirlo con la mar de empopada. Para los pesqueros es más fácil; en cambio, pocos como el capitán son capaces con un buque como este.

Era el segundo de a bordo, que había acudido a su puesto para preparar el fondeo. El matrimonio casi contuvo el aliento por no molestar, por no enturbiar la maniobra, por impedir que nada por su parte, ni siquiera una distracción, pudiera llevar al Petit Ruritanie contra las rocas.

La maniobra fue larga. Les costaría después reconocerse mutuamente que habían pasado miedo. Parecía imposible que ese monstruo de hierro se deslizara por el estrecho canal que se abría sobre una rada amplia dominada por un pueblecito hermoso, llamado este mes San Pedro de la Bonanza, o también, según el momento del año, Saint-Pierre-le-Calme, y que les sonreía ya desde lo alto.

—¡Lejos de la cadena! ¡Fondo! —se oyó ordenar justo antes de que un ruido sordo y metálico, procedente de las mismas entrañas sobre las que estaban parados, comenzara a dejarse sentir, cada vez más acelerado.

El ancla salió clara y se zambulló desde la amura sin vuelta alguna.

—¿Cómo llama la cadena? —gritaron desde popa.

—¡De largo, señor! —respondió el segundo.

Aguantaron expectantes mientras el barco borneaba hasta aproarse. Comprobaron que no había garreo y, cuando fue comunicado con alegres voces, un aplauso cerrado a su propia pericia recorrió el Petit Ruritanie, que lo había logrado una vez más.

Por babor vieron acercarse ya pequeñas embarcaciones y unas plataformas flotantes, toscamente creadas sobre el soporte de dos barcas unidas, que iban a servir para depositar la carga y realizar trayectos para descargarla en el pequeño puerto de pescadores de la isla. Minúsculos puntos oscuros en la costa anunciaban que gran parte de la población del villorrio se había congregado en los acantilados para contemplar la maniobra y, tal vez, solo tal vez, para no perderse la llegada de los nuevos señores de la mansión vacía.

4

I

La campana tocó a barco antes de la alborada.

Aimable Virginie había sido capaz de distinguir en medio de la negra oscuridad las luces sobre la silueta aún más negra del Petit Ruritanie cuando este bordeaba la isla para embocar el puerto y ella se dirigía a la tahona a amasar y cocer. No era la primera vez que se daba el gusto de prevenir a todos de una arribada y aun así le seguía emocionando coger la fofa cuerda que colgaba de la torre vigía y tirar con energía para que el tañido rompiera el silencio y la monotonía. Nadie se había molestado nunca por que lo hiciera. Nadie le dijo jamás que debía esperar al amanecer. Conocía de memoria los toques precisos cuando se trataba de un barco grande, para diferenciarlo de los pesqueros que acostaban más a menudo. Los conocía porque a sus años se vive para la novedad, y esta allí acaecía escasamente. En esta ocasión era toda la isla la que esperaba el acontecimiento desde hacía meses.

La campana había tocado a barco desde la torre del vivero y llevó por el aire la alerta hasta la torre de avisos que presidía el acantilado de las Viudas, cerca ya de Blackgross, y tal vez alguien en la hacienda del inglés había hecho sonar la alerta a su vez y, gracias al aire, en la granja Haizerrota sobre La Grande Falaise, habrían salido de sus calientes camas para hacer de eco y habrían tocado a barco en la fresca mañana de la costa norte. La Inexpugnable despertaba para recibir a los Rolzou. Nadie pensaba perderse la asamblea.

II

Constanza aceptó la mano de Dachary para subir a bordo del bote.

Ni habían intimado ni podía hablarse de amistad, y aun así sintió cierta tristeza al dejarlo atrás. Era la última de sus seguridades.

Dachary representaba la autoridad de la civilización frente a la incertidumbre que aguardaba. Su marido le estrechó la mano al capitán y se desvivió en agradecimientos y en promesas y seguridades de próximos reencuentros. «Nos despedimos pero, de momento, él sigue siendo el guardián de todas mis posesiones», pensó Constanza cuando la chalupa comenzó a alejarse del casco nodriza para poner rumbo a tierra firme.

Sabía que la asamblea ciudadana en la que se aceptaría su pretensión de habitar en La Inexpugnable no era sino un trámite, así se lo había asegurado en París el abogado Niboyet y se lo había refrendado el propio Conder cuando estuvo con él en Londres, y eso no eliminaba cierta ansiedad. En la nave les habían comunicado solemnemente que no procederían a la descarga de las bodegas hasta que los isleños hubieran dado su visto bueno a los nuevos habitantes. Y a ello iban, mientras el viento les azotaba el rostro y Armand, como un chiquillo, casi brincaba de impaciencia sobre la dura banca.

Al borde del pantalán de madera se había formado una fila nutrida de gentes que esperaban. Siendo los recién llegados personas tan versadas en el arte de sociedad, en las presentaciones y las nuevas caras, en recorrer los salones con aplomo, no dejaban de tener un pellizco en el estómago ante la extraña comitiva que los aguardaba en la costa. ¿Estaría el inglés? Desde la distancia a la que se encontraban aún no era posible asegurarlo. Constanza suspiró y buscó la mano de Armand, que se la estrechó con fuerza. Era su toma de energía.

Sentados detrás, sus empleados tenían cara de circunstancias y solo la niña Irene levantaba sus manitas al aire y se partía de risa pensando en volver a poner los menudos pies en tierra. El lento avance de la lancha les permitió una primera mirada a su nueva tierra. Un pueblecito de juguete plantado sobre una colcha verde que resbalaba hasta tocar el filo de un acantilado. La alegría que producía mirarlo tenía su origen en esa mezcolanza de casitas verdes y rojas, negras y azules, casitas amarillas y blancas, casonas grises y color vainilla, que se desparramaban sobre la ladera como si un niño las hubiera dibujado para darles la bienvenida.

El brusco topetazo contra el pilar de madera los devolvió a la realidad. Habían llegado. Las amarras fueron recogidas al vuelo por numerosos voluntarios que las ataron en los noráis de ese puerto mínimo. Constanza afianzó su sombrero, que había sujetado con una mano durante la breve travesía, y miró con desconfianza la escalerilla medio oxidada por la que debía subir a pesar de su falda de *godets*. Los consejos del capitán bien valían para jornadas duras de una singladura, pero entrar en sociedad vestida como una dama era primordial. No lo habían hablado aunque así lo debía haber sentido también Armand, que llevaba su hermoso pelo recogido bajo una

gorra inglesa y un terno de viaje perfectamente conveniente que añadía elegancia y sobriedad a su escandalosa belleza. Hasta Irene había sido embutida en su abriguito de cuello de terciopelo y calzada con zapatitos de charol y medias caladas que no cubrían del todo las regordetas piernecillas.

Tendieron demasiadas manos para ayudarla a subir y aun así consiguió hacerlo con dignidad. La habían adiestrado en la idea de que una dama se muestra en la desenvoltura con la que acomete las acciones más peliagudas. Solo cuando demostró que lo había aprendido perfectamente, alzó la vista y divisó al inglés. No podía ser otro. Lo vio o él la vio a ella, porque fueron unos ojos fijos en la maniobra de su desembarco los que la hicieron sentirse observada antes de haber sido consciente de a quién pertenecían. Nathaniel Buss estaba allí. El inglés había salido a recibirlos.

Frente a ella se erguía alguien que había reconfigurado sus vidas y con el que tendrían que convivir de forma obligada. ¿Y si no les gustaba? ¿Bastaría la refinada educación de ambos matrimonios para armar una convivencia tan estrecha? Buss, pensó Constanza, sorprendentemente no era alto, pero visto al lado de sus acompañantes, destacaba como una presencia incontestable, tal vez debida a su corpulencia ósea, que se acompañaba de un cabello que en la distancia parecía ralo por su tono rubio deslavado y por el corte al estilo militar. No parecía demasiado afable a ojos de Constanza pero, como ya imaginaba, no era Armand hombre de tener tales intuiciones, las consideraba de talante puramente femenino, así que fue su marido quien primero se lanzó a saludarlo con todo su encanto prendido en los gestos.

Cuando Buss se puso en movimiento para corresponderlo fue obvia su transformación. Los ojos fríos y el rostro inmutable cobraron vida y, bajo esa nueva apariencia, la recién llegada reparó en cierto encanto de sus maneras y en unos labios gruesos y sensuales que no había sido capaz de apreciar en su primer golpe de vista. La voz que salió de ellos también la hizo cambiar de opinión. Algo dentro de ella se conmovió cuando el inglés le besó la mano y pronunció su nombre con un fuerte acento y lo que parecía un deleite buscado:

—Bienvenida, Constanza.

Y es que comenzaron a tutearse desde el principio, como si fuera la única opción posible, como si en un pasado remoto ya hubiera sido así, como si se hubieran visto alguna vez. No repararon en que solo una voluntad había tomado esa decisión que les pareció entonces tan natural y en que esa voluntad no había sido la suya.

Después de las presentaciones protocolarias de lo que parecían ser las personas más relevantes de la isla, de las que ninguno de los dos retendría los nombres hasta más tarde, Buss inició el camino de

ascenso hacia el único pueblo de la isla, llamado San Pedro de la Bonanza, y todos lo siguieron inmediatamente como si se tratara de un nuevo flautista de Hamelín. Mientras recorrían los repechos del pedregoso camino, el inglés iba señalando a los recién llegados las instalaciones del vivero de langostas, al otro lado de la rada, y el puente sobre el río Odús, que deberían cruzar antes de llegar al pueblo. No había espacio al que mirar sin maravilla. Hasta Carmen y Celso y Pauline y Miss Flanner olvidaron todas sus dudas y presentimientos para dejarse invadir por la paz que se desprendía de los prados, de los ríos, de la imponente montaña y del tibio sol reflejado sobre el mar. Desde los brazos de la niñera, la pequeña Irene remedaba con el dedo los gestos del anfitrión e intentaba, con éxito dispar, repetir los nombres que este iba dando a las novedades que tanto la excitaban.

Dejaron a su izquierda el pueblo sin entrar a sus calles. Los colores de las casas, los misterios que albergaban sus ventanas sin visillos, quedaron relegados y solo lograron detenerse a unos cientos de metros de la salida de Saint-Pierre-le-Calme, frente a una casa de madera verde pálido y tejados negros a varias aguas que, a pesar de su sencillez, por su tamaño y diseño proclamaba a las claras ser distinta de sus pares. Tras sus puertas abiertas, la Casa de Gobernación albergaba los murmullos de una reunión que iba a tenerlos como centro de atención.

De pronto toda la procesión de notables se apresuró a disgregarse encaminándose al interior del edificio. Quedaron solos los solicitantes y mister Buss. Fue entonces cuando se preguntó Constanza por qué mistress Buss no estaba con ellos ya que ni para excusarla la habían mencionado.

—Señores de Rolzou y acompañantes: han recibido ya mi más cordial bienvenida a La Inexpugnable y quiero reiterarles mi agradecimiento por haber sido receptivos a mi solicitud. Su presencia será provechosa para todos. Ha llegado el momento de hacer efectiva una de las normas más arraigadas en la isla, la consulta popular sobre la aceptación de nuevos habitantes. La fórmula es muy sencilla, no teman. El gobernador de turno presidirá un pequeño acto en el que yo oficiaré de padrino y promotor y expondré los motivos de su venida y las ventajas que tendrá para la comunidad dar su aprobación. Más tarde podrán dirigirse ustedes a la asamblea, y sus integrantes formularles cuantas preguntas deseen. Solo después se pasará una bolsa para que los asistentes introduzcan una piedra, blanca si los aceptan y de basalto negro si los vetan. Un diez por ciento de bolas negras les impediría permanecer aquí más de quince días como visitantes.

—Una costumbre muy curiosa —replicó Armand en tono de broma

—, puesto que estamos ahora en territorio español, nacionalidad de varios de los presentes, y en territorio francés dentro de un par de meses, nacionalidad de otros tantos de nosotros también. Creo que solo tú mismo y nuestra Miss Flanner deberíais ser considerados en puridad extranjeros aquí.

El rostro del inglés se ensombreció.

—Desconoces todo sobre esta isla, apreciado Armand. Por eso te sugiero, os sugiero, que ni ahora ni nunca bromeéis con la forma de gobernar sus asuntos que han adoptado los verdaderos dueños de este territorio, que son quienes con alegrías y penurias lo habitan.

—¡Oh, Nathaniel, no te tomes a mi marido muy a pecho! Todos somos muy respetuosos de las costumbres y reglas de los lugares a los que llegamos. ¡Démonos prisa! ¡Estoy deseando conocer nuestra Thule!

Buss se giró a mirarla y su gesto se transformó inmediatamente.

—Me gusta el nombre que habéis elegido. Me escribió Clive Conder tras tu sorprendente visita y lo mencionó. Es muy apropiado, Constanza.

—Fue cosa de Armand. Yo me he limitado a bautizar la casita de madera que será nuestro primer hogar.

—Y créeme si te digo que ya me he ocupado de que lo halléis acogedor cuando os instaléis.

Alguien apareció para hacerles gestos de que entraran. No quedaba ni un asomo de tensión cuando siguieron a Buss al interior.

Alberto Aramendi tenía planeado desde meses antes sentarse en las últimas filas. Era hombre paciente. Los comadreos que circulaban por la isla no habían empañado su espíritu. Sabía lo que quería y sabía cómo actuar para obtenerlo. Nunca le había gustado demasiado el inglés y, sorteado ese prejuicio, seguía teniendo claros los motivos para desear que en esta asamblea se saliera con la suya. Le pesaba, eso sí, ir a desaprovechar allí metido un par de horas de luz primaveral, ese bien tan preciado que se contaba entre sus añoranzas mayores.

El silencio que se hizo en el salón lo obligó a concentrarse en lo que iba a suceder. Primero se callaron los hombres, y Aramendi sonrió comprendiendo por qué se habían amansado de pronto. Un instante después se callaron de golpe las mujeres y, aun siendo inmune, también entendió el doctor qué había frenado de forma tan radical sus lenguas. Allí en el estrado se mostraban los dos recién llegados, y los que los esperaban no eran en modo alguno inmunes a su hermosura. Algunos murmullos soterrados vinieron a darle la razón. La mujer era una hembra casi perfecta y el marido tenía una belleza tan apreciable, tan obvia, que casi parecía femenina. ¡Y ese pelo de poeta! Los vio tomar asiento y, tras ellos, a otras dos mujeres con una niña en brazos y a cuatro hombres, su séquito. Nadie reparó en ellos. No era posible.

La pareja exigía toda la atención sin haberla pedido, ya que entraron con rostros francos y humildes y se enfrentaron a su juicio con una serenidad que no solo era fruto de la seguridad del veredicto, sino también, pensó el médico, de la irrevocabilidad de su decisión.

Gómez, sin alzar la voz, inauguró la reunión:

—Estimados vecinos de La Inexpugnable: han transcurrido unos años desde que nos reunimos aquí para un acto de aceptación semejante a este que, como todos sabemos, terminó en una desgracia. Descanse en paz Eliza Conder. Hoy es otra familia la que pide vuestra aquiescencia para asentarse entre nosotros y formar parte de nuestra comunidad. Ante vosotros se presentan como peticionarios Armand-Marie Rolzou de Saint-Gelais, de nacionalidad francesa y cabeza de familia, y su esposa, Constanza María Irene Pérez de Albeniz Ortuzar, de nacionalidad española por nacimiento y francesa por matrimonio. Junto a ellos se encuentra su hijita Irene María Amandine Rolzou de Saint-Gelais. Los acompañan en la intención de residir entre nosotros sus sirvientes: Carmen y Celso Arroniz, de nacionalidad española; Pauline Devaux, de nacionalidad francesa; Antoine Galloul, de nacionalidad suiza; la señorita Ada Flanner, británica, y, por último, dos nacionales españoles más, Manuel Zarraga y Antonio Cabrera. En total, son diez personas las que engrosarían nuestro censo y todas ellas tendrían residencia en la que algunos llamáis Red House, construida junto al lago Urdina y que, según me notifican, de ser acogidos recibirá el nombre de Thule. Realizaremos de seguido las intervenciones y, a continuación, introduciremos las bolas en la bolsa de forma individualizada, como manda la tradición.

Unos aplausos de asentimiento cubrieron con su sonido la mirada inquieta que se cruzaron los Rolzou. «¿De forma independiente? ¿Y si aceptan a unos sí y a otros no? ¿Qué hacemos entonces?», se telegrafiaron en su particular lenguaje. Constanza comenzó a ser consciente del latido de su corazón y no era la única. «¿Y si habían saltado sobre todos los obstáculos, humanos y materiales, incluso morales, para nada? ¿Y si tenían que asumir que la guerra los iba a alcanzar?».

Sin mediar más indicación, Nathaniel Buss se puso en pie, alisó su traje negro con un gesto casi imperceptible y sacó del bolsillo unos papeles doblados en los que tenía escrita su intervención. El aplauso que lo recibió fue encendido. El doctor Aramendi, desde su puesto en el fondo de la sala, se hacía muchas preguntas relativas a la delicada dominación que el inglés ejercía sobre parte de la población y a cómo iba a salir este segundo intento de traerse compañía de su clase y de su educación logrando que no le hiciera sombra. El recién llegado era un hombre algo más joven e inexperto, desde luego, y parecía tan etéreo como un *álfafólk*. Probablemente el inglés pensara que un

artista rico no iba a meter sus ilustradas narices en los asuntos mundanos. Probablemente llevara razón.

Buss había terminado de relatar los méritos literarios y diplomáticos de Armand Rolzou, su descendencia de una familia de importantes bodegueros bordeleses, así como la coincidencia en la característica del negocio familiar con la de su esposa. Glosó su honorabilidad y su claridad de espíritu. Resaltó su aportación dineraria a la empresa L'Homard Imprenable y las ventajas y provecho que esto tendría para todos los isleños. Habló de la elegancia y preparación intelectual de su esposa, su disposición a las artes y su vocación de perfecta directora de un gran hogar. Apenas pasó por encima sobre los empleos que el resto de la compañía doméstica tendría, dando por sentado que estos serían recibidos en función de sus señores. Finalmente extinguió su voz, permaneció un momento, corto pero clave, mirando a la parroquia y se giró para dirigirse de nuevo a su asiento. Al volverse a sentar, hizo un gesto a Armand para indicarle que había llegado su turno.

El recién llegado se levantó con la energía del que va a emprender un acto decisivo, y así era, el francés iba a emplearse en un acto de seducción masivo y urgente porque lo que había oído y lo que había intuido le habían hecho asumir que quizá todo no estaba tan hecho como les habían asegurado. Se jugaba mucho, quizá la propia vida, cuando se dirigió al centro del estrado y se quedó en silencio, teatralmente expuesto a las miradas, antes de empezar a usar su cautivadora voz. Ni siquiera se volvió hacia Constanza, aunque sentía el influjo de sus ojos y de su tensión sobre su espalda. Iba a emplearse a fondo, como siempre hacía con todo. Iba a pelearlo como si no hubiera nada decidido de antemano. Porque no podía dar cabida a un mal azar. Habló en francés para no perder ni una brizna de su capacidad.

—Estimados habitantes de la hermosa isla de La Inexpugnable, se preguntarán quiénes somos y a qué venimos; se preguntarán qué méritos nos asisten para pretender ser sus vecinos y, transcurrido el tiempo necesario, tal vez sus amigos. Se preguntarán muchas cosas que la atenta y profusa presentación de mister Buss no les habrá logrado contestar. Todo lo que él ha dicho es cierto, pero no es toda nuestra verdad, y eso es lo que voy a intentar completar ahora en mi nombre y en el de mi familia y acompañantes. Yo amo a mi mujer y a mi hija y amo la vida.

»Puede que les resulte extraño que un escritor y una dama, ambos de familias bien asentadas en el continente, hayan tomado la aparentemente insólita decisión de abandonar seres queridos, amigos, trabajo, propiedades, fiestas, placeres y diversiones para sortear los peligros del océano, ¡que saben que no son pocos!, ponerse ante

ustedes y solicitarles su hospitalidad. Créanme, aún hay muchos de los que hemos dejado atrás, incluida mi madre, que no lo comprenden. Nos da igual. Estamos saturados de todo eso que podría parecer tan codiciable. Buscamos una vida simple y natural, una vida pegada al devenir de las estaciones y de la climatología, una vida que nos permita volver a centrarnos en lo importante. Anhelamos precisamente el aislamiento, la belleza natural, las relaciones humanas próximas y entrañables de las que ustedes disfrutan. Queremos dar y que nos den. Queremos colaborar a que la vida en la isla sea mejor sin desvirtuarla. Queremos algo aparentemente tan simple y tan inalcanzable como ser felices, y este lugar, ustedes lo saben mejor que nadie, puede ayudarnos a conseguirlo. Solo les ruego que nos dejen probar.

Provocó un silencio, juntó después las manos en ademán de plegaria dirigida al público y se dio la vuelta para sentarse. Parecían impresionados. Un aplauso se arrancó respondiendo quién sabe si a la oratoria o al atractivo del orador. Como nadie contaba con que Constanza hiciera nada que no fuera estar, ni siquiera ella misma, las manos para el turno de preguntas comenzaron a levantarse. Vistas desde el estrado, semejaban un mar humano acaso tan temible como el que habían tenido que atravesar para llegar. Gómez tuvo que poner orden numerando a los intervinientes:

—Tú, Guruchet, el uno; los del vivero después; con uno de cada casa es suficiente…; tú, Basilio, el último.

La aspirante se encogió a la espera de saber qué producía tanta inquietud a las gentes. Tenía la impresión de que habían sido sometidos a un engaño manifiesto. Si cualquiera de las personas con las que habían tratado les hubiera siquiera mencionado la posibilidad de que hubiera reticencias para su instalación, no habrían puesto en marcha el proyecto. «Quizá por eso callaron, y bien sé que un rechazo de este tipo no conseguiría revertir ningún contrato ni la devolución de ningún dinero», pensó intentando que ni su respiración levemente agitada ni las gotas de sudor que se formaban apenas en el nacimiento de su pelo delataran su inquietud.

Un hombre fuerte y pelirrojo al que habían llamado Guruchet tomó la palabra:

—¡Solo una cosa, monsieur Rolzou! Ya hemos oído que es usted un caballero fino y culto, pero ¿además tiene pensado trabajar en algo en la isla o ha venido solo a buscar la inspiración? —Terminó con una carcajada profunda que sonó como un rugido.

El inglés le susurró algo a Rolzou antes de que este se levantara para contestarle:

—No tema, Guruchet, así se llama, ¿no? Tenemos muchos proyectos en mente para los que vamos a necesitarlos, a usted y a su

hermano. El primero de ellos consistirá en levantar una serie de establos y dependencias con las que no cuenta el edificio actual. A partir de la semana que viene, puede pasarse por Thule a hablarlo conmigo.

El enorme carpintero pelirrojo del astillero esbozó una gran sonrisa e hizo un gesto de aquiescencia con la mano.

—¡Bienvenidos sean, pues! —dijo al sentarse.

Siguieron varias intervenciones para dejar patente que no estaban de acuerdo con la construcción de mansiones grandes en la isla, para preguntarles si eran católicos o protestantes, para averiguar el empleo que tendrían las mujeres y los hombres que viajaban con ellos y, en fin, incluso para obtener algún material de mero comadreo. Finalmente un hombretón joven, con las mangas de la camisa remangadas y botas de pescador, se levantó sin esperar turno e intentó claramente complicar las cosas, tal y como Constanza temía.

—No esperen de mí cortesías y parrapladas antes de decirles lo que realmente pienso. No sé si se habrán dado cuenta, pero esta isla es pequeña, los habitantes somos pocos y, por razones evidentes, somos más hombres que mujeres. No necesitamos más hombres aquí para competir por las hembras. Cierto es que hay varias mujeres entre ustedes, pero me malicio que vendrán con la intención de no mezclarse con la plebe nativa. Pase lo del matrimonio y la niña, pase incluso lo de la cocinera y la niñera, pero no acepto que se hayan traído ustedes su propia mano de obra cuando aquí hay de sobra si el tiempo viene mal dado para la langosta. Mi bola será negra para sus hombres y pido a todos los vecinos, a los hijos de granjeros que veo en la sala, que hagan lo mismo que yo. No hacen falta más hombres en la isla. No.

Un murmullo de aprobación recorrió las filas de bancos animando la conversación de los asistentes más jóvenes. Los dos polizones se quedaron lívidos y miraron a los Rolzou con angustia verdadera. Hasta Celso y Antoine mudaron el semblante y enfrentaron con gesto grave a la concurrencia. Celso hizo ademán de levantarse para responder, pero su jefe le indicó con la mano que volviera a ocupar su sitio. Él mismo se quedó sentado, tranquilo, como si la última intervención no lo interpelara a él. Los murmullos se fueron apagando ante este extraño proceder. Solo cuando un espeso e incómodo silencio se adueñó de la concurrencia, Armand se levantó para hablar:

—Quiero avanzarles que he traído un no despreciable cargamento de diversos animales de granja, para ellos serán los establos que encargaré a Guruchet, pero todos ellos permanecen aún en el barco. No he traído ninguno a esta asamblea, en la que estarían de más. Con esto les reafirmo que ni las mujeres ni los hombres que me acompañan lo hacen en calidad de animales de cría o apareamiento. Creo

contestar así a la primera de las impertinencias que ha proferido el desconocido.

»Vamos ahora por partes respecto a la segunda. El hombre de más edad de los que me acompañan, Celso, es el padre de la doncella de mi mujer. Celso ha llegado aquí tras haber logrado salir de la España en guerra escondido en un tonel de vino que mi suegra tuvo el valor de conducir hasta el otro lado de la frontera para evitar que fuera fusilado, tal y como querían hacer si lo encontraban. Es un superviviente y no es solo eso. En tiempos de paz, cuando los españoles se dedicaban a regar sus campos con agua y no con sangre, él era el mejor de los encargados de las bodegas de la familia de mi mujer. No solo ha viajado conmigo para salvarse, que también, sino que tiene como misión organizar los cultivos de mi finca, incluido el de viñas que vamos a intentar adaptar al clima extremo de este lugar. L'Imprenable tendrá sus propios vinos y cuento con Celso para ello.

Unos cuantos aplausos dispersos rompieron su discurso.

—Antoine, que está a su lado, es mi conductor y será el encargado de todas las cuestiones mecánicas y técnicas que sean necesarias en mi casa. Vamos ahora con los dos marineros, Zarraga y Cabrera, hombres curtidos en la mar, como muchos de ustedes, que trabajarán duro en mis terrenos y para la comunidad, no lo duden. Prefiero que algún día, tomando un trago en la taberna, ellos mismos les cuenten su historia, pero quiero que sepan que son hombres que acaban de escapar del abrazo de la muerte o, como poco, del de la esclavitud. Eso debería infundirles el suficiente respeto por ellos. No han venido a competir con ustedes en ningún terreno, se lo aseguro, en ninguno, y si lo hicieran sería porque la vida los habría llevado, a ustedes y a ellos, a esa posición. Nadie podría asegurarles lo contrario. Yo tampoco.

El hermoso francesito no podía disimular su incomodidad. Miró a Nathaniel Buss con dureza, recriminándole en ese solo gesto que no le hubiera prevenido contra esa humillación antes de que tomara la decisión de comprar la casa. No entendía por qué tenía que pedir permiso para residir en su propio país ni en el de su mujer, por muy olvidada de la mano de Dios que estuviera aquella tierra. Ellos tenían derecho a estar allí sin tener que convencer a ningún patán para ello. Lo que no esperaba era que, mientras él se comía el orgullo, su mujer se levantara y se moviera, con esa cadencia líquida con la que sabía hacerlo, hasta el pequeño escenario. Constanza se plantó allí inopinadamente, sin que Armand acertara a adivinar qué es lo que iba a decir, y comenzó a hablar en un español de tono duro y abrupto, afilado y seco:

—Han viajado con nosotros cuatro hombres, cierto es. Desde aquí les digo que por cada uno de ellos contrataremos a un isleño antes de que acabe el año. Es probable que también necesitemos algunas

mujeres más. Lo haremos cuándo y cómo nos sea necesario, no cuando nadie nos fuerce a ello. No se trata de que quiera comprar su voto, lo que les digo es que nuestra llegada les beneficiará. Eso sí, tengan una cosa muy clara, no acepto ninguna votación parcial. Vamos todos juntos. No se cansen pasando la bolsa una y otra vez, pásenla solo una. Si cualquiera de ustedes cree que solo uno de los integrantes de nuestro grupo no debe quedarse en la isla, les animo a meter la piedra negra. O todos o ninguno. Esa es la idea. Y ahora, si no les importa, estamos muy cansados del viaje y exijo que procedan a votar ya, quiero irme a casa, a esta o a la que he dejado al otro lado del mar.

Nadie dijo nada más. Gómez preparó la bolsa y, sin consultar con nadie, se avino a seguir las instrucciones de la recién llegada. Sacó de su bolsillo una piedrecilla, ostensiblemente blanca, la metió en la bolsa y la puso a circular. Luego volvió con ella y se preparó para volcarla sobre la mesa mientras algunos contenían la respiración. No era el caso de Constanza, que se había dejado ir en manos de la providencia o del azar.

Sonó a orilla de río o a olas contra los guijarros. No quiso ni mirar. Cuando oyó a todos aplaudir, se atrevió a abrir los ojos y vio un montón de piedras entre las que destacaban cuatro trozos de basalto. Cuatro enemigos. Cuatro. No era mal balance para empezar. Se volvió hacia su marido y le susurró:

—Llévame ya a casa, por favor.

En el fondo de la sala, Alberto Aramendi, el médico, se levantó alegrándose de que su intervención, tanto tiempo meditada, no hubiera sido finalmente necesaria. La española tenía coraje y lo iba a necesitar.

III

—¡Vamos pues, a la descarga!

Varios de los asistentes a la asamblea salieron de la Casa de Gobernación y se encaminaron corriendo al puerto pesquero, en el que yacían a la espera las gabarras especialmente diseñadas para manipular la carga desde los buques hasta tierra. Eran construcciones sencillas. Apenas una plataforma de madera uniendo dos cascos de forma que la superficie para la carga se viera más que duplicada. Varias de ellas se dirigieron hacia Cala Esperanza, donde permanecía fondeado el Petit Ruritanie.

Los Rolzou dejaron a sus hombres encargados de la vigilancia del desembarco y de la tarea de comenzar a movilizar enseres y animales hacia Thule. Ellos se subieron con Buss en un coche tirado por caballos. Estaban incómodos aunque lo disimularan con urbanidad. No

les había gustado la asamblea, no estaban convencidos de lo que habían tenido que decir y ambos estaban deseando reprochárselo mutuamente, pero la presencia impuesta por Buss les impedía cualquier desahogo. No estaban disfrutando de una llegada tanto tiempo deseada. Constanza hubiera querido cogerse de Armand y caminar solos y juntos entre la hierba de insultante verdura, con el viento del mar en la cara y el impresionante sonido del agua contra las rocas por única compañía.

«No es justo que tenga que ver por primera vez mi casa, mis tierras, mi futuro bajo la fría inspección de un hombre al que no conocemos de nada», pensaba ella. «Era yo quien tenía que haberla llevado hasta su nuevo hogar, teníamos el derecho a dar la vuelta a un recodo y encontrarnos ante la casa por descubrir, ante un paisaje por amar. Hay algo en este tipo que, mostrándose como amabilidad, se recibe como tutela y que me desagrada», se decía él. Nathaniel, ajeno a tales sentimientos, iba señalando aquí y allá todo lo que a ellos les hubiera gustado investigar.

—A ese camino que hemos dejado a la derecha lo llamamos la Ruta Grande y rodea la isla por los acantilados. A pesar de que obviamente atraviesa mis tierras y las suyas, e incluso las de varios pequeños granjeros por el norte, es de libre paso para todos los isleños. No sucede lo mismo con la que estamos recorriendo ahora, que conduce directamente hasta Blackgross Manor y después atraviesa un pequeño puente y llega a Thule bordeando un poco el lago. Vivimos a escasos dos kilómetros, va a ser muy fácil vernos incluso en invierno, lo cual es gran cosa, como descubriréis. Por supuesto, no hay problema para que atrochéis por aquí y supongo que no os opondréis tampoco a que nosotros sigamos usando vuestro sendero para coger la Ruta Grande hacia el este, lo hacemos muy poco, claro, apenas para pasear a caballo.

Les mostró el bosque que se ceñía a las faldas del extinto volcán. Les explicó cómo habían construido las fábricas de la luz en los saltos de agua, les indicó dónde podrían ampliar las cercas de sus terrenos y dónde era mejor dejarlos expeditos, y llegó un momento en el que señaló con orgullo:

—¡Blackgross, aquí seréis siempre bien recibidos!

Los caballitos que tiraban del carro —islandeses, criados por un tal Guðmundsson, según les contó el lenguaraz vecino— movieron sus crines largas y brillantes, sedosas como la melena recién cepillada de Constanza, y piafaron con alegría al reconocer la proximidad de su cuadra. Cuando su dueño iba a indicarles con las riendas que no pararan, sus pasajeros echaron mano simultáneamente a estas para frenarlos. No lo habían planeado y actuaron como un solo ser. Los caballos pararon un poco más allá de una casa grande y de muy buen

porte, aristocrática, listada de madera negra y con un tejado del mismo color lleno de complicaciones e inclinaciones diversas, que terminaban cayendo sobre cada ventana, y dejaban con dificultad sitio a las muchas chimeneas que lo coronaban.

Buss los miró sorprendido, pero ellos ya habían saltado del carruaje, cada uno por un lado, perfectamente coordinados en sus deseos.

—¡Un millón de gracias, Nathaniel! No queremos molestarte más, los dos últimos kilómetros hasta casa los hacemos andando. Nuestra gente llegará enseguida con los vehículos y lo necesario —le dijo Armand.

—Pero ¡quisiera enseñaros el edificio! Y, además, debo deciros cómo llegar hasta la cabaña del bosque…

—¡La encontraremos! ¡No te preocupes! ¿Está abierto o nos pasas las llaves?

Un paquetito voló con indisimulado malestar hasta sus manos.

—Como queráis, pero…

Los recién llegados ya se habían girado y caminaban de la mano por la linde verdísima del camino. No querían tutelas, no querían interferencias. Eran jóvenes y libres, y acababan de llegar al principio del resto de su vida. Todos les sobraban al menos durante unas horas. «La casa es nuestra y ni siquiera nos la vendió él. No hay motivo para esta insistencia», pensó Armand. «Mejor una vez colorados que ciento amarillos, como diría mi madre. Hay que dejarle claro que nuestra vida es nuestra y que no puede meter las narices», se dijo Constanza. No osaron pronunciarse en voz alta mientras tuvieran a Buss a sus espaldas.

Cuando lo perdieron de vista, lo hicieron a la vez:

—¿Por qué has tenido que…?

La risa venció al reproche.

—No, en serio, Armand, ¿por qué has tenido que contar la vida de mi madre y de los otros dos en público? No tenemos ni idea de con quién nos jugamos los cuartos.

—¿Jugamos los cuartos? *Jouer les quarts?* No entiendo…

—Es una expresión, amor, sería en realidad algo como *jouer les sous.* Quiere decir que no sabemos qué gente hay en la isla ni qué idea tienen de la guerra civil en mi país. ¿Tú sabes si hay gente alineada con la República y con los rebeldes? Ahora mismo esto es España. ¿No lo entiendes? ¿Y si los de aquí son del otro bando?

—¿Y tú, *ma chérie*? ¿Tenías que arriesgarlo todo? ¿A nosotros qué nos iba si dejaban fuera a alguno de los polizones? Yo les he hecho un favor, por Celso y porque no nos delaten, pero de ahí a ligar nuestras vidas… ¿Y qué me dices de augurar contrataciones? ¿Sabes si tenemos presupuesto o si son necesarias? Tú también te has lanzado sin

haberme consultado para nada.

Estaban llegando al puentecillo sobre uno de los cursos de agua que alimentaban el lago Urdina. Apenas debían quedar unos centenares de metros para llegar a la casa. Estaban ya en sus terrenos. Constanza, inopinadamente, se olvidó de responder a la reconvención de Armand y le tiró con fuerza de la mano antes de salir corriendo hasta la orilla. El Urdina no tenía nada que ver con el Lemán. No era solo el tamaño, era el misterio. El intenso azul parecía casi artificial, y su contraste con las rojas rocas y la arena surgida de la erosión de puzolanas volcánicas que lo rodeaban resultaba un espectáculo de otro mundo. Constanza quedó boquiabierta ante la evidencia de la maravilla.

—¡Oh, Armand, mira! ¡Mira, por favor!

Él permanecía absorto y pasmado de que ese fragmento de creación fuera a acompañarlo todos los días, como un regalo cotidiano dejado allí por la madre naturaleza solo para su regocijo.

—¡Mira, mira allí en diagonal, entre los arces! ¿Ves aquellas manchas rojas? ¡Es nuestra casa! ¡Tiene que serlo! ¡Oh, amor, qué emoción! Y ese pesado de Buss nos quería privar de este momento…

—*Dispecta est Thule.*

—No seas pedante, querido.

—Conoces a Tácito, y ciertamente acabas de divisar Thule. Ven, vamos. No esperemos más. Vamos antes de que empiecen a llegar con los enseres.

Corrieron más que anduvieron entre los arces y los abedules boreales, dejando algo atrás la orilla del lago para acercarse a la casa. Extasiada, Constanza lanzó un grito. Pensó que divisaba un lugar en el que siempre había deseado estar sin siquiera saberlo.

—¡Es un cuento! Mira ese arco de entrada al zaguán, ¡parece la boca de un gigante bonachón! A la niña le va a encantar, y a mí, a mí, Armand… —dijo volviéndose hacia él y besándolo con una intensidad acorde con su emoción.

La casa los miraba, en efecto, con su bocota abierta en forma de arco y sus tres ventanas alargadas a cada lado de la segunda planta que hacían un curioso efecto de ojos múltiples. La casa tenía vida y les daba la bienvenida. Era una moderna edificación sacada de un relato medieval. Sus tejados apuntados en teja oscura contrastaban con las paredes de ladrillo rojo a las que una hiedra, que habría plantado el pobre Conder o tal vez la malograda Eliza, empezaba a cubrir.

—¡Cuántas chimeneas!

Empezaron a girar en torno a los muros y en la cara este descubrieron un extraño mirador que recorría la fachada de arriba abajo, pero se iba estrechando hasta acabar en una columna que parecía sujetarlo como a un hombre de una sola pierna. El tejado que

lo recubría, sobre dos ventanas apuntadas y simétricas, terminaba de dar la sensación de un gorro sobre una cara simpática. No se quedaron mucho ante él porque tenían que seguir contorneando la U imperfecta que formaba la planta y en el hueco estaba el patio interior. Allí, justo en el centro del césped, a la vista de todas las ventanas que se abrían al norte, había un pozo con un cucurucho de tejas para cubrirlo que terminó de enamorarlos.

—¡Es la casa más bonita que he visto nunca, Armand, y es nuestra! —dijo casi sollozando de gozo.

Constanza se olvidó de las dudas, se olvidó del miedo, de la travesía, de la lejanía y de la soledad. Estaba perdida en medio del océano y, sin embargo, ese era su hogar y no entendía cómo había pensado siquiera vivir en cualquier otro sitio.

—Solo, Constanza, que…

—No irás a ponerle ninguna pega, ¿no? ¡No seas absurdo! ¡Es perfecta!

—Es un poco grande, ¿no?

—Es hermosamente grande.

—Lo digo porque no es casa para una familia de tres personas.

Ella al cabo lo entendió y a punto estuvo de provocarlo allí mismo para poner remedio a tamaño problema.

IV

Manuel y Antonio, los polizones, se aunaron con los pescadores y marineros de la isla para hacer viajes hasta el mercante y transportar animales, cajas de embalaje, bicicletas y la vida entera de los Rolzou. Celso, desde la orilla, como hombre de tierra firme que era, estibaba con diligencia los bultos, los ordenaba y decidía el orden en el que debían ser cargados. Además de su furgoneta, que tanto esfuerzo había costado llevar hasta la orilla, comenzó a ver viejas camionetas y carros tirados por caballos que se acercaban al punto de desembarco.

Las mujeres, como mucho, miraban e intentaban dar órdenes a las que nadie hacía mucho caso. Carmen y Pauline se habían sentado en una roca situada junto a la explanada del muelle y dejaban a Ada Flanner que se ocupara del torrente de actividad que la pequeña Irene desplegaba a su alrededor. Todas estaban muy sorprendidas de la cantidad de desconocidos que trabajaban como posesos para lograr que sus pertenencias estuvieran desembarcadas lo antes posible. Dudaban de que los señores, que no los habían contratado, fueran a remunerar tantos brazos.

Una mujeruca entrada en años, vestida con sayones negros, como los que Carmen recordaba de las viejas de su pueblo, se acercó

mostrando sus dientes mellados y llevando una cesta cubierta con un paño limpio.

—¡Venga, muchachas, que seguro que la niñita tiene hambre, y vosotras, como los hombres, estáis desmayadas!

Ada tomó sobre sus hombros el peso de la honra de la familia e hizo ademán de tirar de la faltriquera que se había acostumbrado a usar para que un bolso no le molestara mientras se ocupaba de la pequeña. El gesto de la anciana la detuvo. No pretendía humillarla y era exactamente el efecto que había conseguido.

—Sois del mundo, no lo podéis negar. ¡No vengo a vender nada! ¡Quía! Vengo a ayudar. Todos hemos venido a apoyaros. ¿O es que pensáis darles cuartos a todos los mozos que están tirando de vuestros trastos? ¡Menuda ruina! No, muchachas, no. Aquí se ayuda como en los viejos tiempos, para arrimar el hombro, para que los otros te echen una mano cuando a ti te haga falta. ¿Lo entendéis? ¿Queréis un poco de pan y de queso o vais a quedaros ahí como pasmarotes?

Las mujeres de los Rolzou sonrieron a la vieja y le hicieron hueco para que extendiera el paño impoluto sobre la piedra y empezara a sacar las viandas. Queso, pan, miel, un embutido desconocido para ellas y frutos del bosque fueron saliendo de su cornucopia. Al olor de los comestibles, algunos de los mozos que acababan de lograr izar una de las enormes cajas de madera se acercaron secándose el sudor.

—¿Y un poco de bebida no has *bajao,* Maca?

—¡Anda y vete al río a coger agua fresca, majadero! ¿No estás trabajando? Ya tendrás luego tiempo de pasar por la taberna —respondió con voz burlona.

Superado el miedo que habían pasado en la asamblea de admisión, los recién llegados estaban comprobando el extraño espíritu de solidaridad que había poseído a la población de La Inexpugnable. Celso era consciente de que ellos solos se las hubieran visto y se las hubieran deseado para descargar y, sin embargo, con esa vorágine de pescadores, marineros, hombres de granja y mujeres remangadas, todo iba a una velocidad de vértigo. «¡Estamos acostumbrados! —les habían dicho—, ¡ya espabilaréis la próxima vez que llegue un barco!».

Todo era muy natural. Había una tarea que hacer y los que tenían salud y fuerzas para realizarla se habían puesto a ello. Algo impensable en Ginebra, en Burdeos o incluso en los campos de la Heredad, pero que Celso recordaba de los viejos tiempos de Salinillas de Buradón, cuando él era crío y el pueblo entero se juntaba en la era para aventar de forma comunal la cosecha de cada vecino. El hombre de las viñas era quizá el más consciente del tipo de sociedad que esto presagiaba, y en su fuero interno se alegró de haber vuelto a aquel mundo viejo en el que el interés individual no era el fiel de ninguna balanza.

Aún quedaban algunos animales y bultos por salir de la bodega del Petit Ruritanie, y, convertido en capataz de los Rolzou, se dio cuenta de que había llegado la hora de comenzar a enviar los enseres a Thule. «Qué nombre enrevesado se le ha ocurrido al señor, un Villa Rolzou hubiera bastado», pensaba mientras reclutaba a unos isleños para que abrieran camino y guiaran con sus carros a su furgoneta hacia la mansión.

—¡Venga, Carmen y compañía, subid, que os voy a llevar a vuestra nueva casa! Miss Flanner, póngase usted delante con la señorita Irene, que irán más cómodas…

La vieja ya recogía las sobras del almuerzo.

—¡Ánimo, mujeres, que ahora os queda por delante poner en marcha aquella casa tan grande! Preguntad por Maca cuando bajéis a San Pedro, que bajaréis pronto o yo conozco poco a las mozas…

—¡Maca, no las atormentes! —se chanceó un pescador—, ¡van a bajar sin que tú lo digas, solo para que veamos mujeres bonitas!

Todos se habían olvidado ya de las cuatro piedras negras y del malvado discurso del tal Basilio, cuya ausencia era evidente. En ese cielo azul, con nubes como dulces de feria, mientras comenzaban a marchar en una extraña procesión hacia su nueva casa, no les pareció nada importante.

—¡Aten el ganado a los carros! —gritó Celso—, aunque no sé muy bien dónde los vamos a meter hasta que esos hombres construyan los establos…

—No hay problema, señor Celso, en cuanto llegue a sus tierras ¡suéltelos! Todos los bichos de la isla están pastando a su placer hasta que lleguen las lluvias y el frío de otoño. Solo tendrá que recogerlos después.

Le había contestado una de las granjeras que se había prestado a ayudarlos y que no se privó de hacerle un guiño pícaro que, afortunadamente, su hija Carmen no interceptó. Celso se dio cuenta de que iba a haber conflicto. La hija lo querría fiel devoto de la madre, y él era un hombre solo que estaba empezando a descubrir que esa jodida isla tenía muchas posibilidades.

Hicieron el mismo trayecto que los Rolzou de Saint-Gelais ya habían realizado. Todo eran exclamaciones de asombro. Los helechos de cola de caballo, los ranúnculos, los arbustos de sauce velloso que les salían al encuentro al borde del camino las tenían extasiadas, casi como si nunca hubieran visto una hierba o una flor. Eran nuevas, primigenias, parecía que nunca habían sido holladas por pisada humana, y así fueron aproximándose a la valla que limitaba los terrenos de Buss. Estaba abierta. Pronto verían que en esa isla había pocas cosas cerradas, quizá algunos corazones, los menos, y, desde luego, pocas bocas. La mansión del inglés apareció entre los árboles.

—¡Es Blackgross Manor! —gritó el hombre que llevaba la carreta justo delante.

Todos giraron la cabeza hacia la mansión totalmente negra, excepto los marcos de las ventanas, las puertas y las contraventanas, que eran de un blanco radiante.

—*It's a sinister house!* —exclamó la institutriz.

No llegaron a ver la pequeña figura que los observaba desde uno de los balcones superiores, porque estaban oyendo cantar al arroyo y las primeras carretas sonaban sobre el puente que daba acceso a los terrenos de los señores. Solo entonces divisaron a la derecha el Urdina, con su juego loco de azul travieso y rojo encendido.

—*Look, little girl! What a beautiful lake!*

—*I like it, Miss Flanner!* —respondió la niña dando palmas.

Un poco celosa, Carmen se puso a jugar con la niña:

—*Txalos, txalitos, que viene papá… Txalos, txalitos, ¡que ha venido ya!*

La risa infantil las privó de la primera vista sobre Thule. Para cuando se dieron cuenta, estaban entrando en la explanada de la casa, cuyas ventanas y puertas habían abierto sus dueños para llenarla del aire de la vida.

Los señores estaban esperando para mostrarles cómo querían que se organizara todo. Se les veía enamorados y felices cuando la niñera les acercó a su hija, que alzó sus bracitos para agarrarse al cuello de su padre. Entre los árboles destellaba el agua del lago y sobre sus cabezas solo las irregulares rachas de brisa y el leve gorjeo de pájaros aislados ponían su melodía a tan histórico momento.

Constanza se dirigió voluntariosa para mostrarles en primer lugar el ala de servicio en la que ellos harían la vida. Entraron por el brazo largo de la estructura, a través de un amplio portón, diseñado para los vehículos con mercancías, que daba acceso al gran patio de la cocina, del que arrancaba, en un rincón, la escalera de la bodega. Al fondo se veían las puertas de acceso a tres dormitorios, uno de ellos más amplio, y que compartían retretes y baños.

—De momento, tú, Pauline, y tú, Carmen, coged el más grande. Los hombres, dado que en el barco se han duplicado, van a tener que compartir los otros dos hasta que veamos cómo les encontramos otro alojamiento. ¡Los dos polizones en uno, y Celso y Antoine en el otro!

No esperó a ver qué cara ponían. No les daba otra opción. Constanza los condujo después a la entrada de las dependencias de servicio y les fue mostrando las despensas de carne y la general, la cocina, el lavadero, como orgullosa castellana que se sentía. Solo exclamaciones y gruñidos de satisfacción se oían a sus espaldas. Eran unas dependencias magníficas, nuevas, amplias. «Y no están en un sótano», se decían todos para sus adentros. Todos menos Miss Flanner,

que los acompañaba con gesto displicente, con la seguridad que le daba que sus aposentos fueran siempre colindantes con los de la pequeña Miss Rolzou y se situaran en la misma zona que los de la familia.

Una vez que hubo nombrado a Pauline dueña de las cocinas y aledaños y explicado cómo quería que se adecentaran los cuartos y se deshicieran las valijas, la señora de la casa se dirigió al amplio vestíbulo, del que arrancaba una imponente escalera de oscura madera, acompañada de Carmen y de Miss Flanner. Las dos iban con los ojos abiertos como búhos para no perderse nada de la exploración. No hubo tiempo para que se demoraran en el comedor o en las salas de recibir, porque *madame* subió casi a saltos los peldaños, parándose en los recodos que lucían unos pináculos parecidos a los de las iglesias antiguas, que no hubieran sabido llamar góticos, y una elaborada balaustrada torneada. ¡Y esos ventanales en los muros que volcaban la extraña luz de la isla sobre ella! La señora seguía hablando. La subida desembocó en un pasillo desde el que se apreciaba un balcón que, bien pensado, debía ser el extraño mirador de un solo pie que habían visto desde fuera.

—Ahí a la derecha hay dos habitaciones, y esa otra puerta es la biblioteca. Cuando empecéis a encontrar cajas con libros, les decís a los hombres que las suban aquí para que el señor las desempaque y coloque. ¡No intentéis subir las cajas vosotras!

—No, descuide, señora.

—Al final de este pasillo está la otra ala, en la que nos instalaremos el señor y yo. Tú, Carmen, te encargarás de que se suban los muebles para el dormitorio y la salita y luego colocas nuestras ropas en el vestidor. No sé si será necesario buscar un sitio en las mansardas para la que no sea de temporada, aunque ¿cómo rayos vamos a saber cómo son aquí las estaciones y qué necesitaremos?

—Así se hará —dijo Carmen.

Constanza siguió su recorrido como si no la hubiera escuchado.

—¡Miss Flanner, esto le compete a usted! En el ala que sale de la zona de la biblioteca verá en primer lugar un dormitorio de invitados y, a continuación, la *nursery*. ¡Creo que a Irene le va a encantar su cuarto y la sala de juegos! Su habitación, por supuesto, está allí.

Habían llegado a la puerta de acceso a la zona infantil y Ada Flanner sonrió levemente, única forma de manifestar aquiescencia que se le conocía. Carmen, sin embargo, torció el morro. No porque le pareciera mal sino porque era para Ada, mientras que ella, la doncella personal de doña Constanza, iba a tener que contentarse con un cuarto más pequeño compartido con la cocinera.

Mientras las dos empleadas exploraban, se extasiaban con las vistas o se maravillaban con los armarios pintados a mano, cuyo

interior estaba también cubierto de preciosos dibujos, Constanza volaba de nuevo sobre los peldaños hasta la planta baja. Canturreaba, y con razón. Estaban a salvo y nunca había tenido una casa con tanto carácter ni en un entorno más bello. ¡Iban a ser felices hiciera lo que hiciera Hitler! ¡Qué difícil era pensar en aquel ridículo ser y en el que se ensañaba con su patria! ¿Por qué aquellos tipos autoritarios y belicosos eran tan caricaturescos? Desde este lugar todos parecían haber perecido al otro lado de las aguas, dejándolos como únicos señores de la tierra.

Encontró a Armand recibiendo bultos y hablando con Antoine sobre el mejor lugar para las bicicletas, la moto y la furgoneta. Los constructores apenas habían tenido tiempo de apuntalar un cobertizo que sirviera de rudimentario garaje. ¡Pero ellos dos tenían que ir a descubrir La Guarida! No podía esperar ni un minuto más. Lo que iban a necesitar al principio estaba preparado en maletas aparte, así que solo tenían que salir a explorar su finca y encontrar la cabaña de madera que tanto le había gustado.

La impaciencia de Constanza desembocó en el sidecar de una moto que Armand se aprestaba a conducir por las pistas de tierra. Se puso casco y gafas y le alargó a ella las suyas, junto con una manta para ponerse en las rodillas. Giró el puño para acelerar y salieron a descubrir sus tierras. Pronto se dieron cuenta de que por la parte boscosa no había forma de circular, apenas había una senda para caminantes que la circundara, así que con un gesto Armand le señaló la única salida visible, el camino que iba hasta los acantilados de la costa este. Se dirigieron a La Grande Falaise. Él iba disfrutando de la experiencia, o eso pensaba ella, hasta que vio el esfuerzo que se notaba en sus muñecas y cómo todo el peso de la moto parecía irse hacia su habitáculo cuando él aceleraba.

Unas suaves colinas cubiertas de lo que parecía alfalfa o algún otro tipo de hierba para pasto los separaban de los grandes farallones. No es que Constanza entendiera de forrajes sino que, efectivamente, había caballos y ovejas que sin duda no eran suyos pastando en sus terrenos. Se lo señaló a su marido con la mano, pero estaba demasiado concentrado en que la bestia de metal no se le desmandara. A veces la erosión del camino hacía que todo el conjunto se inclinara preocupantemente, tanto que cuando vieron el océano abrirse ante ellos, empezó a hacer aspavientos con las manos para lograr que el piloto parara la máquina que parecía fuera de su control. Tras tomar una curva a la izquierda especialmente angustiosa, el ingenio paró y su piloto exhaló un suspiro.

—¡El tipo que me la vendió me dijo que esto era lo más fácil del mundo! Eso que le insistí en que la necesitaba para el campo, pero… ¡no creas que es sencillo! Hay que hacer fuerza para aguantarla recta y

en las curvas no me puedo inclinar, y cuando acelero todo parece irse hacia ti, y si freno, el sidecar parece que se me viene encima… —le confesó el atribulado motorista.

—¿No la probaste en Francia?

—Apenas unos cientos de metros cuando la compré… Es una moto, ¿no? No pensaba que tuviera ninguna complicación. No te preocupes. Le cojo el tranquillo y vamos a recorrer la isla sin que se te mueva un pelo…

—Eso sí que lo dudo. ¿Has visto esos animales en nuestras tierras? Vamos a tener que encargar unas vallas o algo para que no nos las invadan.

—Creo que no vas a tener que preocuparte por ellos. Según me ha contado Celso, todos los bichos de la isla pastan aquí y allá *en pleine liberté* durante los meses de buen tiempo, y los nuestros, supongo, harán lo mismo sin tener en cuenta las lindes de las fincas.

—¿Y tú lo ves bien? A fin de cuentas, es nuestro pasto.

—Creo, *chérie,* que vamos a tener que volver a aprender muchas cosas. Este es sin duda nuestro pasto, pero también los bultos eran nuestros y, como habrás visto, a ellos no les ha importado eso a la hora de ayudarnos. Han trabajado como galeotes. Si aquí terneras, ovejas y caballos son libres en primavera y en verano, no seremos nosotros los que cuestionen la costumbre.

Como respuesta, su mujer bajó la cabeza y reflexionó sobre todo el egoísmo que se habían traído de otras vidas y en lo enraizadas que estaban en su interior cuestiones como el sentido de la propiedad. Había sido testigo del gran acto de solidaridad y cooperación altruista a la llegada de unos perfectos desconocidos y ahora pretendía responderles con vallas y rejas.

—Sí, me temo que vamos a tener que empezar de nuevo con muchas cosas —respondió al fin.

La conversación los había distraído, aunque era imposible no volverse a observar ese océano que moría en rugidos y en espumas a sus pies para enardecerse y resucitar con más fuerza. Lo miraban con mucho respeto, ahora que sabían de lo que era capaz.

—¡Venga, sigamos! Vamos a tener todo el tiempo del mundo para disfrutar de estas vistas. Te prometo que me hago con este trasto enseguida y te llevo hasta esa maravillosa guarida tuya.

—Nuestra, *chéri.*

—Nuestra, amor.

Continuaron, no sin acelerones y trompicones, la sinuosa línea de la costa por lo que Buss había llamado la Ruta Grande. Recorriéndola no sabían dónde centrar su asombro. Era el bosque a lo lejos, sobre las faldas del volcán, y los riachuelos descendiendo y serpenteando para suicidarse gozosos al llegar al borde del acantilado y lanzarse en los

brazos de esa otra agua, aventurera y libre. Eran los helechos de cola de caballo, los ranúnculos, las brecinas y la clavelina de mar, y los olores salitrosos y los gritos desesperados de las aves marinas. Constanza reparó en un solitario banco de piedra dispuesto al borde de las rocas, listo para sentarse a contemplar el paisaje siempre cambiante y siempre grandioso; un paisaje que era suyo. Se prometió pasar muchas horas sentada en él.

—¡Debe ser por allí, por aquel sendero a la izquierda! —gritó Armand haciendo aspavientos.

—¡No sueltes las manos, por amor de Dios! ¡No parece que haya otra opción, así que gira!

Se agarró con todas sus fuerzas al borde del sidecar, pero Armand ya había aprendido a controlar mejor el hecho de que las tres ruedas estuvieran situadas en ejes asimétricos. Todo era cuestión de práctica. El bosque estaba próximo y no llegaba a atisbarse ninguna casa, hasta que entre los árboles vieron el contorno de madera y la cubierta sobre la que los helechos habían peinado largas cabelleras que mecía el viento.

—*Là voilà, ta taniére!*

Desde la primera visita a Niboyet en París, soñaba la española con ese lugar y con la oportunidad de pasar una temporada absolutamente sola con su amado. No lo habían hecho nunca. Criados, familia, amigos, hoteles. Un dormitorio era a veces insuficiente para dejar fuera al mundo. La Guarida era su sueño hecho realidad. Tenía pensado cuidarlo, cocinar para él, pasar tiempo solos antes del amor y después de amarse. No había reparado en que pretender sustraerse del complejo proceso de asentamiento en una casa nueva era una ilusión infantil que nunca se cumpliría.

Abrió la puerta y entró en ese juguete de cabaña que olía a madera limpia y a seguridad. Buss había cumplido su palabra y en las alacenas había comida, junto a la chimenea, leña, y alguien había hecho primorosamente la cama con sábanas de hilo y mantas de lana. No era tan pequeño el albergue. Fueron recorriendo el salón y el comedor junto a la cocina, y arriba al menos tres habitaciones aguardaban a sus huéspedes. Abrieron los postigos de la más grande y se asomaron para oír susurrar las ramas de los abedules boreales sobre sus cabezas.

—La Guarida es un nombre perfecto —suspiró ella.

—Cuando nos instalemos, ¿crees que podremos mandar a los hombres aquí? Solo mientras les buscamos otro sitio o construimos un pabellón para ellos. No me gusta que tengan que andar por las cocinas.

—A mis mujeres, a lo mejor tampoco, pero aquí no los quiero, Armand. Aquí no. Tengo otros planes.

El primero de ellos era jugar a las casitas con su amado Armand, y

a ello se puso con fruición.

V

A Aimable Virginie el nombre le venía pintiparado.

Recién salida de la adolescencia en ese frío paraíso, no conocía ni el miedo, ni la maldad, ni la inmodestia, ni la lascivia. Era ajena a la llegada del despertar. Había pasado la noche inquieta, tan pronto teniendo calor bajo las mantas como frío al apartarlas. Extraños sueños la acometieron siendo como eran dulces a la vez. Nunca había sentido algo semejante, ni siquiera similar, aunque tal candor no le impidió ser consciente, al abandonar el molino de sus padres de madrugada para bajar al pueblo a amasar y cocer el pan, de la causa de su inquietud. Era por el extranjero. La había removido.

Abrió la tahona y se puso a la tarea. Su rostro no la abandonaba. En la isla no existía un hombre como ese. «Lleva el pelo largo como una chica —pensó riéndose—. Es tan guapo que podría serlo, una chica, pero jamás con esos labios y esa mirada —siguió diciéndose mientras le arreaba a la masa, arriba y abajo, con una energía más allá de lo usual—. Está casado y tiene una niñita», sonaba su conciencia una y otra vez y, sin embargo, ¡qué difícil no querer verlo otra vez!

Las mañanas eran aún muy frescas y era evidente que, junto a la lana y los mitones, se había puesto al levantarse una bonita blusa con un escote algo más que primaveral. No era consciente, o quizá sí. Las jovencitas tienen curiosas formas de relacionarse con la verdad. «Ella es muy guapa y muy chic», el pensamiento acudió a su mente de forma insospechada e inesperadamente la puso triste. Mas las penas no duran mucho a la edad de la maravilla y pronto se vio sacando del horno las hogazas y colocándolas en los estantes hasta que todo estuvo listo para quitar el cierre, como cada día, como todos esos días en los que su corazón no latía de más.

Aimable Virginie era conocida por su amabilidad con las parroquianas y con los pescadores que pasaban hacia el puerto y los empleados del vivero de langostas que querían prepararse el *hamaiketako* con pan crujiente. Venían las costureras y los hermanos del astillero y la criada del gobernador y alguna de las monjas y, al fin, alguien de todas las casas del pueblo. Sabía exactamente quiénes faltaban aún a la cita y les reprendía en silencio su tardanza. Quería cerrar. No esperaría a clientes más lejanos, que llegaban a veces de alguna de las granjas, porque se habían quedado sin su propio pan o iban de camino a alguna parte. La casa grande de los ingleses no enviaba a nadie. Ellos tenían cocinera y criadas que amasaban y mandaban a sus gentes a comprarle los sacos de harina directamente a

su padre. Era de suponer que los recién llegados hicieran lo mismo, pero ¿habían traído su propia harina o habían tenido siquiera tiempo de ir a comprar unos sacos?

En cuanto hubo despachado a los rezagados, supo lo que iba a hacer. Sin quererlo, había dejado aparte algunas de las mejores hogazas del día, ni muy crudas ni muy tostadas, doradas y en su punto. Sin quererlo. Las cogió junto con un impoluto paño blanco y las depositó con mimo en la cesta de su bicicleta. Se cubrió diligentemente con su abrigo, encajó un gorro de lana sobre sus rizados cabellos color de panocha y se puso a pedalear hacia las propiedades. Deseaba no encontrarse a nadie al atravesar Blackgross pero ni eso la iba a detener.

Iba silbando bajito por la vereda que aún nadie transitaba. Amaba sentirse sola, y en La Inexpugnable eso era muy fácil. Al aproximarse a los terrenos del inglés, vio a lo lejos una figura alta y muy abrigada que caminaba hacia el bosque. No podría jurarlo pero le pareció, por el porte, Aline Buss, que salía a escondidas de su casa. Era extraña esa mujer, «y más guapa antes», se dijo, y siguió pedaleando con energía con sus piernas bien formadas de las que se dolía a veces por unos tobillos que hubiera deseado más finos. Cruzó el puente y vio entre los árboles la silueta de la casa roja. ¡Qué cantidad de rumores y de enfrentamientos se habían sucedido durante su construcción! Pero allí estaba, orgullosa y poblada, como nadie pensó que llegara a suceder. «Aquel hombre desgraciado ya llevó su castigo sin que la isla interviniera, o tal vez sí intervino, a su manera», pensó con un estremecimiento.

Empezó a hacer sonar el timbre nada más embocar el sendero de la mansión. Nadie salió a recibirla, así que apoyó la bicicleta con cuidado frente a uno de los muros y fue a tocar la aldaba de la puerta principal. Nadie salió a abrirla. Insistió de forma más perentoria. Una vez envalentonada, nada hacía retroceder a Aimable Virginie. Al final, formó tal escándalo que provocó que alguien le gritara desde la parte de atrás.

—¿Qué haces, muchacha, llamando a esa puerta con tanta insistencia? ¿Qué quieres?

Era una mujer entrada en carnes, pero agraciada y con una cara agradable de ojillos grises y traviesos. «Si está soltera, aún puede encontrar marido en el pueblo», pensó la muchacha antes de contestarle en francés, tal y como había sido interpelada:

—¡Buenos días! Soy Aimable Virginie, la hija del molinero, la panadera de Saint-Pierre-le-Calme.

—¡Buenos días, Virginie! Yo soy Pauline, la cocinera de Thule. ¿Qué buscas aquí exactamente llamando a la puerta de los señores tan de mañana? ¿Quién te ha mandado venir?

El nombre de la casa se quedó suspendido en el aire para que la joven pudiera paladearlo. Había obtenido una pequeña recompensa, la de saber llamar el lugar donde él habitaba.

—¡Oh, no, nadie! Simplemente pensé que quien fuera la cocinera de la casa tal vez no hubiera tenido tiempo, con tanto lío, de amasar o siquiera de ordenar traer harina y, por eso, por eso… he traído unas hogazas, por si les eran necesarias…, yo…, se me ocurrió que tal vez…

—¡Qué magnífica idea has tenido! ¡Haces honor a tu nombre! Dámelas, hay que alimentar a la gente que trabaja. Aunque, escucha, ¿sabes dónde está la cabaña de madera en el bosque? Una que pertenece a esta propiedad.

—¡Claro, señora!

—¿Y está muy lejos? ¿Podrás ir en bicicleta? Los señores han pasado la noche allí, a la espera de que se adecenten sus aposentos, y tal vez quieran pan fresco para el desayuno, pero si es mucho trote para ti, déjalo, enviaré a alguien.

—¡No, tranquila! Por los acantilados sí es largo, pero yo sé cómo atrochar por el bosque. Voy en un momento…

—¡Deja que te pague!

La impaciencia puede delatar más que una pistola humeante. Una vez que hubo recibido los francos de manos de Pauline, se despidió con el encargo de volver al día siguiente.

—Aún no he tenido tiempo ni de organizar las cocinas ni de poner en marcha el horno —le explicó Pauline.

Así que de vuelta a la bici, ligera y más tímida por momentos, puso rumbo a la cabaña. No había mentido al decir que el camino del bosque era más corto, pero había ocultado que era mucho más complicado y que las raíces que sobresalían, los pequeños sauces vellosos que surgían en medio del sendero y las castañas y bayas que rodaban y se colocaban bajo las ruedas, lo hacían algo peligroso. Aun así, solo tuvo que bajarse dos veces para empujar y apenas se arañó un poco los brazos al atravesar las angosturas entre las zarzas.

Al ver de cerca la cabaña, con el humo que salía alegre de una chimenea largo tiempo condenada, le entró canguelo. La señora estaría también allí. Iba a irrumpir en su soledad a dos. Decidió que era mejor comenzar a canturrear y a tocar el timbre un poco antes, por alertarlos. Tras el chirrido de los frenos, se oyó desatrancar una puerta. Era la española la que estaba en el umbral.

—¡Buenos días! ¿Quién eres? ¿Quién te envía?

Aimable Virginie contó otra vez su cantinela aunque sustituyendo su iniciativa por el encargo de Pauline.

—¡Oh, perfecto! Espera que entre a por dinero.

—No, no, *madame,* si ya me ha pagado su cocinera.

Le entregó la hermosa hogaza mientras por dentro se venía abajo. La dama mantenía la puerta entornada y nada podía verse del interior. Se sintió vacía. Oyó crujir la maleza y se sobresaltó pensando en algún improbable animal. De entre los arbustos de abedul y los pequeños serbales que rodeaban el bosque, surgió él. Era él, con el pelo revuelto y unos tocones de leña en las manos, apenas suficientes para recargar una chimenea. Aimable Virginie se turbó y supo por qué.

—¡Mira, Armand, la muchacha ha venido a traernos pan tierno! Es la hija del molinero.

Entonces se dirigió directo hacia ella, plenamente consciente de su presencia, algo que superaba las mayores expectativas de la jovencita.

—¡Gracias, qué magnífica idea! —le dijo sonriéndole «a ella», le estaba sonriendo «a ella», pensó Virginie—. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Tráelo los próximos días y dile a tu padre que vamos a necesitar unos cuantos sacos de harina. Enviaré a buscarlos para que su hija no tenga que andar vagando por el bosque.

—No ha sido ningún problema —atinó a decir entre la conmoción y la alegría de tener permiso para volver.

«Es un hombre de ensueño —se dijo—, pero inalcanzable». Antes de volver a casa, echó un último vistazo a la pareja, «tan perfecta», que la veía marchar desde el umbral. No sabía qué más hubiera querido que pasara, pero sí que una semilla de insatisfacción se había albergado en su corazón. Probó a seguir cantando por un camino que se le hizo mucho más largo que a la ida.

VI

Los Buss, a su manera, estaban enfrentando un desayuno más. Aline no comentó que había salido de buena mañana a pasear y Nat ojeaba un diario llegado en la saca que había desembarcado el Petit Ruritanie. Mistress Buss los miraba en silencio mientras comía gachas de avena, con el pulso poco firme que denotaba su edad más que la piel tensa sobre los pómulos, brillante como la cera, y todavía más que el anticuado gorrito de tela que llevaba afianzado sobre sus canos cabellos. Robert había olvidado que estaban allí y se ocupaba exclusivamente de rellenar el plato con el tocino frito y las salchichas, sin importarle lo más mínimo si quedaba para sus hermanos. Su preceptor, Archie Mauger, tenía suficiente con calmar los ánimos del pequeño Alan y rogaba para que la señora de la casa saliera de su ensimismamiento y reparara en que la pequeña Margaret se estaba poniendo perdida de gachas.

—¿Dónde ibas tan temprano antes del desayuno, Aline? —preguntó de pronto el cabeza de familia con su voz profunda de

barítono—. No se te habrá ocurrido volver donde esas monjas locas, ¿verdad?

Aline carraspeó mientras un púrpura culpable le subía a las mejillas. Atribulada y asustada como estaba, no mintió.

—¡Oh, no, Nathan, qué va! Solo salí un momento a pasear. Me gusta la isla en la alborada cuando comienza la primavera. Es una felicidad ver cómo todo despierta tras un invierno tan largo y tan duro, ¿no crees?

Nathaniel Buss seguía sin levantar los ojos del periódico.

—Creo que has ido a comadrear a la casa vecina. Eso es lo que creo. ¿Vas a negármelo?

—Fue en dirección al puente, eso seguro —aportó la vieja mientras se secaba con la servilleta un reguero de líquido que se había quedado en su mentón prominente.

Aline se atropelló al intentar explicar que sí había ido hacia el puente cuando, en realidad, debería de haberle preguntado a su suegra por qué la vigilaba desde la ventana.

—Es lógico que quiera ver cómo les va, ¿no es cierto? No entendí por qué no me dejaste salir a recibirlos contigo y me parece hasta descortés no darles la bienvenida.

—¿Antes del desayuno, Aline? ¿Así es como te educaron? —replicó su marido.

—No pensé, la verdad… Sentiría haberles parecido invasiva. Yo solo quería… —balbuceó.

Mister Mauger odiaba estos interludios antes de que el patrón cayera sobre su presa. No sabía muy bien qué hacer, y pedir permiso para retirarse no hubiera logrado sino empeorar las cosas.

—No están allí —le advirtió su hijastro Robert—. No pierdas el tiempo espiando a los criados, Aline.

Sus carcajadas hallaron como respuesta una leve sonrisa en los labios de su abuela.

—No lo sabía. Nunca me decís nada. No creo que haya nada de malo en querer conocer a los nuevos vecinos cuando vives en una isla casi despoblada y sin nadie afín con el que poder charlar o pasear.

—Están en la cabaña del bosque. No podrás verlos aún —se regodeó Buss—. Aunque lo cierto es que deberías dar una cena o una recepción en su honor, ¿no te parece? No vas a dejar que crean que no eres una dama o que no sabes comportarte como una de ellas, ¿no, querida?

El rostro de la señora de Blackgross se tensó como el de una colegiala pillada en falta. Nerviosa, plegaba y desplegaba la servilleta de hilo, y no había reparado ni en cómo su hijo mediano intentaba hacerse con el *bacon* que había acaparado su hermanastro, ni en cómo su pequeña Maggie se había puesto perdida con todo tipo de

productos pegajosos que costaría limpiarle del pelo. Ella solo era consciente de la tarea que le acababa de imponer su marido y del enorme riesgo que corría de no poder llevarla a cabo a su plena satisfacción.

—¿Crees que será apropiado? No me gustaría incomodarlos mientras se asientan y, por otra parte, quizá fuera mejor conocerlos un poco antes de…

—Una cena, Aline, prepara una cena de bienvenida para nuestros vecinos de Thule. Tal vez la semana próxima. No te demores mucho más. En caso de que veas que te falta energía, seguro que madre estará encantada de ayudarte. A fin de cuentas, se pasó casi toda su juventud recibiendo a lo más granado de la sociedad, ¿no es verdad, *mummy*?

La anciana señora Buss se limitó a asentir regodeándose en el desconcierto de su nuera.

—De acuerdo, Nat, organizaré una cena para ellos, y supongo que también habrá que invitar al gobernador y al doctor y a…

—¡No me canses con los detalles! —respondió Buss dejando la servilleta junto al plato y levantándose para abandonar el comedor.

Su madre y su hijo Robert lo imitaron. Cuando en torno a la mesa solo quedaron el preceptor y sus propios hijos, Aline Buss respiró tranquila al fin. Todo lo tranquila que podía hacerlo con semejante reto ante ella. «Podría conseguirlo si tuviera tiempo y colaboración, pero tiene que ser ya, en una semana, si no lo hago será un desastre y si lo hago le fallaré, siempre le fallo —se decía de forma circular hasta lograr que la angustia le cercara la garganta—. Quiere meterlos en casa. Quiere meterla en casa. No podré soportarlo de nuevo. Los niños, pobres, no tienen la culpa y…». Una voz con timbre afable la sacó de su bucle obsesivo justo antes de que se le saltaran las lágrimas.

—Saldrá bien, Aline. Puede contar conmigo para lo que necesite. Robert tiene que estudiar él solo para intentar entrar en ese *college* y a los pequeños los entretendremos unos días con algunas lecciones más livianas. Es primavera, eso les dará un respiro. ¿Le parece?

Las palabras del señor Mauger la animaron un poco. En realidad, todo consistía en elegir un menú, cursar unas invitaciones y mostrarse afable con los recién llegados. Nada que no hubiera hecho otras veces, y los Rolzou se habían venido voluntariamente desde el cogollo de la civilización a la isla, así que seguramente no esperaban una recepción a la parisina, para eso se hubieran quedado allí. Al menos, eso prefería pensar Aline antes de meterse a fondo en los preparativos.

El preceptor se levantó de la mesa dispuesto a poner en marcha su propio plan antes de que mistress Buss entrara en una espiral de angustia y ansiedad que terminara en una depresión, como tantas otras veces en las que el señor jugaba con ella como con un gatito que no ha aprendido a sacar las uñas. Archie llevaba unos años con ellos y

no había llegado a comprender las relaciones en el seno de la pareja. No sabía cómo una mujer como Aline, que estaba tan enamorada de su marido, sentía a la vez tanta inquietud o quizá tanto miedo a su lado. No entendía cómo mister Buss, que tan cruel se mostraba a veces, con la disparatada aquiescencia de su madre, era en otras ocasiones el marido perfecto que hasta él sabía apreciar. Lo mejor que se podía hacer en tales circunstancias era centrarse en su trabajo con los niños y dedicar su tiempo libre a la belleza del arte o de la naturaleza, sin intentar penetrar en la intimidad de esas dos extrañas criaturas. Dejó a los dos chicos con los deberes puestos y pidió a una de las mujeres que se ocupara de la pequeña Maggie cuando su madre llamara para dejarla.

—Díganle que he salido para empezar los preparativos y volveré pronto —dejó encargado.

Su cabeza se calmó al salir al aire libre, bajo el influjo persistente de la isla, que no había dejado de maravillarlo ni un solo día de los que llevaba allí. Respiró el aún frío aire de la mañana y se dirigió al cobertizo de las bicicletas para coger la que tenía asignada. En lugar de dirigirse hacia el puentecito que cruzaba el arroyo llamado Ibaya, que bajaba desde la cumbre saltarín y alegre por el inicio del deshielo, cogió la vereda que lo sacaría a la Ruta Grande para circunvalar las tierras de los Buss y también parte de las de los Rolzou. Leves gotas comenzaron a caerle encima, así que sacó del bolsillo de su gabardina un gorro impermeable y lo ató bajo su barbilla. «Un irlandés no cambia sus planes por un poco de lluvia», pensó, aunque sabía que no era su nacionalidad sino el espíritu de L'Imprenable el que le había enseñado que nunca hay que pelearse con la naturaleza, que no queda sino tener la inteligencia de adaptarse a ella.

De esa guisa, solo era un hombre joven bajo la lluvia de primavera, difícil de distinguir de cualquier otro joven bajo cualquier otra lluvia. Aun así, Archie se sentía algo especial cuando recorría los acantilados, nadaba en el lago, pedaleaba entre pastos o trepaba las laderas del Mont Croquer y ascendía hasta los neveros perpetuos desde los que se dominaba casi todo el contorno de esa isla perdida en el océano.

Arreciaba el chubasco cuando pasó junto al banco de la malograda Eliza Conder. Apretó la mandíbula para alejar el cúmulo de pensamientos que se le vino encima y continuó adelante con determinación, tal y como debió hacer entonces para intentar evitar la tragedia. Bien pensado, la lluvia iba a ser una bendición, como todo aquello que les era enviado. «¿Quién no franquea el paso a un profesor empapado que busca refugio?». No respondió a su propia pregunta retórica porque había girado ya hacia el senderito que conducía hasta la puerta del refugio de los Rolzou, y entonces se percató de que un indicador de madera reluciente había sido colocado en el cruce en el

que se podía leer: «La Guarida, 800 metros». Tendría que preguntar qué significaba exactamente ese nombre. Su bilingüismo en francés era muy bueno, pero el español se le escapaba un poco. Suerte que en la isla la gente manejaba una especie de *pidgin* que permitía entenderse a casi cualquiera que pusiera un poco de empeño.

De la chimenea de la casita de madera no salía humo y las contraventanas estaban cerradas. Allí no había nadie. Debería haber pensado que lo primero en adecentarse en Thule iban a ser los aposentos de sus dueños y que estos estarían ya cómodamente instalados allí. Plantado sobre el cuadro de la bicicleta, mientras el agua le chorreaba por el impermeable, debía parecer un bobo integral, se dijo. Enderezó el manillar y, resignado, pensó en regresar, a pesar de lo penoso que se le hacía volver a luchar con la lluvia racheada y el viento en el camino de los acantilados. Decidió adentrarse con cuidado en el pequeño sendero del bosque para salir a la mansión de los Rolzou y de allí, por el puente, a su propia casa.

Bajo los árboles apenas se notaba la lluvia si no era por el repique de las gotas sobre las hojas de los abedules boreales, los serbales y los cedros, que se perdían a su vista en su ascenso por las laderas del Croquer. Tan ensimismado iba mirando al suelo para no tropezar con una raíz, o arañarse con los zarzales, o maravillándose de la floración de las eufrasias frígidas, que no vio venir en un recodo especialmente angosto otra bicicleta que se precipitó sobre él. El estrépito fue más dañino que los resultados del golpe, pero tanto el pelirrojo profesor como la mujer morena de cuerpo rotundo que viajaba en sentido contrario acabaron en el mojado suelo. Tras la sorpresa y la constatación de que los estragos no eran mayores, ambos se echaron a reír.

—¡Tiene narices que, con la poca gente que vive aquí, vayamos a darnos de bruces unos con otros! —exclamó ella en español.

—Perdone, señora…, la culpa es mía. Iba pensando en otra cosa y no la oí llegar. Soy el profesor Mauger, el preceptor de los chicos Buss.

Le tendió la mano con la doble intención de sellar la presentación y de ayudarla a ponerse en pie con cierta dignidad. La doncella pasó también al francés para responderle:

—No se preocupe, monsieur Mauger, yo tampoco iba especialmente atenta. Soy Carmen, la doncella de la señora Rolzou, iba hacia La Guarida para recoger unas cosas que la señora se dejó allí y pensé que es mejor ir ampliando esta vereda con el paso. Es incómodo tener que salir a los acantilados si vamos a estar haciendo viajes sin parar.

—He visto la nueva indicación. ¿Qué significa exactamente La Guarida? Mi español es aún precario…

—La Tanière, según creo, señor.

—Curioso nombre. ¿Quiere que la acompañe? Puedo ayudarla a cargar lo que sea necesario —se ofreció Archie.

—Si no tiene prisa, por mí bien.

—No la tengo. Como ahora amanece tan pronto y el día es largo y seguirá alargándose, nos levantamos y desayunamos al alba, así que hay tiempo para todo.

—Se hace un poco raro que haya tanta luz en mayo si le soy sincera.

—¡Verá usted el mes que viene! Apenas habrá cinco horas de oscuridad. Se adaptará. Nos adaptamos a todo.

Iban empujando las bicicletas en fila india. «Qué simpático parece con esas pecas que le dan un aire tan travieso», pensaba Carmen. «Dan ganas de abrazar esa carne prieta y rebosante de juventud», pensaba Archie mientras seguían intercambiando información sobre las respectivas casas y sobre La Inexpugnable y sus patronos. Una vez los objetos olvidados a salvo en la cesta de Carmen, de vuelta hacia Thule, el preceptor se sintió lo suficientemente cómodo como para plantear la cuestión que le había llevado a salir a pedalear bajo la lluvia tras el desayuno, en lugar de estar junto a la chimenea ocupándose de sus pupilos.

—Pronto estrecharán lazos. Me consta que mistress Buss está pensando en dar una cena de bienvenida para sus señores y algunas personas preeminentes de la comunidad. Creo que dentro de unos días llegarán las invitaciones.

—¡Oh, no! ¡No puede ser! ¡Es madame Rolzou la que está preparando una fiesta para inaugurar Thule y mostrarla a los Buss y al resto de la comunidad! No sabe todos los encargos que he hecho ya para esa ocasión. No pueden chafarle a mi señora el placer de abrir las puertas de su nueva casa. Además es lo indicado, ¿no cree? ¿De quién ha sido la idea de quitarle así el gusto de agasajar bajo su techo a la sociedad isleña?

—Hasta donde yo sé, mister Buss ha encargado a la señora organizarlo —respondió encantado. Aquello iba mucho mejor de lo que había pensado. Era la ocasión perfecta de librar a Aline Buss de la angustia en la que había quedado sumida.

—¡Ni hablar! Me tiene que ayudar a chafar ese plan.

—Y ¿cómo podría hacerlo? —dijo travieso el profesor.

—¿No puede intentar que retrasen el envío de las invitaciones? Yo voy a decirle a madame Rolzou que debe hacerlas llegar cuanto antes. Hasta donde yo sé, al menos en el continente es así, la primera que se curse invalidará la otra.

—Así debe ser, en efecto. Voy a intentarlo. A fin de cuentas, es casi seguro que van a contar con mis dotes de caligrafía, como otras veces, para confeccionarlas.

—¿También sabe de esas letras? —preguntó coqueta Carmen.

—Es el español lo único que me falla, ya se lo he confesado. Tal vez pueda usted ayudarme a perfeccionarlo la próxima vez que nos veamos.

—Eso, la próxima vez hablaremos solo en español.

Estaban llegando a la explanada de Thule, y Archie Mauger no tenía ninguna necesidad de presentarse aún a sus habitantes, ahora que había logrado tan fácilmente lo que había salido a buscar y en el mismo paquete una especie de cita diferida con una mujer distinta a las que llevaba viendo los últimos años. Solo tenía que contarle a Aline Buss los planes y decirle que fingiera algún preparativo hasta que llegara la invitación de la otra casa.

Cruzó el puente hacia Blackgross silbando y con el gorro de agua caído sobre la espalda porque había dejado de llover.

5

I

La cerveza estaba templada y fuerte, pero era la mejor que eran capaces de hacer en la isla y el doctor no le hizo ascos cuando Norbert se la colocó sobre la mesa redonda de tosca madera, situada junto a una de las ventanas de Au Convent que miraban al puerto. Era aún temprano para los trabajadores manuales, pero Alberto Aramendi había cabalgado a través de la isla desde el amanecer y estaba sediento. Retiró con un dedo delicado el visillo de encaje que la mujer del posadero lavaba y lavaba cada semana para que siempre estuviera impoluto. No sería él quien lo mancillara. El océano era una lámina de acero pulido. Vacío y vasto. Los hermanos Guruchet subían por el camino, a tomarse un vino con el *hamaiketako* antes de continuar la faena. Norbert sacaba brillo a los vasos mientras fisgoneaba. El médico, por su parte, advertía la curiosidad ajena desde siempre. Era un reflejo de alerta aprendido en una adolescencia demasiado movida, antes de sentar cabeza, si es que, pensó, podía llamarse así a haber abandonado un puesto en tierra para emplearse en un barco y un barco para vararse en una isla desaparecida de los mapas.

Norbert no lo miraba por mirar. Iba a echarse a hablar en cualquier momento. La única duda de Aramendi era si lo haría antes o después de que llegaran los Guruchet. Apostó por que tendría paciencia. Si su diagnóstico no fallaba, lo que Norbert buscaba lo hallaría con creces con una parroquia más amplia. Los dos hermanos habían terminado casi de remontar la cuesta. El hermano pelirrojo y grandullón, Anixeto, y el taheño, nervudo y callado, Xan, eran no solo los dueños del astillero, en el que se reparaban los pesqueros que a media ruta tenían algún percance, sino los constructores de las casas de medio pueblo y, tal vez, hasta de la mesa a la que estaba sentado. Sus manos volaban sobre la madera con una rapidez que nunca tenían sus palabras. Los labortanos eran muy queridos en la isla, en la misma medida en que eran muy necesarios.

—*Kaixo à tous!* —dijeron en voz no demasiado alta al entrar.

—¡A vosotros tenía ganas de veros yo!… —acogió el dueño de la taberna mientras les ponía dos vasos de tinto canadiense en el mostrador que, en su día, ellos mismos habían creado.

—¿Y por qué, pues? Si nos ves casi todos los días, y si no, ahí al lado nos tienes —dijo Anixeto mientras se trincaba de golpe el primer vaso.

El juego del tabernero era un viejo conocido. Alberto Aramendi esperaba el momento en que la conversación se desplazara hacia él. El patrón no osaba nunca interrogarlo directamente por si lo consideraba una impertinencia. Era una costumbre, una más de las de La Inexpugnable. Resultaba tranquilizador porque reflejaba un mundo conocido y conocible, manejable, un mundo que Aramendi podía comprender y que, por tanto, le daba paz. Al fin, empezó la partida.

—¿Qué tal con los nuevos señores? —se interesó Norbert—, ¿buen trabajo?

—¡Bueno de veras! —respondió el hermano más extrovertido, Anixeto—. Bueno y abundante y, ojo tú, bien pagado. No nos podemos quejar. Vamos a tener faena hasta el otoño y quizá hasta el año que viene.

—Más vale que no vengan barcos con vías o problemas entonces…

—Se dejaría lo de Thule —murmuró Xan—, como es natural.

—¿Y cómo es aquello? —lanzó Norbert—, ¿buena gente?

—Ya te puedes imaginar.

—Hombre, puedo imaginar muchas cosas, pero vosotros y el doctor Aramendi no lo necesitáis puesto que conocéis la casa. ¿No es verdad, doctor? Seguro que estuvo el otro día en la fiesta. No se habla de otra cosa en el pueblo, aunque se chafardea sin sustancia porque estar, las lenguas más largas, no estuvieron.

Alberto Aramendi sonrió. Esta vez había ido rápido. No se había entretenido con esos dos que eran grandes trabajadores pero no cultivaban precisamente la oratoria. Gruñó levemente. No iba a rendirse tan rápido. Norbert tendría que esforzarse siquiera un poco más.

—Yo de fiestas no sé, bueno, sí, sé que el otro día había mucho revuelo y mucho preparativo, pero nada más. Nosotros andamos terminando uno de los establos y luego le tocará a una casita para los trabajadores, que a lo mejor no puede estar lista antes del invierno —informó Anixeto.

—Fiesta hubo, ¿no, doctor? ¡No se olvidarían de invitarle!

Norbert apretaba ahora con lo peor que te podía pasar en San Pedro de la Bonanza, es decir, que te hicieran un feo o un vacío; que las fuerzas vivas te consideraran socialmente muerto.

—No, tranquilo, estuve desde luego en la magnífica cena que dio

madame Rolzou.

—¡Buena hembra esa!

—Norbert, no creo que debas…, ni estando entre hombres. Es una dama y, si te refieres a su hermosura, a la vista de todos está —respondió Aramendi fingiéndose indignado.

—Los ingleses estuvieron también, supongo…

—El señor y la señora Buss asistieron.

—¿Y?

«¡Qué habilidad la de este hombre! —pensó el doctor—, ha utilizado solo una copulativa convertida en interrogativa para plantear el meollo de la cuestión». La cuestión no era otra sino la que todo el pueblo ardía en deseos de saber, la que el propio Aramendi había estado esperando resolver durante toda la reunión. «Esta vez se merece que le dé lo que busca o, al menos, una parte», admitió para sus adentros.

—Aparentemente bien. La vieja se quedó en casa. La habían invitado pero se excusó. No era salón en el que pudiera lucir sus habilidades. Los dos señores de las casas más importantes de nuestra magnífica isla parecieron congeniar. Pasaron gran parte de la sobremesa en la biblioteca de Rolzou y luego nos invitaron a ver su equipo de onda corta instalado en el torreón.

—¡Otra radio! Por un lado bien, pero por otro…, me temo que vayamos a tener más mundo del que deseamos —se quejó el Guruchet más menudo.

—Déjalos con sus juguetes. Mientras luego sirvan cuando de verdad hagan falta…

—Servirán. Rolzou es un caballero y está dispuesto a aportar a la comunidad más de lo que pensáis. Por ahí no veo el problema —dijo el doctor apurando su bebida.

—¿Las damas también congeniaron? —insistió Norbert.

—Congeniaron.

—Esa mujer está consumiéndose —dijo Xan—, la inglesa, digo.

—La española no iba a ser. No hay más que mirarla. —Rio el posadero.

Xan se calló visiblemente incómodo. En ese momento la posadera apareció por la escalera que bajaba de las habitaciones. Era evidente que había oído la última frase de su marido.

—Eso mismo decías de la otra. No seas cenizo. Los hombres, como siempre, no servís ni para el comadreo. Nada de lo que comentáis tiene importancia. Solo esto que os acabo de decir la tiene. Dices de ella lo que decías de la otra y te olvidas de reconocer que esta te la recuerda, ¿verdad, marido?

La imagen de Eliza Conder planeó sobre ellos como si la tabernera la hubiera conjurado.

—Esa es la cuestión. No puede ser casualidad.

Y, sin más, entró en la cocina y los dejó solos con la evidencia.

Aramendi se levantó y pagó. No tenía intención de dar más detalles sobre una invitación privada. Él tenía sus propias disquisiciones, lo entretenían mientras iba de una visita a otra, de una parturienta a una apendicitis. «Solo se parecen, pero lleva razón la mesonera, hay algo en Constanza Rolzou que hace inmediatamente pensar en Eliza Conder, aunque sí podría ser casualidad, a fin de cuentas Eliza era hija de un almirante español y tan morena como nunca sería una hija de Albión». Desenganchó el caballo y lo cogió de las riendas para que lo siguiera. Pasó el puente sobre el Odús caminando pensativo, con el semoviente detrás, y entró en el pueblo para pasar consulta el resto de la mañana.

La cena había estado perfectamente organizada. Los anfitriones habían sabido atemperar su cosmopolitismo para encajar mejor en el espíritu sencillo del lugar al que habían llegado. «Aun así, todo era delicado y sutil, incluso cuando pretendía ser rústico —recordó—. Ella tuvo que haber supervisado cada detalle, cada centro de campánulas, hepáticas y armerias marítimas, cada salsa de las servidas con las mejores langostas del vivero, el asado de ganso y la compota de arándanos, los vinos de su suegra traídos de Francia, su mano estaba en todo ello», se dijo melancólico. Tampoco había creído necesario entrar en detalles sobre los flujos anímicos que había sentido circular entre unos y otros invitados. No quería parecer mesmérico, pero sí era consciente de la subyugación que la personalidad de Buss estaba empezando a obrar en Rolzou. Prácticamente eran dos hombres encerrados en la isla con un único juguete común: su cultura. Él mismo era tal vez el tercero en discordia que podría estar a la altura en sus conversaciones. «Me hubiera gustado no pasar a fumar con los hombres y haber observado cómo se mostraban las dos señoras, una vez solas, con las esposas de los otros invitados. Desearía saber si Constanza va a ser al fin la influencia benéfica que Aline necesita». Solo restaba aguardar.

En la puerta de su casa, de un granate que la hacía inconfundible, había ya una fila mediana de personas esperando a que abriera la consulta. No tenía a nadie que lo ayudara. Era un hombre solitario y un médico solo al que algunas veces le echaba una mano una de las monjas huidas de las atrocidades de los hombres del siglo. Lo asistía, pero nunca hablaba de lo que había sucedido ni de cómo habían logrado escapar. La hermana Fernanda del Santísimo Sacramento era una mujer bragada que antes de evadirse de Madrid lo había intentado todo y que solo al final optó por refugiarse en Ondárroa con el tío *arrantzale* que la puso a salvo, junto a un puñado de compañeras, en La Inexpugnable. La hermana Fernanda se las había visto con partos,

enfermedades infecciosas y hasta heridas de bala. Trabajaba de forma eficiente, callada e incansable, pero no siempre podía contar con ella. Las monjas están hechas para el rezo, y eso debían hacer en la granja que habían comprado al norte, rezar sintiendo las brisas heladas que en invierno llegaban, libres de cualquier odio, de la no muy lejana Groenlandia.

II

Celso había aprendido a dormir en la guerra. No lo despertaban los proyectiles de artillería, ni las ráfagas de ametralladora, ni los gemidos, ni los gritos. Al igual que otros españoles, sabía bien que se muere de bala pero también de sed, de hambre y de sueño. Tal pericia le era necesaria incluso en La Inexpugnable, donde el silencio imperaba pero la luz se batía para colarse en el descanso de cualquier hijo de madre. Celso roncaba. A Antoine, obligado a compartir habitación con él mientras los Guruchet no terminaran el nuevo edificio, le hubiera gustado zarandearlo cuando a las cinco de la madrugada la claridad se filtraba hasta su almohada volviéndolo irremediablemente activo.

Esa mañana iba a poder darse el gusto, porque apenas enfilado el amanecer, la campana de avisos de Blackgross tocó a langosta, y a Celso le correspondía repetir la llamada desde Thule para que siguiera viajando a lo largo de la isla y todos sus habitantes supieran que la jornada era propicia para la pesca. Fue la primera instrucción que recibieron: aprender a identificar los toques y volar a repetirlos. Así viajaban las noticias en brazos de la brisa o del vendaval desde la torre del vivero al acantilado de las Viudas, y de allí a Blackgross pasando por Thule y Haizerrota, hasta rodear la isla como un niño la cintura de su madre.

Tenían por delante diecisiete horas de trabajo hasta el ocaso. Antoine despertó a Celso para que fuera al repique y él mismo tocó a las puertas de las mujeres por si no habían comprendido el mensaje. Thule se puso en pie y no eran ni las siete cuando, excepción hecha de la *nanny,* la pequeña Irene y la cocinera, todos comenzaron a bajar hacia el puerto. Por el ruido supieron que los Buss los precedían en el sendero.

En la confluencia con la Ruta Grande, casi a la entrada de San Pedro, oyeron grupos que bajaban cantando desde la Casa de Gobernación, y del otro lado del Odús llegaban los posaderos de Au Convent y el molinero con su familia y los Guruchet, con las gentes de las granjas del norte y un curioso grupo de monjas con las tocas al viento y, en fin, todo aquel que tenía edad y fuerzas en la isla estaba

llegando a pie, en bicicleta o a caballo, para salir a la langosta.

Armand lideraba a los de Thule, Buss, a los de Blackgross, y ambos, aunque eran los mayores accionistas de L'Homard Imprenable SARL, la empresa en la que participaba todo isleño, iban pertrechados como correspondía a quien va a pasar el día faenando en la mar. En el malecón esperaban afanosos los habitantes del pueblo que habían llegado antes. Hasta la vieja Maca había bajado junto a su hijo Basilio y los otros pescadores que preparaban las jaulas y se las pasaban a Anixeto o Xan si alguna de las piezas de madera parecía poco firme. No había días mejores para comprobar el verdadero espíritu de la isla. Todos a una. A lo largo del año, con la venta de esos crustáceos se establecía un fondo común y se nutría un economato que aseguraba que ni uno solo de los isleños tuviera que pasar necesidad.

La mayoría tenía una misión encomendada. Las mujeres partían los pescados que otros colocaban en las trampas, y los pescadores aparejaban sus barcas. Solo los de Thule no sabían dónde acoplarse. Muy pronto Basilio, que parecía el capataz de la operación, los fue distribuyendo sin rencores en las tareas y las embarcaciones. Por vez primera, Constanza se vio separada de Armand y embarcó en la Volontaire junto con su patrón, un pescador, un granjero del norte, el doctor y Aline Buss. No faltaron las chanzas para alertar a Ferdinand de la poca ayuda que iba a tener durante el día. La española no respondió con la palabra sino con el gesto. Enfundada en el *ciré* que le había regalado Dachary, se puso inmediatamente a estibar las trampas y a ayudar en el arranchado. Aline Buss permanecía entretanto sentada en la proa con un indisimulado nerviosismo. Constanza se dio cuenta de que no perdía de vista la embarcación a bordo de la cual iba su marido. Ella, sin embargo, levantó la mano con energía para despedirse de Armand y se aprestó a su primera pesca. Todos los habitantes de Thule fueron dispersados en la flota, no había forma mejor de que aprendieran y comprendieran la importancia de ese rito. Tan excitada estaba la señora Rolzou que no reparó en cómo la muchacha del molino se las había arreglado para subir en la misma barca que su marido, ni en que su Carmen navegaba visiblemente feliz junto al preceptor de los Buss, ni en cómo Celso se aferraba al banco de madera de la chalupa, para no bambolearse, justo junto a la mano de una moza robusta y dicharachera.

No había tiempo. La Inexpugnable salía de pesca.

Carmen iba sentada en la proa de la Aita Mari completamente extasiada. El océano desfilaba al alcance de sus dedos, plano como un espejo, frío como un perro yerto. Parecía domesticado, acaso dormido, en comparación con las aguas totalmente desatadas que había conocido. Era muy diferente verlo pasar tan cerca, dócil al paso de la quilla, dispuesto a darles su riqueza. Archie adivinó lo que pensaba y

la sacó de sus ensoñaciones.

—No es su verdadero rostro, no se confíe. Esta placidez es tan poco común que ya ha visto la prisa que nos damos todos para aprovecharla. Es tan efímera que puede que en unas horas comprobemos que era solo una careta —le gritó sobre el ruido del motor.

—¡Es impresionante! Da hasta un poco de reparo, como si el mar nos estuviera engañando, ¿no cree?

—No lo desestime.

Navegaban cerca de los acantilados, que, vistos desde tan menuda chalupa, parecían gigantes amenazantes que, en algunos tramos, hasta les hurtaban el calor del sol. Desde la popa los arengaron para que se pusieran en marcha.

—¡Vosotros, menos cháchara y más trabajar! ¿Por qué no vais cebando las nasas?

No fue un espejismo. Carmen vio cómo el irlandés se sonrojaba, pillado en falta. Puede que ella también, pero tuvo la precaución de ponerse a tirar del cubo del cebo, lo que en su caso disimulaba la reacción. Las jaulas eran artesanales pero ingeniosas. Tenían una entrada grande y franca para la langosta que acudía al olor del arenque sanguinolento que estaba alojado en un segundo compartimento al que se accedía por un embudo hecho de malla. Una vez saciado, cuando el crustáceo quiere salir a pasear de nuevo por el lecho oceánico, se encuentra enredado en un trenzado de hilos que no lo deja salir. Pronto las tuvieron llenas de cebo y listas para lanzarlas por la borda. El patrón bajó la mecha del motor y les señaló una zona a babor: «¡Allí!». Era una de las misiones más delicadas, la de elegir dónde arrojar las nasas. Todos los tripulantes se pusieron a atar con cabo las boyas de vidrio soplado —envueltas en una malla cuyo estado comprobaba cuidadosamente Carmen— a las jaulas para marcar dónde las habían enviado al fondo.

Pacientemente fueron largando las nasas. A lo lejos, a lo largo de la costa, eran visibles otras barcas que hacían lo propio. En la Volontaire era Aramendi el que se había constituido en instructor de la recién llegada. Afortunadamente, porque Constanza aún no había conseguido sacarle a Aline Buss más de dos o tres frases de cortesía.

—Las aguas frías y limpias de La Inexpugnable propician que las langostas y los bogavantes crezcan muy lentamente, y eso los ayuda a desarrollar su exclusivo sabor dulce y delicado. Ya ha comprobado usted que la carne es blanca, suave, dulce. ¡Deliciosa! Más con las espléndidas salsas de su Pauline, por supuesto —comentó el doctor mientras descendían las jaulas con las sogas y amarraban arriba las boyas.

Constanza se apartó de la cara las mechas que se le habían soltado

por el esfuerzo. «Sin mixtificaciones es aún más bella», pensó el médico.

—¿Por qué sale usted al mar? Lo veo innecesario. Lo necesitamos todos. Creo que debería quedarse en tierra en previsión de posibles accidentes —dijo ella.

—¿Cree que si fuera muy peligroso usted o mistress Buss estarían aquí conmigo? No, no lo es. Solo se toca a langosta cuando el mar está en un punto adecuado. Lo más que nos podría pasar sería caernos en un descuido y, en ese caso, seríamos izados de inmediato. Eso sí, el agua está fría también en verano.

—Es una fórmula curiosa, casi revolucionaria, ¿no le parece? Quiero decir que algunos de los agitadores que recorren Europa se morirían por ver este experimento de economía comunitaria —comentó Constanza.

—Más que revolucionaria, es muy arcaica —respondió sorpresivamente Aline.

Ambos se volvieron hacia ella. Constanza sintió que era el momento de animarla a participar:

—Claro, Aline, llevas razón. Las economías primitivas eran comunitarias en gran medida. Supongo que demasiada concurrencia de recursos o demasiada escasez vuelven al hombre avaricioso.

—En su día, Nathan intentó averiguar hasta dónde se remontaba esta costumbre y no lo logró. Ciertamente cuando ellos llegaron no existía ninguna empresa que respaldara el esfuerzo y tampoco se habían establecido los canales de comercialización que ahora disfrutamos. Han hecho grandes cosas por la isla, los Buss —terminó.

—Yo reconozco que me lo encontré hecho —dijo Aramendi.

Constanza vio cómo se abría una vía que no pensaba dejar pasar.

—Nathan nació en La Inexpugnable, ¿no, Aline? Pero tú no, por lo que has comentado.

La inglesa aparentemente solo oyó la segunda de las preguntas.

—Eso lo sabe todo el mundo. A mí Nathan vino a buscarme a Inglaterra. Él había estudiado allí. Ningún misterio.

La voz sonaba con un poso de alerta. Constanza insistió.

—Perdona que pregunte cosas que seguramente el doctor sabe de sobra, pero es que me interesa todo lo relacionado con la isla. ¡Me parece apasionante! ¿Cómo vinieron a dar aquí los antepasados de Nathan?

Aline miró a Alberto Aramendi como una mosca podría mirar a un humano desde dentro de una telaraña. Este captó el mensaje. Hacía mucho que se ocupaba de mistress Buss, tanto como para meterse en la trampa a salvarla.

—Es normal que aún no lo sepa, madame Rolzou, pero hay una norma de cortesía en la isla que no conviene romper.

—¿Y la he roto? ¡Oh, disculpen si he sido maleducada!, pero no entiendo a qué se refiere.

—En la isla cada uno tiene sus motivos. Usted tiene los suyos o, mejor dicho, es su marido quien los tiene, y puedo sospecharlos. Yo tengo mis porqués. Las monjas de la costa norte tienen otros. Hasta los Guruchet o cualquiera de los pescadores poseen buenas razones. Lo que intento decirle es que no consideramos de buen tono indagar sobre las vidas pasadas o las causas que hicieron que cada uno de nosotros abandonara todo para venir a parar aquí. Indudablemente algunas son *vox populi* y también hay algunas familias que llevan varias generaciones asentadas pero, incluso con esas, es mejor ser precavida. No por nada, entiéndame, Constanza, sino porque hurgar no es agradable y es mejor esperar a que quien lo desee le entregue su confianza. Usted misma, por ejemplo, puede que algún día nos cuente por qué está ahora mismo pescando langostas y no en un salón de París.

La española se quedó corrida. Nadie había tenido que llamarle la atención en sociedad jamás, y ese feo y sin embargo atractivo médico de pueblo acababa de darle un buen rapapolvo. Vio cómo se retiraba el abundante flequillo entreverado de gris con la mano abierta y dirigía su mirada al agua para dar por concluido el incidente.

—Alberto, ¿no ha traído prismáticos? —preguntó de pronto Aline.

El doctor, en vez de contestar, la miró con ternura y estrechó con su mano una de sus rodillas, como para animarla. Inmediatamente se levantó y se encaminó a popa para ocuparse con el patrón de la pesca, dejando a las dos mujeres solas a proa. El silencio se instaló entre ellas hasta que la inglesa, inopinadamente, abrazó a Constanza y susurró:

—¡Me gustaría tanto que fuéramos amigas!

Entre tanto, Armand, a bordo de la Victoria, comía uno de los deliciosos bocadillos de carne con pimientos que había preparado Pauline a toda prisa para la familia. Cada uno llevaba su propia colación, pero el francés compartió el buen vino que había echado a la bota, esa extraña invención española que tanta gracia le hacía y que tan práctica era para la vida al aire libre. La cerró y se la pasó al patrón con mano precisa. Este no le hizo ascos y bebió a gargallo, casi como un paisano.

Aimable Virginie llevaba horas sin lograr despegar los ojos del señor de Thule y sin que este hiciera la menor mención a una circunstancia que empezaba a ser embarazosa. «¡Está tan guapo, con los mechones que le despeina la brisa, ahí de pie vestido como un pescador bretón!», pensaba la jovencita. Estaba satisfecha por el disimulo con el que se había colado en esa barca; era solo su impresión personal, no engañó a nadie más. Armand andaba un poco molesto por haber ido a caer en un grupo con tan poca conversación.

Su mujer había tenido más fortuna, el médico y la inglesa tendrían una charla más amena que el grupo de isleños que lo acompañaban a bordo. Luego estaba el encantamiento que sin duda sufría la muchacha. Lo había vivido tantas veces en sociedad que no tuvo ningún problema para identificarlo, pero ese no era un salón mundano, ni la pequeña panadera se merecía el cinismo que hubiera mostrado con cualquier coqueta. Verbalizó su impaciencia por ir a levantar las nasas, que era su forma de exteriorizar su irritación.

—Patrón, ¿cuándo levantamos?

—Dentro de una hora —respondió taciturno.

Una hora era mucho tiempo para permanecer bajo escrutinio, así que decidió tomar la delantera y sacar al menos algo en claro de la espera. Los acantilados se elevaban sobre sus cabezas y parecían gritarles lo pequeños y prescindibles que eran en el orden de la creación. ¿Cómo iba a hacerles semejante comentario a esos paletos? Debía encontrar otra cosa hasta que pudiera tener una conversación en condiciones con Constanza o con el mismo Buss.

—Parecen inmensos telones de piedra —dijo señalando hacia arriba—, pero si uno se fija bien, justo ahí parece que se abriera una grieta…

—Es una pequeña cala, monsieur Rolzou —le contestó el pescador —, es inaccesible desde tierra y prácticamente también desde el mar, menos los raros días de calma chicha, como hoy, en los que se puede entrar.

—¿En serio? ¿Podemos ir a verla? ¿Se puede desembarcar? —explotó como un crío.

—Tenemos que echar una hora de espera, así que se puede probar —le respondió cachazudo y con nulo entusiasmo.

—¡Vamos, pues! Me encanta verlo todo desde una doble perspectiva. Tienen que indicarme exactamente dónde nos hallamos para que yo pueda identificar a qué parte de la Ruta Grande corresponde.

—¡Oh, señor, es muy fácil! —intervino la hija del molinero—. Justo debajo del banco de la inglesa, de la que murió.

—Son mis tierras, pues, lo que está ahí arriba —dijo estremeciéndose levemente sin saber a cuento de qué.

—Lo son —respondió el patrón, que ya se dirigía hacia la estrecha abertura.

A pesar de la calma, el agua se revolvía al entrar y salir a la vez de una cala tan pequeña. La barca entró a trompicones. «Otra vez la mar de popa», recordó Armand, y quedó en el centro de ese circo perfecto de pétreas paredes llenas de recovecos en los que anidaban frailecillos que, sorprendidos por la inesperada visita, salieron volando en tromba, dejando manchas tricolores sobre el aire en una exhibición de

vida que contrastaba con rocas tan impresionantes y baldías. Arribaron a una exigua playa de arena negra de un par de metros de ancho, no más, y el patrón dejó embarrancar la quilla lo suficiente para que él pudiera dar un salto y poner el pie en tierra. Él bajó también y sujetó con una mano la amarra para impedirle al agua hacer travesuras.

Armand restregó sus botas en la arena basáltica hasta oírla rechinar. Mirar hacia arriba le producía una suerte de vértigo inverso, un sentimiento cercano al aplastamiento. Era inexpugnable, era inaccesible, y solo por constatarlo dejó escapar un suspiro de alivio. No había pasado el tiempo suficiente para que se hubiera permitido olvidar la sombra de la futura masacre que lo había arrastrado hasta ahí.

—Cayó por ahí, justo por encima de donde está parado —gritó Aimable Virginie.

—¿Cayó? ¿Alguien cayó por aquí?

Nada más preguntar, reparó en que se refería a Eliza Conder y que su muerte debió haber sido inmediata. Se alegró. No tenía la menor idea de que el banco estaba colocado en el punto justo de su desgracia.

—Supongo que pusieron el banco para recordar el lugar del accidente.

—No, ¡qué va!, lo hizo poner ella para sentarse a mirar el mar desde el acantilado. ¡Le encantaba! Muchas veces la vi de lejos, con un libro o simplemente observando. Y, señor Rolzou, no fue un accidente, le digan lo que le digan. Toda la isla sabe que la inglesa se suicidó. Por eso está enterrada bajo su banco. Hubieran puesto problemas para darle sepultura en sagrado en el pueblo, ¿entiende? Y llevarse el cadáver de aquí no era posible. Su marido le dio sepultura en el lugar que ella prefería y se fue para Inglaterra. Solo. Fue muy triste todo. Él la quería mucho, eso se notaba.

Nadie había comunicado al nuevo propietario que la anterior señora de sus tierras estaba enterrada en ellas. No era supersticioso, pero le pareció de mal gusto que ni Niboyet, ni Buss, ni el propio Conder hubieran mencionado nada al respecto. Sin embargo, él también se pensaría si contárselo a Constanza, que era muy impresionable y había decidido nada más llegar que aquel iba a ser un lugar especial para ella. Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero.

—¡Visto! ¡Vámonos ya, patrón, que estamos molestando a los pájaros que andan de cría!

El marinero había virado la embarcación y lo ayudó a subir antes de darle un impulso a la popa de la barca para desencallarla. Saltó limpiamente al interior, arrancó de un tirón de cable el motor y puso rumbo a mar abierto. Había llegado el momento de cobrarse las

langostas.

En todas las barcas se producían escenas similares al levantar las jaulas. Las mujeres daban grititos de placer al verlas salir con varios ejemplares atrapados. Los hombres atraían con esfuerzo las nasas de madera, ahora llenas de crustáceos, y las hacían pasar por encima de la borda chorreantes de agua salada. Constanza intentó izar una ella sola y acabó cayendo de culo sobre el fondo mojado de la barca, con las manos despellejadas. Un rictus digno la acompañaba mientras intentaba hacer oídos sordos a las risas a bordo. Tal vez para compensarla, o para dejarle aún más claro cuál era su sitio, los marineros le ofrecieron colaborar en el tallaje de las capturas. Antes de eso, comenzaron a extraer los ejemplares uno por uno, con sumo cuidado, «si se rompen no se pueden vender», y a arrojar directamente alguno por la borda.

—¿Qué hacen? Si siguen tirándolas, volveremos con las manos vacías —se extrañó Constanza.

—Son las hembras, señora. Son las que nos asegurarán que no falte pesca. Los machos están destinados a la matanza, lo mismo que los hombres, mientras que ustedes serán preservadas.

—No me malinterprete, patrón, era solo por no ser los que menos capturas llevemos a puerto.

—Todos están haciendo ahora lo mismo. Nos va el futuro. No se preocupe y venga aquí a tallarlas.

Constanza vio a Aline con una media sonrisa en la boca y se malició que iban a ponerla en alguna situación incómoda que ella ya había vivido antes. Se volvió, le guiñó un ojo y avanzó decidida.

—¡Agáchese y coja una!

—No seas cruel, Ferdinand —dijo el médico—. ¡Ni se le ocurra meter la mano en la caja, Constanza! Espere, que yo voy a enseñarle cómo hacerlo.

—Usted tampoco debería meterla. Las manos de un matasanos son demasiado útiles para arriesgarlas —masculló el pescador.

—Pero no te importaba que las metiera la señora Rolzou.

—No era con mala intención. Solo quería gastarle una broma.

Aramendi cogió delicadamente la mano de Constanza y la guio hasta la jaula para mostrarle cómo extraer de la mejor manera una langosta. Aline volvió a exhibir una media sonrisa enigmática.

—Tiene que cogerla ahora por las antenas, que estas queden mirando hacia usted. ¡No, nunca de la cola! ¡La mueven demasiado y se hará daño!

Constanza estaba a punto de llorar. Las manos arañadas tenían alguna diminuta gota de sangre que ella intentaba coagular con cabezonería. De nuevo fue el médico quien enderezó la situación.

—Tranquila, debemos hacerlo al revés. Yo voy a coger la langosta

por las antenas y usted va a medir la longitud del caparazón, no tome en consideración las pinzas.

La española, más tranquila, consiguió al tercer intento tomar la medida que le pedían.

—Quince centímetros.

—Échela aquí dentro y siga midiendo. Cualquier ejemplar por debajo de los once centímetros y medio, por la borda, ¿entendido?

El mismo entrenamiento sufrieron todos los novatos en las diferentes embarcaciones. Poco a poco las jaulas eran izadas y los depósitos con agua salada situados en el centro de las barcas se fueron llenando de langostas, medianas y grandes, que transportar hacia la cetárea del pueblo.

Eran casi las ocho de la tarde cuando comenzaron a rebasarlos embarcaciones que navegaban de vuelta a San Pedro de la Bonanza. En la Volontaire también estaban ya preparados para regresar. Desde las bordas los saludaron con la mano al pasar Buss y también Armand, Antoine y los antiguos polizones.

—Es hora de volver —dijo Ferdinand—, apenas nos quedan tres horas de luz y entre la navegación y la descarga se esfumarán. No queremos que nos pille la noche en el agua. Saliendo ahora podrán incluso llegar con claridad a sus casas.

Era extraña esa luminosidad que no parecía tener fin a pesar de que el sol estaba acostado sobre el horizonte. Constanza volvió a sentarse en la estrecha banqueta de proa junto a Aline Buss y, sin mediar palabra, tomó su mano y se la estrechó. La inglesa la entendió: ella también quería ser su amiga.

III

La llegada del verano hizo fructificar las amistades. Refulgían a mediodía los ladrillos rojos de Thule bajo un sol que a Constanza le resultaba tímido y que a su doncella Carmen le parecía casi una estafa. Era el verano de un norte que nunca habían conocido y que parecía imposible que perteneciera, siquiera sobre el papel, a una patria agostada y ardiente como la suya. Mas era el verano, el que tenían, el que les abría de par en par la maravilla que albergaba cada rincón de la isla.

Armand y Constanza se prometieron no acostumbrarse nunca a ese milagro. Vagaban como posesos al menor descuido que podían introducir en las tareas diarias. Recorrían los caminos en moto y en bicicleta, andaban entre los árboles y a lo largo de los acantilados, y la isla les devolvía a cambio, en cada recodo, la sorpresa de su belleza. No querían acabar con el idilio demasiado pronto. Sus expediciones

eran superficiales. Solo se permitieron explorar a fondo sus propias tierras, dejando el resto trazado como un boceto en su memoria, abierto aún a la imaginación.

A la par, Thule se iba convirtiendo en un hogar para todos ellos. Volver exhaustos del bosque que se erguía en las faldas del monte Croquer, siguiendo el curso del Ibaya, y ver bajo su salto de agua los muros rojos de Thule y sus chimeneas prometedoras era un placer que no se agotaba, sino que aumentaba a cada regreso a casa. Sus habitantes hervían laboriosos desde que el día apuntaba. Había tiempo para todo en unas jornadas de luz extensa en las que podían disfrutar de la naturaleza y de esa extraña vida tan nueva. Sin embargo, no podían descuidar la necesidad laboriosa de prepararse para un invierno que, a fuerza de relatos, habían aprendido a temer.

Los dominios de Pauline echaban chispas. No solo preparaba las comidas diarias para los señores y los trabajadores de Thule, sino que había instaurado una cadena de producción, comandada por Celso, para embotar, secar, ahumar o adobar todo aquello que fuera susceptible de ser conservado. Los esfuerzos aunados de la cocinera francesa y el capataz alavés habían puesto a sus huestes a recorrer las tierras recogiendo bayas y frutos del bosque para hacer mermeladas, y habían enviado a Zarraga y a Cabrera a faenar con los pescadores, y al propio Armand a cazar en compañía de Buss. Ambos salían a buscar en los bosques el faisán o la liebre ártica que, una vez capturada, procuraban preparar y aliñar en escabeches antes de que la señora muriera de pena al ver esas piezas de un blanco níveo. Las pieles también eran curtidas en una de las granjas que les habían recomendado los Guruchet. Nada se perdía. Todo serviría cuando la nieve cubriera la isla y la vida se amortiguara durante meses.

Nathaniel Buss solía llegar tras el desayuno con su escopeta de caza al hombro y algún pequeño detalle para la niña Irene o para su hermosa madre, a la que ceremoniosamente se lo entregaba. A Constanza había dejado de extrañarle verlo aparecer por las ventanas al filo de las ocho y tocar en la puerta principal o, simplemente, llamar con su voz profunda a Armand de un grito desde el patio. Era un hombre diligente, culto y de agradable trato, no sabía cómo le pudo causar tan mala impresión a su llegada. Un poco más tarde, cuando los hombres habían salido de caza, de pesca o tal vez a visitar al tratante de caballos al norte de la isla, las dos mujeres, Constanza y Aline, llevaban a las niñas al cuidado de los preceptores, a cualquier rincón en el que pudieran jugar y disfrutar del clima tibio y benéfico mientras ellas charlaban o tejían o se dejaban llevar por los ensueños mientras sus miembros se calentaban al sol.

Esa mañana habían acudido a la orilla este del Urdina, casi paralela a La Grande Falaise. Podían así jugar con las niñas en las

calmas aguas turquesa o acercarse a ver el estruendo de las olas rompiendo en los acantilados en un santiamén. Miss Flanner lidiaba con las dos crías en un pequeño estanque que habían fabricado en la arena rojiza, mientras Archie Mauger leía bajo un árbol a Milton con la loable intención de que los jovencitos Buss, Rob y Alan, le hicieran un mínimo de caso a la lección, pero ellos no querían perderse el paraíso en el que sí se hallaban. Al final les permitió irse a nadar al lago.

—Déjelos, mister Mauger, tiempo tendrán de hincar los codos cuando nos veamos obligados a recluirnos, ¿no le parece? —le consoló su patrona.

—¡Oh, mistress Buss! Rob va muy retrasado si dentro de un año tiene que pasar su examen de ingreso, sea en Estados Unidos o en Inglaterra. No me puedo hacer responsable del resultado si cada dos por tres vemos interrumpido el ritmo.

—Acérquese y léanos a nosotras si desea proseguir con su tarea —dijo Aline.

—¿Leerles al escritor que dijo que todos los males del hombre provienen de la mujer? —bromeó.

—¿Por qué les enseña tales despropósitos a los chicos, preceptor?

—Tal vez, Aline, porque es el mismo hombre que en ese texto también escribió: «¡Qué hermosa, qué divina creación es la mujer! ¡Cuán digna es del amor de los dioses!» —se inmiscuyó Constanza.

—Muy cierto, madame Rolzou —respondió Mauger—, pero nunca hubiera osado usar esa cita siendo que estaba dirigiéndome a dos de ellas.

Archie se acercó a la roca junto a la que holgazaneaban las dos mujeres felizmente sorprendido de que la española tuviera una cultura de las letras de la que carecía completamente mistress Buss.

—Así pues, ha leído a Milton.

—¡Cómo no! Estudié en la Sorbona. Armand y yo nos conocimos en sus aulas.

—Y después se casó y lo dejó, supongo.

—¿Lo dejé? Uno no puede dejar lo que ha aprendido. Lo lleva siempre consigo.

—Sin darle ninguna utilidad.

—¿Más utilidad que forjar un espíritu? ¿Se refiere a trabajar? ¡Mi padre jamás lo hubiera consentido! Ayudo a mi marido con sus novelas y artículos, y en ello está perfectamente empleado mi conocimiento.

Aline se removió incómoda ante el giro de la conversación. Mauger, para el que su señora era como un libro abierto, se dio cuenta inmediatamente y decidió cambiar de tema de forma casi brusca, a la vez que reparaba en que sus dos brutos estaban atosigando a las

niñitas durante su baño.

—¡Bob, Alan! ¡No seáis cafres! ¡Dejad en paz a las niñas!

A la par que el grito, llegaron las llantinas. Los dos muchachos habían pateado los bordes del hueco excavado en la arena bermeja para crear la pequeña piscina y el agua volvía al Urdina ante la desesperación de las dos pequeñas y la de su institutriz. Con paciencia, el pelirrojo se dispuso a ayudar a Ada Flanner a excavar de nuevo un charco en el que pudieran divertirse las pequeñas cuando el agua se hubiera caldeado de nuevo.

Las dos mujeres les dejaron el arreglo del entuerto y, tras haber consolado someramente a sus chiquitinas, decidieron dirigirse a pasear al borde de los acantilados, allí donde no se atrevían a acercarse con los niños. Caminaban silentes y Constanza pudo apreciar la belleza fríamente académica de su nueva amiga. No abandonaba nunca un sombrero de ala ancha, ni ahora mismo que la brisa pugnaba por arrebatárselo, tal vez para proteger su tez de una luminosidad y una transparencia perfecta, casi irreal. A su lado, la española se sentía una especie de salvaje sureña, con su piel morena y sus ojos de brasa, frente al azul desvaído de la mirada de la inglesa y su cabello que brillaba casi blanco bajo la luz del sol.

No le había pasado desapercibida la desazón de Aline que todos intentaban aliviar. El doctor en la barca, el preceptor hacía un momento, como si fueran conscientes de una fragilidad que precisaba de una protección activa. Ella aún no se había podido hacer una idea del carácter o los problemas que podrían aquejar a una mujer que solo se le había mostrado como una esfinge reservada excepto por aquella mirada cuando regresaban de coger langostas y por aquella petición de amistad que había sido como un grito de socorro.

Los pies las habían llevado casi al borde del acantilado de las Viudas, y Constanza, traviesa, se decidió a abandonar el sendero y quitarse los zapatos para caminar sobre la hierba fresca que se extendía hasta la misma roca. Era como si la isla les tendiera una alfombra con la que amortiguar sus pasos. Sentía ganas de tirarse al suelo para apreciar con detalle cada brizna, cada pequeña y tímida flor, cada menudo insecto intentando escalarlas. Aline la seguía sin dar señales de apreciar esa belleza salvaje a la que parecía haberse acostumbrado. De pronto se detuvo con brusquedad.

—No, Constanza, no vayamos hacia tus tierras. Sigamos la costa hacia las mías mejor.

—Como prefieras. Es que pretendía llegar hasta el banco de piedra para sentarnos un rato a ver saltar las olas sobre las rocas. Armand me dijo el otro día que durante la pesca entraron en una pequeña cala que hay justo debajo. ¡Me gustaría verla!

—¡No!

Aquel grito de Aline le pareció fuera de lugar. Fue desgarrado, animal, como si algún peligro grave la acechara en una decisión tan fútil como caminar hacia el norte o hacia el sur. Decidió contestar con calma pero cogiendo el toro por los cuernos. Se dirigió a ella en inglés:

—¿Pasa algo, Aline? ¿Hay algo terrible en pasear hacia el norte de la isla?

—No, perdona, Constanza. Es que prefiero no pasar por delante de ese lugar. Nada más. Una manía mía sin ningún fundamento.

—Por el tono de tu negativa, parecía algo más. Si vamos a ser amigas, me gustaría que me lo contaras. Sea lo que sea, puedes confiar en mí y, además, seguramente hablarlo te hará bien, ¿no crees?

—Seguramente, si me pasara algo, pero es que no me pasa nada.

—Puedo hacer como que te creo —respondió la Rolzou—, soy una mujer de mundo y estoy acostumbrada al arte del disimulo, pero, Aline, seamos sinceras, somos las dos únicas damas que habitan este lugar, ¿no sería mejor que nos sinceráramos lo suficiente para establecer una relación verdadera? Estoy segura de que has estado muy sola desde la muerte de Eliza Conder.

Aline dio un respingo.

—¿Es ese el motivo por el que no quieres llegar a ese banco? ¿Que era su preferido? Acaso te sentabas allí con ella a contemplar el mar… Si es así, perdona mi torpeza y mi falta de tacto.

La inglesa no contestó y comenzó a caminar a paso vivo hacia el norte. Constanza trotó ligeramente hasta que la alcanzó. Era evidente que ahora la inglesa quería ir precisamente al banco de piedra que tanto la había perturbado. Mientras seguían el sendero junto al acantilado, Aline tomó la palabra al fin:

—Está bien. Iremos al banco de piedra de Eliza Conder, pero no pienses que es sentimentalismo lo que me ha frenado antes porque no sabes nada ni de mí ni de esta isla. Eliza no era mi amiga, no podía serlo. ¿Qué necesitas para darme tu amistad, que te confiese que me alegró su muerte? Sí, me alegró, pero no tuve nada que ver con ella.

—Fue un accidente y tú no estabas presente, ¿cómo ibas a tener algo que ver?

—No fue un accidente, Constanza, no lo fue. Eliza Conder se arrojó por el acantilado. No pudo suceder de otro modo. Ella conocía perfectamente el lugar y la velocidad que puede alcanzar el viento en esa zona. Aprovecho para decírtelo por si nadie se ha dignado hacerlo. Nunca en un día de viento te acerques al borde del farallón. El banco está precisamente construido en el límite que resulta medianamente seguro.

—Gracias, Aline. Nadie me lo había hecho notar, y es un lugar en el que pienso pasar mucho tiempo porque no hay nada que me conceda mayor sensación de paz que ver la fuerza del mar sin que

pueda rozarme. Entonces, ¿crees que se suicidó?

—No lo creo, lo sé. Toda la isla lo sabe.

—Yo no lo sabía y Armand tampoco. El notario y Conder nada dijeron al respecto y tampoco lo hizo tu marido.

—¡Ahora ya lo sabes! Si hubiera sido un accidente, después del laborioso rescate de su cuerpo que no pudo hacerse hasta dos días después, cuando el tiempo permitió entrar en la cala, la hubieran enterrado en el cementerio del pueblo, el que está junto a la iglesia, y no hubieran tenido que cavar su tumba junto al banco en que se sentaba.

Constanza la miró anonadada.

—¿Está enterrada bajo el banco? Ahora entiendo tu reacción…

—Sí y… no.

—¿Sí y no?

—Sí está enterrada en el banco y no, no puedes entender mis sentimientos en esta cuestión, pero no importa. Podemos ir hasta allí cuando quieras. Podemos sentarnos a mirar el mar si te apetece. Contigo será distinto, espero —murmuró Aline.

A Constanza se le habían quitado las ganas de ir a ninguna parte. Sugirió a su nueva y extraña amiga volver para comprobar que las niñas estuvieran pasándolo bien y los energúmenos de los mayores no las importunaran más. Aline se mostró conforme y ni siquiera rechistó por que su vecina hubiera tachado de energúmenos a su hijo mayor y a su hijastro.

El paseo de vuelta fue aún más silencioso que el de ida. Cada una de las mujeres iba sumida en sus propios pensamientos. Los de Constanza iban de la estupefacción, por tener enterrada en Thule a la antigua propietaria sin saberlo, a la incomprensión de los estados de ánimo de esa mujercita con la que no tendría más remedio que intimar si no quería quedar aislada de toda compañía femenina que no fuera la de sus domésticas. «A ver qué le parece todo esto a Armand», se decía para sí.

Cuando llegaron a la orilla del Urdina, vieron a Miss Flanner acunando en sus brazos a la pequeña Irene. Esta no parecía estar enfurruñada sino gimiendo por algún tipo de dolor.

—¿Qué ha pasado, Ada? —preguntó inquieta Constanza.

—Seguro que nada grave, *madame,* dice que le duele la tripita. Puede que el agua no estuviera lo bastante caliente para estar dentro tanto tiempo.

Constanza cogió en brazos a su hija. Un sudor frío le empapaba el cuerpecito, a pesar de que la *nanny* la hubiera envuelto con maña en una toalla.

—Hay que volver a Thule y avisar al doctor para que la vea.

—¡Rob! ¡Alan! ¡Venid ahora mismo, que hay que volver a casa! —

llamó Aline.

—Sus hijos se fueron hace un rato —respondió el reservado preceptor de los chicos—. Los he dejado marchar porque era evidente que la lección no iba a continuar.

—No se preocupe, mister Mauger, ahora lo importante es llevar a Irene a casa y hacer venir al doctor Aramendi.

—Deme a la niña, yo la llevaré en brazos a Thule.

—Sí, hagamos eso rápido y desde allí enviamos a alguien al pueblo en busca del médico —dispuso Constanza.

El pequeño grupo comenzó a caminar por el sendero que bordeaba el lago, entre los abedules boreales, para alcanzar la mansión de los Rolzou. Todas las preocupaciones que pudieran haber anidado en la cabeza de Constanza se habían aletargado. La cara de la niña era de esa languidez que acompaña al malestar. No tardaron más de veinte minutos en llegar, pero aún faltaba que Antoine fuera deprisa hasta San Pedro. Aline se ofreció a quedarse, pero Constanza la disuadió de manera educada. Quería quedarse en la intimidad con su hijita para centrarse en ella.

Dejó que Archie Mauger la entrara hasta el vestíbulo, y tan pronto apareció Celso preguntando qué había pasado, este hizo que le pasara el pequeño bulto para llevarla hasta su habitación. La madre y la niñera lo siguieron por la imponente escalera espoleadas por la prisa de verla tumbada y arropada en su camita. Carmen apareció inmediatamente y volvió a la cocina para hacerse con una bolsa de agua caliente. Todo se puso a disposición del bienestar de la enfermita, menos su padre, porque Armand, como era habitual, había salido con su amigo Nathan a hacer cualquier cosa.

Antoine no dudó en coger la moto del señor Rolzou para llegar lo antes posible al pueblo. Pensó que así podía traer al doctor con sus instrumentos a bordo del sidecar. El suizo era un magnífico mecánico y un gran chófer, no se le resistía ni el vehículo de tres ruedas ni el camino de tierra. Condujo con precisión hasta la casa granate del galeno, que se distinguía desde cualquier punto de San Pedro. Cuando llegó, la encontró cerrada. Una hoja de papel pegada por dentro del cristal de la ventana informaba de que Aramendi había salido a hacer unas curas y de que volvería al cabo de un par de horas. Dos horas le parecieron demasiado para tener preocupada a su señora, pero salir a buscarlo por toda la isla podía ser aún peor. Se preguntó si no habría un toque de la campana de alerta para llamar al médico y también cómo iban a subsistir en un lugar en que todo había que ir a resolverlo en persona. Fue entonces cuando se le ocurrió un plan que presentarles a su jefe y al inglés. Entretanto, se subió a Au Convent a tomar un vino. No había nada que pudiera hacer para que Aramendi regresara antes.

Constanza se sentía culpable. Siempre se sentía culpable cuando le sucedía cualquier imprevisto a su pequeña porque, si bien tanto ella como Armand tenían claro que no era su papel limitarse a cuidar de una niña, no dejaba de ser cierto que si ella hubiera estado presente en la mayor parte de esas ocasiones el mal no se habría producido. No tenía que haber permitido que volvieran a excavar la piscina para meter a las niñas en un agua que no había estado suficiente tiempo al sol. Claro que a Maggie Buss no le había sucedido nada por bañarse de nuevo. O tal vez sí. Habría que enviar a alguien a Blackgross a interesarse por ella. Mientras cavilaba sentada junto a la cabecera, con la manita de su hija cogida, Carmen estaba dándole a esta unas buenas friegas de alcohol en la barriga para sacarle el frío, como decían por su tierra. Como resultado, la niña relajó su expresión de dolor.

—Ponte, ponte este almohadón en la tripita y así mantienes el calor —le decía cariñosa bajo la mirada impertinente de la *nanny,* que no creía en ninguna de esas patochadas pueblerinas en las que la doncella española ponía tanto interés.

Constanza se mantuvo neutral en la pugna silenciosa de las mujeres, pero dejó a Carmen hacer porque a ella misma de niña le habían propinado buenos restregones de alcohol y sabía por experiencia lo mucho que aliviaban.

Miró el reloj. Antoine tardaba en traer al doctor. No estaba asustada porque creía saber que a la pequeña no le sucedía nada grave, pero ¿y si hubiera sido así? Si hubiera estado a punto de ahogarse o tuviera una hipotermia o una enfermedad causada por la mordedura de un animal o apendicitis o…, la lista de las desgracias posibles en una isla con un solo doctor y sin teléfono la abrumaba. No se perdonaría que a Irene le sucediera algo por haberse ido de una ciudad civilizada, aunque, por otra parte, los niños de los Buss parecían haber crecido perfectamente y, en general, los habitantes de La Inexpugnable parecían rebosar salud. «Todos menos la pobre Eliza Conder», pensó. Ella no había salido con vida de su aventura. Le vino inmediatamente una frase que casi no había considerado de Aline Buss: «¿Qué necesitas para darme tu amistad, que te confiese que me alegró su muerte?». En todo momento había creído que los Buss y los Conder eran íntimos pero, ahora que lo pensaba, nadie se lo había aseverado. Era un sobrentendido provocado por el hecho de que se hubieran construido la mansión en unos terrenos tan próximos. ¿También los eligió Nathaniel Buss, como a ellos?

En el patio oyó el ruido de cascos de caballos que indicaba que Armand y Nathaniel habían vuelto de su última aventura. Fue cuestión de minutos que sonaran las botas del dueño de la casa pateando los escalones, sin haber pensado siquiera en limpiarlas al entrar, en cuanto Celso le dijo que la cría se encontraba mal. El inglés

se quedó prudentemente en el vestíbulo esperando noticias.

—¿Cómo se encuentra? ¿No ha llegado todavía Antoine con el médico?

Apenas tuvo tiempo de depositar un beso en la frente de Irene cuando su energía ya lo impelía a emprender otras acciones.

—No tiene fiebre. ¡Nathan, no ha llegado el doctor!

Gritó para que lo oyera el inglés mientras volvía a bajar para dilucidar qué hacer con su consejo. Constanza hubiera preferido que se quedara en el cuarto, que lo consultara con ella, que lo que afectaba a su familia se decidiera en pareja. Esa vecindad podía acabar volviéndose muy invasiva.

La carrera de su marido volvió a resonar sobre la madera oscura. Entró casi jadeante y sin preocuparse de si el escándalo afectaba a la pequeña, que seguía medio amodorrada.

—Nathan y yo nos vamos a buscar al doctor. Dice que debe de estar en la granja Haizerrota porque la abuela está en las últimas y pasa casi a diario por allí. A caballo no tardaremos más de una hora.

—Armand, no tiene sentido que hagas eso. Vas a tener que recorrer casi toda La Grande Falaise y volver. Es harto probable que el doctor regrese antes al pueblo o que Antoine ya haya ido a por él a la granja. ¿No puedes parar un poco? ¿No puedes quedarte con nosotras por una vez?

Lo miró entrando en él. Durante ese instante estuvieron los dos solos y él comprendió exactamente la magnitud del reproche que le estaba haciendo. Supo que estaba harta de que Buss interviniera en las decisiones de Thule, harta de que fuera Buss su apoyo para los nuevos proyectos o para los sueños, y no ella, como siempre había sucedido. Solo llevaban tres meses en la isla y Buss ya se había colocado en una posición incómoda entre ellos. Nathan esto, Nathan lo otro. Nathan dice, Nathan propone. Todo ello fue dicho en esa mirada y, en su forma de devolvérsela, Armand reconoció que el reproche era justo y que era hora de que enmendara el rumbo que los estaba alejando.

Ella estaba saliendo de su alma cuando oyeron petardear la moto en el patio y el saludo rápido que el doctor le hizo al inglés en el vestíbulo. Celso lo conducía y Aramendi subía las escaleras de dos en dos. Tras dos leves golpes, su cabeza apareció en el resquicio de la puerta.

—¡Pase, pase, doctor! Ahora mismo discutíamos si era necesario enviar a buscarle a otro lugar por si no estaba en su consulta —resolvió la papeleta Armand.

—Tenía una cura en el molino, la muela es peligrosa si se pone la mano donde no se debe. ¿Qué le pasa a esta pequeñuja?

No había dado lugar a más conversación y ya estaba tomando la temperatura y palpando el abdomen de la pequeña, que se encontraba

mucho más calmada. Miss Flanner, a sus preguntas, respondía con las circunstancias que habían rodeado la indisposición. El dueño de la casa no necesitó que su mujer le dijera nada más. Giró hacia la puerta y bajó al vestíbulo. Desde esa distancia, ella intuyó la despedida diplomáticamente agradecida que le daba a su vecino.

En la habitación de Irene, la doncella intervino para contarle al doctor lo mucho que le habían aliviado las friegas a la pequeña. La *nanny* torció el morro. Aramendi se pasó la mano por el poblado flequillo para echarlo hacia atrás mientras le indicaba a la madre que quería hablar con ella en privado. Había percibido la rivalidad en los cuidados y no tenía la más mínima intención de dirimirla. Constanza le indicó que pasara a la contigua sala de juegos, en la que había una coqueta mesa con dos sillas que tenía vistas sobre el bosque y sobre Ur Jauzi, la pequeña pero hermosa cascada.

—Un lugar delicioso para estudiar cuando crezca. La envidio —dijo el doctor.

—¿Cómo está? No es grave, ¿verdad? Aunque con los niños nunca se sabe.

—Tranquila, solo se trata de un pequeño corte de digestión. Por eso el calor de las friegas la alivió, pero por nada del mundo le hubiera dado la razón a su doncella para quitársela a la institutriz.

—¡Qué perspicaz es usted!

—Una característica muy necesaria para todo buen galeno. ¡Qué magnífica es esta casa! Imagino que está encantada con ella…

—Lo estoy. Me parece un privilegio enorme retomar la vida tal y como debieron vivirla mis abuelos o sus padres. Ser feliz con lo que la naturaleza te da. Ser feliz con el sol y con la lluvia y con el hielo, cuando llega lo peor y cuando llega lo mejor.

—Lo del hielo, madame Rolzou, ya me lo dirá dentro de unos meses. No se lo habrán dicho, pero el frío y la oscuridad pueden hacerse muy duros, y entonces no hay cielo, ni mar, ni plantas que mirar.

—Sabré ver la maravilla que eso encierre.

—Si lo consigue, le aseguro que será muy feliz aquí.

—Aunque hay quien no lo consigue, ¿no, doctor? Hay mujeres que no consiguen ser felices en esta isla. Me dio la impresión el otro día en la barca de que usted sabe que Aline Buss es una de ellas.

—Puede llamarme Alberto cuando hablemos como vecinos y, ojalá que un día, como amigos. Verá que yo nunca traiciono las confidencias o los misterios que penetro. No lo hago con Aline y no lo haría con usted.

—No quería resultar entrometida. Era solo que, no sé, antes de la indisposición de la niña tuve con ella una conversación muy extraña esta mañana. Primero mostró una resistencia cerval a pasear por el

lugar donde está enterrada esa mujer. Algo que, por cierto, yo no conocía.

—El día de la pesca se lo contaron a su marido.

Constanza sopesó ese dato, pero no pensaba reconocer ante un extraño que la enfadaba que Armand no se hubiera apresurado a comentarlo.

—No habrá encontrado el momento de contármelo, tampoco es tan relevante. Más me extrañó que Aline me dijera que se alegraba de la muerte de Eliza Conder.

—¿Eso le dijo?

—Eso me dijo. Añadió que esperaba que conmigo las cosas fueran diferentes.

—Aline es una mujer de una gran sensibilidad que ha estado y aún está muy sola. Ella seguramente cuente con que usted sirva de alivio a esa soledad. En lo demás, no se tome al pie de la letra todo lo que le diga. Siendo como es tan típicamente anglosajona, dentro de sus venas hay una sangre a la que le resulta tan fácil entrar en ebullición como a la de una española.

En ese instante Armand irrumpió de nuevo en la habitación. Escuchó las buenas nuevas sobre el estado de Irene e inmediatamente ofreció al doctor degustar alguno de los vinos que acababan de traer de Francia. Los tres se incorporaron y bajaron a una de las dos salitas de visitas contiguas a las que se accedía desde el vestíbulo. Una muchacha del pueblo entró procedente de la cocina con unos *amuse-gueules* que Pauline se había aprestado a preparar en cuanto vio el movimiento que había en la casa. Solo cuando Aramendi la saludó, reparó Constanza en que la cocinera había contratado como ayudante a Aimable Virginie.

IV

Fueron necesarios un par de días para que la pequeña Irene no soportara más la idea de quedarse en la cama y exigiera salir a jugar, ver a su amiga Maggie y volver a hacer vida normal. Aplacada esa fuente de leve inquietud, Constanza pudo volcarse sobre la opresión que se había instalado en su pecho. Era absolutamente imprescindible que lograra unas horas para estar a solas con Armand. Lo sentía de una forma física. No era la llamada conocida del deseo que la arañaba dentro muy a menudo como una urgencia inaplazable, no; eso podía resolverse en casa. No era su necesidad romántica de tener a su marido para ella sola sin nadie que los distrajera al uno del otro, y habitar así ese mundo único en el que nadie más podía penetrar. No, era otra cosa. Tenía la impresión de que sus vidas se habían vuelto

arena negra y de que se deslizaban sin que ellos pudieran controlarlas. La figura omnipresente de Nathaniel Buss se cernía como una sombra que podía ocultar la luminosidad que siempre había presidido su forma de amarse. No eran tampoco celos porque lo acaparara, más bien se trataba de un puro y certero instinto de defensa.

El resto de las cuestiones en torno a Thule marchaba estupendamente. Celso estaba esperanzado con su intentona de hacer crecer un viñedo en esas latitudes y de conseguir que diera una uva de la que pudiera extraerse algo digno de llamarse vino. Zarraga y Cabrera trabajaban con él desbrozando campos los días que no salían a la mar para traer pesca que salar o embotar de cara al invierno.

Carmen había comprendido que sus tareas de doncella se veían muy limitadas en una isla en la que la vida social era apenas una anécdota entre vecinos, así que había asumido sin queja que su trabajo derivara hacia la organización general de la casa y la coordinación de los cometidos de todos los demás. No era ajena a esta aceptación alegre, la opinión expresada por Archie Mauger de que se trataba de un empleo de mayor categoría y de que debía instruirse para ser una perfecta ama de llaves. A Carmen había comenzado a importarle bastante la opinión de Archie y muy poco la disimulada incomodidad que Miss Flanner sentía por el hecho de que el único hombre que consideraba su igual en la isla, el preceptor de los Buss, se dedicara a revolotear alrededor de una mera doncella en vez de haberse fijado en su cultivada persona.

Antoine Galloul, el suizo acostumbrado a conducir autos de lujo por uno de los países más civilizados de Europa, se estaba mostrando como el perfecto hombre para todo. No solo se ocupaba de los vehículos y las máquinas, sino que se había destapado como un amante de los caballos y de los animales en general que iba a resultar muy útil en Thule. Reservado en la isla, como lo era en el país alpino, por las noches se quedaba sobre la mesa de la cocina de Pauline, sin demasiado agrado por parte de esta, para dibujar extraños planos y diseños que ninguno de los habitantes de esa zona de la casa terminaba de entender. A lo sumo, Antoine había preguntado tímidamente a los Guruchet cuándo creían que estaría listo el nuevo alojamiento para los hombres. Mientras que los dos polizones estaban acostumbrados a vivir compartiendo cubículo en cualquier barco infecto, para el suizo la intimidad con Celso resultaba una tortura. Echaba de menos tener su propia habitación y, por eso, a veces se permitía insinuar que los dos hermanos carpinteros deberían darse un poco más de prisa antes de que llegara el invierno. Incluso se ofreció a echarles una mano en sus ratos libres.

Todos tenían su misión y muchas horas de luz para llevarla a cabo, así que nada le impedía a Constanza proponerle a Armand una

excursión de un par de días a La Guarida. A fin de cuentas, no era bueno que la cabaña permaneciera vacía demasiado tiempo, o los hombres empezarían a reclamarla para su uso si no se lograba terminar el nuevo alojamiento.

Esta vez no dejó nada al azar. Le encargó a Pauline exactamente lo que quería llevarse para comer y beber, e hizo una pequeña maleta con la ropa que podían necesitar. Mandó que fueran a limpiar. Cogió mantas, un termo y una cesta de pícnic que no había permitido que Armand sacara del equipaje en La Rochelle cuando discutieron por su absurdidad en un lugar como el que los aguardaba. Le pidió a Antoine que preparara sus dos bicicletas y estibara el equipaje de la mejor forma posible. Nadie iba a acompañarlos, ni nadie debía ir hasta la cabaña a llevarles nada, ni siquiera el pan. No quería a nadie alrededor y lo dejó bien claro. No toleraría que ninguna jovencita apareciera con hogazas. No admitiría que el vecino apareciera a proponerle ninguna actividad a su marido por muy necesaria que fuera. Las órdenes eran claras: se iban a ausentar dos días y querían estar solos. No había ninguna posibilidad de desaparecer en La Inexpugnable, pero sí de que todo el mundo supiera que no sería bienvenido en La Guarida.

Armand la dejó hacer. Sabía que cuando Constanza tocaba a rebato no cabía posibilidad de ignorar su llamada, así que se mostró sumiso durante los preparativos y entusiasta a la hora de ponerlos en práctica. No le molestaba nada la idea de sacudirse a todos de encima y volver a disfrutar de su amada sin testigos. Incluso admitió para sí mismo que no le importaba descansar unos días del infatigable Nathaniel Buss.

Así que en la mañana del jueves 21 de julio de 1938, Constanza Pérez de Albeniz y Armand Rolzou de Saint-Gelais salieron de su mansión para recorrer los pocos kilómetros que los separaban de su refugio y estar definitivamente solos. Los Rolzou necesitaban hablar. Él no desestimaba la posibilidad de aprovechar para dibujar un mapa privado de sus tierras en el que situaría todos los lugares que habían descubierto y dejaría espacio para los que no habían visitado aún.

El sendero que discurría entre los abedules boreales, los serbales y los cedros había sido ampliado y afianzado por el trasiego de las gentes de Thule y en menor medida por los paseos secretos de Archie junto a Carmen. Llegaron sin tropiezos y comprobaron que hasta la leña había sido apilada correctamente en la chimenea por si sentían frío. Así que sacaron un par de hamacas al porche de madera y se sentaron a mirar los verdes campos y las dulces colinas que no acababan hasta asomar al mar. Solo los pájaros rompían el silencio, aunque era cuestión de poco tiempo que Constanza lo llenara con su voz. Permanecía callada pero ya estaba rumiando por dónde empezar.

—¿No echas de menos escribir? —dijo al fin.

¡Qué bien lo conocía!, pensó Armand antes de contestar:

—Sabes muy bien cómo funciona. Lo hemos hablado. Estoy en ese extraño punto en el que añoro hacerlo y, sin embargo, temo el esfuerzo y la privación que supone empezar. Y ¡hay tantas cosas que hacer y tanto por organizar aún! Escribiré en invierno. Nathan ya me ha adelantado que hay muy pocas otras cosas que se puedan hacer cuando el frío y la oscuridad se adueñen de la isla.

—Nathan te ha dicho…

—Sé muy bien por dónde vas, *chérie.* Sí, Nathan, que es un hombre culto e inteligente y que conoce muy bien en qué consiste mi trabajo, pero también las peculiaridades de nuestra nueva tierra, me ha dicho que el invierno será la época mejor para trabajar. ¿Qué tiene eso de malo?

Constanza no cayó en la trampa retórica. Llevaba semanas queriendo mantener esa conversación. El ansia le estimulaba el brillo de los ojos y hasta sus sensuales labios parecían más gruesos, más plenos de sangre.

—Tu trabajo es escribir, cariño, es lo que toda la vida has querido hacer. Siempre he estado dispuesta a quedarme al margen mientras te encerrabas para ello, pero no estoy segura de querer hacerlo mientras te dejas llevar de aquí para allá, agitándote, buscando cosas que aún no sabes que necesitamos, cazando con guía como si fueras un novato que lo necesitara. ¿Eres consciente de que tú y yo no hemos bajado un solo día juntos al pueblo? ¿Te has dado cuenta de que aún no hemos ido a conocer la costa norte o siquiera los baños termales que sabemos que existen al pie del Croquer en nuestras propias tierras?

—Llevas razón, lo siento. Sé lo que quieres decir. Me acusas de estar rompiendo la virginidad de esta isla cabalgando al lado de un hombre inglés de mediana edad en lugar de hacerlo contigo.

—No sé por qué ese hombre decidió contactarte a ti y no a otro para venderte la casa, pero sé que eso no le da ningún derecho sobre nuestra vida. La hemos pagado con buen dinero. No necesitamos que nos tutele para disfrutarla.

—Lo tienes atravesado desde que llegamos —respondió encogiéndose de hombros.

—Hay algo oscuro en él, lo presentí al llegar al puerto el primer día.

—Bueno, bueno, Constanza la bruja española haciendo sus predicciones funestas.

—Sabes que no es eso, pero no necesito entrar en ese terreno. Solo pido que, por muy aislados que vivamos y muy cerca que esté Blackgross, mantengamos con ellos una educada relación vecinal que no reviente nuestra vida familiar. Como la que yo tengo con Aline, por

ejemplo.

Él pensó en todas las defensas posibles contra ese argumento pero, en el fondo, sabía que en Buss había algo invasivo, por no decir abusivo, que hacía que su presencia se fuera imponiendo poco a poco en su vida sin que él mismo hubiera tenido arte ni parte. El inglés se comportaba como un tipo encantador, servicial, culto, un conversador excepcional, un estudioso de las cuestiones de la isla, y eso le hacía olvidar que justo él no lo había requerido a su lado, que era una decisión de una voluntad que no aceptaba el no por respuesta.

Constanza siguió con su plan para que se sincerara con ella.

—Al menos, te sientes seguro. Desde aquí resulta imposible imaginar una ciudad como París o siquiera nuestra vida ginebrina. Todo parece lejano e improbable, cuanto más la violencia de una guerra.

—Sigo muy pendiente de lo que sucede en Europa, aunque no quiera preocuparte con ello. Nuestras familias están allí y no dejo de pensar en que, finalmente, habrá que encontrar una forma de auxiliarlos… cuando llegue el momento.

—¡Resulta tan impensable la violencia desde este lugar! Aun así, no hace falta que me la ocultes si te la encuentras.

—¿Por qué dices eso?

—No me dijiste que hay un cadáver enterrado en nuestras tierras, muy cerca de aquí.

—¡Oh, eso! ¡No le di importancia! Me comentaron el día de la pesca que la mujer de Conder se había suicidado tirándose por el acantilado y por eso la habían enterrado en su lugar favorito.

—Deberíamos construir una pequeña capilla con su cementerio que podría incluir en una de sus esquinas ese banco, ¿no crees?

—«Para silenciarla en una tumba en este reino junto al mar» —murmuró Armand.

—¿Ves, mi amor? Hacía mucho que no lo hacías —dijo juntando las manos en señal de agradecimiento por la cita.

—Eres tú, que impulsas a salir de mí todo lo que una vez aprendí.

—O a lo mejor es que Buss lo asfixia antes de que nazca en tu boca —dijo, y añadió sin solución de continuidad—: ¡Vayamos a los baños ahora, Armand! Sabes ir, ¿no es cierto? ¡Llévame ahora!

A su marido no le sorprendió el pronto. La amaba así, espontánea, caprichosa, reflexiva un rato, insospechadamente infantil al siguiente. Era imposible aburrirse de una mujer con tales contrastes, y eso nada tenía que ver con su belleza o con su perfección, sino que era esa mezcla de racionalidad y pasión, de madurez y ligereza, la que hacían de ella un carácter sugestivo y enormemente atrayente. La inteligencia que se desprendía de esa forma de leerle la cartilla y de conocer a la perfección el punto en el que debía parar antes de que él se rebelara

contra la regañina constituía una de sus cualidades más seductoras. Ella no había esperado ni siquiera respuesta. Había entrado en la cabaña para recoger unas toallas y salía ya, con su vestido ligero de verano que cubría con una prenda de punto. «Este verano no es casi un verano», pensó él al verla, y dejó que lo pastoreara, muerta de risa, hasta las bicicletas apoyadas a un lado del porche.

Durante el camino por el bosque apenas hablaron de nada que no fuera referido a la majestuosidad del paisaje o al riesgo de romperse la crisma. Por esa zona nadie se había molestado en ensanchar la vereda que había sido invadida por arbustos de serbal rebosantes de bayas rojas, por espinos y por raíces enloquecidas sin origen aparente. Acabaron bajando de las bicicletas y empujándolas.

Armand no estaba seguro de encontrar desde allí el punto exacto en el que había que remontar la ladera del Croquer para llegar a la terraza en la que se hallaban las piscinas naturales. Los pájaros parecían reírse de ellos sobre sus mismas cabezas al verlos ir y volver y tornar por el mismo tramo de sendero hasta que, finalmente, Armand manifestó estar seguro de por dónde debían trepar. Dejaron las bicis apoyadas y, pertrechados solo con las toallas, comenzaron a subir. Era una complicación moverse con un vestido estampado de flores y unos zapatos Oxford cuya suela resbalaba en la tierra volcánica de la ladera; aun así, Constanza lograba resultar armoniosa en el esfuerzo. Armand caminaba unos pasos por detrás, contemplando con regocijo esa carne que sentía como propia desvelándose como un camino hacia el lugar en que el deseo anida y, sin embargo, vedándole su vista.

Finalmente divisaron las nubes de vapor que emanaban de las aguas regurgitadas por las entrañas del volcán. En un voladizo rocoso se abrían varias piscinas naturales rebosantes, cuya temperatura incluso en verano contrastaba con la del exterior. Constanza se estaba desnudando ya.

—¡No has cogido el bañador! —se sorprendió él.

—Armand, cariño, no pensarías que íbamos a usarlo.

El milagro de su cuerpo de caderas amplias y marcadas, de piernas eternas cercando un pubis negro que servía de faro sobre su piel canela se le mostró a Armand por un instante. Al siguiente, ella había entrado en la niebla de vapor y lo hostigaba para que se desnudara rápido y la acompañara.

Ella también lo miraba regalándose. Nadie hubiera osado cuestionar cuánto se amaban. Se sentaron apoyados en una de las orillas de piedra, mirando hacia el este, hacia la fina línea tras la que distinguían en lontananza el destello del mar. Dejaron que el agua caliente los acariciara hasta adormecerlos mientras sus pensamientos vagaban libres. Los de él, pensando en futuros y alejados campos de

batalla a los que nunca acudiría. Los de ella, sintiendo cómo lo estaba recobrando y afirmándose en lo poco dispuesta que estaba a dejarlo caer en la trampa de un hombre que tan poco feliz hacía a su propia mujer.

Hicieron el amor demorado, amortiguadas las urgencias del deseo por las certezas de una fusión profunda. Cada uno sintió en el cuerpo del otro el regreso a casa. En cada caricia se conjuraron secretamente para impedir que nadie separara jamás sus pieles. La lasitud del placer se acompasó con la del calor que emanaba del agua. Suspiraron de felicidad mientras se besaban para celebrarla. Rendidos ante el milagro que emanaba de su unión perfecta, descansaron, hasta que Constanza creyó llegado el momento de proseguir su larga conversación.

—Eres bello, marido —le dijo en un susurro.

—No empieces.

—Te has dado cuenta de que la molinerita te persigue, ¿no?

Él abrió un ojo para mirarla de refilón.

—No me irás a decir que te preocupa eso.

—No, claro, no voy a decirte ni que me importe ni, por supuesto, que me preocupe. ¡Estoy acostumbrada! —dijo salpicándolo con las manos para acompañar la broma.

—¿Entonces?

—Solo quería estar segura de que te habías dado cuenta.

—¡Cómo no dármela! Me mira permanentemente con ojos de carnero degollado. Casi hizo zozobrar la barca por empeñarse en embarcar en la misma que yo, ¡y ahora la tenemos rondando por la cocina! No deberías haberla contratado.

—¡Oh, no fui yo, fue Pauline! Le di *carte blanche*. Por supuesto, no vamos a despedirla, pero ¡es tan joven! Me da pena que sufra.

—Sobrevivirá. Es algo ajeno a nosotros. No podemos echarnos encima el sufrimiento del mundo para aliviarlo. ¿O acaso quieres que este en concreto lo alivie? —le dijo con un guiño.

—¡Eres imposible, querido!

—Tú lo has dicho. Soy imposible y ya lo entenderá.

Armand se dejó deslizar por la piedra y sumergió la cabeza en el agua ardiente para que sus largos cabellos se domaran y resbalaran disciplinados por su espalda. Cuando emergió, se quedó quieto a la escucha. Una especie de cántico lejano se colaba entre las ramas de los árboles.

—¿Oyes eso, Constance?

Ella aguzó sus sentidos. Un rumor armónico parecía remontar la ladera.

—Parece gente cantando, esperemos que no pasen cerca, no estamos muy presentables.

—Mejor quedarnos dentro del agua que intentar salir.

El canto se dejaba oír con más precisión. La suficiente para asegurar que entonaban una estrofa en español y que eran voces de mujer que avanzaban por el sendero al pie de la falda de la montaña. De pronto Constanza se cubrió púdicamente los pechos cruzando los brazos.

—¿No oyes lo que cantan? Son católicas.

—No entiendo lo que dicen.

—«Cantemos al amor de los amores».

—¿Nos conocen? ¿Nos alaban?

—No seas bobo. Escucha. «Cantemos al amor de los amores, cantemos al Señor, Dios está aquí, venid, adoradores, a adorarle». Deben de ser las monjas españolas de las que me habló el doctor.

—Esperemos que no se encuentren con Zarraga y Cabrera, no se vaya a liar.

—Iré un día a verlas. Les hablaré de mi proyecto de la iglesia junto al mar. Aline estuvo, me lo contó, pero no ha vuelto porque a su marido no le gusta. Tengo la sensación de que la cohíbe.

Armand no estaba en ese momento para monjas, polizones ni matrimonios ingleses mal avenidos. Era joven y el deseo había vuelto a él. Ni un cántico divino podría hacerle olvidar el suave y dulce cuerpo que se extendía a su lado, como un río que nunca terminaba de pasar, pensó mientras volvía a amarla.

6

I

Pauline sufría sus *oignons* en silencio, pero no por eso iba a dejar de calzarse sus mejores zapatos. Llevaba sus juanetes como una herida de guerra tras las horas pasadas de pie junto a los fogones sin haber consentido faltar al decoro colocándose jamás unas pantuflas. Una fiesta era una fiesta, y ese día, como todos los primeros de agosto, toda la isla se preparaba para decir adiós a La Inexpugnable y saludar a la que sería oficialmente L'Imprenable durante los próximos seis meses. La cocinera estaba contenta porque, aunque fuera de forma simbólica e inapreciable, volvería a estar con los pies y los juanetes en territorio francés durante una temporada.

Mientras lidiaba con su acicalado, oía trastear a los hombres en las habitaciones contiguas. Los dos polizones no tenían equipaje, así que enfrentaban el dilema de cómo endomingarse para la ocasión. Celso se había puesto su chaqueta de pana, la única que tenía, y una camisa blanca que su hija había remendado y blanqueado. Antoine disponía de su impoluto traje de chófer. Nadie parecía haber pensado en Antonio y en Manuel. Pauline los oía discutir sobre la conveniencia de quedarse en Thule en lugar de bajar al pueblo vestidos con sus monos de trabajo, y no podía evitarlo, le provocaban ternura. No dejaba de darle al magín por ver cómo podía aliviarlos en ese trance. En ello estaba cuando sintió unos pasos armoniosos y seguros cruzando el patio desde la cocina que no podían pertenecer sino a *madame.* Saltó como un resorte. ¿Qué hacía la señora en las cocinas? Si necesitaba algo, ¿por qué no se lo había encomendado a Carmen?

Pauline salió del cuarto que compartía con la doncella para encontrarse con una Constanza muy animosa que llevaba un montón de ropa colgada del brazo. Sonrió. La señora sí se había acordado de que los dos españoles llegaron solo con lo puesto a la isla.

—¡Buenos días, Pauline! ¡Qué elegante la veo! He traído unas cuantas cosas del señor y también de Mauger y de Buss que les he ido

pidiendo por ver si alguna les sirve a Zarraga y a Cabrera. Son solo unos trajes en desuso, alguno está un poco desgastado, pero no me gustaría que se privaran de los festejos. Se los dejo para que se los entregue y, si no son del todo de su talla, dígales que no se preocupen, enseguida mando a Carmen para hacerles las composturas.

La cocinera sonriente recogió el montón de ropas. Constanza se dio la vuelta y, en lugar de volver por la cocina, atravesó el patio de servicio para llegar a la puerta principal. Iba repasando lo que le quedaba por hacer antes de dirigirse a San Pedro de la Bonanza, que vivía sus últimas horas del año con ese nombre. A la pequeña Irene ya la estaría vistiendo Miss Flanner. Pasaría después a verlas por si hubiera algún problema. Armand se estaba dando un baño largo y tenía todo preparado, y a ella la esperaba Carmen en su *boudoir*. Dejaría que la arreglara cuanto antes para que pudiera hacerlo ella a su vez y aún le quedara tiempo de ayudar a los marineros en lo que fuera preciso.

Constanza estaba radiante. La ventaja de que los acontecimientos sociales no fueran rutina era que su llegada constituía una ruptura de lo cotidiano que te hacía sentir ligera y animosa. Recordaba con estupor aquellos días de perpetuas cenas y salidas nocturnas en Ginebra, en los que ponerse guapa y estar elegante eran una obligación que llegaba a encocorar. Le parecía que hacía de eso tantas vidas que hoy afrontaba feliz la idea de ponerse sus mejores galas para la recepción en la Casa de Gobernación.

Había elegido un vestido de día de Patou de un verde matizado y detalles en azul noche, con mangas ranglán y un escote resaltado por unas cintas cruzadas que remataban en la cintura tapadas por un cinturón. Lo complementaría con unos zapatos al tono, un gracioso sombrerito que tenía la única pega de recordar a un gorro militar y un sobretodo de primavera que en el agosto de esas latitudes era bastante necesario. Mientras Carmen le recogía el pelo para colocar el sombrero, pensó que era un conjunto que nunca hubiera podido ponerse de nuevo en Ginebra o en París porque tenía un par de años y todas hubieran hablado de ello. Aquí, sin embargo, todo su vestuario parecía de estreno y era lo suficientemente amplio para durarle lo que no está en los escritos, y eso, cuando no se sentía una alocada y coqueta jovencita, le procuraba una sensación maravillosa.

Estaba casi lista cuando entró Armand atándose el nudo de la corbata. Se había trenzado el pelo. «Es increíble que consiga hacerlo él solo», pensó. Cuando ambos estuvieron listos, cruzaron al ala opuesta, en la que estaba la *nursery,* para recoger a su hijita. Irene estaba encantada con sus perifollos. Flanner no había escatimado ni el charol, ni el perlé, ni los lazos. La madre vio con agrado que también había pensado en un ligero abriguito. «De quitar siempre hay tiempo», decía

la abuela Ortuzar cuando ella misma era una niña.

Todas las gentes de Thule irían juntas, sin esperar a nadie más. Armand había desoído cortésmente las invitaciones de Buss para reunirse a una hora determinada en el camino que unía ambas fincas y bajar juntos al pueblo. Constanza podía mostrarse satisfecha, los días en La Guarida habían tenido consecuencias, aun cuando en ese momento no supiera todavía de qué calibre. El chófer los esperaba al volante de la camioneta, que contaba delante con dos filas de asientos para la familia, y en la caja, con asientos corridos en los laterales para el resto. No era un transporte muy elegante, pero eso no le importaba ya a nadie, ni siquiera a Antoine, que increíblemente había dejado de echar de menos el Hispano-Suiza.

II

Eran las diez de la mañana y casi toda la población de la isla se agolpaba en la verdinegra Casa de Gobernación, que ellos recordaban sobre todo por la accidentada asamblea para su admisión. Ahora lucía festiva, con guirnaldas y cintas tricolores que celebraban el cambio de soberanía que nadie notaría en las respectivas metrópolis, pero que para los isleños proporcionaba dos ocasiones de jolgorio al año; la más agradable era la de agosto, cuando el clima permitía sacarle jugo a la jornada.

La ceremonia fue corta y discreta. Apenas un momento para arriar del asta la bandera española e izar la tricolor francesa y pasar después al relevo de gobernadores. Hacía años que eran los mismos: Francisco Gómez, cuando le tocaba a España, y Henri Dupont cuando era el turno francés. Ninguno de los dos había sido designado para tal tarea por Gobierno alguno. ¿Cómo iban a hacerlo si nadie se acordaba hacía siglos de lo que creyeron un islote perdido en las frías aguas del norte? Armand sabía, porque Buss se había encargado de contárselo, que esos dos gobernadores rotatorios habían sido elegidos en su día en asamblea constituida por los habitantes de la isla originarios de cada uno de los países. Nadie les había discutido después el cargo, así que se relevaban amistosamente cada medio año y en ocasiones ni siquiera se mudaban de sus casas del pueblo a la que se podría llamar la residencia oficial. En la Casa de Gobernación atendían a los actos comunales, a la inscripción de los nacidos y los fallecidos en un registro, al alta de los recién llegados y a otras cuestiones de mero trámite administrativo. Nunca había llegado ninguna otra instrucción desde el continente. Ellos mantenían un cierto orden porque eran gentes civilizadas, pero este era de índole más bien ateniense, usándose la asamblea popular para las decisiones de relevancia para

los isleños.

Gómez era un hombre chaparrito y con una curva feliz en el abdomen que solo podía proceder del unte de las salsas con las que alegraba su esposa tanto la caza como la pesca. Cada vez que dejaba sus responsabilidades, pasaba a vivir unos meses de relajo, solo roto por sus obligaciones con el negocio langostero, en el que además colaboraba con la llevanza de las cuentas. Había nacido en la isla, descendiente de un pescador asturiano al que iban a agarrotar los invasores franceses por el grave hecho de llevar una navaja encima y que puso pies en polvorosa con la parienta hacia el sitio que le dijeron que sería más difícil dar con él. La información se demostró correcta. Los Gómez no dejaron rastro y, con el paso del tiempo, las siguientes generaciones no enviaron a su prole a estudiar a España, no se les hubiera ocurrido, sino que la pasaportaron a Canadá, de donde Francisco volvió letrado, casado y con una gran morriña de su tranquila isla olvidada.

Dupont tenía una historia parecida pero inversa. Hubo un Dupont que se embarcó en Quebec de vuelta a Europa cuando en 1763 Francia perdió su soberanía. En una escala en la isla, debida a una avería, aquel ancestro Dupont, que no se veía reintegrándose a una sociedad como la europea, decidió quedarse en L'Imprenable con su familia. Seis generaciones después, el gobernador Dupont sí había estudiado en Francia, pero siempre se hizo pasar durante su estancia allí por *québécois*. ¡A quién podía importarle de dónde venía! Dupont era enjuto de carnes, remilgado y con un bigote anticuado y finamente diseñado que le copió a alguien décadas atrás en París. Esa mañana lucía flamante un chaqué que, como el de Gómez, solo cobraba sentido los días de relevo.

Cuando tras el izado de la nueva enseña y unos cánticos entusiastas de *La Marsellesa* —ni siquiera Armand tenía intención de mostrarse poco patriota— entraron en el salón de asambleas, los Rolzou vieron a la familia Buss sentada en el primer banco. Aline Buss estaba delicadamente arreglada para ser la mujer más elegante de la fiesta, al menos hasta la llegada de la española. Nada en ella quería desentonar ni llamar demasiado la atención. Su vestido gris perla, sin escote y con cuellos de un blanco perfecto, solo pretendía enmarcar su hermoso rostro, sin alharacas. La pequeña Maggie se removió en el asiento e intentó salir corriendo hacia su amiguita Irene, pero una mano paterna se lo impidió. Los tres hombres Buss resultaban homogéneos en sus bien cortados trajes oscuros, como si el padre se hubiera desdoblado en diferentes edades y todas se hubieran colocado en fila. Al otro lado de Nathan se encontraba triunfante la vieja señora Buss, que nunca dejaba de salir de Blackgross un día como ese. Su vista de rapaz seguía viva todos los movimientos, desde debajo de la

anticuada cofia negra que lucía. Traspasó con su mirada a los Rolzou cuando estos entraron porque no los había visto sino fugazmente con anterioridad. No estaba preparada para el efecto que de nuevo se produjo en el salón tras la entrada del joven matrimonio. Un silencio admirativo y respetuoso los acompañaba siempre antes de que estallaran los murmullos. Tal vez los isleños algún día se acostumbrarían a su belleza, como lo habían hecho a la de los acantilados, las cascadas, el océano y el lago o, más probablemente, ellos terminarían por perderla antes de que el asombro dejara de producirse a su paso.

Gómez depositó el bastón de mando en su caja y recogió *l'écharpe tricolore* que debía lucir Dupont. Con mano certera se lo colocó sobre el hombro derecho, de forma que el color azul quedó en la parte más próxima al cuello y el borlón dorado colgó, según lo estipulado, sobre el anca izquierda del gobernador francés de la isla. Terminada tan escueta ceremonia, sin discursos ni otras zarandajas, *monsieur le Gouverneur* comunicó a la asistencia, en francés, que podían pasar a la sala contigua a tomar una pequeña colación que, como bien sabía, era el anuncio más esperado de la mañana.

Unas sencillas mesas corridas junto a las paredes servían para ofrecer las bandejas cubiertas de nieve que se había subido a buscar a los neveros del Croquer y sobre la que estaban dispuestos deliciosos trozos de cola de langosta; tampoco faltaban los embutidos de la matanza del año anterior, las cecinas, los quesos que se elaboraban en la isla siguiendo recetas francesas y españolas, las jarras de cerveza artesanal y, como novedad, una selección de botellas de vino Château Rolzou que la familia había aportado para la fiesta.

El volumen de las conversaciones iba subiendo según corrían las jarras y las copas, y los grupos se hacían y se deshacían con la misma soltura que en una fiesta mundana. Constanza y Armand, por separado, atendían a unos y a otros, pues para muchos era la primera oportunidad de mantener una conversación con los recién llegados. La festiva agitación ocultó a medias un tañido lejano, solitario y quejoso, de la campana de anuncios. Nadie pareció darle la menor importancia. La gente de Thule preguntó extrañada a los vecinos por ese escueto toque al que no prestaban atención: «Es el pesquero que viene a por las langostas para llevarlas a Europa. Se ha adelantado un par de días», les respondieron, y así también ellos pudieron encogerse de hombros y seguir la fiesta.

Constanza buscaba la oportunidad de acercarse al grupo de monjas españolas que se mantenían prudentemente apartadas en un rincón. Le daba un poco de absurda vergüenza acercarse, consciente como era de que habían estado a punto de sorprenderles haciendo el amor, aunque obviamente las religiosas no tenían la menor idea. Aun así, prefirió

pedirle al doctor Aramendi que se las presentara, dado que una de ellas trabajaba a su lado.

Acababan de iniciar las presentaciones cuando algo sucedió en la puerta. Un hombre vestido de faena entró con dos hermosas cestas repletas de flores cultivadas. Detrás de él, inmediatamente, apareció otro con varios ramos de rosas de diversos colores, de lirios, de gerberas, de tulipanes y de todo tipo de especies que era imposible hacer crecer en la isla. Un tercero portaba exóticas orquídeas tropicales, impensables en un clima como ese, y un cuarto lo seguía con más ramos aún. Con murmullos de sorpresa, los isleños se apartaron para dejarlos avanzar hasta el lugar en el que se encontraban los dueños de Blackgross. Sin mediar palabra, todas las exquisitas flores fueron depositadas a los pies de Aline Buss quedando estos literalmente enterrados entre pétalos y hojas. La cara de estupefacción de la inglesa solo cambió cuando miró a su esposo y este asintió con la cabeza y delicadamente la besó. Visiblemente emocionada, las lágrimas comenzaron a manar de sus ojos sin ningún recato ante toda la concurrencia. Fue ese el instante elegido por Nathaniel Buss para elevar la voz y declarar públicamente la autoría de la ofrenda:

—¡Feliz aniversario, amada Aline! No son comparables a ti, pero es lo único que se me ocurrió que pudiera rimar con tu belleza. ¡Gracias por todos estos años de amor y felicidad!

Los asistentes, encabezados por la vieja señora Buss, rompieron en un estruendoso aplauso y levantaron sus copas por el matrimonio que ese día conmemoraba aquel en el que unieron ante Dios sus destinos. Los marineros fueron invitados a quedarse y explicaron así que los depósitos vacíos del Cap-Fagnet habían sido contratados por el inglés para ser rellenados con hielo que mantuviera los ramos de flores para obsequiar a su esposa. Ese era el motivo del adelanto de su llegada, coincidir con la doble celebración del 1 de agosto. Al día siguiente limpiarían y llenarían de agua de mar los estanques para transportar vivas las langostas hasta la costa francesa.

Las monjas sonrieron complacidas por la exhibición de amor conyugal. Constanza, mucho más sorprendida que ellas por lo erróneo de sus intuiciones, aprovechó para entablar una conversación fluida. Eso le impidió apreciar la cara que había puesto el médico. Todas las mujeres de la sala hubieran deseado estar en el lugar de Aline Buss, y la española era la única que había vivido momentos comparables aunque, evidentemente, era más fácil que un admirador o un amante te enterrara en flores en París que en ese lugar recóndito.

—¡Qué emocionante es el amor que el Señor mantiene y acrecienta en los matrimonios cristianos! —murmuró la mayor de las monjas.

—¡Oh, madre, pidámosle luego algunas flores para la Virgen! Estoy

segura de que, entre tantas, no le importará cederle algunas a Nuestra Señora —dijo otra.

—Hermana Mercedes, olvida usted que mistress Buss es anglicana. La Iglesia de Inglaterra no respeta los dogmas de la Inmaculada Concepción ni de la gloriosa Asunción de María. No creo que con esa educación religiosa le importe mucho nuestra Virgen…

—¡Pero tienen permitido rendirle culto individual!, lo leí en alguna parte —intervino la hermana Fernanda.

Viendo que la digresión se alejaba de sus intereses iniciales, Constanza terció:

—Crea en lo que crea Aline, no tendrá ningún inconveniente en darles algunas flores, se lo aseguro. Le diré que soy yo la que quiere ofrendarle flores a Nuestra Señora, no me las negará, y para mí ir, como de niña, con flores a María será un privilegio, ¿me lo permiten?

—¡Claro, señora Rolzou, será perfecto! —admitió la enfermera.

—Y ¿cómo les va en la isla? ¿Están confortablemente instaladas? ¿Hay algo que necesiten y en lo que podamos ayudar como católicos que somos? —se interesó.

—Necesitamos un sacerdote, y eso no nos lo podrá solucionar usted. Llevamos más de tres años sin ser reconfortadas espiritualmente, sin confesar y sin comulgar, desde que un jesuita que viajaba en el carguero hacia Norteamérica hizo escala unas horas en la isla —dijo la hermana Fernanda.

—No lo desestime, tengo muchos planes. De eso quería hablarles, porque tengo la intención de erigir una pequeña capilla en mis tierras. Mi hija es educada como católica y necesitará recibir los sacramentos algún día, y a mí también me gustaría un pequeño oratorio en el que retirarme a rezar cuando lo precise, y creo que lo precisaré, los tiempos son muy malos.

—¡Eso sería estupendo! Aunque sin sacerdote…

—Todo se andará, hermana, no pierda la esperanza. Entretanto, a lo mejor dentro de unos meses les acabo pidiendo un favor porque mi pequeña Irene va a necesitar catequesis y aquí creo que solo a ustedes se la confiaría.

—Eso delo por hecho. Lo hacemos con los niños del pueblo y también con su pequeña cuando llegue el momento. Forma parte de nuestro carisma eclesial, igual que el atender a los enfermos, como bien sabe el doctor Aramendi, que es un santo laico, permítame que le diga, volcado como está en el bienestar de todos —alabó Fernanda.

Aramendi no se inmutó. Parecía estar acostumbrado a tales hiperbólicos elogios. A Constanza cada vez le parecía más interesante ese hombre que actuaba mucho y hablaba más bien poco. Quedaron citadas para que llevara las flores a la granja en la que vivían, al norte de Thule, y la española aprovechó para retirarse llevando del codo al

doctor hasta el otro extremo de la sala.

—¡Menuda exhibición! —le susurró—. Aline tiene motivos para estar contenta.

—Lo estará. No es la primera vez que su marido hace locuras de este tipo. Ella cree que sus otras facetas quedan compensadas por estos momentos.

—Usted, sin embargo, parece pensar que no bastan…

—¿Qué más da lo que yo piense? Un hombre solitario tal vez sea demasiado proclive a pensar de más. A mí me gusta más el Ebro que el Guadiana, pero eso una inglesa no lo entendería. Espero que usted sí.

—Perfectamente, y coincido con usted, Alberto —respondió.

—Gracias por la confianza, Constanza. Como le decía, las exhibiciones suelen buscar espectadores y, en ese caso, la persona homenajeada tal vez no sea lo más importante de la puesta en escena. Es solo una idea sin cuajar. Observar es científico y es lo que acabo de hacer mientras encandilaba a las monjitas. He de decirle que estoy pasmado de que nos hayamos juntado siete españoles y ninguno haya hecho la más mínima mención a la situación de nuestra patria. Ni usted les ha preguntado qué les pasó para huir, ni ellas se han interesado por las noticias que podría tener.

—Me enseñó el otro día que no hay que preguntar en la isla por los motivos, y en su caso supongo que no tienen claro de qué lado está una mujer acomodada y casada con un francés que lleva el pelo por los hombros y que lo ha dejado todo para venirse aquí. —Rio la joven.

—Y ¿de qué lado está?

—Del de la paz, como todas las mujeres —dijo Constanza, y se marchó a buscar a su marido, al que había divisado junto a la puerta.

III

Armand había aprovechado el tiempo del festejo. ¡Qué fatuo el inglés! No tenía ninguna necesidad de pasar por el hombre más devoto y más enamorado de la isla. Resultaba un poco vulgar, de tan tosco. No es que le fuera a negar su derecho a la locura. Él mismo se había dejado llevar en innumerables ocasiones por el deseo imperioso de poner el mundo a los pies de su amada, pero siempre en un acto de profunda intimidad, ya que dejaba a la vista las vulnerabilidades del adorador y exigía privacidad para que afloraran libres los sentimientos de la adorada. Traer flores desde el continente a la isla era una magnífica forma de demostrarle a Aline lo que quisiera, aunque debería haberlas hecho llegar directamente a Blackgross, llenando sus habitaciones con todos esos especímenes imposibles, y después haberse sentado en un rincón para espiar el rostro amado y recibir la recompensa por su

amorosa osadía. Lo que había hecho Buss era de mal gusto. Afortunadamente, Constanza le había dicho por el camino que pensaba como él, porque ¿qué pretendía su vecino, entablar una exhibición de actos de amor a la vista de toda la población? Tal vez demostrar quién tenía más medios económicos o más poder para conseguir lo inverosímil.

En todo caso, lo más importante de la arribada del Cap-Fagnet no eran las enormes cestas de flores, sino el saco de la correspondencia que habían recogido en el puerto antes de salir. Armand se había escapado un rato del salón para hacerse con las misivas dirigidas a los residentes de Thule y con los periódicos y revistas que se hacía enviar. La que más deseaba abrir era la del Maestro desde Ginebra, más incluso que la de su propia madre. Al salir de la Casa de Gobernación, regresaron cogidos del brazo por el acantilado de las Viudas, siguiendo la costa rocosa a través de las propiedades de Buss hasta sus propias tierras, y ahora Constanza estaba en su habitación con sus cartas y él se había encerrado en su despacho con las suyas. Thule estaba en calma y ellos iban a encontrarse en privado con sus vidas anteriores.

Vézelay, 29 de junio de 1938

Mi queridísimo joven amigo:

Me alegró muchísimo recibir sus noticias e impresiones sobre la llegada a la isla y los sentimientos difusos pero imborrables que la experiencia de su contacto con la belleza y con la fuerza natural le han provocado. Es una alegría personal que me da, por saber de su afortunada experiencia, pero también una de índole intelectual y casi espiritual. Eso que usted relata haber sentido, ese comprender de forma íntima la belleza de la naturaleza y las limitaciones de la propia existencia humana, constituye un relato que se aproxima mucho a la intuición que en su día me hizo hablarle en aquella carta al amigo Freud sobre el «sentimiento oceánico». ¡Y usted ahora me lo reexpide desde el núcleo mismo del océano! Esa sensación de eternidad que yo le transmití al vienés, de ser un todo con el mundo exterior, corresponde con las vivencias íntimas que usted me relata. No hace falta que le recuerde que, a pesar del interés que tal idea le provocó al doctor, dedicó después toda una obra, *El malestar en la cultura,* a replicar lo que solo fue un apunte mío en una carta. Le envío un ejemplar adjunto porque sé que no va a conseguir persuadirle de que ese sentimiento metafísico o casi religioso que usted mismo experimenta sea imposible debido a lo que él llama la «represión originaria». Estoy convencido de que usted, como yo, no va a renunciar a su sensación de eternidad por mucho empeño que le ponga el vienés. Modestamente, en su día me alegró haber servido con una frase para inspirar a un hombre de su genio toda una obra.

Por lo demás, Freud está en Inglaterra muy enfermo. Tanto él como muchos miembros de su escuela psicoanalítica están huyendo de Viena; lo organizaron todo nada más ser conscientes de la llegada de los nazis. No iban a esperar. Sus

libros ya habían sido tachados de decadentes y unidos a la misma pira en la que estaban los del amigo Zweig. Aún a esta hora algunos de ellos siguen esperando agazapados a que logremos sacarlos de Viena y en ello estamos. Este viejo aún pelea por salvar la inteligencia centroeuropea del desastre. […]

Macha y yo ya no habitamos en Villa Olga junto al Lemán. El pasado 8 de junio nos mudamos de nuevo a Francia. No quise decirle nada para no influirle, pero en las mismas fechas en las que usted estudiaba su retiro a L'Imprenable, nosotros emprendíamos la búsqueda de una casa para comprar en Vézelay. A finales de mayo enviamos la mayoría de los muebles y los 15.000 volúmenes de mi biblioteca a través de las mudanzas Francey de Clarens. Es una casa pequeña, en nada comparable a su Thule, pero bonita y bien orientada, con un encantador jardín bastante grande, que desciende en terrazas por la colina.

Recién instalados, compré de segunda mano un Peyel de media cola —8000 francos— para poder tocar a Bach, a Beethoven, a Mozart. Nunca aceptaré que Hitler tenga nada que ver con el espíritu y el genio alemán, con «ce vieux Goethe», ese tesoro de espíritu libre, ni con todos los demás. Suiza no ha perdido para mí su encanto, pero ya no respiro allí suficiente libertad.

Cada instante que pasa, su intuición se hace más real. Diplomáticos y enviados especiales a su paso por Ginebra relatan la progresiva infiltración propagandística nazi en los Sudetes. No aparte su mirada de Checoslovaquia porque es muy de temer que el próximo escenario de este drama europeo se localice allí. Los enviados de Hitler están profusamente infiltrados y, de forma similar a como hicieron en Austria, agitan, organizan y causan problemas a la espera de que llegue el momento de abatirse sobre la presa.

Europa está abocada a una nueva guerra, como usted predijo. Si a estas horas no ha sucedido es solo porque Hitler cree que aún no está preparado, pero es inminente.

Mi esposa Macha les envía todo su afecto y me ruega que le haga llegar a la querida Constanza su deseo de que, si lo tiene a bien, le remita también a ella de vez en cuando algunas líneas. Quiere saber de su estado y del de la pequeña, y de cómo se desenvuelven en ese lugar tan sorprendente.

Mientras, hijo mío —ya se lo dije, así lo siento, como mi hijo espiritual—, disfrute de la paz que ha ido a buscar. Escriba. Escriba todo lo que pueda. No suelte la pluma, que es su espada, nuestra espada. No estoy muy seguro de que la realidad no llegue a exigirnos sacrificios que no podamos eludir.

Afectuosamente,

ROMAIN

P. D.: La nueva dirección postal es 14, Rue Saint-Étienne, Vézelay, Francia. No obstante, cualquier envío realizado a Suiza nos será inmediatamente reexpedido.

Se sintió entre reconfortado y preocupado. El Maestro ponía en duda que ambos fueran a poder mantenerse al margen del horror que se avecinaba. Armand no pensaba flojear. Su pacifismo lo obligaba moralmente a no participar, a no acatar, a negarse a tomar las armas y matar a ningún semejante por ningún motivo que se alegara. No mancharía sus manos de sangre. Jamás.

Pronto se disipó de su espíritu ese pequeño nubarrón y volvió a regocijarse en la comunión intelectual y espiritual con su mentor, y en cómo este había bautizado y definido fácilmente ese sentimiento oceánico —así iba a llamarlo ya siempre— que lo colmaba desde su llegada a La Inexpugnable. La otra frase que resonaba en su corazón era el último impulso de Rolland para que no dejara de escribir. Era muy consciente de estarse dejando llevar al fácil camino de la actividad. ¡Siempre había tanto que hacer! Organizar, cazar, montar, inspeccionar, explorar, todo parecía más urgente que cerrar la puerta y sentarse en el duro banco frente a unas hojas de papel. Precisaba romper esa inercia, asumir el vértigo que siempre lo asaltaba antes de imponerse tan exigente tarea, aunque siempre acababa por hacerlo. Le asaltó la imagen de Buss disuadiéndolo, proporcionándole excusas para diferir el esfuerzo a un momento lejano. Constanza y Romain llevaban razón, y él tenía que ser capaz de embridarse y acometer el que consideraba su deber vital. Iba a volver a escribir.

Guardó las cuartillas con cuidado en un cajón del escritorio porque sabía que regresaría a ellas muchas veces. Se acercó a la ventana de la biblioteca y miró ensimismado el vaivén de las hojas de los altos azarollos mecidas con mimo por la brisa; pensó que recibirían muy pronto los embates de la galerna y el temporal, como sucedería con su propio espíritu. Reconocer la incertidumbre respecto al futuro era una pequeña tortura que se infligía cada día, aunque jamás la expresaría en voz alta, no solo por cabezonería, que también, sino por no angustiarla a ella. Ser tan consciente del horror que se iba a desatar le remitía constantemente a la figura de su madre y su hermano. Philippe llegaría a la edad militar pronto y tal vez tendría que forzar su salida hacia Thule. Su madre era fuerte, el dolor la había encallecido, y sin su padre poco le importaba otra cosa que no fuese el bienestar de sus hijos, pero esta vez quizá no bastara para ayudarla a soportar lo que se avecinaba. Dejó de darle vueltas en las manos al sobre ornamentado por su cuidada caligrafía inglesa y se decidió a leer al fin lo que le había escrito desde su ciudadela bordelesa.

Château Rolzou, 1 de julio de 1938

Mi muy querido hijo:

¡Qué pronto han llegado vuestras noticias! Imagino que no debo acostumbrarme a ello, ya que será el *va-et-vient* de los propios pescadores el que marcará los ritmos de nuestra correspondencia. Estoy feliz por la sensación de belleza y de confortabilidad que me haces llegar. Temía que estuvierais embarcando hacia una vida tan alejada de la que os corresponde que os vierais obligados a sufrir una precariedad intolerable o a regresar. El aislamiento no es malo si una familia puede vivir *comme il faut;* yo no podría soportar otra cosa para mi nietecita. Agradécele a Constanza las letras que incluyó en tu misiva

para tranquilizarme a ese respecto.

Nuestra vida aquí sigue igual de rutinaria. Así sería siempre si no vinieran de fuera a perturbar la calma natural de estos parajes, la vid precisa de sosiego. Tu hermano Philippe, que te envía saludos cariñosos, asistió hace unos días a un encuentro de fútbol de una violencia salvaje. Sabrás que algunos de los partidos de la Copa del Mundo se juegan en el Parc Lescure. Volvió a casa conmocionado por el enfrentamiento salvaje que se vivió entre los equipos de Brasil y Checoslovaquia. Hubo jugadores en el campo con las extremidades partidas y otros evacuados a hospitales. Un verdadero horror. «La batalla de Burdeos», lo han llamado los diarios. Es como si el mundo estuviera preparándose para la sangre o, al menos, como si un estremecimiento violento recorriera la sociedad. Le he prohibido asistir a ningún encuentro más, ya que nada garantiza que tal furor no acabe por trasladarse a los espectadores. Estoy segura de que, de haber estado aquí, tú hubieses tomado la misma decisión, aunque con más mano izquierda, a mí me ha negado la palabra desde entonces.

En otro orden de cosas, mi abogado está en contacto con la casa de armadores Camboulives y me avisará de todas las salidas del Petit Ruritanie que puedan hacer escala en vuestra isla —no sé por qué me han pedido que no la mencione expresamente en la correspondencia—, así que no dudéis en hacerme saber todo lo que podáis precisar, ya que es muy sencillo hacerlo embarcar. En esta ocasión, como me dijeron que se trataba de un pesquero casi sin espacio, apenas he añadido a estas líneas apresuradas unas cuantas revistas ilustradas para Constanza y la prensa y unos libros que llegaron a tu nombre. Procuraré enterarme sobre si es posible hacer un envío más grande antes de la Navidad para que tengáis el calor de casa cerca, y la pequeña Irene, los presentes de Père Noël.

Tengo que dejarlo aquí si quiero que estas líneas lleguen a tiempo al puerto. Recibid mis bendiciones y los mejores deseos para todos.

Para ti, hijo mío, un beso de tu madre que te quiere,

RENÉE ROLZOU DE SAINT-GELAIS

Ma mère bien aimée! Siempre tan contenida para los sentimientos, siempre tan práctica. A veces pensaba que toda su ternura había sido enterrada en el Somme junto a su amado marido, que solo había quedado de ella una cáscara seca cuya única utilidad había sido servir de protección a los hijos de ambos. Armand era consciente de cuánto se parecía él, incluso físicamente, a su malogrado padre y de qué extraña mezcla de amor profundo y de pesar producía esto en su madre.

IV

A la mañana siguiente Constanza cogió un par de revistas de moda de las que le había enviado su suegra y se encaminó con ellas hacia Blackgross. Salió nada más desayunar, sin más advertencias ni

alharacas, porque había oído cómo Armand se encerraba en su despacho y no quería perturbar en lo más mínimo su determinación, sobre todo si esta consistía en ponerse a escribir de nuevo.

Salió a la aún fresca mañana de agosto —¡nunca se iba a acostumbrar!— vestida con pantalones y zapatos de *sport.* Pensaba convencer a Aline para poner rumbo a la granja de las monjas inmediatamente. No se le pasó por las mientes que fuera a encontrar resistencia. Lo de las revistas era una mera excusa introductoria, esperaba que la inglesa se las devolviera porque no había tenido siquiera tiempo de ojearlas. ¡Total, para qué! No iba a poder conseguir los nuevos modelos, ni de hacerlo tendría ocasión de lucirlos. Tal vez, pensó, podrían ir haciendo algunas modificaciones si la ingente cantidad de ropa que habían traído se iba quedando desfasada. En todo caso, le gustaba mirar el cuidadoso celo con el que se mimaba la elegancia en París. Aline no podía ser inmune a ese *charme,* a pesar de ser británica.

Con esos y otros frívolos pensamientos, a los que se entregaba a veces sin ningún remordimiento, atravesó las vallas de madera que marcaban la frontera con Blackgross y se encaminó hacia la negra casa. Era imponente y sobria, elegante sin duda, aunque el color aportaba una cierta invitación a la desconfianza. Tal vez fuera la idea.

Subió con decisión los escalones y llamó a la blanca puerta. Anunció a la sirvienta su intención de entrevistarse con la joven mistress Buss. ¡Cuántos inconvenientes procuraba esa agresión extranjera de robar el patronímico a las mujeres! Incluso el suyo había perecido ante la evidencia del amor. Fue lo más doloroso de su casi siempre gozosa relación con Armand, renunciar a llevar el nombre de los suyos. Se forzaba a pensar que era solo una pequeña claudicación externa y cada vez que podía sacaba a relucir su flamante Pérez de Albeniz, que le sonaba a hogar, a halda materna con aroma a cordero churrascándose sobre los sarmientos, a barrica nueva y a mosto recién pisado.

La hicieron pasar a un saloncito que daba al norte y estaba bastante fresco. No se sentó. Midió a largos pasos la anchura y la largura de la estancia mientras aguardaba a su amiga. Sobre la mesita lucía uno de los muchos arreglos florales que el día anterior habían servido de exhibición de amor. Debían de haber colocado uno en cada habitación de la casa y aún les habrían sobrado. No quería imaginar cómo debía haber quedado el dormitorio de Aline.

En ese momento esta irrumpió en la habitación, llevando uno de los ramos en los brazos.

—¡Buenos días, querida Constanza! Iba a acercarte yo unas flores a Thule para que las disfrutaras, ¡hay tantas!, ¡demasiadas! —dijo dejando el ramo sobre un sillón y acercándose a darle los tres besos de

rigor.

—Las flores nunca son demasiadas para una mujer, querida —respondió—, tal vez ni siquiera logran ser suficientes. Debes de estar pletórica. ¡Menuda sorpresa tan maravillosa te preparó Nathan! Nos dejó a todas con los dientes largos y envidiándote sanamente.

—¡Oh, sí, son las cosas de Nat! Siempre me ha hecho vivir como en un sueño. Nunca sabes con qué va a salir. Una vez me llevó todo un coro sinfónico y un tenor a cantarme a la puerta de mi casa en Londres… Puede parecer excesivo, pero ¡es tan bonito sentirse amada!, ¿no crees?

—¡Desde luego! Es lo que da sentido a la vida, no tengas duda. Lo que yo te traigo es mucho más prosaico, pero he pensado que a lo mejor te apetecía verlas, llegaron ayer también en el pesquero.

Le tendió con un guiño las revistas que llevaba arrolladas bajo el brazo. La otra las recogió con cierta indiferencia que vistió inmediatamente de agradecida acogida. Constanza no recibió bien el gesto y hasta pasado el tiempo le costaría mucho entender la animadversión de Aline Buss a ese tipo de publicaciones. Había llegado el momento de plantearle el verdadero motivo de su visita.

—He venido además para pedirte un favor. Espero que no te parezca un abuso por mi parte. Ayer, asombradas por la belleza del gesto de tu marido y por la de las flores, las monjitas mostraron su deseo de tener algunas para adornar su altar a la Virgen. Ya sé que eres anglicana, pero ¿te importaría que yo les llevara unas cuantas?

Inopinadamente, Aline palideció. Frotó casi con violencia una mano contra otra antes de contestar, hasta el punto de que sus nudillos enrojecieron perceptiblemente. Constanza no bajó la mirada. La dirigió directa hacia los ojos azul casi transparente de su interlocutora. Si iban a pelear así, no sería ella la primera en rendirse. La inglesa tomó aire y luego lo espiró en una mezcla de suspiro resignado y de quejido.

—Por supuesto que las monjas van a tener sus flores y voy a ir contigo a llevárselas. Espera un segundo que pida que nos preparen el coche y nos vamos para allí.

Constanza asintió con gesto de satisfacción. Era justo lo que había ido a buscar y lo había conseguido. Desde el principio había tenido la sensación de que Aline sentía temor a algo, que se mostraba insegura con sus decisiones o afirmaciones, como si buscara siempre la aprobación de alguien que no podía ser sino su marido. La dubitación había sido demasiado clara como para que una mujer sensible no la percibiera, pero había logrado superarla y eso abría una vía a la comunicación entre ambas. Había muchas preguntas que la española pensaba que su amiga le podía resolver, solo era cuestión de paciencia y maña.

Aline dio instrucciones también para que le trajeran dos cestas de flores que unir al ramo que había transportado en sus brazos. Salieron ambas con tan fragante carga hasta la puerta principal, donde las esperaba un coche moderno e ideal para recorrer los caminos de la isla. Era muy posible que, en cuanto Armand lo viera, deseara tener algo igual. Ruedas anchas, capota de lona, una gran rueda de repuesto y una apariencia robusta y campestre que parecía estar pensada para terrenos agrestes y caminos como los que ellas iban a recorrer y, sin embargo, apreció la joven señora Rolzou, era ni más ni menos que un Mercedes-Benz. Aline casi saltó al puesto de conductor y se aferró al volante con un gesto de desafío.

—¿Te gusta? Lo compró Nat como regalo de Navidades para mí el año pasado. Otra de sus locuras porque prácticamente le hicieron la carrocería según sus indicaciones. No creo que haya otro vehículo más adecuado para L'Imprenable. ¡Sube a mi Typ!

Constanza acomodó las flores en el suelo de la parte posterior para que no sufrieran con el viento, dado que el techo de lona estaba retirado y, cuando estuvo satisfecha y segura de que no se estropearían, ocupó el asiento al lado de Aline.

—¿Typ? ¿Le has puesto nombre al coche? ¡Qué original!

—No, lo llaman así los alemanes. Es casi un prototipo, pero Nat tiene buenos amigos y muchos contactos.

—¿Amigos alemanes? —se inquietó Constanza.

—Amigos de todos los países. No te haces idea de hasta dónde llegan los tentáculos de mi maridito —respondió riéndose con despreocupación.

Mientras su amiga arrancaba a estrincones, pensó en que Armand no desearía un coche como ese si había que usar contactos alemanes para obtenerlo. Era obvio que el largo brazo de Buss llegaba incluso hasta los lugares a los que no resultaba adecuado llegar. Quizá por eso no había utilizado el Mercedes para ir a buscarlos al puerto, ni para ninguna de sus excursiones con Armand, porque no querría oír unas preguntas que ahora ellos se iban a formular igual.

No repararon, no hubieran podido, en que desde una de las ventanas de la primera planta, detrás de los visillos, las contemplaba el propio Nathaniel Buss. El dueño de Blackgross había tenido la precaución de no retirarlos para espiarlas, no le hacía falta. Sin embargo, en cuanto el todoterreno alemán puso rumbo hacia la Ruta Grande, se acercó al sillón en el que estaba sentada su madre, tomó asiento enfrente y descargó un imponente puñetazo sobre la mesita de té que había entre ellos.

La señora Buss madre permaneció impasible viendo cómo la ira iba remontando el cuerpo de su hijo, enrojeciéndolo a su paso, hasta que lo poseyó por completo. Siguió con su calceta como si un ser salido de

sus entrañas no estuviera a punto de estallar frente a ella.

—¿Ves como es idiota? ¿Ves como no tiene remedio, madre? No solo va camino de la granja de las monjas, y ya le advertimos muy seriamente sobre repetir esa conducta, sino que ha mandado sacar el Typ, aunque también le había explicado por qué no quería que los Rolzou lo vieran aún. ¿Por qué hace esto, madre, para desquiciarme, para retarme, para crearme problemas? Sabes que soy un hombre desvivido por su familia y volcado en mimar a una mujer que, a todas luces, no lo merece. ¿De qué sirvió que ayer la enterrara literalmente en flores que hice traer para ella, conservadas entre hielo durante el tiempo que se tarda en navegar más de mil millas? Tengo que lograr que me respete y que respete las normas, y si no es por las buenas…

—Sé que lo intentas con todas tus fuerzas, Nat, pero hay algunas cualidades familiares que desaparecieron con tu padre. Aline cada día está más díscola, eso es cierto, y me temo que sea por un aumento de su desconfianza natural. Puede que estés pasándote de osado con tus debilidades, ¿no crees, hijo? Tu esposa no es inteligente en la misma manera que puede serlo un Buss, aunque tiene ese sexto sentido de mujer herida que en ocasiones resulta más certero que cualquier plan. ¿O te crees que no ha reparado en la belleza de la española y que eso no le trae recuerdos? Has sido un torpe, hijo, pero eso no es una novedad para mí.

Buss se levantó visiblemente irritado, pero no rechistó. Comenzó a recorrer el aposento a grandes zancadas. Las cosas no estaban saliendo según sus planes y eso lo roía por dentro. Súbitamente, explotó.

—¡Madre, tengo derecho a tener personas cultas con las que tratar, ya que estoy condenado a permanecer en esta dichosa isla!

La señora Buss echó la vana sobre la aguja con parsimonia y ni siquiera alzó la vista hacia su hijo, a pesar de notarlo casi desesperado.

—Nadie te lo ha negado, hijo, aunque tampoco nadie te puede asegurar que aciertes siempre en tus decisiones.

—¿Crees que me he equivocado, madre? Es que… hay algo muy fuerte de ella dentro de mí.

—Eso es innegable, y una fuente de problemas —musitó la vieja.

—¿Qué crees que debo hacer, madre? —preguntó humilde.

—¿Me estás pidiendo consejo, hijo? —respondió haciéndose la incrédula.

—Estás deseando dármelo.

—Yo le daría más cuerda al francesito. No lo atosigues. Si lo haces, su mujer se convertirá en tu oponente, como sucedió el otro día, y no es eso lo que tú buscas, ¿verdad?

Buss no respondió.

—También tendría mucho cuidado con el resto de mis actividades.

Aline está permanentemente en alerta y cualquier día darás un mal paso. Relájate, hijo mío. Estamos aquí encerrados, nadie se va a ir a ningún sitio. Tómate tu tiempo y deja que ellos se lo tomen también. Es cuestión precisamente de dejarlo transcurrir para que la rueda de la rutina comience a hacerte el trabajo. En cuanto a tu mujer, ¿qué importancia tiene que vaya y que venga? Déjala. Indirectamente te allanará el camino, ya lo verás.

Buss inclinó la cabeza para despedirse de su madre y giró sobre los talones con porte marcial. A grandes zancadas alcanzó su biblioteca y abrió la puerta tras la que guardaba su preciada emisora de onda corta. Era improbable encontrar interlocutores a esa hora, pero intentándolo rebajaría su sofoco para que cuando su mujer regresara no quedara de él ni una chispa.

V

Pauline acomodó en un gran paño extendido sobre una cesta grandes rebanadas de una hogaza tierna. Añadió una tortilla encerrada entre dos platos, con la receta de Carmen, que era la que le gustaba a la señora, y unos pimientos verdes fritos encima. Nada que tuviera que ver con su pericia culinaria, pero un triunfo seguro con los potenciales comensales de la merendola. No olvidó colocar en un rincón de la cesta una botella de vino, no de Château Rolzou, por supuesto, sino de las bodegas españolas de los padres de *madame*. La cocinera francesa no es que despreciara el caldo que con tanto esfuerzo habían pasado los Pérez de Albeniz hasta Francia, era más bien que no lo entendía, como si se tratara de una lengua prehistórica.

Estaba lloviendo, así que metió sus maltrechos pies en unos chanclos que tenía siempre en la puerta de la cocina y se amarró un triángulo impermeable a la cabeza, a guisa de pañuelo. Así pertrechada, se dirigió con paso vivo a la trocha recién abierta en la espesura del monte que conducía hasta el lugar en el que los Guruchet, con la ayuda de los polizones, terminaban los establos y el garaje. Las gotas tamborileaban en las hojas. Respiró hondo. El olor marítimo y a la par húmedo del follaje le recordaba a su Poitou-Charentes natal.

Antes de llegar al lugar en el que se oía martillear a los hombres, se puso el asa de la cesta en el codo y con coquetería se recolocó los mechones que se le escapaban del moño, se dio dos pellizcos en las mejillas para darles color y se decidió a interrumpirlos. Encontró solos a los dos hermanos pelirrojos, un tono de pelo ígneo que constituía el único signo para indicar que habían salido de un vientre común, pensó, porque por lo demás no podían ser más diferentes. La invadió

un fuerte olor a madera recién cortada y cepillada, y fue recibida por un par de sonrisas francas en cuanto divisaron la cesta que llevaba con ella.

La dejó sobre un tocón resguardado por el voladizo del tejado y se encogió de hombros.

—*Madame n'est pas encore retournée et monsieur s'est enfermé dans son cocon* —dijo para subrayar que solo se había acordado de ellos porque no tenía otra cosa que hacer. No fueran a pensar que tenía otro interés, como de hecho sucedía.

Los dos hermanos contestaron con un gruñido de aceptación.

—¿Cómo va esto? ¿Estará terminado a tiempo? —insistió.

Otro gruñido parecido a un sí se dejó oír mientras ambos sumergían las manos casi hasta el codo en un barreño con agua que tenían cerca. No parecían muy proclives a la conversación si bien Pauline no pensaba darse por vencida. Anixeto era un hombre recio y bien parecido, pensó. Más o menos de su edad, tal vez un par de años más joven. No le importaba. La isla le daba alas. Jamás hubiera pensado en tomarse una libertad así en plena Ginebra, y mucho menos en París. Allí había comenzado muy joven a pararles los pies a los carniceros, chacineros y proveedores que llegaban a la puerta de servicio para dejarle los pedidos y, con el tiempo, cogió la costumbre y dejó de pensar en que algún día podría tener una vida familiar.

Se sentaron en unos taburetes de madera de tres patas que los hermanos habían hecho con sus propias manos y que les servían lo mismo para sentarse que para subirse sobre ellos y alcanzar algo. Al final, los pelirrojos Guruchet rompieron su silencio en aquel peculiar *pidgin* isleño que mezclaba el francés con el vasco y, en menor medida, con el español.

—¡Menuda cesta, Pauline! Hacía tiempo que no me echaba a la cara una tortilla española con tan buena pinta como esta. A veces la patrona de Au Convent saca alguna para el almuerzo, pero le queda que parece argamasa, ya sabe usted a qué me refiero.

—Falta de huevo. No se puede escamotear en las recetas, siempre trae malas consecuencias.

—¡Depende de cómo vayas de huevos! —se rio Xan sin importarle que el juego de palabras fuera tan obvio y tan vulgar.

La cocinera pasó de largo el comentario.

—¿No están aquí Antonio y Manuel? A lo mejor he traído mucho…

—Ya vendrán. Se los llevó Cosme para hacer algo en el sembrado de patatas. Son muy importantes las patatas en la isla y como cocinera debería saberlo, o ya lo aprenderá —comentó con la boca llena.

Lo miró con desaprobación, tendría que enseñarle a comportarse en la mesa. Todas esas cosas eran cuestión de educación, y estos dos pobres salvajes a saber desde cuándo llevaban solos y dejados de la

mano de Dios en el pequeño astillero. Iba a tener que tirarles de la lengua con más osadía si pretendía enterarse de algún chismorreo interesante del pueblo.

—No se sabe cuándo estará terminado esto para empezar con la vivienda de los hombres, ¿no?

—Los establos y el garaje tienen que estar listos antes de que lleguen las heladas. Pronto habrá que recoger a los animales de los pastos y encerrar los coches para que no se les congelen los líquidos. Lo otro puede esperar. No creo que nadie esté durmiendo a la intemperie.

—Pero ¿van a trabajar en invierno para hacerlo?

Xan la miró con pena.

—Creo que no se hace idea de lo que es el invierno aquí, Pauline.

Esta tuvo un estremecimiento involuntario. Lo que sucedía es que no quería imaginárselo siquiera.

—A finales de octubre, con las primeras heladas, ya no nos verá el pelo. Nos volvemos para el astillero. Muchos sacarán barcas para darles un repaso y tenemos otros encargos de monsieur Rolzou.

—¿Más encargos?

—No se pueden contar. Son secretos y tienen que estar terminados en una fecha determinada. No nos va a faltar tajo —terció Anixeto.

Ambos hombres comían en silencio, como si su presencia fuera un daño colateral de semejante merienda. La cocinera empezaba a sentirse excluida, como si sobrara, y no encontraba la forma de reconducir esa especie de conversación hacia un punto en el que enterarse de alguna cosa sobre los padres de Aimable Virginie, sobre las monjas o sobre ellos mismos, que era lo que más le interesaba.

La sacó del apuro el ruido evidente de un automóvil por el camino que llevaba a Thule. Solo podía ser la señora, que volvía. Lo dejó correr. Tenía que volver a la roja casa por si necesitaba algo; un té le vendría bien, porque no había forma de que no se hubiera mojado en el trayecto; la doncella le había contado que se había ido en un coche sin techar. Se levantó y les hizo un gesto que ellos comprendieron. No hablaron más. Corrida, se dirigió a paso vivo hacia sus obligaciones.

—Devuelvan luego los cacharros —les dijo mientras se alejaba.

La visita a la casa de las monjas había sido un desastre según los parámetros de Constanza, aunque tanto ellas como Aline parecían encantadas. La ida había sido algo accidentada. Era su sino: o se trataba de Armand inclinando el sidecar o era su amiga acercando las ruedas peligrosamente al borde del camino. Al llegar a la altura del banco de Eliza Conder, había sometido a la esforzada conductora a una prueba haciéndola parar para depositar una de las rosas en la tumba de la malograda inglesa. Esta vez no hubo quejas ni protestas, Aline no puso la menor pega. No solo detuvo el aparatoso todoterreno,

sino que se apeó y ella misma colocó otra flor roja en el mismo sitio. Cuando reemprendieron su camino, Constanza giró la cabeza y vio perfectamente cómo ambas eran arrastradas por el viento hasta precipitarlas por el mismo acantilado por el que se arrojó la finada. Nada. Ni un comentario ni un gesto que reprodujera el temor y la rabia que Aline había experimentado la primera vez que se le ocurrió pedirle que pasearan hasta allí. Borrado. Cero sobre esa alegría íntima por la muerte de aquella mujer que había vomitado fuera con tanta violencia aquel día. Parecía feliz y enamorada, como si otra mujer hubiera renacido en ella en pocos días o como si alejarse de Blackgross la volviera dicharachera y extrovertida, en vez del ser contenido y sufriente que le había parecido las primeras veces al verla junto a su marido.

Constance venía calada, la impericia de su compañera había impedido que subieran el techo de lona a tiempo cuando comenzó a llover. El chubasco arreció mientras ellas tiraban, estiraban, ataban y volvían a deshacer los nudos para lograr tener un techado en el peculiar vehículo. Aun así, había sido una experiencia divertida, las dos solas dando la vuelta a la isla. Era la primera vez que Constanza había llegado al punto más al norte, hasta la cala de los Islandeses, dado que de allí salía el camino que llevaba a la granja comprada por las religiosas. A la vuelta habían preferido seguir contorneando la isla pasando por el astillero de los Guruchet y el vivero y disfrutando de la imponente vista que desde esa altura se tenía de La Crique de l'Espoir. Solo por eso había compensado la excursión, aunque hubiera preferido hacerla en otra compañía.

Subió corriendo a cambiarse y a buscar a Armand. Se estaba secando el pelo con una toalla cuando Pauline entró con una cafetera humeante y unos panecillos con mantequilla. De su marido no había ni rastro. En cuanto se hubo entonado con unos tragos calientes, salió en su busca, aunque primero pasó por la *nursery,* donde la pequeña Irene terminaba su merienda como una señorita y a plena satisfacción de Miss Flanner, que disfrutó mucho del momento en el que madame Rolzou alabó el resultado de sus esfuerzos educativos en materia de modales.

Finalmente acabó por entrar en tromba en el torreón, en el que el señor de la casa seguía colgado de su emisor-receptor de radio. Sintió una ligera desilusión por no haberlo encontrado frente a la máquina de escribir que desapareció cuando reparó en un montón de cuartillas emborronadas bajo una taza de café. Intuyó que mientras su marido parecía distraerse, el escritor se hallaba en ese difícil momento en el que elegir una de las ideas incubadas y arrumbar las otras; ese momento crucial en el que un camino mal tomado podía tirar por tierra los esfuerzos de los meses venideros. No podía hostigarlo. El

arte tiene sus tiempos, Constanza lo había aprendido a base de amar a ese hombre delicado y lleno de contradicciones poseedor de un corazón amante y bondadoso que las compensaba todas. Lo besó con ternura en la base del cuello y provocó en él un estremecimiento y un sobresalto. Armand se quitó los auriculares y se volvió sonriente hacia ella.

—¡Te ha pillado la lluvia! ¿No ibais a ir en coche?

—Hemos ido en un coche sin techar y cuando hemos intentado poner la capota no se nos ha dado nada de bien —respondió encogiéndose de hombros—. Un coche muy peculiar, nunca había subido en uno así.

Casi le pareció que su marido elevaba las orejas, como un perro de caza, al oír esas mágicas palabras. No podía negar su afición a los vehículos de motor.

—¿Peculiar? ¿Era un descapotable? No puedes decir que nunca has viajado en un descapotable. ¿De qué marca era?

Paró el torrente de preguntas y le contó con pelos y señales el viaje en el Typ de Mercedes-Benz. Le calló para explicarle que no se trataba del modelo civil sino de un modelo que parecía militar. Amenazante.

—Es perfecto para la Ruta Grande, ¿sabes?, incluso podríamos habernos salido del camino marcado y hubiera seguido perfectamente, pero, no sé, daban ganas de levantarse del asiento para saludar a las tropas. Me recordó una imagen que vi en algún periódico. Fue extraño.

—¡Tengo que verlo! ¿Cómo habrá logrado Nat hacerse con uno y traerlo a la isla?

—Lo segundo no tiene demasiado problema, pero la respuesta a la primera pregunta no te va a gustar. Aline me ha dicho que es un prototipo y que lo ha conseguido a través de amigos. Amigos alemanes, Armand, amigos poderosos, y ya sabes lo que eso significa.

Una sombra enturbió el hermoso rostro del francés, que, rápidamente, saltó de tema como si lo que ese descubrimiento sugería fuera demasiado complejo y demasiado grave para ser tratado en voz alta. Prefirió preguntarle por las monjas españolas. Seguro que ahí no había ningún misterio que aclarar, pero se equivocaba de nuevo. Todo y todos en la isla tenían una historia que parecía que se esforzaban por ocultar.

Constanza miró a través del mirador y vio cómo el viento azotaba los grandes serbales y echaba por tierra parte de sus hermosas bayas rojas. No podría sacar a la niña un rato fuera, el tiempo estaba muy feo.

—La granja de las monjas necesita unas cuantas mejoras. No están mal aposentadas, pero carecen de todo tipo de comodidades. ¿No podríamos mandarles algún día a uno de los hombres? Ellas lo

intentan, pero hay chapuzas que a Antonio o Manuel les durarían un suspiro y con las que ellas, pobres mías, tienen que luchar como jabatas: una ventana que no cierra, unos troncos demasiado grandes para la chimenea… El doctor colabora a veces, pero no son trabajos que una mano de médico deba atender.

—Podemos enviarles ayuda, aunque ¿tú crees que no será conflictivo? ¿Te han contado por qué se han exiliado en esta isla? Cosas de la guerra, supongo, porque la guerra no respeta nada, y a ellas menos.

—Quemaron su convento en Madrid y, aunque no lo verbalizan, creo que no se sintieron llamadas al martirio, tal y como pretendía su superiora, y decidieron poner tierra y hasta mar por medio. Es lo que me habían insinuado y lo que ellas dan por sabido. No te oculto que en el acto de la Casa de Gobernación, cuando conversamos, me sorprendió que no me preguntaran si sabía cómo iban las cosas en España. Les he dejado claro que mis padres siguen allí en zona franquista, pero ni aun así se han sincerado.

—Y quieres mandarles a uno de nuestros hombres… *Sacré bleu!* Tendrá que ser Antoine, que es el único que no es republicano español. Piensa un poco, *ma petite!* Es católico, las tratará bien.

—Llevas razón. A veces se me olvida que allí se están matando unos a otros. Quiero decir, no es que se me olvide, es que no tengo conciencia interna de ese odio extremo que no comprendo. Antoine podrá ayudarlas igual. ¿Puedo enviárselo? Me da mucha pena que vayan a pasar frío, y el otoño está llamando a la puerta…

—Irá en cuanto termine lo más urgente aquí. No te preocupes. ¿Qué más te han contado y, sobre todo, qué les has pedido? Nos conocemos, *mon amour.* —Un beso rubricó esa verdad incontestable.

—Necesitan y necesitamos un sacerdote. Vienen tiempos oscuros y mucha gente va a precisar de apoyo espiritual. A muchos nos ayuda, ¿sabes? Ese cura serviría además a la iglesia que construiremos cerca de los acantilados, y así, cuando Irene tenga que hacer la comunión o haya que bautizar a su hermanito, tendremos un ministro del Señor que lo haga —dijo mirando de refilón por ver el efecto de sus palabras.

Era un pequeño retraso, nada fuera de lo normal, aunque estar pendiente de los días de falta la había llevado a incluir la posibilidad en su argumentación. No le pareció que su marido hubiera captado nada.

—No es tan fácil. *On verra bien.* ¿Quién lleva la voz cantante, la *bonne soeur* Fernanda? ¿Cómo son las otras? ¿Jóvenes y lozanas? —dijo con un guiño, como si le importara.

Su mujer rio sin darle más importancia al comentario. Todo era tan transparente entre ellos que las bromas fluían naturales en su

camaradería, sin sospechas, sin recelos, sin dobleces. Entre sus almas no cabía nadie y entre sus cuerpos no había lugar para otras pasiones. Ambos eran conscientes.

—La hermana Fernanda es la que lleva la voz cantante, no cabe duda. Ella las trajo y ella lidera el grupo, sin que quede claro si es porque la han elegido superiora o si es una mera constatación de sus dotes; pasa mucho tiempo fuera ayudando al doctor y después aún se ocupa de tareas de la granja y de su tiempo de oración. Luego está la hermana Mercedes, que es la maestra de la escuela del pueblo alternándose con un viejo jubilado, que suele dar clase en invierno si a ella le resulta imposible salir de la granja por la nieve o el temporal. La hermana Dolores, la mayor de todas, pasa casi todo el día en la casa ocupándose de tareas domésticas, para las que no sé si tiene ya edad, y luego están la hermana Pilar y la hermana Clara, que casi no han participado de la conversación y que son jóvenes y místicas. Ese es el resumen urgente de nuestro pequeño convento, muy diferente al que abre sus puertas sobre el puerto para los gaznates sedientos.

—¿Crees que están esperando a que acabe la guerra para volver a España? —se interesó Armand.

—No creo, pero es solo un presentimiento. Si diera la impresión de que es un refugio pasajero el que han buscado, no me habría salido natural plantearles un plan a largo plazo. No, tengo la sensación de que se han acomodado aquí y de que no tienen prisa por regresar a ninguna disciplina, regla o jerarquía diferente a la que ellas mismas se han dado.

—Puede ser. ¿Cómo decís en castellano: el buey solo bien se lame?

—No seas irreverente —le respondió dándole un papirotazo cariñoso.

Dos discretos golpecitos en la puerta dejaron oír la voz de Ada Flanner anunciándoles que la cena estaba lista. No se demoraron. Iban trajinando pensamientos bien distintos. «Este estudio, con esos techos en forma de barco invertido y con las vigas de madera oscura, lo aprovecharían maravillosamente las hermanas para hacer una capillita coqueta; es perfecto para recogerse y Dios parece esperar entre los árboles y el lago a que lo honren», se le iba pasando por las mientes a la española. Su marido seguía dándole vueltas al significado que podía tener que su vecino hubiera logrado de los alemanes un prototipo tan exclusivo y que él, como buen aficionado a los coches, sí había sabido identificar: «Ella lo recuerda seguramente porque lo ha visto en las revistas ilustradas llevando a Adolf Hitler y a Benito Mussolini durante una visita a Mecklemburgo». Saber, a veces, no tranquiliza nada.

VI

La larga mesa de madera de pino de la cocina de Thule estaba dispuesta para siete personas. Cinco de ellas esperaban sentadas a que las dos doncellas terminaran de servir el café en el comedor a los señores y vinieran para compartir la cena con ellos. Una cortina de oscuridad ocupaba las ventanas y no permitía ver ni el cercano bosque ni la estructura casi terminada del nuevo garaje, que se había situado enfrente de las dependencias de servicio para mayor comodidad.

Celso Arroniz tal vez fuera el más impaciente y el que a la par tuviera menos interés en demostrarlo ante los perspicaces ojos de su hija Carmen. En cuanto acabaran de cenar y ella tuviera que ocuparse de preparar a madame Rolzou para acostarse, él se deslizaría fuera y vadearía el Ibaya, para no llegar hasta el puente que utilizaba todo el mundo más abajo. Podría así deslizarse a campo traviesa pisando con cuidado un suelo basto de piedra volcánica cubierta por los musgos hasta convertirlo en un terreno minado para los tobillos poco entrenados. Lo mejor era llegar al pueblo y subir a Au Convent cuando todavía quedaran algunos parroquianos, en esa hora en la que el tabernero se habría acostado después de todo el día tras el mostrador, dejándole a su esposa el cuidado de echar a los más remolones y de recoger el salón para el día siguiente. Debía hacerlo así, de forma subrepticia, para no causarle inquietud a su hija, si no bien podría haberse bajado en la furgoneta con Antoine cuando fuera a dejar en el pueblo a Aimable Virginie y a la otra muchacha que subía a ayudar.

Su hija no le prestaba ninguna atención. Estaba demasiado ocupada en afianzar su papel en Thule. El simpatiquísimo y listísimo Archie Mauger le había dicho que, si ella iba a ejercer de ama de llaves, tendría que presidir las comidas y bendecir la mesa, pero ella no veía ninguna posibilidad de que Pauline descuidara su dominio sobre esa zona de la casa. Como los señores no la habían nombrado oficialmente nada, poco podía reclamarle a la cocinera y, sin embargo, en cada comida se sentía una débil por no hacerse valer, como le insinuaba el preceptor.

La verdadera dueña de esos lares removía en una gran perola la sopa que iba a ofrecerles de primer plato, rezongando porque tenía la impresión de que se iba a espesar demasiado si los señores no se decidían a pedir el café. El chófer suizo hacía cuentas, o tal vez unos dibujos, en un papel que tenía medio escondido bajo el plato, y los otros hombres permanecían en silencio permitiendo que solo algún rugido de sus tripas dejara sentir que se encontraban allí. Justo en ese momento las dos chicas que servían la cena, no sin algún incidente debido a su inexperiencia, hicieron su entrada en la cocina.

—*Ça y est!* La señora ha pedido que encendiéramos un poco la chimenea del comedor y también la de su cuarto para cuando suba. Las noches refrescan y refrescarán, ¡madre, si refrescarán! No sé qué

nos va a pedir que hagamos en enero —dijo, quitándose el delantal blanco de servir y sentándose, Aimable Virginie.

Silenciosamente, Estrella, la nueva muchacha, lo hizo a su vez. Casi nadie sabía aún qué tono de voz tenía, de tan prudente que era. Pauline, puesta en pie, colocó el puchero frente a ella y fue reclamando los platos para rellenarlos. Cuando hubo terminado, se sirvió el suyo y, bendiciendo la mesa, dio la señal para comenzar. Carmen se mordió por dentro el labio inferior.

—Señor Celso, he estado antes en los establos nuevos para llevar un almuerzo y no lo he visto ni a usted ni a estos otros dos. ¡Así no van a terminar nunca!

—Ya sabe que andábamos a las patatas, ¡qué prisa tiene! Como si el encargo fuera suyo. No se preocupe, que estarán para cuando haya que recoger los animales —le respondió.

—Si vuelven o los podemos recoger —dijo agorero Cabrera.

—No habrá problema, ya lo verá. Todo el mundo en la isla lo consigue cada otoño, no van a ser los de Thule los más tontos, ¿no cree? —Rio Virginie.

—¿Trabajan bien los Guruchet? —insistió la cocinera.

—Menudas manos tienen los pájaros —terció Zarraga—, no solo trabajan como bestias, sino que son finos a más no poder.

—¿Y cuentan algo? Son muy cortos o muy cautos, no hay forma de sacarles ni una palabra. He estado a su vera un rato mientras comían y no ha habido forma.

—Ni churrean ni murrean.

—Así que tampoco vosotros habéis logrado saber nada de ellos, ni de su familia, ni de por qué decidieron venirse a la isla.

—Pues no, señora Pauline, a duras penas las casas y puentes y otras cosas que han hecho y de las que están muy orgullosos y con razón, porque trabajan de maravilla —se inmiscuyó Cabrera.

—No tendrá mucho misterio. Ellos navegaban antes, así nos lo han dicho. Se quedarían un día en puerto y listo. Más raros son esos ingleses que se vienen a construir verdaderas mansiones como esta. Lo de los señores Rolzou es muy comprensible, una guerra no se la deseo a nadie, pero apuesto a que tampoco quieren que se vaya contando por ahí. No queda muy gallardo para *monsieur,* ya me entienden —terció Celso a la par que rebañaba la salsa del estofado con un trozo enorme de pan—. Al fin y a la postre, nosotros nos hemos largado huyendo de una de verdad, pero después de conocerla y de haberla sufrido.

—Así que ese es el motivo —exclamó Aimable Virginie—. ¡Bien hecho por el señor! No sé qué se le puede ver a eso de malo. Nadie quiere ir a una guerra, eso lo sé hasta yo. Mi padre dice que nadie es un héroe por su propia voluntad, y lleva razón.

Solo entonces se percataron de que dos almas cándidas de Saint-Pierre-le-Calme acababan de enterarse de los verdaderos motivos de los Rolzou para exiliarse. Cuánto tardara en expandirse el comadreo por todo el pueblo solo dependía de la prisa que se diera cualquiera de las dos jovencitas. Las miradas de los continentales expresaban muy bien la pena por la leche derramada que nunca vuelve al cántaro.

Por fin oyeron la desconocida vocecilla de Estrella:

—¿Va a haber una guerra? ¿Estamos seguros aquí? —dijo mirándolos de hito en hito.

Una barahúnda de voces se apresuró a tranquilizarla con el argumento de más peso que encontraron: si los Rolzou se habían venido huyendo de la guerra, era de todo punto cierto que estaban en un lugar seguro. Estrella suspiró con alivio.

Pasaron a otros temas por ver si las muchachas se olvidaban del error garrafal. La mejor defensa puede ser un buen ataque, y Carmen la emprendió con ellas por ver de salvar a sus señores. ¿Qué se decía en el pueblo de los Buss? ¿Tenía novia el doctor Aramendi? La avispada Virginie aguantó estoica el interrogatorio, dispuesta a vender cara cada habladuría, pero inopinadamente fue la débil voz de Estrella la que, tal vez agradecida por el alivio de saberse a salvo de un riesgo que desconocía, comenzó a soltar información sin darse ninguna importancia:

—Mister Buss es un hombre muy educado, pero dicen en el pueblo que cuando encuentra moza a su gusto le cambia la compostura. Yo no puedo ni afirmarlo ni negarlo, son rumores, aunque sí sé a ciencia cierta que su hijo mayor no va a irle a la zaga. Tengo una amiga que se lo encontró cuando iba a los neveros a buscar hielo. Pudo zafarse y llegó agotada y arañada al pueblo a través del bosque. No llegó a pasar nada, pero jura y perjura que fue solamente porque ella supo por dónde atrochar.

—¡Pero si es casi un crío, no ha debido cumplir los dieciocho aún! —se asombró Pauline.

Celso no tenía el menor interés en que la sobremesa se alargara, por mucho que encontrara interesantes unas informaciones que él mismo intentaba recabar cada noche en la posada. Tampoco podía cortar abruptamente, su hija Carmen estaba interesadísima en los comadreos. Al fin fue el suizo el que levantó el campo para cumplir de una vez con sus obligaciones y poder irse a la cama. Las dos muchachas lo siguieron dóciles hasta la furgoneta. Así pudo el alavés salir despacio a la noche para llegarse a la taberna no a beber, no, sino a beberse con la vista a su Adelaide mientras el marido roncaba exhausto un piso por encima de ellos, en el lecho conyugal.

7

I

«¡Llueve a manta!».

Carmen estaba harta de la lluvia constante que el otoño había instalado en la isla y que le impedía citarse con el preceptor de los Buss en cualquier recodo o tras cualquier peñasco para pelar la pava, que era lo que más le apetecía hacer desde que se lo topara aquel día en el sendero húmedo.

La lluvia caía sin piedad en cortinas tan espesas que le recordaban a las olas estallando sobre la cubierta. Hasta algunas hojas de los grandes árboles que rodeaban Thule se desgajaban debido a la fuerza del aguacero. ¡Tenía que ver a Archie! Eran sus mismas entrañas las que exigían que las manos atentas y justamente atrevidas del irlandés volvieran a hacerlas arder. Luego estaba su conversación, tan delicada que a veces le resultaba incomprensible, pero que amaba aun sin saber sobre qué versaba, ya que él la consideraba capacitada para comprenderla.

Los rojos ladrillos de la casa brillaban chorreantes y nada hacía presagiar que el tiempo mejorara en los siguientes días. Lo malo era que tanto el profesor Mauger como ella tenían su día de libranza fijado y, si no conseguían verse esa tarde, no volverían a poder hasta una semana después. Carmen se paseaba como una leona enjaulada buscando una solución. Pensó en explicárselo a *madame,* pero luego se dio cuenta de que era una locura. Nadie podía ayudarla en su cuita. ¡Quién le iba a decir, el día que lo conoció yendo a La Guarida, que ese empollón pelirrojo, de hoyuelos sonrientes sobre las pícaras pecas, fuera a volverse tan importante para ella! Entonces cayó. «¡Claro, cenutria, cómo no lo has pensado antes! No hay nadie en la cabaña». Un trueno la sobresaltó, o tal vez fue el mero pensamiento. ¿Cómo iba a deslizarse a coger las llaves y luego iba a meterse en ese lugar, tan querido para sus señores, a pasar unas horas con su novio? No estaba segura de que a Archie le pareciera buena idea. Él era tan sensato y

tan respetuoso que se opondría a tal usurpación. Pero es que el tiempo iba a empeorar semana a semana y mes tras mes, bien que se había cuidado él mismo de hacérselo saber. Ahora serían las lluvias y más tarde la nieve y los temporales helados llegados de Groenlandia, y así hasta que volviera a reír la primavera. ¡No podría soportarlo! Tendrían que ir al pueblo, al Au Convent, pero eso solo iba a tener como resultado provocar muchas habladurías y ninguna intimidad.

La mansión estaba en silencio. Era posible que los Rolzou se hubieran acercado a Blackgross Manor y pasaran la tarde allí entretenidos charlando o jugando al *bridge* o a la canasta o a lo que fuera que jugaran los elegantes, que no sería el tute ni la brisca, eso seguro. No lo soportaba más. Quedaba menos de media hora para su cita habitual con Archie en Ur Jauzi. Al profesor le gustaba el ruido de la cascada, que cuando el tiempo era bueno amortiguaba perfectamente los suspiros o los gemidos que emanaban de su pasión. Pronto y bienmandada con sus deseos, no se lo pensó más. Iría hasta las habitaciones de la señora, frente a las que había un gran armario de la ropa blanca. En una de sus puertas había un clavo del que solía esta colgar algunas llaves. Solo tenía que comprobar que la de La Guarida estuviera allí.

Subió la escalinata sin precauciones y metió la cabeza en el gran ropero para buscar lo que necesitaba. Inspeccionando el interior, por si estaban guardadas en alguna cajita, se percató de un detalle que le había pasado inadvertido. La señora no le había pedido sus paños desde hacía demasiado tiempo. El montón estaba intocado desde hacía más de un mes. Eso era un dato muy interesante, pero cuando por fin dio con las llaves, se olvidó hasta de esa cuenta, se las metió en el bolsillo y se dispuso a encontrarse con su amado.

Fue entonces cuando una voz quejosa llegó desde dentro de la habitación. Era madame Rolzou, que al parecer no se había ido con los demás. Carmen, que se vio pillada en falta, enrojeció.

—¿Eres tú, Carmen? Pensaba que era tu día libre… —casi susurró Constanza.

—Sí, señora, me iba ya. Solo estaba comprobando… ¿Se encuentra bien?

—Tengo un poco de mal cuerpo, nada grave. No te preocupes y vete a disfrutar.

La doncella no se resistió a cruzar la salita y el dormitorio para llegar hasta la veranda desde la que su señora contemplaba, como ella misma había hecho abajo minutos antes, el desarrollo del aguacero. Junto al sillón tenía una pequeña palangana. Fue entonces cuando Carmen ató cabos. Se le pasó un poco la premura por acudir a la cita, eso era una bomba. Sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, preguntó:

—Doña Constanza, ¿tiene náuseas? Precisamente estaba

comprobando en el armario que hace más tiempo del corriente que no me pide los paños y ahora la veo aquí con una bacinilla y pienso que a lo mejor…

—¡Eres un demonio, Carmen! Bueno, eres una mujer y no puedes evitarlo. No quiero que digas nada aún, me lo estoy reservando. Es solo una falta, y bien sabes que eso puede ser un retraso y no significar nada, aunque se una a este ligero malestar que tengo. No puedo decirle al señor que va a ser padre sin confirmarlo, ¿lo entiendes, verdad? Haré venir a Aramendi uno de estos días y veré si es posible hacer una prueba en este lugar.

—¡Oh, *madame,* qué alegría! ¡Otro angelito para alegrar la casa! El señor se va a poner contentísimo, y todos nosotros, ya le digo.

—No digas nada, Carmen. A nadie. ¿Me lo prometes?

—Nunca la traicionaría, señora —dijo sintiendo la llave pesar en su bolsillo.

—¡Pues vete a tu cita!, que yo también soy mujer y también se me da bien atar cabos —dijo riendo.

Carmen enarboló una sonrisa franca y con un guiño se dio por autorizada a ausentarse. Voló escaleras abajo para no llegar tarde. La vida era muy hermosa y se abría paso aunque lloviera. Eso mismo era lo que iba a hacer ella sin dudar un instante.

Constanza esperó a que se rehiciera el silencio. Solo el tamborileo de la lluvia sobre las hojas y sobre los tejados y los caminos; solo su impacto contra los cristales al arreciar el viento. Agua, viento, lluvia. Todo era tan primordial como el asunto que le llenaba la cabeza desde hacía un par de semanas. Otro embarazo, casi seguro. Venían a su memoria imágenes y estremecimientos de dos cuerpos amorosos rendidos entre el vapor de un estanque. Debió ser allí, aquel día, todo fue tan natural que no hubo lugar para pensar en las consecuencias. Tal vez era así como debiera suceder siempre. El amor de los amores; las voces melódicas y puras resonando mientras era concebido. Si finalmente era y resultaba un varón, deberían llamarlo Emmanuel.

Se sentía culpable porque sus pensamientos volaban de imaginar el gozo de hacerle conocer a Armand su nueva paternidad al deseo de que solo fuera un espejismo, de que un torrente de sangre fresca borrara la posibilidad y le concediera un tiempo más de disfrute y libertad. No quería enturbiar su cuerpo con un nuevo embarazo, o quizá ya estaba entregada a la alegría de notar la vida bullendo en su interior. Así de confusa se sentía. Serían la naturaleza, el azar, el destino los que decidieran. Ella no rogaba, pero tampoco presentaría resistencia.

Oyó el llamador de la puerta sonando con insistencia. ¿Quién saldría en una tarde así si no fuera para encontrarse con un amor apasionado? Pensó un instante en Carmen y mister Mauger, solo

esperaba que este no le causara dolor a su fiel compañera durante tantos años; Carmen no se lo merecía.

Unos murmullos subieron del vestíbulo. Podía imaginar el agua escurriendo hacia las losas. Una de las chicas del pueblo había abierto la puerta y deseaba que fuera capaz de impartir las instrucciones necesarias para que, fuera quien fuera el visitante, no estropeara la madera.

Los escalones temblaron bajo unos pasos enérgicos y la lluvia seguía abatiéndose sobre la ventana. Dos tímidos golpes. Tenía que ser la más joven de las criaditas, ¿cómo se llamaba?, ¡ah, sí, Estrella!

—¿Sí?

—*Madame,* soy Estrella, ¿da su permiso?

—Adelante, pasa.

—Señora, abajo está la señora de la otra casa, mistress Buss. La esposa, ya me entiende, no la otra. Estaba mojada, *madame,* y le he pedido que se quitara los chanclos y el impermeable. ¿Va a recibirla? ¿La paso a la salita de la entrada?

—No te apures, Estrella, lo has hecho perfectamente. En cuanto esté escurrida, súbela aquí mismo y nos traes luego un té.

—Sí, *madame.* Inmediatamente —musitó la joven.

Casi al instante entró en la habitación Aline Buss, con algunas mechas de su rubio cabello mojadas, al haber quedado fuera del gorro del impermeable, y visiblemente agitada. La hizo pasar hasta la acristalada veranda con un gesto de la mano y le ofreció sentarse en otro sillón de mimbre a su lado. Aline, obediente, tras darle un breve beso en la mejilla a su amiga, lo ocupó y se puso a hablar sin solución de continuidad:

—Se ha ido, Constanza, se ha ido. ¡Y no me ha dicho nada! No me ha dicho que pensaba viajar en el pesquero con las langostas y no se ha despedido siquiera. Solo su madre conocía sus planes, ¿a ti te parece normal? Dime, ¿crees que es algo que se puede consentir? —dijo casi sin resuello.

—¿Hablas de Nat? ¿Nat se ha ido al continente sin avisarte?

—Sí, Nat se ha largado. Supongo que toda la historia de las flores fue para mantenerme contenta y evitar que formara un escándalo cuando desapareciera. ¿Cómo voy a reconocer que se ha ido a escondidas después de que toda la isla lo haya visto enterrarme en flores? Quedaría como una tonta, que, en realidad, es lo que soy. ¿Adónde ha ido y a qué? Y, sobre todo, ¿cuándo piensa volver? El mar se pondrá muy difícil dentro de unas pocas semanas. ¿Es que va a dejarme todo el invierno aquí sola con la bruja de su madre? He venido porque, no sé, tal vez le había hablado de sus planes a Armand…

Constanza supo que tenía que dar la talla en ese momento.

—No, que yo sepa, y mi marido me lo hubiera comentado. Estoy segura de que para él también será una gran sorpresa, pero no seas tonta, Aline, no estás sola. Además de tus hijos y tu gente, nos tienes a nosotros. Cálmate, seguro que tiene una explicación.

—¿Una que yo pueda asumir?

—Pero tú confías en Nat, ¿no es cierto? El amor incluye esa confianza que sin ser ciega es leal. Lo primero es pensar que su ausencia tiene una explicación racional y, por supuesto, que tú puedas asumir. Puede que no te lo haya dicho porque prefería que no se supiera y ha pensado que podrías irte de la lengua. Eso sería pecar por dudar de tu virtud y tu prudencia, nada importante, creo que los hombres en general desconfían de nuestra discreción.

—Podría ser, aunque no puedo imaginarme qué tiene que hacer que conlleve tanto secreto.

—No te pongas en lo peor, Aline, no merece la pena sufrir por no querer sufrir. Vamos a hacer una cosa: ¿quieres que luego le diga a Armand que intente contactar con el Cap-Fagnet por onda corta para ver qué explicaciones da? Es lícito pensar que el secretismo pueda tener que ver con los negocios, y eso le implica directamente también a él…

Tuvo que dejar de hablar, una horrible basca le desfiguró la cara. Aline la miró atónita y solo entonces reparó en el recipiente que Constanza tenía a su lado y que no se atrevía a coger estando ella delante. La mirada de la inglesa se volvió escrutadora y brilló en una chispa de comprensión. Se dio la vuelta, para permitir que se sirviera de la palangana si era menester, y se dirigió con paso rápido a la puerta. Desde lo alto de la escalera gritó:

—¡Traigan, por favor, un trozo de hielo para madame Rolzou!

Solo esperó a oír un lejano «¡Ahora mismo!» para volver a entrar junto a Constanza.

—¡Querida! Lo mejor es agua con limón, pero esto no es España, no tenemos limones. Chupar hielo te quitará esas náuseas, ya lo verás. ¡Qué alegría, amiga! ¿Lo sabe ya Armand?

Constanza se limpió con un pañuelo las comisuras de la boca.

—Digamos, Aline, que en un matrimonio siempre hay pequeños secretitos, si bien suelen ser pasajeros. No hay que dramatizar. No voy a decirle nada al menos hasta la segunda falta, o hasta que pueda comprobar que lo que parece es. No sé si eso será posible aquí, llamaré a Aramendi, solo espero a hacerlo de una forma natural y que no haga sospechar que estoy enferma o algo así.

La inglesa, que parecía haber olvidado su desasosiego, batió palmas como una niña.

—¡Claro que se puede! Aramendi tiene ranas y no tendrás que esperar mucho… Mañana está invitado a cenar en mi casa y pensaba

desconvocarlo porque la ausencia de Nat haría el asunto tenso. ¿Por qué no nos invitas tú? Con lo que me ha sucedido, seguro que Armand no sospecha y siempre podré ingeniármelas para entretener a tu marido y que tengas un aparte con él. ¿Te parece? Di que sí.

La alegría había vuelto a su rostro, como si las sospechas sobre el precipitado viaje de Nathaniel se hubieran disipado por ensalmo. A Aline le encantaban los niños, sobre todo en la época en la que dependen totalmente de su madre, lo cual casi significaba que le gustaban los embarazos, que la hacían sentir decisiva, importante, imprescindible. Todo lo contrario de Constanza, que no llevaba bien sentirse invadida de aquella manera ni ser considerada poco menos que inútil mientras fuera el precioso recipiente en el que se gestaban los hijos o los nietos de los demás. Esta vez al menos, se dijo, solo Armand podría verla como un contenedor de su esperado varoncito. No tendría que soportar los cuidados y las zalamerías de toda una sociedad tratándola como a una impedida.

Mientras chupaba el trozo de hielo bajado de los neveros del Croquer, asintió a su amiga con la cabeza porque no podía haberse resuelto su indecisión de mejor forma. A veces solo es necesario dejar que la vida te lleve, solo eso, soltar las riendas y entregarte al destino.

II

El tiempo no mejoraba ni probablemente lo haría en muchos días; iba a resultar imposible volver a Blackgross sin empaparse. Archie miró con ternura a la mujer traspuesta y se cubrió con una sábana para acercarse a la ventana de La Guarida a comprobar cómo el cielo seguía deshaciéndose en cataratas de agua que convertían la isla en un terreno anegado por todos sus flancos. La entreabrió para respirar el olor de la hierba húmeda, de las hojas empapadas, del bosque encharcado, y se entregó, como un sibarita, a decantar de tal cúmulo de sensaciones las procedentes de las fuertes ráfagas marinas plenas de salinidad. Así olía La Inexpugnable en otoño, pensó el irlandés, tan parecido a como lo hacía su propia isla, allá lejos, mecida por el mismo mar.

No se dio ni cuenta de que Carmen ya despierta se había levantado para colocarse a su espalda y arrullarlo desde ahí. ¡Qué extraña era su pasión por esa mujer! *A priori* era una pasión perdedora, entre dos seres que jamás se hubieran encontrado en el mundo que aparecía en los mapas. Le gustaba su espontaneidad y su lujuria, la pasión con la que se entregaba y la mirada de admiración que vislumbraba en sus ojos cuando él hablaba. Era hermosa a su primitiva manera, rotunda y meridional, y resultaba exótica e imposible en el mundo norteño

donde habitaban. La vida con su señora la había pulido mucho y, aun así, la campesina que había sido seguía viva en su interior. Se giró y la abrazó a su vez.

—¿Te da cosa por los señores? —preguntó la española, que pasados los ardores del amor se sentía muy culpable.

—Tranquila, preciosa. Solo es un allanamiento y aquí en la isla no hay juez —contestó riendo.

Ella se quedó pensativa. Esa broma le había recordado algo que había escuchado recientemente.

—¿En serio? ¿No lo hay? Entonces, ¿qué pasa cuando alguien hace algo malo?

—No pasa, ya has visto. Somos tan pocos y estamos tan aislados que sería imposible no ser descubierto y, además, ¿para qué? No, L'Imprenable es una isla tranquila y pacífica.

—Pero imagina que sí —insistió Carmen—, ¿qué pasaría?

—Habría una especie de juicio en la asamblea. Creo que se ha dado algún caso a lo largo de la historia, pero ninguno desde que yo vivo aquí.

—¿Qué opinión tienes de tu pupilo?

Archie la miró estupefacto por el imprevisible cambio de tema.

—¿De Bob o de Alan?

—Del mayor, del que no es hijo de la actual señora Buss.

—Es un chico inteligente pero disperso. Tengo que trabajar mucho con él para que esté listo cuando el próximo curso su padre lo envíe a un internado, no sé bien si a Inglaterra o a Estados Unidos.

—Lo que te pregunto es si es buen chico, no si es buen estudiante.

—Normal, no sé. Creo que es un poco cruel a veces con su madrastra, pero yo lo achaco a una actitud natural, dado que tiene que añorar a su madre. Está en muy buena sintonía con su padre y es un poco egoísta con sus medio hermanos, sobre todo a la hora de las comidas, cuando tiene un apetito voraz. No lo pondría yo como ejemplo a los jóvenes del mundo, aunque no es ni peor ni mejor que muchos otros con los que me he visto las caras. ¿Contesta eso tu pregunta?

—En realidad, no. No te la he hecho como debiera. Verás, lo que quiero saber es si crees que sería capaz de intentar incomodar a una chica, ya sabes, intentar propasarse con ella…

—¿Por qué me preguntas eso, Carmen? No te andes por las ramas y dime lo que me quieres decir.

—El otro día, en la comida, las chicas del pueblo dijeron que una moza llegó a casa herida porque tuvo que huir de él bajando el monte.

—¡No tenía ni idea! ¡Nadie jamás nos ha hecho llegar algo así a Blackgross! ¿No serán habladurías? En los sitios pequeños… —zanjó el preceptor.

—Es que también dicen que en eso se parece a su padre.

Archie Mauger se sintió atrapado y decidió darle a esa mujer bravía lo mejor que podía darle: la verdad, al menos la pequeña parte que él conocía.

—Prométeme que esto que voy a decirte quedará solo entre tú y yo, Carmen.

—Te lo prometo.

—Buss es un hombre culto y muy inteligente, un hombre que piensa que con su voluntad podría lograr cualquier objetivo, pero tiene una debilidad evidente por las mujeres. Necesita conquistarlas, como el don Juan, para que ese acto de poder lo reafirme ante sus propios ojos. Es un esclavo de esa necesidad, como tantos otros. Creo que no disfruta del placer, sino del poder que siente al lograrlo. No sé, es complicado. Yo no soy psicólogo, pero siempre he pensado que tiene algo que ver con su relación con la vieja Buss, con su madre se comporta casi siempre como un colegial pillado en falta.

—¿Y eso lo sabe mistress Buss?

—Aline lo intuye, o debería, ella misma vivió esa historia de seducción estando casado él con la madre de Robert. Lo que le pasó a otra con ella podría pasarle a ella a su vez, y así en un círculo continuo de traición y dolor —dijo pensativo.

—La isla es pequeña, y las mujeres, habas contadas… —pensó en voz alta la doncella.

—¡Ándate con ojo! —bromeó sin ganas el preceptor.

—*Madame* es la que debería tener cuidado —apuntó ella.

—¡Oh, eso por supuesto! Tu delicada y bella y elegante señora pertenece, precisamente, a su clase favorita de presas.

A la doncella le pinchó un poco oír tal sarta de alabanzas a Constanza Rolzou en boca de un hombre que solo debería pensar en ella.

—En ese caso, cazará poco —zanjó.

—En la isla sí. Aquí solo practica la caza mayor, y solo cuando le es posible; para ir al ojeo, se va fuera. No es que me lo haya dicho, claro, pero es lo que supongo. Lo de Robert, sin embargo, me preocupa más. Los chicos suelen tomar como modelo a sus padres, pero entra dentro de mis obligaciones lograr que tenga una relación sana con el sexo femenino, ¿no crees?

—Cualquiera le haría un favor si le enseñara eso. No creo que los mujeriegos sean en el fondo felices. Están siempre insatisfechos y eso debe de ser agotador.

Archie se maravilló de nuevo de la simplicidad con que esa mujer podía expresar pensamientos que él construía mediante complejas tramas de reflexión. Miró su reloj de pulsera, regalo de Nathaniel Buss, que los coleccionaba, y se dispuso a apremiar a su amante para

dejar la cabaña como la habían encontrado y lograr estar de vuelta en sus respectivas casas a la hora requerida. La besó con ternura y se pusieron a ello.

III

Constanza había ordenado hacer algunos cambios para recibir a Aline y al doctor Aramendi. La larga mesa del comedor principal dispuesta para cuatro personas habría dado una impresión demasiado formal y, para la noche que planeaba, era preferible que la institutriz y la pequeña Irene cenaran en sus aposentos. Bastaba con usar la mesa redonda que tenían en la segunda sala, la más próxima al salón de baile; colocada ante el ventanal y próxima a la chimenea en un rincón de la estancia, daría al encuentro un tinte más íntimo. Pauline, por supuesto, rezongó:

—Para qué quiere *madame* un comedor tan amplio si luego mete a los invitados en un cuartucho que, encima, está más lejos de la cocina. *Nom d'un chien!,* llegará todo frío.

Lo que la anfitriona no quería que se enfriara esa noche eran los corazones. A la cocinera le encargó preparar *moules a l'indienne, faisan sauté aux champignons* y un *pudding fleur de Marie* como postre pensando en que solo precisaría de ingredientes producidos en la isla, que hasta el momento se habían mostrado prolíficos y suficientes; de este modo, guardarían las reservas para el invierno. La otrora sofisticada anfitriona ginebrina había aprendido en un tiempo récord a aprovechar lo que la naturaleza más próxima podía darle y a no exigir mucho más.

Sabía que Armand no había podido aclarar nada usando la radio. El contacto con el Cap-Fagnet había sido bastante deficiente, apenas había servido para confirmar que Buss viajaba a bordo y que pensaban acostar en Inglaterra para desembarcar al pasajero y las langostas. Cuando el propio Nat emitió, no le aportó mucha luz. «Ya te contaré, por aquí no es conveniente. Dile a Aline que volveré pronto», y luego un montón de chicharra y de ruido electrostático que resultaba perfecto para aquel que no quería explicarse. Ahora no solo Aline estaba enfadada y dolida, sino que los Rolzou andaban con la mosca detrás de la oreja respecto a mister Buss.

Había demasiadas versiones y posibles explicaciones, lo que hacía aún más misterioso el asunto. Mientras la peinaba por la mañana, Carmen no había podido sustraerse a su habitual chachareo intrascendente y había deslizado su convencimiento de que mister Buss era muy dado a *courir les jupons* y que, como en la isla eso era muy difícil, tenía que largarse de vez en cuando. Constanza no

hubiera hecho caso a tal insinuación si no conociera la *liaison* que tenía su doncella con el pícaro preceptor de Blackgross y que tanto hacía rabiar a Miss Flanner. Armand, sin embargo, no admitiría nunca un argumento tan frívolo; él estaba tenso sospechando que su socio en L'Homard Imprenable estuviera tomando decisiones a sus espaldas, y a las del resto de los habitantes de la isla, ya que el negocio de esa exquisita e inimitable langosta había resultado mucho más lucrativo de lo que él imaginaba. Su segunda opción, a la que no otorgaba más rango que la mera prevención, se refería a los desconocidos contactos en el extranjero de Buss que había destapado su propia esposa.

A ella no le interesaba lo más mínimo dónde diablos hubiera ido Nathaniel Buss ni a qué; su foco se había girado hacia sus propias entrañas. Quería que sus amigos se encontraran a gusto en la cena, quería agasajarlos y amortiguar la inquietud de Aline, pero lo prioritario era un aparte con el doctor para intentar estar segura de lo que su cuerpo le gritaba hacía días. Imaginaba la cara radiante de Armand cuando le dijera que un hijo suyo venía de camino, la ternura y el orgullo con que la contemplaría, los proyectos que haría para el niño —porque desearía que fuera un varón— y la alegría que iba a tener Irene al imaginarse con un hermanito pequeño al que querer y, sobre todo, al que mandar. Justo al terminar de repasar las reacciones de cada uno de ellos, incluyendo las de su madre y su suegra a las cartas que recibirían, reparó en que en ninguna de esas lucubraciones aparecía ella. Nunca había pretendido ser madre de una niña sola y probablemente malcriada, pero hubiera deseado más tiempo para disfrutar y descubrir la nueva vida que se agolpaba a su alrededor. Había soñado con la llegada del invierno a la isla, con los paseos por la nieve buscando a las focas bajo los acantilados o volviendo a hacer el amor en el agua caliente rodeada por el hielo, y ahora ¿qué iba a ser de ella si Aramendi confirmaba su sospecha? En la cuestión física no quería ni pensar. No la recordaba agradable, ni durante el proceso ni en el doloroso trance de darle término, pero ya lo había superado una vez y podría hacerlo una segunda y, tal vez, incluso una tercera. Un amago de náusea le recordó que nada dependía de su voluntad.

Eran las ocho en punto de la tarde cuando la aldaba de Thule resonó movida por la mano de Alberto Aramendi acompañando a Aline Buss. Pasar a recogerla antes de acudir a la cena era una forma galante de plasmar que su compromiso para esa noche era con ella y que ambos se dirigían a casa de los Rolzou por su expreso deseo, no porque el doctor hubiera cambiado sus planes. No cabía ninguna duda de que había sido informado del verdadero motivo del cambio ni de que encontraría la manera de tranquilizar a madame Rolzou y darle satisfacción a sus inquietudes. De alguna forma, a mistress Buss y a Aramendi los unía una complicidad que les hacía sentirse

especialmente alegres. Un niño siempre era una bendición, y un nacimiento en la isla, todo un acontecimiento.

Pauline había refunfuñado, pero se las arregló a las mil maravillas para que los platos llegaran a su temperatura perfecta a la mesa. Servía en esa ocasión la pequeña y diligente Estrella, ya que semanas antes había quedado tácitamente acordado que era preferible que la rabisalsera hija del molinero no anduviera revoloteando alrededor de *monsieur*.

El fuego chisporroteaba y los comensales habían alabado la deliciosa preparación de los jugosos mejillones que Zarraga había recogido en las rocas cercanas a los Dedos del Troll. Estaban exquisitamente limpios, con todo el afán que la cocinera sabía que era preciso para arrancarles el biso, las barbas y las incrustaciones de pequeñas lapas y otros residuos, en un arduo trabajo al que la adición del curri solo aportaba una nota de exotismo. Eso, la ausencia de Nat Buss y unos tragos de blanco de Graves animaron la conversación. Armand, que estaba especialmente comunicativo, intentaba sonsacar al doctor Aramendi con un estilo elegante y tenaz:

—Un momento, un momento, sé que lo que voy a hacer es muy poco honorable según las normas de L'Imprenable, pero, doctor, que un hombre de su valía profesional y su cultura se haya encerrado en este islote me tiene desconcertado —dijo con una dosis extra de mundanidad.

—No hay malas preguntas, solo respuestas indebidas, en eso estoy de acuerdo. Lo que resulta paradójico, querido Rolzou, es que sea usted precisamente, usted, el autor de culto, el diplomático, el niño bonito de los bodegueros bordeleses, usted, el que me achaque indirectamente extraños desvíos por haber elegido vivir en el mismo lugar que usted mismo. ¿No cree?

—Cierto, cierto, pero yo aquí, en confianza, no tendría reparos en contar mi historia, nuestra historia, si usted Aramendi me contara la suya, ¿acepta el reto?

—Acepto si comienza usted —respondió con un guiño.

—Nuestras razones son bien sencillas y pronto quedarán al descubierto. En Europa, Hitler está a punto de provocar una guerra que abocará contra su voluntad a los Gobiernos del continente a movilizar a cientos de miles de hombres como carne de cañón. Unos gobernantes ciegos o unos intereses económicos asesinos no quisieron hace unos años evitarlo. Soy una persona radicalmente hostil a la violencia, doctor. Es algo que atañe a mi forma de estar en el mundo. Mi padre murió en el Somme y he podido pensar mucho sobre lo insignificantes que somos para los dirigentes, lo fungibles; he reparado en cómo una de sus decisiones puede trastocar de modo irremisible nuestras vidas. No quiero ni matar ni morir y, aunque le parezca una

locura, creo que todos deberíamos posicionarnos contra todas las guerras, sean las que sean y vengan de donde vengan. Ese y no otro es el motivo de nuestra arribada. Somos refugiados de guerra, de una que aún no ha comenzado y que tiene en España su prólogo. Ahora es su turno —dijo cogiendo la copa.

—No corra tanto, Armand. Usted es el que se ha referido a mi país, del que yo falto hace tiempo, aunque conozco bien qué dos fuerzas se enfrentan, qué dos formas de entender la sociedad y la vida. Esas mismas fuerzas están desatándose en el resto de Europa, ¿de verdad cree que irse es la única solución posible? Un hombre como usted, liberal, pleno de virtudes republicanas, ¿no está dispuesto a hacer frente a la tiranía? ¿Cree que Europa debe someterse al yugo del nacionalsocialismo? ¿Considera que hay que mirar para otro lado viendo las crueldades que se están cometiendo con otros pueblos? —le respondió Aramendi mirándolo fijamente a los ojos.

Armand rio con una soltura impostada.

—¡Mi querido doctor! El reto era contar nuestros motivos, no debatirlos. Yo no lo haré con los suyos. Me parece una norma mínima de confianza y de civilidad aceptar las razones del otro, pero, aun así, le voy a contestar. Le he dicho que soy radical y que considero que esa es la única forma del verdadero pacifismo. Todo antes que una nueva contienda. Solo habiendo olvidado lo que es un conflicto bélico, el mal supremo para un pueblo y para un individuo, se puede pensar de otra manera. Usted me pregunta si hubiera aceptado a Franco antes que una guerra, y le diré que sí, que todo antes que la guerra. Los padres de mi mujer así lo entendieron también. Y si usted me pregunta…

—Le pregunto: ¿la ignominia y el dominio nazi antes que la lucha?

—Le respondo sin miedo: todo antes que una guerra. Hitler antes que la guerra.

Las dos mujeres se removieron incómodas en sus sillas. Temían que esa conversación rompiera el magnífico ambiente que habían logrado. Olvidaban que estaban ante dos hombres con verdadera capacidad para conversar, para asomarse a las razones del otro y que ninguno de ellos iba a convertir el intercambio en una discusión.

Estrella entró con el faisán y, junto con él y los olores del bosque, de las setas y de la caza, llegó un soplo de aire fresco que relajó el ambiente. Solo cuando estuvieron servidos y la doncella se hubo retirado, reanudaron la conversación.

—He pasado parte del día pegado a mi emisora de onda corta para intentar localizar a Nat —prosiguió Armand, que pretendía cambiar de tema—, y es así como me he enterado de que ayer el presidente Daladier ordenó movilizar a 750.000 reservistas franceses. Yo no creo posible que Daladier, que vio a Francia desangrarse en el 14, piense de verdad que puede aplacar a Hitler, pero los ingleses lo han convencido

de que lo intente, y yo lo apoyo. Hay que intentarlo todo para evitar una guerra que será exponencialmente más cruel y destructiva.

Aline no esperó para inmiscuirse en la conversación:

—¿Has hablado con Nat? No hace falta que te andes con paños calientes, Armand, el doctor conoce perfectamente las incomprensibles maneras de su marcha.

—Aline, he hablado con él solo un momento y la señal llegaba muy defectuosa. Va a desembarcar en Inglaterra, en el puerto en el que esperan la carga de langostas. Me pidió expresamente que te tranquilizara y te dijera que regresa pronto.

—¿Cuánto es pronto? Los temporales de invierno comenzarán dentro de unas semanas y entonces será difícil que los patronos de los barcos intenten entrar en nuestra rada.

—Eso lo sabe perfectamente Nat, querida, así que no podemos dudar de que habrá tenido muy buenas razones para irse tan precipitadamente y de que intentará arreglar sus asuntos cuanto antes. Además, con lo que cuenta Armand, no parece el mejor momento para quedarse en el continente, ¿no te parece? —intentó consolarla Constanza, que estaba reparando en lo absurdo que resultaba pensar que el inglés hubiera decidido irse de picaflor precisamente cuando la climatología podía dejarlo varado en un continente a punto de estallar. Este argumento, por supuesto, no pensaba utilizarlo para tranquilizar a su vecina.

—Él está muy al tanto de la política, siempre lo ha estado, es una de sus grandes pasiones. Lo que dices tiene mucho sentido y a esa nueva luz puedo interpretar algo que dijo su madre sobre los periódicos que habían llegado en la saca del Cap-Fagnet. Algo debió leer en ellos…

—Aclarado eso, amiga, no vamos a dejar que esta cháchara nos impida pedirle reciprocidad al doctor Aramendi para que nos confiese a qué venturosa circunstancia debemos el contar con un sabio como él para cuidar de nuestros cuerpos, dado además que nuestras almas están al descuido de los vientos en esta isla —se aferró a su reto el anfitrión.

Un velo de contrariedad pasó por la cara del doctor, que nadie hubiera considerado agraciada sino casi lo contrario, pero que, como el resto de su persona, estaba dotada de un atractivo patente.

—No fue venturosa y no estoy orgulloso de ella, por mucho que el resultado haya sido provechoso para esta comunidad e incluso para mí —respondió taciturno—, pero si quieren conocerla, tendrán que acompañarme a una pequeña ciudad de la cornisa cantábrica española, donde yo ejercía la medicina, recién licenciado en la señera facultad de Valladolid. Estando fuera de mi tierra, soy vasco de familia y de nacimiento, establecí lazos de amistad con otros

profesionales de mi categoría, tal como esperaba aquella provinciana sociedad. Vine a estrechar relaciones con un joven juez, que todavía llevaba escudo de plata, y que velaba su primera toga en aquellos pagos. Era un tipo aparentemente encantador, culto, melómano, ecuánime y vocacional; en lo personal, hasta gracioso pues tenía la chispa propia de la tierra que lo vio nacer. Venía del sur ya casado con una paisana, si no bonita, vistosa, y que tenía el añadido ventajoso de ser hija de un magistrado de Audiencia con muchas puñetas desgastadas y peso en la carrera judicial. Éramos jóvenes y establecimos una camaradería limpia que nos permitía dedicarnos a la francachela propia de la edad, guardando la compostura debida a nuestras responsabilidades.

—¡No me diga más, se prendó usted de la mujer del juez y tuvo que salir *à fond la caisse!* —rio Armand.

—¡Ojalá hubiera sido un problema de celos! No lo fue y, si me siguen escuchando, comprenderán por qué lo siento. Procuraré no extenderme para no aburrirles.

—No nos aburres, Alberto —dijo con tono afectuoso Constanza.

—Un buen día se pasó por mi consultorio Nina, que así se llamaba en confianza aquella a la que todo el pueblo llamaba la jueza, para que la reconociera y le confirmara lo que sospechaba, un embarazo, y cuando le pude decir que sí, que iba a ser madre, ante mi sorpresa se puso a llorar desconsolada.

—Era el fruto del pecado —volvió a interrumpir Armand, que recibió una mirada asesina de su cónyuge para que se callara.

—Lo era, Armand, lo era, pero no del pecado que insinúas. Entre sollozo y congoja, me contó que no quería, que no podía tener a ese niño, que era ciertamente hijo de su marido, pero no fruto del amor sino de la violencia. Resultó que el juez cabal no lo era tanto y que el compañero de vino alegre se transmutaba cuando traspasaba las puertas del hogar.

—La forzó —concluyó con pesar Constanza.

—La forzó, no una sino varias veces, y el resultado fue aquel embarazo monstruoso que ella no se sentía con fuerzas para llevar a término, porque no se veía capaz de querer a un hijo engendrado contra su voluntad en un acto vil y desalmado.

—La ayudaste…

—La ayudé, sí. En lo que pude, porque encadenada a aquel cabestro estaba de por vida, y no sé si tuvo después el vigor de acogerse a las nuevas leyes republicanas o ni siquiera si habrá sobrevivido a la tragedia de nuestra patria.

—Pero huir, ¿por qué huir?

—Porque el marido tenía las mañas de su magistratura y se había dado cuenta de las tres faltas, y no creyó en la historia del aborto

espontáneo que le contó Nina cuando la sometió a una fuerte presión; así que la hizo explorar por uno de sus forenses, que detectó la intervención reciente. En cuanto el mecanismo se puso en marcha, yo supe que iba a utilizar su poder para golpearme, y bien podía hacerlo puesto que el delito se había cometido. Así que cogí lo imprescindible y me fui a Gijón rogando por que me diera tiempo a coger un vapor de la Compañía Transatlántica y llegar a Cuba antes de que el vengador echara sobre mí las sogas de la ley. En Cuba hacía ya algún tiempo que no estaba penalizado ayudar a las mujeres en ese trance y, por tanto, tampoco podría reclamarme el cabestro togado. Una vez en aquella isla, comprobé que no me probaba el clima tropical ni la desidia propia de aquellas latitudes, así que me propusieron embarcar como médico de un mercante ruso y dejé el Caribe para volver a aguas frías.

Aramendi acabó su relato con un gesto triste. No se sentía orgulloso pero tampoco tenía remordimientos. La conversación estalló a su alrededor sin que él participara lo más mínimo, como si se hubiera quedado exhausto y nada más fuera a salir nunca de su boca.

«Y él estuvo y está enamorado de esa mujer», se dijo Constanza. El relato le había llegado mucho más adentro. Miró a su marido y se recreó en el deseo y el amor que provocaba en ella, se regocijó de la dulzura y la adoración con que colmaba sus ansias, y se supo satisfecha de poder llevar dentro el fruto de esa mutua entrega, de la pasión y el respeto que se profesaban. El sentimentalismo no le hizo perder su sentido práctico, esa era una de sus señas de identidad. Maniobró con premura hacia el objetivo último de ese encuentro.

—¿Vais a ir a fumar, *mon cher*?

Era una fórmula de cortesía banal que ese día tenía que oficiar como señal para los que estaban en el ajo.

—Estamos en la salita de fumar, ¿dónde te parece que vayamos? ¿Al mirador del salón grande?, ¿al comedor?, ¿fuera?

—Han llevado unas bebidas al comedor, si te parece.

—¿Viene usted, doctor? Así podemos seguir con la segunda parte de sus aventuras, la del barco ruso.

—¡Otro día! Yo no fumo ya. No puedo intentar que mis pacientes me tomen en serio si yo continúo con la pipa.

—Yo me fumaría un cigarrillo a gusto —intervino Aline.

—*Ça va!* Hagamos cambio de parejas; los entregados al vicio por un lado para dejar a los guardianes de las esencias salutíferas tranquilos y sin humo.

Había dos candelabros sobre la mesa que, junto al resplandor de las llamas, le daban a la piel del francés unos tintes bruñidos que resaltaban los ángulos de su rostro. Aline se fue encantada con él. Constanza se alegró de quedarse para obtener seguridad sobre el

regalo que no se esperaba.

Un silencio siguió a su salida, roto solo por algún ocasional chisporroteo provocado por una astilla al caer en el hogar. Aramendi la miró con una ternura que, tras oír su historia, Constanza no podía malinterpretar. Las sombras del fuego bailaban sobre el excéntrico papel pintado, plagado de extrañas medusas, ciertos peces estrambóticos y canoas remontando olas junto a islas paradisíacas.

—Aline me lo ha contado todo, no te preocupes, tu pequeño secreto está a salvo. Te he traído un recipiente —le dijo sacándolo de su bolsillo— para que recojas la primera orina de la mañana. Enviaré a la hermana Fernanda a por él de forma discreta y, en cuanto me lo lleve, se lo inyectaré a la rana. Tendremos resultados en veinticuatro horas, y roguemos que satisfactorios para tus deseos.

«Hasta en esto es delicado —pensó Constanza—, cualquier otro habría dado por sentado que es un positivo lo que espero; él, con su pasado, no». Notó además la admiración respetuosa del hombre en su mirada y no la incomodó lo más mínimo, sino que le resultó un tributo natural. Lo oyó carraspear.

—Quiero aprovechar, Constanza, para decirte algo fuera de mi incumbencia, y hasta de la tuya, pero que creo debes saber.

—¿Más misterios? —dijo por decir algo.

—Cosas bien prosaicas, por el contrario. Se trata del capataz, Celso, y de sus andanzas, que pueden traernos problemas a todos si no se anda con ojo.

—¿Celso? Es un hombre cabal hasta donde yo he podido comprobar.

—Tú lo has dicho, Constanza, es cabal y es un hombre. Es la última de estas características la que amenaza con provocar un incendio. No sé si sabes que la mayoría de las noches se desliza hasta el pueblo y sube a tomar un trago al Au Convent precisamente cuando Norbert, el patrón, ha subido a descansar. Los rumores de que acude a encontrarse con Adelaide, la patrona, corren de boca en boca y han llegado hasta mí. Ellos se limitan a elucubrar, pero yo creo no equivocarme si afirmo que la cosa ha llegado ya a mayores, y que si Norbert se mirara al espejo podría verse dos buenas astas.

—¡Y Carmen! —exclamó ella.

—Y Carmen, que no creo que aplauda que su padre esté pagando así el sacrificio que su madre hizo para quedarse en España y encubrir su huida.

—Crees que el tabernero puede…

—Norbert es un normando recio y fajado, chapado a la antigua y muy celoso. Todos los parroquianos lo saben y hasta bromean con ello. En La Inexpugnable no se cometen delitos de sangre desde hace muchas décadas, hasta donde alcanza el recuerdo, y no me gustaría

que fuera vuestra llegada la que rompa la tónica. Me pregunto si se te ocurre alguna manera de evitarlo, porque tanto va el cántaro a la fuente que, al final, se rompe. Esa popular estimación de probabilidad nos indica que poco tiempo debe faltar para que los pille en el establo de abajo alguna noche.

—Yo no me atrevo a hablar con él de semejante cuestión, y mucho menos a decírselo a su hija, que armaría un expolio.

—Ni yo te lo pediría. Sería una intromisión impensable en una dama o, en mi caso, en un caballero. Mi comentario solo tenía por objeto que estuvieras informada por si se te ocurre alguna forma…, no sé, las mujeres sois a veces tan resolutivas e ingeniosas que tengo una fe inquebrantable en vosotras.

—Los hombres, aparentando siempre esa suprema indiferencia, ese desdén, ¡qué dispuestos estáis la mayor parte de las veces a complicaros la vida por las mujeres!

—Mírame a mí.

—Perdona, no quería incidir en lo que has contado, yo…

—Tranquila, no me molesta. Hace tiempo que logré que el dolor y el recuerdo pertenecieran a esa otra persona que entonces fui. No me arrepiento de haber tomado partido y, probablemente, de hallarte en el caso de Nina, te habría gustado que alguien lo hiciera por ti. No me digas que no albergas la esperanza de que un hombre, tu hombre, fuera capaz de casi todo por conservarte o por vengarte… No me niegues que las mujeres lo veis así.

—Conscientemente, puede que no. En el fondo, Alberto, todos, hombres y mujeres, queremos pensar que somos lo suficientemente únicos como para que alguien nos crea dignos de su sacrificio. Dicho así, resulta terriblemente presuntuoso, como verás.

—¿Y tú confías en que Armand lo haría? ¿Correría riesgos, entregaría su vida por defenderos a ti y a los niños?

—Indudablemente. Armand es un hombre amante y nunca me ha fallado.

—Es un hombre que acaba de decir que su apuesta por la no violencia está por encima de todo. Lo has oído. Uno que afirma que aceptaría la falta de libertad, el terror y el caos con tal de conservarse a salvo y no mancharse las manos.

Si el médico buscaba ponerla en un brete, lo había conseguido. Constanza no pudo evitar una pizca de malhumor al responderle:

—Se trata de planteamientos muy diferentes, Alberto, no intentes confundirme. Él encuentra inaceptable verter sangre por el deseo de poder o de riqueza de otros, pero nunca dudaría en defender a su familia.

—¿Estás segura?

Oyeron las voces charlando en inglés de los que regresaban del

improvisado *fumoir* y lograron salir del atolladero al que los había llevado su conversación y reponerse a tiempo. A la velada le quedaba poco aliento y se fue desgalichando en comentarios intrascendentes hasta que, cerca de la medianoche, los dos visitantes acordaron volver a sus respectivos domicilios. El doctor había dejado su caballo en Blackgross, así que ambos partieron hacia allí caminando, aprovechando que la lluvia había parado y que una miriada de estrellas volvía a ser la grandiosa techumbre de la isla.

IV

Los pájaros eran unos desobedientes, siempre hacían ruido antes de que Miss Flanner hubiera dado permiso para levantarse. A Irene le hubiera gustado imitarlos y saltar de la cama cuando los primeros rayos de luz le daban sobre los ojos, en lugar de tener que esperar, aburrida, hasta la hora marcada por los mayores. Prestó atención. Eran muchos. Pauline decía que eran chorlitos dorados, pero ella sí que era una cabeza de chorlito; se lo había oído decir a Carmen un día que estaba enfadada por algo que había pasado en el cuarto. Pauline y Carmen dormían juntas, y era raro, porque eran dos mujeres y porque ese cuarto, ella lo había visto, era más pequeño que este, que era para ella sola. Los mayores se organizaban de forma rara. No le dejaban a ella dar sus ideas, que hubieran resultado mucho mejores.

Sacó la mano de debajo de las mantas y atrapó a Laura, su muñeca preferida. Tampoco se podía dormir con las muñecas, Miss Flanner decía que podía clavarse las manos al moverse en la cama y sacarse un ojo. No tenía ni idea, Laura nunca le sacaría un ojo a ella. A lo mejor, a un mayor sí, pero no a ella. Tenía que preguntarle a Maggie Buss si le permitían dormir con sus muñecas, ¡como ella no tenía *nanny* y Archie, el preceptor, parecía tan majo…! ¡Tenía ganas de levantarse y tomar chocolate caliente! Además, si había contado bien —para asegurarse sacó la mano y volvió a repasarse los deditos—, hoy era el día en el que iban a ir a recoger a las ovejitas y a los caballitos para traerlos a casa. Era raro que llevaran tanto tiempo fuera. A lo mejor podía pasarles algo. Ella no querría pasar fuera de casa tantos meses, durmiendo en la calle. Había que ir a rescatarlos.

Oyó ruidos tras la puerta y tiró a Laura sobre la alfombra. No se la quería ganar, y *nanny* ya estaba girando el pomo de la puerta para entrar a despertarla. Se acurrucó modosita y esperó, con los ojitos entrecerrados, a que la cara de Miss Flanner se divisara en el umbral, pero no fue eso lo que pasó.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó incorporándose con los brazos en alto en un abrazo prematuro.

Era absolutamente inusual que sus padres se ocuparan de despertarla por la mañana. Irene estaba radiante cuando vio que los dos se dirigían a su camita y se sentaban uno a cada lado. Lanzó su abrazo y sus besos primero hacia uno y luego hacia otra. Primero papá: ¡era tan extraño verlo en esa parte de la casa si no era alguna noche para darle un beso cuando estaba casi dormida!

—*Bonjour, ma petite! As-tu bien dormi?* —le dijo su queridísimo padre, que era el hombre más guapo y más bueno que existía en todo el mundo y en todas las islas.

Cuando iba a responder, se percató de que los dos tenían unas caras muy graves —¡cómo le gustaba esa palabra de persona mayor que había aprendido!— y, sin embargo, parecía que contenían la sonrisa. ¡Qué raros eran los padres!

—¿Vamos a buscar a las ovejitas? ¿Me visto ya?

—Escucha, Irene, cariño, antes de eso, papá y yo queremos contarte una cosa muy importante para todos y que te va a gustar.

Las expectativas se derramaron desde la imaginación de la niña. En un breve instante vio juguetes, viajes, excursiones por la isla, un barco de vela blanca…

—Irene, mamá y papá te queremos mucho y nos queremos mucho, así que dentro de unos meses ¡vas a tener un hermanito!, ¿qué te parece? Tendrás que ayudarnos a cuidar de él y, antes de eso, habrá que cuidar a mamá, para que el bebé llegue con bien y ella no lo pase mal.

—¿Las mamás lo pasan mal para tener bebés? Entonces, ¿para qué los tienen? ¿Tú lo pasaste mal por mi culpa?

Los papás se miraron y rápidamente convinieron que no era un terreno en el que conviniera adentrarse en una mañana grisácea en la que era prioritario colaborar en la recogida generaliza del ganado de la isla, antes de que llegaran las primeras heladas. Armand le revolvió los oscuros rizos a la pequeña y quitó hierro al asunto:

—Eso no son cosas que tengan que preocupar a las niñas, ¿vale? Confía en nosotros. ¿No te gusta la idea de tener un hermanito más pequeño con el que jugar y al que cuidar?

—¡Oh, sí, papá! Será muy divertido. ¿Podremos saltar juntos sobre los colchones cuando crezca un poco?

No era para tanto, pensó la niña. Si venía un hermanito, se acostumbraría, con tal de que no tocara sus muñecas y de que no diera mucha guerra ni llorara demasiado. Total, se iba a encontrar ya el sitio ocupado, porque estaba claro que ni papá ni mamá iban a poder quererlo más de lo que la querían a ella.

—*Nanny,* ¿me puedo poner pantalones de pana para ir a por los ponis? —gritó mientras saltaba de la cama y veía a sus padres abandonar enlazados su habitación.

V

Las nieblas de otoño se agarraban como dedos precursores del frío a las laderas y a las vaguadas. Apenas podían restar dos o tres semanas para que las heladas aparecieran y sellaran con carámbanos y nieve el futuro de la isla durante meses. Cada granja de La Inexpugnable con ganado en propiedad preparaba a sus miembros para colaborar en la recogida y conducción de ovejas y caballos hasta sus establos hibernales. Allí permanecerían esperando el deshielo y el regreso de los pastos jugosos que habían disfrutado en libertad.

En Thule, tras el desayuno, se aprestaban para su primera recogida de ganado y todos lucían cara de fiesta menos Constanza. Durante el verano se habían tejido los gruesos jerséis de lana autóctona que se enfundaron y los gorros y guantes que completaban el atuendo. Celso, Antoine, Manuel, Antonio y Carmen estaban a lomos de sus caballos islandeses, tan pequeños que parecían inadecuados para sus estaturas. Eran animales nobles y entrenados que trabajaban bien, incluso si sus jinetes no dominaban la labor. Armand montaba uno de los alazanes que había traído desde Francia, y un segundo, la yegua, debería haber sido ensillada para su mujer, mas la noticia del embarazo había desaconsejado esa agitación. La señora de Thule rabiaba. Ojalá hubiera aguantado un par de semanas más sin exigir que el arcano de la rana la sacara de dudas. Ahora estaba condenada a apartarse de todo entretenimiento al aire libre y convertirse en una especie de inválida cuyo único objetivo sería preservar la vida que crecía en su interior. Hasta su pequeña Irene estaba feliz acompañada por Ada Flanner, que siempre había montado como un ángel y estaba encargada de instruir en el arte de la equitación a la pequeña.

La señora de Thule iba a tener que conformarse con ir en coche hasta el punto en el que habían instalado el redil provisional, justo en el límite norte de sus tierras fronterizas con la granja de Haizerrota, y esperar allí a que los demás bajasen el ganado. Ni siquiera iba a poder contar con la compañía de Aline Buss, puesto que los de Blackgross peinarían los prados en sentido opuesto, hacia otro redil instalado en el oeste, muy cerca del molino. En esta última partida se había integrado Aimable Virginie, junto con Estrella, puesto que ambas tenían que ayudar a sus respectivas familias. El doctor, por su parte, se había enrolado con las monjas para realizar la recogida. Compartiría lugar de encuentro con las gentes de Thule. Incluso las religiosas montarían, quizá exceptuando a la hermana Dolores, por su edad. Solo ella, como una incapaz, tendría que esperar a que acabara el quehacer y con él la diversión.

Salió a la puerta de la roja mansión a despedir a todos con una

sonrisa impostada. El sol pugnaba por salir y hacía bastante fresco, así que tuvo que soportar un par de recomendaciones para que se metiera dentro y no cogiera frío. Comprobó que la niña estuviera bien segura sobre el poni, aleccionó a Miss Flanner sobre todas las precauciones que debía tomar, le aseguró a Armand que estaría a la hora convenida conduciendo la furgoneta con la comida y, finalmente, los vio partir entusiasmados con la perspectiva de pasar todo un día al aire libre, corriendo sin trabas por la isla y con la única tarea de empujar hacia su destino a unos animales que casi serían capaces de elegirlo solos al comenzar a sentir las heladas.

No iban a ser divertidos los meses que faltaban. No habría cabalgadas, ni patinaje, ni largas marchas con raquetas sobre la nieve, ni tantas cosas que había deseado hacer con la llegada del invierno. Tendría largas horas para leer, escribir, tejer y, sobre todo, para esperar. En España, al embarazo lo llamaban «la dulce espera», su patria siempre había brillado por una suerte de sarcasmo cáustico. Se sintió sola. Armand no parecía entender el sacrificio que para ella suponía estar excluida de toda actividad.

En lugar de volver a entrar por la puerta principal, atravesó el patio hasta las cocinas; quería ver cómo le iba a Pauline con todo el trabajo que le había caído encima. Era necesario prever refrigerio para las gentes de Thule, pero también para las monjas, el doctor y los desconocidos habitantes de las granjas del norte. Encontró a la cocinera lidiando con los fogones y, con las mangas remangadas, cortando barras y barras de pan sacadas del horno a primerísima hora de la mañana. Cantaba contenta porque sabía que, al menos esa vez, iba a ver cómo se consumían sus alimentos; la señora la llevaría en la furgoneta para participar en la comida comunal al nordeste de La Inexpugnable. Nunca había estado tan lejos de la mansión desde que llegaron y tenía ganas de tal aventura.

Estaban ambas ocupadas revisando el contenido de las *baguettes,* las tortillas, los patés y escabechados, contando las botas de vino, cuando resonaron con fuerza los cascos agitados de un caballo en el patio de entrada. Constanza se sobresaltó, pensando en un accidente o cualquier imprevisto, y salió ligera a ver qué sucedía. Con alivio comprobó que no se trataba de nadie de Thule, sino de Aline Buss montando un espléndido purasangre inglés. La inquietaron las señales palmarias de llanto en su rostro.

La amazona desmontó con presteza y, cogiendo las riendas, se apresuró a acercarse a ella. En una de las manos enguantadas llevaba estrujado un papel, claro producto de una rabia no disimulada. «Aún con la congoja resulta elegante y delicada», pensó involuntariamente Constanza.

—¿Qué tienes, Aline?

—¿Podemos hablar? Necesito hablar con alguien o voy a enloquecer. He mandado a los mozos, al preceptor y a los niños por delante a recoger el ganado. Antes de unirme a ellos necesito calmarme un poco. ¿Entramos?, te vas a enfriar… —dijo atando las bridas del caballo a la barra preparada al efecto.

La hizo subir a la sala anexa a su dormitorio. Estaba claro que no se trataba de una visita de cortesía, sino de una emergencia de intimidad. Solo cuando estuvieron sentadas una frente a otra, sin que hiciera falta preguntar nada más, Aline comenzó su desahogo:

—No sé ni cómo decírtelo. Me da vergüenza, me siento humillada, deshecha. He estado tentada dos veces de hacer girar mi montura y regresar, porque una vez que te cuente esto, Constanza, una vez que te lo cuente, me vas a despreciar y ya no voy a volver a ser nunca la misma para ti, ni vas a ser capaz de mirarme con los mismos ojos. Aun así, tengo que sacarlo fuera o me volveré loca, o más loca de lo que sin duda debo estar.

Había dejado fluir las lágrimas libremente hasta el punto de que el pecho se le sacudía en congojas y estremecimientos propios de la falta de aire que le producía la llantina.

—Prueba. Si lo has pensado así, seguro que te hará sentir mejor. Procuraré estar a la altura, amiga, no lo dudes.

—¡Es que es tan humillante y a la vez tan indignante, tan intolerable! No sé qué hacer, pero algo tendré que hacer, aunque me da miedo, Constanza, me da miedo tener que actuar y tal vez destruir para siempre la única vida que concibo.

—Tranquilízate un poco e intenta relatármelo desde el principio. Luego, entre las dos, vemos si ese deseo de actuar y ese miedo están justificados o no, ¿te parece?

—Esta mañana, cuando hemos bajado a desayunar, mi suegra estaba levantada y sentada a la mesa. No es que sea un hecho inaudito, pero lo normal es que si no está su hijo desayune sola en sus habitaciones. De cualquier forma, la vieja es imprevisible, así que no he sospechado nada raro hasta que no he visto un sobre junto a mi cubierto, con mi nombre escrito por la mano de Nat. Era evidente que ella lo había puesto allí.

—¿Ahora? Nat tuvo que encargárselo antes de partir. ¿Por qué ha esperado tanto? ¿Por qué te ha dejado creer que tu marido se había largado sin dar explicaciones ni despedirse?

—No lo sé, puede que incluso en esto siguiera instrucciones de su hijo. El caso es que la he privado del disfrute de verme lanzarme sobre la carta y me he mostrado indolente, desinteresada, hasta que hemos terminado de desayunar. Comprenderás que incluso me temblaban las manos por el ansia de abrirla. No le he dado el gusto y ahora verás por qué he hecho bien.

La inglesa cogió el martirizado papel y comenzó a alisarlo sobre el reposabrazos del sillón para intentar devolverle la categoría de legible. Constanza aguardó pacientemente a que, entre hipidos, concluyera su tarea y le tendiera la carta.

—¡Léelo tú misma antes de que me arrepienta! ¡Es tan humillante, Constanza! Tú misma lo vas a ver…

Dear Aline,

I only feel clean when I wake up with you.

Pero no siempre quiero sentirme limpio y eso es algo que tendrás que aceptar, pues es una verdad que forma parte de mí, del hombre que soy, del que tú aceptaste tener a tu lado.

Ellas me necesitaban ahora y yo las necesitaba a ellas. No quiero que gastes tus lágrimas, son solo un hueco en una serie, mientras que tú eres la serie entera. Es preciso que lo entiendas para que no sufras más de lo necesario.

Volveré con mis trofeos y mis hazañas y los presentaré ante ti; te las presentaré, junto a las mentiras, y tú las aceptarás.

Te ataré con mi amor y mis cartas y mi pasión.

Te ataré con mis mentiras.

Les hablaré de ti. Siempre acabo hablándoles a todas ellas de ti.

O tú o nada.

Volveré pronto,

NAT

La española leyó dos veces el texto antes de reunir fuerzas para decirle algo a su amiga. Jamás había leído nada tan sádico y malévolo, tan destructivo y cobarde. Sintió una náusea, y no estaba segura de que fuera debida a su embarazo. Así que, bajo esa capa de respetabilidad y cultura y esa voz seductora, Nathaniel Buss no solo era un hombrecito lascivo, sino un miserable, mentiroso y traidor. Tenía que encontrar algo amable que decirle a su mujer, a la que nada podría consolar adecuadamente, porque nada apaciguaría su hondo y justo dolor.

No podía preguntarle si no lo había sospechado nunca. No podía emprender el camino inquisitivo; el camino de responsabilizarla por no haber detectado semejante inmundicia en un ser que dormía a su lado. Ella no tenía la culpa de nada. Ella no era tonta, ni merecía el sarcasmo ni la mofa. Era una mujer engañada e ignominiosamente humillada por su burlador. Toda la rabia de la que Constanza era capaz se desplegó en su interior hacia Nathaniel Buss, aquel repugnante representante del sexo masculino, aquel innoble espécimen de ser humano. Hizo suyo el dolor y la afrenta de su amiga, y eso la rehabilitó para siempre a los ojos de la inglesa, que no estaba sola frente al mal, que tenía un alma que le sirviera de alivio, unos oídos en los que verter sus quejas, una voluntad entera que algún día la empujaría a recuperar su maltrecha dignidad.

El reloj suizo de la planta baja marcó las once y la señora de Thule fue consciente de lo extraño que iba a resultar para los suyos que Aline no estuviera participando en la recogida. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano. No encontró mejor modo de hacerle sentir su complicidad. Las palabras empequeñecían y se negaban a cumplir su función tras haber sufrido un empleo tan infamante en ese nauseabundo trozo de papel.

—Aline, cariño, lo que tu esposo ha escrito no dice nada de ti, nada. No te afecta, no te roza. Solo habla de él, de su maldad, de su sadismo y de lo negro que es el pozo de su alma. Siento tener que usar estas palabras, que seguramente te duelen, para hablar de quien es legalmente tu marido y de quien aún ocupa el lugar del amado en tu corazón. No te castigues por eso. Tú lo amas limpiamente, y ese sentimiento honesto y profundo no va a cesar de forma inmediata. Extirparlo o dejarlo vivir es una decisión que no es obligado tomar todavía. Sé que es fácil de decir y difícil de hacer, pero debes calmarte. Nadie en Blackgross, y mucho menos la vieja Buss, debe saber que estás afligida. Todo esto va a quedar entre tú y yo. No habrá ni vergüenza ni humillación. Límpiate esa cara, arréglate con mis cosas, que están sobre la cómoda, y sal a cabalgar tras tus ovejas. Te prometo que pensaré en ti y en cómo actuar. ¿Te parece, querida amiga?

Aline Buss se estaba restregando las lágrimas. Sabía que dar explicaciones por su tardanza la pondría en una mala situación pública. Inopinadamente se acercó a Constanza y la besó, justo antes de obedecer sus indicaciones y pasar a empolvarse y a restaurar los daños que el dolor había sembrado en su hermoso rostro de porcelana.

Salieron a la puerta de Thule y se abrazaron junto a la montura de la inglesa. La vio partir al trote, con el pecho aún lleno de congoja, reconfortada por haber descargado parte de su daño al compartirlo. Constanza sentía cómo la mancha de esa alma innoble la había salpicado también. No era mujer acostumbrada a las bajas pasiones ni a los vicios de espíritu, de los que por fortuna la vida la había mantenido protegida. No habitaba el mal a su alrededor, ni le había sido dado sufrirlo. En su feliz burbuja, las gentes eran nobles, tal vez con pequeñas desviaciones de virtud, nunca demasiado malvadas, ni maliciosas, ni malignas, ni tampoco dañinas, y no siéndolo de natural o por relajo o por descuido, mucho menos lo eran por placer.

Reparó en que el tiempo también corría para ella y en que la esperaban a mediodía en la otra punta de la isla para que el grupo pudiera reponer fuerzas tras varias horas de cabalgada. «Te ataré con mis mentiras», la perniciosa frase que aquel miserable había tenido el cuajo de escribirle a su mujer se le había quedado adherida, como ese fragmento de saliva volandera de un interlocutor desconocido que de

pronto aterriza sobre alguna parte de tu cuerpo, y ya no te permite otra cosa que pensar en que está ahí, mancillando tu traje o tu piel, y te hace aborrecer de forma instantánea a ese asqueroso personaje. Le iba a costar no hablarle a Armand de un miserable así.

Pauline estaba esperando para cargar la comida en la camioneta. La notó expectante y ansiosa, y solo cuando la cocinera le confesó que tenía ganas de ver el paisaje de la isla, se dio cuenta de lo poco que se había preocupado de sus empleados desde que llegaron. «He estado demasiado ensimismada». Quitó el freno de mano y se encaminó hacia la Ruta Grande. Cuando conducía al borde de La Grande Falaise, intentó paliar su pecado explicándole prolijamente a su cocinera la vegetación y las agrestes rocas que con extrañas formas divisaban bajo los acantilados, cubiertas por delantales de espuma enfurecida. Hasta le mostró el lugar en el que pensaba levantar la nueva capilla. A Pauline le pareció una gran idea. Era una mujer de pueblo, chapada a la antigua, que aún rezaba cada noche de rodillas junto a su cama, procurando que Carmen no la viera o que estuviera dormida, y que echaba de menos el consuelo de acudir al templo para sentirse acompañada en sus letanías y, sobre todo, en sus dudas.

La Inexpugnable, tras las lluvias, lucía un último verdor, preparándose para recibir el peso dulce de la nieve. El viento soplaba del norte y traía el recuerdo gélido de las tierras del hielo perpetuo, que se extendían misteriosas tan solo a unos cuantos días de navegación. Constanza escudriñaba el océano tras el parabrisas del vehículo. Esperaba ver un bloque de hielo solitario corriendo una aventura hacia el sur que lo acabaría o una manada de focas haciendo cabriolas o, por qué no, la cola de una ballena boreal de paso hacia Terranova; pero solo los alle-alle y las gaviotas tridáctilas jugaban con las corrientes y rompían el monótono gris acerado de las masas de agua que se dirigían a estrellarse contra los farallones de la isla.

El trabajo de sus gentes había sido rápido y eficiente. No quedaban a la vista velludas manchas blancas sobre el verde de las vaguadas y las suaves lomas. Llegaban tarde. El grueso del grupo debía estar ya en el límite de su propiedad, reuniéndose con los granjeros y con las monjas, que estarían hambrientas. Constanza aceleró, a pesar de los baches que el agua había dejado sobre la ruta prensada de tierra. Tendrían que repasarla con la llegada de la primavera, un tiempo que parecía suspendido en la incredulidad. La primavera boreal llegaría a la par que su varoncito, Emmanuel; porque sentía que iba a serlo y que en él Armand podría volcar el vacío de ternura que la muerte de su padre en el campo de batalla le dejó para siempre.

VI

Armand no había podido disfrutar de la ventura cierta de cabalgar a cielo abierto, respirando la brisa oceánica y persiguiendo blandas ovejas y potros lustrosos sobre la hierba aún no sepultada por la nieve. No quería además confesárselo a nadie. Tal vez si Buss hubiera estado en la isla habría podido tratarlo con él, pero ante su ausencia, ¿con quién desahogar su angustia? No iba a hacerlo con Constanza, su bella y querida y tierna Constanza, menos ahora que albergaba en su vientre esa esperanza que él estaba dispuesto a preservar en la calma y en la paz. No convenía inquietarlos. No convenía perturbar a ninguno de esos seres que libres y seguros disfrutaban de su aislamiento, precisamente el que él les había querido proporcionar.

Ese neblinoso amanecer del 19 de septiembre de 1938, antes de salir al campo, había estado trasteando con su radio. Todas las emisoras europeas de onda corta que le era posible captar estaban pendientes de las deliberaciones de los mandatarios francés y británico en Londres, y el resultado había sido decepcionante para su alma de liberal, pero tranquilizante para el pacifista radical que cohabitaba en ella. Estaba esperanzado porque tanto Chamberlain como Daladier parecían dispuestos a cualquier pacto con tal de no entrar en guerra con Alemania. Esa certeza debería haberle reafirmado en sus convicciones y, sin embargo, era consciente de la inmensa hipocresía que suponía. El propio Chamberlain, a su vuelta de Berchtesgaden, había informado a los Comunes de que Hitler estaba valorando la inmediata invasión de Checoslovaquia.

Esa mañana, mientras él se vestía para cabalgar en una isla imposible del Atlántico Norte, las ondas le habían traído el pacificador fariseísmo de los líderes de Francia e Inglaterra. Como respuesta a las exigencias del Führer, le enviaban un ultimátum a una pequeña nación, que había conseguido una democracia bastante aceptable, para que tomara conciencia de que iba a ser desgarrada. Exigían al Gobierno checoslovaco que entregara al Reich los distritos mayoritariamente habitados por alemanes en los Sudetes. En el comunicado no le indicaban a Praga cuáles serían las consecuencias de negarse, pero parecía evidente que Hitler sería el encargado de hacerlas efectivas. La impostura superaba cualquier otro manejo que en su vida de diplomático hubiera tenido que afrontar y, sin embargo, suponía parar la guerra total en Europa o, al menos, retrasarla un tiempo. ¿Cuánto y a cambio de qué? Él quería que no hubiera guerra costase lo que costase, ¿a qué se preguntaba tal cosa? No entendía su malestar por la bajeza moral de las dos poderosas naciones democráticas que preferían decantarse por la inútil esperanza de que el nazi los librara de la presión interna de los bolcheviques, en vez de por dar apoyo a las naciones fagocitadas. Armand había asumido que la guerra era inevitable, aunque no estaba preparado para la miseria

que iba a precederla, la misma que años antes había dejado a España a su suerte.

Al fin vio llegar la camioneta de Thule con la comida. Ignoraba la causa de la tardanza de su mujer; tal vez se había encontrado mal, las náuseas no dejaban de acometerla. «Es imposible que Nathaniel Buss haya escogido esta crítica coyuntura *pour ses parties de jambes a l'air*», se dijo. Era un hombre por cuya moralidad no pondría la mano en el fuego, pero sabía de la profundidad de su pensamiento y de su preocupación política y diplomática. No, no era apropiado irse a Gran Bretaña a vender langostas y disfrutar de la vida galante, y no creía ni por asomo que eso fuera lo que Nat estaba haciendo.

Los chillidos de la chavalería lo devolvieron a la realidad. Distinguía también los grititos de virgen asustada proferidos por las monjas españolas y las imprecaciones casi blasfemas de los isleños cuando las ovejas no se dejaban arrastrar por los cuernos tras ser clasificadas en función de la marca de su dueño. El redil contaba con varios apartados en los que debían introducir el ganado de cada granja para que, al terminar el día, los propietarios pudieran conducirlo a sus refugios de invierno. Los caballos islandeses se dejaban hacer y solo relinchaban si la mano que los dirigía a uno u otro compartimento era más brusca o más desabrida de lo necesario.

De las camionetas habían sacado unos tableros largos de madera de pino y unos soportes para colocarlos. Pauline disfrutaba extendiendo los hules y sacando de las cestas la comida que llevaba días preparando. No estaba sola. Nadie había querido quedarse atrás y todas las granjeras aportaban sus quesos y sus guisos, y allí estaban también los grandes cuencos de *skyr* que habían preparado los hijos del criador islandés. El viento se había apaciguado, pero no la alegría de las gentes por tener su cuerpo y su mente exactamente en el lugar debido.

Armand vio a lo lejos a Aramendi luchando con unas ovejas díscolas que las monjas no conseguían domeñar. Le sorprendió ver cómo habían trocado sus hábitos por ropa cómoda de monta. Solo las negras tocas al viento las señalaban como esposas del Señor. Oyó a Antoine pronunciar palabras que no terminaba de entender.

—*Pardonnez-moi, Antoine, aujourd'hui j'ai un peu la tête à l'envers*.

—No era mi intención molestarle, *monsieur,* si no fuera porque hace ya tiempo que vengo dándole vueltas a una cosa que me gustaría plantearle. Es un proyecto que mejoraría mucho nuestra vida en L'Imprenable y que cada vez es más necesario, sobre todo ahora que *madame est enceinte.*

—¡Oh, Antoine!, ¿quiere exponerme un proyecto ahora, en medio de este follón? Hablando de iniciativas, venga conmigo, que quiero presentarle a las *soeurs,* necesitan un hombre que les eche una mano

con algunas pequeñas reparaciones de la granja y he pensado que usted es el más adecuado.

—*Mais, monsieur, moi…*

—No pretenderá que les mande a un par de republicanos españoles, siendo que ellas huyeron precisamente de su furia contra los religiosos… Sería una afrenta, ¿no cree, Antoine?

—*Pas problème, monsieur. J'y irai mais…* Necesito hablarle de esa cuestión cuanto antes porque hay material que sería preciso encargar al continente y luego será demasiado tarde…

—¿De qué me habla, Antoine? ¿Qué se le ha ocurrido ahora?

—He diseñado un sistema sencillo para unir vía telefónica Thule con las casas más estratégicas de la isla. Eso incluiría, *monsieur,* la casa del médico. No podemos andar buscándolo por toda la isla cuando *madame* lo necesite…

Justo en ese momento Armand reparó en la justeza de lo que el chófer suizo planteaba y saltó del caballo para ponerse a su altura y mirarlo a la cara directamente.

—¿Cómo lo ha hecho? ¿Está seguro de poder llevarlo a cabo? Muéstreme, muéstreme…

—No tengo aquí los planos que llevo varios meses ajustando pero, sí, señor, podemos hacerlo con tan solo encargar los materiales. ¿Me podría recibir alguna de estas noches en su despacho? Necesitaría llevarle los papeles para que usted compruebe que es posible y no demasiado complicado.

—¡Hecho! No sé cómo no he pensado yo mismo en los problemas que puede acarrear tener a una mujer embarazada en casa cuando la nieve nos cerque. Hoy estaremos cansados; pásese mañana mismo por la biblioteca antes de la cena. Hay que estudiarlo ahora que Buss está en Inglaterra y tal vez pueda traerse lo que sea preciso a su vuelta. Habrá incluido Blackgross en sus planes, supongo.

—Sí, *monsieur,* desde luego. Así lo haré. Mañana mismo le dejaré ver lo que he estado preparando estos meses.

—Perfecto pues, ¡ahora venga conmigo a conocer a las monjas para que estudie con ellas lo que necesitan y cuándo puede acudir para ayudarlas! De paso le pedimos su opinión al doctor Aramendi, no vaya a ser que no se avenga a dejar entrar en su casa un aparato capaz de sobresaltarlo con su sonido a cada paso.

Caminaron los dos juntos hacia el grupo, Antoine se había hecho con las riendas de Géant, que avanzaba sumiso tras él. El suizo tenía un don con los animales solo comparable al que lo unía con los motores de explosión.

Trajinando con el pequeño rebaño, estaban la hermana Fernanda del Santísimo Sacramento, que como siempre dirigía las operaciones, y las dos monjas más jóvenes, la hermana Pilar del Sagrado Corazón y

la hermana Clara de la Divina Fraternidad, con sus rostros virginales y puros y sus manitas delicadas, poco aptas para lidiar con ganado. Aun así, hacían lo que podían y Aramendi se empleaba a fondo en medio de todas ellas. Solo la monja maestra, la hermana Mercedes de la Sagrada Familia, permanecía ajena al esfuerzo porque había hecho un aparte para entretener a la hija de Armand y charlar con Miss Flanner. Nadie parecía echar en falta su colaboración, o al menos no se lo reprochaban abiertamente. El francés no dejó de percibir el asombro con el que su chófer miraba a las monjas jóvenes, cuya belleza era tan nueva como una aurora. Armand también sabía apreciar a aquellas Cárites y la preciosidad de sus caras, desprovistas del lastre de la atracción carnal, que permitían posar la vista sobre ellas sin atisbo de pecado y, sobre todo, sin asomo de remordimiento.

Le extrañó que la *nanny* y su hijita no hubieran preferido quedarse junto al grupo de Thule, con los Arroniz y los dos polizones, a los que en su fuero interno nunca iba a dejar de llamar así. Su estupor decayó cuando pudo reparar en las miradas que con insistencia Ada Flanner lanzaba hacia el lugar en el que se afanaba Alberto Aramendi. ¡Así que era eso! Tendría que chafardear luego con Constanza, que no se había percatado de las señales de ese romance incipiente, si es que finalmente el solterón pertinaz se dejaba conquistar. Lo llamó de un grito, no por afán de hacerle el trabajo a la inglesa, sino para plantearle la propuesta de instalar un teléfono en su casa. Antoine no reparaba en lo delicado que resultaba, porque significaba estar permanentemente a disposición de llamadas, consultas y requerimientos de las grandes casas de la isla, lo cual no solo podía devenir incordioso sino francamente injusto para los demás habitantes. No era tan sencillo que un hombre de la textura moral de Aramendi aceptara.

Pero cuando el doctor se acercó, por su propia iniciativa, tenía inquietudes más perentorias en la cabeza y no hubo lugar para plantear tan prosaica cuestión.

—¡Ah, Armand! Es precisamente usted la persona con la que llevo esperando hablar toda la mañana.

—Agradezco ese interés, Alberto, pero lo agradecería más si pasaras de una vez al tuteo. Comprende que, si lo usas con mi esposa, no te queda otra que hacerlo a la par conmigo, o podría interpretarse mal —dijo con una carcajada.

—¡Llevas razón, Armand! Es la costumbre. Voy al grano. Necesito que me cuentes qué está sucediendo. Al ausentarse Buss, eres la única fuente de información de la isla. Ayer, con permiso de Aline, trasteé un poco con el equipo radiofónico de su casa y alcancé a captar la tremenda tensión que se vive respecto a los Sudetes. ¿Qué crees tú? ¿Habrá guerra ya?

—Sabes que vine aquí porque estoy seguro de que la habrá, si no es ahora, dentro de unos meses. Hitler no se va a detener, y mucho menos después de haber comprobado lo fácil que le resulta ir ampliando sus fronteras.

—¿Atacará Francia e Inglaterra? Ellos están convencidos de que podrán evitarlo, pero a mí me resulta complicado creerlos.

—El apaciguamiento es solo una dilación, al menos así lo creo, aún han de pasar cosas. No creo que haya un ataque inminente.

—¿Y nosotros qué haremos en La Inexpugnable?

—¿Cómo que qué haremos? Estarnos quietos y al margen, evidentemente. Nadie se ocupa de nosotros y nosotros no debemos ocuparnos de nadie.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. Si atacan Francia mientras España sigue en guerra, en teoría estaríamos en un territorio perteneciente a dos naciones en conflictos y bandos diferentes. Por otra parte, recuerda la historia. Durante la guerra del 14 el bloqueo marítimo de la Royal Navy llevó a los alemanes a atacar con submarinos los mercantes y hasta los barcos de pasajeros. ¿Crees que ahora sería distinto? ¿Crees que no se complicaría la comunicación con el exterior o la recepción de suministros? No estaría de más que pensáramos sobre ello y que utilizáramos el tiempo que ellos ganen para armarse en hacer nuestros propios planes.

Armand se quedó pensativo. Le daba rabia no haber incluido entre sus múltiples variantes justo la que más podía perjudicarlos, aunque indirectamente hasta su chófer suizo le había insinuado que, si iban a instalar teléfonos en la isla, corría prisa traer los materiales. Sí, en el fondo eran conscientes de que otra guerra global tendría repercusiones hasta en los más recónditos territorios, hasta en los casi inexistentes, como era el caso de La Inexpugnable.

—Aún nos quedaría el tráfico con Canadá y Estados Unidos, pero es razonable pensar en el peor de los escenarios y tomar medidas. En cuanto vuelva Buss, nos reuniremos. Podemos pergeñar un plan base junto con los gobernadores y luego someterlo a la asamblea. Si hay que hacer un esfuerzo, debería ser conjunto.

—¿Estás seguro de que regresará? —preguntó con malicia el médico.

—¿Nat?

—Claro, Nat.

—Sí, retornará, estoy seguro. No es momento para quedarse sin abrigo. Ignoro los motivos que precipitaron su marcha y no creo, como comadrean las mujeres, que sean líos de faldas los que lo han arrancado de esta roca segura. No, Alberto, Buss se trae entre manos algo más importante que espero que nos cuente a su vuelta.

Ada Flanner no perdía comba de la conversación. Había estado

callada y tensa, pendiente de las palabras de Aramendi y, de pronto, inopinadamente, se oyó a sí misma interviniendo con una pregunta que los hombres encontraron extraña y fuera de lugar:

—¿Ustedes están absolutamente seguros de que Nathaniel Buss es inglés?

Nada más proferirla, la institutriz se dio cuenta de que nunca debió haberla verbalizado. Ambos hombres se volvieron hacia ella con cara de estupefacción. Fue su jefe el que tomó las riendas:

—*Ah, bonjour, Miss Flanner!* —dijo para marcar la inconveniencia de que la *nanny* estuviera escuchando y además se hubiera inmiscuido—. ¿De dónde salen tales dudas? ¿Hay algo que usted sepa que nosotros debamos asimismo conocer?

No esperó la respuesta, ni Ada Flanner se la hubiera podido dar, ya que estaba arrebolada por la vergüenza de haberse puesto en evidencia ante el único hombre de la isla que le interesaba. La sutil regañina de su patrón la había dejado en una posición indecorosa. Tartamudeó: «Perdón, es una tontería», y, cogiendo a la niña de la mano, se retiró para ir en busca de madame Rolzou, a la que por cierto no había visto conversar con su marido desde su llegada con los víveres.

Los hombres hicieron como que no se percataban de su turbación y siguieron su charla. No comentaron nada, aunque ambos guardaron en algún rincón no muy remoto de su cerebro la idea de que si una inglesa auténtica y, por así decirlo, profesional de su lengua sospechaba que la nacionalidad de Buss podía ser engañosa, algún detalle, aunque fuera nimio, tuvo que sembrar la duda. Al señor de Thule, *ça va de soi,* se le olvidó preguntarle a Aramendi por la instalación telefónica.

8

I

Rebuscar entre los libros de un hombre, repasar sus lomos para espiar los títulos, hojearlos y mirar las fechas de edición o cualquier otra señal que pudiera arrojar pistas sobre dónde y cuándo fueron comprados, resultaba tan violento como interrogar cuchillo en mano a ese mismo hombre sobre su vida. Archie Mauger era consciente de la intolerable injerencia a la que estaba sometiendo a su patrón. *The best of prophets of the future is the past,* y si en algún lugar de Blackgross podía cumplirse la byroniana cita sobre Nathaniel Buss, era sin duda en su biblioteca.

El preceptor amaba esa habitación a la que tenía mucho menos acceso del que le hubiera sido debido, dada su ocupación en la casa. Buss defendía esas altas paredes cubiertas de estanterías de nogal americano, en las que se alineaban en múltiples hileras varios miles de ejemplares, como si de un fuerte se tratara. Un olor a tinta y a cuero bien tratado competía con el del roble ardiendo en la chimenea. Archie estaba autorizado a solicitar los volúmenes que necesitara para las lecciones de Robert y, con más dificultad, otros tomos para su propio solaz.

Nunca habría realizado una pesquisa como esa si no hubiera sido por la insistencia de Carmen. «¡Ah, las testarudas mujeres meridionales!», pensó al recordar el trabajo persistente y soterrado que su enamorada había llevado a cabo hasta socavar su voluntad. Oía rumores aquí y allá, y pretendía que un gran secreto se ocultaba en esa mansión. «¿No has notado algo en su forma de hablar? Miss Flanner sospecha que puede que no sea inglés», le decía mientras lo besaba sin parar. «¿Crees que es posible que haya ido a encontrarse con otra mujer?», le preguntaba mientras retozaban en La Guarida. «¿Por qué vino a vivir aquí y por qué escribió a mis señores para que compraran la casa?», insistía. Era una mujer muy curiosa, como todas.

Lo cierto es que había producido en él el efecto que buscaba.

Archie se sorprendió evocando el pulcro acento oxoniense del patrón en las comidas, por si bajo él se dejara sentir alguna reminiscencia de otra lengua materna. Estaba revisando su historial de lector, tal vez en busca de obras en otros idiomas diferentes al inglés o el francés, o de extrañas compras en librerías de lugares exóticos o de cualquier otro detalle que regalarle a Carmen para saciar su curiosidad. Sopló hacia arriba para retirar el anárquico mechón que lo cosquilleaba en la frente. «¡Qué tontería dejarse llevar por los cuentos de vieja y los cotilleos de un grupo de sirvientes!», pensó. ¿O tal vez era madame Rolzou la que le pedía a su doncella que buscara información? No le extrañaría que Constanza Rolzou ya supiera. Egregia mujer. Alguien podía haberle dicho…

La manilla de la puerta comenzó a girar.

Apenas tuvo tiempo de dejarse caer en uno de los sillones de cuero y de abrir por una página cualquiera una novela de Willa Cather, *Death comes for the archbishop,* que tenía en la mano por puro azar. Notaba su corazón latir apresurado pensando en un encontronazo con la vieja señora Buss, pero la que entró, no sin cierto aire de conspiradora, fue la joven mistress Aline Buss.

—¡Oh, mister Mauger, no tenía ni idea de que estuviera aquí! ¡Me ha asustado!

—Lo siento, no debería, tal vez…, no estando mister Buss…

—No era un rapapolvo, Archie —le dijo—. ¿Está bien? —saltó de tema señalando la novela.

—Tengo una buena impresión, aunque no la he leído aún, solo la hojeaba. Pensaba llevármela si no tiene inconveniente.

—¡Por supuesto, Archie, llévesela! No tengo ni idea de si eso le incomoda a Nat o no, y tampoco me importa. En estos momentos, y no por elección mía, soy la única autoridad en esta casa. Cuando la termine, me da su parecer, tal vez la lea yo también. Necesito algo con lo que entretener las horas largas de la espera.

El preceptor no dijo nada, aunque era evidente que la suegra de Aline, de haber podido oírla, no hubiera estado conforme con su aserción respecto a quién detentaba el mando en Blackgross Manor. Tal rivalidad no era de su incumbencia, ni tampoco la espantada dada por el cabeza de familia, ni sus efectos evidentes en la ajada piel de la dama y en los círculos oscuros que orlaban sus hermosos ojos, y, sin embargo, resultaba extraño eludir un sufrimiento tan patente. Felizmente un pequeño barullo se dejó oír en el vestíbulo y vino a rescatarlo de las confidencias que se avecinaban. ¡Pobre Aline, qué sola estaba!

La doncella entró para anunciar a madame Constanza Rolzou de Saint-Gelais. Era muy concienzuda en su trabajo y pocas veces tenía la oportunidad de enlazar toda una retahíla de nombres o títulos como

solía hacer, sin fallar jamás, cuando trabajaba para un lord en Devonshire. Soltó el nombre completo de la recién llegada, se orilló junto a la puerta y la dejó pasar. «Bien hecho, Mary», se felicitó para sus adentros antes de marchar.

La española entró con esa forma suya de desplazarse que la hacía parecer una ninfa girando en un torbellino, o una fina corriente de aire que soplara a varios palmos del suelo, o, tal vez, una frase musical que se sostuviera un instante en el oído para luego aquietarse. Archie no era capaz de describir la elegante sensación que producía Constanza al moverse y, sin embargo, su rostro no era pacífico, llegaba con una misión y pensaba llevarla a cabo. «Hora de irse», pensó el joven irlandés, consciente de que esa súbita intromisión le venía pintiparada.

Las dos jóvenes quedaron solas, frente a frente. No se les ocurrió sentarse hasta pasado un buen rato.

—¿Cómo estás, Aline? ¿Lograste dormir algo anoche? No pensarías que me iba a olvidar de nuestra charla.

—Estoy mal, querida amiga, tener que hacer de tripas corazón y ocultar mi dolor es una tarea superior a casi cualquier fuerza; al menos, creo haberlo conseguido. Los chicos disfrutaron de la recogida del ganado y no parecieron extrañados de que yo llegara más tarde. En realidad, nadie cree que ni tú ni yo vayamos a rendir como las gentes acostumbradas a las tareas del campo. La noche ha sido atroz. Mi cerebro mezcla constantemente las crueles palabras de la carta con lo que pasó el día del cambio de soberanía, porque no fueron solo las flores, sino cómo Nat se mostró luego conmigo. A ti te lo puedo contar, Connie, aquella noche me hizo el amor como hacía mucho tiempo. Fue a la vez tierno y demorado y fogoso e impaciente, todo a su momento, todo en su justa medida. Nos quedamos dormidos con la languidez del agotamiento amoroso y con la inocencia de los primeros amantes que creen con su entrega haber amansado el mundo. Fue mágico. Y tan solo unas horas después, ¿se va y me deja una carta infame? Hay una parte de mí que se resiste a creerlo y, cuando con ese pensamiento casi he superado el dolor, releo la carta por enésima vez y tengo que enfrentarme a la miseria moral de su autor. ¡Estoy hecha un lío, amiga, y además dolorida y exhausta!

—Podría decirte que existe una mínima posibilidad de que la carta tenga otra explicación, pero tú estás segura de que es su letra y, entonces, resulta absurdo pensar en que la escribiera bajo amenaza…, ¿o no lo es tanto? Siempre puede haber algo que se nos escape. De esos hombres del Cap-Fagnet, ¿sabemos algo? Solo que tu marido estaba en tratos con ellos antes de que llegaran, y así les encargó las flores. No sé, tal vez haya algo que se nos escape.

—Eso me digo un minuto para negarlo al siguiente. No, lo racional

es la evidencia, y la evidencia está en este maldito papel —dijo sacándolo del bolsillo de su rebeca.

Constanza no tuvo duda. Agarró la carta en cuanto tuvo ocasión y se la arrebató a la inglesa de la mano.

—¿Qué haces?

—Ahora verás.

Se dirigió a la chimenea que alegraba la biblioteca y la arrojó al fuego a la par que Aline formulaba una protesta moderada en forma de grito sofocado. Sabía lo que su amiga estaba haciendo y lo encontraba lógico y hasta sanador. No iba a conseguir avanzar en su posición respecto a Nat, ni en la adopción de una actitud para recibirlo y obviarlo, o para dejarlo y marcharse, o para castigarlo o incluso para perdonarlo, si seguía leyendo esa misiva una y otra vez. Las malditas frases se convertían en la losa que sellaba cualquier intento de recuperación por su parte, y ¡ella amaba a Nat!, y su Nat no era así, no podía serlo.

—¿Mejor?

—Aliviada, ya no existe. Ahora puedo recordarla u olvidarla, incluso reescribirla en mi mente.

—Bien, veo que me has captado. No puedes seguir haciéndote daño. Lo que sea que hagas cuando vuelva Nat a atenerse a la explicación que él te dé. El contenido de ese papel ya inexistente era tan abyecto que, por fuerza, hay que esperar a que él mismo responda por él.

Aline la miró con una mezcla de alivio y afecto en la mirada. La hubiera besado. Necesitaba que alguien le diera permiso para seguir confiando en Nat, para no tener que tomar decisiones horribles que hacían aparecer su vida vacía solo de imaginarlas. ¿Dónde iría si su honor la obligaba a abandonar al hombre que daba sentido a su existencia? ¿Qué sería de ella? Las lágrimas comenzaban a rodar de nuevo por su estragada mejilla solo de pensarlo. Suspiró mientras las contenía.

—Llevas razón, tengo que esperar y no puedo hacerlo torturándome.

—Al menos, no te conviene.

—Lo intentaré.

—Así me gusta. Sea lo que sea, nos tienes a nosotros.

La dueña de la casa sintió un escalofrío de agradecimiento que su naturaleza británica le impedía expresar de un modo abierto, como habría sin duda hecho su meridional amiga. Para ella la gratitud se mostraba con gestos prácticos y por eso tomó la decisión que llevaba meses rehuyendo.

—Ven, Connie, ya que estamos en esta habitación, permíteme que te enseñe algo. Puede que te confunda aún un poco más respecto a

Nat, pero te aclarará otras muchas cosas.

Se acercó al gran escritorio frente a la chimenea y se sentó en el sillón de cuero destinado al trabajo de Nathaniel Buss. Tanteó con la mano bajo la superficie de la mesa y despegó una llave que correspondía a los cajones. La española sonrió por la puerilidad de tal escondrijo. ¿Qué buscaba allí su amiga que pudiera tener alguna importancia para ella? Constanza no era cotilla, solo deseaba conocer las verdades que la atañían. Vio cómo Aline rebuscaba hasta sacar una carpeta en la que se guardaban recortes de prensa.

—La encontré antes de que llegaras a la isla.

—¿La buscabas o sueles registrar los cajones de tu esposo?

—Suelo registrarlos. Tengo mis motivos. No volvamos a esa historia, aunque verás que tampoco vamos a abandonarla del todo.

—¿Quieres excitar mi curiosidad, Aline?

—Sé que esto que voy a mostrarte responde a preguntas que ya te haces.

Constanza cedió y se acercó al escritorio. Su sorpresa fue enorme cuando vio que en la mayor parte de esos recortes aparecían fotografías de ella sola o de ella con Armand. Un antiguo rompecabezas fue cobrando una incipiente forma en su cabeza.

—¿Y esto?

Allí había páginas de *Elle,* de *Vogue,* de *Le Jardin des Modes,* de *La Tribune de Gèneve,* de *L'Illustration*, de *Vue,* del *Schweizer Illustrierte Zeitung,* de *Fotos*… ¡Años de imágenes reunidas con denuedo! ¡Era una locura! Una locura inquietante porque en todas las páginas arrancadas aparecían resaltadas, con unos llamativos círculos rojos, las crónicas sociales sobre los Rolzou o retratos de Constanza.

—¿Es tan aficionado a los libros de Armand que nos perseguía?

Se había fijado en que una estantería contenía todas las obras de su marido en varios idiomas.

—Espera a que veas otra cosa.

Aline depositó sobre la mesa una segunda carpeta con más páginas de revista. Esta vez no eran los Rolzou los archivados, sino ¡los Conder! El contenido de los recortes de *The Sphere* o de *The Illustrated London News* era similar.

—¡Asombroso! ¿Por qué lo hacía?

—No has reparado aún en lo esencial. ¡Ven, mira!

Le puso ante las narices una página del *Illustrierte* en la que se glosaba un acto protocolario de la Sociedad de Naciones con un retrato mucho más grande de lo periodísticamente adecuado de Constanza de Rolzou. Seguramente un encaprichamiento del fotógrafo que ella y Armand comentaron en su día. Al lado situó otra de *Sphere* con la fotografía de una mujer que no podía ser ella pero que se le parecía enormemente. Levantó la vista y miró con estupefacción a su

anfitriona.

—No te niego que veo el parecido. ¿Quién es? ¿Qué es lo que ha estado pasando aquí?

—Es Eliza Conder, por supuesto.

Un recuerdo olvidado cobró vida en la consciencia de la española. Aquella mirada de casi espanto de Clive Conder al encontrársela en su club. «No la vi a usted en realidad», le contestó el apenado viudo cuando ella le preguntó por tal actitud. «La vio a ella; en mí la vio a ella».

—Constanza, ¿te das cuenta de lo que esto significa? —dijo la inglesa para sacarla de su ensimismamiento.

—No muy bien, aunque intuyo que es algo turbio.

—Dejémoslo en extraño. No he hablado de esto jamás con Nat. Él no sabe que he visto estas carpetas, aunque hace tiempo que las encontré. Creo que hay un tipo de mujer que puebla los sueños de mi marido y que no responde al físico de una mujer británica ni centroeuropea, sino al de una mujer de tipo español. El padre de Eliza Conder lo era, de ahí sus rasgos. Ignoro el porqué de esta obsesión, pero no puedo negarla. Por eso yo odiaba a Eliza Conder y me alegré de que muriera, y por eso al principio intenté odiarte a ti. —Hizo un mohín de niña disgustada con sus propios sentimientos.

—¿Y ya no me odias?

—¡Oh, hace mucho que sé que tu unión con Armand es de tal naturaleza que ni siquiera lo verías si intentara seducirte!

—No solo por eso, Aline. No solo no traicionaría a mi marido, tampoco a una amiga.

—Lo sé, lo sé, por eso te he entregado mi intimidad. Eso no puede predicarse de Eliza Conder…

—¿Se dejó seducir por Nat? ¿Y Clive lo sabía? Me pareció muy enamorado incluso de su recuerdo.

—No tengo la certeza de lo que pasó entre ellos, pero sí puedo decirte que Eliza de alguna manera aceptó el juego.

—¿Y se suicidó? ¿Una mujer adorada por los dos hombres más relevantes de la isla, a la que le estaban construyendo una mansión? ¿Quizá llegara a oídos de Clive?

—Lo del suicidio es una idea que ha calado en la isla. Solo sabemos a ciencia cierta que cayó por el acantilado. Si fue un accidente, un suicidio o…

—¿Qué insinúas?

—Nada. Afirmo que solo tenemos la certeza de que cayó por ese acantilado, justo en el único lugar de La Grande Falaise en el que hay una pequeña cala para recoger su cuerpo y que este no fuera pasto de los peces. Esa precaución deja abierta cualquier hipótesis que apunte a alguien que la quisiera bien, incluso a ella misma.

—Me da un poco de miedo todo esto.

—¡Pues no hay motivo! —respondió la inglesa cambiando el tono—. Solo quería darte algunos datos que te faltaban. ¿Has venido abrigada? ¿En bici? Si no, cojamos dos de aquí y bajemos a Saint-Pierre-le-Calme, ¿te apetece?

Constanza se sorprendió para bien del cambio de tercio. Por cómo se iluminó el rostro de Aline, supo que la excursión le sentaría bien. Por otra parte, era la primera vez desde que la rana predijo su estado que alguien no ponía su embarazo como impedimento para que no aceptara un plan divertido.

—¡Oh, sí, bajemos al pueblo y echemos un vistazo! Quiero ver si puedo hacer algunas pequeñas compras. ¿Te puedes creer que aún no he ido por allí desde que llegamos?

Unos minutos más tarde dos jóvenes hermosas pedaleaban con brío por la senda que serpenteaba entre las redondeces de los campos de lava cubierta de mullido musgo gris. Hacía bastante fresco, pero a ellas les importaba un bledo.

II

El cielo de La Inexpugnable cobraba aires mágicos y plomizos. Mientras las dos amigas recorrían la calle principal del pueblo, no dejaron de reparar en la forma singular en la que varios vecinos escudriñaban las nubes desde los jardincillos de sus coquetas casas de colores. Si hubieran estado más atentas, habrían creído que se trataba de algún extraño fenómeno de avistamiento grupal, tan concentrada era la dedicación de los observadores. Ellas pedaleaban con espíritu ligero, antes de los treinta poco cuesta soltar lastre, con la idea fija de dejar las bicicletas apoyadas en la casa granate del doctor Aramendi y partir en misión de exploración comercial.

Fue la voz de la hermana Fernanda la que les aclaró el origen de tan extraña actividad. Asomó de la consulta justo cuando ellas dejaban las bicicletas contra la fachada.

—¡Mejor métanlas ahí atrás, en el cobertizo junto a las cuadras! Si llegara a nevar estarán más protegidas…

—¿Nevar? —se sorprendió Constanza—. ¿No es pronto? ¿Usted cree que nevará?

—No puedo decirle, es lo que están tratando de averiguar, ¿o es que cree que esperan una aparición divina? Analizan la coloración de las nubes y la temperatura para saber si llega la primera nevada. Si quieren mi opinión, me parece que no, que aún aguantaremos un poco más… No tienen verdadero color de panza de burra.

—A lo mejor no debimos venir —le murmuró Constanza a Aline.

—¿Cómo que no? En la isla puede nevar durante más de medio año, es imposible paralizarse por eso. Además, lleva razón la hermana, no va a nevar, hazme caso. ¡Venga, vamos a dar una vuelta!

—¿Van de paseo? ¿De compras? —preguntó la monja con una curiosidad que no le conocían.

—Un poco de todo, tal vez incluso tomemos algo después —respondió Aline.

—¿Puedo acompañarlas? Perdón si me inmiscuyo… Ha sido un pronto.

—¡No se preocupe, hermana! ¡Claro! ¡Véngase! —la animó la española.

Vieron cómo entraba a coger un tabardo y salía inmediatamente cerrando la puerta de resbalón. Los Rolzou no se habían habituado a que en la isla todo estuviera abierto, tanto era así que les daba reparo usar las llaves de su casa o de La Guarida, pero continuaban haciéndolo. En la consulta había medicamentos y estos no podían reponerse fácilmente, por eso Fernanda se había asegurado de que no pudiera entrar cualquiera al dispensario en su ausencia. Tomar precauciones con ese bien preciado beneficiaba a todos los habitantes de la isla.

A Constanza le resultó curioso ver cómo la monja solo conservaba el griñón, el velo y el crucifijo de los hábitos de su congregación. El pico de la toca lo sujetaba con un alfiler a la pechera, para que el viento no pudiera levantarlo. Por lo demás, Fernanda vestía un suéter de grecas nórdicas y una falda de cheviot de la que apenas asomaba un tercio de las medias de lana que penetraban en unos masculinos zapatos de gruesa suela amarrados casi con saña. Su sereno rostro, enmarcado por el griñón blanco, proporcionaba a quien la miraba una sensación de sosiego. Acostumbrada a los almidonados y los vuelos y melindres de las religiosas de sus colegios, primero en Vitoria y luego en Suiza, a Constanza no dejaba de parecerle un poco sacrílego ese pragmatismo indumentario. Ciertamente su opinión solo respondía al desconocimiento que la española tenía aún de la cara más dura de La Inexpugnable.

La monja se puso al frente de la femenina procesión y las encaminó hacia una casita verde pálido en cuya planta baja estaba instalada Au vrai dentelle, un bazar de manualidades femeninas en el que lo mismo podían encontrarse manoplas, gorros y calcetines tejidos a mano durante el invierno, bisutería artesanal realizada por los granjeros con lava o crin de caballo, hilos y agujas, o botones en cajas con un contenido aleatorio, en las que era preciso rebuscar para encontrar unos cuantos iguales. Para justificar el nombre, la propietaria mantenía un pequeño surtido de encajes más refinado, que las mujeres de la isla compraban cuando querían hacerse un camisón o

una ropa interior especial. No proponía nada que en ese estadio de su vida pudiera servir a las señoras de Thule y Blackgross, pero las circunstancias podían alterar eso en muy poco tiempo. Aun así, Constanza compró algunas puntillas para el futuro ajuar de Emmanuel y recibió todos los parabienes habidos y por haber por su gravidez y por el que sería el fruto de su vientre.

Saint-Pierre-le-Calme, llamado San Pedro de la Bonanza cada medio año, no respetaba para nada la estructura que uno podría esperar de un pueblecito. Apenas había calles organizadas como tal, ni hileras de casas testificando un afán de vida comunal; entre las suaves ondulaciones de terreno sobre el único puerto de la isla, las casas habían sido depositadas al albur del deseo de los recién arribados, ora más arriba ora más abajo, con vistas al embarcadero y la bahía, o al río Odús e incluso a los prados que se extendían detrás hasta el punto exacto en el que comenzaban los campos de lava. El asentamiento parecía proclamar que ningún humano se amontona si puede evitarlo. Los alegres colores de las desparramadas casitas tenían su origen en la pintura sobrante de las embarcaciones que utilizaron originariamente los pescadores, aunque podría verse en ellos algo menos casual si se pensaba que durante los largos meses de nieve constituían la mejor manera de divisar el hogar entre la blancura tenaz de la isla.

Pasaron por la carbonería, que también ejercía de leñera si los barcos no abastecían de suficiente combustible fósil a causa de las tempestades; entraron en el economato, donde se acumulaban conservas y productos ultramarinos a disposición de todos los habitantes de la isla, a cuenta de sus beneficios por la venta comunal de las langostas, y saludaron a las mujeres que tenían pequeños comercios de bagatelas en los salones de sus propias casas. Llegaron también hasta la construcción que hacía las veces de escuela para los niños del pueblo y de las granjas, a estos solo mientras les era posible desplazarse hasta ella, y en la que reinaba la hermana Mercedes, una monja de tez cérea, como si el aire de la isla no le hubiera devuelto los colores robados por el tiempo en la clausura. La monja maestra tenía más edad que Fernanda, pero aceptaba con gusto su magisterio. Ella pertenecía a un mundo más tradicional y, aunque en invierno sorteaba el clima con ropas adecuadas, siempre tenía un hábito colgado en la escuela para colocárselo antes de comenzar a enseñar. De modales dulces y voz bien entonada, de esas que a Constanza le provocaban un placentero cosquilleo en la garganta cuando le explicaban en voz baja y susurrante sus dudas en clase, no dejaba de percibirse en ella la dote enérgica que le permitía meter en cintura a unas cuantas criaturas de sexos y edades diferentes.

Como las vio exhaustas, la hermana Fernanda les propuso ir a tomar unos bollos con chocolate a la pastelería-panadería de los

padres de Aimable Virginie, los propietarios del único molino de la isla. Constanza intentó variar el empuje de la religiosa. Ella prefería seguir hasta Au Convent para echarle un ojo a la posadera y calibrar hasta qué punto le sería difícil mantener a Celso alejado de ella. La hermana Fernanda se mostró firme:

—Permítanme que me niegue por dos motivos: el primero, que si subiera, tendría que afearles el sacrílego retruécano con el que han bautizado la posada y ese cartel, que debe parecerles chistoso, en el que se ve a una monja con el culo al aire debido al vendaval, y el segundo, que no se si saben que las mujeres no son nada bienvenidas en ese establecimiento —alegó de un tirón.

«Así que la mujer del posadero es la única hembra con bula para moverse entre los bebedores», se dijo la española a modo de explicación de los ardores de su capataz. Finalmente aceptó conocer a los padres de su joven ayudante de cocina.

La panadería estaba instalada en una casita de color azul celeste erigida con ese fin; los molineros y sus tres hijos vivían en el molino instalado en las faldas del Croquer, junto a la corriente del Petit Tarn, encargada de mover la gran rueda para convertir el trigo en fina harina. Más allá del mostrador, en el que cada madrugada hacía guardia Aimable Virginie, existía un saloncito con varias mesas, bajo las ventanas cubiertas tan solo con medio visillo de encaje para dejar pasar la escasa luz del invierno, y con unos cálidos candiles de aceite en las paredes para procurarle un ambiente acogedor. No era la madre de la muchachita la que se encontraba a esas horas al frente del negocio sino su hermana, una cría de rizada melena y de tez carnosa como Aimable, cuyo cuerpo aún no apuntaba ni las curvas ni el descaro del que ya hacía gala *sa aînée.*

Tomaron asiento en una mesa redonda junto a una de las ventanas y, tras saludar a la pequeña molinera y pedirle unos bollos, un té y un par de tazas de chocolate, se dispusieron a charlar. Aún quedaban un par de horas para que se pusiera el sol. La hermana Fernanda volvió a marcar el ritmo de la conversación y las fue llevando hacia territorios que ellas no hubieran sospechado. Era una mujer de una fortaleza y una resolución que explicaban por sí solas el viaje al exilio emprendido por su comunidad.

—El doctor me tiene al tanto de los acontecimientos que se precipitan en el continente, las supongo al corriente también —les dijo en un momento en que la charla banal había decaído ya—. Sabrán de lo pactado estos días en Múnich y de lo que eso supone de retraso para el inicio de una guerra que parece inevitable. Dos ideologías poderosas, que quieren sustituir a la religión, se enfrentan enloquecidas en Europa. Es difícil que el choque no se produzca, pero no es eso lo que me preocupa. A fin de cuentas, nosotras huimos de la

violencia porque no queríamos compartir el triste destino de nuestros hermanos en la fe. Eso es cobardía, pero también instinto de supervivencia.

—¿Qué es lo que le preocupa pues? —intervino Constanza—. Las tropas de Franco están a punto de ganar la guerra con la ayuda de Italia y Alemania. Mis padres dicen que en zona nacional, la situación de los religiosos es buena e incluso dominante, así que sin entrar en otras consideraciones, solo siendo prácticas, tal vez puedan ustedes volver dentro de pocos meses.

—Me tortura pensar en la persecución al pueblo de Israel por su raza y por su religión. Son los hijos de Dios, nuestros hermanos perseguidos y humillados, masacrados. ¿Saben las cosas que se dicen que están sucediendo con ellos? Salen por millones de Alemania. El doctor Aramendi, que utiliza a veces la radio de su marido, Aline, y que recibe cartas y noticias del exterior, me ha relatado historias estremecedoras. Jamás podré entender cómo Franco, que se considera con osadía un cruzado de la fe, que ha tenido el cuajo de llamar «cruzada» a su guerra, puede aceptar la ayuda de un gobernante como Hitler y de un pueblo con el alma manchada por esos horribles pecados. En cuanto a regresar, no entra en nuestros planes inmediatos.

—Hace ya muchos meses que Armand me dio a leer un libro publicado en Basilea por el Comité Mundial Províctimas del Nazismo titulado *El libro pardo* en el que se detallan muchas de esas atrocidades. Pero ¿qué quiere que hagamos nosotras más allá de proteger a nuestras familias y orar?

—No lo sé. Solo le doy vueltas a si es decente quedarse al margen, lo mismo que me torturo pensando que tal vez no fuera justo ni santo que nosotras cinco nos rebeláramos contra el martirio que otras asumieron como la voluntad del Señor.

—Dios no pudo desear que cinco de sus esposas perecieran pudiendo escapar, ¿no cree? Hermana, usted sabe que es deber humano asumir nuestros actos y después esperar a ver qué nos depara la voluntad de Dios. Lo que me parece es que se encuentran ustedes perdidas sin el apoyo espiritual que precisan, sin recibir los sacramentos, y puede que sea eso lo que debamos solucionar. Yo misma he escrito a mi madre comunicándole mi embarazo e invitándola a viajar en primavera a La Inexpugnable para conocer a su nieto y pasar una temporada en Thule. No dude de que vendrá con un sacerdote, no va a consentir que su nuevo retoño se quede sin bautizar, corriendo el riesgo de que su alma flote para siempre en el limbo si desgraciadamente muriera. Puede confiar en que Blanca Ortuzar traerá como sea un cura con ella.

La hermana Fernanda y Aline cruzaron una mirada extraña y guardaron un silencio que parecía cómplice. La monja optó por

explicarle a la española el secreto que ambas guardaban:

—No es ese el mayor de nuestros problemas, Constanza, porque como usted dice ante la necesidad hay que decidir. Esto que le voy a contar es un secreto que debe comprometerse a guardar porque puede traernos a mí y a mis hermanas consecuencias nefastas.

—Puede confiar en mí teniendo en cuenta, por lo que presiento, que ya lo ha hecho en Aline.

La inglesa sonrió levemente.

—Sí, Aline hace tiempo que comparte nuestro sigilo y lo ha hecho hasta tal punto que ha tenido más de una discusión con su marido al respecto sin por eso revelarlo.

—Y por no saber qué me mueve a visitarlas, siendo papistas y yo anglicana, me ha prohibido hacerlo —apuntó la inglesa.

—Nuestra pequeña congregación de adoratrices lleva casi seis años asentada en La Inexpugnable. Hemos sufrido mucho esas carencias. Necesitamos lavar nuestras almas en la confesión, recibir a Nuestro Señor como consuelo, asistir al sacrificio y consolarnos con la oración. Cuando vimos la infelicidad que nos causaba vivir fuera de las normas de la fe que profesamos tuvimos que deliberar y decidir. Durante todo un año compatibilizamos el arreglo de la granja con el estudio del Nuevo Testamento y concluimos que este no excluye a las mujeres. Nos reafirmamos en la importancia de las mujeres en el entorno de Jesús, debido probablemente a su predilección por los marginados. Nosotras, ustedes, no es una novedad, estamos marginadas en el seno de la Iglesia. En nuestra soledad espiritual encontramos en las cartas de san Pablo la referencia a Febe, la diaconisa de Céncreas, y llegamos a la conclusión de que estábamos facultadas para elegir a una de nosotras que obrara como tal y pudiera administrar los sacramentos. Me eligieron a mí. Yo soy la diaconisa secreta de la isla. Ese es el misterio que ocultamos.

La cara de Constanza mostró su pasmo, aunque se suavizó inmediatamente con una luz de comprensión. Era cierto, la extrema necesidad obliga a buscar soluciones igual de extremas. Una monja estaba formada en los secretos de la fe y conocía perfectamente la liturgia y su significado. Miró por la ventana y tuvo la certeza del océano, que los convertía en una minúscula tierra perdida sin sitio siquiera en los mapas.

—No lo veo mal, hermana, sobre todo si a ustedes les da consuelo. Supongo que Dios preferirá eso a nada. No veo la necesidad de hacer de ello un secreto, probablemente toda la isla lo comprendería.

—Ya en el siglo II Tertuliano señaló a los que pensaban tal cosa como herejes y, desde entonces, la Iglesia no ha dejado de hacerlo. ¿Entiende el imperativo de ocultarlo?

—Es algo que solo les afecta a ustedes, no tiene por qué saberse si

algún día vuelven al mundo.

—No es exacto que solo nos afecte a nosotras. En estos años he bautizado a más de un bebé y he dado la eucaristía y la extremaunción a personas que lo necesitaban y que acuden a las misas que oficio cuando lo estiman conveniente. Le digo con firmeza que ningún mal he causado, pero la jerarquía eclesiástica o ese sacerdote que su madre traerá no lo entenderán así.

—No tienen por qué saberlo —dijo con firmeza Constanza—. Y tú, Aline, ¿cómo es que acudes a los oficios católicos?

—A veces preciso del consuelo que da saber que estamos de paso hacia un lugar mejor. Soy débil, no me basta con mi propia presencia y añoro otra superior. Esta isla es, si te paras a pensarlo, como una gran catedral al aire libre que canta con su maravilla la existencia de una fuerza creadora que transciende al ser humano. Hace que me sienta tan pequeña, tan insignificante ante su poder, que me alivia recogerme y acogerme a él. La necesidad hace virtud y a veces creo que el anglicanismo es ante todo la respuesta soberbia de un rey a los imperativos de su lujuria. No pasa nada por orar en el mismo lugar que los católicos, aunque a los Buss les saque de sus casillas. —Dejó su mirada vagar a través del cristal, pensativa hasta que algo la hizo saltar como un resorte—: No sé si usted pasa la noche en el pueblo, hermana, pero Constanza y yo nos tenemos que ir. Se ha levantado el poniente y, si sopla más recio, nos resultará muy incómodo volver a casa. Tenemos que irnos ya.

—Yo me quedo con la hermana Mercedes en la escuela. Sí, es cierto, deben regresar antes de que caiga la noche porque con esta ventolera el camino será peligroso.

Pagaron y salieron. La ponientada aún no había pasado a temporal, pero traía rachas que apuntaban maneras. El aire supuraba humedad y olía tenazmente a salitre. Cuando cogieron las bicicletas, las dos mujeres fueron conscientes del esfuerzo que las esperaba. «Si Armand supiera las penalidades que voy a pasar estando embarazada montaría en cólera», pensó la española. Se despidieron de Fernanda y pusieron rumbo a Blackgross por el mismo camino interior por el que habían venido. Las ráfagas más fuertes las empujaban por la espalda aliviando la pedalada aunque amenazaban con hacerlas caer si no guardaban el equilibrio; traían chispas mojadas y húmedas que podían haber arrebatado a la superficie del mar o ser ya un atisbo de aguanieve. Ambas eran conscientes de que deberían haber ido en coche o haber vuelto antes. Aline apretaba las empuñaduras del manillar para que el viento no lo torciera y maldecía su idea de hacer ejercicio, sabedora de que el Typ permanecía en el garaje estúpidamente. Daba gracias porque Nat no estuviera esperándola para echarle un rapapolvo.

Y de pronto, como si de un milagro se tratara, percibieron el ruido de un motor potente y decidido avanzando hacia ellas. Pronto la claridad que procedía de sus faros se hizo visible. ¡Santo Dios, alguien se había dado cuenta de que se habían marchado en bicicleta! Al cabo de unos minutos el Typ frenó a unos metros y el preceptor de sus hijos, Archie Mauger, se apeó de un salto. Entre el ulular del viento oyeron su voz:

—¡Perdóneme, mistress Buss, por haber cogido el Mercedes sin su permiso! Vi que no había regresado y el cariz que estaba tomando el tiempo, y pensé que era mejor venir a recogerlas.

—¡Nunca me había hecho tanta ilusión encontrarlo! —respondió Aline.

Amarraron las bicicletas como pudieron, una a cada costado del vehículo, y saltaron las dos al interior visiblemente aliviadas, mojadas y algo ateridas. Apenas hablaron durante el trayecto hasta Thule para dejar a Constanza; ambas mujeres se apretaron la mano en la oscuridad del asiento trasero para sellar un pacto que incluía cada vez más secretos, y se asentaba sobre la complicidad una prometedora amistad.

En Thule nadie parecía preocupado por su ausencia habida cuenta de que la hacían tranquilamente sentada en alguna estancia de Blackgross y no deambulando en bicicleta por los caminos. Armand seguía encerrado en su despacho escribiendo, y eso hizo que Constanza suspirara de satisfacción mientras pedía agua caliente para bañarse y ponerse ropa seca antes de cenar.

III

Armand oyó sonar el reloj suizo del vestíbulo y supo que se le había escapado la tarde. No tenía noticias de su bella desde hacía un siglo, así que, a su pesar, se levantó del escritorio que era su jardín de las delicias y se aprestó a buscarla por la casa para encontrarla y estrecharla entre sus brazos, porque desde que la conociera, citó, «un solo batir de sus párpados era para él la gloria y la primavera y el sol y la mar tibia y todo aquello que podía desear». Mientras abandonaba la estancia reparó en el ulular del viento, que se incrementaba cuando se cernía sobre los grandes serbales de la entrada, y se dijo que no era noche para andar fuera de los muros de un hogar. Poco sabía que su Constanza apenas acababa de franquearlos.

Antes de bajar las escaleras cruzó el pasillo hasta las habitaciones de ambos. La oyó entonces canturrear mientras se afanaba vistiéndose. Se acercó a besarla con cuidado y pensando que tal vez, solo tal vez, aunque faltara poco para la cena…, pero su bella tenía al lado en el

suelo un montón de ropa húmeda y parecía recién repuesta de alguna azarosa aventura, así que supo reprimir su deseo para adecuarlo al estado anímico de ella, que no parecía que fuera erótico sino tierno y mimoso. En efecto, su Constance se arrebujó entre sus brazos nada más verlo.

—¡Oh, Armand, qué susto he pasado! He ido al pueblo con Aline en bicicleta y a la vuelta el vendaval había comenzado. Pensé que no llegábamos. Menos mal que Mauger se ha dado cuenta de nuestra falta y ha salido a buscarnos en el sólido todoterreno alemán de los Buss. ¡Verlo ha sido como ver abrirse el cielo!

El marido se dio cuenta de que había estado tan absorbido por sus escritos y por la conversación radiofónica que había logrado sostener a duras penas con el Maestro que ni siquiera había pensado en si ella estaba en casa. Eso le dolió y le quitó las ganas de reprocharle su atolondramiento.

—Podíais haber acudido al gobernador Dupont, que tiene un vehículo, o en el peor de los casos quedaros a dormir en las habitaciones de Au Convent; más pronto o más tarde, yo te hubiera echado en falta y hubiera salido a buscarte por toda la isla. No hubiera parado hasta hallarte.

—No se nos ocurrió, la verdad. Lo siento, *mon cher*.

—Todo se ha resuelto bien, afortunadamente. No obstante, hay que hacerle caso a Antoine e intentar instalar un sistema de comunicación por teléfono entre el pueblo y las dos mansiones. Eso hubiera solucionado rápidamente el problema, os hubiera bastado con llamar y pedir que se os fuera a recoger. Tengo que encargar rápidamente los materiales para que los depositen *chez Camboulives* y puedan incluirlos en el siguiente flete con destino a la isla.

—¡Sí, hazlo, Armand! Con dos niños en casa será una seguridad.

Él no quiso regodearse en la reconvención mencionando como agravante de su imprevisión *sa grossesse*. Sabía que ella debía estar pesarosa por haber corrido tal riesgo, así que por delicadeza viró la conversación:

—Antes de ponerme a escribir, he estado un rato con la emisora. No sabes cuál ha sido mi sorpresa cuando he escuchado una llamada desde París requiriendo mi indicativo. ¡Romain, de viaje en la ciudad, ha buscado en casa de un amigo la forma de conversar conmigo! Ha sido muy emocionante.

—¡Qué bien! Yo tengo una carta terminada para Macha comunicándole mi embarazo, aunque ahora no servirá porque habrás destripado la noticia.

—¡Oh, no, no hemos hablado de eso! Las cosas están tan mal que han absorbido nuestra conversación.

Su mujer no sabía si alegrarse por conservar el privilegio de la

primicia o quejarse por la poca relevancia que, al parecer, tenía para él ser padre, dado que no había encontrado el momento de comentárselo a su mentor. Cosas de hombres. Mejor no darse por ofendida.

—¿Y qué te ha contado? Nosotras también hemos estado hablando con la hermana Fernanda de los pactos de Múnich…

—Romain estaba desconocido. Las circunstancias en Francia comienzan a ser graves, al menos para los intelectuales comprometidos. Macha ha pasado días atemorizada porque en las calles de Vézelay las gentes eran presas del pánico y de un furor extraño que las llevó a amenazar con acudir a casa de los Rolland para romperlo todo. Me ha dicho que está seguro de que, si la firma del acuerdo en Múnich llega a retrasarse, el día no hubiera terminado sin violencias contra él. «Hay demasiado miedo en el aire en Francia», me ha dicho literalmente.

—¡Ay, Armand, no puede ser! ¿Y tu familia?

—Supongo que habrán respirado al saber que aún nadie va a llamar a filas a Philippe. Estarán bien. Los Rolzou de Saint-Gelais nunca han destacado por sus opiniones políticas o intelectuales. Sin embargo, Romain…

—¡Pobre! Pero no lo entiendo, ¿por qué querían atacarlo si ellos tienen miedo a la guerra y Romain es un pacifista? Supongo que todos habrán quedado más tranquilos con la firma del acuerdo de su Gobierno con Hitler. A Chamberlain lo ovacionaron en Londres y también lo hicieron con Daladier a su regreso a París. ¿Por qué amenazar a los Rolland? ¿Se han vuelto locos?

La respuesta a esa pregunta, que Armand por honestidad no tenía más remedio que dar, no le dejaba a él en buen lugar, pero no tenía sentido obviarla. Algún día iban a tener que hablar de ello.

—*Chérie,* al Maestro el acuerdo de Múnich le da náuseas.

—Pero ¡si ha evitado la guerra!

—Seguramente solo la ha retrasado al precio de hacer concesiones que sobrepasan, según él, límites que las democracias tenían la obligación de no sacrificar. Opina que la amenaza inminente de una guerra europea era tan horrible estos días que la humanidad respira, viendo que de momento se la han ahorrado. Él entiende esa pasión por la paz que manifiestan ansiosamente millones de sencillos franceses. «¡Comprendo a esos tipos que tiemblan viendo su vida amenazada!», me ha dicho.

—Tú no eres un francés sencillo y sientes lo mismo que ellos —musitó Constanza.

—Así es, pero no es exactamente lo que piensa Romain. Él ve diferencias sustanciales entre la postura que adoptó en el 14 y el deber de defender la libertad que Hitler amenaza. Cree que los acuerdos de

Múnich son un *diktat,* un nuevo Sedán para Francia, y está angustiado porque dice que esta capitulación vergonzosa de las democracias solo puede presagiar el aplastamiento de la patria por un enemigo implacable que no le da ningún valor ni a sus compromisos ni a sus juramentos.

—Entonces, ¿él cree que hay que luchar?

—Algo así. No me ha reprochado nada porque sabe que un hombre de setenta y dos años no puede ahora animar a los jóvenes a hacer la guerra si él ya no puede marchar en sus filas. «Tengo ganas de decirles a todos esos pobres jóvenes que serán dentro de poco sacrificados ¡disfrutad de estas horas de vida ganadas!, ¿por cuánto tiempo?».

—¿Ya no es pacifista, entonces?

—Todo es complicado, Constanza. Me ha contado que en el pueblo de al lado una pareja joven y sus ancianos padres se suicidaron juntos porque el hombre había sido llamado a filas. La locura ha llegado ya. Romain no apoya a los pacifistas radicales que consideran que hay que mantener la paz a cualquier precio. Ten en cuenta que ha recibido telegramas personales de líderes checoslovacos pidiéndole que intervenga públicamente en contra del sacrificio de su pueblo. Ha prometido escribirme para contarme con detalle lo que se está viviendo. La radio, como sabes, tiene interferencias y ruidos que hacen más complicada aún una conversación de este tipo.

—¡Qué situación tan terrible! Menos mal que te empeñaste en ponernos a salvo a tiempo.

—Por un lado, así es, estoy orgulloso de ello. Miles de personas se desplazan ya por todo el continente buscando lugares más seguros. Los judíos, sobre todo, están buscando refugio cada vez más lejos de los dominios nazis, llegan a Francia por millares.

—Encontrarán, como lo hice yo, una patria acogedora con los extranjeros.

—No sé hasta cuándo, *mon amour*. Por el sur siguen entrando refugiados de tu país y en cualquier momento comenzará el rechazo de la población rural a estos éxodos que les resultarán amenazantes.

Constanza rompió a llorar desconsolada. Su sensibilidad natural se acentuaba por el embarazo.

—¡Qué desastre, Armand, qué desastre! Mis padres en un país en guerra; los tuyos a punto de verse inmersos en otra…, y yo llevo a tu hijo en mi vientre ¡y lo voy a traer a este mundo arrasado por el odio!

Los sollozos la estremecían y a él solo le fue dado acariciarle con suavidad el pelo y el vientre pleno, y proporcionarle la endeble seguridad de su abrazo. Todo estaba a punto de precipitarse y solo podían rogar para que esa nueva vida estuviera ciertamente a salvo, en medio del océano, a la espera de un mundo mejor.

IV

El aire olía a nieve a punto de caer y Celso, Zarraga y Cabrera pisaban las hojas vencidas con un ligero quiebro de helada reciente. De camino a la viña, recogían los hongos rezagados que aún podrían servir para acunar una liebre estofada o alegrar unos huevos revueltos o cualquier otro embeleso fabricado por Pauline. A los tres hombres, de origen e historia no tan distinta, les gustaba ponerse al tajo juntos porque al menos podían hablar de corrido español sin tener que intercalar palabras y modismos franceses, vascos, ingleses o hasta islandeses, como sucedía con el *pidgin* común en la isla. Una buena jornada de faena de las de antes. Si alguna vez recobrarían la normalidad era algo que ninguno de los tres deseaba plantearse. Les bastaba con respirar ese aire purísimo que les era dado y plantar los pies sobre una tierra regada por las lluvias inclementes, pero sin una gota de sangre injusta que purgar.

A pesar de que los dos marineros no estaban versados en cosas terrestres, compartían con Celso la tozudez de querer sacar de donde no había, ya fueran peces si iban a la mar o cosechas si se empleaban en tierra firme. Poco trabajo les iban a deparar los próximos meses a bordo de las barcas pesqueras, como no fuera aprovechar la mínima bonanza para obtener presas fáciles en la bahía o desde las rocas, sin aventurarse en un océano hibernal, hostil y violento. Así que bueno era pelearse con los terrones y las viñas por ver de obtener un vino decente que esperaban catar en el futuro.

Al alavés le había costado lo suyo conseguir en Francia plantones de vid resistentes a las bajas temperaturas. Había traído las cepas de uva solaris y riesling que le habían recomendado en Alsacia, cuidadosamente conservadas, y después había pateado incansable la propiedad de sus patrones para encontrar un lugar en el que la tierra fuera la más propicia. No había terrazas arcillosas en La Inexpugnable, pero sí feraces suelos volcánicos, porosos y bien oxigenados, que evitarían la filoxera y servirían para obtener unos caldos intensos y con cuerpo, siempre y cuando no se helaran antes las vides. A eso iban. Los tres hombres abrigaban amorosamente las cepas. Amontonaban piedras en la base para proteger las raíces del frío directo, y habían traído desde Francia unas lonas con las que cubrirlas cuando fuera necesario. Celso confiaba además en la proximidad de unas fumarolas que hablaban de un subsuelo con un calor residual que sin duda ayudaría a sus esfuerzos.

Trabajaban doblados en una postura dolorosa mientras hablaban lo justo porque eran hombres, educados para reprimir la intimidad con otros hombres, y porque el tipo de esfuerzo no propiciaba derrochar

energías dándole a la sinhueso. Zarraga y Cabrera, menos acostumbrados a mantener mucho tiempo esa postura, se incorporaban a menudo lamentándose del lumbago y aprovechaban para descansar dejando su vista vagar por la mar que los llamaba.

—¡Coño, Antonio, mira eso! —exclamó de pronto Zarraga haciendo pantalla con la mano.

—¿Qué? —respondió Antonio incorporándose a su vez.

—Allá en lontananza, ¿no ves entre las olas?

—¿Dónde?

—A tus tres.

Antonio Cabrera se giró lo indicado e intentó aguzar la vista todo lo posible. Las masas de agua gris en continuo y agitado movimiento impedían fijar la mirada en cualquier punto ya que era inmediatamente sepultado por la siguiente y sinuosa montaña de agua salada, fría y brutal.

—¿No lo ves? Oscuro y acerado, cerca del horizonte.

—¡Ah, allí! Demasiado lejos para verse un lomo de cachalote y demasiado tiempo fuera del agua, ¿no crees?

—Creo. Si es, es un barco. ¡Qué pena no haber traído unos gemelos! Claro que para arropar viñas no parecían hacer ni puñetera falta… ¡Ja, ja, ja! —se desternilló Zarraga.

Celso, que se había incorporado a su vez y que los escuchaba muy atento, terció:

—Pues hay que asegurarse, porque si es un barco hay que ir a tocar.

—¿Y qué otra cosa crees tú que puede ser? —se chanceó Antonio.

—¡Una alucinación! Tú mismo has dicho «de ser un barco», así que no lo tienes claro tampoco. No podemos tocar a barco sin estar seguros, ni podemos no tocar si es un barco que se aproxima.

—¿Y quién ha dicho que se aproxime? Podría ser un mercante que ha perdido la derrota y que ni siquiera ha divisado la isla, o al que, de haberlo hecho, le trae sin cuidado porque sigue su ruta.

—Hay que ir a por unos prismáticos. Si es un barco, hay que comprobar si trae rumbo a La Inexpugnable. ¡Venga, Cabrera, échate una carrera a La Guarida y tráete unos que hay colgados a la izquierda de la puerta!

—¿Y las llaves?

—No debería decírtelo, hay unas en un hueco en la viga derecha del porche. Solo las retiro cuando los señores están allí jugando a los novios, pero, mientras, es útil tener un repuesto, como se comprueba ahora.

—¿Lo sabe Rolzou?

—No tengo ni idea, supongo que no, al parecer han estado ahí desde siempre y hasta el preceptor de los Buss está al tanto. ¡No

pierdas el tiempo y llégate!

Mientras Cabrera de mala gana emprendía el camino, los otros dos no pudieron volver a concentrarse en la penosa tarea de amurallar las cepas. Quedaron contemplativos, hipnotizados por aquel punto fugaz, que podía ser la promesa de una novedad o quedarse en una ilusoria esperanza.

—¿Qué piensas, Zarraga?

—¿De eso?

—En general, digo.

—Cuando veo un barco, siempre se me viene a las mientes la posibilidad de volver.

—¿A España?

—A la España republicana, claro.

—Eso no te lo puede asegurar ninguna nave. Sabes como yo que pinta muy mal…

—¿Y la parienta, Celso? ¿No la echas de menos nunca? Antonio y yo tenemos mujer e hijos allí; nos deben suponer muertos, y a lo mejor lo estamos, ¿no crees? Tampoco sabemos qué les estará pasando, a fin de cuentas son parientes de republicanos confesos y huidos de un barco nazi. Todo un panorama, ya ves.

—Mi parienta está bien en la heredad de los Pérez de Albeniz, por eso no tengo cuidado. Los padres de la señora son personas de bien y la preservarán de los fascistas como me ocultaron a mí para luego cruzarme a Francia.

—¿Y no te gustaría tenerla aquí?

—La verdad, Manuel, no lo sé. Ni se te ocurra comentar esto con mi Carmen. Las cosas ya iban regular entre nosotros antes de la guerra, aunque mi hija no lo sepa porque estaba en el extranjero al servicio de la señorita Constanza. No sé. A mí no me importaría arrejuntarme con una mujer nueva, sin el desgaste de todo lo que traemos detrás, pero tampoco hay muchas libres aquí…

—¡Y las que hay ni las huelas, ya oíste al tal Basilio al llegar! Cada vez que salimos a faenar, nos viene con la misma copla. Parece que las mujeres pertenecen a los isleños por orden de antigüedad, y ahí nosotros somos los últimos.

—Y las hembras ¿qué opinan de eso? —se chanceó Celso pensando en sus revolcones con la posadera.

Justo en ese momento llegó corriendo Cabrera con los binoculares. Venía atisbando desde cada punto alto que había pillado por el camino. Jadeaba por el esfuerzo y por la emoción.

—¡Manuel, echa un ojo! Es un barco y yo creo que aproa hacia aquí…, ¿quieres comprobarlo?

Su compañero de fatigas no se molestó en contestar. Solo cogió los prismáticos y se plantó firme, con las piernas abiertas para ganar

estabilidad, mirando con concentración hacia el grisáceo horizonte confundido con los nubarrones.

—Es un mercante y la proa está a la vista. Yo tocaría a barco.

—¿Un barco en estas fechas? No podrá entrar en la rada con este tiempo.

De pronto a Celso se le encendió la bombilla:

—¡*Cagüensos,* debe ser el inglés!

Los dos marineros no habían caído en que el señor de Blackgross tendría que regresar.

—Si trae a Buss, debe de ser Dachary. A lo mejor tienen una posibilidad. ¡Vamos a tocar a barco desde la torre de Haizerrota, que parece la más próxima! ¡Deja las viñas para otro rato, que aún aguantan!

Los tres hombres apremiados comenzaron a descender de las faldas del Croquer hacia la costa, buscando la torre de avisos situada al norte, mas de pronto Celso cambió de opinión y envió a Zarraga a alertar en primicia al patrón. «Las cosas bien hechas, bien hechas están», se dijo muy serio.

Sonaba lejana la campana de avisos cuando el marinero llegó echando el bofe a Thule. Aporreó la puerta principal y jadeando le dijo a Aimable Virginie cuando abrió que necesitaba hablar urgentemente con el señor. La muchacha hacía mucho que no se veía en otra, así que voló por la escalinata a tocar en la puerta de la biblioteca en la que a buen seguro se encontraba el sujeto de sus juveniles ardores.

—*Entrez, s'il vous plaît!* —le escuchó decir a pesar del tumulto de su corazón.

Le voilá, beau à vomir, le Maître de Thule! No pudo demorarse en la contemplación como hubiera deseado. Monsieur Rolzou, tras escuchar su recado, la apremió para que hiciera subir a Zarraga con los detalles, e incluso hizo un movimiento con la mano, como aventándola, que a la jovencita le resultó harto doloroso.

Nada más recibir las novedades, Armand tuvo el reflejo inmediato de dirigirse a su gabinete de radiofonista. Se llevó a Zarraga con él para indicarle que permaneciera a la escucha en las frecuencias más comunes para captar cualquier mensaje de un navío cercano. Tenían por costumbre no mencionar nunca La Inexpugnable, por si sus llamadas eran captadas por buques que navegaran desconociendo la localización de una isla que había sido borrada de las cartas náuticas. Comenzaron una llamada CQ —*seek-you*— de FP85AR-MM, el indicativo de radioaficionado de Armand. Si el Petit Ruritanie andaba cerca, no tardaría en reconocerlo. ¡Y así fue! Zarraga conocía perfectamente al radiotelegrafista pelirrojo del buque francés y lo saludó con efusión. Cabrera y él le debían su bienestar tanto a su

bregado capitán como a Rolzou porque, si alguno de los dos se hubiera negado al acuerdo de desembarcarlos y emplearlos en esa isla perdida, ambos habrían acabado como polizones en un calabozo de mala muerte en un puerto canadiense. No tardaron en tener en la frecuencia al propio capitán Dachary.

—Aquí Dachary, capitán del buque mercante Petit Ruritanie, cambio.

—Aquí Armand Rolzou, *mon capitaine,* cambio.

—¿Va a decirme *oh, capitaine, mon capitaine* otra vez, Rolzou? No lo soportaré, cambio.

Una risotada llenó la frecuencia.

—No, no tema, *oh, mon capitaine!* No esperábamos volver a verle hasta la primavera, cambio.

—Esa era la idea, pero las tornas han cambiado. Traigo a bordo a Buss, repito, traigo a bordo a Buss y a otros pasajeros, cambio.

—¿Otros pasajeros? ¿Quiénes?, cambio.

—Buss le explicará. Solo le adelanto que son niñas, una decena. Me traen loco desde que salimos de puerto, cambio.

Armand no entendía nada pero era consciente de que ese medio de comunicación no era el más propicio para grandes explicaciones. Decidió ser práctico y plantear cómo tenían pensado llevar a cabo un desembarco que se presentaba peligroso. Dachary de una forma expeditiva, propia de un marino, breve y contundente, le sacó de su estupefacción:

—Judías, cambio.

—Comprendo, cambio.

—¿Cómo piensa bajarlas a tierra? ¿Va a intentar entrar el buque en la rada con este tiempo?, cambio.

—Vamos a conseguirlo. Está todo pensado. Primero intentaremos desembarcar con los botes, no puedo hacer la maniobra con el Petit Ruritanie en estas condiciones, cambio.

—¿No será peligroso?, cambio.

—No más peligroso que todo lo que ya han pasado estas criaturas, cambio.

—Cierto, cambio.

—Tengo además pequeños cargamentos para usted y suministros para el economato, cambio.

—No los esperábamos, no debería arriesgarse por eso, las niñas son otra cosa, cambio.

—Intentaremos con los botes. Solo en caso de que no pudiéramos pasar entre los Dedos del Troll volveríamos al buque y daríamos la vuelta a la isla para intentar dejarlas en la cala de los Islandeses, que está más protegida del viento del oeste, cambio.

—¿Y cómo va a izarlas?, cambio.

—No se preocupe, el islandés tiene un sistema de poleas para carga, ¿cómo cree que desembarca los ponis que trae de Islandia? No es cómodo, pero podríamos intentarlo, cambio.

—Oscar Kilo, Oscar Kilo. Preparamos todas las eventualidades para recibirlas, cambio.

—Nos vemos pronto, Rolzou, deséenos suerte, cambio y corto.

¡Refugiadas! ¡Así que eso era lo que Nat había ido a hacer! ¡No podían haber sido más injustos con él sus comadreos infames!

Bajó la escalinata a saltos, le había parecido oír a Constanza jugando con su hijita. Sintió una oleada de amor por Irene al pensar en esas niñas que habían perdido a sus padres o que habían sido separadas brutalmente de ellos y que ahora se dirigían bregando con las olas a vivir entre extranjeros, en una tierra extraña, apenas sostenidas por una esperanza que él sabía inútil. ¡Malditos cerdos nazis y maldita amenaza de guerra que poco a poco iba llegando hasta esas frías costas, moldeándolas de nuevo con todas las formas de la huida!

Las encontró juntas leyendo un cuento, con los perros tumbados y atentos a sus pies, bajo la mirada aprobadora de Miss Flanner. De forma atropellada les puso al corriente de la conversación que acababa de tener con Dachary. ¡Necesitaban organizar un montón de cosas! Había que alertar sobre el desembarco y, además, darle la noticia a Aline Buss y encontrar hombres para ayudar a desembarcar personas y bultos y, no menos importante, encontrar un lugar donde instalarlas y acogerlas, aunque fuera provisionalmente, hasta que vieran cómo distribuirlas para normalizar sus vidas. No quedaba mucho tiempo. Los del barco iban a hacer su parte, y las gentes de La Inexpugnable no les fallarían, harían la suya. Armand se dio cuenta de que debía erigirse en líder de la emergencia porque algo en su interior estaba disconforme con ese fingido estado de pureza suyo, consistente en permanecer al margen del ruido oscuro que amenazaba a toda la tierra.

—Tú, querida, puedes ir a Blackgross para darle la noticia a Aline.

—Si quiere, *monsieur,* yo puedo montar a Légende y bajar a avisar al doctor. Parece importante que esté atento por si se produce, que Dios no quiera, algún percance y hay que atender a esas criaturas —se inmiscuyó la institutriz.

—Me parece buena idea, Miss Flanner, pero ¿y la pequeña Irene?

—¡Oh, Armand, yo puedo llevarla bien abrigada conmigo a Blackgross o, si no quiere, dejarla aquí con Pauline, no pasa nada!

—De acuerdo, Miss Flanner, coja la yegua y vaya al pueblo a alertar al doctor, pero voy a pedirle que después avise a las monjas, ellas están más cerca de la cala. ¡Ah, y hay que prevenir al islandés por si llegamos a necesitar su artilugio!

—¿Y tú, querido? —preguntó Constanza, a la que no le hacía ninguna gracia que su yegua fuera pasando de mano en mano por culpa del embarazo.

—Yo voy a ensillar a Géant para bajar a la casa del gobernador Dupont. De momento la Casa de Gobernación parece el lugar más amplio en el que poder crear *un dortoir de fortune* para las pequeñas. Buscaré con Dupont la forma de allegar mantas, colchones y todo lo necesario entre las casas del pueblo. Antoine bajará con la furgoneta para venir a recoger lo que sea preciso, ¿qué se me escapa? ¡Ah, Constanza, *chérie*! No se te ocurra coger bicicletas ni hacer ninguna otra locura que te ponga en riesgo a ti o al bebé, ¿de acuerdo? *Pas question!*

Constanza asintió con la cabeza, pero no había dejado de pensar ni un momento en el todoterreno de los Buss y en todas las posibilidades que ofrecía en una ocasión como esa. En cuanto su marido y la institutriz se fueron hacia las cuadras y a alertar a los hombres, ella llamó a Carmen y, tras explicarle la situación, le encomendó el cuidado de su hijita. «No me parece oportuno que asista al intento de desembarco de esas niñas, que puede ser fallido y entonces… No tiene edad para ver muerte y menos de seres de su edad indefensos», pensó la madre, atribulada por la desdicha de las huérfanas del odio y de la inhumanidad.

V

Sobre el puente, Dachary oteaba el océano retador. Sin nadie a su alrededor, medía mentalmente sus fuerzas con él, librando batallas secretas entre su fina inteligencia de marino avezado y las masas sombrías mecidas por vientos gigantes. El capitán conocía como la palma de su mano el paso entre los farallones que protegían la rada de L'Imprenable y, precisamente por ello, sabía que la desigual lucha podía resolverse doblando su brazo hacia cualquier lado, incluido aquel que acabaría con cuerpos y carga arrojados a un agua gélida que lucharía por instalarse para siempre en los pulmones de sus desafortunadas presas. Aun así, había que intentarlo y tenía que hacerlo él en persona. No cabía delegación posible frente a ese deber.

Hizo llamar al primer oficial, al que iba a dejar al mando en el Petit Ruritanie. La tensión de su segundo de a bordo era palpable tanto en los músculos de su mandíbula como en su insistencia en sugerir otras opciones que hicieran pasar de ellos el cáliz de ese pulso desigual con la mar. Seguir navegando rumbo a Saint Pierre et Miquelon o incluso hasta Canadá y dejar allí a las niñas hasta la primavera era su solución preferida, y no descartaba que en última

instancia hubiera que adoptarla, pero era muy consciente de dónde acabarían las niñas judías si las dejaba en el continente: orfanatos, burocracia, frío y desolación. El calor de una comunidad como la de la isla perdida les proporcionaría una seguridad y unos cuidados que ninguna administración pública les podría dar. Para dejarlas en un frío hospicio canadiense, igual hubieran estado sirviendo a cualquier inglés aprovechado. No, había que intentar dejarlas en la isla al cuidado de Buss y de… Se percató de que era la imagen de Constanza Rolzou la que acudía a su mente. No dejarse llevar. Dulzura que no catarás.

Expuso sobriamente su plan a Valland. Era imposible usar un solo bote y era peligroso. Arriarían uno al mando del propio Dachary con parte de la carga y algunas niñas, no más de cuatro, que junto con el marinero encargado del motor pondrían la embarcación al límite de su capacidad. Una vez en el agua la chalupa, el navío debía mantenerse en marcha, aproado a las olas, ya que era imposible fondear en mar abierto. Si la travesía de Dachary a través del canal se complicaba, su segundo debía conducir el buque, circunvalando la isla, hasta la cala de los Islandeses, para intentar desembarcar al resto de las niñas y a Buss por otros medios. «¿Y no sería mejor acudir desde el principio a tocar tierra en ese sector de la isla menos expuesto a los vientos del oeste?». Esa era la duda pertinazmente expresada por el oficial de su confianza, al que Dachary tenía difícil explicar la horrible experiencia que para las niñas sería estar expuestas a los embates del viento en una plataforma con mínimos refuerzos, mientras el acantilado la golpeaba y el mar rugiente abría sus fauces debajo. Incluso si fuera más seguro, que era dudoso, sería más traumático para unas chavalas que habían vivido hacía tan poco el horror de la Kristallnacht y la horrible separación de sus padres. No, antes de eso, intentaría hacerlas llegar sanas y salvas a puerto.

—Si lanzamos una bengala, y solo en ese caso, ponga rumbo a la cala del norte y espere allí a que enviemos una señal de vía libre para arriar un segundo bote con Buss y las pequeñas. Ponga al mando a Didier, él sabrá cómo hacer la maniobra para encaramarlas en la plataforma.

Solo cabía aceptar la orden, aunque hubiera esperado un rostro más contenido por parte de Valland. Llevaban tanto tiempo navegando juntos que sus emociones, más que transmitirse, se transpiraban, y ambos eran capaces de olerlas sin que mediara palabra.

—Pero, capitán, ¿podrá regresar a bordo?

—Esa es mi intención, si no me fuera posible, lleve el Petit Ruritanie al puerto de Montreal para invernar y cargar, y espere a que mejore el tiempo para venir a recogerme. Solo en ese caso pondrá la

situación en conocimiento del armador con las claves convenidas.

Cuando todo quedó perfectamente claro entre los navegantes, el capitán se dirigió a comunicarle su decisión a Nathaniel Buss.

Buss estaba en el comedor de oficiales, en parte para alejarse del bullicio de las niñas a las que había rescatado de la muerte o de la esclavitud, porque esa trágica circunstancia no atenuaba ni hacía más cómodo su griterío. Un sentimiento de grandeza lo invadió al pensar en su propio gesto y en el recibimiento que tendría una vez que lograran desembarcar. Y sí, también pensó en Aline y en la cara que iba a poner cuando supiera del esfuerzo económico y personal que él, su marido, había hecho para ayudar a esas pobres criaturas. No podría sino adorarlo. Sus amigos ingleses así lo habían hecho, con parabienes y agradecimientos desde que se situó en primera línea para iniciar el *kindertransport* y hacerse cargo de gastos y acogida. Nadie hizo demasiadas preguntas sobre la localización exacta de la mansión donde pensaba acogerlas porque él era un hombre de renombre y porque todos estaban deseando quitarse el problema de encima, como la guerra y la responsabilidad, como el horror por lo que estaban haciendo con los judíos. Borrar y borrar y olvidar. «¡Oh, padre, cómo te odio!», se autorizó a pensar.

La mar parecía haber atemperado en una marejada sostenida, soportable para el mercante, aunque imposible para embocar el puerto de la isla y que constituía un desafío gigantesco para las lanchas. Buss no opuso resistencia a los designios del capitán. Ni podía ni le interesaba. Siempre partidario de que alguien arriesgara primero, lo de intentarlo después en la cala o seguir hacia el continente era algo que, en último extremo, ya solo podrían dilucidar entre Valland y él mismo. No estaba en los planes del inglés arriesgarse a morir.

La carga del bote se produjo entre rociadas de espuma y gritos espantados de las niñas alemanas elegidas para el primer trayecto. Solo irían cuatro, las tres que sabían nadar y la hermana menor de una de ellas, de la que esta se negaba a separarse, fiel cumplidora del encargo recibido de su madre al subirse en Berlín al tren que las alejaría para siempre. Esa promesa era tan importante como la vida. Junto a ellas, bien estibados y amarrados, algunos bultos envueltos en sacos impermeables conteniendo correspondencia y paquetería, todo lo demás debería esperar a momentos de mejor fortuna. Hans, un marinero alsaciano, que podía hacerse entender por las alemanas, iba a llevar el timón, y Dachary a proa le mostraría el camino entre los escollos. Entre ambos, cuatro niñas aterrorizadas que enfrentaban la violencia de la naturaleza como habían enfrentado la de los hombres, con pavor y esperanza. Sujetaban con sus manitas ateridas una lona que les habían entregado para cubrirse las cabezas durante la travesía con la excusa de que no se mojaran y con la verdadera intención de

que no miraran al infierno de espuma.

El descenso del bote fue lento para evitar desniveles entre la proa y la popa que podrían ponerles en riesgo antes de llegar al agua. Una vez a flote, Dachary ordenó a Hans que fuera haciendo picos de sierra en el rumbo para evitar ofrecerles del todo la popa a las olas y cogerlas así por la aleta, procurando no ir tan abiertos como para arriesgarse a que una los alcanzara por el flanco y los hiciera volcar. La idea era correr el temporal. Por fortuna enfrentaban largas olas oceánicas, lo que reducía el riesgo de que las hélices quedaran al aire, pero tenían que evitar irse por ojo, en cuyo caso zozobrarían. Era preciso además cuidar que la aceleración que les imprimiera el oleaje desde atrás no fuera tan grande que no pudieran controlar el rumbo evitando las zonas de bajíos, porque eso los haría estrellarse contra los enormes farallones de los Dedos del Troll. A pesar de los rociones, lo importante era no embarcar las olas. Demasiadas cosas que vigilar justo cuando la velocidad de la chalupa empezó a ser incontrolable provocando que se acercaran demasiado a los acantilados.

—¡Hans, larga por popa el ancla de capa para intentar frenar el bote! —gritó Dachary.

—¡Largo!

Olores de sal y de viento helado. Las niñas, en un tétrico silencio, ocultas bajo la lona, percibiendo el peligro, confiando en el milagro. Chispas clavándose como esquirlas de hierro en los rostros de ambos hombres.

—*Mille sabords!* ¡Está empezando a nevar! —gritó Dachary.

Estaban ya en pleno canal de entrada. Paredes de piedra los acechaban por ambas bordas.

—¡Templanza, Hans, que vamos a ello! Fuerte la caña, que queda poco…

Una ola los elevó por popa haciendo que Dachary callara al verse casi sumergido en el agua. Permaneció expectante por ver si era la definitiva, la que los metía de un golpe en la Crique de L'Espoir, un nombre tan adecuado en ese momento. Y así fue. El capitán respiró al verse dentro de la rada, con olas rompientes pero menos altas, y aún lejos de ganar la costa.

—¡Corta el cabo del ancla! ¡Ya no necesitamos freno y puede dejarnos clavados!

Hans acometió la orden y les dijo a las niñas en alemán que todo iba bien para animarlas. Los dos hombres vieron una barca pesquera cabeceando en la parte norte del ancón.

—¡Están locos los isleños, capitán, se han hecho a la mar!

—No tan locos. ¿Ves dónde se han situado? Están justo delante de las jaulas sumergidas del vivero de langostas. Quieren prevenir que derivemos y las rompamos. ¡Evita esa ruta, enfila la Gran Playa!

Justo iba el piloto a virar al sur para poner rumbo a la orilla cuando una sucesión de olas cortas y rompientes que avanzaban de través los alcanzó por la amura de estribor haciendo que la barca se escorara violentamente. Apenas tuvieron tiempo antes de que comenzara el vuelco.

—¡Las niñas, Hans! ¡Diles que suelten la lona o quedarán bajo el casco! ¡Que no se asusten y que se agarren a él cuando esté volteado! Vendrán a socorrernos pronto…

Apenas tuvo tiempo el alsaciano de traducir, el agua ya había llegado a las cinturas de las niñas, que gritaban como posesas, *Hilfe! Hilfe!,* embrolladas entre la tela impermeable, sollozando y aturullándose sin orden ni concierto mientras el casco las cubría. Dachary se sumergió para sacarlas y Hans hizo lo propio. Los bultos y las sacas flotaban sobre la marejada, que los entregaría sobre la arena negra de la playa.

No faltaba ninguna, las cuatro estaban ateridas y precariamente asidas al borde de la embarcación. El agua no debía estar a más de seis o siete grados. Sus manitas no aguantarían agarradas si no lograban encaramarlas sobre el casco volcado. Las olas seguían rompiendo sobre ellos y la nevada había espesado, solo los focos de unos vehículos en tierra alumbrándolos les hicieron concebir una esperanza. El capitán daba por cierto que tanto él como Hans podrían ganar la costa a nado, dejándose arrastrar por las olas, pero no las crías. Ellas nunca llegarían.

El pesquero que protegía las langostas enfilaba hacia ellos. Un potente toque de bocina los animó a que aguantaran. El viento arrastraba a la costa los gritos de las chiquillas y de vuelta les traía los que en tierra lanzaban los espantados isleños. A esa temperatura no aguantarían ni media hora, Dachary lo sabía y aun así no encontraba Dios al que encomendarse. Entumecido, el ronroneo del motor que se aproximaba casi lo adormecía. «Las niñas, las niñas, empujarlas para subirlas al casco», más las fuerzas se le iban. Salmuera mortal en los pulmones, un fin digno para un marino. Dormir para olvidar este frío. Las niñas, sostenerlas; sostener a las criaturas, salvarlas.

La bocina de niebla del barco sonaba cada vez más cerca. «Aguanta, Dachary, no podrán acercarse demasiado sin aplastarnos, hay que alcanzarles a las criaturas».

Consciente del poco tiempo que le restaba, Anixeto Guruchet había colgado ya una escala por estribor para facilitar a los náufragos el embarque. Su hermano Xan y Basilio gobernaban desde la cabina, sabedores de que una ola traicionera o un golpe de timón en falso podían llevarlos a colisionar con el casco aplastando a los supervivientes entre las dos embarcaciones.

—¡Ah, los de la barca! ¡No podemos acercarnos más! ¿Podrán

nadar esos metros?

Nadie tenía fuerzas para responder. Las niñas ya no gritaban. La espesa nevada apenas dejaba intuir dónde estaba la borda salvadora. Hans inició la corta travesía arrastrando a la más pequeña, que no sabía nadar. A duras penas alcanzó su destino y logró que fuera izada por sus rescatadores. Iba a regresar a buscar al resto cuando las fuerzas lo abandonaron.

—¡Desista! ¡Suba inmediatamente antes de que la hipotermia sea más severa! ¡Nosotros traeremos al resto!

El que gritaba era Xan Guruchet, pero el que de un salto limpio se tiró desde la regala al agua para rescatar a las dos niñas que restaban fue Anixeto. En la orilla cundía la desolación, apenas alcanzaban a distinguir si el salvamento daba fruto a través de la nevasca. Dachary llegó con otra de las pequeñas y sus últimas fuerzas. Desde la embarcación lograron subirlos también y arroparlos con las mantas que llevaban a bordo. Cantimploras con caldo hicieron las veces de sambernardos mientras el gran Guruchet llegaba nadando de espaldas como podía, con una de las judías sujeta por la barbilla con su enorme brazo izquierdo tras haber colocado a la otra en el salvavidas amarrado por un cabo al pesquero. Las olas los rebasaban pero siempre volvían a la superficie escupiendo agua como ballenas retozando. Cuando todos estuvieron a salvo, Basilio dejó oír un largo lamento de su bocina para que quienes los esperaban supieran que todo había acabado y que con suerte pronto estarían en el puerto.

Al arribar, todo el esfuerzo de los isleños se volcó sobre los desgraciados náufragos. Aramendi y la hermana Fernanda se distribuyeron para hacerles las maniobras básicas y asegurarse de que no tuvieran agua en los pulmones, mientras que el resto los abrigaba y confortaba con todo lo que habían bajado. Armand seguía al frente del rescate, consciente de que Buss no había llegado a bordo de la barca siniestrada. Dachary fue el primero en cobrar consciencia y en ponerse en pie, emboscado en una larga manta.

—¿Tienen una bengala de señales? Hemos perdido la nuestra. Hay que alertar al Petit Ruritanie para que bordee la isla hasta la cala norte, es impensable volver a intentar entrar a la rada.

Armand asintió mientras le palmeaba la espalda al capitán, al que ya sentía como un amigo próximo y entrañable.

—¡A ver, los pescadores, coged unas bengalas y tiradlas desde la punta de Au Convent! No bastará con una. Encended una tras otra hasta que comprobéis que el barco pone rumbo a la cala de los Islandeses. ¡Los vehículos! ¡Todos hacia allí! Hay que alinear las luces en la costa para que puedan ver el emplazamiento exacto y, si es preciso, prended además unas hogueras en la parte superior del acantilado.

Unos cuantos hombres salieron corriendo a cumplir sus órdenes y Armand se sintió útil. Miró a Constanza para ver si en sus ojos se reflejaba el orgullo, era todo cuanto le importaba. Hacía tiempo que temía que su voluntad férrea de darles la espalda a los graves problemas de Europa, de ocultarse para esquivarlos, de no pensar en las familias lejanas, hubiera aminorado la admiración que en forma de amor le profesaba su esposa.

—Llevémoslas a cubierto a la Casa de Gobernación. Dadles ropas secas y tumbadlas junto a una chimenea. Creo que han llevado colchones para que estén más cómodas. Dachary y el marinero también necesitan cuidados leves, que se quede con ellos la hermana Fernanda, al doctor Aramendi me lo llevo al norte.

Esta vez fue el gobernador Dupont quien asumió las instrucciones y comenzó a organizar el traslado, ayudado por las gentes del pueblo.

—¡Todos los demás, los que puedan desplazarse, hacia la cala de los Islandeses! ¡Avisad al pasar por su granja al resto de las monjas para que tengan preparado un lugar en el que atender a los que llegan!

La nevada incesante amortiguaba sus gritos pero no parecía impedir que los resortes de la obediencia funcionaran. Desde el alto del puerto, Constanza y Aline lo contemplaban. «¡No han sido capaces de esperar en Blackgross! No las condeno por ello. Es difícil quedarse fuera de la realidad y sus problemas», pensó aquel que había salido huyendo de ellos, con una incoherencia que lo hacía entrañablemente humano. Subió corriendo la cuesta, jadeante, con los copos entrándole en la boca abierta y en los ojos, solo para besarla bajo la nieve. Era su primera gran nevada sobre La Inexpugnable, que esa noche luciría para ellos su mejor traje blanco de novia helada, un calmante para sus espíritus atribulados.

Las dos jóvenes se quedaron solas bajo la ventisca cuando todos salieron disparados a ayudar o a sufrir por la seguridad de los que arribaban. La nieve caía sobre un gran silencio que amortiguaba incluso el batir del mar contra las rocas. Sin premeditarlo, ambas necesitaban conectar con esa paz que la naturaleza ponía sobre sus vidas como una gran cobija bajo la cual mitigar los desastres del exterior; siguieron así, calladas y quietas, hasta que los copos empezaron a acumularse sobre sus gorros y sobre los hombros de sus abrigos de grueso paño y temieron empaparse de pura delicia de estar allí solas, tan calladas y quietas, tan dueñas de ese espacio y de ese tiempo.

—Vamos, Constanza, volvamos al coche o nos vamos a calar —dijo Aline.

—¿Quieres ir al norte a recibir a Nat? Va a extrañarles que su mujer no esté pendiente de su odisea y de si logra llegar sano y salvo.

—¿Me avisó mi Ulises de que se iba? ¿Me ha comunicado que regresaba? —se exasperó la inglesa—. Lo que piense la gente de esta isla me importa un bledo. ¡Dejar Londres y su temporada, sus familias y sus clubes de caridad, para que te importe luego lo que piensen unos isleños paletos! ¡Faltaría más!

—Aline, exígele una explicación. No puedes tolerar que te trate así. El contenido de la nota que dejó es cruel e infame.

—Sí, claro, tendré que dejar que se justifique, pero yo no termino de asumir que esa carta signifique lo que nosotras entendimos. Debe de haber un error o bien tiene algo que ver en ella *my mother-in-law*. No es posible que un hombre que me quiere, porque yo sé que me quiere, y que tiene conmigo los gestos que tiene…, ¡tú lo has visto!, ¡toda la isla lo vio!, sea luego tan cruel. Además, si lo piensas, no tiene sentido. Si se hubiera ido porque hay otras mujeres, ¿por qué no darme una excusa?, ¿por qué dejar una carta para contármelo? Y luego vuelve tras rescatar a un montón de niñas judías de la Alemania nazi, ¿cómo encaja eso con la cruel perversidad que le atribuimos? Aun así, tengo tanto dolor dentro, ¡tanto, Constanza!, que no sé si ninguna disculpa puede aplacarlo.

Si algo sabía Constanza era reconocer a una mujer que intenta convencerse racionalmente de algo irracional que su corazón la impele a creer. Ella misma lo había practicado muchas veces. Se alegró mucho de haber quemado la carta. Esa ausencia le permitiría a Buss reelaborarla a su conveniencia y a Aline aceptar una versión salvadora para seguir adelante con lo que para ella era imprescindible e irrenunciable: su amor por ese hombre lleno de dobleces y de cavernas oscuras, una especie de diablo que a la par sabía ser un seductor sin rival. Afortunadamente, todo había quedado entre ellas y ni siquiera Armand tenía conocimiento del turbio episodio, así Aline podría elegir no rebelarse y eludir el juicio vergonzante de los demás. Cabía la posibilidad, sin embargo, de que para sobreponerse a su propia humillación, acabara alejándose incluso de ella porque, pensó Constanza, «el precio de las confidencias suele ser ese, el castigo de quienes las han recibido».

Alargó un brazo para estrechar a su amiga con ternura y encaminarla hacia el Typ, que aguardaba paciente a que sus dos ocupantes se decidieran a abandonar el teatro grandioso de la naturaleza. Había algo sobrecogedor en ese estar del agua en todas sus formas, en las fuerzas básicas que se desplegaban ante ellas como un muestrario de impotencias. Solo una de las mujeres rezó en esa catedral de viento y hielo. Solo una de ellas sintió en su interior fuerzas superiores a cualquier designio humano.

VI

Hicieron un alto en la Casa de Gobernación para comprobar cómo habían quedado instaladas las refugiadas. No había necesidad, pero Aline quería demostrar y demostrarse que no anidaba en ella urgencia alguna que la impulsara a correr hacia su marido. La crispación de su boca era un reflejo del tumultuoso estado de su alma. Se obligaba a ver imágenes de su Nat luchando contra las olas o asido a una plataforma que se golpeaba con la piedra de los acantilados hasta que la estructura no podía soportarlo más y, vencida, lo expulsaba hacia la cala en la que se estrellaba sin remisión. «Como Eliza, él como Eliza», se permitía imaginar antes de que un agudo malestar emocional la obligara a horrorizarse por la osadía de sus deseos descarnados de castigo y a dolerse por el profundo vacío que la mera desaparición onírica de Nat provocaba en ella. A la vista del resto, la inglesa solo semejaba ser una madre que acariciaba las cabecitas morenas de las niñas judías mientras estas la miraban confortadas porque al fin una figura femenina les mostrara ternura.

La chimenea del salón de reuniones se había convertido en el centro neurálgico del improvisado dormitorio. No tenían nada más que unos jergones y unas mantas, sus maletas atadas con cuerdas habían sido succionadas por las revueltas aguas y solo quedaba la esperanza de que estas se dieran prisa a la hora de regurgitarlas en la orilla, antes de que se desmenuzaran dejando que se hundieran las pocas pertenencias que habían salvado de ese otro naufragio, el de sus vidas. Algunos hombres habían regresado a la negra playa, blanqueada ahora por la nieve, para aguardar que las olas devolvieran lo robado a las pobres desgraciadas.

En un rincón, algo más alejado y cubierto por una frazada, tomaba un café caliente y fumaba en pipa prestada el capitán Dachary, que se había quedado varado en el refugio cuando el doctor y todos los demás salieron a toda prisa a colaborar en el desembarco de la segunda lancha. El marino necesitaba partir hacia la costa norte y entrevió una posibilidad en la llegada de las dos mujeres y, sin embargo, aún no les había pedido nada, aún no les había dirigido la palabra, aún quería darse unos instantes preciosos para mirarla a ella, estrella de sus noches sin sueño en las que su indómito cabello de ninfa lo acariciaba en cubierta. Constance, alocada y tierna navegante de sus rumbos más prohibidos. Constance, que en ese preciso momento se dirigía hacia él majestuosa como un mascarón de Brest.

—¡Oh, capitán! ¿Cómo se encuentra? Hemos pasado mucho miedo por ustedes esta noche.

—¿Usted también cita, como su esposo? —Sonrió melancólico.

—No era mi intención, pero podría hacerlo: «¡Oh, capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha terminado. La nave ha salvado todos los escollos, hemos ganado el anhelado premio. Próximo está el puerto, ya oigo las campanas y el pueblo entero que te aclama».

—Aquel capitán estaba muerto sobre la cubierta, como sabrá.

—No seamos literales. Usted afortunadamente está sano y salvo y las judías también. Solo cabe desear que el segundo desembarco resulte algo más fácil. Ahora saldremos con el todoterreno hacia allí, por si hace falta que traigamos al resto de las niñas y para que Aline pueda recoger a su esposo.

—¡Llévenme! Tengo que ver qué sucede con mi lancha, con mis hombres y con mi barco.

—A Hans parece que se lo ha llevado la hermana al consultorio para hacerle una cura.

—Los demás, los que deben llegar. Además, tengo que intentar volver a bordo. Soy el capitán del buque y es totalmente irregular que no esté en él.

—¿Va a intentar regresar en una lancha con este mar? Allí no habrá una playa esperando, solo un punto oscuro en el océano negro y embravecido.

—Encenderán los focos para que los localicemos.

—¿Y si naufragan antes de llegar? —dijo casi en un susurro la española.

«Le preocupa, le preocupa lo que me pase», se dijo el lobo de mar enternecido. En el fondo era consciente desde que abandonó el Petit Ruritanie de la dificultad de regresar a bordo. Ahora una de las lanchas estaba hundida y solo restaba la esperanza de que la otra aguantase y quedase encallada en la playita del norte y, además, había que contar con que el artefacto de poleas no se averiara y que pudiera descenderlos para regresar. Dachary se hacía ilusiones, pero no las que debía. Acariciaba el secreto deseo de que el segundo bote también se perdiera sin que costara vidas, de que las olas se lo arrancaran a la exigua cala, de verse obligado a quedarse en la isla hasta que Valland lo recogiera al terminar el invierno.

—Comprendo, usted no puede quedarse aquí esperando. No se preocupe, lo llevaremos inmediatamente. —Girándose, dio una voz—: ¡Aline, date prisa, hay que llevar al capitán hasta la cala del norte!

La inglesa se apresuró a unirse a ellos. Ya no era su voluntad, sino la necesidad de Dachary. Ahora podía correr hacia su hombre sin que su amiga la tomara por débil, sin que se riera de su voluntaria sumisión al amado. Bien abrigadas y con el capitán equipado con ropa prestada por los pescadores, salieron a la fría noche en la que la nieve seguía cayendo, mansamente a veces, otras formando torvas.

La bestia de la ingeniería alemana, con sus seis ruedas repartidas

en tres ejes, se desplazaba como un tanque por la Ruta Grande desde el oeste a pesar de la capa de nieve acumulada. Hacía mucho que el capitán no veía desde tierra L'Imprenable y, mientras charlaba y respondía a las preguntas de las dos damas, no dejaba de posar la mirada en las espectrales formas de la costa visibles a través de los copos, o en el astillero de los Guruchet en cuyo derredor se acumulaban, varados bajo la nieve, los cascarones en dique seco.

Pronto llegaron al círculo de vehículos con los focos encendidos que se había creado para servir de faro en el desembarco. Cuadrillas de hombres alimentaban las hogueras que habían encendido en la costa y la que habían prendido cerca de los coches para que se calentaran en la espera. Junto a ella, tres monjas se arrebujaban en sus capotes; sobre las tocas llevaban gorros de lana calados hasta las orejas, solo unos picos de tela negra asomando delataban su condición.

Las dos recién llegadas dejaron el coche con sus potentes focos apuntando al mar y se dirigieron a reunirse con ellas. Enseguida las pusieron al corriente de una primera izada que había salido bien, no sin dificultades. Tres de las niñas y un marinero habían sido rescatados tras angustiosos momentos suspendidos sobre el vacío. Las pequeñas, aterrorizadas pero en buen estado físico, estaban con la hermana Fernanda y con la hermana Clara en su granja recibiendo cuidados y amparo. El marinero también había ido con ellas, pese a sus protestas, pero enseguida volvería para ayudar. No, era peligroso acercarse al borde de las rocas, ellas dos también debían quedarse a la espera en la hoguera. Sí, también mistress Buss, con más motivo, puesto que era su marido el que se estaba arriesgando en ese instante. Solo podrían estorbar o ponerlos en peligro. No hacía falta histeria ni angustia, sino calma, para llevar a cabo un rescate así. No, Constanza tampoco podía acercarse y menos estando embarazada, no tenía derecho a poner en riesgo a su hijo por cotillear, ¿de qué otra manera podían llamar a ese frenesí por aproximarse a ver antes que nadie lo que pasaba? La española se defendió con argumentos que no calaron en las religiosas. Ya estaba allí su marido, que era el que debía estar. Las mujeres tenían otra misión y esta llegaría cuando los cuatro que faltaban estuvieran a salvo.

El capitán ocupó su lugar nada más saltar del coche. Junto a la escarpadura se encontraba una gran polea manejada por una especie de ayudante de Vulcano, que miraba hacia Océano enfebrecido, como un hijo adoptivo de las tres mil oceánides de finos tobillos que el titán había engendrado. Luchaba contra él con denuedo, aferrado a la manivela de su artilugio, poblado todo él de nieve, incluso en su barba blanca, hasta no dejar visibles sino unos ojos de color marino acerado con los que retaba orgulloso a la ira de las aguas. Ese coloso era Rúnar

Gudmundsson, el criador de caballos, y solo confiaba en su fuerza para izar la barquilla que contenía al señor de Blackgross y a tres débiles niñas, tal y como hacía con sus caballitos cuando llegaban desde su isla natal. Cuando Dachary fue a preguntarle, el hombretón hizo un gesto que quería decir que se callara, que necesitaba oír las instrucciones que a gritos le iban dando desde el borde de la roca: «¡Para!, ¡más despacio!, ¡cuidado ahora, se están golpeando!». Tras él, uno de sus hijos, esperando por si su padre lo necesitaba.

Los dejó trabajar y se acercó al cortado. Tumbados en el suelo, para evitar las ráfagas de viento y las salpicaduras de las olas, Armand, Basilio, el doctor y el resto de los hombres intentaban conducir la maniobra. El marino se echó a su vez y miró hacia el negro abismo desde el que llegaban los llantos de las niñas y los gritos de Buss alertando de la proximidad de la pared de roca, contra la que golpeaba la plataforma de vez en cuando. Miró aún más abajo para intentar distinguir la chalupa, ahora sin nadie que se ocupara de ella. Estaba medio varada en los guijarros de basalto y obsidiana de la falsa playa, pero el oleaje penetraba bajo ella y, poco a poco, la iría seduciendo hasta raptarla. Dachary no vio cabo alguno que la aferrara a la roca y se dio cuenta de que los habían usado para amarrar a las crías antes de izarlas. El bote seguiría el destino de su compañero y ya no había decisión que tomar si no era la de asumir la evidencia.

Un grito lo sacó de sus reflexiones. Era Buss, que alertaba respecto a una de las sogas que se estaba desollando contra el afilado basalto. Oyó a Armand y al doctor gritar: «¡Más rápido, Rúnar, o no aguantan!», y salió corriendo hacia el viejo islandés y apremió a su hijo para entre los tres imprimir más velocidad a la subida. La cuerda cascó cuando ya desde el borde del farallón los hombres habían cazado el receptáculo con maromas atadas a caballos que terminarían el trabajo de arrastre hasta que pudieran recobrar a sus ocupantes. Allí estaban, tres niñas temblando y deshaciéndose en lágrimas, y un hombre bajo, fuerte e impertérrito, calado de pies a cabeza, perfecto *gentleman* en la desgracia, al que le alcanzaron rápidamente una manta para que se cubriera. Le castañeteaban los dientes pero no pidió ni caldo ni aguardiente. Solo llamó desgarrado:

—*Aline, come here!*

La mujer surgió de entre las sombras y se arrojó en sus brazos mientras la nieve los volvía limpios, los renovaba.

9

I

Sobre el silencio de la amanecida, solo un escribano nival dejaba escapar sus silbidos de gozo por la llegada de la luz. Saltaba sobre la nieve de Thule como si nadie fuera a discutirle su mimética soberanía, sin reparar en que las manchas naranjas de su espalda destacaban sobre su cuerpo y lo convertían en la única presa para una mirada ávida de belleza. Recomenzó un canto que Constanza oía extasiada desde la ventana de su dormitorio porque en el exterior todo era una celebración del encanto y de la virginidad de la tierra, de la pureza y de la paz de la isla.

La nevada había cambiado la faz de La Inexpugnable y solo ahora, con los primeros rayos de luz, les era dado descubrirla. Tras los grandes serbales, casi espectrales bajo la dura cencellada, Constanza llegaba a adivinar el azul algo turbio del lago envuelto en un gélido sudario. Armand se acercó por detrás y los arropó con sus brazos, a ella y al que vendría, cada vez más consciente de que la nueva vida llegaría a la vez que el deshielo y la primavera. La besó tiernamente a la vez que le ponía un echarpe sobre la bata, por si el calor de la chimenea agonizante era poco para ellos, por si podía cuidarlos.

Habían dormido hasta tarde, derrotados por la tensión y el cansancio del rescate, y ahora abrían los ojos al tardío amanecer. Pasaban de las diez de la mañana y la isla comenzaba a ser visible como una fatamorgana que desaparecería en pocas horas dejando paso a un reino de oscuridad y hielo en el que iba a transcurrir su vida durante meses.

La noche anterior llegaron de la cala tan derrengados que no habían hablado aún sobre lo sucedido y la conversación urgía porque a mediodía tendría lugar la asamblea de isleños para aceptar a las refugiadas —era un requisito que no se iba a soslayar— y decidir cómo y quién las acogería. Era evidente que ellos tenían sitio y posibilidades, no tanto en la casa como en La Guarida, aunque aislar y

separar a las pequeñas, que no podían hacerse entender, no parecía la mejor opción. «Ha sido una gran exhibición para honrarse a sí mismo, pero ahora todos debemos apechugar con ella», se dijo Constanza, que no abrigaba los mejores sentimientos hacia el innoble Nat Buss.

—¿No crees que debería habernos hecho saber, al menos a nosotros y a su mujer, lo que se traía entre manos? —dijo Armand mientras se sentaba ante la bandeja con el desayuno, que como una concesión al esfuerzo realizado habían pedido que les subieran.

Constanza sonrió por la sempiterna coincidencia de sus pensamientos.

—Es todo muy raro. No lo de salvar a las niñas, claro, podría incluso haber traído alguna refugiada más, sino cómo se fue y cómo ha vuelto. ¿Crees que lo aclarará?

Se guardó para sí la existencia de la carta, su contenido, su infamia y todo el dolor de Aline. Se guardó para sí la carpeta de recortes que daba fe del acecho al que los había sometido o, mejor dicho, al que ella había sido sometida. Se guardó para sí todo lo que podría haber indispuesto a Armand con el único hombre de su clase y su cultura en ese destierro elegido. *«À quoi bon?»,* pensó.

—Tiene que hacerlo. No sé si públicamente, pero al menos en privado a nosotros tiene que contarnos qué ha pasado exactamente. Y piensa que no puede negarse, porque está Dachary, y al menos a él tuvo que darle razón de lo sucedido.

—Si no le mintió…

—Sobre el origen de las niñas no creo que haya mentira posible. Son judías alemanas, no te quepa duda, y eso lo explica casi todo, aunque no quiero ni pensar qué ha sido de sus padres. Ahora bien: ¿cómo llegó a ellas?, ¿cómo decidió traerlas?, ¿partió con esa misión o ha sido algo improvisado?, ¿qué ha estado haciendo todo este tiempo? Son preguntas a las que tendrá que dar respuesta.

—Yo creo que la última no tienes derecho a plantearla. Esa cuestión no nos corresponde a nosotros, sino a Aline, y es de su exclusiva incumbencia, ¿no lo ves así, amor? —replicó a su pesar Constanza.

—Llevas razón. Es únicamente lo que se circunscribe al acogimiento de las pequeñas lo que es de competencia general y, por tanto, también nuestra. ¿Cómo hacer? Estoy lleno de dudas sobre la mejor manera de obrar para su bienestar. ¿Ofrecer Thule? ¿Dónde las meteríamos a todas? ¿Separarlas en dos o tres grupos? Tendrán que ir a la escuela, están en edad, y el invierno complica los desplazamientos. Antes de ir y tomar partido, me gustaría saber tu opinión, *chérie.*

—No pensarás ir tú solo y dejarme aquí, ¿no? —se escandalizó.

—No puedes venir, Constance, no puedes. ¿Has visto cómo está la

isla? No podemos sacar la furgoneta y no puedes cabalgar…

—¡Vamos en moto! Yo me siento en el sidecar bien abrigada y tú conduces con cuidado. No vamos a salir del camino y la Casa de Gobernación está muy cerca…

—¿Por nieve virgen? No, no voy a arriesgarme a que volquemos en tu estado. Quédate aquí tranquila y yo representaré a Thule.

—Armand, no voy a convertirme en una impedida hasta que nazca el bebé. Me trajiste aquí y sabías dónde veníamos y que nuestra vida sucederá a partir de ahora cerca del círculo polar. ¿Crees que eso te permite a ti todo y me reduce a mí a nada? No soy una incapaz o no quiero serlo. Así que o puedo vivir o me vuelvo a casa de mis padres, donde pueda ser una persona y no una flor de invernadero. ¿Queda claro?

—¿No quieres tener el niño? ¿Es eso? —contestó pesaroso Armand.

—¡Que no, Armand, que no lo entiendes! Claro que quiero tener a nuestro hijo, que no es sino el fruto del amor y de nuestro anhelo de fusión. ¡Volvamos a los baños ahora mismo si quieres, porque te deseo, no hay nada que desee más que tenerte dentro de mí! Pero no pretendas que de eso deba derivarse una vida cercenada. No. Yo, como tú, voy a vivir, voy a seguir siendo una persona libre e independiente. Emmanuel llegará, como llegan todos los retoños, sin que la normalidad de la naturaleza se vea alterada. Quisiste venir a una isla que se preña de hielo y nieve en invierno, que desconoce la luz y que navega en la paz de este océano inhóspito, y yo vine contigo. Tu hijo será el hijo de este nuevo entorno. Será hijo de este frío y de este viento, de los acantilados y los temporales, el hijo de los volcanes extintos. Será el hijo de Océano. Será eso o no será, no voy a consentir que para preservar su vida secuestres la mía.

Armand bajó la cabeza y calló. No tenía nada que contraponer a tan poderosas razones. Su esposa continuó tras la filípica:

—Y respecto a esas desgraciadas niñas, cuyos padres también debieron pensar que las estaban naciendo a un futuro, hay una cosa que tengo que preguntarte, dado que asumes que es nuestro deber acoger a las víctimas inocentes de la crueldad de los nazis: ¿cómo puedes pensar eso y considerar que no debemos hacer nada para detenerlos? Es decir, ¿es lícito limitarnos a paliar limitadamente los daños de su inmensa crueldad o sería necesario oponerse a ella? Yo te amo y no quiero separarme de ti. Daría mi propia vida a cambio de la tuya. Eso no me impide pensar y torturarme con la idea de que, tal vez, no estemos haciendo todo lo que podamos por evitar esta injusta carnicería en la que perecerán su pueblo y el nuestro.

—No hay nada que podamos oponer, Constanza. La sinrazón y la muerte no tienen contrapeso posible, solo podemos resguardarnos de ellas. ¿A quién podría ayudar si estuviera muerto y vosotras huyerais

de la guerra entre miserias? Soy un huérfano de la lucha, su aliento va pegado a mí, por eso siempre he pensado que mi obligación primera era para con los míos. Eso es lo que no supo ver mi padre. Acepto lo que me dices respecto a no intentar protegerte en demasía. Perdóname, *ma chérie,* puede que parezca egoísmo pero es solo amor.

—El amor es una forma de egoísmo. Todo el que lo ha sentido lo sabe, y nosotros, que lo sublimamos, somos los mayores egoístas. Conviene no olvidarlo.

—No lo olvidaré, lo cultivaré, pero ¿y las niñas? ¿Cómo crees que debe solventarse el asunto?

—Lo más sencillo para los adultos sería separarlas y acogerlas en grupos más reducidos y, sin embargo, siento que para ellas sería la peor solución. Hasta que aprendan los rudimentos del francés o del español o de cualquier batiburrillo que les permita comunicarse, deberían permanecer juntas. Estar sola en medio de desconocidos con los que no puedes entablar conversación es una sensación horrible, te lo aseguro. No es que sea ni parecido, pero cuando llegué al pensionado suizo, a pesar de que había aprendido el francés en casa, la mezcla de idiomas, los acentos, todo era distinto y fue una experiencia no muy agradable. Por eso acabé haciéndome amiga de una madrileña de lengua viperina que tanto me hizo llorar después, pero que usaba mis mismas palabras, que sonaban familiares y amistosas, comprensibles. No, no se las debería separar bajo ningún concepto.

—Eso está muy bien si le añadimos una propuesta realista. No podemos ofrecer Thule porque no tenemos espacio, al menos hasta que se acabe de construir el nuevo edificio de habitaciones para nuestros hombres. ¡Lástima de los plazos de los Guruchet! Hasta primavera no retomarán la construcción…

—¿La Guarida? Está lejos, no pueden vivir allí unas crías solas y, además, en cuanto deshiele la necesitaremos para las visitas.

—Tu madre vendrá al alumbramiento, supongo.

—Es posible que hasta la tuya se decida, amor.

—Si nosotros no podemos alojarlas a todas, ¿a quién vamos a exigir que lo haga? Quizá a los de Blackgross, a fin de cuentas, todo esto es obra de Buss, debería haberlo pensado antes.

—Supongo que en la asamblea saldrán a relucir todas las opciones. Lo veremos sobre la marcha, se hace tarde. Voy a coger el abrigo y la manta de piel para hacerme un ovillo en el sidecar —zanjó Constanza, que ya había conseguido su objetivo.

Armand la dejó subir a pertrecharse como si hubiera aceptado la loca idea de ir al pueblo en moto sobre una capa de nieve que aún no se había prensado. No, ni siquiera iba a sacar a Géant, sino a uno de los caballitos islandeses, acostumbrados a marchar sobre ese tipo de

piso. Su mujercita tendría que esperar a la llegada de Papá Noel, que arreglaría sus problemas si los Guruchet no fallaban. Eran Celso y Antoine quienes iban a acompañarlo a la asamblea, quería tratar con ellos las posibilidades de dejar el camino expedito para los vehículos. No esperó, tenía a los hombres fuera, preparados, y para cuando la arriesgada viajera terminara de aprovisionarse de ropa, ellos estarían ya a unos cientos de metros de la mansión. «Evitar una desgracia bien vale soportar más tarde una rabieta», se dijo.

Cuando bajó al patio, vio que Aimable Virginie estaba sentada a horcajadas detrás de Celso. La jovencita parecía exultante por la idea de hacer el camino junto al señor de Thule. No preguntó nada, no quería tener que oponerse. Solo les metió prisa para que Constanza no viera desde la puerta que la molinerita sí iba a poder bajar con ellos a Saint-Pierre-le-Calme.

—¡Tiene que volver a casa, anoche se quedó a dormir en la cocina! —le explicó el español, al que tampoco desagradaba la idea de trotar con ese calor joven y presuntamente inocente pegado a la espalda.

Tan evidente era que Armand se obligó a alterar ese pequeño placer culpable:

—De acuerdo, pero que monte con Antoine, su caballo es más fuerte, y él, menos pesado que tú, Celso, ¡deberías hacerle menos los honores a Pauline! —ordenó antes de ponerse a la cabeza de la marcha.

Disimulando su contrariedad, Celso ayudó a bajar a la molinerita, que se aupó con presteza al otro caballo.

Minutos después, cuando cruzaban el puente sobre el Ibaya, todos fingieron no oír el grito ininteligible que llegó desde Thule. Conocían a la patrona.

II

Carmen había visto a través de las cortinas la expresión de su padre cuando Aimable Virginie desmontaba del potro. No quería odiarlo, era un buen hombre, pero el terrible descubrimiento de esa faceta convertía su amor filial en una pugna constante con su sentido de la lealtad a aquella que la trajo al mundo. Y más en ese momento. Los rumores sobre las escapadas a la posada corrían a sus espaldas, pero lo suficientemente alto para que ella no los ignorara. Percibir a su padre como un hombre poseído por el deseo, por un deseo pecaminoso, más allá de todo lo que le habían enseñado como correcto, la trastornaba, aunque no estuviera en condiciones de arrojar ninguna piedra. Juzgamos a los padres con reglas que jamás nos aplicaríamos a nosotros mismos.

Vio a su patrona levantar un puño y dejar salir todos los demonios que la poseían cuando se enfadaba, sin por ello faltar a las premisas de una dama bien educada. Vio cómo se llevaba la mano al rostro, donde parecía que ya se helaban las lágrimas, y acudió en su ayuda. Quizá fuera ese el momento de hablar con ella, no podía retrasarlo mucho más. Carmen la encontró en una de las salitas junto al vestíbulo, entregada a una llorera épica mezcla de rabia, de autocompasión y de una sensibilidad atribuible a su estado de buena esperanza. Entró y se acercó a ella rezando por no recibir un bufido que la expulsara. Por contra, Constanza elevó la vista y la miró agradecida.

—Ya ves, Carmen, me ha dejado aquí tirada como si mi única misión en la vida fuera producir a su varoncito. ¡En qué hora cedí y lo dejé todo por venir a esta horrible y destartalada isla!

—Tranquila, señora, él cree que lo hace por su bien. No hay que tenerles en cuenta estas cosas a los hombres. Ya sabe cómo son. Y la isla es preciosa, eso no tiene discusión. ¡Es el sitio más bonito que he visto nunca!

—¿Cómo son? ¿Debería saberlo? ¿Acaso son de una estirpe distinta? No me hagas caso, Carmen, estoy enfadada porque parece que ir a tener un bebé me convierte en una inútil. Tú no puedes comprenderlo, pero algún día te acordarás de esto que te digo y me darás la razón.

Contra todo pronóstico, fue la doncella española la que comenzó a sollozar, tímidamente primero, en un raudal de lágrimas después. Constanza se olvidó de su propia congoja. La reacción era inaudita, extraña, ajena a la forma de ser de Carmen. Nunca la había visto tan desconsolada, tan desvalida. Le rodeó los hombros para tranquilizarla.

—¿Qué pasa, Carmencita? Cuéntamelo. ¡Llevamos tantos años juntas! *Est-ce que tu te souviens du pensionnat?* —murmuró nostálgica —. No hay nada que temer, confía en mí.

Hipos, llantos, quejidos, gimoteos. La llantina fue amainando. Carmen se enlazó con los brazos la cintura. «Se está poniendo de buen año», pensó la señora de Thule, que se arrepintió inmediatamente.

—Venga, cuéntame, no seas boba…

—¡Ay, señora, que me he perdido! ¡Que soy una desgraciada! ¡Que esto no tiene remedio! Y mi padre…, ¡mi padre me matará! Aunque no sé yo si él está para matar a nadie, la verdad…

Constanza empezó a ver entre la bruma. Había dejado de producirle enojo la espantada de su marido. Algo más peliagudo estaba pasando en Thule sin que ellos lo supieran.

—Carmen, mujer, a lo hecho pecho. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha pasado algo con Archie? ¡Desahógate, mujer!

El llanto recomenzó. Entre lagrimeos y pucheros, la doncella alcanzó a empezar el relato de lo que ella ya llevaba unos minutos

sospechando.

—¡Prométame que no me larga, señora! ¿Cómo voy a volver así a casa? ¿Dónde me metería?

—No te vas a ir a ninguna parte. Cuéntame de una santa vez lo que te aflige.

—Archie es un buen hombre. Lo quiero a rabiar, señora. Él…, es la primera vez que alguien me trata como una persona interesante y no como una criada ignorante. ¡Ay, perdón, señora, excepto usted, claro!

—Venga, Carmen, no hace falta que te excuses todo el rato. Estoy aquí escuchándote, ¿no?

—Bueno, señora, el caso es que la carne es débil como dicen…

—Y Mauger, un pelirrojo muy bien plantado.

La doncella se sonrojó pero esbozó una sonrisa.

—¡Y tanto que lo es, señora! Así que, bueno, ya sabe, pasó lo que tenía que pasar o, mejor, lo que no tenía que pasar pero era inevitable que pasara… Bueno, la señora ya me entiende…

—Esta isla invita al amor, Carmen, no tienes que explicármelo. Supongo que vas a decirme que estás en las mismas que yo, ¿no es así?

Eso remató a la moza sollozante, que se rompió.

—¡Señora, sí, desde un poco antes que usted! ¡No sé cómo he podido callármelo hasta ahora! Pero ya no podía apretarme más el refajo, temía hacerle daño a él, ¿sabe?

—¿No se lo has dicho a nadie en la cocina? ¿Ni siquiera a Pauline?

—No, no, *madame.* Yo sola me lo he comido día tras día, muerta de miedo por si alguien se daba cuenta.

—¿No se lo has contado ni al padre? —insistió Constanza extrañada.

—¡Oh, claro, a Archie sí! Fue lo primero que hice… Bueno, señora, lo segundo, porque lo primero que hice cuando estuve casi segura fue ir a ver al doctor por ver si… ¡Ay, madre, no puedo repetírselo a usted!

Constanza esbozó una sonrisa triste, consciente del desdichado pasado de Alberto Aramendi.

—No necesitas decírmelo, ni tampoco su respuesta, puedo imaginarla.

—¡Ay, señora, qué lista es y qué fácil es hablar con usted! —sollozó restregándose sin querer los mocos por la cara al limpiarse.

—Volvamos a Archie Mauger, ¿qué dice él? Si no asume su responsabilidad y tengo que ir a hablarlo con sus jefes, no tengas duda de que lo haré.

—¡Oh, no, señora! ¡Él es muy bueno, muy bueno, él quiere al crío! Me riñó mucho cuando le conté lo que había intentado con el doctor. Solo que ¡qué vamos a hacer! Él está allá y yo acá, y los dos estamos

encerrados en esta isla y… ¡no sé cómo vamos a salir adelante así!

—Pero ¿él quiere estar contigo?, ¿quiere que forméis una familia?

—¡Esa sería nuestra mayor felicidad! Pero él tiene que vivir con los niños Buss y yo tengo que cuidarla a usted y vamos a ser una familia rota en cachitos y unida solo los días de libranza. ¡Ay, qué desgracia la mía! Y mi padre, señora, su hija deshonrada, me matará, téngalo por seguro. ¡Y aquí no hay un cura! ¡No hay forma de repararlo!

Constanza experimentó un relámpago de certeza que no terminó de apresar. Había un detalle que le había parecido clarificador durante un instante, un pensamiento volandero que se esfumó como llegó. Ya volvería. Estaba ahí, dentro de ella, terminaría por regresar. Procuró centrarse en el panorama que tenía por delante esa pobre, que no era ni con mucho tan malo como hubiera sido de estar en su pueblo español o incluso en Ginebra. Todo iba a ser mucho más fácil de lo que ella imaginaba en su alma simple, que seguía viviendo al ritmo del mundo que había conocido y que no era consciente de hasta qué punto La Inexpugnable lo había trastocado todo.

El qué dirán no tenía cabida en un territorio como ese, en el que todos debían colaborar para sobrevivir. Todos caerían alguna vez y todos se levantarían, seguramente gracias al empuje colectivo. La vida era lo suficientemente rica ahí como para no precisar de la pimienta del mal ajeno. Tendrían que casarse, pero por su pura tranquilidad de espíritu, siendo ambos católicos se sentirían mal de no hacerlo. Ahí entraba en juego la diaconisa secreta de la isla. Recordaba perfectamente Constanza que en la doctrina católica el matrimonio es el único sacramento que es oficiado por los propios contrayentes, así que era el menos problemático para ella que, de algún modo, solo sería una especie de testigo privilegiado. «¡Qué pena no tener aún la capillita del acantilado!», pensó romántica.

Respecto a la subsistencia, tampoco veía problema alguno. Podrían regalarles por la boda un terrenito; en la zona fronteriza entre Thule y Blackgross, para construir una casa de modo que ambos pudieran acudir a su trabajo cada mañana. Por otra parte, los dos recibían, además de sus sueldos, los cupos del economato y su parte de beneficios de la langosta, como todos los isleños, lo que les aseguraba una base estable sobre la que fundar su nueva vida. La ascendería a ama de llaves, para que no tuviera que estar pendiente de ella a primera hora de la mañana, pero eso solo después de que hubiera amamantado a los niños. *Quid pro quo,* se dijo. Ella le iba a solucionar el matrimonio y el futuro a su Carmen, y su Carmen iba a ser el ama de cría de su Emmanuel. ¡Seguro que cuando se lo propusiera estaría encantada! La cuestión la llevaba royendo desde que se confirmó que estaba en estado, y aún no se la había planteado crudamente a Armand. Por supuesto, Constanza no había amamantado a Irene, ¡no

se le hubiera ocurrido!, bien decían en la patria que el parir embellece y el criar envejece, pero sin más madres recientes en la isla el problema devenía irresoluble. A las malas, se había consolado, siempre alguna de las dos abuelas podía traerse una nodriza, pero era improbable que aceptaran viajar por mar recién paridas. ¡El traspié de Carmen lo arreglaba todo! Y ella lo arreglaría todo para Carmen. Y sus pequeños serían hermanos de leche y se criarían juntos en Thule. En su cabeza todo estaba resuelto mientras enfrente tenía a una mujer con la cara abotargada por el llanto que la miraba expectante esperando una respuesta.

—Mira, Carmen, no te preocupes. Las cosas no son tan graves como tú crees y todo tiene una solución. Déjame que lo hable con el señor, para que dé su visto bueno, porque tengo un plan que seguro que os cuadra a los dos. Lo hablamos nosotras y luego invitamos al padre de la criatura a una merienda y se lo explicamos todo. ¿Te parece? ¡Anda!, ve a quitarte esos mocos y a lavarte la cara con agua fría, y confía en mí. ¡Y no me des más las gracias!

Había olvidado el berrinche por el plante que le había dado Armand. Estaba bien que se ocuparan de las pobres refugiadas, pero ella tenía ahora en las manos la creación de una nueva familia y eso tampoco era moco de pavo. Así que mucho más animada subió a su habitación a restaurar los efectos de los pucheros en su hermosa cara y a esperar tejiendo para el bebé a que volviera Armand para contarle las novedades.

III

Entretanto, en la Casa de Gobernación se estaba desarrollando una de las asambleas más pacíficas y emotivas de entre las que se recordaban en La Inexpugnable. Si en esa ocasión hubo alguna discordancia, fue porque todos querían aportar más al noble empeño de acoger a las pobres criaturas. Tras el peligro que habían corrido el día anterior, sus caritas aterrorizadas estaban grabadas en el corazón de todos los que habían colaborado en el rescate.

Armand se relajó ante la perspectiva de acudir a una asamblea sin ser el centro de atención. Se sentó en una bancada con sus dos hombres, justo al lado del doctor Aramendi y el capitán Dachary, y le dejó todo el protagonismo a Nat Buss. Ahora era el momento de escuchar sus explicaciones, que debían ser muy convincentes puesto que su esposa, Aline, había subido emocionada junto a él al estrado y parecía encontrarse en total sintonía con la decisión que había tomado tras su marcha. «Vaya, estos dos se han arreglado bien esta noche», pensó el francés, que se preparó para no perder ripio, porque sabía

que le debía a Constanza un relato prolijo a su vuelta.

Buss comenzó su intervención, como era tradicional, solicitando el permiso para permanecer en la isla en nombre de Inga Stein, Gertrude y Berta Frister, Germaine Simonsohn, Lore Rosenberg, Betty Callomon, Vera Hulberstam, Grete Wilner, Sophie Hirschefeld y Suzzanna Spitzer, todas ellas procedentes de Berlín. No fue necesario que nadie lo incitara a contar el porqué de su decisión de traerlas consigo, porque él mismo inició el relato antes de que se produjera la votación:

—Como recordarán, abandoné la isla de forma urgente a bordo del Cap-Fagnet debido al contenido de una misiva que recibí en las sacas que trajo el langostero. No hace al caso especificar lo que en ella se me hacía saber, solo recordarles algo que la mayoría sabe: que procedo de una familia de diplomáticos y que en algún momento de mi vida pertenecí a ese mundo. Bien, por esos motivos que omito por innecesarios, tuve que viajar a la ciudad alemana de Bad Godesberg, en la que permanecí hasta principios de octubre, momento en el que me desplacé a Múnich para asistir a su feria. Más de un cuarto de millón de alemanes disfrutaban al aire libre de su fiesta de la cerveza. Yo también, junto con algunos amigos. En aquella mañana de domingo alegre y distendida, los altavoces de la explanada comenzaron a rugir con la voz de Adolf Hitler. Fue impresionante, toda Alemania se paralizó para oírle hablar desde el Sportpalast. Todos estaban en silencio, todos temblaban, todos creían que iba a empezar la guerra. Como al menos algunos de ustedes sabrán, hubo una nueva reunión del primer ministro británico con el Führer dos días después en esa misma ciudad y, como supongo que habrá llegado incluso hasta aquí, es un hecho que los checos pagaron el precio de la paz en Europa. Todo esto me obligó a continuar en Alemania, como les relataré a quienes deseen más información en privado.

Los tres hombres que estaban sentados juntos en la banca se miraron. Sin decir nada, el capitán, el doctor y el exdiplomático francés sabían que Buss acababa de insinuar que se había requerido su concurso para las conferencias entre Gran Bretaña y Alemania en las que Chamberlain había obtenido una pírrica victoria asegurándose al menos unos meses más de paz. ¿Quién y por qué había hecho llamar a Buss? Su relato dejaba más incógnitas que certezas para ellos, aunque la mayor parte de los isleños dieron por válida su frágil explicación sobre su presencia en los históricos acontecimientos.

—Ya en Berlín, a punto de terminar mi estancia, tuve la desgracia de asistir a uno de los hechos más crueles y terribles que haya presenciado en mi vida. No creo que hayan llegado a enterarse de que el día 7 de noviembre un joven judío que residía en París, desesperado y enloquecido tras haber recibido una postal de su familia que había sido expulsada de su casa y se hallaba en la frontera sin pertenencias

ni dinero, se hizo con una pistola y se dirigió a la embajada alemana pidiendo entrevistarse con un funcionario. Una vez en el despacho, disparó contra él y esperó a ser detenido por la policía francesa. Cuando el día 9 ese diplomático, Eduard von Rath, murió, en Alemania se desató una locura colectiva contra los judíos instigada por el régimen nazi a través de incendiarias emisiones radiofónicas. Tiendas de judíos saqueadas, escaparates rotos, las calles plagadas de cristales, camiones cargados con judíos maltratados y cubiertos de sangre. ¡Algo espantoso! El pillaje continuó por todo el país, las casas de los judíos que tenían obras de valor fueron expoliadas, y los varones judíos, detenidos y llevados al campo de Dachau. Yo mismo vi —hizo una pausa, para cargarla de sentimiento—, yo vi cómo algunos se disparaban en la sien o se lanzaban al vacío para evitar ser arrastrados a un lugar cuyas atrocidades ya conocían. Terrible para los deportados y para los que se quedaban; niños y mujeres sin ninguna posibilidad de subsistir y con el miedo a lo que tendrían que afrontar. Entre ellas, estas diez criaturas que hoy se sientan aquí. En aquel momento pensé en hacer algo por ellos, porque no eran pocas las madres que desgarradoramente nos pedían a los extranjeros que intentáramos sacar a sus hijos del país.

En otro de los bancos corridos, de los virginales ojos de las cinco monjas caían silenciosas lágrimas sobre las manos blancas que permanecían entrelazadas en sus regazos. Al verlas, otras mujeres se dejaron ir imaginando el dolor de una madre que intenta poner a salvo a sus hijos separándose de ellos quizá para siempre. Toda la asamblea bebía con angustia las palabras que Buss iba pronunciando.

—Insistimos mucho para que Inglaterra hiciera algo por esos niños. Lo hicimos particulares y organizaciones humanitarias y también el Comité Judío Británico. Finalmente se consiguió organizar, con autorización del régimen nazi, lo que ellos llaman un *kindertransport* para evacuar a los niños. No sé cuánto tiempo podrán mantenerlo. Me avergüenza contarles que la condición que puso mi Gobierno fue que no les costara ni una libra. Así que particulares con fortuna y algunas fundaciones tuvimos que financiar el transporte y depositar cincuenta libras esterlinas por cada niño rescatado. Así se puso en marcha el primer tren para sacarlos de Berlín a través del puerto Hoek van Holland para desembarcarlos en Harwich. Conseguí viajar con los niños y quienes los cuidaban y cruzar con ellos a Inglaterra. Además de haber ayudado a fletar el tren, deposité la fianza para apadrinar a diez niñas. Solo restaba conseguir traerlas hasta la isla, aun a costa de convencer al testarudo patrón del Cap-Fagnet para regresar con este tiempo. Se negó, eso no va a sorprenderles. Desesperado, me puse en contacto con los Camboulives en La Rochelle, por probar suerte, a fin de recabar su ayuda o su consejo para completar la evacuación de

estas pobres chiquillas. Fue providencial, pues Dachary estaba a punto de salir con carga hacia los puertos del San Lorenzo, así que aprobaron la idea de que nos recogiera en Plymouth y aceptaron correr los riesgos de intentar desembarcarnos en la isla. El resto ya lo saben. La mayor parte de las niñas fueron enviadas al extranjero por sus propios padres y alguna es huérfana desde hace semanas. Les ruego, por todo ello, que introduzcan las bolas blancas en la bolsa y les permitan vivir seguras y en paz entre nosotros.

Una salva de aplausos espontáneos al hombre que había realizado tal hazaña se desató entre los isleños. La primera de entre ellos, Aline Buss, que lucía orgullosa tras su marido. Armand empujó a Dachary y lo hizo ponerse en pie para compartir el homenaje, igual que en otros bancos hicieron con Hans y Didier, los marineros que habían corrido el riesgo de hacerlas arribar a La Inexpugnable. Las niñas miraban desconcertadas lo que sucedía, aunque le habían indicado al alsaciano que les tradujera, pero sin incluir nada que pudiera alterarlas o hacerlas dudar sobre si definitivamente estaban a salvo. Fue curiosamente el menor de los Guruchet, Xan, el que se levantó tímidamente y propuso evitar la ceremonia de las bolas por si las niñas interpretaban que corrían algún riesgo de no ser aceptadas. Esa propuesta también se saldó con un aplauso cerrado que sirvió, por primera vez en la historia de la isla, como votación. Inga, Gertrude, Berta, Germaine, Lore, Betty, Vera, Grete, Sophie y Suzzie eran ya parte de La Inexpugnable y solo quedaba encontrar la mejor manera de alojarlas y de organizar la que iba a ser su nueva vida.

Esa segunda cuestión planteó más dudas. Todos estaban de acuerdo en que era preferible que las niñas estuvieran juntas, pero también en que era difícil conseguirlo en pleno invierno. Nadie tenía la capacidad de albergarlas a todas con comodidad y resultaba imposible levantar un edificio nuevo con esa climatología. Las monjas españolas reivindicaron su trayectoria y su experiencia en un colegio de niñas para elevar su candidatura.

—Lo mejor sería construir una prolongación de la escuela a modo de internado y que lo atendiéramos nosotras. La granja quedaría demasiado lejos para que acudieran a clase en invierno —resumió la hermana Dolores.

Hubo murmullos y hubo asentimientos y hubo profundas disensiones. Entregar a unas niñas judías a la tutela de las monjas católicas resultaba aberrante para unos y muy lógico para otros.

—Igualmente no hay ningún judío en la isla, no tenemos cura y menos rabino, nadie podría criarlas en su religión y lo importante es su bienestar, no una creencia —defendían otros.

Las niñas, aun sin comprender, miraban fijamente, conscientes de que se debatía algo importante para ellas. El internado en el pueblo

fue cobrando peso como proyecto colectivo que emprender con la llegada de la primavera en el que todos contribuirían bajo la dirección de los Guruchet. Xan y Anixeto se mostraron de acuerdo, especificando que tendría que retrasar otros trabajos. Antoine y Celso vieron así alejarse el momento en el que podrían dejar de compartir habitación, excepto que ellos mismos se encargaran de terminar la nueva edificación de Thule. Su contribución era aceptarlo.

Solucionado el futuro, quedaba el presente. Durante meses las niñas tendrían que ser albergadas en diferentes lugares, aunque se convino en que nunca de una en una, al menos en pareja, para que no estuvieran totalmente aisladas. Así se acordó que cuatro se repartirían entre Thule y Blackgross, que disponían de profesores aun estando distantes de la escuela. El resto se alojarían en la posada de Au Convent, y en casa del gobernador Dupont, que al estar en el propio pueblo les permitiría acudir a clase todos los días a pesar de las nevadas. Por último, dos las acogerían las monjas y vivirían así con su maestra. Hans fue el encargado de explicárselo en alemán a las niñas y de pedirles que escogieran ellas mismas esas parejas para pasar el invierno. A cuál de las casas de acogida iría cada par se dejó en manos de la suerte, porque todos sabían que no era lo mismo invernar en una mansión que en una granja, y a todos les pareció la mejor de las ideas que fuera el seguro azar el que determinara a quién correspondería cada grado de bienestar. Dachary se alojaría en casa del doctor Aramendi y los dos marineros serían hospedados por los hermanos Guruchet.

Terminada la reunión, en la que no se planteó ninguna otra cuestión, Armand y el resto de los asistentes aprovecharon para recoger los bultos que el mar había arrojado sobre la playa. La saca de hule de la correspondencia demostró su impermeabilidad porque allí estaban, después de tamaña odisea, todas las cartas y envíos que los armadores habían ido acumulando para remitir a la isla. Las pequeñas, en silencio, aguardaban, con las maletas que se habían recuperado bien cogidas de sus manitas, a que su destino se materializara.

—¡Oh, Armand!, ¿no pensarás llevarte a las crías a caballo? —se quejó Aline—. Déjanos que las acerquemos a Thule, en el Typ caben las cuatro en la parte de atrás, son muy menudas, y también podemos llevarte los equipajes si quieres.

El francés estaba ojiplático con el talante y la compostura de la británica. No mostraba el menor resentimiento por la partida secreta de su marido; al contrario, estaba alegre y dispuesta, como hacía tiempo no la veía. No vio motivo para negarse a su propuesta. El tiempo desaconsejaba llevar a las niñas a la grupa desnudas sobre las medias. Lo más que podía suceder era que su mujer se encalabrinara aún más viendo que podían haberla recogido los Buss en el

todoterreno para llevarla. A estas alturas, le daba igual. Estaba cansado, faltaba solo una hora para que anocheciera —aún le perturbaba quedarse sin luz tan pronto— y además restaba el problema de las maletas.

—Mil gracias, Aline. Ir a caballo sería un tormento para las pobrecillas. Lo único que siento es que tengáis que daros ese paseo añadido.

—¡Como si no hubiera sido yo el que os ha cargado con este deber! —intervino Nat—. Todo arreglado, pues. Nos vemos dentro de un rato en Thule.

—Escucha, Nat, llegaréis antes que nosotros. Déjalas en casa y volved a Blackgross, quedaremos pronto y charlaremos con calma.

La bestia alemana se puso en marcha llevando a los seis a bordo y, de inmediato, los tres hombres a caballo los siguieron por el camino.

—¡Es impresionante cómo compactan esas ruedas monstruosas la nieve! —exclamó Antoine—. ¡Solo con que repisara unas cuantas veces, dejaría una pista perfecta!

—Menos en el centro —intervino Celso, que estaba harto de hacer de comparsa—. Sería necesario colocarle en la trasera algo que alisara también la franja entre las ruedas. O ponerle en el chasis delantero una cuña de madera que fuera separando la nieve…

—No es nuestro vehículo, así que poco podemos inventar con él. Pensemos mejor en qué podemos hacer con lo que tenemos a nuestra disposición, al menos para mejorar el acceso a Thule… Le pediré a Buss el resto cuando lo nuestro esté hecho.

Los pequeños caballos de grupa baja y remos fuertes no podían entenderlos ni lo necesitaban. Iban pisando concienzudamente, primero unos cascos, después los otros, conocedores de que cualquier camino, por muy difícil que sea, debe andarse paso a paso y con convicción; por otra parte, estaban deseando llegar a su cuadra para hincharse de heno y no cabía mayor acicate.

IV

Los seis hombres fueron los últimos en salir. El doctor Aramendi y el capitán Dachary llevaban raquetas de nieve canadienses, con su marco de madera y sus tiras trenzadas de cuero de zorro. Los hermanos Guruchet también usaban unas, fabricadas por ellos mismos, y habían tenido además la previsión de bajar dos pares que acababan de terminar y que iban a permitir que Hans y Didier, los dos marineros del Petit Ruritanie, pudieran seguirles el ritmo hasta el astillero.

Marchando hacia la parte central del pueblo, el viento les azotaba la cara y convertía en incómoda la marcha. Ninguno se inmutó. Todos

habían corrido las tempestades y quitado el hielo del aparejo y se sentían casi vivificados por la seguridad que les daba sentir los elementos sobre tierra firme. Iban en silencio, circunspectos, afligidos por lo que acababan de oír, supersticiosos tras lo que habían logrado superar la víspera. El viento no impedía que se pudieran oír algunas respiraciones dificultosas. Aramendi recordó que esos tres compañeros habían nadado en aguas gélidas la noche anterior y vio pasar por su mente la sombra de la neumonía.

—Vengan mañana a que les ausculte con calma y avísenme si tienen la más mínima dificultad para respirar —les dijo a Hans y a Didier, porque de Dachary se iba a ocupar esa misma noche.

Ambos asintieron de forma cansina. Estaban frente a la casa color grana del médico, pero a ellos aún les quedaba atravesar el Odús y remontar la costa hasta alcanzar el astillero. Tenían que dosificar las fuerzas.

Entraron. Aramendi estaba contento, por tener compañía y porque esta fuera la de Dachary. Se habían conocido años atrás, enrolados en el mismo carguero y había sido el francés el que le había hablado de la isla mítica borrada de los mapas. Compartían algunos secretos y, sobre todo, por mucha ayuda y compañía que le prestara Fernanda, el doctor estaba falto de un poco de franca camaradería masculina.

La casa de un soltero fácilmente podía convertirse en la de dos. Solo necesitarían pedir ayuda a las monjas para adecuar un abrigo del galeno a la figura maciza del marino y ampliarle algunos suéteres y chaquetas. Tal vez bastaría con ir a pedirles unas prendas a los hijos del islandés. Ambos seguían en silencio mientras Aramendi terminaba de calentar un guiso de patatas y pescado que había dejado hecho la mujer del pueblo que lo auxiliaba, y Dachary se dedicaba a animar el fuego de la chimenea junto a la que iban a comer. Una botella de vino apareció como por ensalmo sobre la mesa. Vino francés.

—Un regalo de los de Thule —murmuró al descorcharla.

Pronto estuvieron ambos cuchara en ristre calentándose hasta el alma.

—*C'est très bon!* —concedió el capitán, acostumbrado a todo tipo de pescado cocinado.

—No echarás de menos al cocinero del Petit Ruritanie, te lo aseguro. Amaya es la mujer de uno de los pescadores y cocina como los mismísimos ángeles. Ya verás cuando le pida que desale una bacalada y nos la ponga al pilpil.

—No vives mal aquí tú, después de todo.

—No me quejo. Los hay que viven mejor, pero en la isla eso tiene poca importancia. Uno de ellos es el que te ha traído hasta aquí, en diciembre, con riesgo para tu barco y para tu vida. ¿Cómo te convenció?

—No le hizo falta mucho. Lo de las niñas era prioritario. No sabes cómo están las cosas, incluso en Francia. Vuelven los linchadores antisemitas como con Dreyfus, y ante la posibilidad de una guerra, no hay nada más fácil para el pueblo llano que achacar todos los males a los judíos. Las radios hablaban de la calma y la disciplina del pueblo francés mientras se esperaba al resultado de Múnich y yo solo he visto el pavor comprensible que les produce la mera idea de morir. La sobreexcitación en las calles era palpable: arengados por antidemócratas, enloquecidos hasta la exasperación, buscaban venganza en todos aquellos que se proclamaban partidarios de la paz sin querer perder la dignidad y la justicia. Yo me encuentro entre ellos, no creo que ceder una ni veinte veces vaya a aplacar a la fiera nazi, pero sí producirá mucha ignominia. Ya has visto lo que hacen con los judíos, los rumores son ciertos.

—¡Pobres diablos! Saben que serán usados como en el 14, como carne de cañón, ¿o tú crees que Francia está preparada para combatir con un pueblo que lleva años pertrechándose para ello? Lo mismo les ha sucedido a los españoles.

—Cuando salí de puerto, se anunciaba una próxima ofensiva de los sublevados sobre Cataluña, una vez concluida la de la línea del Ebro con la retirada republicana. No va a durar mucho vuestra guerra. En Francia se frotan las manos al saber que no tendrán comunistas al sur.

—Y Buss, ¿te contó de dónde venía?

—Es muy críptico. Ha estado en Alemania, desde luego, y parece que en las conversaciones de paz, pero no sabría decirte de parte de quién.

—¿Cómo? He deducido que de su país, de Gran Bretaña. ¿Estás insinuando que tiene algo que ver con los nazis?

—*Mon frère,* yo no insinúo nada ni tampoco creo nada a pies juntillas. ¿Has visto ese coche bestial propio de un dignatario? Cada uno tiene sus razones. Hasta tú y yo las tenemos, solo que las nuestras no tienen nada que ver con los entresijos de las naciones, y las suyas, como las del francesito, sí puede que lo tengan. ¡Pásame un poco de ese pan para terminar de untar esta maravillosa salsa! *J'aime bien tremper le pain dans les sauces!*

—A estas horas anda ya un poco correoso…

—¡Un marino le va a hacer ascos a un pan por un poco de humedad! Acércamelo y rematemos la botella. Anoche no pudimos celebrar lo de estar vivos…

El médico español se alargó para servirle el último culito y fue entonces cuando se percató de la extraña tonalidad que estaba cobrando la tez del capitán y de que no era fruto de la enfermedad, sino un reflejo de una aurora boreal.

—¡Dachary, estás de suerte, has traído la primera aurora del año!

Por la ventana una extraña danza iridiscente del cielo se hizo evidente. Reflejos parpadeantes y fluidos del verde al amarillo que semejaban un gran manto sobrenatural tendido sobre la isla. Aramendi tenía la ilusión de un niño en la cara. Se justificó:

—¡Qué quieres!, por más que las vea no termino de acostumbrarme a ese delirio de belleza. Claro que tú estarás harto de pasar horas navegando bajo ellas…

—Aunque lo estuviera, pocas veces las he divisado desde tierra, muy pocas. ¡Me cargo una pipa y salimos a contemplarla!

A esa misma hora casi toda la isla estaba al raso mirando los pulsos y las ondas de esas luces de otro mundo, luces mágicas del universo, que danzaban exclusivamente para ellos en medio del océano. En la granja de las monjas, las dos niñas recién llegadas se escondieron bajo los cobertores de pluma cuando intentaron enseñársela. Demasiados cambios en tan poco tiempo. Las hermanas sí salieron a la gélida noche para disfrutar. No llevaban suficientes años en La Inexpugnable como para que el fenómeno dejara de resultarles un reflejo de la gloria de Dios, el Sumo Hacedor, una maravilla única de divino artista. Ante su sorpresa, la hermana Dolores, la mayor de ellas, cayó de hinojos sobre la nieve rezando.

—¿Qué pasa, hermana? Se va a resfriar —le advirtió Fernanda.

—Es el mensaje de las pastorcitas, de Lucía y de Jacinta, ¿no os dais cuenta? El segundo secreto de Fátima. La guerra está cerca y hoy, con la llegada de estas pobres criaturas, el Señor nos lo recuerda.

—¡Es cierto! —dijo la hermana Clara arrodillándose. «Cuando veáis la noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal dada por Dios y que el mundo estará a punto de ser castigado con la guerra y con el hambre». ¡Eso dice el segundo misterio de la Virgen en Fátima!

Fernanda no intentó disuadirlas con un argumento tan obvio como que las auroras eran comunes en esas latitudes y que habían visto varias en el tiempo que llevaban en la isla. A fin de cuentas, rezar, aunque fuera sobre la nieve, no iba a hacerles ningún mal, si acaso las postraría unos días a las dos en cama.

La aurora convertía la isla en un lugar extraterrenal. La extraña luminiscencia alteraba en tonos imposibles el color de la nieve y se convertía, junto con el batir del mar, en la única referencia. Dachary y Aramendi habían bajado hasta la loma que coronaba el puerto para contemplar las olas de color espectral romper contra los farallones en espumas ectoplásmicas.

—Quien no haya contemplado un paisaje de una naturaleza tan irreal no puede comprender la desconcertante esencia del mundo —murmuró el médico.

—Ni nuestro miserable papel en él —le respondió Dachary—. Pero

entre miseria y miseria hay un resquicio de redención en la belleza. Te veo triste, amigo, y un poco solo. ¿Cómo vas de amores? Porque una monja no es solución para el tipo de soledad que un hombre sufre.

—¡Oh, venga, Gilles! Ya se pasó para mí el tiempo de un amor en cada puerto, y a lo mejor tú también debieras abandonarlo.

—Sigues pensando en ella, ¿verdad?

—¿En Nina? Siempre. Me gustaría saber si ha sobrevivido a esa horrible guerra, si tal vez ha acabado siendo madre. Con estar seguro de que es feliz me bastaría, pero ni eso me será dado.

—¿Y mientras? Aquí no hay ni lugar para que un soltero se divierta y eso no es bueno, Alberto. No puedes llevar tantos años ayuno de placeres. Dime que no.

—Volvamos para casa, vas a coger frío.

—¿Ni una?

—Si trabajas lo suficiente y te cansas lo bastante, no queda lugar para ansiar mucho más que el reposo y la calma.

—*Toubib,* lo que te pasa es que siempre acabas seducido por lo imposible. Eso es lo que te retiene, el desear lo que sabes que jamás tendrás. Eso te permite mantenerte en suspenso. Yo sé quién es tu dama inalcanzable…

Alberto Aramendi ni asintió ni negó. Comenzó a caminar de vuelta a casa aferrado a la cazoleta de su pipa de espuma, saludando con la mano de vez en cuando a los vecinos que, como ellos, habían salido a contemplar las luces del norte. Gilles Dachary lo siguió rumiando las posibilidades de echarle un cabo a la desolada vida de su amigo, que, por cierto, no lo estaba mucho más que la suya propia.

V

Vézelay, octubre de 1938

Ma chère Constanza,

¡Qué felicidad saber que habrá dentro de poco otro pequeño Rolzou! Le envío mi fuerza y mi sostén. Como bien sabe, es un acontecimiento cuyo heroico resultado no está exento de sufrimientos y sacrificios. No deseo sino que su nuevo hogar tenga todo lo necesario para que usted y el bebé estén lo más cómodos posible. Para que en esa enorme celebración se acuerde de nosotros, le envío con la carta una camisita de bebé primorosamente bordada a mano por aldeanas ucranianas, que yo nunca pude utilizar.

Por lo demás, mi vida ha sido últimamente muy parecida a la suya. Adecentar y arreglar una nueva casa hasta convertirla en un hogar. No era una idea nueva la de volver a Francia. Cuando Armand apareció aquel día en Villa Olga para contarnos su plan de emigrar a una isla en medio del Atlántico Norte, nosotros ya estábamos en conversaciones para comprar algo en Vézelay. Romain empezaba a inquietarse por la presión de los suizos próximos al régimen

alemán, aunque creo que, finalmente, lo hizo por mí, su pequeña bolchevique, a la que creía más cómoda en un país gobernado por el Frente Popular. ¡Y mire ahora! ¡Qué contarle!

Bueno, sí. Pasan siempre cosas curiosas viviendo con Romain. El otro día, por ejemplo, llamaron a la puerta a eso de las siete de la tarde. Abrí y me encontré a una dama a la que dije que Romain no recibía (¡y menos a esas horas!). Insistió. Persistí en la negativa. Al final me pidió que le llevara a mi marido su tarjeta. La dejé fuera esperando y se la llevé sin echarle siquiera un ojo. Decía: *«La baronne Grenier, dame d'honneur de S. M. la Reine».*

Romain me hizo pasarla al salón, donde ella se negó a sentarse. Nos dijo, con mucho misterio, que la reina Elizabeth estaba alojada en l'Hôtel du Poste en Vézelay y que nos había buscado por Suiza y Francia porque tenía mucho interés en hablar en persona con monsieur Rolland. La reina quería venir de incógnito, así que quedamos en que llegaría una hora después del *souper*.

¡Imagine las cábalas que hicimos mi madre y yo! ¿Qué quería la reina de Bélgica en estas horas tan trágicas? Ella, que nació en Baviera, sobrina de la emperatriz Sissi y que fue llamada la Reina Enfermera en la Gran Guerra. Una hora después de la cena, totalmente sola, llamó a nuestra puerta. Estuvo en el salón con Romain durante hora y media. ¿Que qué le dijo? Que era una admiradora que había leído toda su obra. Es una mujer muy sencilla, alta, delgada, dulce y con un aspecto fatigado, tal vez debido a las bolsas que tiene bajo los ojos. Insistió en varias ocasiones en su conmiseración por los judíos, a los que ella misma está acogiendo en Bruselas. Al día siguiente Romain me envió a dejarle en el hotel los dos tomos de su nueva biografía de Beethoven firmados.

De todas nuestras visitas, que siguen siendo muchas, la de esta reina triste y visionaria me dejó una profunda marca, una que tan solo la sensibilidad de una mujer es capaz de comprender. Tal vez por eso se lo cuento ahora a usted.

Sigo volcada en el cuidado de Romain y en colaborar con su obra. Él les envía también sus saludos más cariñosos y sus felicitaciones por el nuevo hijo que viene de camino. Empeñado como siempre en cambiar el mundo, esta vez sabe que no habrá marcha atrás.

Esperamos muy pronto sus noticias.

Afectuosamente,

MACHA ROMAIN ROLLAND

Constanza plegó la carta que había querido leer antes de salir hacia Blackgross para verse con Aline. Saldría bien pertrechada con botas alpinas y abrigo de piel, y le había pedido a Antoine que le buscara unas raquetas. Iba a ir andando a ver a su amiga sin que nadie se interpusiera en su camino, a no ser que fuera el propio Buss quien se cruzara para impedir una conversación entre ellas que era imprescindible. Aunque, bien pensado, ¿no sería mejor esperar a que fuera ella la que se sincerara? Armand había comentado que estaba exultante en la asamblea oyendo las hazañas de su marido. ¿A título de qué podía plantarse en su casa para preguntarle por la aparente reconciliación? Cuantas más vueltas le daba, más irrespetuoso e

ineducado le parecía el gesto, por muchas ganas que tuviera de salir y disfrutar de un paseo sobre la nieve, para lo que, dicho sea de paso, no debería ser necesaria ninguna excusa. «Son tus ganas de saber, no el deseo de ayudarla, reconócelo, y además es mucho más urgente preocuparte por las dos refugiadas», se dijo. Suspirando, y aún con las botas y los pantalones, se dirigió a la *nursery,* donde les habrían servido el desayuno a todas las niñas a la vez. Era importante saber cómo habían pasado Inga y Vera la primera noche en Thule.

Antes de entrar se quedó escuchando un momento en el pasillo. En la mesa redonda situada junto al ventanal desde el que se divisaba la cascada de Ur Jauzi, preñada ahora de carámbanos, estaba sentada muy erguida Miss Flanner, con Irene a su derecha y las dos niñas alemanas a su izquierda. Pareciera que jugaban a las meriendas, tan serias, con sus tacitas en la mano. La mayor de las recién llegadas debía frisar los once años y la más joven tendría un par más que Irene. La pequeña Rolzou las miraba con cara asombrada, por la novedad de la visita, porque eran chicas mayores y porque hablaban entre las dos una lengua que ella, que chapurreaba a su edad tres, no podía reconocer. Inga se comportaba como una mujercita y hacía esfuerzos por construir frases en inglés que esa británica hiciera ademán de entender. Era su inglés escolar, deslavazado y ayuno de vocabulario, que habría que reforzar rápidamente para mejorar su integración en la familia, pensó Constanza. Cuando esta hizo su entrada en el gabinete, tres caritas se volvieron hacia ella: una, llena del amor intacto a una madre, y dos, admiradas y sobrecogidas por la belleza y la paz que se desprendían de ese rostro nuevo en sus vidas.

Arrimó una silla y se sentó entre ellas. Inga era una jovencita espigada, de melena a medio cuello negra y rizada, dotada con unos ojos vivaces que prometían un futuro muy interesante. La señora de Thule tenía una baza insospechada que jugar puesto que durante su vida en Suiza había tenido la oportunidad de aprender un poco de alemán básico que al menos serviría para tranquilizarlas. Las miró con ternura. En un solo vistazo abarcó todo lo que a la vista saltaba. Las ropas de buena factura ajadas y estropeadas por una miseria sobrevenida, los modales ahormados a la conveniencia, el miedo aprendido recientemente, una infancia feliz rota… Constanza pensó en su propio país, en cuántos habían conocido lo que jamás esperaron ver. «La infancia es un territorio que nadie debería mancillar», se dijo. Vera parecía más tímida y emocional. Alargaba a ratos su manita para reposarla sobre el brazo de Irene o sobre el de la propia Inga, como si necesitara percibir la vida ajena para reconocerse en la propia. Sintió su escalofrío de placer cuando la acarició. ¡Pobres, pobres niñas, expoliadas de la felicidad de la infancia!

Comenzó a trazar planes sobre las ropas que habría que hacerles,

sobre su formación, sobre el amor que les era debido. Una conexión interna entre su útero y su cerebro la convirtió en la máquina de ternura que con toda probabilidad precisaban las pobres chiquillas.

—*Nanny,* ¿tenemos con qué abrigarlas? ¡Vamos a salir todas a la nieve!

La mayor de las refugiadas entendió «salir» y «nieve» y tradujo a la más pequeña. Ambas rememoraron con deleite los trineos, las bolas vienesas o alemanas, la alegría de vivir. Constanza pensó que iba a llevarlas a todas hasta Blackgross para comprobar cómo se habían adaptado sus compañeras, para que conocieran a Maggie y que todas pudieran jugar juntas. ¡Oh, bendita infancia, por qué tenemos que abandonarte, por qué nos abandonas tan pronto!

Enseguida el pequeño cuerpo expedicionario estuvo dispuesto. Irene estaba entusiasmada con la recién estrenada vena aventurera de su madre que, *a priori,* no entusiasmaba tanto a Ada Flanner. Vistas desde lejos, resultaban tiernas y a la par grotescas. Las refugiadas habían sido vestidas con ropas demasiado grandes o demasiado pequeñas, apañadas de fortuna, pero eran capaces de poner un pie detrás de otro, sobre una nieve refulgente, para dirigirse adonde querían. La vida sin dolor había vuelto y eran demasiado jóvenes como para sentirse culpables por aprovecharla.

Caminar era trabajoso, solo Constanza llevaba raquetas. Las niñas se hundían, trastabillaban, caían, reían, se levantaban y sacudían la nieve con las manos cubiertas por manoplas que les quedaban grandes. Zancada a zancada y pasito a pasito, recorrieron el trecho desde Thule hasta el puente sobre el Ibaya. Las dos refugiadas descubrieron entre los árboles el brillo helado del Urdina bajo ese sol de pacotilla. La pequeña Vera comenzó a dar saltos y a señalar con la mano primero el lago y luego sus piececillos ridículamente embutidos en unas botas de Estrella rellenas de borra para que no se le salieran. A la española no le costó entenderla, porque ella también había amado patinar sobre los helados lagos helvéticos.

—*Ja, Schlittschuh!* —respondió sonriendo.

Las dos crías comenzaron a danzar como navajos posesos y su pequeña Irene las seguía enloquecida dando grititos y aplaudiendo. La alegría de vivir acababa de ganar un pírrico punto sobre la negra sombra del mal y la muerte que las envolvían. Nuevas risas se unieron al follón desde el otro lado del puente. Era Aline con Maggie y sus dos refugiadas, Grete y Germaine, que habían tenido exactamente la misma idea que las mujeres de Thule. Pronto un grupo enfebrecido de niñas se conjuró para saltar sobre la nieve prensada señalando las duras aguas del lago.

—¡Íbamos a buscaros! —dijo alegre Constanza.

—¡Sí, he pensado lo mismo! Me ha parecido que juntarlas de

nuevo les daría algo de paz, aunque han pasado una noche estupenda después de tanta aventura.

—Inga y Vera también. —Constanza se forzaba a nombrarlas continuamente, hasta asumirlas como parte de la familia—. Están instaladas en el cuarto de huéspedes que está frente a mis habitaciones y creo que han dormido a pierna suelta, no he oído ni un suspiro.

—Lo necesitaban, sin duda.

—Miss Flanner, aunque lo de patinar habrá que dejarlo para cuando consigamos cuchillas para todas, ¿por qué no las lleva hasta la orilla? Pueden hacer algún juego, no tema que se llenen de nieve, volveremos pronto a casa —ordenó la española.

La institutriz se dirigió a las pequeñas vocalizando excesivamente palabras muy sencillas para darles instrucciones. La peque de los Rolzou la miraba asombrada, porque no era desde luego el esfuerzo que hacía con ella, que en ocasiones tenía que intuir qué quería decir *nanny* con una frase pronunciada demasiado deprisa. Cuando la infantil *troupe* se encaminó hacia el lago, Constanza y Aline las siguieron demoradas adrede.

—Te debo una explicación… —comenzó Aline.

—¡Claro que no! Una amiga está para poner la oreja, y el hombro llegado el caso, pero jamás para pedir cuentas.

—Lo sé, pero igualmente quiero contarte porque ya te habrá dicho Armand que me he reconciliado con Nat.

—Armand no sabía que estuvierais peleados. Solo que estabas molesta por haberse marchado sin avisar. Nunca le he hablado ni de la carta ni de nada. Me dijo, eso sí, que se te veía orgullosa de la acción de rescate de tu marido.

—Y lo estoy, por eso quiero explicarte. Cuando volvimos anoche solos, él notó mi frialdad. Intentó abrazarme mientras conducía, pero no le dejé. Me pidió entonces que parara a la vera del camino antes de llegar a casa y yo preferí hacerlo para evitar intromisiones de su madre y la presencia de los niños. Detuve el coche y lo miré a los ojos. Le pregunté a bocajarro: «¿Por qué escribiste esa carta inmunda?, ¿cómo puedes tener un alma tan cruel y tan sucia?, ¿cómo puedes ensañarte para hacerme daño?». Y, Constanza, me miró como si no me comprendiera. Fue como si le estuviera hablando en chino.

—¿No reconoció la carta como suya?

—¡Oh, sí!, él era consciente de que hizo mal yéndose sin hablar conmigo y, por supuesto, me había dejado una carta para paliar tamaña desconsideración. Lo que no sabía es que su madre había tardado tanto en dármela, eso fue un daño deliberado que la vieja quiso causarme.

—Pero lo que escribió, lo escribió. Ambas lo leímos…

—Permíteme que vaya a mi ritmo, Constanza. Lo primero que hizo

fue explicarme su marcha apresurada. Al parecer, en el correo que trajo el Cap-Fegnet había algo que lo inquietó profundamente, así que contactó por onda corta con algunas personas que no me ha precisado. Fue tras conocer el estado de la situación política y tras la petición de que ayudara a la legación británica en sus encuentros con los alemanes cuando decidió partir. Me dijo que no podía explicarme en aquel momento qué iba a pasar ni qué papel se quería que él jugara.

—Con el Gobierno británico…

—Una especie de asesor o mediador, dado que…

—¿Qué…?

—En fin, él no quiere que nadie lo sepa, pero a ti te lo tengo que decir, dado que Nat se crio desde muy niño en Gran Bretaña, pero es hijo de un alemán importante para entender el desarrollo de la historia reciente.

—¿Nat es hijo de un nazi?

—No, al contrario. En fin, no puedo entrar demasiado en esa cuestión. Solo que yo comprendo por qué podía jugar ese papel y por qué lo llamaron.

—De acuerdo, no te preguntaré nada que no quieras decir. Acepto que te dio razones que a ti te parecen bastar, pero ¿y la carta?

—La carta la entendimos mal y su regreso con las niñas lo demuestra. Cuando hablaba de «ellas» no se refería a sus amantes, como prejuiciosamente pensé, sino a las niñas. Ellas me necesitan, les hablaré de ti, te las presentaré, junto a las mentiras, y tú las aceptarás. ¿No ves cómo todas esas frases cobran otro significado a la luz de lo que ha pasado después? Me explicó que no podía contarle a nadie sus planes de rescate porque ni siquiera existía en aquel momento mucho más que su voluntad de hacerlo. ¡Todo cuadra! Incluso esa frase que me ha estado martilleando en la cabeza y magullándome el corazón todos estos días…, la de «te ataré con mis mentiras», ¡y tanto que lo ha hecho! Sus mentiras eran hermosas, eran salvíficas, eran necesarias para un acto tan valiente y tan honorable como el que ha llevado a cabo. ¿Cómo pude pensar las perversidades que pensé de él? Menos mal que no sabe, que no podrá leerlas nunca en mi mente, porque no se lo merece.

Constanza permaneció callada. A fin de cuentas, fue ella la que tuvo la idea de quemar aquel infame papel para que Aline pudiera hacer exactamente lo que estaba haciendo. No iba a recordarle aquellas otras frases que no encajaban para nada con la historia de las niñas judías. No iba a insistirle en lo enfermizo de aquellos recortes que ella misma le había mostrado. Ninguna mujer puede ser liberada hasta que ella misma no rompe sus cadenas trenzadas con algo que ha dado en llamar amor. Aline lo haría, algún día, lo que no se podía saber era a costa de cuánto sufrimiento. La compadeció por el calvario

que aún tendría que pasar, pero no fue eso lo que le dijo:

—¡Bueno, pues solo queda alegrarse de que todo haya quedado en un malentendido! Ya te dije que era algo que no se podía aclarar sino hablando con él.

—Sí, así era. Lo que no he podido hacerle ver es la maldad intrínseca de su madre, al dejar que yo me preocupara y sufriera sabiendo que había una explicación que ella misma estaba impidiendo.

—No es buena persona tu suegra, no —respondió Constanza conciliadora—, pero no deja de ser su madre. Es mejor que sea él mismo quien descubra que no es ni mucho menos perfecta. Siempre pasa.

—¿Tú también tienes diferencias con la madre de Armand?

Afortunadamente, justo en ese momento, sus dos hijas llegaron correteando y se lanzaron a asir sus abrigos, salpicándolo todo de nieve y de risas. La española no tenía el menor interés en dar largas explicaciones sobre su compleja relación con la viuda del oficial Rolzou de Saint-Gelais, caído en la batalla del Somme.

VI

Estaba sola. Maravillosamente sola. Era una sensación que hacía años que no disfrutaba. Desde que aquellos animales detuvieron a sus familiares y los hicieron huir de Viena para refugiarse en Berlín, desde que se quedaron con la tienda de su abuelo y prohibieron a su padre ejercer su profesión, desde que aquel día llamaron a la puerta del apartamento y empezaron a meter los muebles de las otras cuatro familias judías del edificio con las que habían convivido hacinados.

Miró ensimismada las llamas danzantes de esa chimenea ante la que solo se encontraba ella y entre su crepitar rememoró la grotesca imagen de las habitaciones atiborradas de sillas apiladas dentro de armarios, de las pilas de libros dentro de los retretes, del olor a miseria que provocaba el amontonamiento de seres humanos. Las lágrimas de su madre sentada sobre una mesilla porque no tenía otro lugar en el que hacerlo. Los nazis jugando con el interruptor principal del edificio, dejándoles a oscuras durante horas, ciegos pero no solos.

Nunca sola. De la mano de su padre por todos los consulados atestados de gentes buscando un visado para abandonar el país. La envidia de los que se iban, a donde fuera: a Suiza, a Hong Kong, a Francia. Filas infinitas de judíos queriendo entrar en las legaciones. Aquellas cajitas metálicas planas pegadas en las casas que hacían esquina exhibiendo las horribles páginas de *Der Stürmer,* con dibujos nefandos de los judíos que su padre, el periodista reconvertido a

talabartero, intentaba evitar que Inga viera, pero que ella volvía más tarde a mirar a escondidas para intentar comprender el porqué de aquel odio que sentía en su limpia piel de niña, por más que le gritaran: «¡Sucia judía!».

«Sola no. No te irás sola, te irás con seiscientos niños», le había dicho su madre mirándola con una humedad furtiva en la comisura del ojo. ¡Hacía tan poco tiempo y estaba tan lejos a la vez! El jueves día 10 de diciembre, a las nueve de la noche, en la estación. No hacía tanto, pero hacía todo un mundo y todo un océano de lágrimas. No se iba sola, era la 114. Le colgaron un letrero con un cordón antes de que subiera al tren y le pusieron el mismo número a su maleta y a su mochila. Antes de eso, toda la familia la besó y la abrazó. Le pidieron que fuera por ellos a rogar al Comité de Refugiados Judíos cuando llegara a Londres. Que buscara quién los patrocinara para reunirse con ella. Apenas podía con la maleta y el tren no se puso en marcha hasta la medianoche.

Nunca sola, ocho niñas por compartimento de cuatro plazas. Los turnos para tumbarse a dormir. Alguien la despertó con una linterna en la cara para que dejara su sitio. Un calor infernal en aquel tren que frenó rechinando en la frontera de Alemania sin que nadie tuviera seguro que los nazis fueran a dejarles pasar. Uniformes y botas en el andén que se encaramaban a los vagones. El miedo, el miedo que no te abandona y no te deja estar sola. El tiempo pasando y ella tan quieta que tuvo calambres en la cabeza. El tren que iniciaba la marcha, los vítores y el jolgorio, «¡Hemos pasado!», y estaban ya en Holanda. El tren parando en la siguiente estación y las manos que alargaban por las ventanillas vasitos de té caliente y manzanas y golosinas.

La llegada al puerto. Las mujeres que esperaban con comida que ni siquiera era *kosher*. Tanto daba. Dentro del barco un camarote con cama estrecha y sábanas blancas. Allí apareció por primera vez Herr Kuss. Así le pareció que lo llamaban. Curioso nombre, pero ella no pensaba dejarse besar. «Vas a venir conmigo a una casa preciosa en una bonita isla. Allí esperarás a tus padres con otras nueve niñas», le explicó.

Nunca sola. El viaje con Herr Kuss en otro barco y con otras nueve niñas. La larga travesía en la que el viento rugía. La lancha y el miedo compartido bajo aquella lona sobre la que el agua caía. Ahogarse no parecía tan malo. El agua helada la adormecía cuando alguien la cogió y tiró de ella. La gente del pueblo reunida. El viaje en coche a esta casa preciosa y llena de gente en la que una podía estar sola.

Debería estar llorando, pero no lo hacía. Debería encontrarse muy mal, pero estaba caliente y cómoda. Un sentimiento de culpa la asaltó brutalmente e Inga se echó a llorar desconsolada. Por notarse a salvo,

por sentirse bien.

VII

Él no iba a talarlo, aunque le había exigido a su padre el derecho a elegirlo. Robert estaba harto de la invasión de niñas ruidosas que se había producido en Blackgross. No es que tuviera nada contra ellas, comprendía lo que estaba pasando en el continente, pero eran un incordio y ponían la casa patas arriba sin que nadie pareciera interesado en ponerles freno. Las dos refugiadas y Maggie campaban por sus respetos apoyadas por las tres de Thule que venían a reforzarlas, apareciendo sin ton ni son y además con su *nanny*. Hasta su preceptor, Archie Mauger, parecía mostrarse comprensivo con esa repentina irrupción femenina.

Así que salir solo a buscar un bonito abeto de Navidad era una tarea que al menos le proporcionaría algo de paz. Marchaba lento a lomos del caballito islandés regalo de su padre en las fiestas pasadas, para saltar la barrera entre el niño precisado de los mayores y el hombre dotado de su propio medio de desplazamiento. Le gustaban esos raros días en los que la gélida isla daba una tregua, un oasis de grises y blancos, con tenues rayos de sol intentando acariciarla.

Los mejores árboles estaban en el flanco nordeste del Croquer y, aunque su padre y el preceptor le habían repetido una y mil veces que solo podía fijarse en los que crecían dentro de los terrenos de Blackgross, él sabía de unos magníficos ejemplares que se encontraban un poco más allá de la linde de Thule. No tenía ni idea de a quién pertenecían. No parecía que en esa ladera hubiera ninguna granja, así que nadie iba a reparar en que se llevaran un solo árbol, que, eso sí, tendría que arrastrar a través de las tierras de los Rolzou.

No podía elegir ni píceas ni alerces, solo un pino o un abeto de tamaño medio, aunque no se creía muy capaz de distinguirlos. Confiaba en su instinto de lo que era un bonito árbol de Navidad. Sabía que, entre los bultos recuperados del Petit Ruritanie, algunos contenían regalos porque había oído a su padre congratularse en su dormitorio de no haberlo perdido todo. Esos paquetes irían al pie de un magnífico abeto elegido por él.

Siguió marchando al ritmo lento pero seguro de los cascos del caballito hundiéndose en la nieve. Dejó atrás La Guarida. «Habría que convencer a papá de que construyera una cabaña igual en nuestra ladera del monte. Así podría irme allí a hacer mi vida cuando las chicas crezcan y se pongan aún más pesadas», iba pensando cuando, de pronto, oyó un ruido de chapoteo en las aguas termales. Le entró una curiosidad irrefrenable, unida a un sentimiento de vergonzosa

violación de la intimidad de alguien. Saber quién era ese alguien se convirtió en un deseo inaplazable.

Descabalgó y ató a un tronco al caballito, al que le hizo un absurdo gesto con el dedo para que no hiciera ruido. Con cuidado de no caerse al pisar la nieve virgen, logró acercarse a los altos arbustos que rodeaban las piscinas naturales, con la precaución de no tocarlos para que no soltaran su carga de polvo blanco y lo delataran. Nubes de vapor expandiéndose sobre el helado paisaje convertían el paraje en irresistiblemente irreal, como irreal resultó la figura que emergió del agua un instante para escurrir sus cabellos. Era una joven esbelta y de piel alabastrina, con unos largos cabellos del color del sol de invierno que se levantaba sobre el agua desnuda.

Robert nunca había visto a una mujer despojada de su ropa. La obvia reacción de su cuerpo lo envolvió en un calor que temió fuera a fundir la nieve a sus pies de golpe, delatando su presencia. ¿Quién era esa mujer? No recordaba haberla visto jamás. ¿O era tal vez una aparición, una de las oceánides que Mauger le había hecho conocer al traducir sus aburridos textos griegos? De haber sabido que aquellas absurdas historias tenían una forma no divina, sino dolorosamente humana, les habría prestado mayor atención. Esa mujer debía vivir escondida, puesto que, de haberla visto, nunca la habría olvidado, ¿era Admete o Crócale, Fiale o Galaxaura, Janta o Leucipe o cualquier otra de las tres mil hijas de Océano?

¿Y si salía y lo descubría? Se avergonzó de su erección. ¡Ella parecía tan pura, tan intacta! La vio coger de la orilla algo a guisa de toalla y resguardarse del frío antes de sacar su grácil pierna del agua y, ya en el borde de la roca, comenzar a vestirse. ¿Una ninfa lleva abrigo de lana tejida? Ya resguardada del frío, la bella joven terminó de secar su pelo y entonces hizo algo que le abrió los ojos a Robert: lo cubrió con una especie de capucha blanca de la que solo afloraba su linda cara y puso después encima otro trapo oscuro. Robert dedujo que era una de las monjas a las que su madre visitaba al otro lado de la isla. Mientras vio cómo se terminaba de vestir y calzar y emprendía camino a la costa norte, reparó en que tenía los pies helados, con un frío que le había ido trepando por las pantorrillas sin que, ardiente de otros deseos, se hubiera percatado.

Dejó pasar un tiempo prudencial para asegurarse de que la monjita se alejaba y no podía descubrir su indiscreción, y decidió meterse en las aguas hirvientes para recobrar el calor y amansar el ardor que le sobraba. Dicho y hecho. Dejó sus prendas en la misma roca en la que instantes antes reposaban las de la divina ninfa y se introdujo en el baño con un suspiro de placer. El contraste entre el helor de sus mejillas y el dulce calor que iba poseyendo el resto de su cuerpo lo relajó de golpe. Apoyó la cabeza contra la roca y permaneció quieto y

gozoso, acariciante, dejándose llevar por esa sensación maravillosa.

Estando así de enajenado, una voz que se dirigió a él le hizo dar un respingo. ¿Había vuelto la ninfa? Ahora era él el indefenso, el desnudo. Abrió los ojos y vio frente a él a una joven bien terrenal que sin ambages le preguntó:

—¿Quieres que entre contigo?

Robert la conocía bien, no era un fantasma, sino la molinerita que trabajaba en Thule. Con un gesto le pidió que se acercara. Ella tardó unos minutos escasos en desnudarse y meterse en el agua junto al joven Buss.

Ni ella era una ninfa ni él el bello Armand Rolzou. Sus cuerpos, al menos por esa vez, no notaron la diferencia.

10

I

La noche reinaba sobre Thule, y Estrella no logró deshacerla al girar el interruptor. La muchachita se azoró. Era la hora de preparar los desayunos, y las sábanas se le habían pegado un poco. La oscuridad cerrada mantenía a la isla en una cápsula que no se rompería hasta mediada la mañana. ¡Justo esa mañana! Tenía que dar de desayunar a todos los moradores de Thule y a continuación Pauline la espolearía para que todo estuviera a punto antes de la gran cena de Nochebuena que los señores ofrecerían para un montón de invitados. Visitas, regalos, manjares y hasta baile se había previsto para las primeras Navidades que los Rolzou pasaban en su nuevo hogar.

Y ahora no había luz.

No tenía la más mínima idea de qué podía haber pasado ni de qué podía hacer para remediarlo, así que se dirigió a despertar a Pauline, a sabiendas de que esta tenía derecho a un poco de sueño más. Era consciente de que se pondría hecha un basilisco y también de que no le quedaba otra. Anduvo a tientas por el pasillo entre las despensas y salió al patio para llegar al cuarto de la cocinera. El viento se había llevado el invernal manto de nubes y había dejado una noche de aire gélido bajo una Vía Láctea que exhibía todo su esplendor boreal. Estrella estaba helada, pero eso no le impidió dirigir la vista al cielo y dejarla vagar por ese prodigio de lechosa magnificencia que la hizo sentirse tan minúscula como en realidad era. Bajo esa iluminación que el universo le brindaba, consiguió no trastabillar y llegar a la puerta que quería tocar. Primero tocar y al poco aporrear. «Pauline debe estar medio sorda si no oye los golpes», pensó. Tan así era que fue Antoine el primero que asomó la cabeza desde el dormitorio contiguo que compartía con Celso.

—*Qu'est-ce que tu as, ma brute?* —rezongó malhumorado.

—¡Perdón, señor Antoine, perdóneme! Es que la cocinera no me oye.

—¿Y para qué la quieres antes de su hora de entrada? Ya va a tener hoy un día demasiado largo. ¿Qué tripa se te ha roto?

—No hay luz en la cocina. No puedo preparar los desayunos a oscuras y no sé cómo solucionarlo ni si hay velas que pueda utilizar para atinar a encender la cocina y hervir el agua…

—Espera que me eche algo encima y me calce. No creo que Pauline vaya a poder remediarte nada, si no es ir a tientas a la despensa y darte unas velas. Espera, que voy.

El hombre para todo de los Rolzou salió al cortante aire de la noche con una linterna en la mano. La apagó ante el derroche lumínico de la galaxia. Cogió a Estrella del brazo y cruzaron deprisa el patio. Prendiéndola de nuevo, rebuscó en la despensa y encontró una lámpara Tilley de aceite y varios paquetes de velas.

—Con esto tendrás suficiente para manejarte en la cocina —masculló y, una vez que dejó cacharreando a la pinche, se dirigió a investigar el origen de esa inquietante negrura.

Algo en su cabeza le hacía presagiar el desastre, así que tras revisar la caja de entrada y los plomos de la casa se resignó a salir por la puerta de servicio para caminar bajo el sublime chorro lanzado por la divina Hera y remontar así el curso del Ibaya, hasta el salto de agua que alimentaba el mecanismo de la fábrica de luz de Thule.

Sabía casi con certeza lo que se iba a encontrar, pero no por ello le cortó menos el aliento. El firmamento era una catedral, y los carámbanos en que se había transformado la cascada, los tubos de un órgano divino que producía cristalinos sonidos al ser tañido por el viento. Antoine, el sencillo hombretón alpino, se quedó extasiado. No hay espíritu, por rústico que sea, capaz de sustraerse al mágico influjo de la madre naturaleza. Toda una infancia pasó ante sus ojos cautivados por la belleza sencilla de los elementos. Enseguida se rehízo. Su pragmatismo natural lo apresuró a examinar el estado de la cascada, de la que no manaba ni un solo hilo de agua sin solidificar. Cogió las llaves y entró a la fábrica para comprobar si la congelación había estropeado las turbinas y, a simple vista, le pareció que no, aunque era consciente de que tenía poco remedio; el deshielo no entraba en sus competencias. Habría que esperar un par de horas a que amaneciera para hacer una mejor evaluación de daños. Nadie les había advertido, pero Antoine estaba seguro de que sucedía todos los inviernos y sospechaba que cuando su señor fuera a contárselo a los Buss, estos responderían con un resignado encogimiento de hombros ante lo inevitable.

Volvió a la mansión, cuya fachada brillaba alumbrada aún por millones de estrellas, mientras hacía un recuento de las fuentes de iluminación de las que podían disponer para afrontar un apagón que habría de durar varias semanas. Cuando entró por el pasillo de la

cocina, comprobó que en Thule se había desatado un verdadero pandemonio.

—*À Nöel! C'est à s'arracher les cheveux!* —clamaba a la nada Pauline, que se movía incesante por sus dominios a la luz de la lámpara de aceite.

El suizo se limitó a colocarle sobre la mesa otra Tilley que había allegado de la alacena y continuó su camino para buscar a monsieur Rolzou, porque él sí tenía que ser consciente de la prueba a la que se enfrentaban. Por la escalera bajaban gritando a la luz de las bujías las tres niñas, veladas por una *nanny* que aguantaba estoica el revuelo que el incidente añadía al ya de por sí histérico *Christmas Eve.* Las adelantó y llamó a la puerta del comedor, donde se encontraban ya Constanza y Armand a medio tomar un desayuno que iba llegando a trompicones. En cuanto obtuvo permiso para entrar y hablar, les informó a bocajarro de la situación: no solo no había suministro eléctrico sino que no volverían a disfrutar de él en semanas, dependiendo de la dureza que aún le quedara por desplegar al invierno. Los señores de Thule se tomaron la noticia con deportividad, lo cual no solo les honraba sino que les quitaba el doble trabajo asumido por su cocinera de montar en cólera para tener que adaptarse después.

—¡La cascada debe de estar preciosa! —exclamó la siempre soñadora Constanza—. ¡Oh, pienso ir con las niñas! ¡Les va a entusiasmar!

Armand la miró con una sonrisa velada y se aprestó a planificar con Antoine la que iba a ser la iluminación de Thule no solo en esa noche especial sino en las siguientes semanas. Contaban con una buena provisión de velas, y los apliques que ahora lucían con bombillas seguían teniendo el pincho en el que clavarlas; tenían lámparas y linternas, los faros de los vehículos y la luz que emitían las propias chimeneas, amén de unas siete horas de tímida luz solar que habría que aprovechar para realizar la mayor parte de las tareas.

—De momento, vamos a preocuparnos de que esta noche las niñas y los invitados se encuentren lo más a gusto posible dadas las circunstancias. Si hay algún plato que Pauline no pueda realizar, mándasela a madame Rolzou para ver cómo sustituirlo —ordenó Armand.

Antoine salió con su encomienda hacia las cocinas y la pareja dejó a las niñas a cargo de la *nanny* por ver si la excitación las dejaba comer algo. Inga y Vera, las dos refugiadas, no veían con extrañeza los preparativos, más bien participaban en el revuelo general. A fin de cuentas, en Alemania la Navidad se celebraba con todo esplendor, y a ellas, como a todos los críos, una fiesta y los regalos les animaban el semblante vinieran del culto que vinieran.

El de los regalos era un problema que los Rolzou no habían terminado de solucionar. Evidentemente ni las abuelas de Irene, que habían mandado a través de la naviera sus presentes, ni ellos mismos habían podido prever que habría dos criaturas más en la casa. Era imprescindible que bajo el árbol hubiera esa noche sendos paquetes para ellas. Con toda seguridad, en los otros cuatro lugares de la isla que habían acogido a las niñas judías se enfrentaban al mismo contratiempo. Mas Constanza no se había desprendido tanto de su infancia como para no recordarla, así que subió a rebuscar entre todos sus tesoros alguno que pudiera complacer a unas jovencitas que lo habían perdido todo, hasta el amor de los suyos, sin apenas esperanza de recuperarlo.

II

Era muy pronto para echarse al coleto unas jarras, pero Zarraga y Cabrera no estaban seguros de poder escabullirse más tarde. Pasaba un poco de las once de la mañana, la hora del *hamaiketako,* y, cosas septentrionales, acababa de amanecer en la isla cuando llegaron a la puerta de Au Convent, donde tenían una cita. Vestidos y aseados casi a tientas, habían salido de puntillas del revuelo que se había formado en Thule por el apagón forzado. Tendrían que volver muy pronto para dar de comer a los animales y hacer los trabajos imprescindibles antes de ayudar a preparar la fiesta, mas no habían querido faltar a ese encuentro.

Eligieron una mesa con vistas a la bahía, cubierta de grises nimbos. Habría nieve en la Navidad al filo del mundo. El gris acerado y amenazante de las panzudas nubes que apenas dejaban pasar claridad lo prometía sin posibilidad de fraude. A los dos marinos la vista del océano desde ese alto los consolaba porque sabían que bastaba con hacerse a él para llegar a cualquier parte y eso les devolvía su libertad. Esperaron sin tomar nada la llegada del resto. Por el empinado camino se recortaba ya la silueta del capitán Dachary, y desde el lado opuesto del acantilado deberían llegar Hans y Didier, los dos marineros del Petit Ruritanie que habían quedado atrapados en la isla. Era una reunión exclusiva para marinos varados.

Gilles Dachary esperó en la puerta mientras miraba hacia el norte y saludaba con el brazo a sus dos hombres que llegaban por el camino. Al fin los tres entraron y se acercaron a la mesa redonda en la que se encontraban los españoles. Estos, fieles a la tradición, se levantaron como un resorte y exclamaron a la vez que los franceses: «¡Feliz Navidad, mi capitán!», cada uno en su lengua materna y a su manera, creando una alegre cacofonía que hizo sonreír al interpelado.

—*Joyeux Noël à tous!* —dijo mientras se sentaba.

Los españoles no habían tenido oportunidad de hablar con él desde que fueron pillados como polizones de su barco y finalmente aceptados como marinería después de que Rolzou los contratara. Le tenían mucho respeto al hombre que pudo haberlos entregado como delincuentes en cualquier puerto y que prefirió protegerlos.

—¡Norbert! *Parsambleu!* ¡Trae unas jarras! —gritó el capitán—. ¡Habrá que beber para poder brindar! No nos queda otro remedio.

El posadero ya tenía preparadas las consumiciones y las llevó presto. Intentó pegar la hebra con los cinco hombres, pero fue disuadido con variados gestos de manos.

—*Laissez-nous tranquilles! Amiral de bateau-lavoir!*

Se chancearon hasta que, corrido, regresó a sus tareas, que no eran pocas puesto que esa noche cerraría el establecimiento para dar una gran cena a la que asistirían los propios marineros que eran huéspedes de los Guruchet junto con estos y las dos niñas judías que habían acogido más algunas personas del pueblo que no tenían con quién pasar la festividad. Adelaide, la posadera, había pensado que iba a ser mejor para las refugiadas una cena bullanguera, en la que no quedara demasiado marcado qué se celebraba, aunque hubiera regalos bajo el árbol. Por ella hasta hubiera invitado a Celso, pero esa era una osadía inconfesable y totalmente imposible.

—Y qué, señores polizones, ¿cómo han ido estos meses en tierra firme? —se interesó Dachary—. ¿Qué tal patrón es el marquesito? Si no llega a ser por él, a saber en qué celda andarían…

—No es mal tipo, la verdad. Hemos trabajado mucho, incluso contra las tempestades, que aquí golpean en tierra, pero la vida es tranquila. No hay nadie al que le vaya demasiado mal, a pesar de que alguno viva mucho mejor que el resto. La gente está contenta y va a su aire. Las puertas no se cierran, todos echan una mano y, por no haber, no hay ni peleas de borrachos que perturben la calma —respondió Cabrera.

—Y se aburren… Echan de menos enrolarse y hacerse a la mar…

—No diría yo tanto, capitán. Aquí estamos a gusto y nos estamos integrando. Ya habrá visto que ahora sí podemos hablarle en su idioma. ¡Esta isla es una Babel! No echo tanto de menos el riesgo de un barco como la familia, que quedó allá en España y que pensará que hemos muerto.

—Hay noches que tengo una pesadilla recurrente en la que mi mujer se casa con otro, allá en el pueblo, porque la dan por viuda, y yo al volver me encuentro casa y cama ocupadas…, ¡vaya papelón! —Esta vez fue Zarraga el que habló, en un francés algo mejor.

—¡Mucho sueñan con las parientas! —Rio Didier el marinero—. ¡Eso es que hay falta de hembra hermosa en este peñasco! Menos mal

que nosotros partiremos dentro de un par de meses… y tocaremos tierra francesa, tierra de mujeres.

—¡Oye, que en nuestro pueblo hay mujeres de bandera! Mira a la patrona, madame Rolzou, que llamándose así es paisana y es una mujer tremenda —se picó Cabrera.

—*Belle comme une frégate française et pavoisée!* —suspiró Dachary repitiendo un viejo chascarrillo marinero para unirse a las alabanzas de la hermosura de Constanza.

—No, en serio, el problema es estar lejos de la familia sin que sepan que seguimos vivos. Eso nos atormenta.

—Tendremos que ponerle remedio —dijo el capitán— y veremos cómo. Yo sí quiero decirles, Hans y Didier, que he podido hablar tanto con el primer oficial al cargo como con el armador utilizando la radio de los Buss, que a fin de cuentas provocaron la situación y están volcados en paliar sus efectos. El Petit Ruritanie permanece en el San Lorenzo haciendo fletes de cercanía y cargará en Canadá antes de recogernos allá por marzo, según se presente la meteorología.

—¡Un par de meses en una isla sin ninguna diversión! —se quejaron Hans y Didier.

—Un par de meses en los que pueden dedicarse a otros trabajos y ganarse un dinero. Nadie les impide ayudar en el astillero o en cualquier otro lugar en el que les requieran. Esas monjas ¿tienen con qué pagar? No sé, búsquense algo, aunque quiero que tengan claro que nada van a necesitar durante su estancia. Hemos sido incluidos en el cupo del economato y tenemos el mismo derecho que los residentes.

—Haber trabajo, hay trabajo en Thule —apuntó Cabrera—, lo que no sé es si se podrá hacer antes de que llegue el deshielo. ¡Nos hemos quedado sin electricidad porque se ha congelado el salto de agua! Pero ya saben que mañana tendremos una boda y que a la parejita del penalti le regalan los patrones un solarcito y una casa para que vivan los tres, y esa casa hay que levantarla…, bueno, como la iglesia que quiere la señora y tantas cosas…

Dachary tenía su lado cotilla, pero se ahorró comentarles que él oficiaría la ceremonia civil al día siguiente en Thule. Había sido un quebradero de cabeza tremendo. No había sacerdote en la isla y ambos contrayentes eran católicos. «No querían vivir en pecado a pesar de haber pecado alegremente para llegar a esa situación», pensó Dachary. Así que para que no quedara duda, al día siguiente él como capitán de barco los casaría civilmente y registraría el matrimonio nada más llegar a Francia como si se hubiera producido a bordo, y la hermana Fernanda les daría su bendición, para que las conciencias no pesaran.

—Pues ya sabéis vosotros, ¡haced un bombo a alguna y os darán tierra! —los incitó Hans.

—Cuídate tú antes de irte, no sea que des motivos para que te la tengan que dar a ti y te veas obligado a quedarte en dique seco —respondió Zarraga molesto.

Fuera los copos habían comenzado a caer dulcemente. La Noche de Paz llegaría al cabo de unas horas y Adelaide se acercó a retirarles las jarras y sugerirles que se fueran pues tenía que empezar a preparar un comedor para ciento y la madre.

—¿Cómo van las niñas? —dijo Hans—. ¿Necesita que hable con ellas?

—Van bien. Hay que dejarlas que se hagan a la idea. No las mareemos —dijo mientras limpiaba la mesa y, en voz baja y dirigiéndose a Manuel Zarraga—: ¿Puedes desearle de mi parte feliz Navidad a tu capataz?

Estaba convencida de que todos sabían de las habladurías, así que no pudo resistir la tentación de mandarle un saludo a su hombre, aprovechando que su marido estaba en la cocina. Dachary, haciendo como que no la había oído, le dio unas palmadas a Manuel en la espalda para animarlo.

—En cuanto llegue a Francia, intentaré hacerle llegar un mensaje a vuestras familias. Encontraremos el camino. Además, las noticias cada vez apuntan más a un final rápido de la guerra española. Cuando termine, podréis decidir qué hacéis e incluso traer a la isla a vuestras mujeres. No hay que desesperar y menos en una noche como la de hoy. ¡Venga, vamos! ¡Un marino siempre tiene una faena que hacer y un rumbo que afianzar!

III

Al norte la nevisca no cesaba, pero no lograba descorazonar al joven Dagur Rúnarsson, que oyó cómo la pala comenzaba a rascar sobre el suelo, indicando que su trabajo estaba prácticamente acabado. Una de las santas españolas lo observaba desde la ventana de la granja con una sonrisa agradecida. Despejarles el camino era el regalo de Navidad que su padre, Rúnar Gudmundsson, había querido hacerles a esas mujeres de Dios, aunque cierto era que lo había delegado en los fornidos brazos de su hijo mayor.

Al terminar, saludó con la pala a modo de despedida y emprendió el corto camino hacia su propia granja. Llevaba en los bolsillos algunos dulces de almendras y miel que le habían regalado las religiosas en señal de agradecimiento y el encargo de decirle al gran Rúnar que estarían honradas si querían acudir a los cantos de la víspera de Navidad. No irían. Su padre vivía como un ermitaño y apenas toleraba que sus dos hijos pretendieran hacerlo de otra forma.

Los caballos, las ovejas, la tierra, la cocina, el trabajo y vuelta a empezar al alba, o en plena oscuridad cuando era preciso. El joven Dagur Rúnarsson echó una última mirada a la ventana en la que lucía como un faro cálido la linda carita de la más joven de las monjas.

Dentro estaban todas reunidas, aposta habían enviado a Sophie y Suzzie, las dos niñas judías que habían acogido, a ordenar y limpiar su cuarto. La hermana Mercedes de la Sagrada Familia consideraba que la mejor forma de empezar su tarea docente era conseguir que se hicieran responsables de su propio entorno, a la par que les permitiría tener una conversación, que se avecinaba tensa, con la mayor claridad fraterna. La más anciana, la hermana Dolores, se mostraba poco flexible en todo lo referido a las niñas, a su religión, a la forma de instruirlas y a cómo celebrar esa extraña Nochebuena; para ella, todo esfuerzo debía conducir a la conversión, y no pensaba dar tregua a su empeño bajo ningún concepto. Su intransigencia se había extendido a todo lo que tenía que ver con el cristiano festejo.

—Hermana Fernanda del Santísimo Sacramento, debe usted ir inmediatamente a devolver esos bichos. ¿Cuándo comió usted en ninguno de nuestros conventos esos manjares? ¡Monjas comiendo langosta! ¿Qué será lo próximo? ¡Vaya, vaya y devuélvalos cuanto antes! —insistía la vieja monja señalando los crustáceos que se entretenían andando por el fregadero de piedra.

—Hermana, usted sabe como yo que esas piezas nos corresponden, como a todos los habitantes de la isla, y por eso he ido a recogerlas al vivero, lo mismo que he recogido el lote del economato a nuestro nombre. Es el pago a nuestra contribución a la comunidad, no es un lujo, sino el tipo de comida que Nuestro Señor dejó prevista por estos lares. ¿Va usted a despreciarla? —argumentó paciente Fernanda.

Cada año que habían pasado la Nochebuena en La Inexpugnable habían representado la misma escena. Este tenía el aliciente añadido de discutir por cómo celebrarla con las dos refugiadas.

—No puede dárselas a las niñas judías, recuerde lo que dice el Levítico: «Todos los que no tienen aletas ni escamas en el mar y en los ríos los tendréis en abominación». ¿Las tienen sus langostas? Ya ve que no, así que ya puede ir pensando otro menú, y tampoco estoy muy segura de que vayan a poder comer el resto de los manjares que usted ha preparado hasta que sean buenas cristianas —insistió sor Dolores con insidiosa parsimonia.

—¡Haya paz en la tierra, hermanas! Es noche de luz y de amor, no de rencillas —apuntó la joven Clara mientras terminaba de acomodar las figurillas de un tosco belén que llevaban todo el año modelando con barro rojo extraído de los lugares más recónditos de la isla.

Puso encima unas ramas de serbal de los cazadores cuajadas de bayas rojas. No había acebo en la isla, o no había sido capaz de

encontrarlo. Sin embargo, había buen barro para modelar en las proximidades de los baños termales que ella se había acostumbrado a visitar con la excusa de cumplir con esa obligación, y luego, cada vez más, por pura devoción a las placenteras sensaciones que en ellos obtenía. No entendía la joven novicia esa cantinela que duraba desde que llegaron las pobres refugiadas. Fernanda se había empeñado casi en ocultar a las pequeñas la verdadera naturaleza de esa comunidad femenina, y Dolores pretendía bautizarlas cuanto antes, si mediaba conversión mejor; si no, tanto le daba. Mercedes solo estaba muerta de emoción por ir a tener un internado lleno de alumnas del que hacerse cargo sin que le importara demasiado el tema de la religión. Era, desde luego, una materia que les enseñaría y que ellas aprenderían, como el resto, con total docilidad.

Oyeron unos cascos de caballo sobre el camino recién despejado. Clara volvió a la ventana que había convertido en su torno visual.

—¡Es el doctor y trae el sombrero lleno de nieve! —exclamó la oteadora.

El aludido restregaba ya sus recias botas en la puerta, a la par que tocaba para que le abrieran. Fernanda le agradeció la visita nada más verlo en el umbral con unas alforjas llenas. Entró Aramendi como un Papá Noel disfrazado de hidalgo honesto y cabal.

—¡Feliz Navidad, hermanas! ¡Vaya, veo que tienen esto decorado como si estuviéramos en casa! Espero que lo que les traigo les sea de utilidad.

Comenzó a sacar una botella de vino: «Un regalo de los nuevos de Thule, pero es de Rioja y se la tienen que beber», pan recién horneado en el pueblo y un exquisito faisán asado en horno de leña que estaba listo para hincarle el diente con tan solo calentarlo.

—¿Qué? ¿Qué me dicen? —exclamó ajeno a la diatriba que se desarrollaba poco antes de su llegada.

La vieja Dolores tenía cierta debilidad por el doctor y no quería pensar que era debido a que, por su edad, lo más probable es que fuera a necesitar a menudo de sus servicios. Dejó escapar una sonrisa, lo más que estaba dispuesta a ceder esa oscura mañana.

Alberto Aramendi no temía por las monjas, sabía que Fernanda siempre lograba meterlas en vereda y más tarde oficiaría un servicio litúrgico cantado —todo lo parecido a una misa del gallo que se atreviera— y más tarde cenarían y hasta cantarían villancicos con un improvisado pandero y rascando con un cubierto la celebrada botella de Anís de la Asturiana que hacía unos años habían hecho traer a los pescadores. Eran las chiquillas las que le preocupaban, porque podían sentirse más desplazadas que ninguna de sus compañeras en ese entorno y esa noche. Reparó en que, como tenían por costumbre en las festividades, las cinco monjas lucían sus negros hábitos completos, con

toca y griñón blanco, y hasta habían prendido las insignias que representaban una custodia y la sigla JHS en el impoluto babero. En la viga del comedor en el que se encontraban habían escrito: «Mi providencia y tu fe mantendrán la casa en pie».

Aramendi miró a Fernanda con inquietud.

—¿Cómo van las chicas? ¿Crees que sería mejor que me las llevara a pasar la noche con sus compañeras en la posada, o a Thule con nosotros?

—¡Tranquilo, están estupendamente! Precisamente me estaba diciendo ahora mismo la hermana Dolores que hay que tener paciencia, explicarles lo que celebramos y decirles que no tienen por qué preocuparse, solo compartir un día de alegría y regocijo. No hay criatura que no esté dispuesta a eso, ¿no cree?

El doctor se guardó sus dudas sobre el jolgorio que unas niñas podrían encontrar junto a esas mujeres. En todo caso, estaban a salvo y eso debía ser para ellas más importante que cualquier otra cosa.

—Echarán de menos a sus padres, háblenles de un rencuentro próximo y explíquenles que ustedes también tienen a su familia lejos en una guerra. Eso las hará sentirse menos culpables.

—Lo haremos, descuide. Incluso intentaremos traducirles la historia de la hermana Dolores, que no habla nada de inglés ni de francés —respondió con un guiño que el médico no alcanzó a entender.

—¡Ah, y que no se me olvide! Como no sabía si tendrían algo adecuado para regalarles, he estado rebuscando por aquí y por allá y les he traído un libro. Las ayudará a mejorar su francés y puede que saquen algún divertido paralelismo de la aventura.

Del morral extrajo una edición ilustrada de *L'île mystérieuse,* de Jules Verne, en la edición de Hetzel con los hermosos dibujos de Férat grabados por Barband, con su encuadernado en tela roja y su aparatoso antetítulo de *Les voyages extraordinaires* en dorado sobre fondo azul. No había viaje más extraordinario ni más terrible que el que habían hecho esas criaturas. Tal vez las aventuras de Cyrus y aquellos fugitivos de otra guerra lejana les resultaran inspiradoras.

—Me lo trajo hace años Dachary, precisamente por Navidad —explicó—. Creo que pasa a buenas manos y podrá ser fiel compañero de Sophie y Suzzie. Tendrán que compartirlo porque no he encontrado más lectura adecuada en mi biblioteca.

—¡Gracias por pensar en ello, doctor! Nosotras les regalaremos un par de pañuelitos bordados, pero esto me servirá para sus clases —dijo la hermana maestra.

—¿Las llama un momento? Me gustaría hacerles una revisión para asegurarnos de que tanto tiempo a la intemperie durante el desembarco no les ha dejado ninguna secuela que pasara inadvertida.

La sugerencia parecía muy razonable y la hermana Pilar del Sagrado Corazón salió diligente a buscarlas. Volvió con dos niñas de unos siete años, ligeramente temblorosas, que se le quedaron mirando con los negros ojos perdidos, vacuos, sin ninguna vida.

—*Ich bin der Doktor!* —les dijo esperando haber pronunciado bien lo que le había enseñado Hans.

Las pequeñas le dejaron acercarse dóciles y maniobrar con su estetoscopio. Sacaron las lenguas, imitando su gesto, y la exploración se produjo de una forma rápida y satisfactoria. Aramendi les dio unos golpecitos tranquilizadores en las mejillas.

—*Alles ist gut!* Todo está perfecto. De cualquier manera, si en algún momento les subiera fiebre o comenzaran a toser, no duden en hacerme llamar.

El tono profesional estaba pensado para poner fin a la visita. Sabía lo que decían esos acusadores ojos infantiles. ¿Qué hacemos nosotras aquí mientras los que queremos tal vez están muertos? ¿Por qué nosotras hemos podido escapar? ¿Y nuestros padres y nuestros hermanos y nuestros abuelos? ¿Y nuestro pueblo? La hermana Fernanda lo acompañó hasta la puerta y le sonrió con una melancolía próxima a la dulzura. Entre ellos sobraban muchas palabras, aunque esta vez él las dijo:

—Haga lo que pueda, la veo mañana en Thule.

IV

«¡No hay forma de que esas niñas se enteren de nada!». Irene estaba intentando distraerse en la *nursery,* dado que les habían prohibido andar jugando por los pasillos y las escaleras para no entorpecer la preparación de la cena y del baile. La pequeña no quería fastidiar bajo ningún concepto la llegada de Papá Noel con los esperados regalos. Celso le había contado que, como en La Inexpugnable se hacía de noche tan pronto, el trineo podría llegar en cualquier momento, así que era una temeridad andar cerca de su ruta o del abeto encerrado con llave en el salón de baile, al que el barbudo del Polo Norte llegaría por la enorme chimenea antes de que se encendiera. También le había dicho que, como le pillaba más cerca la isla que ningún otro lugar, lo más probable es que llegara más cargado de juguetes que a Ginebra. Era una gran idea que la niña no dejaba de acariciar en su interior.

La primera vez no había salido bien, pero lo volverían a intentar. ¿Esas niñas no habían jugado nunca antes de venir a su casa? Porque en aquel país del que ellas venían las niñas tendría que jugar también; si no, vaya plan.

—A ver, *nanny, díceselo* otra vez. Yo me la quedo, ¿vale? ¡*Zomos* pocas! ¡Voy a buscar a mamá para que *juebe* también!

Ada Flanner se imaginó la reacción de madame Rolzou, sin duda sobrepasada intentando organizar el festejo a la luz de las velas, si aparecía su querida hijita para arrastrarla a un corro de juegos. Decidió poner más voluntad en que funcionara. Les explicó a Inga y a Vera que tenían que permanecer sentadas en círculo con sus manitas cerradas en forma de cuenco. Después de que Irene pasara por todas ellas haciendo como que dejaba su prenda, tendrían que averiguar en qué mano había quedado esta. Las dos refugiadas la miraron con el entrecejo fruncido.

—Es mejor que empecemos y ya lo verán —dijo sentándose en la posición descrita—. ¡Venga, Irene, empieza y ya irán aprendiendo sobre la marcha!

La peque no puso pegas, a la postre su mayor empeño era cantar y hacer la ronda con su preciada piedra plana y bien pulida para engañarlas sobre dónde la depositaba; que las otras se enteraran y lo adivinaran o no le resultaba indiferente. Así que escondió en las manos su preciada piedrecita de basalto, rescatada de la desembocadura del Ibaya, y comenzó a pasar simulando que dejaba algo, o dejándolo, en las del resto de las participantes mientras cantaba:

—*Al polvorón, polvorón que está en mis manos, que está en mis manos el polvorón*. —Siguió haciendo su recorrido circular—. *Adivina, adivina quién lo tiene, quién lo tiene el polvorón…* ¿Quién lo tiene? —gritó con una risita de tunante.

Las dos niñas alemanas pusieron cara de desconcertadas, sobre todo Inga, la mayor, que no le veía la menor gracia a tener que estar encerrada jugando con una cría pequeña en lugar de refugiarse sola en el dormitorio que les habían asignado. Sola. Se estaba percatando de que, por mucho que le hubiera parecido una bicoca esa mansión tan grande y apartada, no iba a ser siempre posible alejarse de todo y de todos. Suspiró. Llegaría el buen tiempo. Tal vez entonces pudiera vagar por los campos y acercarse a ver el mar o a bañarse en el lago. «Paciencia, Inga, paciencia, es lo único que ahora mismo te puede ayudar», se dijo. Vio que la cría no le había dado a nadie la piedra, sino que la había dejado guardada en su propia mano. Así que la letanía recomenzaba: «Al polvorón, polvorón, que está en mis manos, que está en mis manos…», cantaba encantada. Era un aburrimiento seguirle la corriente pero, se dijo, en términos de agradecimiento tampoco era demasiado pedir. Pensó en la generosidad que habían tenido esas gentes y en que, aunque ella se sintiera en casa ajena, ellos la habían acogido como si formara parte de la familia. Entonces, de golpe, señaló con el dedo a la institutriz y dijo con claridad:

—*You have the stone!*

Sabía que no era cierto, pero le pareció lo correcto porque así la pequeña Rolzou pudo dar botes frenéticos mientras abría sus manitas y mostraba que las había vuelto a engañar y se la había quedado de nuevo:

—*La voilà!* La tengo yo.

Ada Flanner se dio perfecta cuenta de la reacción de la alemanita y se alegró de que hubiera reparado en que a una niña tenía que darle ciertas ventajas para que pudiera reafirmarse y ganar confianza.

—*Thank you very much, Inga!* —dijo sonriéndole.

Iba a ser mucho más fácil de lo que había sospechado. La inglesa no se planteaba las sesudas cuestiones morales que iban a hacer fracasar a las monjas, o incluso al gobernador y su esposa, en la educación de las refugiadas. Para ella lo más sagrado que tenía un niño, lo que estaba obligada a respetar, era el derecho a buscar su propia verdad. Así que lo más honesto, cuando se toparan con la cuestión, sería explicarles en qué dios anglicano creía ella, en qué dios judío creían sus familiares, en qué dios católico creían los Rolzou y, en último término, que había personas que no creían en ninguno. Ellas encontrarían su camino. De todas formas, los niños siempre lo hacen.

V

Armand comprobó que la salamandra del vestíbulo tirara bien y proporcionara todo su calor, y que la puerta del salón de baile, que iba a ser estrenado esa misma noche, estuviera cerrada a cal y canto para que las niñas, o las menos niñas, no pudieran meter las narices antes de tiempo en los regalos que se amontonaban bajo el árbol. Estaba feliz. A la luz de los quinqués de aceite y de las velas en esa Navidad, Thule había cobrado toda la fuerza acogedora de un verdadero hogar. Dejó que los perros se acostaran al calor para asegurarse de que cualquier intento de intromisión prohibida fuera proclamado a los cuatro vientos por un coro de ladridos incesante. ¡No osarían ni intentarlo!, se dijo risueño.

La nieve seguía cayendo pura como si resbalara por hilos. La noche estaba en paz. Silbando *Il est né, le divin enfant,* se dirigió hacia un reino en el que no era él quien regía sino Pauline y sus satélites, que se movían ya en una órbita loca para seguir las últimas instrucciones de la dama de las cocinas. Procuró no hacer ruido para descubrirlas en su salsa, lo que incluía, con toda seguridad, unos cuantos bufidos e imprecaciones a las extenuadas pinches. El señor de Thule quería asegurarse no de su propia celebración, sino de que el enorme trabajo de lucirse con los invitados no hubiera impedido a Pauline velar por

que los que iban a cenar en la gran mesa de pino aneja a las cocinas tuvieran todo lo que necesitaran. Silencioso, sentado en un rincón, Celso contemplaba también el ajetreo.

—*Joyeux Nöel!* ¡Qué aspecto más apetitoso tiene todo, Pauline! Quería agradecerles a todos sus desvelos para que esta nuestra primera Nochebuena sea perfecta.

—*Merci, monsieur!* Espero que todo esté a su gusto, porque tengo que reconocerle que para alguna de las recetas no he conseguido todos los ingredientes. Bajé al economato, sí, señor, y rebusqué en todas nuestras despensas pero todo todo no ha podido ser. Son recetas complejas y laboriosas.

—No se preocupe. Seguro que estará sabrosísimo. ¿Le hicieron llegar mi instrucción para que ustedes coman exactamente lo mismo, Pauline? ¿Habrá suficiente de todo?

—*Sûrement, monsieur!* Y no sabe lo que le agradezco no haber tenido que hacer dos menús, porque además con la boda mañana hubiera sido…

—¡Celso!

El aludido dio un respingo.

—¿Ha bajado ya a la bodega?

—¡Claro! Todo está preparado.

—¿Subió vino y champán también para ustedes?

—Algo de vino, pero champán no me atreví sin una indicación suya…

—¡Pues espabile y súbalo! Puede meterlo en nieve junto con el nuestro para asegurar que esté fresco, pero contrólelo, no vayamos a pasarnos y se hiele. Los veo luego en el baile.

—¡Eso está hecho!

El señor de Thule se despidió con un gesto y siguió su vagar por esa casa en la que ya le parecía haber pasado media vida. Brincó de dos en dos los escalones de la gran escalera, que lucía más noble, más espléndida, bajo los vitrales con esa iluminación antigua y entrañable. Llamó antes de entrar para no sobresaltar a Constanza, que se estaba terminando de arreglar. Volvió a conmoverse al ver su belleza y el velo de ternura que el embarazo había extendido sobre su rostro.

—Estás muy hermosa, *mon amour.*

—¡Oh, tonto, no intentes consolarme! Parezco una vaca y espero que los arreglos en el traje de noche hayan quedado bien. Afortunadamente metí en los baúles algunos vestidos que usé con Irene, solo hemos tenido que modernizar un poco este —dijo levantándose y girándose para que pudiera verla—. ¿Te gusta?

Era evidente que sabía que cuando se movía nada podía ser más armonioso que ella, «pese lo que pese», se dijo Armand.

—Dulce carga la tuya y dulce tú, *mon chou.* Estás espléndida. Voy a

ponerme el esmoquin y bajamos juntos, los invitados estarán al llegar. ¿Vigilo si ha habido problemas con las niñas?

—No hace falta. Están listas. Les hemos cosido unos vestidos de gasa con una pieza que traje pensando en Irene. Ya las verás, están preciosas ¡las tres del mismo color salmón!

—Voy a vestirme yo —concluyó besándola en el cuello.

—¡Déjate el pelo suelto, anda! —le reclamó ella.

Si eso no era la felicidad, nada podía serlo. Hermosa noche en el cabo del mundo. Solos en medio de la paz del océano, él y sus seres queridos, sus amigos y sus fieles compañeros. A salvo.

Descendieron juntos cuando los primeros aldabonazos resonaban en la entrada y Aimable Virginie abría la puerta. Aramendi y Dachary eran los primeros en llegar y se sacudían la nieve de sus abrigos antes de dárselos a la moza para que los colgara en el perchero. Ambos contemplaron en silencio a sus anfitriones mientras terminaban de bajar la escalinata con las caras doradas por la luz, como dos altos elfos que llegaran del otro lado de la realidad para recibirlos. La sonrisa de Constanza, que abrió los brazos con alegría en señal de acogimiento, los confortó. Los dos hombretones se quedaron en su presencia como dos niños expectantes ante la llegada de su regalo de Navidad. No había deseo, ni lujuria, ni envidia en sus corazones, solo el agradecimiento por formar parte de ese círculo, de ese hogar.

Constanza se acercó *pour les faire la bise.* Una, dos, tres veces apoyó su mejilla junto a la de cada uno. Armand les estrechó la mano, golpeándoles con genuina afección la espalda. Aunque no conocía demasiado al capitán, aún recordaba la tensa conversación que habían tenido en cubierta y a pesar de ello lo apreciaba por su franqueza. Con el doctor le sucedía una cosa muy curiosa: no siendo Alberto excesivamente amante de las artes, más allá de la medicina, a Armand le resultaba más y más fácil departir con él e intercambiar ideas sobre gustos literarios o musicales y pareceres políticos que con Nat Buss, llamado a ser su igual en la isla, y con el que sentía a menudo una ligera incomodidad que transformaba en inquietantes muchas de sus conversaciones.

Hicieron pasar a los invitados a una salita en la que habían dispuesto unos aperitivos hasta que todo el mundo estuviera listo para pasar a la mesa. Constanza giró la manivela del gramófono portátil que habían conservado y que ahora, con la electricidad congelada, resultaba especialmente útil. Unas canciones navideñas sirvieron para animar el ambiente y se convirtieron en la señal para que Ada Flanner bajara con las tres niñas. Justo en ese momento volvió a sonar la aldaba y los últimos invitados, el gobernador cesante Gómez y su esposa, se unieron a la reunión.

Para entrar en el comedor, los señores de Thule encabezaron la

marcha seguidos por los gobernadores españoles y la pareja formada por el doctor Aramendi y Ada Flanner; por último, el capitán le ofreció su brazo a la sorprendida Inga Stein y las dos pequeñas Vera e Irene se emparejaron haciendo monerías y cucamonas mientras seguían el cortejo con sus vestidos a juego. Cómo un marino sin equipaje se había hecho con una vestimenta adecuada era un misterio sobre el que nadie inquirió.

Los mejores candelabros de oro macizo ofrecidos como regalo de boda a los Rolzou de Saint-Gelais iluminaban la mesa. Habían convenido con Pauline que las entradas frías fueran servidas a la vez para permitir que en la cocina cenaran sin más molestia que llevar el *rôti de boeuf* cuando llamaran. En perfecta formación, sobre una mesa puesta con delicadeza, estaban dispuestas las bandejas de *oeufs durs farcis à la senora, galantine de faisan, jambon persillé, saumon froid à la mayonnaise* y *homard au gingembre.* La pequeña Irene, liberada del estricto control de Miss Flanner, que seguía ocupada en hacerle ojitos a Aramendi, se saltó las normas y rompió a aplaudir ante la vista de ese festín confeccionado con los recursos de la propia isla: los huevos de sus gallinas, el faisán cazado por Armand, el salmón capturado por los pescadores que los visitaban, la langosta autóctona y la pata de uno de los cerditos criados en las granjas del norte, dado que en Thule aún no habían conseguido tener lechones. Solo los vinos procedían del continente y dependía de la fortuna de Celso con su experimento el que en años sucesivos también pudieran consumir sus propios caldos. La conversación no tardó en animarse influenciada por la magnanimidad con la que los anfitriones los hacían correr pero, sobre todo, por el sentimiento de festiva despreocupación, de alegría íntima, de comunión que se instaló rápidamente entre los comensales. Allí estaban, en su calmada isla helada, a salvo de los hombres y en manos de la naturaleza. La tranquilidad que eso les infundía empapaba el ambiente.

—Es un privilegio tenerle aquí, capitán, lo que no sé es qué iba a ser de nosotros si decidiera quedarse para siempre, quién iba a traer hasta nosotros la vida exterior. En el fondo me da un poco de miedo que sea usted casi el único capaz de llegar hasta L'Imprenable —manifestó Armand.

—Usted lo ha dicho, casi el único. No se preocupe, hace décadas que el secreto de esta singladura pasa de unos navegantes a otros. No les faltarán ni suministros ni cartas, al menos mientras los barcos puedan seguir haciéndose a la mar.

—Nunca terminé de entender cómo es que una isla como esta puede llegar a caerse de los mapas. Me pareció una mixtificación de mister Buss cuando nos propuso venir hasta aquí, pero lo cierto, capitán, es que en sus cartas de navegación no aparece.

—La Inexpugnable fue borrada junto con la mayoría de las islas fantasma en el siglo pasado. Es una historia muy curiosa que dice mucho de cómo los navegantes han ido conformando el mundo y de los errores que se han ido cometiendo por el camino.

—¿Islas fantasma? —dijo bajito Irene.

—¡No, *ma petite,* no te asustes! Es solo una forma de hablar —la tranquilizó su padre—. ¡Pero es absurdo borrar una isla que existe! Todos estamos aquí, vivos entre las cosas vivas… Perplejos y maravillados ante la grandeza que alberga cada rincón y cada paisaje. ¡La isla existe! ¿Cómo ha podido desaparecer? —insistió el anfitrión.

—Tácito escribió que Thule fue avistada por su suegro, pero desapareció con el paso de los siglos porque pensaron que tal vez fuera otra de las islas conocidas, Islandia o las Feroe, o incluso un cabo de Groenlandia. No es el único caso, solo el más mítico. Los océanos están llenos de lugares así, islas supuestamente descubiertas que no volvieron a hallarse, que estuvieron en los mapas y luego desaparecieron, o islas que existen y no figuran en ellos aún. L'Imprenable no es un caso aislado. Fue borrada porque todas sus compañeras de siempre sobre las cartas de navegación del Atlántico Norte, Icaria, Podalida, Neome, Frislandia, Estoliland, isla Brasil o isla Buss, fueron consideradas información errónea, falsos avistamientos o territorios que se consideraron islas por los marinos y finalmente no eran sino fragmentos de tierra firme. A nadie que la conociera le interesó pelear y llevar pruebas sobre su existencia real. ¿Para qué? —expuso Dachary.

—¿Ha dicho isla Buss?

—Exactamente, y sabía que eso le iba a resultar muy sugerente. ¿Es La Inexpugnable el territorio conocido durante siglos como isla Buss? Fue un británico, el capitán Martin Frobisher, el que la divisó. Su expedición había sido patrocinada por Isabel I para explorar el Ártico; durante su último viaje uno de los barcos a su mando, el Emmanuel, afirmó haber avistado una isla inexplorada a unos 57 grados de latitud, al sur de Groenlandia, la describió como «fértil y llena de bosques» después de bordearla. Un pasajero de ese navío escribió varias reseñas afirmando que la isla se encontraba a unas cincuenta leguas al sureste de Frislandia, y así acabó apareciendo en los mapas la isla Buss. Durante el siglo XVII varios marinos volvieron con noticias de su existencia. Más tarde, con los datos proporcionados, jamás volvieron a hallarla. De hecho, al posicionarla en relación con otra isla sobre la que surgieron dudas, se acabó pensando en las cancillerías que el Emmanuel se había equivocado, que iban perdidos y vieron otra cosa, que no era una isla sino el cabo Farewell…

—Y aquí estamos, cenando sobre una entelequia —se chanceó Aramendi.

—Lo que resulta muy curioso es que esa isla equívoca se llamara precisamente Buss, ¿no? —dijo pensativo Armand.

—Son casualidades, querido, ¿o es que debemos encontrar alguna señal divina en el hecho de que el barco que la avistó se llamara precisamente como nosotros hemos decidido llamar a nuestro hijo? —dijo Constanza.

—De hecho, de esa confusión inicial deriva la cuestión de la soberanía. Alguien la introdujo en un tratado entre Francia y España porque estaba en las cartas náuticas, y sobre el papel había que repartirla. Más tarde, con su desaparición, nadie volvió a ocuparse de nosotros y aquí seguimos tan felices —remachó el gobernador Gómez —. Somos muy pequeños y estamos fuera de cualquier ruta habitual o comercial. ¿A qué sacarlos de su ignorancia?

—Pues brindemos por el error que nos va a mantener a salvo y por los marinos que lo cometieron —dijo levantándose el anfitrión—. ¡Por nuestra isla secreta, la hermosa Inexpugnable!

—¡Por La Inexpugnable! —corearon todos los adultos.

Las niñas los miraban con curiosidad mientras engullían sobre todo huevos rellenos y jamón cogido con sus deditos, aprovechando que Miss Flanner no tenía ojos más que para esos dos hombres compactos y valientes, entre los que parecía no terminar de decidirse. Si bien Dachary era físicamente más atractivo que Aramendi, no cabía duda de que el uno iba a permanecer en la isla mientras que el otro partiría pronto a surcar los mares. Hay decisiones que se deben sopesar: por una parte estaba la atracción, y por otra más pragmática, la presencia, y Flanner era una perfecta británica que acabaría por tener pocas dudas en ese campo. Ella necesitaba un hombre cerca y eso reducía terriblemente las posibilidades.

VI

En la cocina, Celso estaba desatado. Contaba chistes, reía con la boca llena y hasta hizo un amago de pellizcarle el trasero a Pauline para felicitarla por los exquisitos platos que bien regados le estaban dando la vida. A su lado, el siempre comedido Antoine Galloul no se privaba de participar en el jolgorio general que incluía las bromas típicas en la persona de Carmen, que celebraba esa noche, a la vez que el nacimiento del niño Dios, su última fiesta como soltera.

Nadie tuvo el mal gusto de recordarle su estado de buena esperanza. Alejados de la sociedad, todo resultaba natural. Un hombre y una mujer que habían engendrado una nueva vida encajaban de forma perfecta con el ritmo natural y primigenio de la isla. Ni siquiera las mujeres de la casa, preparadas durante años para señalar y

menospreciar a aquella que cayera en las redes del instinto, tenían nada que objetar a la fortuna de Carmen.

Los únicos que andaban murrios y poco volcados en la fiesta eran los dos polizones, Antonio y Manuel, que a fin de cuentas no estaban allí por su gusto, sino escondidos, y que echaban terriblemente de menos a las familias que habían dejado abandonadas en España. El ambiente navideño, la noche del amor y del rencuentro eran demasiado para un par de fugitivos a su pesar. La feliz novia se dio cuenta.

—¡Venga, Zarraga, Cabrera, animad esas caras! No estáis con la familia, pero nos tenéis a nosotros y estáis vivos y coleando. Pronto podréis volver, ya veréis.

—Si eso fuera cierto, Carmencita, sería porque los sublevados habrían conquistado lo que les falta, ¿o es que tú tienes aún esperanza en que los hagan retroceder? El propio monsieur Rolzou nos dejó claro el otro día que el Gobierno no va a conseguir ninguna ayuda de las potencias europeas. No podremos volver —masculló Cabrera.

—Ahora que os veo a todos tan contentos y que pienso en la casita que os han regalado al preceptor y a ti, yo más bien sueño con poder traer a los míos a la isla. Eso no creo que sea tan difícil, meterlos en un pesquero en Bermeo o en Lekeitio en plena noche tendría que ser posible aun mandando esos hijos de mala madre de fascistas —lo enmendó su camarada Zarraga.

—El capitán os dijo que os ayudaría, ¿no? ¡Pues basta de lamentaciones! —cortó el padre de la novia.

La alegría se desvanecía por momentos y ni Carmen ni Celso estaban por la labor. España estaba tan lejos que bien podían esa noche ignorarla, su tragedia y su sufrimiento, para centrarse en su propia felicidad. Los demás pensaban igual.

—¡Hoy es una noche especial! Pauline, ¿sabes quién vendrá al baile después? —preguntó para cambiar de tercio Aimable Virginie, que no se había quedado a celebrar Nöel con ellos en vano sino porque albergaba ciertas esperanzas.

—¡Uy, bastante gente! Los de Blackgross, por supuesto. Creo que invitaron a las monjas, pero no vendrán hasta mañana a la boda. Supongo que subirá Dupont, y están invitados también los Guruchet con sus huéspedes —contestó la cocinera emocionada por la expectativa de tanto trasiego—. Así que ya os podéis ir dando prisa con el postre porque nosotros estamos convocados para recoger regalos del árbol y no se puede hacer esperar a las niñas en una noche como esta.

Mientras hablaba, se había puesto al lío y recogía platos y vaciaba restos y se apresuraba para dejar la cocina espabilada antes de quitarse el delantal y acudir, como todos los demás, a comprobar si el

gordo barbudo se había acordado de ella ese año.

No tenía por qué temer. Cuando subieron, comprobaron que había una cierta aglomeración ante las puertas del salón y que los mastines del señor no pensaban ceder ni un centímetro hasta que su amo no les ordenara dejar el paso franco. Las niñas vibraban de expectación. No hacía falta idioma, las tres estaban nerviosas e impacientes y contagiaban a los mayores, que se tornaban niños en ese momento mágico. Cuando todos estuvieron en el vestíbulo, cuando el murmullo se convirtió casi en un tumulto, ordenó Armand que se abrieran las puertas del salón, fantástico bajo su flamígera iluminación reverberando en los ventanales que daban al lago Urdina, entonces oculto tras la nevada.

Una exclamación de maravilla recorrió a los congregados. La belleza corta el aliento sin distinción de nacimiento. El enorme abeto, cuidadosamente elegido, lucía bajo la luz trémula de las candelas colocadas a la alemana en sus ramas. La maravilla se instaló hasta en los corazones más endurecidos y avejentados porque solo la muerte nos desgaja de la ilusión. Hasta el curtido capitán vio pasar por su mente los caballos de cartón piedra y los soldados de plomo que lo habían convertido en el hombre que era.

Fueron entrando y colocándose en un mágico semicírculo que respetaba el derecho del anfitrión a hacer su magia. Y la había hecho. Irene se quedó sin respiración al descubrir la casita de muñecas que copiaba exactamente el aspecto y la disposición de Thule, y prometió convertir a cada uno de los presentes en un muñeco que recorriera los diminutos aposentos. Inga respiraba tensa mientras contemplaba el exceso y Vera envidiaba secretamente la fortuna de esa criaja rica a la que debían gratitud. Solo entonces fueron llamadas a descubrir sus propios regalos. Constanza había sido minuciosa, comprendía su desgarro. Ambas pudieron abrir sendas cajitas en las que la española había depositado sus anillitos de niña, que guardaba para Irene, pero que ahora no podían tener otro destino que los dedos de esas pequeñas despojadas de todo afecto. Los enormes ojos oscuros de las alemanas se dilataron con placer al contemplar las sortijas de oro y rojo coral y, sobre todo, al darse cuenta de que formaban parte, de que no estaban fuera de ese mundo mágico en el que habían recalado.

Fue el momento de que todos acudieran al pie del abeto a buscar sus regalos. Sonrisas. Ilusiones. Una bellísima pipa Peterson del mejor brezo oscuro, con anillo de plata, en su estuche de cuero, para que el escritor de la casa fumara con el mismo deleite que Holmes. Armand acarició la cazoleta pulida a mano y besó a quien la había hecho traer desde la mismísima tienda fundada por los Kapp en Dublín. Agradecimiento. Pauline y su bufanda de piel trenzada ofrecida sin duda por *madame.* Calcetines. Piezas de tela. Pequeños lujos con los

que sobrevivir.

Constanza esperaba tranquila la ofrenda de amor de su Armand, feliz por su parte con esa exclusiva pipa que ella había escondido desde que salieron de Francia. Pero ¿y ella? ¿No había joyas para ella? Descubrió unas labores que las mujeres habían terminado para Emmanuel, pero ¿y ella? ¿No había nada para ella? Un precioso libro de las *Mujercitas* de Louisa May Alcott para las niñas. ¿Se había olvidado Armand de ella? Fuera el silencio fue roto por unas campanillas amortiguadas por la nevada. Ya llegaban los invitados. ¿Y su regalo? Era imposible. ¿Dónde estaba la ofrenda de amor de su marido? Era terrible, pero más terrible era la aparente cara divertida de los invitados. ¿Qué estaban viendo en ese vacío?

Con un gesto teatral, Armand Rolzou de Saint-Gelais, insultantemente atractivo con su rizada melena suelta sobre el esmoquin blanco y sus gruesos labios jugosos brillando bajo las llamas, se acercó a los ventanales y en un gesto alocado los abrió a la noche. Unas risas saludaron su idea.

—¡Ven, Constance, *ma chère,* creo que a Père Noël no le cabía tu regalo por la chimenea!

Constanza avanzó hacia él con el alma ligera —ella no era Aline, ¿qué temía?— y se dejó enlazar tiernamente por la cintura antes de mirar. Bajo los blandos copos volanderos, alumbrado por teas, esperaba un flamante trineo bellamente ornamentado, del que tiraban dos caballos islandeses y sobre el que se amontonaban unas mantas de piel que no tenían otro objeto que esperarla. Alineados a un costado, los hermanos Guruchet estaban dispuestos a convertirse en sendos muñecos de nieve solo por disfrutar del asombro que su obra policromada causaba en su bella destinataria.

—¡Oh, Armand, es precioso! ¿Es para mí?

—Con la condición de que no vuelvas a pretender transitar por la isla en una moto o en bicicleta sobre la nieve. Ve ahora donde quieras y cuando quieras si me prometes tener el buen sentido de no ponerlo a una velocidad que te pueda hacer volcar.

Como una niña, la señora de Thule se puso a hacer palmas con la aquiescencia de la divertida concurrencia. No era la única sorpresa. Los Guruchet aún sacaron de su escondrijo entre los serbales dos trineos de descenso pensados para las más pequeñas. La alegría de la chiquillería se unió a la de Constanza. Casi les faltó tiempo para lanzarse sobre los campos vírgenes y los caminos para disfrutar de la hermosura de la noche en La Inexpugnable, pero las trajeron pronto a la realidad. Habría tiempo. No iba a acabarse el despótico reinado del ártico tan pronto. Habría tiempo.

Celso y Antoine pensaron lo mismo al ver los fantásticos regalos creados por los hermanos carpinteros: «Así que este era el trabajo que

les impidió volcarse en terminar nuestro pabellón para que pudiéramos trasladarnos antes». No albergaron rencor porque, solo por ver cuatro preciosas caritas llenas de ilusión, uno podía asumir la idea de soportar los ronquidos y las ventosidades del otro durante unos cuantos meses más. Ambos saltaron como un solo hombre para hacerse cargo de los flamantes obsequios navideños y resguardarlos en las cuadras y el cobertizo.

Bajo el gran abeto, los rezagados recogían sus paquetes.

—Tened cuidado y no tiréis las velas de las ramas —se preocupó el dueño de Thule al ver el frenesí que se había desencadenado por abrir los envoltorios, ahora que los señores ya habían terminado con los suyos.

Carmen desenvolvió la caja en la que *madame* había acomodado un encantador camisón de seda color manzana cortado al bies, con un atrevido escote en V, que tendría que tapar coquetamente con la bata a juego ornada de plumas. La doncella no había tenido nunca una prenda así y sabía que estaba sin estrenar. No preguntó desde cuándo ni para qué la había mantenido su patrona escondida, porque no podía prever que habría una noche de bodas y que una mujer entusiasmada se ofrecería a su marido en tan delicada envoltura. Carmen no se pudo contener y, sin pensarlo, le estampó dos besos a Constanza por el detalle. Con una lágrima pugnando por salir, se dirigió corriendo a su cuarto para ocultar lo que a Archie no le sería permitido contemplar hasta la noche siguiente.

Todos tuvieron su agasajo: hecho a mano o comprado en el continente, artificial o creado a partir de los elementos naturales de la isla; pulseras y collares de lava o prendas tejidas en suave lana de ovejas libres; nuevo o usado. Al doctor le habían confeccionado con afecto un gorro con orejeras y unos calcetines para forrar sus botas, pensando en sus cabalgadas a través de los fríos senderos. Incluso el capitán Dachary, llegado de forma tan inopinada, encontró envuelto el único ejemplar encuadernado en cuero bruñido que su anfitrión tenía de la obra de Cristóbal Colón *Journal of first voyage to America* y de la que este se había desprendido, no sin pena, aunque superada por un profundo agradecimiento al marino francés que no se arredraba ante el peligro.

La magia simple del momento quedó rota por el ruido de un motor. Los invitados de Blackgross llegaban no sin estruendo. Dentro del gran Mercedes viajaba el matrimonio Buss además de sus tres hijos, las dos niñas judías y el preceptor, que parecía abrumado por su última noche de soltero o, con mayor probabilidad, por la frenética actividad física que sus pupilos habían desatado en la banqueta trasera del vehículo, en la que él también iba sentado. «Afortunadamente —pensó Constanza—, a pesar de estar invitada, han dejado a la vieja

Buss en la cama». Era evidente que su presencia no iba a añadir ni una pizca de alegría a la velada. Tras el gran todoterreno conducido por Nat avanzaba una caravana procedente de Saint-Pierre-le-Calme en la que llegaban los gobernadores en ejercicio y el resto de los invitados del pueblo a la celebración. Los que viajaban a caballo venían con antorchas y cantando ruidosos villancicos, calientes por los vinos de la cena y por los grogs que se habían tomado antes de salir. Los recibieron con alegres gritos desde las ventanas, mientras Estrella salía corriendo hacia el vestíbulo para abrirles la puerta y recoger sus húmedos abrigos.

Constanza y Armand se miraron felices. Todo había salido como estaba previsto. Cuando su marido se inclinó para besarla con dulzura, la española no pudo dejar de sentir un pinchazo de remordimiento al pensar en los suyos inmersos en la guerra, en los familiares de las niñas a las que habían acogido, en el sufrimiento y el miedo en el que tantos estarían pasando esa noche navideña. Seguía sin saber si era justo ser tan feliz cuando el mundo se estaba desgarrando.

VII

Solo habían podido reunir unos cuantos violines —el propio Armand había desempolvado el suyo—, una guitarra, un acordeón y un par de flautas, pero los bailarines no parecían reparar en las carencias orquestales. La falta de electricidad les había arruinado la variada selección de discos de que disponían y los había obligado a componérselas como siempre se había hecho en la isla, sin artilugios. Daba igual, Pauline se había atrevido a sacar al centro del salón a Xan Guruchet y la Flanner evolucionaba elegantemente en los brazos del doctor. Las niñas bailaban entre ellas agarradas o formando corro, y el pequeño Alan Buss intentaba no pisar a Inga Stein mirándola solo a los pies, para así ahogar en una mera preocupación técnica su timidez.

El anfitrión y su vecino Nathaniel Buss remoloneaban como meros mirones siguiendo ambos las evoluciones de Constanza mientras se dejaba llevar por los firmes brazos del capitán Dachary. Un observador imparcial hubiera podido apreciar tal vez que esa visión incomodaba más al británico que al francés, pero le habría resultado imposible demostrarlo.

—Mira a las crías, no parecen estar pasándolo mal, aunque la procesión vaya por dentro. Todos guardamos siempre un hueco para la evasión —dijo Armand.

—Todo va mejor de lo que yo esperaba. Esta mañana he hecho una gira por las casas de acogida y en todas había calma y buen ambiente. Ha sido una locura, no creas que no lo sé, pero ahora que las veo a

salvo casi me olvido de todos los sinsabores —confesó Nat.

—*Parbleu!* La ascensión en la cala te tuvo que inquietar…

—¿Inquietar? Estaba muerto de miedo, aunque no parecía la mejor idea mostrarlo. Yo no soy un hombre de acción, Armand, pero llegado el caso me comporto, no tengas la menor duda.

—No puedo tenerla después de ver lo que vi, aunque para no ser un hombre de acción te fuiste a meter a la boca del lobo. ¿Cómo fue eso? A mí, que soy diplomático excedente, me lo puedes contar. ¿Fuiste dentro de la legación inglesa? ¿Quién te hizo llamar? Lo que contaste en la asamblea fue un poco básico para alguien que conoce ese mundo…

—No fue un llamamiento oficial, sino que acudí al requerimiento hecho por algunos compañeros de Oxford que formaban parte, ellos sí, de la comitiva que acompañó a Chamberlain a Múnich. No podía negarme a lo que me pedían. Toda la legación temía que los alemanes los engañaran y yo, por motivos que no hacen al caso, podía ayudarlos.

—¿Cómo que no hacen al caso, Nat? Estamos ante una situación tremendamente delicada. No creas que pretendo juzgarte, ni siquiera tengo idea de si perteneces a esa parte de la aristocracia británica que tontea gozosa con los nazis. Sabes, porque te lo he dicho, que mi postura es radical a favor de impedir la guerra sea como sea. Si fuiste a eludirla, tienes mi aprobación; si fuiste a precipitarla, entonces tendré que mostrarte mi desprecio.

—Hay algo que… No debería decírtelo, aunque ya veo que no vas a parar hasta obtener una explicación de mi presencia en la conferencia de Múnich.

—A riesgo de resultar inconveniente, no, no voy a desistir de averiguar a qué fuiste allí.

—¡Te aprovechas del efecto del champán! Pero tengo que exigirte completa reserva respecto a lo que voy a revelarte.

—La tienes plena. Me sentiré mucho más seguro sabiendo la verdad, sea esta cual sea.

—Esos compañeros de universidad saben que, aunque salí de allí siendo un crío, nací en Alemania y de padre alemán. Rudolf Glauer, así se llamaba el fugaz autor de mis días. Apenas estuvo casado con mi madre unos meses y el matrimonio se celebró, como puedes imaginar, porque yo venía de camino. Después nos abandonó y siguió con su agitada vida.

—No podía imaginarlo, Nat, lo siento, pero no termino de ver la relación con la política internacional. ¿Y por qué no llevas su apellido? ¿Es el de tu madre?

—Es largo de explicar, algún día con calma… Sobre tu otra consideración, resulta que, tras dejarnos, ha llevado una vida

aventurera y azarosa, de hecho no tengo ni la menor idea de dónde puede estar. Lo que importa es que en su época en Baviera conoció a Adolf, al que después acusó de haberle robado las ideas, motivo por el que tuvo que huir de Alemania, y puede que ahora ande dando tumbos por el mundo bajo el nombre de Erwin Torre o con cualquier otro. Mis compañeros pensaron que yo podía asesorarlos sobre la idiosincrasia y el carácter voluble y extraño de estos personajes con los que mi padre tuvo relación. Ese es todo el misterio de mi viaje. Estando allí, como ya he contado, viví la Kristallnacht y percibí en mis carnes la angustia que muchos judíos tenían por salir de Alemania o, al menos, poner a salvo a sus criaturas.

—Pero si os abandonó siendo tan joven, ¿qué puedes saber tú sobre él o sobre su relación con Adolf Hitler? No puedo seguir el hilo de tu argumento…

—No me gustaría que esta conversación se volviera desagradable. Digamos que mi madre siempre ha sabido cosas y que conservamos mucha de su documentación y sus contactos. Lo siento, Armand, no tienes derecho a exigirme nada más. Yo viajé con unos hombres que buscaban un acuerdo para evitar la guerra y ya viste que se consiguió. Si es un triunfo solo temporal, como creen muchos, no es responsabilidad mía. Hice lo que pude. No creo que sea adecuado que intentes violentarme exigiendo revelaciones de mi vida que no te competen, ni que puedas culpar de nada a un hombre que se ha comprometido en el salvamento de judíos perseguidos por ese partido y ese ser monstruosos. ¿Te ha quedado claro?

—No es una actitud totalmente transparente la tuya, aunque es cierto que te estoy forzando mucho más de lo que la caballerosidad y las normas de cortesía me permiten. Te pido disculpas. No era mi intención crear tensión entre nosotros, y menos siendo yo el anfitrión. Insisto, perdona mi impertinente insistencia.

—Estás disculpado, Armand. Comprendo tu inquietud e incluso tu curiosidad —dijo extendiéndole la mano para estrechársela y acabar de buena manera la tirante conversación.

El gesto se produjo justo a tiempo, dado que Constanza y Dachary se dirigían en ese instante, acalorados y alegres, a su encuentro.

—El honor de mi madre está en tus manos —le recordó el británico antes de saludar a los recién llegados y navegar a través del gran salón en busca de su familia con la intención firme de llevarlos de regreso a Blackgross.

Cuando Robert vio acercarse a su padre sintió que el suelo del salón se hundía bajo sus pies. La cara lo decía todo: se iban ya. ¡Y él no se había arrimado aún a Aimable Virginie! Seguía allí, pegado a su madre como un pasmarote, mientras la lozana muchacha le daba palique a ese marinero medio tudesco que había traído a las crías. Lo

cierto es que no se había atrevido. No era tonto. Sabía lo que habría dicho su madre si hubiera osado pedirle un baile a la pinche de las cocinas de Thule. No era conveniente ni aceptable, y él lo asumía, pero no podía olvidar la tersura de su carne y esa dulzura rendida en sus labios. «La besé tantas veces bajo el cielo infinito», recitó, y su cuerpo reaccionó a la llamada de su recuerdo. Oía a su padre explicarle a su madre por qué debían irse —era muy tarde para las pequeñas, Archie Mauger tenía que descansar, él mismo estaba agotado—, y el corazón se le embalaba sin darle una respuesta a su deseo de hacerse visible para Aimable Virginie.

Era tan joven que no sabía que ella sí sabía. No había dejado de sentir ni un segundo su mirada apasionada sobre su cuerpo. Precipitarse equivalía a estropearlo todo. Bajo ningún concepto se le hubiera ocurrido a la molinerita enlazar su deseo con el del jovencito Buss en las narices de sus padres. Pero cuando vio la desesperación en su cara porque lo arrastraban hacia la salida, le mandó un beso imperceptible, lo apuntaló con un leve gesto que al jovencito le hizo el mismo efecto que una carta de indulto. Lo buscaría. La buscaría. Se encontrarían en algún lugar bajo el cielo mudo de La Inexpugnable.

VIII

¿Por qué, por qué, Señor, se metería ella siempre en esos berenjenales? A Constanza le dolía levemente la cabeza y tenía mucho mucho sueño, pero no le quedaba otro remedio que emperifollarse para honrar la boda de la que había sido su fiel compañera desde aquellos años de adolescente en el internado. ¡Carmen se casaba! No dejaba de estar contenta de que su doncella, atrevida y bonita, hubiera pegado un brinco de tal magnitud en la escala social, de que se hubiera prendado de un buen partido, más por su cultura que por su dinero, pero un buen partido a fin de cuentas. ¡Su madre estaría contenta cuando la noticia llegara a Álava! «Aunque poner la ceremonia al día siguiente del baile ha sido excesivo y muy optimista», se quejó internamente. Estaba baldada, pero acompañaría en su felicidad a la novia sin que nadie reparara en ello.

Sentada ante su coqueta, terminaba de retocarse cuando Armand llegó anudándose la corbata. Ella, que lo conocía bien, apreciaba los leves estragos del cansancio en el amado rostro, que no parecía ajado sino tocado de una aureola de misterio romántico muy apropiada para el poeta que habitaba en él. A pesar de que le daba mucha pereza iniciar una conversación, supo que tenía que comentarle a su marido la inquietante charla que había tenido con el capitán mientras bailaban. La había convencido con su clara y fría exposición, sin lugar

para alquimias ni emociones, puro pragmatismo, y, no podía olvidarlo, genuina preocupación por lo que fuera a sucederles a todos ellos.

Estaba segura de que Dachary la admiraba. No se atrevía a darle otro nombre a esa mirada respetuosa e insistente con que la obsequiaba, pero tampoco podía confundirla con indiferencia o mero instinto social. Eran cosas que pasaban, que le pasaban a ella con asiduidad, y en las que ni un embarazo interfería. El Dachary afectuoso o rendido o subyugado no había coqueteado con ella, sino que había aprovechado ese momento de intimidad para plantarla ante la vida real. Que la guerra era segura no lo dudaba —le había dicho el marino—, que la isla no fuera a ser afectada por ella le producía en cambio un gran recelo, y en consonancia con esos temores había preferido alertarla. Tal vez sabía que Armand podía revolverse contra sus predicciones y ahora sería la amante Constanza la que se lo tendría que contar.

—¿Cómo ves el nudo? —preguntó coqueto.

—Está perfecto. ¡Deja de darle vueltas!

—Estoy medio dormido, no es otra cosa. Ayer la fiesta se prolongó más de lo que esperábamos. ¡La habría dado por terminada antes, pero se te veía tan entusiasmada en tus evoluciones con el capitán!

—No seas malo, Armand.

—No lo soy, *ma petite,* es que es obvio que le gustas.

Era una broma socorrida entre ellos. Era tan difícil que uno de los dos dejara de recibir admiración que se había convertido en una costumbre bromear al respecto.

—Tuvimos una charla muy interesante y muy poco galante.

—Eso no me extraña del marino…

—Verás, el capitán coincide contigo en que el estallido de la guerra está próximo.

—Como toda persona informada y con dos dedos de frente, por otra parte.

—Sí, pero él quería alertarme de las posibles consecuencias para que tomáramos las medidas necesarias a tiempo.

Armand frunció el ceño, como Constanza había previsto.

—¿Tomar medidas? Esta isla a todos los efectos no existe. No hay guerra posible. Estamos al margen, fuera, a salvo. ¡No entiendo a qué viene alarmarte con cosas que no van a suceder! ¡Verás cuando me lo eche a la cara!

—Escucha y cálmate. Él sabe que no habrá guerra en la isla. No se trata de eso. Lo que hizo anoche fue recordarme que Hitler intentará pronto o tarde doblar la mano de los británicos y que, para lograr poner en apuros a Inglaterra, que es una isla, no le quedará otra que bloquearla por mar.

—¡Estupendo! Nosotros no estamos en Inglaterra, sino a casi mil millas de allí.

—No te ciegues, cariño. Él solo recuerda que al final de la Gran Guerra los alemanes plantearon que, para hacer caer a Inglaterra, tenían que hundir su flota mercante más rápido de lo que ellos fueran capaces de reponerla. Me habló de las pasadas campañas de unos submarinos que hoy son mucho más modernos y eficaces que en tiempos de tu padre.

—La Inexpugnable está fuera de las rutas comerciales, es más, está alejada de cualquier ruta —respondió seco.

—Lo está, pero dice Dachary que, si se desata la guerra en esos parámetros, a un mercante puede resultarle una odisea salir a mar abierto, más allá del área británica, y, por tanto, puede ser más difícil que llegue después hasta nuestra isla, ¿me sigues?

—Bueno, sí, claro. En una guerra naval de esas características, salir de La Rochelle para llegar aquí puede ser más complicado, desde luego. Entiendo que el capitán lo plantee así…

—Exacto. A eso se refiere. Por eso me ha sugerido que, antes de que se desate el conflicto, acumulemos todos los suministros que podamos: gasolina, carbón, piezas de repuesto, conservas, en fin, todo lo que se nos ocurra por si la conexión con el continente se complica.

—Hasta ahí lo veo razonable.

—También considera que deberíamos usar los meses venideros para mejorar las relaciones comerciales con algunos puertos de Canadá y Estados Unidos, por si tenemos que interrumpir las ventas de langosta a Europa…

—Diría que tampoco es descabellado —aceptó Armand.

—Pues ¡ya está! Solo me alertó de que todos los esfuerzos de los habitantes de la isla deben dirigirse en los próximos meses a procurar ser autosuficientes. Él sabe que debemos hacerlo de forma comunal, aunque yo creo que nosotros podríamos añadir un impulso propio para Thule, ¿no crees? Y aunque no le dije nada, es evidente que deberíamos hacernos traer efectivo en dólares y algún otro valor no depreciable.

—Aprovechando el viaje de nuestras madres, por ejemplo.

—Por ejemplo, sería de lo más discreto, y de vuelta deberían llevarse los originales que puedas terminar para entregarlos a tu editor, por si acaso…

—*Au cas où…,* claro —terminó él.

La española se quedó tranquila, la semilla había sido plantada. Ahora solo tenía que dejar que Armand la rumiara a su manera y buscara la forma de someterla a los designios de Buss y del resto de los isleños. Ella, por su parte, encauzaría los esfuerzos domésticos hacia ese fin. Si la guerra llegaba, Thule tenía que ser capaz de

resistir. Se ocuparía de lograrlo aunque tuviera que ser a espaldas de *monsieur*.

Abajo sonaban los primeros ruidos nupciales. La monja había llegado. El capitán Dachary se hacía oír con su voz ronca en el vestíbulo. Señales de Celso nervioso recorriendo la casa sin ton ni son. Gritos infantiles y la severa voz de Miss Flanner. Era hora de bajar y ejercer como anfitriones y testigos del enlace.

Habían abierto la puerta corredera entre las dos salas de la planta baja y Pauline y las chicas se habían encargado de decorarlas usando rojas ramas de arce combinadas con otras verdes de picea, amarradas con generosas cintas de satén blanco, sacadas de viejos camisones de Constanza. Casi todas las sillas de la casa se habían dispuesto en filas y en la chimenea ardía un fuego alegre y hogareño en honor a los futuros esposos. En la cabecera de la sala cuchicheaban sor Fernanda del Santísimo Sacramento y Gilles Dachary poniéndose de acuerdo en los detalles de la inusual ceremonia que iban a crear casi sobre la marcha y en la que los poderes de ambos eran virtuales, como virtual era el barco en que se hallaban o el sacramento del orden sacerdotal de cuya marca indeleble ella carecía.

Justo en ese momento llegó el novio acompañado por las gentes de Blackgross. No faltaban sus pupilos, asombrados de lo que iba a suceder. ¿Qué iba a pasar con ellos? Tenían claro que continuarían dando clases con Mauger, pero sobrevolaba sus cabezas la idea de obtener más libertad cuando cada día se fuera a casa con su esposa. No más broncas por reír o pelear o leer por las noches. Archie Mauger había intentado componer un rictus serio y circunspecto, acorde con la gravedad del paso que iba a dar, pero no era posible adecuar tal empeño a su rostro travieso salpicado de pecas y sus despiertos ojos verdes que brillaban de alegría tras la formalidad impuesta.

Buss y sus gentes ocuparon una de las primeras filas mientras el novio quedaba al pie de la escalinata, acompañado por Aline, que iba a entregarlo en oficio de madrina, a la espera de que bajara la novia. Había sido Constanza la que había sugerido que resultaría más elegante que Carmen se vistiera en la *nursery* y descendiera acompañada por Celso, en lugar de hacerlo en su habitación junto a las cocinas.

Así lo hicieron, con toda dignidad. El padre procurando no entorpecer los pasos de su hija, morena y lozana, altiva con su vestido de encaje negro, adaptado de un traje de noche de *madame,* y tocada con el velo negro de misa que había guardado con todo cuidado desde sus años mozos en Salinillas de Buradón. Nunca soñó usarlo para casarse con un irlandés cerca del Polo Norte. La vida casi siempre es más extraña de lo que nos es dado imaginar. El mayor de los chicos Buss los acompañaba en solitario con su violín, con el que procuraba

excederse, lucirse, crecerse, ya que era consciente de que en alguna de esas sillas estaría sentada la dueña de sus deseos, Aimable Virginie.

Cuando llegaron a la altura de lo que debería haber sido un altar, se detuvieron expectantes. Los dos novios se encontraron juntos y solos ante lo que iban a hacer. Todos los demás eran solo comparsas, testigos, notarios. Se miraron a los ojos y se dieron el sí verdadero, antes de que los celebrantes les preguntaran nada, antes de que nadie les oyera pronunciar una sola palabra.

Una monja revestida al completo y un capitán con su uniforme los esperaban allí. Dachary fue el primero en hablar:

—Queridos contrayentes, la antigua expresión de los marinos franceses sobre los poderes del capitán, *Seul maître à bord après Dieu,* ilustra por qué dejaré que los primeros pasos de esta ceremonia los dé su única representante aquí. Posteriormente procederé a recordaros los artículos del Código Civil y firmaremos el acta que, como notario acreditado en la mar, depositaré en un registro francés en cuanto arribe a puerto.

Dio un paso atrás y dejó a la monja tomar las riendas. Ella no hizo ninguna referencia a la anómala circunstancia de que fuera a celebrar el sacramento, sino que directamente inició la breve liturgia que, ante tanto público, no iría bajo ningún concepto acompañada de una eucaristía. Había cosas que era mejor que algunas gentes no supieran, y eso incluía al picajoso señor de Blackgross. Tras darles la bienvenida, le hizo un breve gesto a Constanza para que se acercara a realizar la primera lectura. Circunspecta, se acercó con una Biblia en las manos y comenzó a leer. No lo hizo solo para la pareja, lo hizo con todo su sentimiento, con toda su emoción, y nadie dejó de darse cuenta de que a la par renovaba sus propios votos con Armand.

—«Mi amado es para mí y yo para él. Ponme como sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo. Porque el amor es fuerte como la muerte; el celo, obstinado como el infierno. Sus saetas son saetas de fuego. Las grandes aguas no pueden apagar el amor ni los ríos arrastrarlo». Palabra de Dios.

—Te alabamos, Señor —contestaron.

Fue entonces el turno de la hermana, que leyó el Evangelio según san Marcos, «Y no son dos sino una sola carne», sin que después añadiera nada, ni una prédica, ni un sermón, ni unos consejos sobre un camino en compañía que ella desconocía. «¿A qué añadir nada si ni la divina palabra puede guiarlos?», pensó. Solo se atrevió a recordarles que ella no suplantaba a nadie, eran ellos los que ante Dios se consagraban como marido y mujer.

Los anillos se ensartaron en los dedos. Los votos fueron pronunciados. Los síes, contestados. El beso, dado. El acta, rubricada.

No hubo pétalos de flor que arrojar en una isla helada.

11

I

Los patines del trineo chasqueaban hendiendo la nieve dura a lo largo de la Ruta Grande. El silencio rompía en notas de viento helado y espumas deshechas contra las rocas y acompañaba la marcha vertiginosa del trineo nupcial. Sentados sobre él, Archie y Carmen se dejaban conducir por Antoine hacia La Guarida, donde se había dispuesto que pasaran su extraña luna de miel. El preceptor no se quejaba, los Rolzou habían sido generosos con el ofrecimiento y la prueba última era la cesión del nuevo juguete que ni su dueña había llegado a estrenar. Así que inauguraba la pareja transporte y mantas de piel y brillantes campanillas que sonaban por la velocidad y por los baches cuando los dos caballos islandeses se embalaban sin reparar en que portaban una preciada carga detrás. Acarició bajo la cobija la tensa tripa de su mujer y sintió el peso de todas las responsabilidades. ¿Cómo atender su trabajo y desplazarse cada día desde allí a Blackgross y, sobre todo, cómo iba a llegar Carmen a Thule con su embarazo y sobre senderos helados? ¡Un hijo! ¡Un hijo perdido en el océano bajo un viento helador!

Desde el verdugo de lana, unos ojos castaños de curvadas pestañas lo miraban con arrobo. ¿Qué importaba? De alguna manera lo conseguirían. Procuró disfrutar de la sensación de ser conducido por ese camino que parecía tan distinto en aquella tarde de Pascua de cuando él lo transitaba en bicicleta. La oportunidad de residir unos días solos en la cabaña había sido muy envidiada por el resto de los trabajadores de Thule y es que nadie sabía que justamente allí había sido concebido el fruto de su osadía y que ambos acudían por primera vez sin esconderse al que había sido su nido de amor clandestino durante meses.

Antoine soltó una de las riendas para señalarles con la mano el letrero semienterrado por la nieve que indicaba la proximidad de La Guarida. Giró a la izquierda para coger el sendero con demasiado brío

y el trineo se desestabilizó ligeramente. Archie Mauger dejó oír una exclamación —*Attention, Antoine!*— que el suizo se tomó a bien dadas las grávidas circunstancias de su pasajera. El grito estentóreo no alcanzó a perturbar a ser vivo alguno. La isla estaba dormida, la vida agazapada, esperando morosa el más mínimo atisbo de deshielo para volver a bullir. Solo ellos, incautos humanos, pretendían dominarla con sus escandalosos artilugios que la paciente naturaleza parecía simplemente tolerar.

Con un breve movimiento de muñeca sobre las riendas, Antoine clavó el trineo frente a la puerta de la cabaña. Un estrecho sendero había sido abierto para hacer practicable la entrada. Otro agradecimiento más que la pareja debía seguramente al propio Celso o tal vez a uno de los polizones. Todo estaba aguardando su feliz llegada. ¡Hasta la chimenea estaba encendida! Eran las cinco y los últimos haces de luz se sumergían en el acerado horizonte. Silencio, hielo y oscuridad.

—¡Gracias, Antoine! Ahora date prisa en regresar, no sea peligroso hacer marchar este trasto cerca de los acantilados cuando no se ve ni a jurar —lo despidió Carmen.

—*Pas problème, regardez!* —dijo el suizo, que sacó una caja de fósforos y encendió los dos fanales que el trineo llevaba a ambos lados y en los que los enamorados no habían reparado—. Con esto y el instinto de los caballos, no habrá ningún problema.

El trineo se perdió en las sombras y ambos quedaron frente a frente. Archie miraba con ternura a Carmen, que construía sus castillos de felicidad futuros mientras él se preguntaba si lo que habían levantado en la excitación de las sombras sobreviviría a la luz, la domesticidad y las rutinas de la licitud. Aún tenían como puerto seguro el deseo y hacia él inició la singladura esperada el joven irlandés.

Esta vez llevó en brazos a Carmen a la habitación principal de La Guarida, la que nunca habían osado hollar con sus caricias, la que ahora les estaba destinada y en la que las mujeres de Thule se habían ocupado de extender aromáticas ramas secas sobre la mullida colcha de raso. Amó con ternura el cuerpo tensado por la fuerza imparable de su semilla y después se tumbó y encendió un cigarro deseando que ese acto casi debido disipara la nebulosa de sensiblería que era indisociable del acto mismo del matrimonio. No es que el irlandés fuera insensible, es que se rebelaba contra la lasitud impuesta que ella llamaba romanticismo.

—¿Qué te pasa, Archie, no estás a gusto? ¿No estás contento de que todo esté ya arreglado? Te noto raro…

—¡Qué va!, pero no querrás que hagamos como si fuera nuestra primera vez, ¿no? —Rio el joven.

—Es nuestra primera vez como marido y mujer, y para mí eso es importante.

Archie se abstuvo de decirle que tenía sus dudas respecto a que esa afirmación fuera buena más allá de los límites de La Inexpugnable, ni en la tierra de los hombres ni el cielo de los dioses. A fin de cuentas, le daba exactamente igual. Era un irlandés férreamente católico de cara a sus anglicanos empleadores, pero eso era consustancial a él, como la mata roja de pelo o las pecas y los ojos verdes. Nada grave en esencia. Algo llamó su atención de pronto en el exterior, un enrojecimiento, un reflejo de llamarada. Se acercó desnudo a la ventana mientras Carmen se regocijaba al mirarlo en la inmensa suerte que había tenido.

—¡Es impresionante, Carmen! Es una aurora de sangre. ¡Ven y mira! Es como si los dioses se hubieran manchado los dedos para teñir después el cielo…

—¿Teñirlo de sangre? —respondió ella desnuda a su lado—. No parece un buen presagio. No lo fue en mi país.

—Es hermoso —dijo su hombre.

—Es temible —respondió ella.

Archie Mauger ardía en deseos de salir a saludar ese cielo, pero sabía que no podía llevar con él ni a Carmen ni a su hijo.

—Pasó ya el año pasado en España. Antes de venir lo supe. Sangre en el cielo. Fue el 25 de enero, lo publicaron los diarios. El cielo se tiñó de sangre en plena guerra y muchos pensaron que era el fin del mundo, y ahora aparece en nuestra luna de miel…

—Qué atraso, Carmen. ¿Sabes lo que dijo entonces *The New York Times*? Los dejó en ridículo: *Aurora borealis startles Europe; people in fear, talk fireman.* ¡Llamando a los bomberos! Nos reímos de eso bastante antes de que llegarais. Sobresaltarse es libre, y la superstición, una carga. Lo que ves es un fenómeno que se produce raramente, pero natural y hermoso. Voy a salir a verlo.

—¡Oh, Archie! Es horrible, hace frío y vete a saber tú las consecuencias de exponerte a esas luces…

—¡Carmen! Dime que no me he casado con una ignorante que descree de la ciencia.

Ella calló mientras él se vestía.

—Es solo un momento. Voy a salir al camino para verla mejor. Quédate aquí calentita y, sobre todo, no llames a los bomberos —dijo con un guiño mientras se dirigía a la escalera para alcanzar la puerta de entrada.

Carmen se sintió despojada. ¿Qué podía haber en la vida preferible a estar rozando su piel al amor de una chimenea? La puerta de La Guarida se cerró y la española hizo lo que él debería haber previsto: se incorporó y se vistió a su vez para salir con su amado al exterior. Nada sin ella. ¡Maldito cielo de sangre! El frío la enervaba y a pesar de ello

se decidió.

Bajó la escalera, ridícula con su lencería de novia y unas botas forradas, y se echó encima el abrigo y el edredón de plumas que había sobre la cama. Al abrir la puerta sintió el aliento glacial de la isla. No se arredró. El alero del pórtico de madera la mantenía a cubierto de los traicioneros carámbanos y desde él podía ver al hombre caminando por el sendero. No iba Carmen a admirar las ensangrentadas luces del norte sino a contemplarlo a él, a su Archie, caminando solo bajo ese cielo casi demoníaco. Lo divisó allí en medio, con los brazos alzados en cruz y mirando extasiado al horizonte. ¿Estaba poseído o enajenado? Al comprobar cómo se alejaba por el sendero, ella sintió hasta qué punto podía apartarse de su vida. Bastaba con algo nuevo, una pregunta que responder, algo nuevo que desbrozar. Se sintió terriblemente sola con el misterio del hijo en el vientre, el único que a él no parecía urgirle desentrañar.

Cuando él giró un recodo del camino, ella se acercó a la baranda del porche para no perderse sus evoluciones bajo el cielo bermejo y la nieve manchada de extrañeza. Apartó el banco y se aproximó todo lo que pudo para no perder visión. Un brusco crujido la atrapó. La pierna izquierda se deslizó en una sima de astillas y madera podrida y el dolor se adueñó de ella. Quiso gritar e imaginó el sordo enfado de Archie por haberle desobedecido. Decidió aguantar un poco a que volviera, allí quieta, con la pantorrilla arrebatada por un hueco oscuro que la lastimaba. Intentó extraer la pierna lacerada, pero no fue capaz. Singular noche de consumación. Ante el dolor, finalmente se rompió en sollozos que competían en la noche con el zumbido sordo de la aurora, que crujía y silbaba sobre su cabeza de forma apenas perceptible.

Acabó gritando desgarradoramente.

—¡Archieeeeee! ¡Archie! ¡Socorro! ¡Vuelve, por favor!

Las lágrimas se helaban sobre su rostro de Dolorosa durante lo que le pareció una vida entera. Al abrir los ojos, entrecerrados por el sufrimiento, el rostro amado ya estaba a su lado, preocupado, ansioso, olvidado de las malditas luces, justo como ella necesitaba.

—¡Oh, Carmen, te dije que te quedaras al calor de la chimenea! ¡Mira qué desastre! La madera rota se te está clavando y para sacar la pierna sin dañarte más voy a tener que romper el resto del tablón.

Retiró con el dorso de la mano las lágrimas de su cara y la besó para animarla. Solo entonces partió hacia la caseta de aperos a por un hacha con la que desbloquear la pierna sin lastimarla. La noche roja se había trocado en sangre tibia y real. Volvió raudo y tuvo buen cuidado de situarse de forma que el filo tuviera difícil herir la pierna amada. No dijo nada, pero sudaba de miedo. Poco a poco fue astillando y rompiendo la madera alrededor hasta poder introducir sus brazos para

ayudarla a sacar el miembro herido.

—¡Ya tengo tu bota!

—¡No noto que me hayas cogido el pie, Archie! —dijo aterrada pensando que su nervio estaba muerto, que ya nunca podría volver a ponerse en pie ni pasear a su hijo.

Sin inmutarse, él siguió tanteando.

—¡Ahora, ahora me has tocado!

Cuando logró liberarla, la cogió en brazos y la metió en casa. Desgraciadamente nadie había pensado en dejar un botiquín en la cabaña. Cogió agua para lavar la herida, que era profunda pero no llegaba al hueso, y la desinfectó usando una botella de licor que encontró en el salón. Carmen aullaba. Archie hizo jirones una de las toallas y la vendó lo mejor que pudo. La obligó a que bebiera un té caliente con un chorro del whisky que quedaba y la tendió sobre la cama de la planta baja maldiciendo la hora en la que había usado la bella aurora para alejarse del asfixiante empalago nupcial en el que su mujer se regodeaba.

Estuvo un largo rato a la cabecera, acariciando sus cabellos de la forma más tierna que supo, y esperó a que el calor y la calma la precipitaran en brazos del sueño. Solo cuando estuvo seguro de que dormía, se permitió ocuparse de algo que le intrigaba desde el rescate, ese bulto frío y húmedo que había confundido con la superficie de una bota. Salió de nuevo al exterior y, sin la preocupación de la mujer herida, enseguida lo encontró y lo sacó para llevarlo al interior de la cabaña. Era un simple bulto de hule, atado con un cordel corriente, rectangular y no demasiado grueso. Al entrar, Carmen gemía débilmente pero aún dormía, así que fue hasta la cocina a cortar las ataduras y desenvolver el enigmático tesoro que alguien había escondido.

No supo decirse si le sorprendía su hallazgo. Era un cuaderno de hule lleno de menudas y nerviosas anotaciones en inglés. Era, no le cupo duda, el diario de Eliza Conder, la primitiva dueña de la cabaña. Se quedó con él entre las manos, temeroso de abrirlo y de leer lo que, estaba casi seguro, no quería saber.

Aun así, pasó la noche en vela, su falsa noche de nupcias, lejos del tálamo y cerca de la respiración agitada de la esposa, pasando las páginas dolientes de Eliza, que eran el espejo invertido de las penas de Aline, la topografía extraña de la inusitada maldad de Nathaniel Buss o la constancia de la maldición que arrastraban hasta el fin de sus días los hombres como él.

II

Carmen no tenía muy claro qué había sucedido durante ese corto paréntesis en sus vidas que debería haber sido perfecto o que tal vez lo hubiera sido sin que ella lo supiera. No tenía nada concreto por lo que expresar queja si no era la fea herida que ella misma se había buscado, y, sin embargo, un instinto primario y profundo le decía que todo debería de haber transcurrido de otra manera. Archie parecía distante, a la par que se había volcado en cuidarla a pesar de lo insensata que había sido su decisión de vigilarlo porque sí, sin motivo real, por mera experiencia de control. Le estaba bien empleado. Nunca más intentaría imponerle su presencia cuando él buscara soledad, dado que su marido —¡qué raro se le hacía llamarlo así!— era un irlandés reservado y juicioso al que había que permitir que gestase sus reflexiones en paz, aunque fuera bajo una luz del diablo.

De vuelta en Thule, la señora se había apresurado a llamar al doctor y a regañarlos por no haberlo hecho antes. Era obvio que la cura de Archie había sido efectiva, aunque era preciso que un médico diera el visto bueno al estado general de una gestante que estaba a punto de salir de cuentas. Mientras Carmen se sometía al revuelo y las preguntas con segundas y llenas de sobrentendidos del personal de la cocina, Archie pidió ver a Constanza. Su dolorida mujer se estremeció un poco cuando lo dijo, hacía tiempo que sospechaba que él no iba a aceptar que fuera la nodriza del hijo de los Rolzou ya que, según le había dicho, lo encontraba humillante.

No era eso lo que ocupaba la mente del joven esposo. Cuando entró en la biblioteca, donde lo esperaba la señora de Thule, iba dispuesto a contarle lo que había descubierto y a advertirla de los riesgos que podía correr ella misma. Algo que Carmen no podía sospechar ni de lejos, puesto que él la había mantenido al margen de su hallazgo, leído a hurtadillas, con un interés creciente que lo había apartado del verdadero objeto de esos días de falso viaje de novios en La Guarida. Probablemente era la lejanía que su mujer había advertido y que se había abstenido de comentar. Nadie quiere oír en su luna de miel que una mujer fallecida y otra inalcanzable ocupan día y noche los pensamientos del novio, y, ante esa evidencia, Mauger había preferido callar.

Cuando comenzó a exponer el motivo de su visita, comprobó, no sin cierta perplejidad, que a Constanza no le parecía chocante que la hubiera elegido a ella para hablarle del legado secreto de Eliza Conder. No solo no le pareció extraño, sino que lo asumió con toda naturalidad. Desde la revelación hecha por Aline, la española sabía que algún día su destino se vería cara a cara con el de la malograda británica y, al parecer, ese momento había llegado. Escuchó con serenidad el relato del hallazgo y se preparó inconscientemente para penetrar en el secreto de una muerte que impregnaba desde entonces

el ambiente de la isla.

Mauger, nervioso, sobeteaba el ajado cuaderno de negras cubiertas mientras se decidía a arrancar. Afortunadamente, la curiosidad de ella estaba presta a espolearlo:

—¿En qué época comienza el diario? Siempre me ha interesado sobremanera entender cómo se decidieron los Conder a construir una casa en la isla y cómo conocieron a Buss…

—No es, en mi opinión, eso lo más importante que revela su lectura, sino el relato de las horas previas a la muerte de Eliza, que resulta tremendamente clarificador y hasta espeluznante.

—Ya sabe, Archie: «Comienza por el comienzo y cuando termines de hablar…, te callas» —dijo sonriente y pensando en lo que hubiera aplaudido Armand lo oportuno de la cita.

El preceptor sonrió asintiendo mientras hacía el gesto de retirarse un imaginario sombrero.

—Allá vamos. Respondiendo a su pregunta: fue cosa de Eliza y Nat, el diario abarca esa época inicial, aunque luego tiene lagunas y periodos vacíos. Nat conoció a Eliza en Londres y la sedujo de una forma al parecer encantadora, sin importarle lo más mínimo sus respectivos estados civiles. Se veían, comían juntos, hablaban de literatura, de arte, de lo divino y de lo humano. Al principio Eliza solo veía en él a un amigo que le permitía recorrer territorios íntimos a los que el más prosaico Clive no podía acompañarla. Hasta que un día que habían quedado para tomar un inocente té ella escribe después: «Se quitó los lentes para limpiarlos y al mirarlo me di cuenta de algo en lo que no había reparado, en lo guapo que parecía, en la carnalidad de sus labios, en la nariz de forma perfecta y en la virilidad de su rostro. A partir de ese instante su voz dejó de ser el contenedor de reflexiones más o menos acertadas para pasar a acariciar con su tono profundo lo más íntimo de mi entraña de hembra». Cuando lo leí me quedé pensativo porque yo nunca hubiera pensado…, es decir, *madame,* ¿usted cree que Nat Buss es tan atractivo?

Constanza no quiso precipitarse en la respuesta:

—Sí y no. No creo que ni yo misma pudiera hacer una descripción más acertada que Eliza Conder en sus memorias íntimas. Esto no se lo he contado a nadie, mister Mauger, ni siquiera a mi marido, pero esa ambivalencia y esa especie de revelación de la profunda sensualidad de Buss la tuve en el instante mismo en el que desembarcamos en el puerto. Me pareció demasiado bajo y de estructura pesada cuando lo vi de lejos al arribar. Un inglés compacto de ojos claros y deslavados y pelo cortado a cepillo y, sin embargo, unos minutos más tarde, mientras me hablaba, reparé en esos mismos detalles que relata Eliza. Solo que en mi caso fue apenas un destello. A mi lado estaba el hombre más atractivo que una mujer puede imaginar; Armand eclipsa

a Nat, y esa ha sido mi sensación durante todo este tiempo. Luego, claro, fui conociendo su faceta oscura y eso terminó de alejar su figura de mí. ¿Le he contestado suficientemente?

—Ha sido usted perfectamente clara y se lo agradezco. Bien, pues Eliza Conder tuvo menos suerte que usted y cayó bajo su embrujo. Ella misma se describe enfebrecida y ajena a todo riesgo siguiendo el loco rastro de Buss a horas y en ocasiones en las que ponía en claro peligro su matrimonio. Lo peor llegó cuando él le notificó que tenía que volver a su extraña isla y que no les quedaba sino despedirse para siempre, a menos que…, a menos que lograran la forma de que ella se fuera a vivir también allí.

—Y entonces ella emprendió una cruzada para conseguir convencer a su marido de que era buena idea mudarse a un lugar perdido del Atlántico Norte, ¿no es así?

—Sí, pero no de una forma tan sencilla como usted la presenta. Eliza dudó durante un tiempo, casi estuvo dispuesta a decirle adiós para siempre con la intención de continuar con su tranquilo y sensato matrimonio, pero cuando se dejó ir y le manifestó a Buss su empeño en seguirlo, el propio Nat colaboró en una especie de seducción a dos para convencer a Clive Conder de que construyera una casa en La Inexpugnable en unos terrenos que él mismo le vendería. Los invitó a visitar Blackgross y, una vez aquí, ya se puede imaginar, la belleza de la isla y los embelecos de su mujer convirtieron a Conder en esclavo de los deseos adúlteros de la pareja.

—Eso cuadra con la idea de un plan establecido y con la carpeta de recortes que me mostró Aline y que perseguía la vida social de los Conder en Inglaterra.

—¿Se la enseñó? Entonces usted ya sabe…

—Sí, sé y he comprobado que Eliza Conder y yo somos físicamente bastante similares. Un patrón en los gustos de un maniaco enfermizo, al parecer.

—Esta conversación está siendo más fácil de lo que pensaba, madame Rolzou, porque yo pensé que iba a tener…

—Que iba a tener que contarme todas estas cosas extrañas y desagradables. No tema. Hace tiempo que me mantengo alerta respecto a su patrón, y las confidencias de Aline me han ayudado mucho a ello, créame.

—La creo. ¡Pobre Aline!

—¡Pobre Aline, sin duda! Pero siga, siga, no creo que haya llegado aún el momento de callar.

—La construcción de Thule duró casi dos años, durante los cuales los Conder fueron primero huéspedes de los Buss y después habitantes de la cabaña ahora llamada La Guarida. El marido viajaba a menudo a Inglaterra, con los pesqueros de la langosta, para atender sus negocios

y proveer las necesidades de la construcción de la casa. Esos eran los meses en los que la pasión entre Eliza y Nat se desataba.

—Y ella lo refleja en su texto, porque quiero pensar que estaba enamorada.

—Lo estaba. Escuche esto: «Con mis ojos no verías sino un hombre. Un hombre inmenso. Recortado contra la luz. Abrazado a mis caricias. Un hombre con la boca llena de sueños y viviendo un tiempo de promesas. Un hombre que me llena, que me arrebata, que me posee. Un hombre que borra el pasado y difumina el futuro, que me ciega de presente. Vivo borracha de presente y vivo sin miedo. Te lo debo a ti».

—La cuestión es si continuó viviendo sin miedo mucho más tiempo —musitó ella.

En la sombría biblioteca quedaron Constanza y Archie en silencio, con la sombra de la malograda inglesa cerniéndose sobre ellos. La señora de Thule se levantó un instante y encendió las luces, que ya volvían a funcionar siquiera intermitentemente tras el tímido deshielo del Ibaya. Volvió a arrellanarse en su sillón junto a la chimenea e intentó retomar el hilo de la conversación.

—Veamos, Archie, nos habíamos quedado en los días de felicidad de los amantes secretos. Pero a la vista del final que conocemos, eso se debió de torcer en algún momento…

—Procuro abreviárselo porque en el meollo del cuaderno hay una sucesión empalagosa de textos como el que le he leído y descripciones a veces muy subidas de tono, lo que carece de importancia puesto que solo estaban destinadas a ella misma.

—Al menos *a priori* —musitó ella.

—Según avanzan las fechas, parece que Buss comenzó a someterla a la misma tortura a la que somete a Aline, es decir, a una suerte de ducha escocesa entre los momentos inflamados y los de vacío o directamente de humillación.

—Como el día de las flores y la partida…

—Como ese día, pero con un variado repertorio de ominosas pruebas en las que el corazón y la mente de una mujer enamorada solo podían sucumbir.

—Y lo hicieron…

—Fue largo, *madame,* fue largo. Incluso parece que Eliza Conder despertó del hechizo, por así decirlo. Mire esto: «Ahora soy consciente de la confusión que durante años ha infundido en mi mente. Ese no saber si lo que mis sentidos veían claramente era verdad o no debido a la manipulación constante y al uso arbitrario de la mentira, hasta conseguir crear una nebulosa en la que nada tiene consistencia, todo es duda, nada es fiable. Esa confusión todavía me asalta, incluso respecto a lo que está pasando ahora mismo», escribió un mes antes de su muerte. Poco después comienza a aparecer aterrada. «Se enseñorea

de mí muy por encima de la idea del verdugo o el monstruo», llegó a confesarse.

—¿Qué pasó entonces, Mauger? Creo que ya va siendo hora de que me lo cuente.

—Ella intentó salvarse. Fue consciente de que para sobrevivir tenía que alejarse de él, y creo que empezó a hablarle a Clive Conder de su deseo de marcharse de la isla. Buss vio que la presa se le escapaba y no lo aceptó de buen grado. La última anotación habla de una cita en el banco, bajo una terrible helada, a la que ella acudió con la idea clara de cortar la relación y anunciarle que volvería a Inglaterra con su marido.

—No tenía pensado suicidarse.

—No, madame Rolzou, no hay una sola referencia al deseo de quitarse la vida en todo el diario.

Un escalofrío recorrió la espalda de la mujer que Buss había buscado como pretendida sustituta de la fallecida. Siempre había presentido que aquella caída por el acantilado era algo más de lo que todos relataban y ahora estaba segura de que Eliza Conder merecía que su tumba solitaria junto al mar ruidoso estuviese en tierra sagrada. Tendría que construirle el camposanto.

—*A wind blew out of a cloud, chilling my beautiful Annabel Lee*… —susurró.

—Un viento que, como usted sabe, es muy probable que no actuara solo.

—Nunca se podrá probar, a pesar del diario. Él siempre afirmaría que no acudió a la cita o bien que fue un accidente.

—Ciertamente, así sería.

—¿Qué piensa hacer con el cuaderno, Archie?

—No puedo llevarlo a Blackgross y no me gustaría que Carmen llegara a encontrarlo. No es un documento que pueda dejarse en manos de cualquiera para que lo convierta en habladurías. ¿Destruirlo?

—Ahí tiene una chimenea aún viva y ahí las estanterías llenas de libros tras los que podría camuflarlo. *À vous de choisir!*

El preceptor se quedó pensativo. No había calculado que tendría que tomar una decisión sobre su hallazgo.

—Usted, Constanza, ¿qué haría?

—Para el fuego siempre hay tiempo, ¿no cree?

Archie Mauger se dirigió a la enorme escalera que permitía alcanzar las estanterías más elevadas. Subió con paso solemne y enterró el cuaderno de hule tras los tomos repujados de la *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, en la versión de Panckoucke, no sin admirarse del tesoro que Armand había transportado hasta la isla. Cuando descendió de nuevo, Constanza ya

no estaba en la habitación.

III

Gilles Dachary observaba solo desde un altozano la maniobra de entrada en la Crique de l'Espoir de la pareja española. Así llamaban a esos bacaladeros vascos por su forma de faenar, que utilizaba dos barcos gemelos para arrastrar la red, lo que los obligaba a navegar siempre juntos. «Irán rumbo a Terranova —pensó—, habrán sufrido algún percance». El capitán padecía un ánimo melancólico y, sin reconocérselo, añoraba la mar de una forma aún más acusada ahora que pasaba demasiadas horas en soledad, bien porque Aramendi tuviera enfermos que visitar, bien porque, como en ese instante, hubiera salido a cabalgar junto a la *nanny* de los Rolzou. Procuraba alegrarse por su amigo, por si finalmente lograba aliviar su célibe vida en la isla, pero eso no hacía menos aburrido el tiempo que tenía que pasar varado y sin su compañía.

Pudo leer el nombre del pesquero que había fondeado, el Galerna, mientras veía complacido cómo su gemelo terminaba con precaución de enfilar el estrecho paso hacia la rada. La mar no estaba de malas esa mañana y el Euskal-Erria lo consiguió también con cierta facilidad. Dachary se lanzó corriendo al embarcadero para estar presente cuando las tripulaciones desembarcaran. No lo hacía en vano, se sentía culpable. A lo mejor no era necesario esperar hasta la primavera; a lo mejor le bastaba con que esos pescadores lo aceptaran hasta Saint-Jean de Terre-Neuve, y allí podía quedar citado con su Petit Ruritanie para volver a bordo.

La mitad de la isla andaba en lo mismo desde que habían tocado a barco dos veces. Armand Rolzou había bajado de su literaria torre de marfil para recoger lo que llegara, no le cabía duda de que los pescadores traerían correo desde Europa. Ambos estaban desazonados a su manera: Dachary porque quería irse y Rolzou porque quería quedarse en paz y para eso necesitaba tener noticias de lo que estaba pasando, no solo a través de las emisiones de radio, que podían estar manipuladas, sino por la pluma de las personas en las que confiaba. Por eso cuando los *arrantzales* llegaron al malecón, ninguno de los dos se anduvo con cumplimientos. Uno fue directo a por la saca de correo y el otro a buscar a un patrón para convencerlo de subir a bordo con sus dos marineros.

La saca para Thule era gruesa. Los pesqueros, como él esperaba, habían recalado en Hendaya para recoger los encargos de los Camboulives, que les pagaban bien por el servicio. Así que se hizo con su valija, pero no se ofreció a cargar la que correspondía a Buss, y se

volvió deprisa y corriendo para escudriñar su contenido. Solo la falta de noticias podía estimular hasta ese nivel el deseo y el placer de recibirlas. La correspondencia provocaba siempre una jornada de celebración en la isla, porque era seguro que habría algo para casi todos y que casi todos encontrarían en sus líneas un nuevo hilo de sujeción con la vida y con la realidad. ¡Ay de los que quedaran al margen! Días de tristeza por ese olvido los aguardaban. Armand echó el bulto en el sidecar y se dispuso a conducir por el sendero cubierto de nieve aguada y sucia que amenazaba con convertir en lodo lo que dejara al descubierto.

Al llegar, todavía con las botas emporcadas, llamó a Celso para darle las cartas del personal de la cocina y se retiró presuroso a rasgar el sobre de las suyas. Y allí estaba, reluciendo entre todas, la misiva de Romain.

Vézelay, enero-febrero de 1939

Mon cher ami,

¿Recuerda haberme oído hablar del viejo nogal que yo asociaba a los recuerdos de mi infancia? Le escribo llevando su duelo. Durante dos días escuché los embates del viento contra él, y yo, que pensé que me sobreviviría, lo oí caer aniquilado. Es como si hubiera muerto una especie de divinidad protectora de la casa. ¡Mi viejo y querido nogal! Me gustaría dedicarle una de las obras que escribí bajo sus auspicios cuando sentía la savia discurrir bajo su viejo tronco como ahora la siento en mi viejo cuerpo.

Ha caído como ha caído Cataluña, en el mismo día de mi setenta y tres cumpleaños. Han bastado diez días para desmoronarla. La población aterrorizada huye en masa a Francia mientras Lister y Modesto movilizan sus últimas fuerzas para protegerlos en su marcha desesperada por los montes. Gobernantes, soldados, población de las ciudades y del campo, mujeres, niños, material, todo desborda en torrentes hacia Francia. A la vez, el Ejército franquista les sigue la pista hasta la misma frontera y los aviones (¿italianos?) innoblemente, solo por darse el gusto, continúan bombardeando los míseros pueblos vencidos.

He escrito en *L'Humanité* un llamamiento a las personalidades de las ciencias y las letras para acudir en apoyo de los refugiados españoles. Bergson, Mauriac, Valéry lo han suscrito y también lo han hecho el cardenal Verdier y el marqués de Lillers. «Francia debe aceptar el honor de aliviar la espantosa miseria de los españoles reprimidos hacia nuestras fronteras», escribí. No crea que la llamada se ha realizado en vano. Campos de vergüenza como el de Gurs, lleno ya de vascos, se verán ahora desbordados por esta nueva oleada de refugiados que para muchos no son sino sospechosos y no dolientes vencidos. Deseo con todas mis fuerzas que la familia de su querida Constanza se encuentre del todo bien. Pienso en ellos aunque sé que sus circunstancias son bien distintas.

En España es el fin de la guerra, pero usted me preguntará por Europa y el principio de la que viene.

El diseñador Francis Jourdain —que como sabe es secretario del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo, del que soy presidente honorario— ha sometido a mi consideración la celebración de una conferencia internacional en abril impulsada por el PC francés. Por el tono de su comunicación, entiendo que se trata de una especie de Cruzada Roja.

Le diré, Armand, que me he opuesto rotundamente por motivos de sensatez política y también porque soy consciente de los desastres que se derivan de una escalada de violencia verbal. La verdad es que hace mucho tiempo que ya no estoy de acuerdo con mis amigos del PCF. Me parece que su política no ha cesado de ser imprudente, inactual y ruinosa en el último año. En un momento en el que la patria está en peligro, todo rencor social debe ser aparcado. Los comunistas se han enrocado en un «Nosotros teníamos razón. Nosotros tenemos razón. Nosotros siempre tendremos razón. Y venceremos porque tenemos razón». Pero no es suficiente llevar razón en abstracto, es necesario tenerla en relación con los hechos presentes. En mi opinión, es peligrosísimo infravalorar la mentalidad y los pensamientos de Hitler y Mussolini. Habría que meterse en su piel misma para mejor combatirlos y no despreciarlos como ellos hacen.

Le he respondido a Jourdain que, si nuestros amigos fueran más hábiles, se harían a un lado, puesto que los comunistas solo pueden sumar a una minoría, dejando que fuera una Agrupación Mundial para la Defensa de las Libertades Democráticas, con representantes ilustrados y moderados menos comprometidos que nosotros, la que intentara propiciar la unión de las fuerzas democráticas de Occidente sin provocaciones oratorias ni ruidosas cruzadas rojas. No será así.

Pienso día y noche en los millones de jóvenes de toda Europa que desde hace meses viven angustiados a la espera de una guerra atroz que vendrá a por ellos. Pienso en usted, que la ha soslayado, y no le juzgo. A la vez escribo un texto que me han solicitado para incluir en un regalo a mi querido Gandhi por su cumpleaños. ¡Qué gran paradoja!

Cuídese. Cuide a los suyos y sobre todo al nuevo ser que está por llegar. Resguárdelo de la locura.

Ahora mismo la atmósfera del mundo es mortal y uno se siente impotente para salvarlo de la catástrofe.

Afectuosamente suyo,

ROMAIN

Al terminar de leer, esbozó un rictus amargo. Era palpable la diferencia en el tono de su mentor a través del largo año transcurrido desde que él acudiera a Villa Olga a hablarle de sus planes en La Inexpugnable. Sobre todo, una frase se le había clavado en lo más profundo. «No le juzgo», decía, aunque era evidente que eran tres palabras escritas para reconfortarlo de la dura verdad de que sí lo hacía. Lo que Romain le transmitía era que lo perdonaba, que a pesar de su decisión lo seguía apreciando, que lo respetaba a él más allá de su postura, que ya no podía respetar. Estaba totalmente solo y no trató de reprimir la humedad que se adueñó de sus ojos. Salvarse y salvar a los suyos iba a tener un coste, el de tener que asumirse como un fugitivo desleal que anteponía su bienestar a lo demás justo en la hora

del peligro común. No le quedaba otro remedio que aceptarlo así, aunque le doliera tremendamente verlo escrito por la mano del Maestro.

Recompuso el gesto y fue a buscar a Constanza para entregarle sus revistas y sus cartas. La encontró reposando precisamente en una tumbona firmada por Jourdain. El mundo abraza coincidencias tan abundantes y tan prodigiosas que, si nos despistáramos, podrían llevarnos a creer en Dios. Acarició el bulto prominente que deformaba su belleza, apreciando en toda su enormidad el sacrificio que ella debía hacer para entregar al mundo un nuevo hijo o, al menos, así lo veía él. Le alargó con su mejor sonrisa un montón de revistas y unas cuantas cartas y observó cómo su cara se iluminaba con la novedad. «Si el ser humano no necesitara la novedad, ¡cuánto mejor habría sido la historia del mundo!», se dijo mientras la miraba hojear con fruición las publicaciones.

—¡Oh, mira qué cosas tienen! —dijo Constanza leyendo *Le Jardin des Modes—,* ¡ahora la última es peinarse a la duquesa de Windsor! La verdad, no sé qué le ven ni a ella ni a ese moñito relamido de institutriz que no se quita ni a sol ni a sombra… Yo, con mi mata de pelo, no podría aguantarme un moño así, ella lo hace porque no tiene más que cuatro pelos…

—No es lo peor que la adorna, como sabes.

—Sí, sí, lo sé. Déjame que cotillee un poco. Aquí todo este chismorreo parece inimaginable, pero entre tú y yo podemos divertirnos un poco, ¿no crees?

—Diviértete lo que quieras, *mon amour,* por eso he venido corriendo a traerte tu parte de la saca.

—¡Pero mira esto! —continuó—. Esta publicidad en *Vogue,* resulta que las mujeres tienen un nuevo deber de cara a la guerra. «El deber de la mujer es comunicar a sus seres queridos el maravilloso optimismo que se desprende de la confianza, y para estar segura de una misma, no hay como mantenerse joven y bella». Si estuviera en París, no volvería a comprarle nada a la señora Rubinstein solo por publicitar tamaña sandez.

—¿De quién son las cartas? —preguntó Armand por sacarla de un tema que no le interesaba lo más mínimo.

Constanza las fue volteando para leer los remites.

—De la buena de Virginia d'Albert-Lake, de mi madre y también —varió imperceptiblemente el tono— de la tuya. Una pequeña cosecha…

—Te dejo que te entretengas con ellas. Voy a terminar de hacer una lista con los suministros que podemos necesitar para resistir, con ese refuerzo del que ya hablamos. No sé por qué me da que Dachary se va a ir pronto y quiero que se la lleve. Es importante. Voy a incluir

también el proyecto de las líneas de telefonía.

—¿Se marcha ya? —dijo extrañada.

—Lo he visto bajar corriendo a hablar con los patrones de los pesqueros que van a Terranova. No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de lo que está intentando y, además, lleva razón en querer volver cuanto antes a ocupar su puesto.

—Cierto, aunque me dará pena que nos deje.

—Volverá, ya lo verás.

Cuando su marido salió, rasgó el sobre que contenía la carta de su amiga Virginia. Era una norteamericana poco mayor que ella, agraciada y muy voluntariosa, a la que había tratado a través de su marido Philippe. En un par de años desde que llegó de Ohio, no solo lo había conocido, sino que lo había llevado al altar, en un romance relámpago que a todos les parecía natural. Las chicas estadounidenses eran así, ¿no? Llegaban, veían, cogían. El desparpajo y la libertad con los que se movían alertaban a unos y suscitaban la envidia de otras. En este último caso se encontraba Constanza.

París, febrero de 1939

Darling,

¡Cómo te escabulles! Desde tu última visita a París llevo buscándote por media Europa. No, en serio, te escribí a Ginebra y de forma muy eficiente me devolvieron la carta, así que he decidido enviar esta a casa de tus suegros, donde al menos estoy segura de que la guardarán hasta que puedan encontrarte. ¡Es una broma! Yo también me escondería con un hombre como Armand a mi lado.

Aquí todo está patas arriba, pero se atisban cosas interesantes. Desde que hace unos meses se aprobó permitir a las mujeres trabajar fuera de casa sin necesidad de permiso de padres o esposos, *c'est la folie!* No sabes cuántas de nuestras conocidas se han echado al mundo y qué interesante lo han encontrado. Eso no quita para que sigan surgiendo imbéciles, como un tal Linÿer, que es senador y se ha atrevido a escribir que, si las circunstancias derivadas de la amenaza de una guerra han llamado «a suplir al hombre» en determinadas profesiones, eso no puede suceder «sino a título excepcional» y que una vez que acaben estas dificultades habrá que volver «a consagrarse exclusivamente a las necesidades del hogar». ¿Te lo puedes creer? Una vez fuera de la jaula, me gustaría ver cómo las vuelven a encerrar.

La convicción de que la guerra está cerca —a pesar de Daladier y Múnich— está enloqueciendo muchas más cosas. ¡Todas se casan! Así, si los hombres mueren, al menos habrá una compensación para la viuda. Hay una locura por las bodas, hasta el punto de que no solo en la Place Vendôme, sino en todas las joyerías de París, están haciendo un negocio loco con la venta de anillos. Ah, vale, algunas se divorcian. Parece ser que finalmente la Pastré se ha dado por enterada de los cuernos permanentes que le proporciona el conde, y que la princesa Noor Inayat Khan hará lo mismo. De momento son rumores, te los cuento porque no creo que los hayas leído aún en las revistas. Por lo demás,

todas siguen comprando modelitos nuevos para ir a Longchamp en abril y parece que mi compatriota Elsie de Wolfe prepara una fiesta grandiosa y nunca vista para principios de julio. Exactamente como si no pasara nada, pero lo cierto es que pasa.

Te hago de viaje en el extranjero, así que supongo que no sabes lo que está sucediendo en sitios como Gurs. Millares de refugiados españoles y miembros de las Brigadas Internacionales se amontonan en ese campo, muchos de ellos huyendo de la ofensiva sobre Cataluña. El campo se ha construido a toda prisa en Aquitania sobre una zona pantanosa, sin saneamiento, próxima al Atlántico y convertido casi permanentemente en un lodazal. A ver si me entiendes, no es que nadie los maltrate ni los torture ni nada por el estilo, pero las condiciones son espantosas. El rancho es muchas veces incomestible, insuficiente, no hay alcantarillas, llueve constantemente, en fin, las condiciones de vida de tus compatriotas están al límite de lo soportable. Es indecente. Por eso se me ha ocurrido que, si a ti te resulta imposible, tal vez puedas movilizar a tu suegra y a sus amigas, a fin de cuentas el campo no las pilla muy lejos, para que contribuyan con las organizaciones que intentan socorrerlos. También podrían intentar sacar a algunos para emplearlos, me consta que se está haciendo. Perdona por este contraste entre lo liviano y lo real. Es así como vivimos ahora aquí, aunque evidentemente yo estoy más ocupada y preocupada por lo segundo.

Chérie, da señales de vida y, si te es posible, ayúdanos a aliviar la miseria de tus compatriotas.

Tuya siempre,

VIRGINIA

La vitalidad de la joven quedaba plenamente plasmada en su relato, y el reproche entre líneas también. No cabía ninguna duda de que Virginia esgrimía la obligación moral que Constanza, como española, tenía de remediar algo que ella, la extranjera norteamericana, había decidido corregir. Pensó en sus propias refugiadas alemanas, aun siendo consciente de que eso no la eximía de otras obligaciones y a la vez de que no podía utilizar la isla para acoger a todos aquellos que lo necesitaban o que iban a necesitarlo. Ella tenía sus propios problemas, se dijo. Estaba el nacimiento de su hijo y el sostenimiento de toda la gente a su cargo si las cosas se ponían feas. No le gustó sentirse mal y casi empezó a desear que las noticias dejaran de fluir. Era egoísta y feo, pero a veces anhelaba que la huida que había aceptado fuera total, que incluyera una burbuja segura en la que no pudieran penetrar ni los miedos, ni las miserias, ni las injusticias. «A fin de cuentas, ¿no es lo que desea todo el mundo?», se preguntó.

Abrió las otras dos cartas. Su madre, muy cariñosa, le explicaba que tenía la impresión de que iba a poder salir fácilmente de España en abril y así embarcar para llegar al alumbramiento o a los pocos días de este. Su padre se quedaría a pie de viña. «No es buena idea

confiarse ahora», aseguraba, a la par que avanzaba que su hermana sí la acompañaría. ¡Qué poco se había ocupado siempre de Blanquita! Aunque la culpa no era sino de las circunstancias que hicieron que, mientras ella se educaba en el extranjero, la pequeña no hubiera podido dejar nunca su país.

La carta de la madre de Armand, sin embargo, no era tan entrañable. No iba a viajar bajo ningún concepto. Francia estaba en alerta y no abandonaría su propiedad en un tiempo de tamaña incertidumbre. «Probablemente lleve razón», se convenció Constanza. A cambio le ofrecía a su nuera tanta ayuda material como fuera preciso, y a ella no le pareció desdeñable la oferta. Tenía un pálpito. Toda precaución sería poca. Le diría a Armand que aceptara todo lo que Renée ofreciera: dinero, material, reservas. Lo demás poco le importaba, no confiaba en ella como soporte emocional, era demasiado correosa y dura. Poco sabía Constanza que llegaría un día en el que ella tendría que tornarse en alguien demasiado parecido a esa cauterizada mujer bretona.

Justo cuando iba a romper la carta, llamaron severamente a la puerta. Constanza se sobresaltó.

—*Entrez!* —autorizó al instante.

En el vano se dejó ver la figura recia del capitán Dachary, que llegaba sin duda a despedirse, tal y como Armand le había avanzado. Venía de hablar con él y de recoger la lista de encargos que debería traer cuando regresara en abril.

—Madame Rolzou, disculpe que la interrumpa, solo venía a despedirme. Embarco para Terranova, donde me reencontraré con mi tripulación.

—No interrumpe nada —mintió Constanza—. Me apena que se vaya, pero supongo que es lo mejor para usted y también para nosotros. ¡Necesito que regrese a La Rochelle para que pueda traer a mi madre y a mi hermana a conocer al nuevo Rolzou!

—A ellas y todo lo demás —respondió blandiendo las cuartillas—, ¿quiere verlas para ver si hay algo más que desea?

—¿Se ha acordado mi marido de la propuesta de Antoine?

—¿Del tendido telefónico? Sí, desde luego, su marido está muy preocupado con la posibilidad de que teniendo un bebé no pudieran avisar urgentemente a Aramendi.

—¿Y el doctor está de acuerdo?

—Lo está, Constanza —respondió perdiendo la rigidez—. Todo lo que redunde en su bienestar nos interesa a todos.

Al capitán le pareció que ya había hablado de más y que incluso se había deslizado un milímetro más allá de lo que un mero admirador platónico debería siquiera imaginar. Inmediatamente recuperó la compostura y se replegó hasta su lugar debido.

Se estrecharon las manos con formalidad y, con un marcial giro de talones, se alejó pesaroso de ese fanal que iluminaba sus procelosos sueños de marino solitario. «¡Hasta la próxima, Constanza, hasta siempre!», dijo para sí.

IV

A mediados de marzo La Inexpugnable había vuelto de nuevo a la luz; doce horas de claridad que culminarían en la apoteosis de junio, cuando prácticamente no quedara noche. Todos se movían, se levantaban, se removían sobre los vestigios de nieve en las lomas. Las niñas aún podían encontrar algunas pendientes por las que lanzar sus trineos y sus trenzas gritando; los hombres habían vuelto al trabajo de levantar y construir, y los hermanos Guruchet estudiaban con Archie las indicaciones para comenzar su nueva casa en cuanto la tierra permitiera hoyarla y removerla. Carmen, ya en sazón, estaba a punto de eclosionar, y Constanza temía que, mientras la ayudaba a arreglarse, se fuera en aguas y tuvieran que salir corriendo a avisar al doctor. La isla revivía luminosa entre la nieve mientras el jinete de la muerte comenzaba su larga marcha en el continente.

Nathaniel Buss descabalgó en la puerta de Thule sin aliento. Dio dos palmadas rotundas en la puerta, tiró de la campana y gritó llamando a Armand, que se asomó sobresaltado a la ventana de la biblioteca. El británico no esperó para soltar la noticia que lo había llevado hasta ahí:

—¡Han entrado! ¡Han invadido Checoslovaquia! ¡Están en Praga! ¿No has sintonizado hoy la radio? ¡Ábreme, Armand!

La puerta se abrió sin su intervención y Buss penetró en la casa como un tornado. Él, que había intentado ser de utilidad en Múnich; él, que conocía el malestar de los altos jefes del Ejército alemán e incluso sus intenciones de revolverse y arrestar a Hitler para evitar una guerra; él encontraba increíble lo que estaba sucediendo. Buss pertenecía a ese género de hombres que consideran que el fracaso de la opción por la que ellos han apostado constituye una afrenta personal. Nunca había dado por sentado que el pesimismo del joven Rolzou sobre una guerra segura fuera insoslayable. Él creía que todo se podía reencauzar. Ahora se daba cuenta de que los acuerdos de Múnich no solo se habían traducido para Hitler en un triunfo sobre sus oponentes extranjeros, sino también sobre sus propios generales, que intentaban disuadirlo y que habían chocado, una y otra vez, contra los golpes de suerte que refrendaban la marcha loca de su Führer.

Subió la escalinata al galope, entró en tromba en la biblioteca y, respirando agitado, se puso a recorrer la habitación ante un Armand

sorprendido pero en calma.

—¡Qué error, qué inmenso error! Es un atentado contra el pueblo checo que no puede disimularse con ninguna de las paparruchas que los nazis han inventado hasta ahora —se dolió Nat.

—Eso no lo dices como alemán, y no sé si como británico… —le respondió el francés con una mueca escéptica—. Mucho me temo que tu Chamberlain y sus ministros andaban diciendo por ahí que habían logrado la paz para nuestra época, que los apuros económicos de Alemania le impedían ir a la guerra, que entrábamos en una era dorada, y ya ves. Yo también tengo mis informantes.

—Estando allí, pude saber de buenas fuentes que Hitler aseguraba constantemente a sus almirantes que podían descartar cualquier riesgo de guerra con Gran Bretaña y, desde luego, que no contemplaba un conflicto en al menos los próximos seis años…

—Y este repentino giro echa por tierra todas esas baldías palabras. Pero ¿cómo se te ocurre seguir creyendo lo que dice ese orate lleno de odio? Tu país tiene más responsabilidad de lo que parece, tal vez por haberle susurrado al oído que mientras se limitara a actuar en el este no lo tendrían en cuenta, además de por implicarse activamente para imponer sus condiciones a los checos.

—No he venido a discutir y, por tanto, no mencionaré la pasividad de los franceses.

—Indudablemente no tiene ningún sentido que tú y yo, perdidos en medio del océano, discutamos lo que deberían haber hecho o no los gobernantes europeos. Es una calamidad y ambos lo sabemos. Ahora bien, ¿en qué nos atañe?, ¿qué podemos hacer?, ¿qué consecuencias puede tener esto para nosotros? Eso es lo único que podemos debatir —dijo Armand muy serio—. Yo no vine hasta aquí para revolcarme en el ruido de la política, sino para huir de él. Habrá guerra y será extensa e intensa, destructiva y sangrienta. Solo me interesa hablar sobre cómo podemos soslayar sus efectos, Nat, nunca te he engañado al respecto.

—Pero has acogido a niñas refugiadas que yo traje para salvarlas de aquel horror.

—Así es, ¿por qué lo recuerdas ahora?

—Me parece un indicador de que hasta tú crees que hay una obligación moral frente a situaciones monstruosas.

—¿Has venido a hablar de moral y de obligaciones, Nat? ¿Tú precisamente?

El dueño de Blackgross se dio cuenta de que la conversación se estaba deslizando por una pendiente que solo podría alejarlos y que, dadas las circunstancias, lo único de verdad importante era unir esfuerzos frente al futuro. Se tragó una gélida respuesta e intentó reconducir la situación:

—No, Armand, no he venido a dar lecciones de nada. Quería proponerte que nos mantuviéramos alerta respecto a lo que suceda en los siguientes días. Solo tú y yo tenemos emisoras, y solo tú y yo podemos comunicar con ambos continentes. Conocer las reacciones a este atropello puede ser decisivo. Esto va a dar la vuelta a muchas cosas. Hitler se hará con la fábrica de Skoda e incrementará su artillería y su material pesado.

—Yo creo que aún nos queda un poco de tiempo y tenemos que emplearlo en acopiar lo necesario. Ruego para que Dachary consiga traernos lo que le hemos encargado.

—Deberíamos convocar una asamblea. Por eso venía a pedirte que nos organicemos estos días para hacer un seguimiento exhaustivo de las noticias que la radio nos pueda aportar.

Armand lo miró desafiante mientras con sus finos dedos surcaba el mechón que se había precipitado sobre su rostro. Ese hombre no iba a manejarlo ni iba a dirigir de nuevo su vida, como a su llegada.

—No le veo ningún interés a seguir la actualidad hora a hora como si estuviéramos sentados en un café europeo temblando por si la siguiente frontera que viola el lobo alemán es la nuestra. No es el caso. ¿No ves que precisamente por eso acepté tu oferta? Si tuviera que vivir esta hecatombe anunciada con la proximidad y el nerviosismo que vienes a proponerme, ¡más me valdría haberme quedado en Suiza! Me interesa, por supuesto, saber cuándo acaba la guerra española para hacer planes sobre la llegada de la familia de Constanza. Voy a ser padre, no sé si lo recuerdas. Quiero saber cuándo Hitler desata el caos y la muerte en Europa para prever que durante ese tiempo se nos puede torcer el suministro. Nada más. Estoy al margen. Me he situado voluntariamente en él.

—¿Dónde queda en ese plan el intelectual comprometido?

—Solo he traído conmigo al escritor. Mi obra encajará esta tragedia desde la perspectiva que yo elija, y ahora, Nat, si me disculpas, tenía planes para hoy que he interrumpido tras tu brusca llegada. Cuenta conmigo para todo lo que sea necesario en la isla; olvídame si lo que pretendes es hacerme vivir en la inquietud y la zozobra. Tampoco alertes a mi mujer ni a mis gentes. Ellos pueden seguir su vida sin estar pendientes de cada minuto en el que Europa se acerca al desastre. ¿Te acompaño a la puerta?

Buss no contestó y salió de la biblioteca. Tenía que reconocer su fracaso. El aparentemente frágil jovencito no era tan domeñable como había previsto y, aunque él no hubiera formado nunca parte de sus fantasías, no estaba seguro de si le compensaba tener a su ninfa viva si a cambio tenía que soportar al caprichoso francés.

V

«¿Cómo hacer para que no oigan los gritos?». Constanza se devanaba los sesos pensando en cómo evitar que ni Irene ni Inga ni Vera llegaran a oír la desgarradora verdad que se oculta tras nuestra llegada al mundo. Era muy consciente de hasta qué punto una revelación temprana podía influir en el futuro de una niña. Lo había vivido. No porque nadie la hubiera expuesto en su más tierna infancia a los sufrimientos del parto, sino más bien porque su incorregible curiosidad la había empujado a emboscarse tras sillones y cortinas cuando su madre y sus amigas se reunían por las tardes para sus charlas de mujeres a solas. ¡Qué no habría escuchado ella! Dolor interminable, desgarros, deformidades, incontinencias, órganos desplazados, varices sanguinolentas, vergüenza, valor, horas de sufrimiento, belleza ajada, sinsabores…, pareciera que aquellas mujeres compitieran por las heroicidades que habían sido capaces de soportar. Aún lo recordaba ahora palabra por palabra, ahora que de nuevo tenía que atravesar ese trance tan traumático y tan milagroso a la vez. Era capaz de entender la grandeza de la misión que la naturaleza le había asignado, pero no quería que ni su hija ni las jovencitas alemanas fueran expuestas tan pronto a la cruda verdad de su condición femenina.

Carmen llevaba a cabo en ese momento el mayor acto de amor que un ser humano pueda acometer, y Constanza no sabía qué hacer con las crías. Pensó en Flanner. Debería llevárselas. ¿Por qué no se le había ocurrido a ella sola? Habían trasladado a Carmen a una de las habitaciones de invitados de la planta alta. Era cuestión de mala conciencia, no le parecía bien que pariera en su cuarto compartido de la zona de servicio. Pero la estancia elegida colindaba con la de las pequeñas judías y estaba muy cerca de la de su propia hija. ¿Dónde enviarlas? ¿A jugar con las chicas que estaban en casa de las monjas? Blackgross ya no era opción, a pesar de su afecto por Aline, así que optó por hacer que Antoine las llevara al norte junto con la institutriz.

Cuando se acercó a dar las instrucciones, reparó en que Ada Flanner trabajaba ya codo a codo con el doctor y esa descripción era exacta, puesto que la institutriz andaba remangada y con un mandil, arrodillada a su lado, atendiendo a sus demandas. Nunca hubiera imaginado que la fría británica estuviera dispuesta a involucrarse voluntariamente en esa ordalía de humores, nunca se lo hubiera pedido, pero fue capaz de percibir una concentración especial en esa atención a dúo. Probablemente la hermana Fernanda no lo vería de la misma forma, nadie la había mandado llamar.

—¡Oh, tranquilas, solo es un cólico! —arguyó Constanza mientras

las conducía hasta los garajes, en los que reinaba el suizo.

Había que llevarlas lejos. Había que preservarlas. Contarles el cuento de la cigüeña. Mantenerlas en su despreocupada ignorancia un poco más.

Cuando logró que Antoine las condujera al norte, suspiró aliviada y se dirigió con sus propias contradicciones a intentar ayudar en el nacimiento. No esperaba que Armand se deslizara moroso tras ella. Lo hizo. La abrazó y acarició su enorme vientre. Ambos eran conscientes de que ella sería la siguiente.

—¡Me gustaría tanto poder hacerlo por ti! —murmuró él mientras le besaba el cuello—. No soporto la idea de que por mi culpa tengas que pasar por esto…

—No es tu culpa, Armand, sino, según dicen, la del pecado primigenio. Aunque siempre me he preguntado por qué ese castigo coincide con el de todas las bestias hembras que pueblan la tierra y tuvo que recaer en nosotras solo por querer acceder al conocimiento. Lo haré, no te tortures. Lo haré esta última vez, pero júrame que no habrá otras.

Armand la miró con pasión y con tristeza.

—No las habrá si tú no quieres y si podemos evitarlo. Quiero a mi hija, querré al que venga con toda mi alma, pero nada tiene sentido sin nuestro amor, sin lo que juntos tenemos. Renunciaría a todo sin dudarlo solo por tu bienestar.

La que sufría era Carmen. El preocupado, Archie.

Con ella marchó Constanza; con él se reunió Armand.

Fueron doce horas de forcejeo con la naturaleza. Antes de que el ocaso llegara a La Inexpugnable, Carmen había dado a luz a una niñita de peso por encima de la media y fea como el demonio, como todos los recién llegados a este mundo, aunque su destino sea una isla bendita por la naturaleza.

Solo dejaron entrar a Archie cuando el bebé estuvo presentable, a lo que se aplicó con una pericia envidiable Miss Flanner. Mientras Constanza la veía arropar a la pequeña, a la que iban a llamar María Nieves, y enseñársela al doctor, imaginó que tal vez le estaba mostrando un deseo. Eran cosas suyas. En ocasiones su fantasía recorría mundos imposibles a los que la realidad enseguida metía en vereda. Aunque nada podía haber tan quimérico como la identidad de la primera visita que tuvieron los nuevos padres y que dejó a todos atónitos.

La vieja Buss llegó acompañada de Aline. Nunca antes se había dignado pisar Thule y ahora se había decidido a hacerlo para conocer al hijo del preceptor de sus nietos. Su nuera encogió los hombros para mostrar su propia estupefacción cuando vio la extrañeza en las caras de los Rolzou y hasta en la de los empleados que los rodeaban. Aline

no tenía ni idea de por qué le había pedido ir a ver al bebé. La propia Carmen se debatía entre el honor que sabía que le estaba haciendo esa mujer y el escalofrío que le daba que sus dedos artríticos y céreos le acariciaran las mejillas a su criatura. Archie le hizo un imperceptible gesto para pedirle contención y paciencia.

—¡Cómo le agradezco su deferencia, mistress Buss! No debería usted haber salido a estas horas. El frío no nos ha abandonado aún —dijo Archie.

—No hemos venido andando —contestó por ella Aline—. Se ha ofrecido a traernos Robert, que está abajo, no tiene edad de andar haciendo visitas puerperales.

Lo cierto era que el hijo mayor de los Buss no tenía el más mínimo interés por la prole de su preceptor y menos por visitar a una recién parida. Otra cosa lo había movido a dejar la lectura y ponerse al volante para conducir a su madre y a su abuela hasta Thule, y su sacrificio había dado frutos. Le bastó con quedarse en el zaguán junto a la salamandra, que seguía encendida. No habían pasado ni diez minutos y Aimable Virginie había encontrado el modo de hallarse en la misma pieza que él. Lo besó porque estaba segura de que no quedaba nadie en la casa que no estuviera pendiente del nacimiento; lo besó porque le apetecía y también para recobrar ese extraño poder que la hacía sentir tan bien. Él le correspondió de buena gana. Estaba bajo su influjo desde que habían descubierto la voracidad de sus naturalezas aquella tarde en las aguas sulfurosas. Se retiraron a un rincón. Nada de lo que estaba sucediendo arriba los afectaba, o al menos eso pensaban ellos, ingenuos e invulnerables, en su mutuo despertar al implacable deseo.

Armand había pasado muchas horas conteniendo la inquietud del padre primerizo y estaba exhausto. Habían hablado de lo divino y de lo humano mientras los aullidos de Carmen les destrozaban los nervios. Mauger no se había privado de comunicarle su rechazo a que su mujer fuera utilizada como nodriza del futuro hijo de los Rolzou, ya que le parecía impropio de la situación social a la que había ascendido Carmen por matrimonio. «No veo por qué motivo los pechos de mi esposa han de servir para alimentar a dos, y los de la suya han de ser preservados», le había explicado en un argumento sin fisuras, al menos en opinión de Armand.

Odiaba añadirle un sacrificio más a su amada Constanza, pero no tenía motivos sólidos que oponerle a ese bravo muchacho que no fueran el horror de su mujer a verse deformada y su reticencia a seguir esclava durante meses de las necesidades alimenticias de un mocoso.

Justo cuando había logrado relajarse un poco y bebía un whisky tranquilamente sentado junto a la chimenea de la biblioteca, tocaron a

la puerta y su autorización dio paso a la vieja arpía de los Buss. Era la última persona a la que esperaba ver ahí. De todo el rechazo que se le iba acumulando contra la gente de Blackgross, el que sentía hacia aquella anciana era el más injusto. Lo ignoraba todo sobre ella. Las confidencias de su hijo solo habían aumentado la perpetua niebla que flotaba sobre esa mujer sin nombres, que en el tráfago de la edad no solo había perdido lozanía, respeto e influencia, sino su propia identidad, limitada ahora a ser la viuda de un desconocido y la madre de un extraño.

Se levantó y se esforzó en acomodarla en un sillón, caballeroso ante todo. La vieja se resistió a tanto arrumaco. Era dura y correosa, y sus ojos mantenían en lo más profundo una llama de revuelta que el francés apreció inmediatamente. No dijo nada, puesto que era evidente que ella tomaría por su mano la conversación.

—Es usted un hombre muy apuesto.

—Gracias —contestó simplemente él.

—No es apropiado visitar una casa y marcharse sin honorar a su señor.

—No lo es, sin duda.

—Vine para conocer a la hija de este Archie nuestro. No sé por qué motivo siento por él una cierta simpatía, aunque reconozco que hubiera esperado de él una elección con algo más de vuelos, pero estamos donde estamos y tenemos lo que tenemos.

—Carmen es una buena mujer. Es bastante posible que los tres sean felices, mistress Buss.

—No es mi asunto, de cualquier modo.

—No es una debilidad reconocer que una nueva vida es una noticia espléndida.

—Una persona bien enjaretada puede regocijarse con lo que desee, no lo dude.

Armand pensó que había llegado el momento de intentarlo:

—Tal vez recuerda usted su experiencia maternal con Nathaniel… La vida es un círculo perfecto.

—Su insultante juventud puede tender a confundirle. No piense que los viejos vivimos siempre en un éxtasis de melancolía. Mi alma no tiene una sola cana y el nacimiento de la niña de Archie nada tiene que ver conmigo. Mi vida fue y será, y no precisa de comparación con ninguna otra.

—Pero usted crio prácticamente sola a su hijo… Según me ha contado Nat, su padre les abandonó mucho antes de que él pudiera llegar a conocerlo.

—El padre de Nat nos legó el amor por esta isla. ¿Usted cree que podemos reprocharle nada? El sueño del norte era su sueño y nosotros lo hemos convertido en una realidad.

—¿Fue él quien la trajo a La Inexpugnable?

La vieja Buss se removió en la butaca y lo miró concentrando la afilada agudeza de sus ojos transparentes en una mirada hostil.

—No intente tirarme de la lengua, Rolzou. No me menosprecie. Lo que algún día quiera contarle lo haré por convicción o seducción, no por dejadez. Téngalo claro.

—Perdone, *madame*… Me gustaría poder llamarla por su nombre, pero nadie lo ha pronunciado jamás, ni siquiera su hijo.

—Klara, me llamaba Klara en otra vida.

—Perdone, Klara, si le resulto entrometido, no era mi intención incomodarla, solo levantar velos. No me gusta imaginarla prisionera de una viudez y de una edad. Me gustaría poder imaginarla plena de vida…, no sé, en Inglaterra o en Alemania. A mí tanto me da. Soy curioso por deleite intelectual, no por maldad.

—Eso no sé si admite ninguna demostración. En todo caso, el padre de Nat fue una luz en mi vida: intensa pero cegadora. Yo no llevo su nombre. Nat tampoco. Mi nombre de soltera era Klara Voss y cuando mi vida se rompió pasé a llamarme Buss porque era un nombre que se parecía al mío y me traía magníficos recuerdos…

—¿De isla Buss?

—De sus besos. Un hombre puede ser un pérfido, pero eso no hace menos dulces sus labios.

Al joven Rolzou le resultó sorprendente descubrir esa faceta sensual en un ser al borde del acabamiento. Los jóvenes siempre piensan que inventan el deseo, como si este no hubiera sido el motor perpetuo e insaciable al que deben su propia existencia.

—Bien, todo eso no importa. Polvo en el viento. Me gusta sentir la nueva savia, le pasará lo mismo con el tiempo. Solo quería agradecerle su hospitalidad y el empeño que ha puesto en el futuro de esta pareja —dijo levantándose apoyada en un aristocrático bastón que no había sido fabricado en la isla.

—Hasta cuando quiera, Klara.

—Quizá antes de que nos lleve algún viento al infinito.

La vieja dama se giró con una agilidad sorprendente, a pesar del bastón, y en el descansillo la oyó dar dos voces llamando a Aline y a su nieto para que estuvieran preparados para volver a Blackgross cuanto antes. Armand se quedó como un can al que hubieran lanzado una insatisfactoria galleta. mistress Buss había mudado ante sus ojos en Klara Voss sin que nada le hubiera sido desvelado, nada que no fuera la fuerza de espíritu que aún habitaba esa desgastada carcasa. «Cierto es —pensó— que no se bebe un río en un solo vaso», a sabiendas de que en su boca había quedado un regusto que se asemejaba mucho a la sed de saber.

VI

Antoine no tenía ni pajolera idea del tiempo que llevaba traer una criatura al mundo, así que tuvo que improvisar. Montó a las niñas en la furgoneta y rogó para que no hubiera trechos aún helados en la Ruta Grande. Dudó antes de decidirse, pero le pareció peor apostar a que con el trineo no encontraran nieve para deslizarse en todos los tramos. «Tiempos raros los que cabalgan entre dos temporadas», se dijo. No se sentía muy seguro con el encargo; nunca había tenido que hacerse cargo de Irene Rolzou sin que estuvieran presentes sus padres o la institutriz. Las dos refugiadas no le preocupaban, las desembarcaron en pleno temporal y lo resistieron, pero la mera idea de que a la hija de los patronos le pudiera pasar algo lo bloqueaba.

¿Dónde llevarlas a pasar el día? Solo se le ocurrió la granja de las monjas, a la que le había cogido confianza después de visitarla asiduamente para contribuir a varios arreglos y mejoras por encargo de *monsieur*. ¡Así podrían jugar con Sophie y Suzzie! A esas pobres les había tocado bailar con la más fea en el reparto, reflexionó el chófer, porque por muy buenas y santas que fueran esas mujeres de Dios, no parecía lo más divertido para unas crías pasarse el día entre rezos y hábitos. No cayó en lo frecuente y adecuado que solía parecerle a toda la gente bien que precisamente las niñas pasaran su infancia en internados con semejante compañía. Constanza hubiera tenido mucho que decirle al respecto.

No había terminado de enfilar la vereda que discurría a través de los enormes serbales cuando le salieron al paso Manuel y Antonio, a los que seguía llamando afectuosamente «los polizones», y le hicieron gestos para que parara.

—¡Déjanos subir! Esto de aquí no hay quien lo aguante… —le pidió Zarraga.

—¿No tenéis trabajo que hacer?

—Todo lo importante lo hemos sacado. Hasta que toque echar forraje a los animales para la noche, podemos tomarnos un rato… ¡No hay quien aguante esos gritos, en serio! ¿Dónde vas con las crías?

—A entretenerlas por lo mismo, a casa de las monjas con las otras, o ya veré. *Grimpez! Allez-y!*

El suizo se volvió y les dirigió una sucinta explicación a las dos alemanas. Había trabajado en su día para un financiero en Zúrich y algo se le había pegado de aquella lengua del demonio. Lo suficiente para que las niñas no se sintieran aisladas entre el chachareo incesante de Irene con los dos españoles, dada la reticencia de estos para pronunciar más de dos palabras en otra lengua que no fuera la suya cuando estaban juntos. No tenía muy claro Galloul que esos dos fueran

a aguantar mucho más en la isla. Él mismo tenía una sensación opresiva cuando reparaba en que, circulara hacia donde circulara, andando o en coche, en bicicleta o a caballo, siempre acababa topando con el maldito océano. Demasiado para un hombre honesto nacido entre montañas. Solo sentarse en los descansos junto al lago Urdina le proporcionaba una falsa sensación de estar en casa. Claro que esos dos eran marineros, no tenían por qué sentirse atrapados por esa masa de agua abrumadora y brutal.

Antoine conducía con los ojos fijos en la Ruta Grande, presto a localizar cualquier placa de hielo o bache, y totalmente insensible a la grandiosa belleza que se extendía a su derecha. Los españoles, por contra, no quitaban ojo, como si quisieran contabilizar cada ola que se formaba en la lejanía y seguirla hasta que estallara contra el acantilado.

—Ni un barco a la vista. Así un día tras otro —comentó taciturno Cabrera.

—Me hubiera ido el otro día con Dachary si no fuera… —le respondió el otro.

—¿A Canadá? —se interesó el chófer.

—A donde fuera para volver a embarcar en un buque extranjero que no contara con tocar puerto europeo en mucho tiempo… ¡Cambiar esto por los mares del Sur!, ¿te imaginas?

—No me gusta mucho el calor —murmuró Antoine—, tampoco navegar.

—Pero te sentirás solo aquí, ¿no? Lejos de tus gentes… —le tiró de la lengua Zarraga.

—Me siento solo a secas, pero eso puede cambiar.

—¡Mira tú el maestro y Carmencita! Sí, todo puede cambiar, aunque tal vez no como quieres. Celso ha recibido carta de su mujer, viene a la isla en abril con la madre de la señora para cuando nazca el otro crío. Y no creas que está contento…

Las niñas sentadas atrás permanecían en silencio, hipnotizadas por la conversación entre los hombres. «Cualquiera diría —pensó el antiguo polizón— que entienden más de lo que quieren hacer ver».

—¿No quiere que venga su mujer? No le he oído decir nada. Es reservado Celso, y anda siempre rivalizando conmigo para demostrarme que a él le tiene más confianza *monsieur,* lo cual no es cierto, como comprenderéis.

—Le da reparo que venga porque él antes de la guerra ya no estaba muy encandilado, ¿entiendes? Parece que tenía algún apaño cerca del pueblo sin que ella lo supiera, y ahora, que ha pasado tanto tiempo solo, no quiere tener que fingir que el matrimonio marcha y que todo sigue igual.

—A mí lo de la posadera no me parece bien… ¿Y qué va a hacer?

¿Lo ha hablado con el señor? —insistió el chófer.

—¡Qué va! No quiere que su hija se entere, claro.

—Pues al final se enterará. Mejor una conversación clara a tiempo, creo yo.

—Algo anda maquinando. Veremos a ver qué se le ocurre. Tampoco entiendo su cabezonería, porque he visto una foto de la parienta en la habitación de Carmencita y es buena hembra, bien parecida y no mal conservada; la hija la semeja.

—Cada uno, ya se sabe —terció el suizo, que conducía en ese momento bajo una lluvia incómoda que le exigía poner toda la atención en el camino.

—Cada uno y cada una. —Rio el español—. ¡Fíjate Pauline, que para mí que anda quedada con el carpintero grande!

—Pues esa sí que yerra de medio a medio —le contestó críptico su compañero de fatigas—, y no se imagina hasta qué punto.

La conversación se cortó a la llegada a la granja-convento. Las crías bajaron en un revoleo de faldas y abrigos y corrieron a golpear la puerta. Antoine rogó para que las monjas no estuvieran haciendo nada que no pudiera ser interrumpido. No creía que fuera hora de rezos, pero con ellas nunca se podía estar seguro.

Finalmente pasaron una alegre jornada, aunque Fernanda no pudo evitar torcer el morro cuando supo el motivo que los había impelido a visitarlas. Era obvio que Aramendi no la había hecho llamar para el parto y eso la hizo sentirse reemplazada. Aun así, se unió a la excursión junto con la dulce y bella Clara y la dicharachera Pilar. La furgoneta iba a rebosar cuando alcanzaron la granja de Gudmundsson, que las refugiadas solo habían visitado aquella aciaga noche, pero que podía transformarse en un gran campo de juegos con los ponis y los *grønlandshund,* sus perros groenlandeses, los que nunca ladraban y que a cambio las dejaron asombradas con sus coros de aullidos; su *cry of the wild,* como llamaba cariñosamente Rúnar a ese sonido puramente salvaje y en esencia libre. Uno de los cachorros, blanco como la misma nieve, se instaló en los brazos de la pequeña Vera, que no parecía muy dispuesta a liberarlo. El islandés grandote y torpón, que tanto había trabajado para evitar que cayeran en las fauces del océano, no dudó en regalárselo. Y para ese hombretón regalar un perro era tanto como reconocerla parte de su familia.

12

I

Dachary vigilaba su única patria con ojo experto desde el puente. La mar seguía en relativa calma desde que partieron de La Rochelle, aunque a él no lo confundía, sabedor de que siendo primavera terminaría por imponerles su ración de diluvios o ventoleras antes de arribar a La Inexpugnable. Sin sospechar en lo más mínimo las incomodidades que vendrían, sus pasajeras se divertían en cubierta cada una a su modo y manera, pero las tres tomándole por primera vez la medida al océano.

La jovencísima Blanca parecía empeñada en ponerse la ropa perdida de agua y se desplazaba sin ton ni son de una amura a la otra, inclinándose sobre la borda, buscando avistar quién sabe qué delicados cetáceos o qué horribles monstruos abisales que su prolífica imaginación le debía anunciar. Lo hacía con una gracia y un donaire que obligaban a los marineros a fijar la vista, aun no queriendo, en esa ninfa esbelta y núbil que parecía flotar en la brisa. «Se mueve como su hermana», pensó el capitán.

Desde una silla al abrigo de la toldilla, su madre la miraba con complacencia. «Tienen a quién parecerse», se dijo el marino, porque si Blanquita era una especie de Constanza aún sin alcanzar su sazón, la señora Ortuzar conservaba vestigios de atributos que proclamaban a los cuatro vientos que era la madre de ambas. Charlaba esta de tanto en tanto con la mujer enlutada que la acompañaba y que no podía ser sino la madre de Carmen, o si uno quería ver las cosas desde el punto de vista del conflicto, la mujer de Celso, que navegaba hacia la isla pensando reencontrarse con aquel que debía ser única carne con ella y que, hasta donde el capitán sabía, andaba compartiendo la suya con una alegría que no iba a ser plato de gusto de la española.

No era el único que no les quitaba ojo. El silencioso viajero del traje negro también esbozaba una ligera sonrisa al ver la pura alegría que emanaba de las evoluciones de la joven. Era la suya una mirada

casta, más interesada por la exultante fuerza de la juventud que emanaba de la chica que por cualquier otra consideración de índole carnal o libidinosa. Y era congruente que esa fuera la actitud que se desprendía de su pose, ya que Palémon Fameux era un sacerdote sin tacha, un hombre de fe, un estudioso que hacía tiempo que había domeñado a la fiera concupiscente que acompaña a la mocedad y contra la que algunos hombres, ya en esa temprana época, pierden la batalla para siempre. El padre Fameux estaba contento de poder mirar con ojos limpios a la deliciosa jovencita que le parecía, enmarcada por el mar azul profundo y el cielo emborronado en grises, la manifestación perfecta de los dones del Creador.

—*Aux rations! Aux rations!*

La campana sonó alborotada y concitó el inmediato interés de todos, porque si hay un aserto que no falla es aquel que reza que la mar da hambre, incluso a los seres de más profunda raigambre espiritual. El cura, la señora, su sirvienta y la jovencita se dirigieron como un solo ser hacia la puerta del castillo de popa, donde, en el severo comedor de oficiales, los esperaba ya la pitanza. Una contundente comida de tres platos más el postre a la que solo hizo verdadero honor el espigado hombre de Dios, que culminó en un pispás el milagroso trance de introducir todos esos alimentos en un cuerpo tan longilíneo y magro.

La buena mesa facilita la conversación y las dos copas de vino por comensal, que tanto la chica como la doncella rechazaron, no fueron menos responsables de la afabilidad reinante. Blanca Ortuzar había hecho embarcar junto a su carga una barrica de roble americano de 225 litros como detalle con el capitán y sus oficiales, y ese vino de la Rioja Alavesa era el que regaba ahora la charla que discurría fundamentalmente en francés, por lo que Estíbaliz, la madre de Carmen, estaba obligada a permanecer al margen.

—Entonces, padre, ¿usted va de verdad a Canadá? —preguntó la señora Ortuzar.

—Sí, claro, voy a Canadá, a la Universidad de Sherbrooke, donde me esperan para ayudarlos con un movimiento juvenil que acaban de formar y en el que yo hace tiempo que trabajo en Francia. No entiendo lo de que si voy de verdad… Todos vamos a Canadá, ¿no es cierto? El barco se dirige a Canadá y ustedes con él.

Blanca Ortuzar miró azorada a Dachary con la convicción de haber patinado sin remedio, pero no vio una cara severa reconviniendo el desliz sino una sonrisa socarrona que se parecía más a un guiño que a una regañina. Así que se envalentonó:

—Nosotras no vamos a Canadá, a no ser que el capitán nos secuestre y nos lleve hasta el final de su singladura.

La cara del cura era un poema, a pesar de lo cual se mostró

circunspecto.

—Ciertamente el capitán no va a hacer eso que sugiere, así que entiendo que hay una escala que yo desconozco y que espero que no nos desvíe mucho de la ruta. No me gustaría retrasar el trabajo que debo atender. Nadie me informó de ese detalle —respondió mirando de reojo al aludido.

—Vamos a un lugar muy hermoso, a conocer a mi nietecito que acaba de nacer. A lo mejor a usted le agradaría también desembarcar y pasar unos momentos agradables en un lugar lleno de una naturaleza virgen y de gentes bien amigables entre las que hay buenos cristianos. ¿No le resulta una idea seductora?

El leve codazo que su hija le dio a la bodeguera le abrió los ojos al capitán. ¡Claro! Lo que la madre de Constanza estaba intentando era reclutar a un clérigo que bautizara al vástago antes de seguir viaje. Ni siquiera Estíbaliz debía estar al corriente de que a su hija y al irlandés los había casado él mismo, abusando de sus atribuciones, y que una monja díscola había bendecido la unión sin estar facultada para ello. Todo estaba ya en orden, puesto que había depositado en persona el acta en el registro de La Rochelle como si el enlace se hubiera producido en alta mar, y ahora les llevaba el certificado sellado para que lo conservaran. Bautizar a un nuevo cristiano era otra cosa y él, desde luego, no se quería ver envuelto. El cura lo miraba fijamente, esperando sin duda una respuesta al incómodo acertijo.

—Bueno, *mon père,* no es gran cosa la escala, por eso no me pareció importante avisarle. Justo el tiempo de desembarcar la carga y de acercarlas al puerto de la isla. Ningún retraso se derivará de ello. Las máquinas pueden hacer unos cuantos nudos más para paliarlo. No se preocupe por ello —dijo al fin Dachary.

—Pero, padre, ¡usted tiene que bajar con nosotras! Su presencia en el barco es seguro obra de Dios —exclamó inopinadamente la jovencita.

—¡Blanquita, compórtate! —le recriminó la madre—. El padre cumplirá con sus planes y no tenemos ningún derecho a exigirle, siquiera a rogarle, que se apiade de nosotras y nos ayude en este trance. Aunque a mí, si no le molesta, me gustaría pedirle consejo, porque temo que a mi pequeñín pudiera pasarle una desgracia, en lugar tan poco frecuentado, y que su almita quedara sin bautismo en el limbo, atrapada para siempre.

La expresión de angustia de la matriarca pensando en el alma de su pobre nieto flotando en un nivel perdido sobre el infierno, allí donde aunque no le alcanzara el fuego nunca podría gozar del paraíso, ablandó la coraza del teólogo Fameux. Palémon era doctor en Filosofía y en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana, y aún era capaz de bajarse de las alturas para ponerse en la piel de un sencillo

cristiano.

—Verá, doña Blanca, la noción del limbo no tiene mucho respaldo teológico. Es lo que llamamos un «teologúmeno», es decir, una afirmación sobre la que nada dice el dogma y que está marcada por la incertidumbre. Es más bien la religiosidad popular la que utiliza el concepto. Si quiere mi opinión, ningún niño sin pecado personal, aunque esté sin bautizar, verá cerradas las puertas del cielo, y tampoco olvide que existe el agua de socorro y que, en peligro de muerte, cualquier persona puede bautizar a un recién nacido.

—Eso lo puede hacer la hermana Fernanda —deslizó Dachary.

—¿Cómo que la hermana Fernanda? ¿Hay religiosas en ese lugar en el que no existe un clérigo que pueda bautizar a un niño? ¿Quién las asiste a ellas y les imparte los sacramentos? —dijo un poco alterado por las extrañas circunstancias que le iban revelando.

—Sí, *mon père,* en la isla hay cinco religiosas que llegaron a bordo de un pesquero huyendo de los asaltos y las quemas que se produjeron hace unos años en España.

—En España hemos pasado las de Caín, como sabe, padre. Tan solo hace veinte días que la guerra se dio por terminada. Un horror, padre, un horror.

—La persecución de religiosos me es conocida. Algo terrible…

—Terrible ha sido todo, padre, todo. Mire a esta mujer, Estíbaliz, que no dirá nada porque no entiende ni papa de francés, pero que hace varios años que no puede estar con su marido porque este andaba con el Gobierno legítimo y nuestra zona fue tomada por los franquistas muy pronto. Vive en la isla también, y esta oportunidad va a reunirlos de nuevo porque lo que ha unido Dios…, ya sabe…

A Dachary le pareció que era el momento de cambiar de tercio. Ya tendría más tarde una conversación calmada con *monsieur le curé.* Con un poco de suerte, hasta lo convencería para pasar una noche en Thule y bautizar al retoño Rolzou antes de volver a bordo, pero la señora se estaba precipitando y de un apretón así no saldría nada constructivo.

Ni siquiera él era consciente de hasta qué punto podía ser proclive a sus deseos el cura francés. A pesar de sus orígenes privilegiados —hijo de industrial, criado en Estados Unidos y remitido a Roma cuando debutó en su vocación, bajo la tutela de un tío protonotario apostólico—, andaba embarcado en actividades que hubieran sorprendido a sus mentores. Su primer destino en una parroquia de los arrabales de París le había hecho darse de bruces con la realidad de los obreros fabriles, y así había sido como Palémon había llegado a ser uno de los creadores y sustentadores de la Jeunesse Ouvrière Chrétienne, la JOC. Un afán basado en la doctrina de Jesús y en la justicia social que lo conducía en ese momento hacia Canadá, para apoyar la creación de

ese movimiento y su derivada femenina en aquellos territorios. La implantación de la Jeunesse Ouvrière Chrétienne Féminine era el impulso que movía al inconformista sacerdote, que sabía que se la jugaba porque conocía las inclinaciones de sus obispos metropolitanos.

Al terminar la comida, las mujeres se retiraron a descansar. Dachary no se fijó en que una cuarta pasajera permanecía en su camarote y había pedido que le llevaran una bandeja con sus colaciones. No solo porque tal incomodidad no repercutía en sus hombres, dado que era Estíbaliz la encargada de hacerlo, sino porque sospechaba que tal disposición tenía que ver con Constanza, y eso para él constituía una suerte de ley. Cuando se quedaron solos, invitó al cura a pasar a su camarote para tomar un whisky. No es que fuera costumbre del capitán, ni mucho menos del tonsurado, pero a veces los hombres tienen que recurrir a viriles subterfugios para buscar una intimidad que, de otra manera, nunca hubieran sabido cómo suscitar.

Una vez servidos y a la vista del interés que habían levantado en Fameux las cartas y útiles de navegación que permanecían sobre la mesa de derrota, el marino pasó a mostrarle el rumbo que llevaban y la desviación que realizarían para arribar a La Inexpugnable. El ilustrado clérigo siguió con todo interés las explicaciones, no sin reparar en que los rumbos trazados por el capitán conducían a un punto del océano que aparecía vacío en la carta náutica. Según su naturaleza, Palémon no mostró una sorpresa mayúscula, porque poco asombro ante tal minucia puede sentir quien es capaz de creer que existe un ser omnipotente capaz de ver sus actos en todo instante.

—Veo que no le aburre todo este mundo náutico en el que yo me desenvuelvo.

—¡Cómo iba a hacerlo! ¿Ha visto con qué nombre me adornaron mis padres? —Rio el cura.

—Un nombre curioso y poco oído el de Palémon, ciertamente. Nunca he conocido a ninguno, ni siquiera he oído hablar de nadie que se nombrara así. Parece, sin duda, un nombre antiguo o tal vez un invento…

—Antiguo y mitológico, capitán, ni más ni menos que un dios marino; el de los puertos, para ser más preciso.

—¡Vaya! Al final va a ser una coincidencia afortunada llevarle a bordo yendo al puerto que vamos, que no es fácil de penetrar. Nunca oí tampoco hablar de otro dios marino que no fuera Poseidón. Perdone mi incultura, padre.

—Poseidón vendría a ser mi progenitor, perdón, quiero decir el del dios cuyo nombre llevo. Es una historia cruenta y preñada de pasiones bajas incluso para los humanos, como muchas de las que pueblan esos antiguos mitos. Fíjese que la madre de Palémon no fue otra que Halia,

una ninfa oceánide que cayó en las redes de Poseidón y tuvo con él al susodicho y a cinco hijos más. Como quiera que Afrodita enloqueció a esos cinco para hacer que violaran a su propia madre, Poseidón los mandó al inframundo en forma de demonios y la desgraciada Halia se lanzó al mar con el que le restaba, Palémon, en brazos. Los dioses olímpicos, apenados por la tragedia y el drama que habían sufrido, transformaron a la ninfa en Leucótea, protectora de los marinos, y al pobre Palémon le hicieron dios de los puertos.

—Tremenda historia, pero muy adecuada para ser contada en el camarote de un capitán mercante. Supongo que fueron sus estudios en Roma los que le llevaron a interesarse por el clasicismo.

—Eso, y que para un teólogo siempre es interesante conocer la historia de los dioses que perecieron en el tráfago del tiempo, ¿no le parece?

—Entiendo lo que quiere decir, sí. En cierto modo, la isla a la que nos dirigimos también tiene un cierto regusto mitológico. Creo que le gustaría visitarla, aunque fuera brevemente. La señora y sus acompañantes se dirigen a la mansión de Thule, en la que vive su hija mayor con su familia, que acaba de crecer. Es seguro que estarían encantados de invitarnos a una cena para que usted pudiera verter las aguas bautismales sobre los recién nacidos.

—¿Nacidos? ¿Son varios?

—Al menos dos, Fameux. Yo dejé dos mujeres en estado de buena esperanza al partir la última vez. Ignoro el número y el sexo de los frutos que dieron. Uno de ellos, si llegó a término, es el nieto de la sirvienta que ha visto, Estíbaliz, que también se dirige a conocerlo.

Palémon Fameux sabía que los mandatos de Nuestro Señor de bautizar, perdonar los pecados y ofrecer la misa constituyen una ley divina que obliga a todos los sacerdotes y obispos católicos hasta el fin de los tiempos. Sea en tierra firme o en medio del océano. La idea de aquellos bebés sin bautismo, aquellas monjas sin confesión ni comunión y un número indeterminado de cristianos sin acceso a los sacramentos lo inquietaba muy profundamente, pero no quería precipitarse a tomar una decisión, sobre todo porque era obvio que de una forma poco sutil todos lo estaban empujando a adoptarla.

II

Carmen se retiró del pecho al segundo de los gemelos. Estaba exhausta pero no podía dejar de alimentar a los hijos de Constanza, ahora que se había demostrado que ella era seca de leche y ni aun queriendo iba a poder mantenerlos con vida. Los críos no enganchaban la teta de su madre y lloraban como descosidos cada vez que lo intentaban por lo

vano del esfuerzo. No le habían dicho nada a Archie. No hacía falta. Confiaban en que las abuelas habrían resuelto el tema y que con la llegada del Petit Ruritanie la doncella pudiera descansar de tan dulce y agotadora obligación. A cambio, Pauline la tenía como una reina y prácticamente cocinaba pensando en ella, en sus mínimos caprichos y en la capacidad nutritiva reforzada que necesitaba.

Así que allí estaba, instalada en una de las habitaciones de invitados, frente a la *nursery,* para atender a su propio hijo y acudir a la demanda de alimentación de los gemelos Rolzou cuando la *nanny* la requería. Les había costado unos días escalonar las tomas para que todos no aullaran de hambre al mismo tiempo, pero poco a poco habían conseguido armonizarlo.

Thule había devenido en un pequeño manicomio poblado de bebés y de díscolas niñitas en busca siempre de ponerlo todo patas arriba. Seis criaturas daban bastante que hacer y, sobre todo, incordiaban mucho, así que habían convenido que Archie Mauger continuara por una temporada en su dormitorio de Blackgross, para conseguir estar medianamente despierto a la hora de sus clases, y el propio Armand se había planteado irse unos días a La Guarida a trabajar mientras ese caos se mitigaba.

A Constanza no le gustaba la idea de que su marido la dejara sola en medio del pandemonio infantil, transigió para no tener una escena, pero también para preservar el misterio que según ella nunca debía morir si una pareja quería mantener viva la pasión. Por idéntico motivo, se había negado a la oferta de Armand de acompañarla en los esfuerzos del parto. No sabía de dónde había sacado tamaña idea. Ninguna mujer, por muy francesa y muy moderna que fuera, estaría dispuesta a dejar que su amante presenciara ese infierno de llanto, sangre y suciedad del que surgía la vida humana. Estaba convencida de que después no lograría sacarlo jamás de su imaginación y no quería que Armand viera por siempre en ella a la hembra cumpliendo con esa brutalidad, sino que pretendía devolverle lo antes posible a la mujer tentadora que siempre había sido para él. En su ausencia haría sus deberes, vendaría su vientre para que los órganos volvieran a su lugar, y procuraría que sus formas se recuperaran antes de que su adorado y hermoso marido regresara a casa.

Tan ocupada andaba Carmen amamantando a su Nieves y a los gemelos Emmanuel y Jorge, que no reparó en la desazón que acometía a su padre ante la inminente llegada de su esposa. Celso no pasaba casi a ver a su nieta, bajo la excusa de estar atendiendo a *monsieur* y sus encargos para recibir a las visitantes, pero solo quería ocultar una dolorosa realidad a la recién parida: no solo no tenía ningún interés en ver a Estíbaliz, sino que renegaba de tener que hacerlo. Intentaba a ratos consolarse de su desazón cerca de la posadera, solo que la

notaba mucho menos receptiva desde que había aceptado tener a su cargo a dos de las pequeñas refugiadas.

La isla ,mientras, se deshacía en aguas. Aguas del cielo la lavaban torrenciales; aguas del deshielo bajaban saltando el Croquer y se afanaban ruidosas a ganar los acantilados para entregarse, precipitadas y límpidas, al mar que las esperaba. Constanza paseaba a menudo, aún bajo la lluvia tenaz, para mejorar su estado físico y para pensar en la pobre Eliza, sentada en ese banco húmedo, mientras veía cómo las rachas de fuerte viento ejercían su poder e impedían a las torrenteras alcanzar su bajo destino, elevándolas de nuevo al cielo, como espantadas melenas inflamadas de espuma.

Al deshacerse, la nieve les devolvía el dominio de La Inexpugnable. A pesar de que las temperaturas no habían remontado mucho, la naturaleza se abría paso entre las grietas y entre los restos ajados de hielo, y los botones apuntaban siquiera tímidamente en los árboles mientras querían brotar la estellaria, la eufrasia, la conopea y el lupino azul. Revoloteaban las despreocupadas mariposas, las colias, la boloria y la speyeria ártica, con sus anaranjados mantos y sus disfraces manchados. Corrían el riesgo de perecer si una nueva helada los visitaba, pero así es la vida de los pioneros, de los que van en busca de la luz antes que sus compañeros.

Constanza fue consciente de que había que empezar a construir la casa de los Mauger —se forzaba a llamarlos así— y la del internado para las chicas. Solo así recuperarían la intimidad de Thule y podría ella después dirigir los esfuerzos de los Guruchet a lo que más le interesaba: levantar una capillita con un cementerio anexo en el que descansaran, al fin, los restos atormentados de Eliza Conder.

Estaban sus hijitos. Le parecían preciosos y milagrosos, una respuesta a su secreta demanda de no volver a pasar por ese trance. Una niña y dos varoncitos, no había por qué inquietarse más. Thule estaba así bien poblada y de todos ellos nacerían otros que terminarían por dejarla pequeña si los hombres no destruían el mundo antes de que llegara el tiempo de la cosecha. Sabía que estaban bien en manos de Miss Flanner y de Carmen, por eso no los echaba de menos cuando salía a vagar por la isla, recobrando así la libertad de la que se había visto privada por el invierno y por su imponente gestación, que, como se había demostrado en el parto, estaba bien justificada por esos dos angelitos que viajaban juntos. ¿Qué sería de ellos? Allí todo parecía lejano e imposible, pero no era realista pensar que nunca se moverían de la isla.

La paz era un bajel inestable. Acababa de llegar a España, envuelta en sudarios y en mordazas. Iba a marcharse de Europa y tal vez del resto del mundo civilizado, y ella no podía hacer nada para evitarlo. Solo proteger a sus hijos. Solo rezar para que esa locura cesara. O tal

vez se estaba engañando, tal vez había algo que le estaba destinado, una lucha en la que pudiera participar, como había sucedido con la llegada de las niñas judías. Tenía muchas cuestiones que tratar con su madre, cuestiones que no podía insinuarle a Armand sin que se pusiera a la defensiva. Se daba cuenta de que últimamente había demasiados temas que no había compartido con él —incluidas las certezas que sobre Buss le había proporcionado Mauger—, y lo achacó al embarazo y a esa especie de hornacina en la que se había sentido encerrada por todos para mimarla y que solo conseguía hacerla inaccesible.

Tampoco Armand le había sido a ella todo lo sincero que acostumbraba. Demasiadas tensiones le hervían en el pecho sin que se atreviera a inquietarla con sus desazones y sus martirios más íntimos. No es que lo hiciera por desconfianza, es que temía verse afeado por las dudas al reflejarse en los inmensos ojos amados.

Prácticamente el doctor era el único confidente que le quedaba en la isla para los asuntos internacionales y, desde que se veía tanto con su institutriz, no se atrevía a abrirle el alma, sabiendo como sabía que los hombres se vacían en la alcoba también de secretos y agobios propios y ajenos. Intentaría hablar con Dachary a su llegada. Quería saber qué ambiente había en Francia después de la última locura de Chamberlain, porque no podía decirse que fuera otra cosa haber dejado el destino de Gran Bretaña, y con él el de Francia, en manos de los polacos. El antiguo diplomático no lo entendía. No entendía los cambios que se habían gestado en aquel hombre para haberse arrancado con aquella cláusula de auxilio polaco que juraba la ayuda británica «contra cualquier acción que amenazara la independencia polaca y que el Gobierno polaco considere que es vital resistir». Había oído en la radio que el viejo Lloyd George había sido la voz solitaria encargada de advertirles en el Parlamento que esa cláusula polaca era una locura suicida y el modo más seguro para provocar un estallido precoz de la guerra. Armand estaba totalmente de acuerdo con el viejo político al que todos consideraban acabado.

III

Blanca Ortuzar de Pérez de Albeniz iba enormemente digna en la proa de la chalupa mirando hacia la costa, siempre al frente, con la esperanza de descubrir pronto el rostro querido de su hija y con la solemne intención de no quejarse ni del mareo, ni del miedo, ni de las incomodidades a las que se había visto sometida en los últimos días a bordo del mercante.

Era difícil mantenerse decorosa bajo esa lluvia racheada y fría que,

sin embargo, no llegaba a ser violenta. Con eso le bastaba al capitán Dachary, que la observaba desde popa admirando el control del que había hecho gala la dama española durante los tres días de temporal a bordo. Todo quedaría olvidado en cuanto llegara a tierra y se reencontrara con los suyos, y no sería él quien le recordara que un día debería regresar y que el Atlántico la esperaría, a saber si con mejor faz. En las bancadas de madera se amontonaban la jovencita Pérez de Albeniz, la sirvienta Estíbaliz y una cuarta mujer a la que no había logrado ver en todo el viaje y que apenas dejaba atisbar su rostro entre un fárrago enorme de ropas superpuestas que solo podían servir para entorpecer sus movimientos, o eso pensó el ingenuo marino.

El padre Fameux se había quedado a bordo, lo que no significaba que se cerrara en banda a ayudar a las almas huérfanas de la isla. En un exceso de celo protocolario, le había confesado al capitán que no pensaba autoinvitarse y que, solo en el caso de que el señor de Thule lo enviara a buscar, decidiría visitar su mansión y ayudar en lo que se precisara.

En el muelle esperaban Constanza y Armand con la camioneta que conducía Antoine Galloul, preparada para llevarlos a todos a Thule. Celso bajaría más tarde para organizar el transporte de la carga, tras haber obtenido autorización del patrón para no forzar un rencuentro con Estíbaliz a la vista de todos. Cuando estuvieron a salvo sobre el pantalán, y mientras Constanza y su familia se abrazaban y besaban y reían, sin importarles una higa el chaparrón que no cesaba, Dachary le explicó brevemente a Armand lo que había sucedido con Palémon Fameux a bordo y sus reticencias a la hora de bajar a tierra. Ni que decir tiene que la invitación que el cura esperaba fue cursada y la chalupa enviada de nuevo al Petit Ruritanie para hacérsela llegar al sacerdote.

El francés ordenó al chófer que condujera a Thule a las recién llegadas y que volviera inmediatamente a recogerlos a él, al cura y al propio Dachary, que también pasaría la noche en la isla. Entretanto, los dos hombres se quedaron a resguardo de un árbol solitario viendo cómo pescadores, pueblerinos y granjeros contribuían al desestibado y desembarco de las abundantes mercancías.

—Veo que ha logrado traer casi todo…

—Casi todo no. Todo y alguna cosa más. Mire, Rolzou, la vida se está complicando en el continente y también en Gran Bretaña. El esfuerzo de guerra se ha iniciado, siquiera sea subrepticiamente, y el que más y el que menos, propietario o empresario, está almacenando lo que puede. Exactamente igual que se les ha ocurrido hacer a ustedes. Deberían, a no mucho tardar, establecer algún proveedor que se encargara de comprar por su cuenta en Canadá. Hágame caso.

—Se lo haré —dijo echando un vistazo circular y viendo cómo

Celso había tomado las riendas para transportar a Thule sus encargos —. Tal vez mucho antes de lo que se imagina. ¿No navega usted hacia allí?

—Hacia allí nos dirigimos y allí desembarcaré al padre Fameux y el resto de mis bodegas.

De pronto, Armand Rolzou comenzó a bracear para llamar la atención de su capataz y hombre de confianza. Celso dio algunas instrucciones a Zarraga y Cabrera, y se acercó con diligencia.

—¡Todo está en orden, *monsieur,* no tardaremos!

—No lo dudo. Escucha, Celso, no es de la carga de lo que quiero hablarte. Es que el capitán me está comentando los problemas de aprovisionamiento que se van a producir en Europa, bien porque estalle la guerra, bien porque todo el mundo acapare. Por si eso sucede, me sugiere establecer una base comercial en Canadá que pueda servirnos como alternativa.

—Si quiere mi opinión, *monsieur,* me parece una idea muy sensata.

—¿Tú lo harías? ¿Te encargarías de viajar a la zona francófona y realizar las gestiones que yo te encomendara?

—¡Cómo no! Sabe que puede contar conmigo…

—A lo mejor hasta te parece buena idea embarcarte ahora mismo, en cuanto termines… El barco va rumbo a Canadá.

—¿Ahora mismo? ¿Sin volver a Thule? —dijo sorprendido.

—Yo me encargaría de decir que saliste urgentemente por orden mía. Te enviaría equipaje, dinero e instrucciones con Dachary cuando vuelva. Creo que los dos nos entendemos…

—¡Oh, desde luego, *monsieur*! No sé cómo agradecérselo. No hacía sino pensar cómo podía arreglarlo. ¡Gracias, *monsieur,* por pensar en mí!

—Digamos que pienso en todos, porque la mayoría saldremos ganando de este cambio de planes. Puedes regresar con el siguiente flete y así desembarcarás justo cuando embarquen las invitadas que acaban de llegar.

—Entiendo lo que sugiere y me parece enormemente conveniente, aunque tal vez un poco cruel…

—*On verra,* Celso, la vida da muchas vueltas, y con tiempo todo el mundo puede avenirse a razones.

Dachary los observaba impasible. El férreo marino conocía lo suficiente la isla y sus tejemanejes como para haber entendido a la primera lo que ambos se traían entre manos. Como no había podido cruzar palabra con Estíbaliz, no se sentía llamado a empatizar con la mujeruca enlutada y, sin embargo, ese hombre recio en permanente huida le inducía una simpatía propia de hombres, que entienden cuándo otro se siente atrapado en una ratonera y necesita que se le eche una mano para salir.

Un palmetazo en la espalda de Celso cerró esa entente en el preciso instante en el que el cura, revestido con sotana y alzacuellos, trataba de subir las escalerillas del embarcadero sin pisarse las faldas. Se percataron de que llevaba con él una suerte de maletín negro, como el que Aramendi utilizaba en sus visitas, y es que el médico de almas había arribado a La Inexpugnable.

Cuando llegó a su altura, el capitán los presentó.

—Armand, le presento a *mon père* Palémon Fameux. Padre, este es monsieur Armand Rolzou de Saint-Gelais, el dueño de Thule.

Se estrecharon las manos con cordialidad y contundencia mientras se examinaban mutuamente. Al padre le llamó la atención el rostro casi perfecto de su anfitrión, una especie de Cristo de largo cabello ahora chorreante y de mirada franca y confiable. A Armand, sin embargo, no le extrañó la figura seca y enjuta del cura, ni sus gafas metálicas cuajadas de gotas de lluvia tras las que se adivinaba el rostro de un estudioso que aún no se había peleado con la acción. Con un gesto lo invitaron a subir a la furgoneta, que estaba de regreso, y emprendieron todos juntos el camino a Thule.

La algazara era audible desde la puerta. Abuelas que lloraban al abrazar a sus nietos, niñas que saltaban, perros que ladraban, bebés que berreaban y de fondo alguien dando instrucciones para intentar ordenar esa barahúnda. El cura sonrió al cruzar el umbral, agradablemente invadido por el sonido alborotado y feliz que produce una verdadera familia al reunirse. Al capitán y al joven francés, por contra, les venía grande, como una exteriorización demasiado primitiva o exacerbada de sentimientos que ellos conseguían contener. «Españoles —se dijo Armand—, siempre ruidosos y entrañables».

Para su sorpresa, hasta el doctor Aramendi estaba esa tarde en Thule, presto a comprobar el satisfactorio desarrollo de los bebés a los que había traído al mundo y, junto a él, la hermana Fernanda, la última persona que Armand hubiera pensado encontrar ahí. Pero estaba hecho, y las fuerzas cuyo choque no sabía si provocar se habían topado como por azar o por designio de las alturas y ya no le estaba dado hacer o deshacer, solo observar. Como primera medida, decidió llevarse a todos los hombres a la biblioteca y pedir que les sirvieran un té y alguna cosa con que entonarlos hasta la cena, a la que, añadió, estaban todos invitados. Eso haría rugir a Pauline en la cocina y precisaría de todas las energías de Aimable Virginie y de Estrellita, mas en un lugar remoto como aquel podía siempre el placer de la novedad y el ajetreo por encima de la incomodidad de gestionarlos.

Cuando se disponía a indicarles la escalera para llegar a su culto retiro, se produjo un episodio que paralizó a todos en el vestíbulo de Thule. Fernanda del Santísimo Sacramento avanzaba hacia Palémon como transmutada, con la toca recompuesta y con las manos unidas en

gesto de oración frente a su pecho. Cayó de hinojos ante el cura y bajando la cabeza gritó:

—¡Padre, bendígame! ¡Bendiga a esta pobre pecadora!

Contra toda predicción, Palémon se quedó a su vez paralizado.

Al fondo, la gente de las cocinas se había arrodillado también. Finalmente, levantó majestuoso su mano y trazó una bendición sobre la cabeza de la monja y, a continuación, una más amplia concerniendo al resto de las personas congregadas y a la propia casa que lo acogía. Fue en ese instante cuando el padre Fameux decidió que tal vez había malinterpretado la llamada del Padre y que esta no se refería a una universidad católica al otro lado del Atlántico, sino a una isla perdida entre sus aguas, en la que parecía haber mucha faena que hacer en su nombre.

Las cenas fueron de maravilla. No en vano habían dedicado tanto tiempo durante el verano y el otoño preparando todo tipo de conservas y avíos. Casi le había bastado a Pauline con abrir algunas orzas de piezas en aceite e improvisar otras pocas viandas curadas, que siempre tenían a mano. Mandó a Antoine a hacerse con unas langostas y así culminó un menú que a los recién llegados les dijo maravillas de los puros manjares, naturales y exquisitos, de los que disponían en La Inexpugnable.

En la cocina, Estíbaliz tardó en atreverse a preguntar por su marido. Su hija permanecía arriba con los críos, así que fue Manuel el responsable de comunicarle que cumplía un encargo de monsieur Rolzou fuera de Thule. La mujer quedó más tranquila, acostumbrada a los caprichos de los señores, e intentó hilar conversación con esos dos marineros españoles, dado que la cocinera y el resto se habían pasado al francés sin que ella pudiera seguirlos. Zarraga y Cabrera comenzaron a relatarle su historia y cómo habían cruzado sus destinos con Celso, y así se le pasó el tiempo. La misteriosa viajera que había llegado con ellas tampoco se presentó en la cocina, pero la razón de su ausencia la conocía la alavesa, por lo que no le producía la más mínima inquietud.

En el comedor principal se hallaban todos los adultos menos Miss Flanner, que había sido destinada a cenar con sus pupilas arriba, en la *nursery*. Constanza estaba radiante ante tanta concurrencia y un poco también por la alegría que le daba volver a ver al capitán francés. Lo cierto es que todas las miradas, excepción hecha de las de la religiosa, estaban pendientes de ella: los dos hombres que la flanqueaban en la mesa, Dachary y Aramendi, porque nunca habían dejado de hacerlo; Armand, porque vivía para recrearse en ella, y su madre y su hermana, porque hacía tanto que no tenían la oportunidad de disfrutarla que parecían hipnotizadas de felicidad de tenerla delante. Palémon, disimuladamente, se dejaba mecer por el influjo benéfico

que la belleza procura a las almas. Solo la hermana Fernanda parecía inmune a la presencia de la señora de Thule y mantenía la vista baja, avergonzada por si el cura la pillaba en falta. Estaba segura de haberle oído decir a Constanza que su madre llegaría con un cura «fuera como fuera». La monja nunca pensó que la providencia se diera tanta prisa en ayudarlas.

Muchas procesiones iban por dentro, aunque sobre la mesa la conversación preponderante versaba sobre la situación y últimos acontecimientos del continente. Esporádicamente se oía alguna exclamación de doña Blanca —«¡Qué bonitos son, Constanza, qué hermosos!»— que los demás dejaban pasar como desahogos de amor naturales en una abuela. Lo más educado era preguntar al sacerdote por sus intereses y vida, dado que prácticamente Blanca Ortuzar lo había obligado a ser su huésped esa noche. Palémon no se hizo de rogar en absoluto y hablaba a la vez que, como tenía por costumbre, se metía entre pecho y espalda todo lo sabroso que ponían a su alcance, sin que su cuerpo magro pareciera sacar ningún provecho de ello.

—Entonces, padre, ¿va a Canadá a enseñar en la universidad? —lo incitó Armand.

—¡Oh, no, desde luego! Voy a ayudarlos con la creación de una sección del gran proyecto de mi vida, las Juventudes Obreras Cristianas, en concreto una sección para mujeres, como ya tenemos en Francia.

—Creía que era usted un estudioso, según me ha explicado Dachary.

—Lo soy, tengo publicados varios libros y tratados, soy especialista en historia medieval y, además, trabajo codo a codo con los jóvenes obreros que tan necesitados están de nuestra ayuda.

—No hubiera apostado yo por que la juventud trabajadora estuviera volcada con la Iglesia católica…

—Y no lo están, o no lo estaban. La Iglesia se portó como una madrastra durante años, apoyando sin resquicios la explotación que muchos patronos hacen de ellos. Dios dirigió mis pasos dándome mi primera parroquia en el XIV Arrondisement y allí comprobé el sufrimiento, las horribles condiciones de trabajo y la miseria que los ha dejado sin esperanza y ha cavado una fosa entre la Iglesia y ellos.

—Ustedes los evangelizan…

—Eso es algo tangencial. Trabajamos con ellos. Hemos creado servicios para formar aprendices, librerías y bibliotecas, clases, servicios de salud en el trabajo, y si mediante esa esperanza ellos se dirigen a Dios, nosotros estaremos doblemente felices.

—A los que hay que dirigir hacia Dios es a los hijos de mala madre que los tratan como esclavos —murmuró Dachary.

—Así es, capitán. Hace tres años llevamos a cabo una gran encuesta sobre las condiciones de trabajo de los obreros fabriles, y yo mismo acudí a Ginebra a entregar las conclusiones, nada halagüeñas, a la Oficina Internacional del Trabajo.

—¿Y qué hicieron con ello? —intervino Armand—. Yo se lo diré, nada.

—Me han dicho que tiene un sabor amargo de los organismos internacionales, pero créame, parece que este está logrando algunas mejoras, y nosotros no lo fiamos todo a eso, sino que trabajamos por nuestra cuenta.

—¿Y cómo se posicionan respecto a la actual situación que nos llevará a la guerra? Es sabido que los obispos franceses coquetean demasiado con la idea de que alguien haga descarrilar a los comunistas sea como sea. Demasiado amigos de las cruzadas… —le pinchó.

—Muchos de ellos, lleva razón. Su santidad Pío XI puso a unos cuantos firmes por su connivencia con Acción Francesa y renovó bastante la curia gala. Ahora, si me pregunta a mí, yo estaré siempre en la lucha contra cualquier totalitarismo. Eso incluye al régimen que se acaba de instaurar en España y al que rige en Alemania. No tenga duda sobre eso.

—Pero, padre, ¿cuándo piensa usted bautizar a mis nietos? —metió baza Blanca, harta de dilaciones—. ¡Que son dos y no uno! ¿Se lo han dicho?

Una carcajada coral recorrió la mesa. Llevaba razón la señora Ortuzar, ¿qué hacían ellos discutiendo sobre el devenir del mundo cuando tenían cuestiones tan próximas a las que hacer frente?

—Mañana mismo, *madame,* no se me inquiete. ¿Hay iglesia en el pueblo?

—No, padre, en Saint-Pierre-le-Calme no queda ningún edificio religioso ni lo hay en toda la isla, excepto que quiera considerar así la granja de las monjas —dijo Constanza—. Aunque yo tengo previsto levantar este mismo año una capilla en nuestros terrenos, me temo que no llega a tiempo.

—Lo haremos aquí, antes de irme.

La voz de la religiosa, que no se había dejado sentir en toda la noche, se elevó entonces clara y con una pizca de irritación:

—Pero usted, padre, no puede irse sin asistirnos espiritualmente a nosotras. No debe. No sé cuándo leva anclas el mercante, pero usted no puede pasar por aquí y dejarnos en la penuria sacramental en que estamos.

Palémon la miró con un rostro profundamente sereno. Solo al cabo de unos instantes respondió:

—Y no lo haré. Capitán, ¿puede llevar una carta mía para que se

entregue en Sherbrooke? ¿Hay algún lugar en el que pueda residir durante unas semanas hasta que usted regrese a por las españolas?

Dachary asintió a ambas cuestiones y todos aceptaron que iban a tener un nuevo y venerable vecino en la isla, al menos por una temporada. Armand, por su parte, había decidido que tal carta no llegaría nunca a su destino. La interceptaría con o sin la aquiescencia del capitán. No hacía ninguna maldita falta que un cura proclamara a los cuatro vientos, a todo un claustro universitario, dónde podían encontrarlos, dónde estaba su refugio, y menos en un momento tan crucial.

IV

Aramendi pensó con guasa que bien podría haberles hecho una iguala de partos en Thule. Era el tercero en pocas semanas y este había sido especialmente difícil, dado que esa desconocida era primípara, muy joven y excesivamente estrecha. Aun así, su pericia había conseguido traer al mundo a otra chiquilla para el coro de llantos de la casa. De la madre solo sabía que había llegado con Blanca Ortuzar y que, según les oyó comentar a las mujeres, iba a ser el ama de cría de al menos uno de los gemelos Rolzou. El médico se alegraba del arreglo que lo eximiría del imperativo profesional de prohibir que la doncella siguiera amamantando nada más y nada menos que a tres bebés. Él era muy capaz de besar por donde pisara Constanza, sin que esa debilidad nublara su capacidad médica; así que nunca hubiera refrendado en calidad de galeno la idea de que la bella española fuera incapaz de alimentar a sus hijos recién nacidos, como ella misma se había encargado de proclamar. En esas suertes de la lactancia había que tener paciencia, dejar que los críos sacaran el pezón y pudieran engancharse bien. No había constancia de que la señora de Thule lo hubiera intentado, para el doctor era mucho más plausible que madame Rolzou no tuviera entre sus planes asumir el trance y hubiera escenificado una incapacidad que a buen seguro nunca había sufrido. Si ella podía permitírselo, no sería él quien descubriera el ardid.

La madre de Constanza había conseguido llevar una nodriza a la isla con una gestión un poco tortuosa pero esforzada; no se le pasaba por la cabeza que su pulidísima hija tuviera que someterse a esa esclavitud de la naturaleza. Le había resultado imposible convencer a una mujer recién parida para que se embarcara con su propio hijo rumbo a un lugar lejano. Acabada la guerra, las dolientes gentes de España no tenían ánimo ni resuello para ninguna aventura que no fuera la diaria de procurar sobrevivir. Así que había cruzado la frontera sin tener solución para las cuitas de su sofisticada progenie.

No cejó en su empeño, preguntando en todos los pueblos y aldeas en los que se detuvieron antes de llegar a La Rochelle, pero solo obtuvo respuestas negativas.

La alavesa tuvo una gran sorpresa cuando su consuegra le habló de Emilie de Loubac. Ambas señoras habían fijado una cita para almorzar en La Rochelle, Rue Chaudrier, en el Café de la Paix. Un decorado perfecto para madame Rolzou, con sus enormes *boiseries* de estilo imperio y las inmensas arañas talladas que colgaban de techos con finos frescos florales. A la señora Ortuzar, en cambio, llegada de un país destruido por la guerra en el que lo cotidiano era ver miseria y aniquilación, le resultaba demasiado imponente. Sentadas a una mesa, frente a frente, las dos bodegueras tuvieron una insólita oportunidad de charlar en solitario. A Blanca Ortuzar, Renée Rolzou de Saint-Gelais le parecía elegante pero distante y orgullosa, tal vez un pelín soberbia. A Renée, Blanca le parecía una mujer conveniente aunque poco sofisticada. Ambas eran conscientes de que sus respectivos hijos estaban ligados por lazos más profundos que los del mero matrimonio y, en honor a ello, procuraban comportarse entre ellas de forma deliciosamente civilizada.

—¡Oh, mire a ese hombrecito, *là-bas!* —exclamó la Rolzou sin ningún ademán de señalar.

La española echó la vista a vagar en derredor y, cuando sus ojos toparon con aquel hombre, de unos treinta y muchos, sentado frente a su aperitivo, con la pipa sobre la mesa, supo que se refería a él. Y no lo supo porque tuviera un aspecto reseñable, no era ni repulsivo ni tampoco atractivo a rabiar, sino por su mirada, que parecía estar diseccionándolas desde una orilla del mundo que ella no podía alcanzar.

—¿El de la pipa apagada? —preguntó.

—El mismo. Es Simenon, el escritor. Confieso haber leído alguna de sus obras policíacas, pero en la zona han comenzado a odiarlo porque dicen que nos espía.

—¿Para los nazis?

—*Mais non!* Para sus novelas… Las gentes han empezado a reparar en que sus personajes se parecen terriblemente a las personas de los lugares por los que pasa.

—¡Qué improcedente!

—Mucho… —suspiró la francesa.

Roto así el hielo con cuestiones que no las afectaban, tal y como mandan las normas en sociedad, pudieron meterse en harina. Renée se explayó sobre las complicadas condiciones que habían empezado a darse en Francia, con las gentes revueltas por el fantasma de la guerra que las sobrevolaba, las suspicacias renacidas sobre los judíos y la tensión añadida de aquellos que preferían cualquier cosa a un avance

de los comunistas en el país. Blanca le intentó detallar los desastres de una contienda, incluso para los que, como en su caso, habían visto su familia y patrimonio preservados. A una le tocaba sobrellevar la losa de los agrestes y ordinarios militares, a la otra la incertidumbre de unas bestias por llegar. Ni aun así se sintieron almas gemelas. Hay atracciones y repulsiones que resisten a todo cambio ambiental.

Renée la contemplaba con su perfecta despreocupación, con su elegante desprendimiento, con su estudiada determinación. Renée, que miraba cada mañana a su joven Philippe, ¡tan hermoso, tan inocente!, y lo veía próximo a la piedra sacrificial.

—Entonces le resulta preocupante que nuestro nieto o nieta no encuentre ama nutricia más allá de la suya natural. Es una complicación, la verdad. Ni usted ni yo debimos pasar por esa prueba, pero fueron nuestros hijos quienes decidieron alejarse de la civilización. ¿Quiénes somos usted y yo para corregir su empeño?

—No sea cruel, Renée. Ni siquiera considerando que su hijo está exento de tal servidumbre puede usted ser tan poco comprensiva con la de mi hija. ¿No cree?

—No lo soy. No lo soy en absoluto. Fíjese, mi querida señora, que la he citado aquí no solo para traerle unas cuantas cartas y encargos para mi Armand, sino para pedirle ayuda en la solución de un entuerto que como mujer va a comprender inmediatamente.

La española era tan cándida que se rendía ante cualquier buena acción que le pidieran. Calló esperando una ampliación del trabajo de caridad para el que se la requería.

—Hay una jovencita, de una muy buena familia, que parece haber tenido un tropiezo. No la juzgo, la sangre se enfervoriza en todo corazón romántico y sensible. Esta jovencita, hermosa y delicada a la par que irreflexiva, acabó por razones que no es preciso analizar, digamos que en estado de una esperanza que para ella no solo no era buena, sino que se proclamaba como nefasta. Sus padres, horrorizados, la internaron en una misión de compasivas monjas, a la espera de que el fruto de su vientre pudiera ser entregado a gentes de bien, pero ahora ella se niega a dar a su hijo en adopción…

—Peliaguda situación, aunque no sé en qué me afecta.

—Pues es obvio. Usted marcha a un destierro y ella precisa alejarse del mundo; usted precisa a una nodriza plena de leche y ella está a punto de verse colmada de ella… ¿Necesita más pistas?

—Sugiere que me la lleve a la isla…

—Muy perspicaz de su parte.

—¿Quién es y por qué se preocupa tanto por esa joven?

—¡Oh, es una muchacha de una familia *comme il faut*! Por eso no tema. Nunca enviaría a criar a mi nieto a alguien indebido. Por eso es absolutamente imposible que guarde para ella al fruto de su desliz…

—¿Y por qué no convencerla para que lo entregue a un matrimonio? ¿Qué dice el padre? ¿Se desentiende?

—Hay un pequeño desacuerdo sobre la responsabilidad en ese acto indebido.

—El padre lo niega…

—Philippe lo niega, lo que me obliga a pensar que no es en verdad el padre.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Está embarazada de su hijo Philippe! ¡Lo que viene en camino es familia de nuestros propios hijos! ¡Por eso quiere usted que nazca en La Inexpugnable! Nuestros nietos serían sus hermanos de leche, pero a la vez sus primos.

—Ni lo afirmo ni lo niego. Pudiera ser, aunque Philippe lo niega.

—Y la muchacha de perfecta familia lo afirma.

—Esa es exactamente la situación. Lo ha captado a la primera.

—¿Cómo ha dicho que se llama esa pobre muchacha ninguneada?

—No lo he dicho aún: Emilie de Loubac. Si uno prescinde de otras cuestiones, es una joven inmejorable.

—Pero Philippe no lo ve así, al parecer.

—Philippe está al borde de que lo movilicen para ir a la guerra. ¿De verdad cree que puedo hacerle responsable de más cosas? ¿Cree que Armand merece más respeto por aceptar a sus hijos y negar a su patria que Philippe por aceptar su deber y renegar de un hijo?

—Usted quiere guardar al fruto de ese vientre…, por si fuera en verdad su nieto.

—Exactamente.

—Por si Philippe desapareciera, como su padre.

La española quedó en suspenso, como sopesando los pros y los contras, aunque sabía que solo existía una respuesta que pudiera dar:

—¿Cómo lo hacemos?

Y así fue como Emilie de Loubac embarcó en el Petit Ruritanie envuelta en holgadas prendas y chales negros y como aceptó permanecer semicautiva —¡llevaba ya tantos meses así en el convento! — hasta que pudieran desembarcarla y llevarla a la mansión de su supuesto cuñado, en la que debería comportarse prácticamente como una sirvienta. Todo lo había aceptado con tal de no sajar el hilo invisible que se había creado entre la nueva criatura y el amor que anidaba en su corazón.

Blanca no pudo poner al corriente a su hija hasta que los hechos no fueron irremediables. Allí estaba la pálida y liviana Emilie recibiendo de Aramendi el fruto de su amor por un hombre al que la locura del siglo había alejado de ella. Su sonrisa desmayada, sus fuerzas demediadas solo podían mover a lástima y conmiseración. Aun así, era orgullosa y altiva, puro destilado de estirpe, y lo primero que pidió en cuanto tuvo fuerzas fue ver a Armand Rolzou de Saint-Gelais

para presentarle a su nueva sobrina, a la que, sin pudor alguno, había decidido llamar Marie Renée.

V

Vézelay, abril de 1939

Mon cher ami,

Siento mucho este desfase en nuestra comunicación debido a la distancia que nos separa. He recibido sus últimas reflexiones, así como sus preocupaciones por el lugar que usted ocupa en mi consideración personal, y me hubiera gustado calmarle al respecto rápidamente. No tema, la amistad es una comunión de las almas que no se emponzoña ni por la elección de caminos distintos ni por la diferente solución a problemas comunes. Lo único que no podría perdonarle es que negara el peligro que los fascismos representan, porque sería tanto como negar la suprema libertad. Sé que usted, Armand, no podría apoyar tal ignominia.

Mire el caso de Franco. Le ha faltado tiempo para impedir la difusión de mis libros. Uno de los primeros actos de su ensangrentado Gobierno ha sido prohibir en España mis obras, así como las de Malraux, Benda, Aragon, Aveline y Tristan Tzara. Menos Aragon y yo, los demás lo habrán sido por participar en el Congreso de Escritores de Valencia. ¡Una condecoración, esa censura! Pregunte a sus editores si usted también ha sido laminado, me gustaría contarle en nuestro ejército de almas libres.

Macha y yo hemos pasado unos días en Villeneuve aprovechando esta primavera brutal, esta primera juventud del año, para reencontrarnos con Suiza. La víspera de nuestro regreso recibí una carta urgente de mi vieja amiga Jeanne en la que me advertía de que, según un oficial del Estado Mayor, la víspera se había descubierto un plan alemán que fijaba el ataque para el día 20 de este mes, precisamente a través de Suiza, para apoderarse de las vías férreas que comunican con Italia. ¿Tuvo eso algo que ver con la llamada solemne realizada por el presidente Roosevelt a Hitler y Mussolini? No puedo asegurar que ese fuera el motivo por el que se lanzara un mensaje de tal altura moral, que deja suspendido sobre la cabeza de los dos dictadores la amenaza de pesadas responsabilidades ante el mundo entero. Roosevelt acaba de inscribir así su nombre en la historia. Nunca hasta ahora un jefe de Estado había osado tal gestión hablando en su propio nombre. Nunca una personalidad individual había arriesgado tanto ni con tanta calma y dignidad. No sé si pudo escuchar su mensaje por radio exigiendo garantías y enumerando uno por uno los países sobre los que las exigía. Nuestras patrias y las de nuestras esposas fueron nombradas.

Le reconozco haber sentido una humillación muy irritante al constatar la debilidad de las grandes democracias frente a la impúdica audacia de los Estados totalitarios. Me alegró infinitamente constatar que recobran la consciencia de su inmensa potencia moral. Eso es lo que oí en el mensaje del presidente estadounidense.

Le envío nuestra bendición más afectuosa para su pequeño, si es que ha

llegado ya a este convulso mundo. Si aún está en camino, hágale llegar a Constanza nuestro cariño y nuestro apoyo lejano pero intenso. ¡Ojalá todo transcurra con bien!

Afectuosamente suyo,

ROMAIN

Armand terminó la lectura con apenas un hilo de voz. Plegó la carta con la vista perdida a través del mirador, contemplando sin ver el recobrado azul cobalto del lago, sin que Constanza hiciera ninguna observación sobre lo que acababa de escuchar. Lo conocía como para comprender ese instante de recogimiento y sabía, sin haberlo oído, que a ese hombre sensible hacía tiempo que le afligía la duda sobre el juicio moral que realizara su mentor sobre su decisión radical de inhibirse de la locura europea.

Ella necesitaba que se despojara de esa culpa. Tenían bastantes problemas que resolver sin obsesionarse con Romain o con cualquier otro. Una vez tomada una decisión, carecía de sentido volver sobre ella a cada instante solo para recrearse en el potencial sufrimiento de haber errado. Estaban donde estaban y tenían tres hijos y una cantidad ingente de personas que dependían de ellos. Decidió que era momento para tirar de la leve cuerda que solía atar a Armand con el mundo real.

—Amor, te sigue apreciando igual. Sabe perfectamente que tú nunca has sido un escritor con un compromiso político activo, algo que tu propia tarea diplomática no te hubiera permitido. No te tortures. Como él mismo dice, en la amistad como en la literatura, cada uno es libre de seguir su propio camino.

Desde la veranda no llegó ninguna respuesta, si acaso la vibración sorda de un dolor.

—¡Armand! —elevó la voz al fin.

—¿Decías? Perdona, *ma chérie,* estaba en otra parte.

—Quiero que hablemos sobre Emilie de Loubac, es una conversación que no podemos obviar por más tiempo. He enviado, como sabes, a mamá, a Blanquita y a Estíbaliz a La Guarida para hacer sitio aquí. Les ha parecido estupendo, no te preocupes, son conscientes de las necesidades. Las niñas alemanas seguirán en su cuarto, aunque es imprescindible acelerar la construcción del internado para que se puedan mudar con el resto. Ahora bien, voy a tener que hacer compartir habitación a Emilie y a Carmen para que estén cerca de los bebés, Flanner no consentiría que nadie durmiera con ella.

—*Perfect!* Has logrado hacerlo encajar todo.

—Armand, oíste a mamá igual que yo. Es harto probable que la hija de Emilie sea tu sobrina, una Rolzou.

—*On verra!*

—Pero es que es todo muy raro. ¿Envío a una De Loubac a comer a

la cocina? ¿La invito a ella a comer con nosotros y no a Carmen? No sé, *mon cher,* estoy hecha un verdadero lío.

Armand se giró bruscamente y entró en la habitación, como si volviera de un viaje y no hubiera oído ninguna de sus consideraciones.

—¿Te he dicho ya que Nat nació en Alemania? El verdadero apellido de la vieja era Voss y estuvo fugazmente casada con su padre, un alemán que al parecer conoció a Hitler.

Constanza estaba a punto de estallar y lo hizo a su manera:

—¿Te he comentado que creo que Nat es el responsable directo de la muerte de Eliza Conder?

Se miraron sin poder ocultar la tensión, que solo cedió cuando fueron conscientes de lo lejos que se habían ido, de la distancia que el ritmo de los acontecimientos había inducido artificialmente entre ellos, de la poca importancia que tenía todo si no los contenía a ambos. Una lágrima solitaria se asomó a los rasgados ojos del hombre que se acercó a su mujer para arrodillarse y dejar caer la cabeza en su regazo. Ella le acarició los revueltos cabellos que pendían sueltos ocultando su rostro, y la eterna chispa prendió.

Habían transcurrido los cuarenta días preceptivos y su sed parecía ya antigua, de cuarenta siglos.

VI

Palémon gritaba subido a la cumbrera. Daba instrucciones precisas para rematar la techumbre del pabellón destinado a dormitorio común de las pequeñas refugiadas que estaban adosando a la vieja escuela. El sudor resbalaba por su cuello y por su pecho enjuto, entrevisto a través de la camisa descuidadamente abierta a causa del esfuerzo. Los hermanos Guruchet estaban distribuidos en otros puntos vitales de la construcción que tomaba forma con el empuje coordinado de los vecinos de San Pedro y los refuerzos llegados de las granjas del norte. Cantaban mientras clavaban, serraban, empujaban, subían, trasladaban, lijaban o ensamblaban. Cantaban y hacían bromas, y el cura era el primero en gastarlas.

Resultaba inverosímil que un sacerdote de alto copete mostrara una disposición tan activa para el trabajo. A los pocos días de estar en la isla, se había quitado la sotana y había pedido que le prestaran ropa con la que ponerse a la faena. Palémon había resuelto en buena medida los problemas pastorales más urgentes —los bautizos, las confesiones de las monjas— y había pasado a convertirse en maestro de obras a tiempo completo. A las gentes les gustaba que le hubiera echado redaños y se estuviera ganando la permanencia con el sudor de su frente. La construcción de un recinto para acoger a las refugiadas,

terminando con la obligada dispersión aparejada al invierno, era uno de los empeños más queridos. Así que ahí estaban todos, menos los incapacitados y quienes tenían otras tareas imprescindibles, haciendo cada uno lo que podía en la medida de sus posibilidades.

—*Bonjour, mon père!* —gritó desde abajo Aline.

—¡Buenos días, padre Palémon! —saludaron con la mano Constanza y su madre.

Habían bajado juntas, con Blanquita, Aline y Robert, por el camino que atravesaba Blackgross y los campos de lava hasta llegar al pueblo. Blanquita y el mayor de los Buss iban delante, jugando a no decirse nada mientras se decían casi todo. Bob había sido designado caballero acompañante de la jovencita española y, aunque aceptó por imperativo filial, vivía ya como transido por la gracia de movimientos, la alegría y el buen sentido que emanaba de la hermana pequeña de Constanza. Procuraba hacer como si para él no contara su delicada belleza, tan diferente a la sensual procacidad de la molinera. Detrás, intentando no reparar en lo que sin duda estaba sucediendo ante sus ojos, caminaban como cada mañana madre e hija, unas veces acompañadas y otras solas, entregadas a la dicha de contemplar la vida.

Blanca disfrutaba con el murmullo de las corrientes aguas, puras, cristalinas, y de los árboles que se miraban en ellas. Solo al regreso del pueblo, a pesar del cansancio, se permitía la alavesa detenerse a recoger ranúnculos, brecinas o armerias con los que hacer coloridos centros de mesa. A veces cambiaban la ruta y salían de Thule directamente al acantilado para contemplar a los cientos de frailecillos que hendían el aire con sus vuelos alocados y precisos en busca de un amor para toda la vida. A la madre de Constanza le llenaba de ternura la sólida fidelidad que se guardaban esos extraños pajarillos y permanecía sus buenos quince minutos mirando los fogonazos aéreos de sus picos naranjas y sus espaldas negras. Luego descendían al pueblo por la Ruta Grande, bordeando las escarpaduras, mientras se desquitaban de tantos años de forzado silencio.

Constanza se recordaba desde siempre compartiendo sus secretos con ella. Nunca había vuelto a encontrar confidente igual, de la que no tuviera nada que temer y sí todo que ganar. La mayor parte de los días se rezagaban sin remordimientos. Armand y los hombres de Thule llevaban ya un par de horas en el tajo del internado y a ellas las esperaban las monjas para los trabajos de limpieza y restauración de la parte del edificio que se utilizaba habitualmente para las clases. Pintar los nuevos espacios era una de las tareas que les habían encomendado y ambas habían descubierto que un poco de trabajo físico en compañía les servía para sentirse útiles y también para alejarse del enloquecedor ambiente de la *nursery,* poblada de niños

siempre hambrientos, con los pañales sucios o berreando de sueño. Mientras Irene seguía las clases de Miss Flanner, junto a Inga y Vera, Thule estaba en calma y bastaban los esfuerzos de Carmen y Emilie para controlar a los bebés.

Fue en uno de esos paseos cuando ambas se sentaron en las rocas que dominaban la escarpadura, justo antes de llegar a la Casa de Gobernación, para contemplar las aguas que ese día eran de un azul profundo y severo, hermoso y amenazador, oceánico.

—Ya ha pasado todo, hijita. Son espléndidos tus bebés y totalmente saludables. Se criarán perfectamente en la isla. En el tiempo que llevo aquí me he dado cuenta de que no podrías encontrar un lugar más adecuado para dejarlos crecer libres y sin nefastas influencias. Aire puro, sitio para correr, lugares magníficos en los que jugar y esconderse, donde nadar y navegar, caballitos en los que montar y ningún riesgo que no sea natural. El ambiente de cooperación de las gentes es magnífico y no les faltarán ni referentes culturales ni espirituales. Tal y como está el mundo, no podías darles nada mejor.

—Lo sé, mamá.

—¿Y tú, cielo? ¿Todo ha vuelto ya a su sitio? ¡Es tan sacrificado llevar a término un embarazo y sufrir un parto! Los hombres no se dan cuenta, pero a mí me lo puedes confesar, hija.

—Hoy te puedo decir que sí. Pasada la cuarentena, aún no habíamos…, pero sí, todo está bien y no noto ninguna consecuencia, aunque, mamá, no quiero volver a pasar por esto. Ya se lo he dicho a Armand.

—¿Y? ¿Lo acepta?

—Creo que sí. En todo caso, yo me cuidaré de ello. No soy ninguna niña y puedo muy bien ser precavida por mi cuenta.

Blanca sonrió.

—¿Estás segura? Tu marido es demasiado irresistible. No seré yo quien te acuse de poca voluntad si alguna vez tengo que volver para conocer a un nuevo nieto.

—¡Oh, mamá! He dicho que procuraré —dijo con una risa que afirmaba todo lo dicho con anterioridad—. ¿Tú no ves mal que nos quedemos aquí? Digo ahora que sabemos…

—Te lo dije y te lo repito: hacer lo mejor para los tuyos no puede ser reprochable. La historia no va a ocuparse de ti, como no lo hará de tus padres. ¿Qué hubiéramos ganado nosotros con oponernos a los franquistas cuando ya habían tomado el territorio? Es verdad que nos hemos comido el orgullo y aceptado mezquinas humillaciones, pero esos gestos no dicen nada de nosotros y sí mucho de ellos. Finalmente hemos salido sanos y salvos, nosotros y nuestra gente. Me preocupa tu hermana, no me gustaría que nos apretaran para entregarla a algún

capitoste militar en busca de buenos apellidos y algo de dinero.

—¡No, madre! Tienes que hacerla estudiar fuera, como a mí.

—¿En Europa? ¿A ver si en vez de un oficial franquista se hace con ella un nazi? No parece ahora mismo la mejor opción.

—Puede quedarse aquí si quieres.

—No sé, hija, en la edad que está… Una cosa es ser un crío en La Inexpugnable, incluso ser una enamorada y vivir con tu marido, pero buscarlo entre tan pocos… ¿Has visto cómo la mira el jovencito Buss? ¿Qué tipo de familia son? A lo mejor…

—No sé, mamá. Bob parece haber heredado ciertas tendencias de su padre, según rezan los rumores de la isla. No querría para mi hermana un hombre así…

—¿Así cómo?

—Faldero, mujeriego, desleal, mentiroso, sádico, cobarde, traidor. Un infiel niño lascivo —dijo callándose que quizá fuera un homicida.

—Veo que admiras a tu vecino.

—Tengo mis motivos. Es peligroso, mamá. No es una amenaza concreta, no sé si me entiendes. Si Robert se parece en lo más mínimo a él, lo mejor que podemos hacer es alejar a Blanquita antes de que empiecen algo de lo que arrepentirse después.

—¿Y Emilie? A lo mejor en su caso podría ser una solución.

—He hablado con ella, pretende esperar.

—¿Esperar?

—A Philippe, sí, está enamorada. Quiere esperar a que la niña crezca lo suficiente para que tengamos claro que es una Rolzou. Quiere aguardar a que él vuelva sano y salvo del frente y se tenga que enfrentar a su paternidad. Está convencida de que ante la evidencia no se negará a esposarla y reconocer a su hija.

—Puede que lleve razón. Solo espero que criarla no sea una carga para vosotros.

—¿Me lo dices en serio? ¿Has visto el jardín de infancia que tenemos organizado? ¡Qué más da un bebé más!

Blanca dio un brinco. Una gran gaviota tridáctila, con sus alas extendidas, se había posado justo a su lado y la miraba con interés creciente mientras balanceaba su pico amarillo. Parecía amistosa y, aun así, la envergadura de sus alas desplegadas le imponía un poco. Se levantó cuidadosamente y la gaviota ni se inmutó.

—¡Vamos, hija! Que aquí hay ropa tendida —dijo jocosa.

VII

El verano boreal transcurría tibio con su luminosidad implacable. Una noche tímida y fugaz los volvía a preparar para otro día más de

claridad prácticamente inagotable. Ningún cuerpo humano hubiera resistido dedicar al trabajo toda la apabullante jornada, así que a la par que culminaban las obras del internado y de la casa Mauger y se salía a la langosta, todos disponían de tiempo para vagar por tan fresco paraíso.

Las crías aprovechaban el tumulto de los bebés para campar a sus anchas por prados y colinas, con la única imposición de ir acompañadas por Alan Buss, al que unos años más y su condición de varón le otorgaban una cierta solvencia, y la promesa de no meterse en el agua del lago o en la de la negra playa sin la supervisión de una persona adulta. Así que no sobraban bicicletas en la isla para permitirles explorar los caminos sinuosos que rodeaban el Croquer o descender con los pies fuera de los pedales hasta alcanzar el pueblo desde la cuesta del vivero. Nunca se la jugaban con los acantilados; aunque no lo dijeran, sufrían de temor reverencial al océano. Todos habían llegado a la isla surcándolo y habían olido su salino aliento, mortífero y brutal. Les bastaba con sentirse libres por vez primera; sin preceptores, demasiado ocupados; sin padres, volcados en otros deberes, para pretender medirse con una fuerza que los impresionaba. El viento, los caminos, los animales sueltos que los contemplaban, las ovejas que los seguían solas por las lindes de los senderos y las trochas, los pájaros lanzándose en picado en sus propias aventuras, les bastaban como campo de recreo y a ello se empleaban. Pauline, comprensiva, les preparaba cestas con bocadillos, comida fría y deliciosos pasteles para que pudieran pasar gran parte de la jornada fuera explorando sus límites y, añadía ella, sin molestar demasiado. Un verano increíble, que ninguno de ellos olvidaría jamás. El último verano antes del infierno.

No solo los niños disfrutaban de ese oasis libre de preocupaciones. Blanca y Constanza continuaban con sus paseos y Armand cabalgaba, a veces en perfecta soledad, buscando en el horizonte la paz para su vida y la inspiración para sus libros. Hasta las monjas se desperdigaban como un rebaño feliz en medio de la naturaleza, aliviadas por el amor de Dios y por la tranquilidad que el padre Fameux les había regalado. Este, cuando no se volcaba denodado en el trabajo, se extasiaba con un entorno que solo podía haber salido directamente de la mano de un dios misericordioso con los hombres. «Es la pérdida de este contacto con la creación la que destruye el alma de los obreros y de los hombres de las ciudades», reflexionaba mientras leía al tímido sol, apoyado contra una roca de lava cuya dureza amortiguaba el musgo gris, a la par que miraba el siempre cambiante espectáculo marino.

Las únicas que no compartían el general regocijo eran Estíbaliz y Aimable Virginie. A la molinerita no le pasaba desapercibido el

tiempo que su joven amante pasaba con la delicada hermana de madame Rolzou, y a la española, a pesar de su nietecito, la frustraba la huida de su marido legal para evitar el reencuentro. Ni una ni otra se engañaban ni una pizca con el significado de la realidad y ambas eran conscientes del papel que los señores de Thule habían jugado para que esta se les mostrara aviesa. Lo que no les cursaba igual era la desilusión o la rabia. Estíbaliz disimulaba su tristeza a los ojos de su hija y procuraba no dar la nota, mientras que Aimable Virginie se mostraba enfurecida y vengativa ante lo que consideraba no una burda traición del jovencito Buss, sino un infame aprovechamiento de su posición por parte de la joven Blanca. La madura alavesa conocía las debilidades de los hombres; la jovencísima isleña aún quería preservarlos y prefería cargar las culpas sobre otras mujeres antes que reconocer la forma ignominiosa en la que a veces se desentendían del objeto de sus deseos una vez que los satisfacían.

Solo unos ojos, ajenos a la agitación creciente que poseía a la población de la isla, se habían percatado de la digna tristeza de Estíbaliz. Antoine Galloul se centraba en sus tareas habituales y el resto del tiempo preparaba el tendido del cable telefónico para asegurar que en invierno Thule tuviera línea directa con el doctor. Aun así, seguía a distancia la contenida desilusión de la madura mujer, todavía plena en sus curvas y viva en sus ojos ardientes, que acabado el trabajo no tenía otra ilusión que sentarse sola bajo los grandes serbales para contemplar el lago. Pareciera que una invisible cadena la impedía abandonar las inmediaciones de Thule o las trochas próximas a La Guarida. Esa inmovilidad autoinfligida fue la que impelió al suizo a acercarse a ella y ofrecerle un paseo guiado por los acantilados de la isla. Por nada del mundo le hubiera disputado la mujer a Celso, si Celso no la hubiera despreciado. Todo empezó con un inocente garbeo en el eterno atardecer de junio y prosiguió poco a poco con la ternura de los recuerdos de quien ya no es joven y se extendió en la confianza que da saberse solo en compañía. Ni Estíbaliz ni Antoine hubieran creído que conocerían la extraña y corta noche en la que sus labios se juntaran. Tal vez por eso, esa noche llegó para ellos.

Para Blanquita, sin embargo, todo era luminoso. Apenas cumplidos los dieciséis, resguardada como una perla durante tres años para ahorrarle la crueldad de la guerra, vivía con expectación su despertar a la era adulta. Se veía en los ojos de Robert Buss y aprendía con deleite a disfrutar del poder que estos le concedían. Nadie la vigilaba en ese rincón, tocado al parecer por la ausencia de malicia. Poco sabía que los insectos que a veces se colaban en sus zapatos o entre sus sábanas no procedían del alegre discurrir natural de las criaturas, sino de los manejos infantiles de una joven despechada; ni que la blusa que

no encontraba o las medias desgarradas tenían otra razón de ser que su mero descuido y despreocupación.

La españolita gustaba de cabalgar y su hermana no tenía inconveniente en prestarle a Lègende. Así se aventuró a circunvalar la isla, deteniéndose al norte para intentar avistar los saltos de los rorcuales y de las orcas y, por qué no, tal vez a contemplar el milagro de una gran ballena azul. Por ese motivo amarraba la yegua cerca de la torre vigía de Haizerrota, en la zona más septentrional y tranquila de la isla, y se apostaba en las rocas con los binoculares que le había prestado su cuñado.

Allí pasaba las horas muertas y allí la vio por vez primera Dagur Rúnarsson.

No habría osado el hijo del gran Rúnar acercarse si ella no lo hubiera detectado y lo hubiera llamado a grandes voces. Ese joven de pelo casi albino, de inocentes ojos marinos, con su gran estatura y su rostro lampiño, constituía todo un enigma para la española, y un enigma siempre es la puerta de un camino. Lo invitó a sentarse a su lado un primer día y el resto fue él quien acudió a la nunca formalizada cita para explicarle, en su *pidgin* isleño trufado con gestos, todo lo que había aprendido sobre el mar y la naturaleza en sus diecinueve años de vida. Nadie en Thule ni en rincón alguno de La Inexpugnable supo de esos encuentros. Nadie, durante todo un verano. Nadie que no fueran los albatros y los mérgulos que los contemplaban silentes, como indulgentes señores del aire.

VIII

Las alegres campanas al despertar le parecieron al poco avisado Palémon Fameux ruidosa señal de la festividad de San Agustín, santo patrono de los teólogos, que seguramente no festejarían en la isla sino, se dijo, por su faceta de patrón de los cerveceros, de los que no faltaba representación en tan modesto territorio. Lejos de eso, aquel 28 de agosto de 1939 no se celebraba en La Inexpugnable ninguna festividad religiosa, sino que las campanas tocaban a barco, de una punta a la otra, porque el Petit Ruritanie estaba de vuelta.

Dachary arribaba apurando el verano en el Atlántico Norte.

Iba apresurado. Las cosas se estaban poniendo feas y sus armadores franceses lo sabían. Hacía menos de una semana que se había conocido el infame pacto entre Stalin y Hitler. Una noticia inesperada, un mal sueño, una catástrofe. Nadie lo podía comprender, ni siquiera los comunistas franceses, que no terminaban de encajar ni el cinismo ni la traición que suponía. Stalin y Mólotov estrechando la mano del verdugo de las libertades era demasiado hasta para ellos, y

los marineros de Dachary que simpatizaban con sus ideas estaban destrozados. Un acto impío, una ignominia moral y una puñalada en la espalda para Francia. Con un cinismo sorprendente, las maquinarias de propaganda oficial del Reich y de la URSS lanzaban a los cuatro vientos las proclamas de la «estrecha comunión» entre las dos naciones.

Apenas alcanzó el demudado capitán a desembarcar para tener un breve encuentro con los que ya consideraba sus amigos. En el puerto, la madre y la hermana de Constanza aguardaban con sus bultos, sin que pareciera que nadie más fuera a subir a bordo. Junto a él viajaban en la chalupa otras dos personas. Blanca y Blanquita reconocieron inmediatamente a Celso, pero la mujer joven que venía a su lado les resultó una completa desconocida.

Dachary saltó sobre el embarcadero y se desentendió del resto. Justo en ese momento fue asaltado por el padre Fameux:

—*Soit le bienvenu, monsieur le capitaine!* ¿Trae una respuesta para mí?

El marino lo miró a sabiendas de que la carta de la que esperaba acuse de recibo nunca había llegado al continente. Él estuvo de acuerdo con Rolzou en que no podían consentir que el cura desvelara la existencia y la ubicación de la isla.

—Creo que no, *mon père.* Mire las sacas, pero no tengo noción de que haya correspondencia canadiense a bordo.

Esperó a que el enojo del cura se desbordara para procurar calmarlo, pero esa ira no sucedió.

—¡Ah, bueno! No les ha debido causar mucho trastorno y como en Francia creen que estoy allí… ¿Sabe, Dachary? He decidido que me quedo hasta que vuelva en primavera. Creo que mi presencia aquí es ahora mismo importante. Siento como si el Señor hubiera dirigido mis pasos a la isla y no puedo fallarle.

—¡Estupendo! ¿Dónde está alojado? ¿Está cómodo?

—Sigo en Au Convent, pero creo que las refugiadas van a ser trasladadas al internado de forma inmediata, así que es muy posible que acepte la generosa hospitalidad de los señores de Thule.

—¡Vaya! Yo pensé que se instalaría con las monjas…

—*Vous êtes fou!* ¿Por quién me toma? ¿Un sacerdote conviviendo con cinco monjas en una granja aislada de una isla perdida? *Mais quelle idée, mon vieux!*

Dachary le propinó un golpe amistoso en la espalda y se dirigió hacia donde Armand y Constanza aguardaban para despedir a sus familiares. Los apartó del grupo descaradamente, sin que le importaran las conveniencias sociales. Tanto sus pasajeras españolas como el matrimonio Buss fueron conscientes de que no los quería en esa conversación.

—¡Bienvenido, oh, capitán, mi capitán! —dijo cariñosa Constanza.

Para su sorpresa, el marino no pareció afectarse como solía suceder cuando ella dulcemente lo invocaba con la broma familiar.

—Parto inmediatamente. La situación es de una extrema gravedad y quiero llegar a Francia antes de que suceda nada irremediable.

—Entonces… —dijo Armand.

—La hora ha llegado, *monsieur,* no puede tardar mucho más.

Un escalofrío recorrió la espalda de los Rolzou, por mucho que la realidad viniera a dar carta de naturaleza a sus previsiones y a sus miedos más profundos. La hora trágica estaba a punto de sonar.

—Llevaré a sus familiares sanas y salvas a La Rochelle, pero no me puedo retrasar. Acaban de ver desembarcar a Celso, sepan que la desconocida que viaja con él es su nueva compañera. Como su mujer no está aquí, deduzco que ha decidido quedarse. No veo cómo lo van a gestionar, pero no es, en verdad, asunto mío.

—¡Qué drama, Dachary! —se dolió Constanza—. ¿No puede esperar siquiera esta noche por ver si en estas circunstancias Estíbaliz decide volver?

—Sea, solo esta noche, por facilitarle las cosas y por darle un abrazo a Aramendi. Dormiré en su casa y mañana partiré. Sugiero que se suba a bordo el equipaje de las damas y que regresen mañana listas para embarcar.

Puestos de acuerdo, el señor de Thule se dirigió a hablar con su capataz, que permanecía apartado con el equipaje y sosteniendo por la cintura, desafiante, a la llamativa mujer. Tras las presentaciones de rigor, Armand Rolzou fue contundente:

—Ve con ella y coged habitación en la posada. No aparezcas por Thule hasta que tu mujer no conozca la situación y decida qué hacer. Yo os mandaré aviso.

La contrariedad los embargaba al subir a la furgoneta. Armand le había hecho un favor a Celso y ahora se lo pagaba añadiendo un conflicto. ¡En ese preciso momento! Las dos viajeras callaban, aunque hubieran preferido subir a bordo y emprender el viaje. Tenían hecho el cuerpo a la partida y este retraso no podía sino incomodarlas.

—Bien, Constance, *chérie,* creo que es cosa tuya hablar con Carmen y, sobre todo, con su madre. Yo no puedo impedir que Celso haya decidido cambiar de mujer, y lo que está muerto quizá sea preciso enterrarlo cuanto antes…

—¡Pero, Armand! ¿Qué va a hacer, vivir en pecado en las narices de su mujer legítima? Los franceses sois tan…, a veces no os entiendo —se inmiscuyó su suegra.

—Déjalo estar, mamá. Yo me encargo de tener esa conversación. Celso parece haber decidido situarse por encima de todo convencionalismo. No sé si has reparado, querido, que lo has mandado

a dormir con su nueva pareja al negocio de la que ha sido sin duda su amante durante estos años. ¡Inmejorable! Espero que Estíbaliz, tras este verano de ausencia, sea consciente de lo que sucede y no haga un gran drama, pero nadie puede asegurarlo.

El chófer, que permanecía, como era común a su profesión, ajeno a las conversaciones que no le incumbían, rompió inopinadamente su proverbial silencio:

—Yo puedo asegurarlo, *madame,* si me disculpa la intromisión.

—¿Tú, Antoine? ¿Qué sabes que yo no sepa? —se sorprendió Constanza.

—Sé que para Estíbaliz pasó ya el tiempo de Celso, y que, si nos lo permiten, buscaremos la forma de unir nuestras vidas en las nuevas dependencias construidas junto al garaje. Era algo que ya tenía pensado hablar con ustedes.

Una risotada espontánea, franca y contagiosa se escapó de la boca de Constanza y se extendió en carcajadas alegres de su marido, su madre y su hermana hasta atrapar de buen grado al propio Antoine. Los problemas, a veces, se resuelven solos o más bien se solucionan sin nuestra permanente intervención. Armand cada vez estaba más convencido de que era el propio ambiente de la isla el que los disolvía como por ensalmo.

No todos y no siempre, como muy pronto le iba a ser dado comprobar.

13

I

Al mismo tiempo que Dachary conseguía culminar de nuevo el agónico paso del Petit Ruritanie a través de la tortuosa salida para alcanzar océano abierto, diez demonios fusiformes se deslizaban en superficie hendiendo al fin las aguas del Atlántico Norte, justo diez días después de haber recibido la orden de dejar sus bases en el mar del Norte y en el Báltico.

Con tan solo uno de los motores diésel en funcionamiento, los hombres del U-31 disfrutaban a ratos de salidas al puente. Sol y cielo, aire limpio y fresco. El otoño llegaba apacible a esas latitudes y les permitía continuar su ilegal espera sin agazaparse en el interior de ese infierno de acero. Dentro del submarino las condiciones eran muy distintas a las que el cielo estrellado y las cortas olas salpicando la cubierta semisumergida les podían ofrecer por turnos. El hedor de cuarenta hombres sudorosos, el tufo de la cocina y de los dos lavabos apestosos, más el de la comida mohosa, se unía al cabeceo constante para descomponerles el ánimo. Aun así, seguían al acecho.

Clandestinos entes de muerte poblaban el océano inmutable. Todos habían sido construidos en lesa violación del Tratado de Versalles, a escondidas de las naciones europeas. En la noche del 31 de agosto el mensaje TOO1308 había llegado simultáneamente a los diez sumergibles de guerra: el mando supremo de la Kriegsmarine les informaba sobre el inicio de las hostilidades en Polonia. Su única misión, por el momento, seguía siendo esperar.

Un par de días después, a cientos de millas, el capitán Cook había dirigido el SS Athenia desde Belfast a Liverpool con la intención de seguir recogiendo pasajeros estadounidenses y canadienses evacuados ante el inicio inminente de una guerra en Europa. El barco de la Cunard había sido fletado por los Gobiernos de ambos países tras la invasión alemana de Polonia, un acto que obligaba a Francia y Gran Bretaña a declarar formalmente la guerra en aplicación de su promesa

a los polacos. Hacía ya una semana que el tráfico comercial británico había abandonado las rutas habituales, por lo que, siguiendo instrucciones del Almirantazgo, Cook debía cambiar el rumbo y navegar treinta millas más al norte de su ruta habitual para mayor seguridad de los 1102 pasajeros que llevaba a bordo y de toda su tripulación. El sábado 2 de septiembre se aprestó a cruzar el ancho mar para llevar a cabo la repatriación.

En La Inexpugnable, a esas alturas, los rojos del otoño se mezclaban con las lluvias, y las gentes de Thule y las de Blackgross y las del pueblo y la isla entera se echaban a los campos a recoger los hongos y las frutillas rojas antes de que el invierno en su violencia los replegara en sus hogares. Los últimos días de cierta bonanza, antes de recoger el ganado, habían sido aprovechados para trasladar a las niñas refugiadas a su nuevo hogar que, una vez concluido, ofrecía un aspecto magnífico. No solo lo habían dotado de un gran dormitorio, sino de una sala común y un comedor, junto a la cocina que emplearían las monjas para alimentarlas.

Inga y Vera estaban algo mohínas ante la perspectiva de abandonar Thule, esa mansión roja en la que tanto habían disfrutado y que les había permitido diluir la angustia sobre sus familias. Contemplado desde sus habitaciones, con los paisajes y los trinos y el ligero rumor del viento sobre los serbales, con los juegos y las risas, la mesa abundante y el afecto de todos, nada demasiado malo podía estar pasando en parte alguna. Cuando subieron a la furgoneta con sus equipajes, llevaban con ellas el recuerdo de ese remanso de paz, la promesa de volver de visita pronto y a Ulf, el blanco perrito groenlandés regalo de Rúnar.

Renée Rolzou de Saint-Gelais, en el continente, lloraba desolada viendo cómo su hijo Philippe recogía sus cosas para armar un petate. La movilización general había sido decretada en Francia ese mismo día y durante toda la jornada incesantes convoyes militares recorrieron Saint-Émilion, Libourne, Burdeos y La Rochelle. En los campos, los paisanos conducían con calma sus caballos por las riendas para entregarlos a la requisa, y la dama de Château Rolzou no dejaba de darle vueltas a la cabeza calculando el tiempo que podría mantener escondidos en el garaje sus vehículos y el Hispano-Suiza de Armand antes de que se los requisaran. En todo caso, sacrificaría en primer lugar los suyos y guardaría el de su Armand, porque necesitaba conducir a su consuegra Blanca y a su hija hasta la frontera con España en cuanto desembarcaran. La movilización de todos los hombres válidos, y hasta de los que no lo eran tanto, amenazaba con llevarlos al caos: los carniceros, los agricultores, los lecheros, los mecánicos, todos abandonaban sus oficios para unirse al esfuerzo bélico. Imposible llamar a París, todo tipo de comunicación no oficial

estaba cortada. Y su pequeño Philippe, como antaño su amado Philippe, se encaminaba hacia la batalla, y su alma de madre, igual que en su día la de esposa, se desgarraba.

El domingo amaneció nublado y frío en el Atlántico occidental. Un poco antes de mediodía la manada de submarinos recibió por radio noticia de la declaración de guerra y todos se dirigieron silenciosos a sus respectivas cuadrículas de patrulla. La niebla se hacía jirones a su alrededor y escupía un agua fría y punzante mientras se abrían en abanico para cubrir la zona designada. El U-00 seguía a cierta distancia al U-30, que también navegaba con la cubierta húmeda y varios de sus oficiales a la intemperie escrutando la masa gris y lechosa con sus prismáticos.

De pronto este último se sumergió a profundidad de periscopio porque en medio de la niebla le había parecido avistar un mercante artillado que navegaba a oscuras y zigzagueando. Su posición: 56º 42' latitud norte, 14º 05' longitud oeste. Dos torpedos salieron de sus tubos en abanico y dos ligeras sacudidas le anunciaron a la tripulación que se dirigían hacia el objetivo. Nunca llegaron a oír el ruido de una explosión. Girándose en su asiento del periscopio de la torreta, el comandante Lemp ordenó lanzar los tubos 3 y 4. Y esa vez sí, uno de los proyectiles impactó en la popa del barco del capitán Cook y desintegró los mamparos de la sala de máquinas, dejando al SS Athenia a oscuras. El transatlántico escoró. Los gritos de más de mil pasajeros hendieron el frío aire de la noche oceánica. El caos se desató sobre cubierta y el jovencísimo comandante alemán fue consciente de haber incumplido la orden estricta de respetar los convenios internacionales, pues había alcanzado un buque de pasajeros. El mensaje de socorro del transatlántico terminó de confirmarle la tragedia y, echándose la masacre a sus espaldas, ordenó la inmediata inmersión para abandonar a toda máquina la zona.

«SOS. Aquí SS Athenia. Atacados por torpedos tenemos gran vía de agua y nos hundimos. SOS. Aquí SS Athenia. Atención, barcos navegando en la zona. Repetimos. Nos hundimos con 1500 personas a bordo. Repetimos. Vengan a auxiliarnos, repetimos nuestra posición, nos hundimos…».

El jovencísimo ángel de la muerte ignoró el mensaje y lo mismo hicieron desde el U-00 y desde el SS Bremen, que se encontraba en las inmediaciones.

Un joven telegrafista pelirrojo subió desesperado al puente, con el sudor corriéndole a chorros por la camisa, y le entregó el despacho de socorro a Gilles Dachary. El Petit Ruritanie varió inmediatamente el rumbo para acudir en auxilio de los náufragos. Junto a él, el City of Flint y el Southern Cross se encaminaron a cumplir con su deber y allí se reunieron con tres destructores británicos que peinaban las olas en

busca de supervivientes. Desde cubierta, doña Blanca y Blanquita veían con horror las llamas y oían los gritos en la noche, y descubrían así cómo la sombra sangrienta de la locura humana las alcanzaba de nuevo.

II

Armand encontró a Constanza en el cuarto de los niños, sujetando con cada una de sus manos la leve manita de uno de sus recién nacidos. Los miró a los tres con ternura y tuvo que controlar un llanto que, de no haber sido un hombre, un padre de familia, un francés hecho y derecho, sin duda se habría vertido incontrolado.

Se acercó y rozó levemente con el reverso de los dedos las suavísimas mejillas de Emmanuel y de Jorge, y después se acercó hasta la camita de Irene para, a ella sí, darle en la frente un beso sentido.

—Ven conmigo, amor, hay algo que quiero que escuches —le susurró al oído a su mujer.

Salieron de puntillas de la *nursery* y Armand tiró de su mano con energía hasta llevarla al cuarto de la torre anexa a la biblioteca en la que estaban instalados los equipos de radio. Un locutor recitaba de forma mecánica un mensaje que se repetía en bucle. Era el Servicio Suizo de Onda Corta, que Armand solía sintonizar porque le parecía menos propagandístico y más neutro que otras emisoras del continente.

Constanza se quedó paralizada mientras escuchaba.

> Aquí Suiza.
>
> Señoras y señores:
>
> Han pasado veinticinco años desde que estalló la última guerra mundial y ahora comienza un nuevo conflicto. Dos de los grandes vecinos de Suiza, Francia y Alemania, vuelven a una situación de destrucción.
>
> Suiza es un pequeño país pacífico en el centro de Europa y ha proclamado su neutralidad absoluta. Y lo hace fiel a su misión, que es vigilar los puertos de montaña que conectan Alemania con los países mediterráneos, Europa occidental y la cuenca del Danubio. Sucesivamente las tropas que cubrían las fronteras y después todo el Ejército han sido movilizados. La movilización general comenzó el 2 de septiembre a medianoche y concluyó el domingo 3 al mediodía.
>
> Suiza puede proteger y protegerá su neutralidad en cualquier circunstancia.

—Percibo alarma en ese mensaje. No las tienen todas consigo, Armand, ni siquiera los suizos y sus grandes depósitos bancarios procedentes de todo el mundo, incluida Alemania. Llevabas razón, va

a ser una neutralidad oficial pero difícil —dijo ella.

—Lo será. Hay demasiado germanófilo y el país en sí es un hervidero de sentimientos clavados en pleno corazón de Europa. Ya viste que hasta Romain temió por el trato que recibiera Macha.

«Suiza puede proteger y protegerá su neutralidad en cualquier circunstancia», volvía a aseverar la voz perfectamente impersonal. Una neutralidad que debe ser defendida. Nada iba a quedar fuera del alcance de la contienda. ¿Nada? ¿Tampoco La Inexpugnable?

—España se ha declarado también neutral —dijo Armand.

—España es un país aniquilado —susurró Constanza.

—Francia está en guerra y España es neutral, ¿lo entiendes?

Constanza lo miró como si lo que dijera fuera un galimatías sin sentido.

—¡Constance! Hay que reunir inmediatamente a Buss y al gobernador, y si es necesario convocar una asamblea. La Inexpugnable debe arriar la bandera francesa que ondea ahora. Por seguridad, durante todo el conflicto hay que terminar con las alternancias de soberanía. La isla debe ser española mientras España no entre en guerra. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes lo que te digo?

—Pero aquí estamos a salvo. Tú lo dijiste, estamos al margen. No hay nada que temer mientras no dejemos la isla —repetía como un autómata la joven madre.

—Estamos a salvo y seremos territorio neutral a todos los efectos. Conjuraremos todos los riesgos, no dejaremos nada al azar —dijo mientras la besaba tiernamente en la frente.

Inmediatamente se dirigió a las cuadras para ensillar a Gèant. Procuraba no usar vehículos de motor si podía evitarlo, no sabía cuándo volverían a recibir combustible. Bajó por el camino a Blackgross, casi al galope, y comenzó a dar gritos llamando a Nat Buss nada más llegar a la explanada ante la casa. No necesitó muchas explicaciones, el inglés debía estar informándose por sus propios medios y salió de inmediato, como si lo estuviera esperando. Ambos se miraron, no sin una chispa de desconfianza, a pesar de que las nuevas circunstancias los situaban en el mismo bando y no les quedaba más remedio que cooperar para preservar la privilegiada situación de olvido en la que se encontraban.

Buss se mostró de acuerdo en acompañarlo a la Casa de Gobernación. No era tan optimista como el bello francés. Sabía que si buques y aviones de guerra comenzaban a errar por el océano, fuera de sus rutas, navegando en busca de presas, se volvía más difícil que la isla no fuera avistada en uno u otro momento. Tal vez nadie le diera importancia, no eran más que un islote en medio de las aguas gélidas, pero en caso contrario más valía que el trozo de tela que lograran divisar no les provocara deseos de enviarles un pasaje para el infierno

en forma de proyectil.

Dupont estaba en el jardincillo adosado a la casa. Aprovechaba entre chaparrón y chaparrón para afianzar algunos arbustos cuyas raíces habían quedado demasiado descubiertas y que no aguantarían las aguas torrenciales que aún estaban por llegar. El enjuto hombrecito se había pertrechado de botas, impermeable, gorro y guantes para no mancharse con la tierra, lo que no le impedía estar enormemente preocupado por lo que el agua pudiera hacerles a sus escasos pelos y al bigote de principios de siglo del que se enorgullecía tanto sin motivo. Al levantar la cabeza y ver llegar a los dos terratenientes de la isla, se olió los problemas y se prometió no chapotear en ellos. Así era como desde el siglo XVIII su familia había gestionado la vida en la isla y así era como él iba a continuar haciéndolo ahora.

Los invitó a pasar al interior mientras se deshacía de toda esa impedimenta que se iba a tener que volver a poner de nuevo en cuanto esos dos lo dejaran en paz. Sus visitantes no esperaron ni a entrar en su despacho para comenzar a relatarle la situación internacional y hostigarlo con sus prisas a adoptar decisiones. Dupont vivía al ritmo de la isla y costaba sacarlo de él.

—Nuestra propuesta es que enarbolemos bandera de país neutral durante toda la duración del conflicto y que acordemos no realizar los relevos de soberanía —abrevió Armand.

—Pero si da igual… Durante la Gran Guerra ningún contendiente se aproximó siquiera a L'Imprenable. No sé por qué se preocupan tanto, la verdad.

—Créame, esta vez puede ser distinta. ¿Recuerda mi viaje a Múnich el año pasado? Se sorprendería de las ideas insólitas que tienen allí sobre el uso de la aviación en combate y del esfuerzo que han hecho para fortalecerse en ese y en otros campos —insistió Buss—. De hecho, creo que deberíamos buscar una fórmula para crear mediante piedras o lo que se nos ocurra una enseña española que pueda verse desde el aire.

Armand lo escuchaba mohíno. El inglés —alemán de nacimiento, como sabía ahora— parecía tener en mente una serie de riesgos que él no quería ni conjurar. ¿Qué sentido tendría haber trastocado toda su vida, junto a la de tanta gente, si iban a estar expuestos a las operaciones bélicas igual? Algo le decía que no convenía enrocarse en los deseos y que eso que planteaba su vecino no era tan descabellado. Aunque, por otra parte, ¿qué seguridad tenía de que Buss no tenía intereses nacionales o compromisos que no había confesado?

—Habrá que decidirlo en asamblea —se defendió Dupont.

—La convocaremos llevando claras las propuestas. Será mucho más práctico, ¿no cree? —apremió Armand.

El hombrecito que ejercía de gobernador por incomparecencia de otros candidatos asintió resignado. Sabía que oponerse solo serviría para propiciar que Rolzou se propusiera como nuevo gobernador, y no tenía ninguna seguridad de que no se llevara el voto de los isleños en masa. Había algo de hechicero en ese hombre demasiado guapo, para el gusto pacato de Dupont. *«Beau à vomir»,* pensó.

—Yo propondría establecer algún tipo de vigilancia rotatoria del acceso a la Crique de l'Espoir y un nuevo toque de campana para alertar del avistamiento de cualquier nave que parezca de guerra —añadió Buss, que parecía el más ofuscado.

—No sé, Nat, tener vigías me parece un esfuerzo exagerado y difícilmente sostenible, porque ¿cuánto va a durar el conflicto? No tenemos la menor idea. Dejémoslo en acordar un toque específico para alertar de cualquier novedad relativa a cuestiones militares. ¿Te parece? Hasta ahora nunca ha llegado embarcación alguna a nuestro puerto que no haya sido divisada antes. Lo mismo será en el futuro. Sabes perfectamente que durante la noche somos aún más inexpugnables y que el invierno nos protegerá definitivamente. No convirtamos este oasis de paz en un territorio soliviantado a causa de la guerra.

—No estaría de más poner más ojos de los que nos da el azar, pero es algo que podemos ir haciendo sin que constituya una obligación. Yo, por mi parte, pienso pasear por mis acantilados armado con prismáticos. En Thule podéis hacer lo que queráis.

Convinieron en convocar una asamblea para el día siguiente en el transcurso de la cual aprovecharían para realizar la admisión formal de las personas que quedaban en la isla sin someterse a ella y que no iban a tener más remedio que quedarse al menos durante el invierno: el padre Palémon Fameux, Elsie Barter —que así se llamaba la nueva compañera de Celso—, Estíbaliz Samaniego y Emilie de Loubac, su esposa legal. Ninguno creía seriamente que hubiera oposición ni a unos residentes que ya no podían echar al océano ni a unas medidas de precaución que no agraviaban a nadie. Y no la hubo.

III

La amenaza estrechó los corazones. Aún no sabían de los pesares de los hombres movilizados, de las mujeres que quedaban solas con los niños en pueblos y ciudades bajo la ley marcial, con carencias de alimentos porque, al llevarse a los trabajadores a cumplir el terrible oficio de matar, el Estado había descarrilado el suministro de las provisiones. Aún no sabían, pero presentían.

Constanza rozaba su silencio inquieto con el desasosiego de

Armand. No había noticias de Blanca ni de Blanquita, ninguna forma de saber si habían llegado con bien a puerto ni si Renée de Rolzou había conseguido llevarlas hasta la frontera. Nada de nada. No arribaba ningún pesquero, ni español ni francés. Solo conocían las briznas que habían cogido al vuelo en las ondas de radio, peligrosas como un despeñadero, pues era seguro que todos los bandos y todos los países habían comenzado a ocultar, a falsear, a mentir.

Armand pensaba en su hermano, que habría sido movilizado a principios de septiembre. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sido de él? El francés se maldecía por no haberle insistido a su madre para que enviara a Philippe a la isla. No se arrepentía en absoluto de no estar en las trincheras junto a él, solo de no haberlo rescatado a tiempo del matadero. ¡Y su madre! ¡Qué terrible suplicio sería para ella revivir la angustia y el desasosiego de los días del Somme! Ninguno de los dos esposos se sentía con derecho a trasvasar su desazón al otro. Simplemente vivían con ella. Un día y al siguiente, hasta que no tuvieran novedades.

Emilie de Loubac callaba. Entendía por qué Armand pasaba tanto rato mirando a su pequeña cuando acudía a la *nursery* a ver a sus propios hijos: «Busca a Philippe en mi hija»; y así era, Armand buscaba el rastro de su hermano perdido en las fauces de la crueldad en ese ser indefenso y tierno que pateaba ansioso en una cuna.

El cuidado de los bebés mantenía ocupadas a las mujeres, tanto que Irene se había convertido en una niña un poco celosa que se sentía desubicada. Todos en Thule giraban en torno a los recién nacidos y las únicas que podían haberle aliviado de este olvido, Inga y Vera, habían partido al internado del pueblo. Ada Flanner también se sentía abandonada; el doctor andaba volcado en el cuidado de los bebés y, particularmente, en la hija de Emilie. La inglesa no necesitaba un mapa para saber que el viento del corazón de Aramendi estaba rolando y que esa jovencita de apariencia frágil y de voluntad de hierro, sin quererlo, se había convertido en su perfecta rival.

La nieve llegó muy pronto. Ese invierno de 1939 iba a ser helado y brutal, como si llevara prendido en sus vientos el gélido aliento de la crueldad humana. La Inexpugnable crujía bajo el hielo y ni siquiera estaba cerca la Navidad. Las temperaturas habían caído por debajo de cero, pero esta vez Constanza podía usar su trineo para ir de un lado a otro sin que el helor la detuviera. Cada mañana bajaba a San Pedro de la Bonanza, que ya no cambiaría de nombre, para ayudar a las hermanas y al padre en el funcionamiento del internado. Irene se rebelaba y se negaba a recibir clases de Miss Flanner: «Yo quiero ir al cole con ellas», repetía una y otra vez la díscola pequeña, que se sentaba con su cartera y sus cartillas y su plumier en la escalera para que aceptaran llevarla. Así que algunos días Constanza la metía bajo

las mantas del trineo, muy bien abrigada, hecha casi una bola de lana y piel, y se la llevaba al colegio del pueblo. En el fondo entendía el grito que emitía su hija, una niña que había descubierto el placer de no estar sola y que ahora no quería privarse de tan fascinante experiencia.

Terminaba noviembre y todos temían la llegada del invierno más crudo. El viejo Gudmundsson les había advertido de que los vientos polares podrían bajar las temperaturas hasta casi los cuarenta grados bajo cero. Constanza no quería ni pensarlo, aunque en todas las casas de la isla había hombres partiendo leña para aguantar cuando llegara lo más duro de la invernada. Esa era una de las cuestiones que la habían llevado a reunirse con el padre Fameux, convertido en una especie de protector de la nueva escuela. Irene se había sentado en un pupitre junto al resto de las niñas y, aunque era harto probable que por su edad no entendiera nada de lo que explicaba la hermana Mercedes, se la veía feliz y eso a su madre le bastaba.

En la salita aneja al comedor de las alumnas estaban sentados ellos dos con Fernanda y el doctor Aramendi, que seguía reconociendo a las refugiadas periódicamente. Tomaban un té hirviendo que habían convertido casi en aguachirle, de tanto miedo que tenían a quedarse sin él si no arribaban más ultramarinos.

—Hay que hacerlo durar —se disculpó la hermana Fernanda.

—Es lo que hacemos todos, hermana, aunque estoy segura no solo de que no fallarán los suministros, sino de que esta isla es muy capaz de abastecernos sobradamente el tiempo que haga falta, por eso no me preocupo en exceso —respondió Constanza.

—Sed como los lirios del campo —murmuró Palémon, aunque lo oyeron todos.

—Entiendo eso —respondió Aramendi— e incluso lo comparto. Desde que estoy aquí, asumo que una tierra no esquilmada por los hombres, incluso una naturaleza extrema, es capaz de dar lo necesario, siempre que no busques más, como los pájaros y los lirios, padre. Es cuestión de alejar la codicia, ese pecado que corroe a la humanidad.

—Eso que ha expresado es muy cristiano, doctor.

—No hace falta ser cristiano para saber que el hombre empobrece el mundo y lo agosta con sus ansias. Basta haber viajado por los mares, como yo, y haber conocido los más diversos países, en los que una sola cosa era invariable: la ambición de sus habitantes por apropiarse cuanto antes de todo, aun haciendo peligrar su propio futuro.

—La paz y la generosidad forman parte del alma del hombre. La suya no está corrompida, Aramendi, y es en esencia un alma cristiana, eso se nota.

El médico se removió incómodo y pensó en su amada Nina, una vez más.

—No apueste, padre. Eso lo piensa porque no puede mirarla, si no vería que, en su jerga, se halla en pecado mortal. No necesito creer en nada que no pueda conocer. Siempre me ha parecido que mi primer deber estribaba en no autoconvencerme de que realmente existe lo que yo desearía que existiera. Soy consciente de mi ignorancia, y por eso me aplico a intentar honestamente ver lo que hay y solo lo que hay. Un alma científica, como no podía ser de otro modo. Espero, observo y acepto lo que venga. No depende de mí, así que no me inquieto.

—Exactamente como los pájaros y los lirios del campo, ya le digo —insistió el cura, que se quedó con el eco de la existencia de un alma en peligro, por si algún día le era dado salvarla.

—Bien, vamos a lo que nos ocupa. Provisiones y pertrechos de la escuela para el duro invierno que nos espera —recondujo el doctor la reunión—. El internado está en el pueblo, con lo que sería más fácil en caso de apuro aportar socorro, pero es preferible tener acumulado un fondo de emergencia por si llegáramos a quedar incomunicados.

Un silencio penetrante se instaló al oír la descripción de su futuro. Desde el aula se oía cantar a las niñas una cruel tonada: *Alouette, gentille alouette; alouette, je te plumerai…*

Iban a reanudar el debate cuando sobre el canto se dejó sentir un revuelo en el exterior y un ruido semejante al que hacen dos hombres hechos y derechos al soltarse las raquetas de nieve con prisa. No les dio tiempo a acercarse a una ventana para mirar qué sucedía porque Anixeto y Xan Guruchet entraron de golpe desencajados y desperdigando trozos de nieve por el suelo recién fregado.

—Hay que ver qué hacemos, tienen que venir con nosotros…

—¿Qué les sucede? —preguntó Fameux con su proverbial sosiego.

—Estábamos allí, en Au Convent, echando un trago y eso, padre, y entonces este se ha puesto a mirar por la ventana y le ha parecido ver algo… Que Basilio, que estaba allí, dice que no, que son alucinaciones suyas, pero que a mí me parecía que sí…, y entonces el posadero ha bajado sus prismáticos y nos hemos llegado el Xan y yo hasta el alto del vivero y nos parece que sí…, y por eso queremos que alguien más venga a echar una ojeada…

—A ver, Anixeto —terció el médico en español—, un poco de calma, que te va a dar un pampurrio, hombre. Cálmate y explícanos qué crees haber visto, que aún no nos has dicho nada.

Fue Xan el que logró hacerse entender:

—Una cosa que flota entre las olas, parece una lancha.

—¿Con esta mar? ¿Estás loco?

—Precisamente por la mar, porque parece una lancha de

salvamento, o sea, de un naufragio… ¡Vengan de una vez!

—¿Han llegado a distinguir personas a bordo? —se inquietó el cura.

—Este dice que no ve nada, yo creo que no está vacía; Basilio dice que es imposible que haya nadie dentro… —Se encogió de hombros Anixeto, ya más calmado.

—Sopla poniente, si es una lancha y lleva gente a bordo, corren un gran riesgo de estrellarse contra las rocas. Los arrastrará hacia la isla…

—No sé, a lo mejor se cuelan dentro de la bahía… ¿Qué hacemos? A eso hemos venido, nosotros allá arriba no sabemos cómo actuar, el otro día nos dijo el inglés en la asamblea que estuviéramos vigilantes… ¿Qué hacemos, pues?

El médico se estaba poniendo la pelliza y el cura lo siguió; afortunadamente en su equipaje llevaba equipo para Canadá que le permitía ir bien pertrechado.

—Los llevo en el trineo —apuntó Constanza.

—¿A los cuatro? No, no, madame Rolzou, usted mejor siga aquí con la monja.

—No pensamos quedarnos a esperar —se plantó Fernanda.

Agarró a Constanza de la mano y la arrastró para que volviera a abrigarse.

—Ustedes vayan como quieran, nosotras subimos en trineo. ¿Se viene, padre? —dijo socarrona la monja.

Palémon reparó en que era el único que no tenía medio de transporte, así que se encogió de hombros y se aprestó a viajar con las damas. A fin de cuentas, pensó, él no dejaba de ser un hombre acostumbrado a llevar faldas.

Para cuando llegaron al punto más alto del farallón, podía asegurarse que algún tipo de balsa, lancha o embarcación se debatía entre las olas que morían estrelladas contra las enormes paredes de roca de la isla. Era imposible colegir si se trataba de un despojo arrastrado por las enfurecidas aguas o si otros seres humanos, y era estremecedor pensarlo, se encontraban sometidos a tales embates. ¿Qué hacer? La opción más evidente era esperar. Resultaba impensable animar a ningún pescador a desatracar e intentar salir de la bahía con ese tiempo. Ni siquiera el padre Fameux pensaba que fuera cristiano poner en riesgo a inocentes para salvar a otros que tal vez no lo eran. Esa posibilidad existía. Finalmente se atrevió a compartir este parecer.

Aramendi lo miró perplejo. ¡Claro, había una guerra! Se dio cuenta de lo antinatural que resultaba el conflicto para un habitante de La Inexpugnable; tanto que a él se le había pasado por alto una reflexión tan importante.

—Entonces Armand llevaba razón —dijo Constanza—. No hacía falta hacer vigilancias. Nadie ha llegado jamás a la isla sin ser avistado antes. ¡Hay que avisarlo, y también a Buss!

—Pongámonos en manos del Señor, como lo están ellos —dijo el cura.

—En todo caso, si hubiera alguien vivo y lograra penetrar en la Crique de l'Espoir, tiene que encontrarnos preparados para rescatarlo. ¿Está claro? Xan, avisad en el pueblo para que todo el que pueda se acerque a la Casa de Gobernación. Anixeto, tú quédate aquí con los binoculares y no pierdas de vista la lancha. Usted, padre, y la hermana pueden irse para la playa; yo me marcho con Constanza a mi casa a avisar por teléfono a Thule y a Blackgross. Volvemos enseguida.

—¿No tocamos la nueva alerta en la torre vigía? —planteó Xan.

—¿Crees que es un incidente militar? No tenemos ni idea y, por otra parte, si lo fuera nunca me pareció buena idea tañer campanas con un sonido que el viento puede hacer llegar a oídos que tal vez no nos interesan.

—Podrían guiar a los náufragos hacia la embocadura de la bahía —insistió Xan.

—Y en caso de que existan tales náufragos y de que sigan con vida, ¿estás seguro de que queremos traerlos hasta aquí? —insistió el médico.

—Pero, doctor, ¿no dice que no toquemos porque no es un incidente militar? Pues entonces habrá que salvar a esas pobres gentes…

—Xan, solo he dicho que no tenemos ni idea. Atengámonos a ello, ¿te parece? La sabiduría construye la casa y la prudencia la refuerza. Seamos pues prudentes.

IV

En el fondo de la balsa se empapaba el cadáver del joven Herbert. Ninguno tenía fuerzas para arrojarlo por la borda y mucho menos para hacerlo de una forma digna. Así que los miraba con los ojos abiertos, mecido por el flujo del agua que les llegaba a las pantorrillas y que hacía peligrar la flotabilidad del frágil artilugio en el que llevaban milagrosamente varias horas viajando al ritmo de olas y corrientes.

Los siete supervivientes tiritaban. Resultaba incomprensible que no hubieran perecido aún con las mojadas ropas afiladas por el viento y convertidas en cuchillas mortales para sus corazones casi helados. Hacía tiempo que no hablaban. El torpor y el adormecimiento que precede al frío sueño final había comenzado a alejarlos de ese espantoso panorama de aguas revueltas y espumas que los cercaba.

Tanto se habían tendido a descansar en las manos de una próxima muerte que cuando tuvieron ante sí los agresivos muros de piedra oscura, altos como el trono del diablo, no experimentaron al principio ninguna reacción perceptible, ni la del asombro ni la de la esperanza. Podrían haber sido aplastados contra ellos sin que un solo músculo se moviera.

Solo un entrenamiento muy preciso puede lograr que en momentos así una tenue luz anime el espíritu del hombre adiestrado para guiar a otros. El comandante Sachse, que parecía haber asumido que sus veintiséis años terminarían donde siempre quiso vivir, en la mar, salió de su embotamiento lo suficiente como para dar una orden, la primera que emitía desde que vieran hundirse su submarino y lograran a duras penas salvarse de tener la misma suerte que él y que el resto de su tripulación. Treinta efebos rubios y sanos que alfombraban ahora el lecho del océano.

—*Zu den Rudern!* ¡A los remos! ¡Circunvalemos el acantilado hasta ver si hay forma de desembarcar!

Lo miraron con los ojos abotargados por el frío y la sal, pero en cuanto se percataron de que tenían un objetivo, algo que emprender, movilizaron las manos casi inservibles y unos dedos que el frío podría romper y sacaron las palas a competir con la fuerza del agua que los impelía a abandonarse y a perecer.

No hacía tantas horas navegaban en el U-00, poco confortables pero seguros. Marchaban a tres nudos y a veintiocho metros de profundidad, intentando descansar mientras alcanzaban el cabo Farewell, el más meridional de Groenlandia, donde los esperaba el petrolero Belchen para llenar sus depauperados tanques. Todos llevaban puesta su ropa interior de lana azul para protegerse del frío. La condensación y el agua que había entrado por la torreta antes de la inmersión convertían el interior de la nave en un inframundo chorreante, babeante, hediondo, en el que la pringue del aceite de las máquinas escurría por todas partes. Intentaban aprovechar la comida que no se había podrido, pero el salami estaba verdoso, el pan lleno de moho y el agua racionada.

Las protestas de esos chicos, enviados a cruzar sus destinos con la muerte ajena y con la propia, seguían sonando, sin mucha convicción, cuando sintieron un golpe súbito por popa. El impacto tuvo tal fuerza que los levantó y los lanzó a estribor. Hein Sachse supo instantáneamente que otro submarino que también navegaba sumergido los había embestido.

—¡A los chalecos salvavidas! ¡Todos los hombres a los chalecos salvavidas!

El grito del segundo oficial se produjo a la par que el primero de abordo corría hacia popa para evaluar los estragos, hasta que una tromba de agua lo detuvo en el compartimiento de los motores diésel. El U-00 se estaba hundiendo y el teniente Friedrich Werner supo que tendría que aguantar hasta el final junto con su Kommandant.

—¡Nos hundimos! —gritó.

Aquello era imparable, irremediable, aniquilador.

En la sala de torpedos de popa bastantes hombres estaban atrapados y el atribulado Werner aún intentó espolearlos: «Salid de ahí o moriréis», cuando era seguro que no tenían esperanza y que la vorágine de agua, aceite y trozos de metal los había poseído ya para siempre.

Se hundían. El agua continuaba entrando en tromba y el submarino inició su fúnebre inclinación de popa hacia el abismo. Werner salió corriendo mientras cerraba las compuertas de las escotillas entre mamparos para ganar algunos minutos de una pírrica estanqueidad. Sachse había ordenado entretanto emerger. Comenzaron a soplar los tanques para permitir que el aire comprimido fluyese hasta los de lastre y les proporcionara una efímera flotabilidad.

En cubierta algunos hombres habían comenzado a arrojarse al agua sin intentar siquiera sacar los dos botes salvavidas de los contenedores herméticos fijados a la torreta. Desgraciadamente, las olas los sacudían y agitaban con tanta vehemencia que muchos de ellos fueron dispersados a lugares donde la niebla jironada que vestía el drama no permitía divisarlos.

El joven Sachse aguantaba a pie firme mirando ora al indicador de profundidad, ora a los marineros que se atropellaban en la huida. Sintió un impulso desesperado de correr hacia la escalerilla metálica, y solo un extraño y poco humano mecanismo, que le habían insuflado durante su formación como oficial, llamado «sentido del deber», le hizo tragarse el miedo y la desesperación. Un puñado de marineros más terminó de evacuar. Era evidente que otros muchos habían muerto sin tener ninguna oportunidad. Solo en ese momento el comandante Hein Sachse asomó su cabeza por la vela y comprobó que se estaban hinchando las balsas con las botellas de aire a presión. Estaban subiendo a bordo de una de ellas cuando el mar barrió de un golpe el resto de la cubierta, y ya desde el agua vieron cómo la proa del submarino emergió, como la mano de un hombre que se ahoga, y fue rápidamente tragado para siempre por el océano.

La lancha del comandante la ocupaban cuatro personas y aún consiguieron rescatar con dificultad a otros cuatro marineros antes de que el viento y las olas los separaran, a ellos del otro bote; a los que flotaban en el agua, de cualquier esperanza de salvación.

El responsable del naufragio había seguido su rumbo y estaban solos. No había tierra próxima que pudieran alcanzar a remo. Quedaba entregarse a los caprichos cruentos del mar. El mismo que los había manejado y triturado en las fauces del destino, hasta que ante sus ojos agónicos aparecieron, como una fatamorgana, los muros inexpugnables de una tierra providencial.

Y ahora eran siete, bajo la atenta mirada muerta del cabo Herbert, los que desesperadamente empuñaban los remos para intentar salvarse con unas fuerzas que parecían sacadas de los dioses del abismo que pretendían devorarlos.

V

El tendido telefónico que en verano había instalado Antoine abrevió de forma considerable las gestiones. La única terminal del pueblo estaba situada en la consulta de Aramendi y la enlazaba con Thule y con Blackgross que estaban interconectadas a su vez.

Costó un poco que el sonido del timbre fuera atendido por algún habitante de la roja mansión. Constanza se impacientaba porque la falta de costumbre propició que Pauline, la cocinera, descolgara pasados sus buenos cinco minutos y que luego tuviera que partir a buscar a Armand. Tras lo que pareció eternidad y media, Aramendi pudo explicarle en breves palabras lo que sucedía. Entre chasquidos, crepitaciones y chirridos, consiguió hacerse entender. El ruido parasitario fue lo único que quedó en la línea mientras el joven Rolzou reflexionaba en voz alta:

—No sabemos quiénes pueden ser, ¿no es eso? Ni siquiera si llevan uniforme o si son civiles, ¿verdad? Mucho menos, en caso de ser militares, de qué nación…

—Exactamente, no podemos saberlo a esa distancia y con esta visibilidad, y menos con sus ropas empapadas y los chalecos salvavidas sobre ellas.

—Los alemanes hundieron un transatlántico y deben estar atacando mercantes para cortar los suministros. Aunque ellos, claro, dicen que fue cosa de Churchill. Pienso a menudo en Dachary.

—Así es, Armand. No sabemos si son víctimas o verdugos los que están bajo los acantilados. De todos modos, según tu teoría y la decisión que se tomó en la asamblea, somos neutrales y, por tanto, no debería importarnos.

—Teóricamente así es, aunque…

—¿Aunque qué, Armand? Llegaste a decirme en varias conversaciones que eras tan contrario a este conflicto que preferías que lo ganara Hitler a tener que luchar, ¿te acuerdas?

El silencio de su interlocutor fue bastante explícito. Rolzou llevaba meses recibiendo las cartas de Rolland y dándose cuenta de que cada guerra es un mundo moral que conviene analizar cuidadosamente. Él no estaba dispuesto a verbalizarlo, y prefería no tener que tomar partido, porque había empezado a sospechar que lo haría por las democracias europeas y por su propio país.

—Sería demasiado largo de hablar y hay prisa. Voy a buscar a Nat y bajaremos a la Gran Playa. No tengo claro qué va a pasar ni con qué nos vamos a encontrar y, por tanto, será mejor permanecer juntos. Hablaré con mis hombres también. Mientras, Alberto, yo creo que el médico debería velar el único lugar al que podrían arribar esos desgraciados si es que el cielo los acompaña y no están muertos.

—Sí, tranquilo. Voy a hacerle una llamada a Buss para que esté al tanto cuando llegues. Constanza está conmigo, no te preocupes, me llevará a avisar al gobernador Gómez. Si llegaran a sobrevivir, no tenemos otro sitio al que llevarlos que la Casa de Gobernación de este territorio, español y neutral —dijo recalcando las palabras antes de despedirse.

Las gestiones de Aramendi se hicieron con diligencia y cuando la gente de Thule llegó a Blackgross, el matrimonio Buss estaba esperándolos en el todoterreno alemán frente a la puerta.

—¡Suban, suban! —gritó Nat por la ventanilla.

Armand se sumó a la pareja en la banqueta delantera, y en la trasera se acomodaron Celso, Antonio y Manuel. Los tres repararon en que el inglés había cogido el rifle de caza y se dolieron de no haber hecho lo propio. Todos ellos venían de una guerra y no tenían ningún prurito en asumir que había en marcha otra. Sabían bien a qué atenerse.

—¿Hay alguna noticia más? —preguntó Aline nada más tenerlos a bordo.

—¡No! Salimos inmediatamente. ¿Qué opinas, Nat? ¿Crees que serán militares?

—Es una opción, por eso he cogido el rifle. No podemos confiar en que, si es gente armada, no intenten tomar la isla o exigirnos cualquier cosa.

—¡Deben estar más muertos que vivos! —insistió Armand.

—Si logran entrar a la playa, habrán demostrado estar bastante vivos. Esperemos acontecimientos y solo entonces decidamos.

—Si son civiles, no hay sino procurarles cuidado y asistencia, pero si son militares, Nat, podemos especular.

—Una mente muy francesa la tuya.

Rolzou de Saint-Gelais hizo caso omiso de la crítica.

—Si son estadounidenses o británicos o franceses…, pero si son alemanes… —planteó Armand.

—No te equivoques, Rolzou. En todos los casos tendremos el mismo problema: habrán llegado a la isla y sabrán dónde está situada. Si son militares, pretenderán volver a reintegrarse a sus filas y no callarán. ¿Comprendes ahora cuál es la verdadera cuestión? —dijo en tono bronco Buss.

Los tres españoles sentados detrás captaron al instante la magnitud del riesgo que se cernía sobre ellos y su tranquila vida.

—Si logran volver a incorporarse a sus ejércitos, darán las coordenadas y más pronto o más tarde alguien nos invadirá, nos convertirá en base logística o vaya usted a saber —suspiró Celso—. No salimos de una y nos metemos en otra.

—Eso me hace recordar —contestó Buss— que, en caso de que logren llegar a la cala y sean militares, procederemos al desmontaje de las antenas de radio y al ocultamiento de las emisoras.

—¡Estás loco! ¿Quedarnos sin noticias e incomunicados? —protestó Armand.

—Exactamente. Si nosotros no podemos comunicarnos, ellos tampoco. Esa es la idea. Siempre y cuando sean militares, que estamos especulando todos como si fuésemos franceses —dijo Buss mientras echaba el freno de mano.

Demasiada gente se había dado cita en los acantilados y las inmediaciones de la Gran Playa para seguir las evoluciones de la lancha y presenciar el desenlace de esa tragedia. No hay ser humano que se resista a la idea de conocer un final. También hay quien no soporta la espera e intenta intervenir para provocarlo. Eso era lo que había sucedido. Los señores de Thule y Blackgross comprobaron que una barca de salir a la langosta se desplazaba por la rada hacia la bocana, donde se balanceaba la balsa en apuros. Era Basilio, ¿quién si no? El único que una y otra vez se empeñaba en ir por libre y apartarse de las decisiones comunitarias; el que iba a forzar el brazo del destino para que cayera en una dirección de la que podían arrepentirse todos.

Aline bajó del todoterreno, se ajustó el verdugo y se acercó al lugar desde el que Constanza contemplaba la maniobra. La reconciliación con su marido las había alejado un tanto en los últimos meses, en los que la inglesa parecía estar ensimismada, como en una nueva luna de miel con el hombre que tanto la había torturado. Constanza la miró con conmiseración. Jamás la pondría en el brete de hablarle del diario de Eliza Conder; nunca le confesaría que su marido, de una forma u otra, tenía las manos manchadas de sangre. Ese era el pacto al que había llegado con Archie Mauger y lo respetaría, por mucho que la inquietara elucubrar sobre si Aline corría peligro cerca de ese hombre monstruoso.

Cuando llegó a su altura, la besó y la estrechó con afecto, para que

no cupiera duda alguna sobre la amistad que en su día iniciaron. La hermana Fernanda del Santísimo Sacramento se acercó en cuanto las vio reunidas y con ella llegó Palémon Fameux, que se encontraba algo descolocado desde que el trajín se iniciara. Para él era difícil. El cura acababa de llegar de Francia, conocía de primera mano la presión que la bota alemana estaba imprimiendo sobre el continente y las desgracias que provocaba y provocaría. Casi deseaba que si esos náufragos eran militares alemanes, nunca llegaran a tocar tierra. ¿Estaba mal rezar por eso? Llevaba un rato recitando para sí fragmentos de la encíclica de Pío XI, la «Mit brennender Sorge», que había sido titulada en alemán precisamente por la honda preocupación por el régimen nazi de la que hablaba: «Todo el que toma la raza, o el pueblo o el Estado o una forma determinada de Estado o a los representantes del poder estatal y los diviniza con culto idolátrico, pervierte y falsifica el orden y credo impuesto por Dios». Eso eran los nazis, idólatras de aquella inmunda criatura a la que llamaban Führer. ¿Qué tenía de malo desear que las hordas desviadas por aquel culto infame a la raza perecieran? «Fameux, ¿y la caridad cristiana?», se reconvenía. No quería que si en esa lancha viajaban idólatras nazis salieran con vida. Si eso era pecado, lo asumía.

Pronto fue evidente que el díscolo Basilio, al que ayudaba otro pescador, había logrado tirar un cabo que fue alcanzado por los náufragos. No cabía pues dudar de que siguieran vivos. En unos minutos estarían sobre la playa, la barca de los isleños los remolcaba con un motor vivo y sellaba así el futuro de La Inexpugnable. Según se aproximaban, otra evidencia los asaltó: bajo los chalecos amarillos vestían gruesos uniformes de cuero gris.

—Son nazis —dijo excitado el sacerdote—. Esos uniformes de cuero no son británicos ni estadounidenses. Son nazis, y tendremos que tomar decisiones al respecto.

—¿Qué decisiones, páter? ¿Qué otra decisión cabe que no sea socorrerlos como seres humanos que son? —planteó Fernanda—. Voy a la playa para ayudar a Aramendi, estoy segura de que como médico piensa igual.

Constanza y Aline seguían clavadas al suelo, como si la mera visión del enemigo las hubiera convertido en estatuas de sal. No así Fameux, que se encaminó a paso vivo a reunirse con los otros hombres sobre la negra arena salpicada de gemas de hielo. Deliberaban. Reparó en que Buss llevaba en la mano derecha un rifle y se alegró.

La conversación era agitada. No parecía haber una línea de acción que concitara la aquiescencia de todos. Hablaban a un volumen lo suficientemente alto como para desafiar la censura del viento, aunque no pudo entenderlos hasta que no llegó a su lado. Polemizaban sobre si desmontar o no las antenas y quedarse abandonados con un puñado

de nazis en la isla, o jugársela a que ellos les exigieran pedir ayuda al exterior. Palémon no entendía la resistencia de Rolzou ante algo que no admitía discusión.

—No lo duden y envíen a sus hombres no solo a desmontar las antenas que tienen tendidas entre los árboles, sino a esconder de la forma que sea las emisoras —dijo adoptando un leve tono de predicador.

—¿Y si…? —comenzó a replicar Armand.

—Hijo, no hay condicional posible. Que vayan cuanto antes. En el supuesto de que se recuperen y detecten la más mínima posibilidad de contactar con los suyos, no dudarán en usar si fuera preciso la violencia para hacerlo. Es su obligación militar, entiéndalo.

El sacerdote se preguntaba cómo ese joven tan hermoso y tan cultivado podía saber tan poco de la vida. Armand se resignó a enviar a Zarraga y Cabrera a cumplir las instrucciones. Lo mismo hizo Buss. Acordaron hablar en lo posible en español y exhibir abiertamente el imponente vehículo, propio de un dignatario alemán, que los aplacaría y los engañaría sobre el posicionamiento de los isleños.

Los pescadores sacaban a los hombres exhaustos y ateridos casi a pulso para tumbarlos en la arena. Aramendi y Fernanda les alcanzaron a seis de ellos unas frazadas y unas cantimploras con agua, los otros dos cuerpos fueron cubiertos por completo sobre la negra playa. Quedaba cada vez menos tiempo para tomar una determinación. En ese instante llegaron las mujeres caminando a duras penas sobre el peligroso hielo, y Constanza tomó la palabra por las dos:

—Nat, o bajas ahora mismo y les metes un tiro, o no queda otra que comportarnos como neutrales anfitriones durante una temporada.

—¿Quieres que baje y los ejecute? —se asombró Buss.

—No he dicho que quiera, he dicho que si no vas a hacerlo, no hay mucho que hablar. Llevémoslos a Gobernación a ponerlos a cubierto y más tarde repartámoslos como hicimos con las refugiadas. Mostrémonos afables y hospitalarios, y en cuanto se pueda, les damos uno de los barcos de pesca y que se larguen. Son marinos, ¿no? Con un barco y víveres deben de ser capaces de llegar a alguna parte.

—*Par la Vierge de Laus!* ¡Las niñas judías! —gritó el párroco—. ¡No podemos dejarlas en el pueblo!

—¡Madre mía, no! No pueden verlas, ni tampoco ellas deben ver a los soldados. ¿Se imaginan su reacción si llegan a saber que hay nazis en un lugar que consideran seguro?

—¿Y qué hacemos? ¿Dónde las llevamos con este tiempo? ¿Qué les decimos para evacuarlas? ¡Nat, este lío es tuyo! ¡Haz algo! —casi gritó Constanza.

—¡Maldito Basilio! —masculló inútilmente Armand.

—Pensemos rápido. Ni Thule ni Blackgross nos sirven si hay algún

oficial a bordo. Tendremos que alojarlos nosotros —dijo Nat.

—La Guarida… —sugirió Constanza.

—El humo las delataría en cualquier paseo que dieran los soldados. ¿Os parece seguro? —respondió Armand.

—Puede que no les hagan daño —sugirió Aline—. No debemos pensar que todos los hombres que han sido movilizados por Alemania o que ya servían en la Marina compartan los delirios racistas y de exterminio de su jefe supremo. Además, estamos en tierra neutral…

—En todo caso, puede que no corra tanta prisa. Están débiles y tal vez heridos. La nieve va a seguir cayendo y las temperaturas bajando, aún falta bastante para que puedan campar a sus anchas por la isla —pensó en alto la española.

—Sí, es lo mejor. Esperar a ver. En todo caso, padre, sus monjas deben advertir a las niñas que bajo ningún concepto hablen con desconocidos y menos en alemán. Si alguno llegara a toparse con ellas, deben ser niñas silentes o decir solo las pocas palabras que sepan en español.

—No son mis monjas —sonrió Fameux—, pero se lo diré, aunque no es sino una forma de atemorizar a las pequeñas. Dios proveerá. Conservemos la calma.

—¡Irene! —gritó de pronto Constanza.

—¿Qué pasa con Irene? —se inquietó Armand.

—¡Que me había olvidado de que la dejé en clase cantando! ¡Tengo que ir a recogerla para llevarla a casa!

Armand la miró con ternura y sonrió aliviado. Así era su Constanza, una madre amantísima y tremendamente peculiar.

—Vamos juntos en cuanto vuelva Antoine con el trineo, se lo dejé a los hombres para que corrieran a retirar las antenas. Ahora toca supervisar el traslado a la Casa de Gobernación y que alguien intente hablar con ellos. —Se giró con intención y miró a Nathaniel Buss—. Tú, Nat, que habiendo nacido alemán debes conocer la lengua.

La cara de estupefacción de todos los que no estaban en el secreto fue indisimulable. El señor de Blackgross asintió y se dirigió a arrancar su poderoso Mercedes.

VI

Hein Sachse no podía terminar de enfocar la visión pero era muy consciente de la firmeza de la madera bajo su espalda. No estaba en el agua y no estaba muerto. Lo demás era muy confuso: las voces, la realidad, el leve palpitar de su corazón. Cada vez que quería hundirse en el sueño, un violento escalofrío lo obligaba a despertar. Intentó mover las manos, conjurando a su cerebro para que fuera capaz de

ordenarles una acción cualquiera, aunque ¿para qué? ¿Dónde estaba y qué sentido tenía abrir los ojos? Los párpados se le caían una y otra vez, pesados, hasta el nuevo escalofrío que lo estremecía. Algunos de sus dedos parecieron despertar. Los desplazó bajo la pesada manta y notó que estaba desnudo. ¡Sin uniforme, sin arma! Intentó incorporarse para protestar y lo único que consiguió fue hacerse daño en el cuello.

La batalla contra su propio cuerpo duró bastante tiempo, hasta que sus ojos al fin le devolvieron una imagen real e incomprensible: un rostro de mujer rodeado de blanca tela que se inclinaba sobre él como el de una madre protectora. Mas ¿qué hacía? Sus suaves manos apartaron la frazada y no tuvieron pudor al colocar unas toallas calientes sobre su cuello, sobre su pecho desnudo y ¡sobre su ingle!, rozando el sexo mortecino que no respondió a tan delicioso contacto. Hein estuvo a punto de llorar, hacía casi cuatro meses que no veía a una mujer. ¡Era una monja!, ahora lo entendía. Una monja joven de rasgos severos y cincelados, con una mirada cargada de eficiencia que no se permitía ni un desliz de ternura. Bajo la influencia de semejante visión, sus sentidos parecieron volver a ponerse en marcha. Primero el oído, que le permitió comprender que allí al lado un médico luchaba por la vida de uno de sus hombres, torturándole con presiones violentas y precisas el corazón para evitar que se parara. ¿Estaba en un hospital, un hospital sin camas? Después pudo oler a caldo caliente hirviendo en una olla que borbotoneaba en la chimenea. ¿Estaba en una casa particular, una casa situada dónde? ¿Eran amigos o enemigos los que allí se congregaban? Este ángel un poco adusto se acercó con una taza de líquido tibio y lo medio incorporó para que pudiera beberlo. Sabía muy sabroso y entraba en su cuerpo como un hálito de nueva vida.

¡Qué divino calor lo recorría! Dormir de nuevo, dejarse ir en las manos de esa mujer extraña. Pero ¡no estaba sola! ¿Quién era ese hombre de voz grave y profunda que parecía discutir con ella? Echó la mano al flanco y solo halló su blanca carne aria; no había pistola con la que hacerle frente. Moriría pues mecido por el crepitar del fuego y el ardor que el líquido había introducido en su cuerpo. Moriría caliente, moriría en tierra y en los brazos de una mujer, si no bella, agraciada. ¿De qué color tendría el pelo bajo los largos paños? ¿Qué discutían? Oyó un gemido que le pareció proceder de Werner. Su segundo también se había salvado. ¿Y los demás? ¿Cómo habían llegado hasta allí y dónde estaban?

—*Guten Morgen! Nicht bewegen! Sie befinden sich auf neutralem Land. Sprechen Sie Englisch?* —dijo el hombre de la voz profunda.

No pudo articular palabra para responderle. Territorio neutral, había dicho. Así pues, podía bajar la guardia. ¿O tal vez lo

engañaban? ¿Groenlandia, Suecia? ¿Cómo habían llegado hasta ahí? Aquella mar… Comenzaba a recordar las crestas y las simas y el agua efervescente y los copos de nieve clavándose en la piel y el pavor en los ojos de sus hombres.

—*Ja! I speak English* —alcanzó a balbucir.

El hombre de la voz grave, a pesar de su buena pronunciación alemana, prefirió seguir en un inglés igualmente perfecto. La monja, sin embargo, parecía conversar con otras personas en algo que parecía ¿español? No, no podían haber llegado a España. No con vida desde donde se hallaban en el momento del naufragio.

—¿Es usted el oficial de mayor graduación al mando? —preguntó la voz grave pausada y con clara intención de calmarlo.

—Sachse, comandante del U-00 de la Primera Flotilla de U-boots de la Kriegsmarine. ¿Cuántos de mis hombres han sobrevivido? ¿Dónde estamos?

Comprobó que su mandíbula y su lengua le volvían a pertenecer. El dulce ángel severo le iba proporcionando nuevos tragos de caldo tibio para terminar de reanimarlo. Pensó fugazmente que si ella consideraba oportuno cambiarle la ahora fría toalla de la ingle por otra recién templada no se resistiría en absoluto. Pero tenía que centrarse en la voz profunda del desconocido.

—Ahora mismo hay seis náufragos vivos, contándole a usted. Según tengo entendido, uno llegó ya muerto en el fondo de la lancha y un segundo falleció en la playa debido a una hipotermia severa que le paró el corazón sin que fuera posible reanimarlo.

Nada podía hacer por esos dos pobres diablos, que se ahorrarían el resto de la guerra y que no podía decirse que se hubieran llevado la gloria y el honor con ellos. Los otros parecían bien atendidos. No sintió la necesidad de preocuparse. Habría tiempo de organizar el regreso a sus puestos de combate. Pero ahora… Sacó una mano de debajo de la manta y al acercarla a la cara detectó la barba agreste y asilvestrada, impropia de un oficial alemán, que poblaba su cara desde que tuvo que racionar el agua a bordo. De forma incongruente pero perentoria, alargó el brazo derecho hacia la monja y dijo:

—Por favor, ¿podría afeitarme?

No solo lo afeitó, sino que lo lavó y lo ungió para aliviar las quemaduras del hielo. Mientras lo hacía, Hein fue capaz de morder con todas sus fuerzas hasta que las mandíbulas y los pómulos se revelaron como esculpidos bajo su piel de nieve y tuvo que pensar una y mil veces en los gritos de sus hombres ahogándose en la sala de torpedos; todo para evitar que esas manos virginales, manejando la esponja sobre su joven cuerpo desnudo, provocaran una turgencia inapropiada y, por otra parte, ciertamente natural.

El comandante apreció la sagacidad de sus cuidadores. Nunca los

dejaron solos, ni un segundo. Compartían el espacio reconvertido en sala de hospital y los días pasaban sin que él se hubiera atrevido a intercambiar nada más que banalidades con su segundo y los marineros supervivientes. Ignoraba cuántos entendían su idioma, y cada vez que lo usaba, se apresuraban a interrumpirlo pidiéndole sosiego y reposo. Había varias monjas que se relevaban y una de ellas le parecía aún más tierna y más dulce y más inmaculada que la primera, quizá debido a los méritos propios de su belleza o al aura pura que la envolvía, que la hacía aún más deseable para seis hombres jóvenes y sanos que llevaban casi cuatro meses vagando por el océano dentro de un ataúd de acero. No eran las únicas que oficiaban de virginales carceleras o de dulces espías: estaba el hombre de la voz profunda, que sabía alemán y podía entenderlos; el doctor que acudía a seguir su curación; otro hombre veinteañero y muy apuesto con una melena que destacaba como una provocación ante sus cráneos pelados de marinos de guerra; varios tipos más, toscos y hasta algo brutales, que los silenciaban casi a la fuerza; un cura católico con sotana que se dejaba caer sin saber qué religión profesaban, y un señor con un bigotito ridículo que se paseaba por allí como Pedro por su casa. Puede que hubiera perdido la cuenta y fueran aún más. Ni de día ni de noche faltaba alguno que los acompañara.

Un día, casi al amanecer, que en esa latitud era tardío, pasadas ya las diez y media, se decidieron a sacarlos de ahí. Hicieron bien. Sachse y Werner, sin necesidad de hablar, llevaban días observando la hora del orto y la del ocaso en el gran reloj situado sobre la chimenea, por si eso les daba pistas sobre la latitud a la que habían naufragado. Estaban bastante al norte, pensaba el comandante y tal vez no muy lejos de Farewell, su inicial destino. No pudo preguntarles adónde los llevaban hasta que no apareció el hombre recio de voz profunda que se presentó como Nathaniel Buss. Esta vez el hombre no opuso resistencia a conversar en alemán, para que todos los náufragos comprendieran lo que iba a suceder. Detrás de Buss, se mantenía en un discreto segundo plano el joven del irreverente pelo rubio ceniza, largo y rizado, que le llevaba a pensar que con un buen rapado pasaría por uno de ellos. ¿Qué hacía ese hombre que no estaba luchando? Lo había oído hablar en francés con el individuo del bigotillo.

—Mi nombre es Buss, Nathaniel Buss, y soy el propietario del lugar denominado Blackgross. Tengo el honor, Herr Kommandant, de ofrecerle la hospitalidad de mi casa por el tiempo que sea necesario. Para su segundo, hemos pensado en la mansión de monsieur Rolzou de Saint-Gelais, donde tendrá todas las modestas comodidades que podemos ofrecerle. En cuanto a sus marineros, se repartirán entre el astillero, este mismo edificio, el molino y la posada.

No eran nada tontos. Primero los habían vigilado para que no

pudieran planificar ninguna acción conjunta y ahora iban a separarlos por el mismo motivo. Todo de la forma más civilizada y educada posible. Bravo. Ellos también habían dispuesto de tiempo para trazar sus planes. No eran gañanes esos hombres, al menos no los dos que tenía frente a él.

—Les agradezco en mi nombre y en el de mis hombres sus cuidados y sus atenciones, pero somos miembros de la Kriegsmarine y debemos reintegrarnos cuanto antes a nuestra base en el Báltico para ser destinados a un nuevo submarino. Sabrán que hay una guerra, y la misión de un soldado es entrar en batalla. Por eso necesito con toda urgencia saber dónde estamos para comunicar nuestra posición al mando.

—Me temo que no va a ser posible, Herr Kommandant, y no porque nosotros no queramos, sino por circunstancias que nos superan tanto a usted como a mí.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar de soberanía española en algún lugar del Atlántico Norte, se lo dijimos desde el principio.

—No hay ningún lugar como ese en mis cartas de navegación.

—Pues ha sido una fortuna para ustedes que estuvieran erradas, ¿no cree? —respondió socarrón el hombre de la voz.

—¿Erradas las cartas de la Kriegsmarine? Bromea, seguramente.

—Tendremos una conversación más larga al respecto. Ahora lo que importa es acomodarles de la mejor manera posible. El invierno va a ser especialmente duro. Las temperaturas ahí fuera son ya diez grados más bajas que el año pasado por estas fechas. Es imposible hacerse a la mar con esta climatología. Van a verlo ahora mismo al salir. Les recomiendo que vuelvan a ponerse sus prendas de cuero sobre el uniforme; como verán, las hermanas las han lavado y planchado, y les buscaremos más ropa para la muda.

Entraron las calladas monjas portando sus uniformes de cuero gris de doble botonadura forrados de suave paño de lana azul. Reparó en que los habían secado y tratado, olían a grasa de foca, y que todo el resto de su ropa reglamentaria venía repasada y doblada, incluida la gorra, con la que habían hecho el milagro de dejarla medio presentable después de haber pasado horas aplastada bajo sus nalgas cuando la guardó en el bolsillo para que no se la arrebatara el viento.

—Falta una cosa.

—Hermanas, ¿han comprobado que estén todas las prendas? —dijo Buss.

—Me refiero a mi pistola y a la del teniente Werner.

—¡Oh, las hermanas no saben nada de pistolas! No se preocupe, Herr Kommandant, este lugar es pacífico, no se recuerdan actos de violencia al menos en el último siglo, no veo por qué esto tendría que

cambiar, ¿no cree?

—¿Somos sus prisioneros?

—¡No, no! Son nuestros invitados, se lo acabo de decir.

—Si nos arrebata las armas y se niega a devolvérnoslas, debo entender que somos prisioneros y, por tanto, nos veremos obligados a intentar recuperarlas y a emprender la huida. Usted debe saber que así son las cosas…

—En caso de que ustedes dos estuvieran armados, podrían amenazarnos o tomar rehenes. No somos estúpidos, Herr Kommandant, no lo somos. Ustedes son militares; nosotros, pacíficos granjeros y pescadores neutrales.

—Supongo que también serán cazadores. Ustedes tienen armas y nosotros no; véalo desde ese prisma para que entienda mi razonamiento.

El joven de su misma edad que permanecía callado se adelantó y le habló en francés al tal Buss. Hein solo pudo captar algunas palabras sueltas, recuerdos felices de sus años en la academia. Sonaba suave y distendido, nada agresivo, pero con los franceses nunca se sabía; tal vez le estaba pidiendo que aprovechara para eliminarlos ahora. «Absurdo —se dijo—, ¿qué sentido tendría habernos salvado para matarnos después?».

—Monsieur Rolzou considera que, como anfitriones, debemos hacerles la oferta de entregarles sus armas personales a cambio de su palabra de honor de no emplearlas.

Miró rápidamente a su segundo y este hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Tienen la palabra de dos oficiales alemanes. En ningún caso usaremos nuestras armas si no es en propia defensa.

Ahora fue Buss el que miró a Rolzou, que también le transmitió sin palabras su consentimiento.

—De acuerdo, se las entregaremos en el coche. Ahora ¡vístanse!

Solo salieron las religiosas. No iban a dejarlos solos ni en ese trámite. Ambos hombres se giraron un poco, lo justo para simular que respetaban su intimidad y a la vez no permitir que se acercaran ni hablaran entre ellos.

Sachse respiró al salir al aire punzante. Se caló la gorra, se puso los guantes y miró cómo rugía la mar más allá de los acantilados. No fue nada de esto, sin embargo, lo que casi le cortó la respiración: fue el vehículo de tres ejes de una prestigiosa marca de su país. Él había visto al propio Führer en un noticiero cinematográfico entrar en Checoslovaquia a bordo de uno igual. ¿Cómo es que ese tipo tenía uno? ¿Quién era el hombre que le iba a acoger en su casa? Mucho se temía que iba a tener tiempo para averiguarlo, porque realmente no había en el puerto embarcación alguna que fuera capaz de hacer

frente a ese océano gélido y voraz.

VII

El personal de Thule escudriñaba desde la puerta de las cocinas la llegada de Armand y del oficial nazi. Los tres hombres españoles, Celso, Antonio y Manuel, eran los que mejor representaban en sus rostros el sentimiento que los embargaba: un rictus amargo y despectivo hacia el alemán, una cierta dosis de odio por lo que los suyos le habían hecho a su pueblo durante los años de guerra y una contención impuesta por las órdenes recibidas de monsieur Rolzou que no los convencía en absoluto. Un nazi bajo el mismo techo no era un panorama que hubieran contemplado al dejarse conducir a ese recóndito lugar del mundo.

Visto de cerca, el enemigo no parecía gran cosa. Un jovencito delgado, alto y moreno, de unos veinticinco años, no más, con unos profundos ojos azules que miraban con incredulidad a su alrededor. Friedrich Werner seguía asombrado de estar vivo en un lugar tan improbable como ese. Tras los duros meses pasados en la mar, sus ojos se extasiaron al perderse en el lago encerrado entre el hielo y las rocas rojas, y se llenaron de estupor al descubrir la mansión tras los serbales, de rojo ladrillo encendido y tejado preñado de nieve, con curiosas ventanas y miradores que a un austero soldado friburgués le parecieron propias de un cuento de los Grimm. No fue menor su pasmo cuando entró escoltado por su anfitrión en el vestíbulo de la gran casa y descubrió esperándolo a una mujer morena de una belleza embriagadora que se dirigió a él para darle la bienvenida. Esa hembra era Carmen y Lorelei a la par. *«Und das hat mit ihrem Singen. Die Lorelei getan»,* murmuró muy quedo. Le fue presentada como madame Rolzou, la señora de Thule, y el teniente, no viendo riesgo militar en la española, se entregó a una platónica adoración sin más reservas que la prudencia a los ojos del marido. ¡Todo parecía tan lejano ahí: patria, honor, deber y muerte!

Le asignaron el dormitorio de invitados más próximo a la zona de los niños porque Constanza no lo quería respirando al otro lado del pasillo. Llevada por un sentimiento supersticioso tampoco podía consentir que el Oberleutnant durmiera en un lecho que guardaba aún el calor de las refugiadas judías. Era la segunda vez que se planteaba el mal tino de los Conder al idear la distribución de la casa, deberían haber dispuesto un dormitorio de invitados en la planta baja que les evitara compartir el aire con según qué huéspedes. ¡Pobre Eliza Conder, como si hubiera podido preocuparse de tales cosas! La volvió a imaginar cayendo como un fardo inanimado sobre la cala de la costa

este y un escalofrío recorrió su espalda.

Ajeno a tales trajines mentales, Werner acogió con evidente placer su nuevo cuarto. La cascada que despeinaba la ladera del Croquer y saltaba fresca y alegre entre las coníferas le hacía rememorar los bosques y los ríos natales, a los que tardaría tanto en volver. Estaba solo y no había lujo mayor. El hacinamiento del submarino iba a ser lo peor de la guerra, acostumbrado como estaba a los grandes espacios naturales de la Selva Negra. Apretados en su interior, sometidos a un perverso balanceo, arrojados contra mamparos o contra el techo por los violentos cabeceos, la ferocidad del viento y el agua los trataba como a sucias marionetas el tiempo que rondaban en busca de objetivos. Y ahí estaba ahora, vencedor sobre una muerte casi segura, en una tranquila habitación contemplando el agua salvaje saltar alegre rompiendo con su música la quietud perpetua de la nieve. Sabía que debía buscar la manera de contactar con el Korvettenkapitän para recibir instrucciones, y también que era su obligación reintegrarse al servicio lo antes posible pero ¡era tan fácil dejarse llevar por la calma y por la paz! No pasaría nada si lo demoraban un poco. A fin de cuentas, los darían por muertos, sobre todo si otro navío alemán descubría algunos de los cadáveres esparcidos por el Atlántico, o si la otra balsa había sido rescatada con supervivientes a bordo. Todos pensarían que ellos no habían tenido la misma suerte, y eso era, sin duda, una tentación. Los residentes en ese territorio desconocido parecían tan felices y tan ajenos a lo que sucedía que cómo no pensar en seguir sus pasos y olvidarse del dolor y el miedo y la muerte para siempre, aunque fuera preciso renunciar a la gloria. ¡Y la mesa, qué decir del placer de la mesa! Era retornar a los deliciosos recuerdos de infancia, con el sabor pleno del bosque latiendo en las setas y las piezas de caza oliendo a la caricia de las brasas, aunque tuvo que reconocer a su pesar que el vino francés era mejor.

La ondina española lograba como anfitriona principal que siempre estuviera deliciosamente ocupado. En cuanto lo vio repuesto, lo subió a su curioso trineo tirado por trotones caballitos de patas cortas y fuertes y lo arrastró por los caminos desde los que podía ver el amenazante océano, tal vez su futura tumba, que desde esa perspectiva no era sino un espectáculo majestuoso y sin final. Aun así, Werner no dejaba de usar sus conocimientos militares para establecer el tamaño del territorio, que ya estaba casi seguro era una isla o al menos una península de istmo ínfimo, y memorizar su orografía. No había escape posible por su abrupta costa y seguía sin ver a ninguno de sus compañeros de armas, aunque sabía que también paseaban por esos hermosos y remotos lugares pues había visto un par de veces pequeñas piedras sobre la nieve intentando reproducir el *bootswappen* del U-00, la herradura de la suerte con ojos risueños que adornaba la

torreta como un signo de fortuna que ahora resultaba particularmente siniestro.

Ambos viajaban, arropados bajo las pieles, tan cerca que en ocasiones el Oberleutnant Werner creía que le faltaría la respiración debido al esfuerzo que su voluntad se veía obligada a realizar. El conductor del trineo, un suizo según le explicaron, parecía ajeno a las arrebatas emociones que habitaban en su pasajero y, debido al viento, no podía escuchar lo que hablaban detrás.

El teniente Werner ignoraba que a lo largo de La Inexpugnable otras cinco personas tenían el mismo encargo que Constanza, y lo cumplían a rajatabla, ni tampoco podía saber que otras muchas permanecían al acecho trayendo y llevando información sobre recorridos para que los huéspedes nunca se cruzaran y manteniendo discretas reuniones en la larguísima noche boreal con la única finalidad de encontrar el momento oportuno para recobrar su isla y su tranquilidad.

Era posible que estuviera muerto y ese fuera el Valhalla; no obstante, eso no le privaba de disfrutar de largas conversaciones con su anfitriona en un inglés que ambos manejaban fluidamente y en el que introducían a menudo términos de sus idiomas nativos para su mutuo enriquecimiento. Estaban una mañana detenidos a la orilla del Begen Erreka, el arroyo vivaz que luchaba por no desaparecer bajo una capa de hielo, cuando el alemán se atrevió a plantearle las preguntas que más lo inquietaban:

—*Madame,* ¿cree que no he reparado en que llevan semanas evitando que nos reencontremos? Si no me conduce enseguida al lugar donde han alojado a Herr Kommandant, tendré que arriesgarme a salir a vagar por la nieve sin rumbo, aunque corra el riesgo de perecer a quince grados bajo cero tirado en cualquier loma para cumplir con mi deber de oficial. No será eso lo que ustedes buscan, ¿verdad?

Constanza, bajo su gorro de visón, lo miró con ojos de fuego y todas sus artes de seducción desplegadas al servicio de la causa que le había sido encomendada.

—¡Qué cosas tiene, Werner! ¿De verdad cree que le estoy sirviendo de guía para instarle a adoptar conductas suicidas?

—Es obvio que se han conjurado para mantenernos separados y para hacernos girar en este páramo de nieve y océano a fin de que no logremos localizarnos unos a otros. Eso no me lo niegue. ¿Qué pretenden, pues? ¿No se dicen neutrales?

—¡Y lo somos! Cuestión distinta es que seamos a la vez pragmáticos y prudentes.

—¿En qué sentido?

—Ustedes, por separado, son jóvenes llenos de fuerza y muy agradables, pero juntos, ¡qué quiere!, son parte de un Ejército y nos

atemorizan. No debería costarle entenderlo —explicó con su más rutilante sonrisa—. ¿O pretenderá que no se están dejando misteriosos mensajes con piedras basálticas sobre la nieve? No nos infravalore, Oberleutnant.

—¡No es nada contra ustedes! Tenemos que reunirnos para intentar ponernos en contacto con nuestra superioridad y volver a nuestros puestos.

—Por eso ha intentado telefonear a escondidas…

Friedrich Werner enrojeció y Constanza se percató de hasta qué punto es vulnerable a la vergüenza una piel tan translúcida.

—Intenté hacer una llamada, es cierto, y cuando me enteré de que solo hay tres casas conectadas, probé a contactar con mi comandante. Sí, no veo pecado en reconocerlo.

—Escúcheme, Werner, usted ha llegado a una isla inexpugnable y, dado que ha estado a punto de morir a los pies de los acantilados, no hará falta que le explique por qué. Tuvieron mucha suerte de localizar el que casi es el único acceso posible, mucha suerte. Como usted sabe bien, este territorio no figura en las rutas marítimas; fue borrado hace tiempo de las cartas de navegación. Pasados los siglos, nos quedamos solos en el océano y así queremos seguir.

Werner no la interrumpió. Estaba fascinado.

—Nuestras barcas de pesca solo pueden intentar navegar cuando llegue la primavera. Hasta entonces no llegará ningún buque; si tienen suerte, tal vez acoste algún bacaladero español que regrese de Terranova. Esa será su oportunidad y nosotros propiciaremos que la aprovechen. Solo un pesquero español podría llevarlos a mi país, conocido por sus simpatías por su Deutsches Reich, o bien dejarles en cualquier barco de la Kriegsmarine con el que se topen. Eso es lo que esperamos y eso es lo único que ustedes pueden aguardar también. ¿Comprende ahora? No los queremos reunidos haciendo planes militares descabellados o intentando adueñarse de nuestra pacífica isla. Ese es todo el misterio.

El joven alemán agradeció que por vez primera alguien pusiera las cartas sobre la mesa y pergeñara su única esperanza de volver a suelo alemán.

—Visto así, supongo que lo único que nos resta por hacer es disfrutar de su hospitalidad y no ponérselo más difícil. ¿Sabe Sachse todo esto?

—Debe saberlo porque había instrucciones de decírselo con la misma claridad con la que yo me he expresado.

—Me aliviaría mucho comprobar, aunque sea a través de usted, que él lo ha comprendido y lo acepta.

—Puedo intentarlo, pero no fuerce la situación. Aquí los deseos de su comandante no tienen demasiada importancia.

Lo cual era lógico, pensó para sí el subyugado segundo del malhadado U-boot.

14

I

Nathaniel Buss no podía saber nada de la llamada Phoney War y no podría reprochárselo más tarde, dado que había sido el primero en insistir en el desmontaje de las antenas y el bloqueo de las únicas emisoras que los conectaban con la civilización. En su caso, había ordenado tapiar el acceso a la habitación de la torre y había instalado sobre el enladrillado una puerta cuya llave guardó en la caja fuerte. No había ninguna opción para que Herr Kommandant pudiera acceder a la sala. No, el señor de Blackgross no tenía verdadera inquietud por esa cuestión, aunque pasara cada vez más tiempo en la biblioteca convirtiéndose en custodio tenaz del acceso al bien más preciado para los soldados alemanes.

No podía saber Buss que, mientras la guerra declarada en el continente carecía de batallas y era por ello una guerra extraña, comandada por un Marte adormilado, ese océano que contemplaba desde su ventana era el verdadero escenario de una lucha que no dejaba lugar para las reglas; unos trescientos barcos mercantes festoneaban ya el fondo atlántico hundidos por la Marina alemana. De haber estado al tanto, Buss no hubiera podido evitar inquietarse por Dachary, al que tenía sentido aprecio, pero estaba aislado y nada podía saber.

El invierno arreciaba en el exterior. La mayor fuente de intranquilidad del inglés era la certeza de que en breve la fábrica de luz quedaría inutilizada por la congelación de las cascadas y entonces tendrían que lidiar con sus indeseados huéspedes nazis a la luz de las velas. Ansiaba la llegada de la Navidad, para que todo acabara de una vez por todas. Fuera, la ventisca convertía los remolinos de nieve en vórtices infernales y el aullido del viento parecía empeñado en desgajar uno por uno los tablones de Blackgross Manor. Atrincherado en la biblioteca, con las dos chimeneas aportando toda su capacidad calorífera, su objetivo consistía en esperar tiempos mejores.

Oyó los dos golpes en la puerta y supo que se trataba del joven Kommandant; Aline no se hubiera atrevido a molestarlo en su tiempo de estudio.

—*Herein!*

El joven rubio entró con el aspecto que tenía últimamente: perdido, desnortado, ansioso por volver a su vida activa y aventurera. Había aceptado que no hallaría forma de salir de esa isla si no era, como le habían sugerido, esperando a que un pesquero neutral lo devolviera sano y salvo a algún buque de la Kriegsmarine. La paciencia no es patrimonio de la juventud, y menos de la de un oficial que ha visto con sus propios ojos la batalla. Sachse era ingenuo y jactancioso, inevitable a su edad; así que un día, enfebrecido por el relato de sus experiencias, se relajó y no tuvo inconveniente en contarle a Buss alguna de sus hazañas. Desgraciadamente, entre ellas se contaba la de haber asistido al hundimiento de un transatlántico de pasajeros provocado por su colega el comandante Lemp y haber seguido a este en su despiadada huida del lugar del naufragio sin prestar ninguna clase de auxilio. Su forzado anfitrión se había abstenido de revelar el dato ni a Rolzou ni al doctor Aramendi para no exacerbar la repugnancia que los huéspedes nazis les provocaban.

—Perdone, Herr Buss. El día está imposible y yo aburrido, porque supongo que no me será permitido salir a tomar unas cervezas con mis hombres —dijo con sorna—. He terminado el libro que me dejó y me preguntaba si sería tan amable de prestarme otro.

—Pase y coja el que desee, Hein. Ya le mostré el otro día dónde están las ediciones en alemán. Encima de la escalera hay algún tomo más de poesía, por si es de su gusto.

El oficial se dirigió con paso vivo hasta la estantería de la pared norte en la que estaban agrupados los libros en su lengua. No dejaba de resultarle curioso que hubiese tantos, aunque, al fin y a la postre, le resultaba de suma utilidad. Difícilmente sus compañeros de armas tendrían a su disposición una biblioteca tan bien surtida como esa ni serían capaces de apreciarla.

No acostumbraba a leer teatro, pero había logrado finalizar *Der hauptmann von Köpenick,* de Zuckmayer, y lo había entretenido bastante esa historia real de un tal Voigt, convertido por diversos avatares en un falso capitán. Él también se sentía un tanto impostor y un poco farsante cuando veía a sus hombres decididos a seguirlo, como si no estuviera lleno de miedos y temores que su prusiana formación no había conseguido mitigar. Allí no había obras de Dinter, ni de Eckart, ni de Heinz Ewers u otros ensalzados por el Reich, aunque sí de escritores controvertidos como Mann o Hesse. Eso le hizo sospechar sobre el bando en el que debía ubicar a su anfitrión.

Puesto a rebuscar, comenzó a sacar libros del estante, dado que

estaban colocados en filas superpuestas, y encontró *Die Waffen nieder!,* de Bertha von Suttner, y hasta *Im Westen nichts Neues,* de Erich Maria Remarque, no especialmente aconsejados para un joven metido en esfuerzos de guerra. De pronto observó que en la parte trasera aún había algunos ejemplares colocados no con el lomo a la vista, sino adosados al fondo de la estantería. Uno de ellos, encuadernado en tela roja y con letras doradas, le llamó poderosamente la atención, así que lo cogió con todo cuidado. Miró atrás y comprobó que su anfitrión seguía ensimismado en su lectura. Al leer el título, casi se le cayó de las manos. Era un libro prohibido; uno que las SS habían retirado de la circulación. *Bevor Hitler kam,* de Von Sebottendorf, el autor que pretendía arrogarse el mérito del Reich y que presentaba al mismísimo Hitler como seguidor o usurpador del camino iniciado por el barón que lo firmaba. Eso pasaba de castaño oscuro. ¿Cómo tenía Buss una obra que había sido secuestrada antes de su distribución y cómo disfrutaba de ese vehículo con el que lo paseaba por caminos impracticables? ¿Quién era ese hombre y qué tenía que ver con Alemania?

Deslizándose sigilosamente con el ejemplar en la mano, tal y como había aprendido en sus clases de comandos, se dirigió a la silla que se hallaba frente a Buss, al otro lado de su escritorio, y se sentó. Deslizó su mano derecha hacia su costado y para cuando el dueño de la casa levantó la vista de sus papeles, se encontró con una hermosa Luger P08 apuntándole al pecho. La sorpresa reflejada en sus ojos duró solo un instante, el que necesitó para hacerse cargo de la situación.

—Ahora, Buss, tranquilamente va a contarme qué relación tiene usted con el Reich y cómo han llegado a sus manos ese exclusivo Typ de Mercedes y este librito prohibido.

—¡Ah, lo ha encontrado! —dijo con su voz de barítono a la que intentó quitar cualquier nota de temor.

—No solo lo he encontrado, sino que conozco su historia. ¿Cómo ha llegado hasta aquí un libro que fue requisado por las SS en la imprenta? Esta es la edición de 1934, la que no fue distribuida, impresa por Deukula-Verlag Grassinger, en Baviera. Tenemos toda la tarde, estoy dispuesto a escuchar el relato completo.

—El libro es muy sencillo. Está ahí porque el autor es mi desaparecido padre. Nos abandonó cuando yo era apenas un bebé. Tenía curiosidad por conocer sus andanzas, como puede suponer.

La cara de estupor había cambiado de lado de la mesa.

—¿Usted se reclama hijo de Rudolf von Sebottendorf?, ¿del barón Von Sebottendorf?, ¿del miembro de la Orden de los Caballeros Germánicos y creador de la Sociedad Thule? —dijo abrumado pero sin bajar la pistola.

—Sí, así conocen en su país a mi padre, aunque debe saber que es

un suplantador y que su verdadero nombre no es ese, sino Adam Alfred Rudolf Glauer. Con su filiación real se casó con mi madre en 1900 en Dresde, aunque el matrimonio duró apenas unos meses. Mi madre quedó abandonada conmigo en brazos y con algunos bienes que tuvo a bien dejarnos para paliar su felonía, lo que incluye esta propiedad en la que nos hallamos. Por supuesto, no era un noble, sino un alemán que se hizo a la mar, labró una fortuna y conoció mundo a bordo de muchos buques. Lo del título nobiliario no es sino otra muestra de su capacidad de embaucar. Lo logró más tarde, estando en Turquía, al forzar que un pobre loco, noble sin hijos, lo adoptara. Así que sí, es aristócrata a su vil manera, y yo no lo he sido jamás. Mi madre se hizo cargo de mí y me llevó a Inglaterra, donde con una nueva identidad rehicimos nuestra vida. Soy súbdito británico y así permaneceré siempre.

—Entonces, ¿esta isla es Thule? ¿Por eso creó su padre la secreta Sociedad Thule? ¿Existía realmente la isla y él la encontró? ¿Nos hallamos en el lugar de origen de la raza aria? ¡Por eso quieren preservar el secreto! ¡Pero este es un secreto que debe ser desvelado al Reich! ¡Esta isla debe ser territorio alemán y el Führer ser el primero en conocer la buena nueva!

—Paparruchas, Sachse. La mítica Thule no es sino la idealización del sueño del norte de los antiguos griegos. Todo lo demás son engañabobos de un embaucador que no tiene de cierto ni el nombre. La Sociedad solo pretendía servir de tapadera mística y cultural para los manejos violentos, racistas y antisemitas de los llamados a sí mismos «caballeros germánicos». Míreme a mí, si de algo me han servido los delirios de mi padre no es precisamente para adorar la raza pura, sino más bien para tener cierta debilidad parafílica por ayuntarme con mujeres meridionales. Ya ve, Sachse, ya ve.

—¡Y lo dice el hijo del hombre que más ha reverenciado esa idea!

—El huérfano forzoso del hombre que pretendió que el dictador más infame no había hecho sino seguir sus propias directrices. El libro fue secuestrado porque le restaba protagonismo a su Führer y le arrebataba la aureola de iniciador del movimiento que ustedes consideran la renovación de Alemania. Ese hombre, al que jamás llamaré padre, estuvo muy unido a Adolf Hitler en Baviera, sí, hasta que este rompió con él y decidió perseguirlo…

La frase quedó interrumpida por un extraño silbido al que siguieron otros. El oficial alemán cayó lánguida y limpiamente sobre el reposabrazos de su sillón, más pálido y más ario que nunca. Solo entonces pudo ver Nat Buss a la anciana, de soltera Klara Voss, con su LadySmith aún humeante en una mano a la que no le temblaba en absoluto el pulso.

—¿En qué estabas pensando? —dijo escuetamente la vieja.

Aflojó la presión sobre el arma y esta cayó al suelo. La vieja Buss comenzó a sollozar como una niña perdida, soltando toda la adrenalina y el miedo y la rabia y la ira que habían percutido las siete balas.

—¿En qué estabas pensando, hijo mío? ¿Cómo pensabas que tal revelación a un oficial nazi no iba a destruir nuestra vida? —preguntó recuperando un poco la calma.

Aun así, avanzó hacia su hijo y, sorteando el bello cadáver, cogió de la mesa el libro de su exmarido para buscar en él la página número 7 y arrancarla con decisión. En ella campaba la fotografía de un busto, el del hombre más infame con el que su destino la había cruzado nunca. La rasgó en varios pedazos y se fue a tirarla a la chimenea. Buss esperó pacientemente a que hubiera terminado de desahogarse para reconocerle que su arrojo había salvado su debilidad.

—Lo siento, madre. Me estaba apuntando con un arma. Pensé que solo una gran dosis de tranquilidad y de serenidad podría salvarme.

—Y después, ¿qué?

—No lo sé, madre. Llevas razón.

—Él te lo anunció, ya lo oíste. No pude dejarle terminar. ¿Nuestra isla para el Führer? ¿De nuevo esos fanáticos destruyendo nuestras vidas? ¿Cuánto crees que le hubiera costado deducir que llevas tiempo trabajando contra ellos? No quedaba otro remedio, hijo, pero debiste hacerlo tú.

—Ese era el plan, como sabes.

—Ahora el plan se ha precipitado. No podemos arriesgarnos a que ninguno de sus hombres sospeche lo que ha sucedido.

—Llamaré a Mauger para que avise a todos. Supongo que podemos ocultar el cuerpo bajo la nieve durante algún tiempo.

—Eso ya, *mein geliebter Sohn,* es cosa tuya. Esta pobre vieja ya ha hecho todo cuanto ha podido. Estoy muy cansada, con tu permiso me voy a retirar.

Nadie en la mansión parecía haber oído los femeninos disparos y, si así había sido, se guardaron de moverse del lugar en el que estaban. Eran personal de Blackgross y sabían cuándo era más inteligente ser ciego y sordo. Mientras su anciana madre dejaba la biblioteca, Nathaniel hizo llamar al preceptor a su presencia para convertirlo en su mensajero.

II

Al día siguiente amaneció sin nevasca. Constanza miró hacia el lago suspirando y entró de la veranda al dormitorio, desde donde la contemplaba su doncella.

—Está bien, Carmen, ahora es cosa mía —le dijo mientras iba revisando las prendas que había solicitado para salir—. Dile, por favor, a Aimable que avise a nuestro invitado y le diga que me gustaría desayunar con él aquí. Que nos suban lo necesario.

La señora de Thule se quedó esperando sentada, envuelta en su bata de raso aguamarina, y jugueteando con su deliciosa babucha a juego, en cuyo centro un aplique de plumas se dejaba ir con el aire que su propio pie creaba.

Siempre había sabido que era fuerte, desde que era niña. Gustaba de dejarse infantilizar por Armand; aparentaba volverse etérea y desvalida cuando él desplegaba su seductora virilidad, pero era eso, un juego. Nunca se sentía indefensa, conocía demasiado bien todas sus armas y su poder real. Era una sabiduría que procedía en gran medida de su madre. Y su querida madre, su hermanita, ¿estarían en casa sanas y salvas o algún asesino malnacido, como el que ahora mismo esperaba, las habría arrojado al fondo del océano? Cruel incertidumbre. La mano se le crispó en un puño que solo deshizo cuando notó que las uñas se le clavaban en la palma. Pensó en la posición de Armand, que había partido temprano hacia la otra punta de la isla, y una punzada de emoción la alertó de la proximidad de una lágrima inconveniente. Unos golpes tímidos sonaron en la puerta.

—¡Pase, teniente!

—Me han dicho que quería verme en sus aposentos —dijo turbado.

Constanza supo que todo había empezado y se aplicó a que no cesara. Con su sonrisa más cautivadora, y por primera vez desde su llegada, lo tomó de la mano para llevarlo al sillón que había dispuesto para él. Desayunaron en una complicidad de risas y de sobrentendidos que hizo al hombre entregarle todos sus sentidos. Llevaba cuatro meses en el mar, era joven y la mujer era la más deseable que jamás hubiera tenido tan cerca. Todo se difuminó a su alrededor. Solo quedó esa hembra ojiprieta con la pasión aleteando en sus pestañas y el rítmico ascenso y descenso de unos senos palpitantes que vivían separados de sus ansiosas manos exclusivamente por un trocito de tela delicada. Werner era un chico de los montes, un jovencito al que nunca había devorado con la mirada una dama española. Cuando terminaron el desayuno, Constanza lo animó a sentarse junto a ella y él, con la sangre agolpada a borbotones, la obedeció. Siguieron hablando, cerca, muy cerca, hasta que las leves palabras de ella sonaron rozando la oreja del soldado y, en ese instante, él, sin contención alguna, acercó sus labios y la besó fundiéndose en el placer que le proporcionaba ese contacto prodigioso.

—Friedrich, querido, esa puerta puede abrirse en cualquier momento, es peligroso —susurró—. ¿Te apetece que vayamos a dar un pequeño paseo con el trineo? Podemos ir solos, yo sé llevarlo.

Comprendió inmediatamente. Lo imposible, lo asombroso, lo increíble, lo insólito había sucedido y le había sucedido a él. Se levantó dispuesto a recoger su ropa de abrigo.

—Te espero en la puerta, *mon cher* —dijo ella melosa.

El trineo estaba preparado en la entrada como por arte de magia, nadie parecía haberlo llevado hasta ahí. Bajo las cálidas pieles, el cuerpo de la mujer era una tentación constante sin que Friedrich Werner supiera en qué momento o lugar empezaba el juego. Temblaba ante la mera perspectiva de equivocarse y ahuyentarla. No conocía las reglas y aceptaba que ella las dictara. Así fue como sintió la mano que se posaba sobre su pierna, justo en el lugar más peligroso, en el más osado. El alemán flotaba y ya no veía ni hacia dónde iban, ni por dónde viajaban, ni quién los observaba. Todo había desaparecido, menos ella y su sensual contacto.

El trineo frenó y Friedrich se sobresaltó por la súbita irrupción del tiempo y el espacio.

—¡Oh, venga, bajemos! —dijo la mujer juguetona—. Quiero enseñarte mi lugar preferido de la isla, el sitio al que vengo a soñar que algún día me sucederán cosas maravillosas, cosas inimaginables como, por ejemplo, tu llegada. ¡Ven conmigo!

¿Y qué otra cosa podía hacer él? Se sentaron en el banco mirando al océano, muy juntos, y Constanza tomó la mano del soldado y la metió por la abertura de su abrigo de pieles para depositarla justo sobre su corazón.

—¿Notas cómo late, Friedrich? Es por ti…

Pero el soldado solo podía pensar en esos pechos henchidos y tersos, cuyo contacto despertaba en él todos los instintos que era preciso controlar. De pronto ella disminuyó la presión y lo miró encendidamente para luego, caprichosa, voluble, femenina, darle un giro al encuentro:

—¡Oh, querido, tengo que pedirte un favor! He traído la cámara fotográfica y tienes que dejarme que te haga un retrato con el mar de fondo. Es para cuando te vayas, ¿sabes? Para guardar tu imagen para siempre. Luego, si lo deseas, podemos ir a la cabaña que tenemos junto al Croquer. Allí estaremos de verdad solos…

Nada más oyó el oficial. Ni el viento que aullaba a su alrededor, ni la sorna de los desapacibles gritos de las gaviotas reidoras, ni el escándalo del mar enfurecido batiendo contra las rocas.

—Eres adorable. Eres la mujer más…

—Luego, querido, luego. Ahora solo ponte ahí de pie junto al acantilado para que yo pueda tomarte unas fotos. ¡Dame el capricho!

Hipnotizado, Friedrich Werner fue a colocarse donde le había indicado. Desde allí, haciendo frente a la fuerza del viento, podía verla graciosa y leve enfocando su aparato.

—Ten cuidado, ¿eh? El viento suele soplar fuerte aquí.

—Sopla más en la vela de un submarino, créeme —se vanaglorió él.

Constanza seguía buscando encuadres y disparando. El ruido del obturador se montaba a veces sobre el aullido del aire y ella se divertía como una loca mientras buscaba enfocarle el rostro desde más y más cerca. Instintivamente, cuando la cámara se aproximó demasiado, él reculó.

El viento, el hielo, los guijarros y el acantilado hicieron el resto. Constanza soltó la cámara y se puso a llorar. Las olas saltando y estrellándose contra las rocas le evitaron oír el ruido del cuerpo al impactar.

—¡En tu memoria, Eliza; y en la de mis dolientes gentes españolas!

III

En cuanto Aimable Virginie cumplió sus obligaciones y dejó a su señora desayunando con el extranjero, se escapó corriendo de Thule para volver a casa de sus padres. Imaginaba lo que iba a ocurrir en ese cuarto, pero no era de su incumbencia. Ella tenía otros asuntos en los que pensar.

Caminando hacia el molino reparó en lo retorcidas que son a veces las cosas. Ella, que había perecido de amor por el bello monsieur Rolzou; ella, que había visto cómo la españolita le arrebataba más tarde la atención del joven Buss; ella pisaba ahora briosa, hundiéndose en la nieve, para ir a desafiar al destino en el lecho del artillero Paulssen. Era una pena que sus ojos traviesos y zarcos tuvieran que desaparecer de la isla, más la vida es corta y hay que tomarla como viene.

Al llegar a la morada de sus padres, dio un rodeo para no entrar por la puerta principal. La muela sonaba ya y era evidente que su padre se había puesto al trabajo temprano. En el muro trasero había una ventana a la que la humedad y los cambios de temperatura habían dejado con el marco hinchado e inservible para encajar bien la hoja. La empujó con fuerza y se abrió. La chica saltó ágilmente y se introdujo en la habitación. Sobre la mesilla, al lado del lecho en el que yacía Fred Paulssen, un despertador marcaba justo la hora adecuada. Aimable Virginie se despojó con cuidado de sus ropas y se deslizó bajo la funda de plumas de ganso que protegía al joven alemán. Este no tardó apenas nada en notar su cálida presencia y en demostrarlo con una matinal hinchazón.

El sexo con Paulssen había mejorado. A su llegada solo conocía las relaciones rápidas y sórdidas con las prostitutas del muelle de Kiel que

lo habían desvirgado. Era muy joven, apenas había cumplido los dieciocho cuando fue alistado, y en un suspiro había devenido todo un hombre obligado a dejar sus pertenencias, junto con un testamento, en el depósito especial de una base en el Báltico. El naufragio del U-00 lo había sumido en el mayor de los terrores. Nunca olvidaría los fijos ojos vacuos de su amigo Herbert mirándolo implacables, encharcados, desde el fondo de la balsa. Pero esa graciosa muchacha de rizados cabellos pajizos le había devuelto la ilusión. En el molino estaba caliente, seco y bien alimentado, y la chica venía a menudo por la mañana a convertirlo en un jardín de las delicias exclusivo para él. Era caprichosa y sensual. Cada día inventaba nuevas diabluras para incrementar el placer de ambos. Sabía por sus confidencias que el segundo Weber estaba en Thule y que se mostraba contento, aunque inquieto por no poder reunirse con Herr Kommandant y el resto de los hombres. A él, sin embargo, todo eso le traía al pairo. ¡Ojalá ese invierno no acabara nunca!

—¿Te ha gustado, marinero? —preguntó la chica en inglés después de su segunda travesura.

—¡Ummm, no sabes cómo, dulce Vir!

—Pues ahora verás…

Y todo volvió a recomenzar cuando ella se instaló a horcajadas sobre su cara para guiar su lengua y hacerla batir para su placer. Cada vez aumentaba más la presión que ejercía sobre su boca abierta y su nariz, con el salado peso de su vulva hinchada, pero Fred no quería parecer un débil y probó a continuar, aunque le iba resultando cada vez más y más difícil. Intentó gruñir y pateó para alertarla, pero esa endiablada chica estaba tan concentrada en su goce que no se percataba de su agobio. El peso lo asfixiaba. La cabeza le daba vueltas y la mandíbula le dolía; sintió que se iba a desvanecer. Intentó empujarla, pero ella se aferró a sus manos y apretó todavía más las piernas contra su cabeza. Medio ahogado por ese cuerpo asfixiante, la consciencia empezaba a huir de él cuando sintió penetrar en su corazón un filo agudo que en su delirio hubiera podido confundir con el placer esquivo, pero que no era sino su reverso.

Nunca llegó a saber qué manos más fuertes y más violentas habían culminado la tarea que esa hija de Afrodita había iniciado con su empuje tanático. Descabalgado el cuerpo exánime y vuelta de espaldas, sin mirar a los recién llegados, Aimable Virginie comenzó a vestirse lentamente para regresar a Thule.

IV

Archie Mauger alcanzó la casa de las monjas casi a la misma hora que

Aimable Virginie dejaba el molino. Solo dos de las religiosas permanecían ahí por las noches; las otras tres dormían en el pueblo, ocupadas en vigilar a las pequeñas en el pensionado para evitar que, bajo ningún concepto, un soldado alemán las viera o llegara a entrar en el edificio. En la granja del norte habían quedado la hermana Fernanda, que se ausentaba solo cuando Aramendi la necesitaba, y la delicada y bella y solitaria hermana Clara. Al ver llegar al preceptor, ambas supieron que había llegado la hora.

Fernanda se había negado a mezclar a la más joven de las monjas en la decisión de la asamblea y había tenido que ser ella misma, a sabiendas de que la necesitaban, la que luchara para contribuir como el resto. Lo que iba a causar no estaba bien, pero no eran tiempos de paz en el mundo; de haberlo sido, ella no habría llegado jamás huyendo a esa isla gélida y solitaria. Por la noche las pesadillas la asaltaban, los gritos de sus compañeras de celda en el convento de Madrid se adueñaban de su cabeza, y la visión de aquellos horribles hombres armados no la abandonaba jamás.

Pidió a la otra monja algo con la mirada y esta asintió. Fernanda fue a un hueco de la pared y de allí sacó una cajita que parecía haber contenido un reloj. La hermana Clara se arrodilló ante ella y la besó.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento —dijo una.

—Por siempre sea bendito y alabado —respondió la otra.

«Es la única forma consagrada que pudimos traer de España para la adoración», le explicó Fernanda al irlandés, que contemplando a esas candorosas monjas adoratrices era más y más consciente del drama al que asistía. Clara percibió su desasosiego: «No se preocupe, Mauger, sabré cargar con ello».

Cuando Clara se terminó de abrigar sobre el hábito, salió a la pulida nieve, que brillaba y lanzaba destellos en los fragmentos de minuto en los que las nubes se abrían antes de seguir su apretada formación. Con las manos juntas en señal de oración, la joven monja comenzó a caminar hacia la ladera del Croquer sobre el sendero despejado de nieve, sola, cantando con su voz ligera y atiplada. Al preceptor le pareció una mártir camino del sacrificio y se sintió extrañamente orgulloso de su abnegación.

Hacía semanas que sabían que cuando la hermana Clara de la Divina Fraternidad salía a orar por los campos, elevando sus cantos al Dios que la había creado, junto con las cascadas y las jaras, las rocas y los arroyos, el marinero de primera Karl Lehmann salía subrepticiamente de su alojamiento en la granja del islandés y la seguía a distancia. Cuando la religiosa se detenía y se hincaba de hinojos para recogerse en su plegaria, en plena comunión con la naturaleza creada, bajo los arces o los abedules boreales, el alemán se agazapaba entre la maleza o tras los fornidos troncos para observarla.

Gudmundsson, que a su vez lo vigilaba desde lejos, había comprobado que nunca había hecho ningún ademán de atacarla, solo la acechaba; probablemente con la esquiva esperanza de poder, algún día, acceder a ella.

La hermana Clara salió de la granja con su cándida devoción y su firme convicción, y Archie Mauger se fue al lugar en el que los otros hombres, con Armand a la cabeza, permanecían vigilando. No permitió que Fernanda lo acompañara. No ese día. La religiosa asumió que no siempre han de ser los mismos los que lo arriesguen todo. Era la hora de Clara.

—*Illumina faciem tuam super servum tuum, salvum me fac…*

Al paso de su voz de cristal y agua, parecía absurda cualquier preocupación, cualquier mal, cualquier violencia. El canto fue llenando el aire vacío sobre la nieve, sobre la atmósfera que la brisa expandía y extendía hasta impregnar de calma los arbustos y las cascadas, los arroyos y los serbales, y hasta parecía detener los vuelos de las aves marinas, que se posaban a contemplarla.

Clara cantaba y oraba y no miraba atrás. «Hágase tu voluntad y no la mía», se decía mientras se iba adentrando en la ladera del extinto volcán por el sendero que conducía a las pozas termales y que llegaba hasta La Guarida. Ella continuaba, impasible, calmada, entregada a su plegaria, que era la plegaria de todos los que no querían ver su blanca tierra hollada por los pies asesinos de un imperio implacable.

No había duda, Karl Lehmann iba tras ella. Los isleños que se habían emboscado entre los árboles lo vieron llegar siguiendo los benditos pasos de la monja y los que estaban fuera del bosque observaron sus huellas superpuestas destruyendo el rastro de Clara sobre la nieve. La voz que no temblaba les fijaba en cada momento la posición, y así pudieron situarse estratégicamente cercándolos a los dos, vigilantes.

La hermana Clara de la Divina Fraternidad llegó finalmente ante las borboteantes pozas de agua. Sabía que tenía que dirigirse a una de sus orillas y allí se quedó hasta que la voz aguda, vocinglera, penetrante, imitando a un alle alle se dejó oír tres veces. Era la señal. Sin dejar de cantar, con algún ligero quiebro casi imperceptible para el oído humano, pero no para su corazón, comenzó a desvestirse muy lentamente como para proceder al baño. La morosidad era imperativa y estaba pactada. «No va a durar mucho», pensaba mientras se iba deshaciendo de las prendas.

Los hombres escondidos tras los árboles observaron al robusto marino agacharse entre los arbustos enmarañados que rodeaban las pozas. A Lehmann no parecía importarle la larga espera si al final obtenía su recompensa. Se arrodilló para estar más cómodo y contemplar la ceremonia de revelación que secretamente se

desarrollaba solo para él. No se dio cuenta de que había adoptado la postura de un condenado. No lo supo hasta que un hacha certera taló para siempre la inmunda lascivia que anidaba en él.

Clara solo oyó un golpe seco, ni siquiera un grito, nada humano la alcanzó. Las lágrimas emborronaron su vista y sintió cómo una mano espesa y negra atenazaba su alma manchada. En silencio y en pecado, comenzó su triste regreso a la granja. *Comsumatum est.*

V

Esa noche Thule respiraba como si fuera un día de invierno cualquiera. La cena de Irene había terminado y los bebés reposaban en sus cunitas durmiendo a pierna suelta, Constanza llevaba horas con ellos en la *nursery* y ahora los contemplaba en su tierna placidez. La única novedad de ese martes 4 de diciembre era que en la cocina estaba preparado un refrigerio de escabechados fríos para ser llevado al comedor a la hora oportuna de modo que la cocinera pudiera ausentarse a pesar de no ser su día libre.

Celso y Pauline salieron por la puerta de la cocina y emprendieron el mismo camino que antaño usaba el capataz para acudir a sus revolcones con la posadera. Caminaban en silencio, buscando los senderos en los que la nieve estaba hollada o no era demasiado espesa, con la precaución de que la cocinera, poco acostumbrada a las excursiones nocturnas, no trastabillara y retrasara la operación. La mujer llevaba en su mano dos recipientes herméticos en los que había introducido la comida que por la tarde había elaborado y que iba a ofrecer a la posadera para servir como manjar especial en la cena del huésped alemán esa noche. No tenía ni idea de qué contenían los polvos de baya que Celso había traído de casa de Aramendi, solo le habían pedido que los cocinara con su mejor receta especiada. Era su rol y estaba cumplido. Ni siquiera hubiera tenido que entregarlo, pero no quería dejar a Celso solo. Estaban salvando la vida de las pobres niñas y ella no iba a permanecer al margen. Se resarciría el día que echara una piedra negra para expulsar a Basilio.

En Au Convent esperaba Elsie Barter, que, como cada noche, deseaba fervientemente que llegara el momento de irse a la cama con ese español de piel estragada por el sol y la intemperie, de manos callosas y ásperas, que poseía el oculto don de una forma atenta de amar. Nada sabía Elsie de la determinación que movía a toda La Inexpugnable; ni siquiera su amante había considerado adecuado revelársela, y es que Celso no estaba seguro de cuánto tiempo aguantaría en la isla esa flor vistosa y arrebatada, pero sí tenía la certeza de que no cabía arriesgarse a que algún día partiera llevándose

dondequiera que fuera tan horrible secreto.

Manuel y Zarraga habían llegado a la posada un poco antes y confraternizaban a risotadas con el alemán en la barra, como suelen hacer todos los marinos en cualquier puerto, animados por las privaciones comunes y los riesgos compartidos y, sobre todo, por la loca necesidad de volver a correrlos de nuevo. Le contaban batallitas con palabras sueltas en inglés que proferían a gritos, como si eso las fuera a hacer más comprensibles, y escenificando con mímica el resto. Estaban casi seguros de que el timonel Riedel no comprendía nada, aunque reía a mandíbula batiente tras cada trago de cerveza; por eso osaron contarle el secuestro que su propio mercante había sufrido a mano de los nazis, era imposible que se lo tomara a mal en tales condiciones.

Adelaide, la patrona, llamó a cenar y, como habían predicho, Riedel hizo gestos para que se sentaran a su mesa y lo acompañaran. Eran los únicos clientes, las monjas no habían olvidado invitar al padre Fameux para mantenerlo al margen. Las jarras de cerveza seguían llegando. Los dos antiguos polizones trataron de mantener la insana alegría que habían provocado hasta que los posaderos y Carmen, que se incorporaba justo a tiempo, sirvieron un *civet* de liebre al que Pauline le había echado su ramito de hierbas, su clavo, su pimienta, su vinagre, su litrillo de vino tinto, ajo y perejil, cebolla, su crema agria y un chorreón de coñac, además de buenas tiras de panceta ahumada y, solo a una de las raciones, los dichosos polvos que habían sacado de alguna parte de ese arbusto de flores color violeta profundo que se daba junto al nacimiento del Odús y que el doctor había llamado *Hedysarum articus.* Para Pauline, sería ya siempre la flor de la muerte.

Llegaron a servir los tres, uno con cada plato como forma de sortear las confusiones. Norbert, el posadero, dejó el que llevaba frente a Manuel, y su mujer Adelaide hizo lo mismo con Antonio. Fue Carmen, con sus negros cabellos sueltos y sus labios encendidos de carmín, la que le sirvió el plato a Herbert Riedel; el mismo exquisito *civet* con tan solo un ingrediente de más que lo enviaría en unas horas con sus compañeros, adondequiera que fueran los guerreros germánicos al perder la batalla. Riedel la miró encandilado y se lanzó a devorar una delicia que sería la última. Las risas siguieron a todo trapo, las cervezas, los golpetazos amistosos, hasta que la vida se le empezó a escapar cuando dejó de sentirse los pies y los tobillos y enseguida las manos. El cuerpo de Riedel fue diciendo adiós a la existencia por sectores, por fragmentos, por órganos, y ese paulatino abandono le permitió aún un grito desesperado antes de caer al suelo aguardando a que la muerte suspendiera el hálito de sus pulmones y su corazón.

La cellisca pilló a Carmen, a su padre y a Pauline en el camino de regreso a Thule. Esa noche Celso no hubiera podido quedarse a dormir con Elsie, no se hubiera perdonado abandonarlas a la noche y a los remordimientos. Los dos republicanos españoles se encargarían del cuerpo, tenían sus propias razones.

VI

La lúgubre asamblea esperaba en silencio la llegada de los hermanos Guruchet. Eran los únicos que restaban por traer la noticia de que su forzoso huésped los había abandonado para siempre. La hora y el lugar habían quedado claros y el reloj de la Casa de Gobernación era un crispante recordatorio de que Anixeto y Xan faltaban a su palabra.

Constanza y Armand tenían sus manos entrelazadas; Aline y Nat estaban sentados juntos, pero apenas se miraban; Aramendi hubiera estrechado contra su pecho a Fernanda, más no le era dado ni eso ni besar tiernamente a la impávida Clara; Mauger pensaba en el futuro de su pequeño. El resto bajaba la cabeza y evitaba las miradas. Ninguno de ellos tenía una comprensión clara de los sentimientos que debía albergar y, ante la duda, se dejaban abatir por el peso de la ausencia de culpa que cerca al que cree haber cumplido con una obligación maldita. El silencio profundo que reinaba en la sala de juntas era el refugio que los protegía de las emociones de los demás, bastante tenían con soportar el peso de las propias.

Finalmente se oyeron pasos en la entrada. Tenían que ser ellos. En el umbral se recortaron las figuras de los recién llegados, que no eran dos sino tres. La evidencia de lo sucedido levantó como un resorte a Buss y a Rolzou, y puso un grito en boca de varias mujeres. Allí estaban los dos hermanos Guruchet acompañados del navegante Rolf Siegmann, un joven musculoso y atractivo, con el flequillo en punta y la nuca rapada, que los observaba con toda tranquilidad con las manos entrelazadas ante sus piernas, como si asistiera a un pase de revista.

La paz duró lo que la trifulca tardó en estallar. Imprecaciones, gritos e invectivas volaron en una única dirección. En favor de los Guruchet, podría decirse que soportaron la tempestad y los rociones con el mismo estoicismo que el impasible alemán. «¿Qué hace este aquí?, ¿cómo os atrevéis a traerlo?». Se alzaban las voces de los más espontáneos. Solo Buss y Rolzou seguían callados, en pie, y los miraban exigiendo una explicación.

Al fin Anixeto habló:

—¿Que cómo lo hemos traído aquí vivo, preguntáis? Es un desertor. Podéis hablar tranquilos, Rolf sabe lo que ha sucedido en la isla; es más, lo sabía desde antes de que empezase y lo aprueba. Veréis

que no solo no ha hecho nada por evitarlo, sino que está aquí desarmado y dispuesto a pediros que le permitáis quedarse con nosotros.

—¿Estáis locos? —preguntó Armand.

—Nosotros no, y él no está más loco que usted. En estos dos meses de guerra y después de que lo metieran a la fuerza en una lata de sardinas sumergible, ha visto lo suficiente para saber que no quiere volver. Fíjese que ha llegado a la misma conclusión que *monsieur* de una forma más incómoda, por así decirlo, y que casi le cuesta la vida. No quiere morir y tiene bastantes papeletas para que lo maten los suyos. Esa es su motivación principal. Quedarse aquí es su oportunidad de salirse a la orilla y de que lo den por muerto, lo mismo que a los otros.

Buss se acercó al marinero y le habló en alemán para asegurarse de que no quedaba el menor resquicio de duda sobre la comprensión de lo que le decía. A Constanza le pareció notar un ligero temblor en las manos y en los párpados del teutón, que intentaba controlar.

—*Guten Morgen, Herr Siegmann!* Confírmeme de su propia boca que es consciente de que el resto de sus compañeros de patrulla han muerto y que lo han hecho a manos de los habitantes de la isla.

—*Ja, ich weiss.*

—¿No tiene nada que reprocharnos por ello?

—*Nein, ich habe nicht.*

—¿Puede explicarme los motivos que le llevan a adoptar esta sorprendente actitud?

—Hablo perfectamente inglés, Herr Buss, y podría hacerme entender por todos los asistentes, pero no les diría nunca la verdad. No tengo inconveniente en relatarle a usted en alemán los motivos de mi deserción. Le rogaría, sin embargo, que, dada la naturaleza de lo que le voy a contar, no lo traduzca a toda esta gente y lo comparta solo con quien usted considere estrictamente necesario.

—Sigamos pues en alemán. No le prometo sino que analizaré los motivos de esta curiosa petición.

El marinero no contestó sino que sorprendentemente se puso a cantar:

—*Am Sonntag will mein Süsser mit mir segeln geh'n. Sofern die Winde weh'n. Das wär' doch wunderschön! Am Sonntag will mein Süsser mal ein Seemann sein.* ¿La oyó alguna vez, Herr Buss?

—No puedo decir que no. Es *In der Eldorado-Bar.*

—Bien, solo me resta decirle que yo era asiduo visitante de Eldorado de la Motzstrasse y que era feliz en aquel lugar en el que lucía el provocador cartel que anunciaba: «¡Aquí sí es correcto!». No sé si alcanzó a conocer el Berlín loco y abierto de Weimar. Luego llegaron ellos y todo saltó por los aires y nuestra vida pasó a estar en

riesgo, y lo sigue estando. Entiéndame, le confieso esto en la convicción de que es usted un caballero abierto y civilizado.

—Es decir, que sus problemas con el Ejército no vienen por su pacifismo sino por su homosexualidad.

—Así es, *mein Herr*.

—¿Puede ser un poco más explícito? ¿Cree que había sido descubierto?

—Cuando me reclutaron, estaba limpio, mi nombre nunca había figurado en ninguna «lista rosa». Era discreto, por mi profesión y por mi propio carácter, y así he procurado seguir, huyendo de aquellos destinos en los que había otros como yo para no acrecentar el riesgo de ser descubierto. Ha sido duro y difícil, pero peor suerte corrió mi compañero, que fue detenido y enviado a un campo. ¡Pobre Thomas! La cuestión es que dentro de la Kriegsmarine, como en la Wehrmacht, si te descubren te juegas el consejo de guerra y el campo de concentración, o incluso la ejecución. Vivir en esa tensión constante en un habitáculo tan pequeño, atestado de hombres, en el que quizá un gesto o una mirada te podrían delatar, es un infierno que se suma al del combate. Solo puedo agradecerles mi liberación.

Buss intentó buscar las lagunas de esa historia. Los conocía demasiado para no pensar que podía tratarse de una astuta treta a fin de conseguir colarse en el primer barco que llegara y dar la alarma.

—Y ante ese temor invencible, se lo contó a los hermanos Guruchet sin pensar que estos podían correr a descubrirlo ante sus superiores, ¿no? Una idea estupenda que pretende que me trague.

—*Brüder Guruchet?* —contestó con una gran carcajada—. *Sie sind nicht gerade Brüder!*

—¿No son hermanos, dice?

—¡No, no son hermanos! ¿Cómo van a ser hermanos si se parecen como un huevo a una castaña? —explotó—. Ambos son pelirrojos, sí, pero eso responde a una debilidad compartida y no a una filiación.

—¡Claro! *They are like chalk and cheese!* —dijo el inglés comprendiendo de golpe muchas cosas—. Y, disculpe que insista, ¿cuál es el plan, un trío?

—Eso, *mein Herr,* no es cuestión suya ni de nadie. ¿No cree?

—Ciertamente no. Disculpe. No es pregunta que un caballero deba hacer.

—Ellos dos están dispuestos a acogerme; al menos, hasta que pueda organizarme de otro modo o tener mi propia casa. Los ayudaré en el astillero, a fin de cuentas soy un técnico naval, y como me han contado el sistema cooperativo que rige en la isla, permítame alegar en mi defensa que estoy seguro de poder aportar mis conocimientos a las más variadas cuestiones. Le ruego que ejerza su gran influencia para lograr que las piedras blancas superen a las negras para mí.

Nat Buss hubiera preferido consultarlo con Armand antes de dirigirse a la asamblea, pero no veía la manera de hacer un aparte con él sin desairar a los presentes, y mucho menos después de los acontecimientos que ahora los ligaban. Debía posicionarse en solitario y confiar en que aceptaran su criterio. No veía otra salida. Era eso o matarlo allí mismo, con la oposición abierta de los falsos hermanos del astillero, abriendo una sima de incalculables consecuencias entre la población. «Si viéramos algo sospechoso, siempre podríamos reaccionar, y él es perfectamente consciente de hasta dónde somos capaces de llegar», se dijo. Así que se dirigió a los congregados, implicados todos directa o indirectamente en lo que consideraban la defensa activa de La Inexpugnable, y les explicó, basándose en la teoría de la deserción por pacifismo, su convicción de que Siegmann daba serias muestras de no ser un nazi, por lo que solicitó que fuera admitido a prueba como habitante de la isla, siempre y cuando los Guruchet actuaran como sus garantes. Anixeto y Xan se mostraron de acuerdo y, a pesar de su nula capacidad para el arte de la oratoria, que nunca había sido la especialidad de las gentes de Lapurdi, se volcaron en ser extraordinariamente convincentes introduciendo en su alegato una carga emocional inaudita en ellos y que solo Buss estaba en condiciones de entender.

Al terminar, el que más y el que menos tenía sus dudas. Excepto en el caso del comandante Sachse, que según el testimonio de Buss había dado pruebas de querer ofrecer la isla al Führer, a ningún otro superviviente del U-00 se le había dado la oportunidad de posicionarse respecto a la política exterior de su país. Simplemente habían cegado toda posibilidad de que salieran con vida de la isla para pasar las coordenadas a sus superiores, e impedir que pudieran tomarla como punto estratégico dentro de su guerra atlántica. Y ahora, después de lo que esto había supuesto personalmente para todos ellos, ¿iban a dejar un cabo suelto? El debate se fue encendiendo, provocando incluso propuestas de eliminarlo sin más, en ese mismo instante. Fue el viejo Rúnar quien defendió con más intensidad acabar con la faena allí mismo, y no obtuvo una respuesta demasiado entusiasta. Habían sido capaces de cumplir el plan conjunto y eso los había dejado física y moralmente exhaustos. Ninguno creía que pudiera soportarlo una vez más, en frío y en ese lugar que era la sede de su peculiar democracia.

Finalmente, la hermana Fernanda logró inclinar la balanza a favor del hombre que se había presentado ante ellos pidiendo misericordia y una oportunidad. No lo hizo por lenidad, sino por una especie de instinto que la impelía a creer que ese marinero no era un peligro ni para las mujeres de la isla ni para la isla en sí. Había algo en él que así se lo hacía percibir. Por si acaso erraba, aunque estaba convencida de

que no, exigió el compromiso de Siegmann y de los Guruchet de que no saldría solo a parte alguna durante un año y que siempre uno de los hermanos estaría a su lado cuando tuviera que abandonar los terrenos del astillero. Era una condición dura pero justa, y todas las partes la entendieron así, por lo que fue aprobada casi por unanimidad. Armand Rolzou se guardó de respaldarla. No hasta que el tiempo no le hubiera dado la ocasión de tomarle la medida al individuo.

Acordaron, no sin discusión, preservar los cadáveres en uno de los ventisqueros del Croquer hasta que llegara la primavera y pudieran enterrarlos. Con las temperaturas bajo cero, la tarea de retirar la nieve y excavar en el suelo helado era impensable. Los partidarios de arrojar los cuerpos al mar desde los acantilados fueron convencidos por quienes temían o bien que el batir constante de la tempestad impidiera que las corrientes los alejaran, o bien que quedaran enganchados en rocas o grietas al arrojarlos, y fueron apoyados por los que, con buen criterio, temían que si los nazis, que al parecer se movían constantemente por el océano, encontraban sus cuerpos con signos de haber sido asesinados y no precisamente en combate, se empeñaran en una investigación de imponderables consecuencias. Cada uno tenía argumentos para considerar una estupidez la pega del otro, por eso caló la idea de que enterrarlos en la isla acababa con las objeciones planteadas.

Esta vez fue Constanza la que puso una condición: que no se hiciera en ningún lugar accesible, en parte alguna por la que ellos o sus hijos tuvieran que transitar; quería que el olvido se los tragara y, obviamente, que los ocultara también a sus remordimientos. Y eso que ella, precisamente ella, estaba expuesta a que el mar no hubiera querido alejar el cuerpo de Werner y que, algún día, al salir a la langosta o asomarse al acantilado, sus restos siguieran estando allí para enturbiar su conciencia.

VII

La noche se echaba tan pronto en esos meses que apenas eran las siete de la tarde cuando Palémon Fameux vislumbró desde la ventana de su habitación en Au Convent los reflejos glaucos de la aurora. No era la primera vez que acudía a su cita con la noche boreal desde que él residía en la isla y, aun así, no había perdido la ilusión infantil por salir a sumergirse en ese prodigio de la naturaleza, magna obra de belleza que lo acercaba al Creador.

Al salir a la puerta de la posada para caminar hacia el acantilado y disfrutarla en soledad, vio venir por el camino a un nutrido grupo de

gentes, que allí nunca podrían constituir una verdadera muchedumbre, pero que era sin duda inusitadamente grande para confundirlo con un simple paseo de amigos. La curiosidad le hizo aguardar a que estuvieran más cerca para comprobar de quiénes y de qué se trataba.

Lo que vio lo dejó pasmado. Venían todos menos los niños. Los señores de Thule y de Blackgross y sus trabajadores, las religiosas, los posaderos y los hombres del astillero, los islandeses, el molinero y gentes del pueblo, los gobernadores y sus mujeres, casi no faltaba nadie. Marchaban en un silencio sepulcral, no sonaban en absoluto como un gentío, y de ese mutismo colectivo solo se destacó una voz que él reconoció inmediatamente.

—Padre, no se vaya. Le necesitamos —le gritó Constanza.

Cuando llegaron a su altura, fue ella la encargada de comunicarle la comisión que traían:

—¡Padre, queremos confesión!

—¿Todos? ¡Pero si hay anglicanos y descreídos entre vosotros!

—Todos, padre, todos la necesitamos, aunque no sea sino como forma de alivio.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó aterrado.

—Lo que debíamos.

—Y entonces, ¿qué pecado podéis haber cometido?

—Ninguno que no estén cometiendo las naciones, padre, pero sírvase escucharnos en confesión por la tranquilidad de nuestro espíritu.

—¿Todos van a acusarse de lo mismo?

—Todos, aunque ha sido más o menos culpa mía. Mía fue la idea que todos aceptaron, *mon père.*

—¿Y todos han pecado por tu culpa? —se extrañó.

—Todos a una, Fameux, todos a una.

Solo entonces comprendió el padre lo que insinuaba la española.

—Bastará entonces con que uno lo confiese para que os absuelva a todos, aunque, me temo, que el perdón no obrará porque no os veo arrepentidos.

—Tenga paciencia, padre, y escúchenos a todos en confesión. Tal vez por eso le hizo el Todopoderoso sentir la necesidad de quedarse este invierno en la isla, tal vez esta es su verdadera misión.

El sacerdote se encogió de hombros bajo las luces espectrales y se giró para entrar en la sala de la taberna.

—Pasen y tomen asiento, en mi habitación podré confesarles de uno en uno —se resignó.

Sabía lo que esperaban de él porque, como Constanza, era admirador del Siglo de Oro español.

Ella pasó la primera y, al salir, esperó fuera de Au Convent a que

Armand hubiera terminado, bajo las luces oscilantes que cobraban la forma de cintas anudadas sobre la Vía Láctea, como un juguete que Dios hubiera abandonado, harto de diversión. Algunas estrellas fugaces cruzaban sobre ellas, saetas luminosas que se dirigían hacia ningún corazón. Su marido salió presuroso de esa ceremonia a la que solo se había sometido por cercanía con ella. Él no precisaba que nadie le diera consuelo porque no creía en que una fuerza superior a la propia naturaleza pudiera hacerlo, y solo hubiera podido asumir que un hombre como Fameux lo acompañara en su malestar. Eso es lo que entendía que había pasado en términos humanos durante la breve conversación que habían tenido y en la que el cura no intentó siquiera hacerle repetir las fórmulas propias del sacramento. Uno diría que se habían sincerado mutuamente. El cura comprendía lo que se habían visto obligados a hacer y consideraba que habían obrado en la misma lógica de defensa que su propia patria estaba aplicando mediante la declaración de guerra. Eso a Palémon le parecía suficiente justificación, pero a Armand lo sumía en un mar de preguntas sin respuestas porque si estaba allí, dispuesto a matar para salvaguardar su libertad y la de los suyos, ¿cómo es que no estaba junto a su hermano Philippe en el frente haciendo eso mismo por toda Francia?

Bajaron juntos, con mucho cuidado de no resbalar, hasta la Casa de Gobernación para recoger los caballos. Iban de la mano y muy despacio, alternando las miradas al suelo para evitar los tropiezos y las elevaciones de sus pupilas al cielo para no perderse esa resplandeciente hermosura. Armand la detuvo con delicadeza y la besó. Constanza respondió al beso con una dulzura desesperada. Ambos sabían que nada volvería a ser igual para ellos ni para la isla desde ese momento, su beso solo era la promesa tácita de que intentarían que la vida los dejara ser mejores.

VIII

La Navidad fue triste excepto para los niños. Hacer la comedia para ellos los reconcilió de alguna manera con la paz por la que se habían ensuciado las manos y el corazón. Afortunadamente pasó. El invierno terrible que bautizó la llegada de 1940 los mantenía encerrados en sus casas y en ellos mismos. Su vida había quedado tan congelada como los cuerpos de los nazis que aguardaban el descanso que da la tierra sepultados en un nevero.

En tales circunstancias, que se oyera el toque de barco les produjo una mezcla de excitación y de suspicacia, a partes iguales, que no impidió que se acercaran al puerto de San Pedro de la Bonanza a comprobar qué suerte de orates se adentraba en el Atlántico Norte en

esa época y, sobre todo, a prepararse para reaccionar antes de que todo volviera a repetirse, si no estaban seguros de que quienes arribaban eran amigos. Nunca volvería a suceder. La Inexpugnable sabría demostrar a cualquiera que lo era, antes de que nadie la mancillara. No habría más huéspedes indeseados. De hecho, Basilio aún no había conseguido que nadie sino su madre le dirigiera la palabra.

No eran uno sino dos pesqueros los que se acercaban a cala Esperanza y, a simple vista, los isleños ya sabían que se trataba de una pareja española, formada por dos bacaladeros que faenarían juntos en Terranova. Qué hacían allí tan pronto era un misterio, porque el mar y las condiciones que iban a encontrar en los bancos del norte serían infames. Pronto vieron que uno de ellos comenzaba a circunvalar la isla para esperar, mientras el otro embocaba a duras penas la bahía, en un día en el que el frío era muy intenso pero el viento y el mar no se mostraban especialmente ariscos.

Cuando bajaron al puerto, el Galerna había logrado fondear. La brisa traía ruidos de rasquetas y martillos, ya que los tripulantes estaban aprovechando para limpiar el hielo que se había formado en los cables y en parte de la obra muerta de la embarcación. Un chinchorro se acercaba al muelle con algunas sacas que supusieron serían de correo. ¡A Dios gracias! Aunque habían recobrado el contacto por radio tras la desaparición de los nazis, la inquietud que aquejaba a los dueños de Thule sobre el destino de sus familias seguía muy viva.

De la barca saltaron dos pescadores y Arrinde, el patrón de Pasajes. Constanza se había precipitado al pantalán para conseguir noticias antes que nadie. Arrinde no quería demorarse, apenas el tiempo de entregar el encargo y seguir su difícil singladura.

—Solo bajar esto —anunció—, y encargo de decir a la señora de Tile, o algo así, que todos están bien, pues.

Constanza respiró mucho más aliviada de lo que hubiera querido, y es que en el fondo de su corazón anidaba una sombra derrotista que en un segundo se disipó.

—Vino su propia *amatxu,* señora. Que están bien. Que en la carta le cuenta, pues, y también mete una de la francesa. Eso me encargó que dijera y buena reserva de vino que nos regaló para el viaje, que agradecidos quedamos por ello.

—¿No van a quedarse un poco para que les podamos agasajar? Hace un tiempo de perros… —dijo Constanza.

—¡Dígame a mí, pues! Quince grados bajo cero marca a ratos el termómetro de cubierta. ¡Mire, mire cómo se ha llenado el puente de hielo! Peligroso, ¿sabe? Coge peso y te manda al fondo.

—¿Y cómo es que se han hecho a la mar antes de temporada? —

quiso saber Armand.

—Antes llegas, antes llenas, y si faenas solo, más llevas —respondió el patrón vasco.

—Eso si consigue sobrellevar la mar y no irse a pique… —insistió.

—Yo tengo mi manera. Solo para valientes, claro. Yo me voy al caladero cuando nadie quiere estar y me aproo a poca máquina para aguantar los golpes de mar, en el momento en que escampa un poco, nos ponemos a faenar y, ¿sabe?, para cuando llegan los caguetas nosotros ya estamos llenos y vamos de vuelta.

—¿Y qué han visto en estos días? ¿Hay mucho buque militar en la ruta?

—Los hay. Incluso mercantes y barcos franceses que han sido artillados para que sirvan de patrulleros o como defensas. ¡A nosotros nos da igual! Hemos puesto bien grande, contra nuestro gusto, claro, la bandera roja y gualda, y con eso y que somos un pesquero, no creo que nadie se equivoque con nosotros. Algunas patrullas francesas te paran y te inspeccionan, por si llevas suministros a los alemanes, pero, ya ve, no es el Galerna barco para traficar hierro, así que vamos tan anchos.

En cuanto se despidieron para volver a bordo, los isleños se apelotonaron en torno a las sacas por ver si había novedades para ellos. Solo los de Blackgross se habían abstenido de bajar, no esperaban nada por esa vía. Los Rolzou, sin embargo, recibieron un buen lote para Thule y, sin esperar más, regresaron a la casa para distribuir las cartas entre el personal y poder leer las suyas. Volver a sentirse cerca de lo que les sucedía a los suyos les resultaba estimulante a la par de angustioso.

Pasajes, 1 de octubre de 1939

¡Hija mía, querida!:

No tengo idea de cuándo recibirás la presente. La dejo en buenas manos, de armadores de confianza en Pasajes, para que en cuanto alguno decida salir para San Pedro y Miquelón os la dejen al pasar. Me dicen que hay un loco que saldrá después de Reyes, pero no me lo pueden asegurar. Solo deseo que no sufras, dado que no tengo otro modo de hacerte saber que hemos llegado bien.

¡No eres consciente de lo felices que sois en La Inexpugnable! El océano se ha convertido en un infierno y mucho me temo que Europa también. El viaje transcurría con normalidad, dentro de lo normal que puede ser semejante travesía, y nosotras íbamos tranquilas, yo con el añadido de las largas conversaciones con el capitán Dachary durante la cena. Me encargó que tratara de localizar a la familia de Zarraga y Cabrera para decirles que están vivos. Es un hombre de una pieza. Me alegro mucho de haberlo conocido.

Lo terrible llegó inesperadamente, con un radiograma que le subió el chaval pelirrojo que sirve de operador —¡tan salado y tan alegre que es el pobre!—. Era una llamada de socorro. Los innobles nazis habían hundido ni más ni menos que

un enorme transatlántico que repatriaba a personas de países no combatientes de vuelta a sus casas. ¡Qué horrible, Constanza mía, qué horribles horas! Tuve que enviar a tu hermana al camarote y obligarla a ponerse unos tapones de cera que llevo siempre para conciliar el sueño. ¡Qué terribles gritos! ¡Niños, Constanza, oí chillar y ahogarse a pobres criaturas! El Petit Ruritanie logró rescatar a unas decenas que tuvieron que viajar como pudieron, en pasillos y bodegas, hasta las costas francesas. No sé si lograremos olvidar alguna vez esa tragedia. Ni en toda una guerra en mi propio suelo he asistido a nada tan horroroso, claro que en nuestra zona casi no hubo combates, ya sabes.

Si alguna vez te dije que tu suegra era una altanera, quiero que lo borres de tu mente, ¡que Dios me perdone por haber sido tan injusta con ella! Nos estaba esperando en La Pallice. Demacrada, doliente, como nunca la había visto. A tu cuñado lo han movilizado y ella tiembla por él, lógico. Aun así, sacó fuerzas de flaqueza para esconder vuestro Hispano-Suiza de la requisa de vehículos que ha hecho el Gobierno. A fin de cuentas, nadie sabe que Armand lo dejó en su casa. En él viajamos hasta Biriatou, siempre con el miedo en el cuerpo de que en algún control nos pararan y nos lo quitaran. Para mí, que lo veían pasar y creían que ya estaba decomisado y dentro viajaría algún gerifalte o algún general. El caso es que llegamos y cruzamos la frontera.

Ella escribió una carta para Armand que me entregó y que os reexpido. En Francia existe censura militar de la correspondencia, y no se fía. Tampoco cree que vaya a ser posible enviaros cosas desde La Rochelle, la mayor parte de los mercantes están siendo incautados y utilizados para el esfuerzo de guerra. El de Dachary aún no lo ha sido, pero no creo que tarden en hacerlo.

En fin, cariño mío, disfruté mucho de tu compañía, que tanto me faltaba, y ahora solo deseo que esta nueva locura no nos vuelva a separar otros tantos años. Me gustaría volver a ver a mis nietos antes de que hagan la primera comunión. Si os es posible, enviad noticias a través de los *arrantzales,* por Francia no va a ser posible.

Un beso enorme para mi nietecita y mis dos amores pequeñitos.

Otro para Armand, dile que no sufra, que ha hecho lo mejor.

Para ti, mi niña querida, todo el amor de tu madre siempre,

BLANCA

P. D.: Tu padre está bien, encantado con las fotos de los críos, y te manda todo su apoyo y su cariño.

Constanza suspiró. ¡Qué poco imaginaba su madre lo acaecido tras su partida! Pero estaban bien y eso era lo importante, eso y que a Gilles no le pasara nada. «¡Oh! ¿Ves? Ya piensas en él como Gilles en vez de decir Dachary», se reconvino. Había algo dentro de ella que la impelía a preocuparse por ese marino agrio a veces y tan fiable como la mejor tierra firme. «¡Que la Virgen del Carmen lo proteja, porque deseo volver a verlo!».

La carta de Renée Rolzou de Saint-Gelais temblaba ligeramente en las manos de su hijo, que intentaba leerla sentado a su lado. Sabía que

su madre estaba bien, era por Philippe por el que temía su corazón.

Le 25 septembre 1939 à Biriatou

Mon cher fils aîné,

Escribo la presente a vuela pluma, sentada con tu suegra en un pequeño café cerca de la frontera, para que pueda llevársela con ella a España y, desde allí, hacértela llegar. *Oh, mon fils aimé!* No sabes cómo ha cambiado de un día para otro nuestra vida, cómo de nuevo se ha trastocado todo, y lo que antes era fácil ahora es imposible, y lo que era legal ahora es ilegal. De momento nos hemos quedado sin vehículos y casi sin caballos, el Ejército se ha apropiado de todo. Logré mantener oculto tu coche, nadie sabía que estaba en mi garaje, para viajar hasta la frontera con tu suegra y tu cuñada, pero imagino que más pronto o más tarde me lo arrebatarán también. Sé cuánto lo aprecias y lo siento. No creo que pueda hacer otra cosa.

¡Me han contado maravillas de vuestra casa y de los bebés! ¡Gemelos, quién lo hubiera dicho! Logramos que nos positivaran los carretes por vía de urgencia mientras comíamos algo y pude ver a los angelitos. ¡Solo por eso merecía la pena ir a buscarlas! Cuídalos, Armand querido, son la esperanza de esta humanidad enloquecida y el futuro de los Rolzou. No me tomes a mal lo de ir a recogerlas, creo que estoy empezando a apreciar a Blanca y es posible que, con lo que nos queda por pasar, lo haga aún más.

Tu hermano Philippe es el mayor motivo de inquietud y por eso lo he dejado para el final. Me desgarré por dentro cuando lo reclutaron y ni conté las noches que estuve sin dormir hasta que, finalmente, me comunicó que lo han retenido para tareas burocráticas en el cuartel general. Al parecer, al ver su apellido, uno de los oficiales mayores recordó que tu padre había servido y muerto en el Somme y pensó que preservar a su hijo un poco, lo que se pueda, era una buena recompensa por su heroísmo. Así que, de momento, está en París y no hay miedo de que vayan a enviarlo a combatir, si es que en algún momento empiezan los combates porque, hasta ahora, todo es agitación y poco más. Ocúpate lo mejor que puedas de Emilie de Loubac, había algo en el tono que empleó tu hermano antes de partir que me hace pensar que, en efecto, tal vez tenga cuatro y no tres nietecitos a resguardo en esa lejana isla. Trátala como merece.

Seguiré aquí guardando estas viñas que son el legado de tu padre y vuestra herencia. Pacté con Blanca que mantendré correspondencia con ella, con ciertas claves, para que os haga llegar noticias y, de ser posible, la próxima vez que intenten viajar desde la costa vasca, intentaré conseguir un visado para España y así acompañarlas. Son planes, hijo mío, tal vez irrealizables, pero que me mantienen optimista y con alegría. Yo soy la primera que sé que todas las guerras pasan, y esta también lo hará. Solo es cuestión de lograr aguantar todos hasta entonces.

Recibe todo mi amor y saluda de mi parte a Constanza. Para mis nietecitos, todo el cariño de su abuela, que espera que ellos no tengan que atravesar un siglo tan funesto como el nuestro.

Te dejo ya para que Blanca pueda llevarse la carta. Cuidaos mucho, yo lo haré también.

Con amor,

Tu madre

P. D.: Haré llegar los originales de tus obras a Fayard cueste lo que cueste. Cuenta con ello.

Las noticias de Philippe no podían ser mejores y eso apaciguó un poco su atribulado corazón. Tal vez consiguieran conservarlo al margen y mantener sus manos limpias aun sin salir de Francia. Al fin y a la postre, él se había ido para lograr eso mismo y ahora las tenía tan manchadas como el que más. No quería hablarle a Constanza de ese desasosiego que se había instalado en su interior desde que participara en la muerte del marinero Karl Lehmann, ¿o debería decir en el asesinato? Vistiendo un uniforme, no se habría hecho esa pregunta, como ninguno de los alemanes que ahora descansaban bajo el hielo se la formularon jamás. Y sin embargo él temblaba de angustia ante la frialdad con la que había tomado parte en ese cruel plan pergeñado por su propia esposa.

La carta que le restaba por leer, la del Maestro, la llevaba en el interior de la chaqueta de *tweed* y quedamente dejó a Constanza entretenida en leerle la recibida de España a su doncella Carmen, en el cuarto de los bebés. Bajó las escaleras sin hacer ruido y cogió su pelliza de piel, sus guantes y sus pesadas botas antes de salir de Thule para recorrer el sendero que desembocaba en las orillas del Urdina. No había movimiento, el lago estaba helado y en una roca resguardada se sentó Armand a leer una carta como hacía casi un siglo —¡y no llegaba a tres años!— se había sentado en la orilla del Lemán a pensar sobre la extraña misiva de Buss. «La vida rima». El dicho de Twain tal vez podía aplicarse también a los pequeños círculos en los que se mueve a veces la existencia humana.

Sacó del bolsillo la carta de Romain y se dispuso a leerla:

Septembre 1939 à Vézelay

Mon cher ami,

No tengo la menor idea de cuándo recibirá esta carta. Las cosas se han puesto verdaderamente difíciles en Francia para todo tipo de comunicación y con usted, obviamente, es aún peor. La hago llegar al Château Rolzou para que su madre vea de reexpedírsela.

Las dificultades, le decía, arrecian. El día 11 recibí carta de mi querido Stefan Zweig desde Bath, donde está poco menos que prisionero. Habiendo salido de Londres a pasar el verano, la declaración de guerra lo sorprendió allí y ahora, por su condición de austriaco, es considerado un *alien enemy* y, por tanto, se le prohíbe alejarse de la ciudad de veraneo más de cinco millas. ¡Es una locura! ¡Él salió huyendo de Hitler y ahora lo ponen en cuarentena por si es su amigo! Le he escrito con urgencia a H. G. Wells, él tiene influencias que podrían

ahorrarle esa infame prisión al aire libre al pobre Stefan.

A estas alturas, ya sabrá del infame pacto de Stalin con Hitler, no hay nada que me haya trastocado el ánimo más últimamente, excepción hecha, claro está, de la propia declaración de guerra. He escrito a mis editores en Moscú para renunciar a todos mis derechos de autor en aquel país. ¡El bribón de Stalin ha hecho su acuerdo con Hitler contra nosotros! El cinismo de este y de Mólotov y Ribbentrop rebasa todos los límites imaginables. La URSS estaliniana, después de haber comprometido a fondo a las democracias occidentales en una guerra a muerte contra Hitler, después de haber avivado ese fuego durante cinco años, se asocia repentinamente con él y coge su parte de las empresas de bandidaje y de las rapiñas de Alemania. Es abyecto. Solo el PCF puede seguir errando y reclamando una paz inmediata, en el mismo instante de la ofensiva hitleriana, con el riesgo evidente de aparecer como cómplices de tal atropello.

¡Ay, si yo no estuviera casado! Se lo he dicho a Macha, si no estuviera casado con una rusa y tuviera un hijastro ruso en Moscú —un hombre al que quiero y que puede sufrir las consecuencias de mis palabras—, si yo siguiera viviendo en Suiza, no me habría temblado la pluma para escribir un nuevo «Más allá de la contienda», pero esta vez uno mucho más vigoroso y vengador, y que habría desatado sobre mí un nuevo huracán de odio. Habría denunciado en él la abominable traición soviética y su cinismo inhumano, igual que la perfidia de los gobernantes plutocráticos de Gran Bretaña y de su satélite Francia, que ha jugado, desde hace años, un turbio juego con el fascismo y el nazismo. Pero sería imposible que me escucharan ahora, el pensamiento está tan bloqueado como los movimientos.

Mi querido Armand, ya ve, todos tenemos nuestros lastres personales, todos sucumbimos a veces a la inacción para no poner en peligro a los que queremos. Yo también, así que no se fustigue. Como no sé cuándo podremos volver a conectar nuestros espíritus, quiero recordarle algo que hace veinte años ya apareció en mi correspondencia con Bernard Shaw: es un error de perezosos mentales pensar que, porque escribí rotundo un «Más allá de la contienda», yo me desinterese de toda contienda. Condené la guerra del 14 porque la juzgaba absurda y fatal para Europa, pero no me aparto de un combate si es justo y necesario. Y es el caso del que se libra ahora, en el que todas las libertades de Europa están comprometidas. Estoy seguro de que mi Jean-Cristophe, si no fuera un personaje de mi imaginación, combatiría a nuestro lado hoy.

Así que, aun aceptando su decisión, si algún día cambia de idea o se ve abocado a tomar parte en esta lucha, cuente también con mi bendición. Acabar con el nazismo es el único modo de preservar nuestro modo libre de vida.

À bientôt, mon cher ami, à bientôt,

ROMAIN ROLLAND

P. D.: Freud acaba de morir a los ochenta y tres años en Londres, logró huir de Austria pero no de su enfermedad. Creo que su médico ayudó a que se fuera dulcemente. *Qu'il repose en paix!*

Armand no sabía si reír o llorar. Porque el bueno de Romain no tenía modo de saber lo que él había hecho, lo que todos habían hecho, pero de haberlo tenido con toda certeza habría aplaudido su

determinación. Estaba tan emocionado que no se había dado cuenta de que Constanza estaba de pie a su lado. La vio recortada contra la nieve, bien arropada dentro de su abrigo y con la capucha de piel rodeando la inalterada belleza de su rostro, y reconoció en ella a la heroína tolstoiana con la que bromeaban en Ginebra. Ahora era consciente de lo que era capaz de hacer su mujer fuera de toda novela.

—Otra carta en otro lago —casi susurró ella.

—Pareciera que ha pasado una eternidad —suspiró él.

—Ahora puedo confesarte que ese día pensé que toda la fatalidad con que me hablaste de la guerra venidera no era sino fruto de tu extrema y voluble sensibilidad. ¡Y fuiste el más racional y el más sensato de los dos!

—No sabría decirte, mira dónde te traje y lo que ha sucedido. No sé si es posible ahora decir que tomé una buena decisión.

—Si te sirve de algo, y pese a lo que hemos vivido, volvería a seguirte hasta aquí con toda seguridad.

Armand se levantó y, tras una leve caricia en la mejilla, la besó con tanto sentimiento que ella fue consciente de hasta qué punto estaba conmovido, tal vez por esa carta.

—Lo que no voy a poder hoy es llevarte a cenar a La Perle du Lac, como hicimos aquella noche —musitó.

—La perla de este lago se llama Thule y es el lugar más bello al que me hayas llevado jamás. Dame el brazo y vamos hacia él. Hace muchísimo frío. Vamos al calor de nuestro hogar.

Y juntos emprendieron el regreso a esa casa bermeja en la que dormían sus hijos, queriendo confiar en que serían capaces de hacerlos transitar a través de esos negros años hacia un nuevo mundo en el que volviera a reinar la paz.

© 2023, Elisa Beni Primera edición en este formato: septiembre de 2023

© de esta edición: 2023, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-19743-52-7

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.